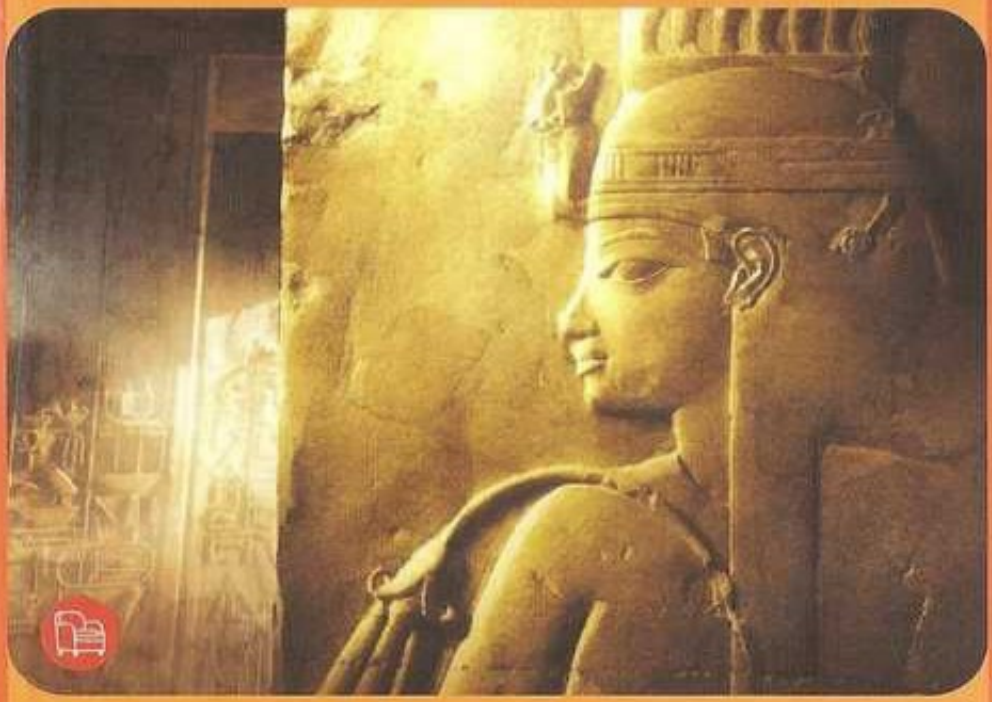
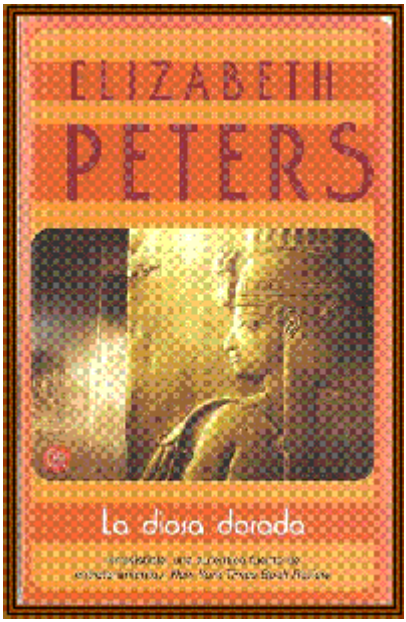
ELIZABETH

# PETERS



## La diosa dorada

«Irresistible, una auténtica fuente de entretenimiento.» *New York Times Book Review*


ELIZABETH
PETERS
la diosa dorada

# Elizabeth Peters
# La diosa dorada

***Nº 14 Serie Amelia Peabody***
*Alabemos a la diosa dorada,*
*la señora del cielo, la señora fragante,*
*ojo del sol, la gran diosa,*
*señora de todos los dioses,*
*señora de la turquesa, señora de la alegría,*
*señora de la música…*
*para que nos conceda hermosos niños,*
*felicidad y un buen marido.*
*Epítetos de Hathor,*
*recopilados a partir de diversas fuentes.*

***Argumento***

Durante la Primera Guerra Mundial, cuando Egipto es un protectorado británico, colonos ingleses y americanos comparten con Amelia Peabody y su esposo la afición por las antigüedades y el

noble propósito de que ningún ladrón o traficante se lucre con los tesoros de estas tierras. Para ello, hay que sortear extrañas maldiciones y la codicia de los que están dispuestos a todo para enriquecerse. A esta difícil tarea se suma que Ramsés, hijo del matrimonio, ha de partir a Gaza para una complicada misión encargada por el servicio de inteligencia británico. Su fracaso significaría la muerte, y eso lo sabe su joven esposa Nefret, quien esconde un secreto maravilloso pero terrible en estas circunstancias.

***Agradecimientos***

Equivocarse es humano y yo, que soy humana, lo hago aun a pesar de mis considerables esfuerzos por cuidar hasta los más pequeños detalles. Para ello, no tengo el menor escrúpulo en recurrir a mis amigos; algunos de ellos han leído la totalidad o parte del manuscrito y han hecho sugerencias sobre el mismo. En particular, estoy en deuda con Tim Hardman y Ann Crispin, por ayudarme a entender algo sobre el esotérico mundo de los caballos (al menos en lo que a mí respecta). Catherine Roehring, una de las pocas egiptólogas que ha visitado la zona de wadis del suroeste, tuvo la bondad de indicarme dónde me había equivocado en mi descripción inicial. Donald Ryan, un miembro más de ese reducido

grupo, corrigió también algunos errores con su habitual delicadeza. Dennis Forbes, George Johnson y Kristen Whitbread leyeron por completo el voluminoso manuscrito y me ofrecieron algunos consejos. Si, a pesar de todo ello, sigue habiendo errores, deben considerarse míos y no de los que me aconsejaron.

## *Prefacio*

El editor tiene el placer de presentar otro de los diarios de la señora Amelia Peabody, egiptóloga, aventurera, esposa y madre. (El editor opina que dicha dama no podría por menos que aprobar este orden.) Editar su prosa no es tarea fácil, ya que el texto original contiene algunos errores, muchas repeticiones y algunas omisiones. Con el fin de poner remedio a los mismos, el editor, como ya hizo en el pasado, ha insertado algunos fragmentos del Manuscrito H, iniciado por Ramsés Emerson cuando contaba dieciséis años y que tanto él como su mujer continuaron después de su matrimonio. Este manuscrito describe acontecimientos en los que la señora Emerson no se encontraba presente y ofrece un punto de vista significativamente distinto del suyo. Esta dama era una mujer extremadamente dogmática.

El resto de los papeles de los Emerson todavía están siendo estudiados, cotejados y publicados. Parte del material proveniente de esas fuentes ha aparecido en anteriores volúmenes (y es posible que lo haga de nuevo en el futuro), pero resulta irrelevante para el que aquí se presenta.

# Primera parte

*EL CEMENTERIO DE LOS MONOS*

# Capítulo 1

Cuando tengo uno de mis momentos filosóficos suelo preguntarme si todas las familias serán tan complicadas como la mía.

La penúltima noche de nuestro viaje, mientras me vestía para cenar, tuve uno de esos momentos. A menos que un torpedo alemán no hundiera antes el barco, faltaban tan solo dos días para atracar en Alejandría. Viajar de Inglaterra a Egipto durante el invierno nunca resulta agradable, pero en aquel fatídico mes de diciembre de 1916, después de más de dos años de guerra, la posibilidad de un ataque submarino se añadía a los riesgos del mar encrespado y de los temporales.

Aunque en aquel momento no pensaba en ese peligro -no suelo preocuparme por las cosas que no puedo controlar- ni tampoco en lo difícil que resultaba mantenerse en equilibrio mientras el suelo del camarote subía y bajaba y las lámparas de aceite se balanceaban salvajemente en sus abrazaderas -mi mente es de aquellas capaces de elevarse por encima de este tipo de cosas-, quizás todo aquello me estaba afectando más de lo que creía, tañendo de pesimismo el carácter normalmente alegre de mis reflexiones.

Lo cierto es que carecía de verdaderos motivos para quejarme de mi familia más cercana. Mi marido, Radcliffe Emerson, es el egiptólogo más distinguido de todos los tiempos. Gracias, además, a sus ojos zafíreos, al hoyuelo, o hendidura, de su poderosa barbilla, a su espeso pelo negro y a su musculosa pero armónica figura, resulta aún más atractivo, sentimiento que, lamento decirlo, comparten conmigo innumerables mujeres.

Es, desde luego, algo excéntrico, pero se trata siempre de

menudencias: su dominio de los improperios, que le ha hecho merecedor del apodo egipcio de Padre de las Maldiciones, su temperamento explosivo o el modo despótico y arbitrario con el que trata a los responsables del Service des Antiquités, que en el pasado nos llevó a ser excluidos de los emplazamientos arqueológicos más interesantes de Egipto…

Pero, bueno, ninguna madre, por orgullosa que sea, podría desear un hijo mejor que el mío. Ramsés había recibido el nombre de Walter en honor a su tío, aunque todos se dirigían a él usando el apodo que le había dado su padre cuando era niño. Al igual que el faraón del mismo nombre, era atractivo, intelectualmente dotado, idealista, amable y valiente… Quizá hasta demasiado valiente. Fue uno de los niños más enloquecedores con los que he tenido la desgracia de tropezarme y su temeraria indiferencia ante el peligro, cuando consideraba que la causa que defendía era justa, es uno de los rasgos de su carácter que me ha resultado imposible erradicar. La más terrible de sus aventuras tuvo lugar durante el invierno de 1914-1915, cuando aceptó una misión secreta del Ministerio de la Guerra. A pesar de que tanto él como su mejor amigo, David, cumplieron con éxito su cometido, ambos resultaron gravemente heridos y los agentes de las potencias enemigas acabaron por descubrir la verdadera identidad de Ramsés. Yo pensaba que el matrimonio lo calmaría un poco pero, si bien era cierto que se encontraba tan apasionadamente unido a su preciosa mujer como Emerson lo estaba a mi humilde persona, ella no había resultado ser la serena influencia que yo hubiera deseado para él. Nefret sería capaz de enfrentarse a un león que estuviera a punto de atacar a Ramsés, pero yo hubiera preferido a alguien capaz de impedirle que provocara a dicha fiera.

Antes de casarse con él, Nefret fue nuestra pupila, aunque Emerson y yo siempre la habíamos querido como a una hija. Como firme defensora de la igualdad de la mujer, no puedo dejar de aprobar la determinación con la que consiguió obtener, contra un sinfín de considerables dificultades, el título de cirujano. Como persona con elevados principios morales, tengo que elogiarla por destinar parte de su enorme fortuna a la creación, en El Cairo, de un hospital destinado a los miembros más bajos y despreciados del sexo femenino. Si al menos se decidiera a sentar la cabeza -y a

dedicar sus ardientes energías a la medicina, a la arqueología y a Ramsés- tal vez…

El barco dio un bandazo y el pendiente que estaba tratando de ponerme se me cayó de las manos. Maldiciendo entre dientes, me puse a cuatro patas y empecé a palpar el suelo… sin perder por ello, aunque casi esté de más decirlo, el hilo de mis pensamientos.

Para ser sincera, tengo que reconocer que la propensión de mis hijos a caer en manos de individuos deseosos de herirlos gravemente no es del todo culpa suya. Tanto Emerson como yo solemos atraer también a ese tipo de personas. A lo largo de los años nos las hemos tenido que ver -creo que no hace falta añadir que con gran eficiencia- con asesinos, falsificadores, ladrones de tumbas y delincuentes de todo tipo. Algunos de ellos, incluso, estaban emparentados con nosotros.

Mientras me arrastraba por debajo del tocador a la búsqueda del escurridizo pendiente, recordé algo que Emerson dijo una vez sobre mi familia, sobre el hecho de que la totalidad de sus miembros carezca de alguna cualidad que los salve. A pesar de resultar un comentario algo brusco, no dejaba por ello de ser también innegablemente correcto. Uno de mis sobrinos había resultado ser -me alegra poder hablar en pasado- un ser humano repugnante en todos los sentidos. Sennia, la hija que había tenido con una prostituta de El Cairo y a la que había abandonado cruelmente, era ahora también un miembro más de nuestra familia.

El barco dio una nueva sacudida y mi cabeza entró en doloroso contacto con la parte inferior del tocador. Dado que estaba sola y que nadie me podía oír, me permití a mí misma soltar algunas palabrotas. A pesar de que no apruebo ese modo de hablar, todos en la familia lo emplean abiertamente. Por culpa de Emerson. Es incapaz de contenerse y, naturalmente, los chicos lo imitan. En algunas ocasiones el lenguaje de Nefret…

El maldito pendiente continuaba esquivándome, pero hice lo posible, como es habitual en mí, por tomar las cosas por el lado bueno. Los parientes de Emerson eran unos magníficos ejemplares de seres humanos: su hermano Walter, un verdadero erudito y un hombre lleno de delicadeza; la mujer de Walter, mi gran amiga Evelyn; y su estupenda prole, a la que había que añadir ahora al marido de su hija Lía. David, aparte de ser un artista de talento y un

experto egiptólogo era, asimismo, el mejor amigo de Ramsés y el nieto de nuestro querido y ya fallecido reís Abdullah. El año anterior lo habíamos echado terriblemente de menos, y no solo por sus cualidades profesionales, sino también por las personales.

Emerson tenía, además, otro hermano.

La puerta se abrió de repente y mi marido entró tambaleándose. Al verme en aquella postura, lanzó un rugido de alarma, me rodeó por la cintura y me alzó, poniéndome de pie… y suspendiéndome en el aire.

- ¿Te has caído, cariño? Este maldito barco rebota como una pelota de goma. Háblame, Peabody.

Me sentí conmovida al oírle llamarme por mi nombre de soltera, lo que suele hacer como manifestación de aprobación y afecto, y al comprobar la ternura con la que se preocupaba por mí, pero aun así no estaba muy cómoda y me vi obligada a quejarme levemente con voz entrecortada.

- No puedo respirar, Emerson, me estás apretando demasiado.

- Oh. -Emerson apartó un brazo y se cogió del marco de la puerta.

- Se me cayó un pendiente -le expliqué tras respirar profundamente-. Bájame, por favor, querido. No quiero perderlo, es uno de los que me regalaste las últimas Navidades.

- Lo encontraré. -Emerson me tumbó sobre la cama y empezó a gatear por el suelo-. Quédate donde estás o acabarás por romperte la crisma. Ah, aquí está, querida.

La joya titilaba y destellaba sobre su gran mano morena. Generalmente los diamantes no me interesan -un escarabeo antiguo o el collar de cuentas de una momia son más de mi estilo-, pero en aquella ocasión Emerson había seleccionado las piedras y había diseñado la montura. Tras observar que a las otras mujeres parecían gustarles los diamantes (había necesitado treinta años para darse cuenta), decidió que yo también debía tener algunos.

- ¿Por qué te has puesto tan elegante? -me preguntó-. Nadie se vestirá para cenar esta noche. El mar está demasiado encrespado.

- Es necesario guardar las formas, especialmente en tiempos como estos. ¿Has olvidado qué día es hoy?

- Sí -dijo Emerson en un desesperado intento (suponía yo) por eludir mi sugerencia de que se vistiera para cenar. Mi esposo

detesta que lo obliguen a embutirse en vestidos ajustados y yo misma soy la primera en admitir que nada favorece más a su impresionante figura que los arrugados pantalones de franela y las camisas sin corbata que luce cuando se encuentra en las excavaciones. A pesar de ello, me veía obligada a insistir.

- Hoy es 31 de diciembre, Emerson. Tenemos que brindar por el Año Nuevo y rezar por que 1917 nos depare cosas mejores.

- ¡Bah! -dijo Emerson-. Es una mera convención que carece de sentido. El único significado del 1 de enero es que en esa fecha nos encontraremos un día más cerca de Alejandría. Tu elegancia vale por dos. Ese vestido te favorece, querida. ¿Es nuevo?

No lo era y él lo sabía (o, al menos, pensé que debería saberlo). Es difícil estar seguro con Emerson: cuando uno espera que se dé cuenta de algo, a él se le pasa felizmente inadvertido y, al contrario, suele reparar en aquellas cosas que uno desearía que se le pasaran por alto.

Mirarme al espejo no me ayudó a confirmar su cumplido, ya que tanto el movimiento como la oscuridad deformaban mi imagen. Pero daba igual, conocía de sobra mi aspecto: una figura algo más rellenita de lo que había sido en un lejano pasado, una barbilla quizá demasiado prominente, ojos gris acero y el pelo negro, largo y espeso pero sin brillo, a pesar de que lo cepillaba cien veces cada noche. (En las páginas de mi diario privado confesaré que su color debe algo más al artificio que a la naturaleza. Emerson no está al corriente de este pequeño engaño y no veo razón alguna para revelárselo.) En resumen, que no soy una mujer hermosa, excepto a ojos de mi marido.

Dulcificada por este conmovedor pensamiento, le sonreí con afecto.

- No, Emerson, serías la única persona que no iría de etiqueta. Es una ocasión especial y creo que es necesario aguantarse un poco y…

- ¡Maldita sea! -gritó Emerson.

Con mi ayuda y sin dejar de renegar, hizo lo que le había dicho. Después, me ofreció su brazo. Los restos de su mal humor se desvanecieron cuando me apreté a su lado. Yo no me suelo colgar de él, aunque sé que a Emerson le gusta que lo haga, pero aquella noche era el único modo de mantener el equilibrio.

No habíamos tenido ocasión de ver demasiado a nuestros compañeros de viaje, cuyo número era mucho más reducido de lo que solía ser frecuente en épocas mejores. Las inclemencias del tiempo habían mantenido a la mayor parte de ellos en sus literas. Gracias a una juiciosa aplicación de whisky con soda, que, entre otras cosas, es un excelente remedio contra el mal de mer, nosotros habíamos salido indemnes, aunque no por ello resultara precisamente placentero caminar sobre cubierta en medio de los bramidos del vendaval.

Aquella noche había ido más gente a cenar de lo que solía ser habitual. Sin duda, porque era Nochevieja y había que celebrarlo, aunque lo cierto es que pocos de ellos parecían tener ganas de fiesta. Las cortinas corridas sobre las ventanas suponían un silencioso recuerdo de la guerra, en tanto que el barco seguía balanceándose de aquella desconcertante manera. Pensé esperanzada que, tal vez, los submarinos no navegaran con el mal tiempo. Me propuse recordar preguntárselo a alguien.

Los demás se encontraban ya sentados en la mesa; mientras serpenteaba hacia ellos, siguiendo una trayectoria cuando menos irregular, Ramsés se levantó, balanceándose ligeramente y sujetando con una mano el respaldo de su silla. Comprobé con agrado que iba adecuadamente vestido, con corbata negra, y que Nefret resultaba particularmente encantadora con aquel vestido azul pálido que combinaba a la perfección con sus ojos y hacía resaltar su cabellera cobriza. El quinto miembro del grupo se encontraba bien encajado entre ambos, con el fin de evitar que saliera despedido de la silla. Era algo tarde para una niña de siete años, Sennia hubiera debido quedarse en su camarote con Basima, su niñera, pero ésta no se encontraba bien y la pequeña había querido estar junto a Ramsés en aquella ocasión especial (y había acabado por conseguir lo que quería, como sucedía la mayoría de las veces).

No era sorprendente que la mayoría de la gente creyera que la hija de mi sobrino era hija ilegítima de Ramsés: la niña tenía unos ojos gris acero iguales a los míos y el mismo color de piel que mi hijo. Ramsés tenía más de egipcio que de inglés: pelo negro y ondulado, ojos negros y espesas pestañas y la piel varios tonos más oscura de lo que suele ser frecuente en nuestra isla natal. (Carezco

de una razón que pueda explicarlo y, de todos modos, no veo por qué tendría que hacerlo.) Su apariencia resulta muy atractiva y puedo asegurar que su orgullosa madre no es la única mujer que piensa de este modo.

Sentándose con algo de precipitación, llegó a tiempo de agarrar a Sennia cuando ésta se deslizaba por uno de los lados. La niña dejó escapar una risa algo elevada de tono que resonó con fuerza en el mortecino ambiente del salón. Algunas personas la miraron sonriendo, otras fruncieron el ceño mostrando su desaprobación, pero lo cierto es que aquella carcajada infantil había conseguido mitigar la tensión que se respiraba en la estancia.

- ¿Te diviertes, Pajarito? -le preguntó Emerson con cariño.

- Oh, sí, columpiarse arriba y abajo es muy divertido y, además, si se me cae algo de sopa sobre la falda la tía Amelia no podrá decir que es culpa mía. -Me sonrió con descaro y yo le devolví la sonrisa, contenta de que fuera demasiado joven para poder compartir el desasosiego que sentíamos los demás.

Habíamos dudado mucho sobre la conveniencia de exponerla a los peligros del viaje en lugar de dejarla al tierno cuidado de Walter y Evelyn; Sennia, sin embargo, lo había tenido muy claro: desde un primer momento dio por sentado que nos acompañaría, de manera que cualquier intento de impedírselo habría tenido sonoras y desagradables consecuencias. Emerson no podía soportar verla llorar y aquella pequeña brujita lo sabía. A pesar de que había entrado en nuestras vidas en circunstancias todavía dolorosas de recordar, había acabado por convertirse en un verdadero motivo de alegría para todos nosotros. Era casi como una nieta… la única… por el momento…

Al darse cuenta de que la estaba mirando, Nefret se ruborizó.

- ¿Sí, madre? -inquirió-. ¿Tengo alguna mancha en la nariz?

- Oh, no, querida. Pensaba tan solo que esa tonalidad de azul te favorece.

Estaba pensando en una de esas cosas sobre las que cualquier persona con un poco de sensibilidad no puede permitirse hacer averiguaciones y, por otra parte, estaba segura de que, llegado el caso, sería la primera en recibir la noticia.

Después de Ramsés, por supuesto.

Aquella noche se derramó una buena cantidad de sopa y no solo

por culpa de Sennia. Sin embargo, la mayor parte de los comensales aguantaron hasta el final; la niña, una vez que acabó la frugal cena, que era todo lo que estaba dispuesta a permitir que comiera, empezó a moverse inquieta y a observar a su alrededor. Nunca la perdíamos de vista, así que yo no alcanzaba a entender cómo podía conocer a tantos pasajeros, pero lo cierto es que muchos respondieron a sus sonrisas y a las señas que les hacía con las manos. Uno de ellos era un caballero alto y de pelo canoso que había visto una o dos veces en cubierta; su rostro severo se iluminó con una sonrisa mientras le devolvía el saludo. Sennia recibió una respuesta aún más enérgica de un hombre que compartía mesa con el capitán. Tenía una cara redonda, tan roja y arrugada como una manzana de invierno bien conservada, y no dejó de sentarse y levantarse de su silla, agitando las manos, hasta que el joven sentado a su lado le puso una mano sobre uno de los brazos para hacerle parar. Su envaramiento contrastaba con la simpatía del viejo (¿su padre?). Las gafas le daban un cierto aire erudito, pero iba vestido con la elegancia de un petimetre, cada pelo en su sitio.

- ¿Quiénes son? -le pregunté a Sennia.

- Americanos. ¿Puedo comerme un helado?

- ¿Podría comerme un helado, por favor? Sí, puedes.

- ¿La señora es su mujer? -preguntó Nefret-. Por Dios, mirad qué vestido, y los diamantes, y los rubíes.

- Demasiado grandes para resultar elegantes -dije con actitud desdeñosa.

- A mí me parecen preciosos -dijo la señorita Sennia-. Un día me dejó verlos, en el salón, aunque solo porque el señor Albion le dijo que lo hiciera. Ella no es tan amable como él, y su hijo no lo es en absoluto. -Sosteniendo con firmeza el cuenco, se metió la cuchara en su boca rosada-. El señor Albion quería conoceros pero yo le dije que a vosotros no os gusta conocer gente.

- Buena chica -aprobó Emerson.

Entre un bocado y otro, Sennia nos contó más cosas sobre el hombre de pelo gris, que iba a Alejandría a trabajar para una empresa, y sobre algunos otros pasajeros. La tormenta empezaba a remitir, el ulular del viento perdía fuerza y el movimiento del barco había dejado de ser tan violento, aunque creo que cuando de verdad nos tranquilizamos fue cuando los camareros llegaron con el

champán y el capitán se levantó para proponer un brindis. Resultó algo prolijo, así que solo puedo recordar el final.

- ¡A la salud de Su Graciosa Majestad y por la victoria en 1917!

Quién sabe por qué, no me sorprendió oír a una voz familiar corregir la frase.

- Por la paz -dijo Ramsés.

Y todos bebimos por ella.

* * *

Finalmente, llegamos a Alejandría sin ser torpedeados. Selim y Daoud nos esperaban. Selim había reemplazado a su padre como nuestro reis, o capataz; tanto él como su tío Daoud y el resto de los parientes de Abdullah eran parte de la familia y su asistencia había sido muy valiosa en todas nuestras empresas. En aquella ocasión, nos ayudaron a reanimar a la pobre Basima y a Gargery, nuestro mayordomo, quienes habían sufrido terriblemente a causa del mareo durante toda la travesía, y también al gato de Sennia, que no estaba mareado pero el largo encierro en una habitación en constante movimiento le había conseguido agriar aún más su habitual mal carácter. Hubiera sido imposible partir de Inglaterra sin la horrible bestia, ya que Sennia y, en menor grado, Nefret eran las únicas personas que podían controlarlo. *Horus* era el único gato entre nosotros aquel año. *Seshat*, antigua compañera y guardiana de Ramsés, había dejado la carrera profesional por la vida doméstica, confiando, quizás, en que ahora Nefret se ocuparía de él.

Basima recuperó el color apenas puso pie en tierra firme y Gargery, a pesar de que todavía se tambaleaba un poco, se fue con Daoud a ocuparse del equipaje. Esta vez era mucho más voluminoso de lo habitual, dado que acabábamos de tomar una decisión trascendental. Normalmente solíamos ir a Egipto en otoño, dando por terminada nuestra temporada de excavaciones antes de que el calor del verano comenzara a apretar; pero en aquella ocasión habíamos ido por tiempo indefinido. Emerson, quien no teme a hombre, bestia o demonio de la noche cuando se trata de sí mismo, había confesado que sus nervios no iban a poder soportar que viajáramos de acá para allá mientras persistiera la amenaza de los submarinos.

- Atentos a lo que os digo: no puede sino empeorar -había afirmado-. No me preocupa que nos disparen, que nos encierren en

las pirámides o que traten de golpearnos en la cabeza con objetos pesados; entendedme bien, no es que me guste, pero he acabado por acostumbrarme. Pero que un maldito submarino nos hunda en un maldito barco es otra cosa. Llamadme cobarde si queréis…

Ninguno de nosotros lo hizo; tal y como Ramsés nos hizo notar, ningún hombre vivo se atrevería a hacerlo. Podía entender a Emerson, yo misma sentía un miedo semejante hacia los ataques aéreos. Todos nosotros habíamos estado en peligro de muerte en más de una ocasión y habíamos llegado a sentirnos bastante seguros de nuestra habilidad para enfrentarnos a adversarios comunes y corrientes. Si bien era cierto que quienes dirigían los aviones y los submarinos eran también personas, desde el momento en que no se los podía ver, uno tendía a identificar el enemigo con la máquina: una remota amenaza mecánica.

Por nada en el mundo habría puesto en duda los motivos que podían haber empujado a Emerson a proponer un plan semejante, pero la verdad es que él siempre había suspirado por poder trabajar en Egipto durante todo el año en lugar de tener que concluir las excavaciones en marzo o abril, cuando, quizá, se encontraban en su momento más interesante. Los problemas familiares y el trabajo secreto de Ramsés para el Ministerio de la Guerra habían dificultado nuestras actividades arqueológicas durante las temporadas anteriores. Emerson había conseguido la concesión de un emplazamiento en Luxor para aquella temporada. Era el lugar de Egipto que él amaba por encima de todo: el escenario de algunos de nuestros descubrimientos más importantes, nuestro hogar durante tantos años felices y, asimismo, el hogar de nuestros queridos amigos, los Vandergelt, quienes también pasarían allí un largo período de excavaciones.

Tan solo se me ocurría una objeción a una perspectiva tan espléndida. No me refiero al calor abrasador de Luxor en verano -objeción que a Emerson, de constitución idéntica a la de un camello, nunca se le habría pasado por la cabeza-, sino al hecho de que todo aquello nos obligaría a estar alejados de nuestra querida familia durante Dios sabe cuánto tiempo. Después de los comentarios que he hecho al respecto anteriormente, al lector no le costará adivinar que no incluyo en ella a los miembros de mi familia.

- Tonterías -dijo Emerson cuando se lo mencioné-. Eres irremediablemente dada al melodrama, Peabody. No estamos dando el adiós definitivo a nadie, tan solo se trata de prolongar un poco más la separación. Las circunstancias pueden cambiar; no estaremos completamente aislados.

Había consentido de buena gana que pasáramos las Navidades con nuestros seres queridos, y todos hicimos lo que pudimos por disfrutar lo máximo posible, por el bien de las niñas: Sennia y la pequeña Dolly, la hija de Lía y David, quien daba ya los primeros pasos. Todos nuestros sobrinos y sobrinas, que aún vivían, se encontraban allí: Raddie y su nueva mujer, la viuda de un amigo que había muerto en Francia; Margaret, de nuevo comprometida con un joven oficial; hasta Willie, a punto de salir para Francia, que trataba, pobre muchacho, de redoblar sus bromas con el fin de compensar la ausencia de su hermano gemelo, Johnny, a quien habían matado en combate el año anterior. Hubo risas y lágrimas; la guerra estaba demasiado presente, pero, a pesar de ello, creo que conseguimos sobrellevarlo bastante bien e incluso hubo un momento de hilaridad cuando Emerson le preguntó a David si se reuniría con nosotros algo más tarde, durante la temporada de excavaciones.

- Depende de usted, por supuesto -se apresuró a contestarle-. Pero la pequeña Dolly está sana y Lía…

- Lo lleva muy bien -dijo Nefret-. Dadas las circunstancias.

Al decir esto sonrió a David, cuyo cándido rostro dejó muy claro el alivio que le había producido su intervención. Le costaba mucho negarle cualquier cosa a Emerson y, además, no sabía cómo dar la noticia.

Por supuesto, yo adiviné de qué se trataba con solo mirar a Lía.

Emerson dejó caer la mandíbula.

- ¡Oh, por Dios! -gritó-. ¡Otra vez no! ¡Igual que tu madre! Debe de ser hereditario…

- ¡Emerson! -exclamé.

La advertencia bastó: la verdad es que no conozco otro hombre más amable que mi marido. Molesto, se las arregló como pudo para pronunciar unas pocas palabras de felicitación, aunque todos habían oído su bramido y conocían de sobra la razón que lo había ocasionado. Incluso Evelyn, que no se había vuelto a reír desde la

muerte de Johnny, tuvo que esconderse detrás del árbol de Navidad para ocultar su regocijo. Sabía de sobra que Emerson nunca acabaría de perdonarle que hubiera dejado una prometedora carrera como copista de escenas egipcias por la maternidad.

No solo íbamos a echar de menos la afectuosa compañía de Lía y David: el joven era uno de los mejores artistas y epigrafistas en la materia y Lía había aprendido lo suficiente de egiptología como para haberse convertido en una valiosa asistente. Si bien era cierto que su ausencia nos dejaba algo cortos de personal aquella temporada, intenté no dejarme llevar por la preocupación: ya nos las arreglaríamos de algún modo. Una vez en el puerto de Alejandría, la vieja alegría que siempre me producía el regreso a Egipto me invadió por completo. Con la habitual confusión, que la presencia del gato no hacía sino empeorar, subimos, con nuestro equipaje, al tren que se dirigía hacia El Cairo. Horus tuvo que sentarse entre Sennia y Nefret, ya que se negó a soportar a cualquier otra persona.

El resto de los miembros de nuestra familia egipcia nos esperaba en la estación de El Cairo. Al descender del tren, nos vimos rodeados casi de inmediato por una multitud que nos chillaba y aclamaba y que incluía no solo a nuestros amigos, sino prácticamente a cualquier egipcio que se encontrara en los alrededores. Todos nos saludaban usando nuestros nombres egipcios. A Emerson no le gustan los tratamientos formales y aunque nunca permitiría que sus trabajadores lo llamaran effendi, sin embargo disfrutaba con el tan merecido apodo de Padre de las Maldiciones. Las primeras veces que estuvimos en Egipto, los fellahin apenas contaban todavía con asistencia médica, por lo que mis escasas habilidades en ese campo fueron muy apreciadas. Por esa razón, a pesar de que no soy doctora, muchos egipcios empezaron a llamarme Sitt Hakim. Semejante título debería haberle correspondido a Nefret, pero a ella hacía ya mucho que se la conocía como Nur Misur, «Luz de Egipto»; Ramsés, por último, era el Hermano de los Demonios, en reconocimiento a sus supuestos poderes sobrenaturales.

Apenas habían pasado unos instantes, pero Emerson se encontraba ya tan rodeado de amigos que solo su cabeza (sin sombrero, como siempre) sobresalía por encima de la multitud;

algunos trataban de abrazarlo; otros, en cambio, se arrodillaban ante él para que los bendijese (y les diera *bacshish*).

Inesperadamente, mi marido alzó la voz y pronunció un enérgico juramento.

- ¡Detenedlo! -gritó, girando sobre sí mismo a gran velocidad mientras espantaba a sus admiradores con amplios movimientos de los brazos-. ¿Dónde ha ido?

- ¿Por qué, Emerson, qué sucede? -le pregunté, apresurándome en llegar a su lado.

Congestionado y temblando de rabia, Emerson invocó al creador en un modo que desapruebo por completo.

- Estaba aquí hace un segundo. Harapiento, oliendo como un camello, agachado a mis pies… ¿Dónde está?

- Se ha desvanecido -dije mientras la multitud volvía a rodearnos-. ¿Te dijo algo?

- Oh, sí, ya lo creo que habló: «Bienvenido, hermano. Y gracias» -dijo Emerson, apretando los dientes-. Acababa de darle cincuenta piastras.

* * *

El otro hermano de Emerson. Para ser más exactos, su medio hermano, el hijo del padre de Emerson y de una dama que había tenido la desgracia de no estar casada con aquel caballero. No hacía mucho que acabábamos de descubrir la verdadera identidad del hombre que, durante muchos años, había sido nuestro mayor enemigo: un verdadero maestro del disfraz y cabecilla de una banda de criminales especializados en robos de tumbas y en falsificación de antigüedades. A tanta sorpresa había que añadir, además, que Sethos, tal y como quería que lo llamaran, era uno de los agentes secretos más valiosos de Inglaterra. Todas esas revelaciones nos habían llevado a considerar una relación que había estado marcada, hasta entonces, por no pocas asperezas. Tal y como le dije a Emerson, no se puede despreciar completamente a un hombre que ha arriesgado su vida por nosotros y por su país.

Mientras mi furibundo esposo seguía dando vueltas de acá para allá tratando de encontrar al insolente mendigo, se lo volví a recordar. Ramsés y Nefret se acercaron a toda prisa hacia nosotros, ansiosos por saber lo que había pasado. Fueron suficientes unas pocas y breves frases para explicárselo; ambos conocían de sobra

tanto la habilidad de Sethos para disfrazarse como su extraño sentido del humor. Ramsés frunció ligeramente el ceño pero, aparte de eso, su enigmático rostro apenas se inmutó. Nefret, en cambio, sonreía: sentía debilidad hacia aquel hombre. Aquel sentimiento era compartido por muchas mujeres y Sethos no tenía inconveniente en hacer uso de ello en provecho propio.

Era imposible encontrarlo en aquella multitud, de modo que, con la ayuda de los chicos, obligué a Emerson a entrar en el carruaje y lo persuadí de que dejara la discusión sobre el asunto para más tarde, una vez nos hubiéramos instalado en el hotel.

A pesar de que estaba deseando llegar a Luxor, Emerson había accedido a pasar unos días en El Cairo para que pudiéramos ponernos al día sobre las últimas noticias. La censura de prensa en el barco era muy estricta, así que tan solo teníamos una ligera idea de lo que había sucedido en nuestra parte del mundo. Nos alojábamos en el Sepheard, escenario que, en el pasado, había servido de marco a un sinfín de singulares aventuras y la nostalgia me embargaba ahora al recordar algunas de ellas: el malvado Vincey (y su gato) registrando el equipaje en nuestra habitación; el Maestro del Crimen, *aka* Sethos, *aka* mi cuñado (¡si lo hubiera sabido!), en el comedor, vertiendo un somnífero en mi copa de vino…

- ¿Qué estará tramando ahora? -preguntó Emerson, mientras los sirvientes traían nuestras maletas y el director del hotel acudía a darnos la bienvenida.

- Por favor, deja de gritar, Emerson -le imploré-. Espera a que nos quedemos a solas.

Nos habían dado nuestras habitaciones de costumbre del tercer piso. Cuando acabamos de instalar a todos en ellas y conseguí convencer a Sennia para que cenara algo más temprano con Basima en lugar de hacerlo con nosotros en el comedor, oscurecía ya y las luces de El Cairo centelleaban en el anochecer. La charla en privado que le había prometido a Emerson iba a tener que esperar: no nos podíamos desembarazar de Gargery. Totalmente recuperado y tan ceremonioso como solía ser habitual en él, había decidido llevar a cabo las tareas que le correspondían como ayuda de cámara. Emerson, en realidad, no lo necesitaba y el lector debe saber que, en circunstancias ordinarias, no nos habríamos llevado a unas

excavaciones arqueológicas a un sirviente de tan escasa utilidad como un mayordomo. Solo que Gargery no era exactamente un mayordomo: había tomado parte en varias de nuestras investigaciones detectivescas y siempre se había mostrado dispuesto a hacer todo lo que estuviera en su mano para asegurar nuestra protección; la de Sennia, en particular.

Acabé de arreglarme y me dirigí hacia la sala de estar. El *sufrayi* había dejado en ella un buen número de mensajes y cartas. Los miré por encima, distraída con los gruñidos y las maldiciones que provenían del vestidor de donde, al cabo de un rato, emergió Emerson malhumorado, pero muy atractivo con su corbata negra. Tras admirar su obra y después de pedir mi autorización, Gargery se retiró.

- Ahora, Peabody, maldita sea… -dijo Emerson.

- No, querido, todavía no. Quiero oír lo que dicen los chicos al respecto.

Nefret y Ramsés tardaron un rato en reunirse con nosotros en el comedor, así que traté de sacar algún provecho de aquel interludio intentando conseguir información de utilidad sobre alguno de los allí presentes. El resultado, tal y como Emerson me hizo notar, fue bastante pobre. Muchos de nuestros compañeros arqueólogos habían abandonado Egipto para cumplir con sus obligaciones de guerra. Confiaba en encontrarme con Howard Carter, quien llevaba una existencia peripatética yendo y viniendo de Luxor, donde excavaba con un cierto desinterés, a El Cairo, donde realizaba ciertas actividades misteriosas para el Ministerio de la Guerra; pero no estaba allí.

No obstante, había una cara familiar entre los presentes: una de esas que pasan casi inadvertidas. Me miraba fijamente y yo no fui lo bastante rápida para evitar sus ojos; sus delgados labios se fundieron en una sonrisa que partió el espacio existente entre su nariz puntiaguda y su barbilla hendida, y se puso de pie.

- ¡Maldita sea! -dijo Emerson-. Es ese bastardo de Smith.

- Ese es tan solo su nombre de espía, Emerson.

- ¿Su qué?

- Sabes perfectamente lo que quiero decir. Siempre me ha parecido un término bastante inteligente.

Por su expresión, era evidente que Emerson no estaba de

acuerdo.

- Su nombre es Boisgirdle-Bracedragon -añadí-. ¿O es Bracegirdle-Boisdragon? Está claro que me gusta tan poco que no consigo recordarlo. En psicología es un síntoma muy conocido…

- No me hables de psicología, Peabody. En cualquier caso, es un nombre condenadamente ridículo. Cuando tengamos que referirnos a él, bastará con Smith.

Espero que no tenga el maldito descaro de intentar hablar con nosotros.

En el caso de que Smith hubiera tenido la intención de hacer semejante cosa, el ceño de Emerson hizo que se lo pensase mejor y se hundiese de nuevo en su silla. A pesar de ello, yo seguí observándolo discretamente. Cuando Ramsés y Nefret entraron en el comedor, se volvió a levantar y, esta vez sí, nos dedicó una reverencia.

A Ramsés se le escapan muy pocas cosas y, además, era difícil pasar por alto un gesto como aquél. Sin perder por ello su expresión de dulzura, Nefret maldijo entre dientes. Estaba preciosa vestida de azul aciano, su color favorito, engalanada con perlas y zafiros y con su pelo cobrizo enroscado en una corona sobre la cabeza; lástima que, sin embargo, su ceño fuera casi tan terrible como el de Emerson.

- ¿Qué es lo que está haciendo aquí? -preguntó.

- Lo más lógico es que esté cenando -le contestó Ramsés, tranquilo.

- ¿Aquí?

Nefret tenía razón. El Sepheard había dejado de ser el hotel favorito de la gente elegante de El Cairo. Normalmente, «Smith» formaba parte de un grupo de tontas mujeres y pomposos oficiales que, probablemente, en su mayoría desconocían las actividades que llevaba a cabo para el servicio de información, creyendo que se trataba de un simple oficial del Ministerio de Obras Públicas. Aquella noche cenaba solo.

A cualquier grupo de personas interesado en nosotros no le habría resultado nada difícil enterarse de la fecha de nuestra llegada y del hotel en el que habíamos reservado habitaciones. Algunos miembros de aquellos grupos se encontraban en Londres, y a mí no me cabía ninguna duda de que aquel particular interés

recaía sobre todo en mi hijo. Siguiendo órdenes de sus superiores, Smith había tratado ya una vez de reclutar a Ramsés para una misión peligrosa. ¿Pretendía intentarlo de nuevo? ¿O -la idea se me acababa de ocurrir- su presencia tenía algo que ver con la reaparición del hermano de Emerson? Sethos había estado relacionado de algún modo con el grupo que dirigía Smith, cualquiera que éste fuese. Este tipo de personas suelen ser muy reservadas y, aunque ellas digan que es por necesidad, pienso que se comportan así porque disfrutan mostrándose misteriosas.

Me abstuve de mencionar esta hipótesis a Emerson, porque eso solo habría servido para que se enfadara aún más.

- Al demonio con Smith -declaró-. Lo que quiero saber es… Maldita sea, joven, ¿qué es lo que hace?

- Servir el siguiente plato -le dije, mientras el joven en cuestión se hacía un lío con la vajilla-. Es su trabajo, Emerson. Deja de aterrorizarlo.

- Ah, bueno. Lo siento, muchacho -añadió, dirigiéndose al camarero, quien palideció de horror.

- ¡Y no te excuses con él! -gemí.

Mis intentos por enseñar a Emerson el modo correcto de comportarse con la servidumbre habían fracasado por completo. Mi marido trata a príncipes y campesinos, a portadores de cestas y a arqueólogos de la misma manera: les grita cuando pierde los estribos y se excusa con ellos cuando ha sido injusto. El personal del Sepheard conocía de sobra las peculiaridades de su carácter, así que el camarero debía de haber sido adiestrado para tratar con él aunque, al ser tan joven, lo más probable es que no se hubiera tomado en serio las advertencias.

Con la ayuda del jefe de los camareros consiguió retirar los platos de sopa de la mesa y servir el pescado en tanto que Emerson, sin saber que había hecho algo fuera de lo corriente, reanudó la conversación donde la había dejado: «¿Qué hacía Sethos en El Cairo? ¿Qué significaba aquel encuentro tan impertinente? ¿Se trataba de un desafío o de…?».

- ¿Qué es lo que tiene de extraño? -preguntó Nefret-. No hemos sabido nada de él durante meses y debe de saber que tenemos buenas razones para estar preocupados por él. Tal vez se trate tan solo de un modo de decirnos que está sano y salvo.

- ¡Bah! -protestó Emerson.

Nefret se echó a reír.

- Vamos, Emerson -dije-. No deberías ser tan rencoroso, querido.

- ¡Rencoroso! Ah, sí, desde luego, reconozco que resulta mezquino odiar a un hombre que ha tratado de asesinarme, seducir a mi mujer y robar mis antigüedades.

- Todo eso es agua pasada. Los servicios que ha prestado durante los últimos años, tanto a nosotros como a su país, prueban que su conversión ha sido sincera y, además, la relación que ahora mantiene con una dama debería ser garantía suficiente de que ha dado por finalizado un afecto que, sin duda, era fruto tanto del resentimiento hacia ti como del interés hacia mi persona.

Me detuve para tomar aire. Emerson, quien, hasta ese momento, se había dedicado a apuñalar su pescado, dejó el tenedor sobre la mesa.

- Peabody -dijo con dulzura-, lo que acabas de decir ha resultado más pomposo y pedante de lo que, normalmente, suelen ser tus declaraciones. No pienses que la complejidad de tu sintaxis conseguirá ocultar lo inadecuado de tus conclusiones. Él no ha cambiado.

Sigue siendo el de siempre. En lo que concierne a su relación con la señorita Minton, sabes de sobra que terminó casi nada más empezar. El verano pasado te resultó imposible ponerte en contacto con ella, ¿no es así? No digas que no lo intentaste, porque sé que lo hiciste.

Llegado a ese punto, fue él el que tuvo que detenerse para respirar.

- ¡Ja! -exclamé-. Tú hiciste lo mismo y te enteraste, como yo, de que, después de estar incomunicada durante varios meses, había sido nombrada corresponsal de guerra y se encontraba en Francia. También intentaste conseguir información sobre él del Ministerio de la Guerra y tendrías que haber reconocido ya que sin éxito alguno. ¿Por qué no admites que te preocupas por él? A fin de cuentas se trata de…

- ¡Madre, por favor! Se está acalorando. Y usted también, padre. Quizá deberían escuchar la opinión de un tercero.

- ¿Y bien? -preguntó Emerson a su hija-. ¿Qué es lo que tienes que decir al respecto?

- La verdad es que nada.

- Ah -dijo Emerson-. ¿Ramsés?

Mi hijo había permanecido en silencio, sonriendo levemente mientras sus ojos pasaban de un interlocutor (Emerson) a otro (yo). Se encogió de hombros.

- Es una pérdida de tiempo especular sobre los posibles motivos de mi tío. Uno nunca sabe lo que pretende hasta que él lo lleva a cabo. -Emerson enrojeció y empezó a decir algo pero Ramsés elevó ligeramente la voz-. Hasta ahora, se ha limitado a saludarle. Puede que haya sido tan solo su sentido del humor el que lo haya llevado a realizar un gesto semejante, pero también es cierto que, si sigue trabajando en la clandestinidad, no puede salir abiertamente a su encuentro.

- Todo eso me trae sin cuidado -dijo Emerson enérgico, aunque sus palabras no fueran del todo sinceras-. Lo que me gustaría saber es si continúa con el negocio de las antigüedades. Ramsés, ¿por qué no nos damos esta noche una vuelta por los cafés e interrogamos a los comerciantes? Si el Maestro ha vuelto…

- Ellos no te lo dirán -le dije.

- No -asintió Nefret. Apenas el camarero acabó de retirar los platos sin incidentes (la atención de Emerson se concentraba en ese momento en otra cosa), puso los codos sobre la mesa y se inclinó hacia delante; sus ojos azules centelleaban-. Sus métodos son demasiado directos, padre. ¿Recuerda a Alí la Rata y su… joven amigo?

Emerson se atragantó con el vino.

- Ramsés no puede volver a ser Alí la Rata de nuevo, Nefret. La mascarada fue descubierta -dije con inquietud.

- Sí, pero la gente que lo sabía está ahora muerta -arguyó Nefret-. Y a él le iba mucho ese papel, ¿no es así, Ramsés?

Volviéndose hacia su marido, clavó los ojos en él. Mi hijo tardó algo en responder.

- Muy bien. Pero, como es posible que algunos de los integrantes del viejo público se encuentren todavía en los alrededores, preferiría no arriesgarme con Alí -dijo sereno-. Podemos, eso sí, probar con una variación del mismo.

Era, precisamente, lo que me había estado temiendo, aunque confiaba en que las cosas no llegarían a ese punto tan pronto. Nefret

era tan valerosa y capaz como cualquier hombre y, además, amaba a su marido por encima de todo. El sentía lo mismo por ella, así que no me resultaba difícil imaginar el conflicto que debía de haber mantenido consigo mismo al tener que reconocerle el derecho de compartir con él riesgos y aventuras. Creo que es innecesario que diga que estaba de acuerdo con las exigencias de igualdad de Nefret: ¿acaso no había pedido yo y (más o menos) obtenido lo mismo de Emerson? Pero no por ello tenía que gustarme que Nefret hiciera una cosa así. Los principios son difíciles de mantener cuando se mete por medio el afecto personal.

Afortunadamente para mí, Ramsés prosiguió.

- Pero no esta noche. Necesito un poco de tiempo para conseguir el disfraz apropiado.

- Desde luego que esta noche no -dije-. Ha sido un día muy largo y no deberíamos retirarnos demasiado tarde.

- Una idea estupenda -aprobó Emerson, recobrando los ánimos.

- Sí, madre -dijo Ramsés.

Emerson y yo mantuvimos una pequeña conversación privada cómodamente sentados el uno junto al otro ante el mortecino fuego de la sala de estar, mientras nos bebíamos un último whisky con soda.

- Entonces, ¿nos vamos de El Cairo lo antes posible? -dije, recapitulando.

Emerson asintió enfáticamente con la cabeza.

- Ya me preocupa bastante que Ramsés se dedique a rondar por *suks* y cafés a la búsqueda de criminales, y no digamos si, encima, es ella la que lo acompaña.

- Sería peor que el Ministerio de la Guerra le ofreciera otro inmundo trabajo. La presencia de Smith esta noche resultaba muy sospechosa, Emerson.

- Tonterías -dijo Emerson-. No obstante… ¡Dios mío, entre los servicios de inteligencia y mi taimado hermano, El Cairo ha dejado de ser un lugar apropiado para una familia de inofensivos arqueólogos! Pero, a pesar de todo, creo que te preocupas innecesariamente, querida. Será imposible que convenzan a Ramsés para que asuma otra misión.

Al delicado afecto de Emerson no se le escapó el ligero temblor que corrió por mis labios.

- ¡Maldita sea, Peabody -gruñó-, si se trata de una de tus premoniciones, prefiero no oírla! Vamos a la cama enseguida.

* * *

Mientras desayunábamos en nuestras habitaciones, Emerson echó un vistazo al correo (distracciones de muy diverso tipo le habían impedido hacerlo antes). Entre las cartas había una de Cyrus Vandergelt que le causó tal indignación que le hizo ponerse de pie de un salto y correr hacia la puerta y, si no hubiera sido porque llegué a tiempo de sujetarlo, habría sido capaz de salir de la habitación en bata.

- Por el amor de Dios, Emerson, ¿dónde vas?

Emerson sacudió las páginas de apretada escritura ante mí.

- Han vuelto a hacerlo. Otra tumba. Saqueada. Los comerciantes de Luxor tienen ya en sus manos los objetos. ¡Maldita sea! Ramsés…

- Si quieres poner al corriente a Ramsés -dije tras conseguir interpretar sus incoherentes comentarios gracias a la habilidad que da la larga experiencia-, diré al *sufrayi* que vaya a decirles a él y a Nefret que vengan. Siéntate, Emerson, o, si lo prefieres, vístete. Unos cuantos minutos de retraso no pueden empeorar una situación que…

- Maldita sea -gruñó Emerson en tanto que se dirigía con la carta hacia el vestidor.

Acostumbrada al tempestuoso comportamiento de mi marido, mandé al *sufrayi* con el recado y continué con mi desayuno.

Los chicos debían de estar ya levantados y vestidos, ya que llegaron en un abrir y cerrar de ojos.

- ¿Algún problema? -preguntó Ramsés.

- ¿Qué es lo que te hace suponer una cosa así? -le contesté alzando la voz por encima de los gritos de ira que provenían de la habitación de al lado. Algunos de ellos tenían que ver con el hecho de que Emerson no conseguía encontrar sus camisas, que estaban justo en el sitio que le había indicado la noche anterior (en el segundo cajón de la cómoda).

- Nos llama a una hora tan temprana…

Arremetiendo, Emerson salió del vestidor y entró en la habitación vestido con pantalón y camisa.

- ¡Ah!, aquí estáis. Bien. Escuchad esto.

- Acaba tu desayuno, Emerson -le dije, arrancando con habilidad

de su puño cerrado las páginas estrujadas y tendiéndoselas a Ramsés.

Resumiré su contenido, que Ramsés leyó en voz alta a petición mía.

Algunos meses antes se había corrido el rumor de que los infatigables ladrones de Luxor habían descubierto una tumba hasta entonces desconocida que contenía soberbios objetos de gran valor: diademas reales, recipientes de piedra y metales preciosos y joyas de todo tipo. Por una vez, los rumores eran ciertos. Cyrus se enteró de la historia en noviembre, poco después de llegar al lugar de los hechos, y se fue derecho a la tienda de nuestro viejo conocido Mohamed Mohassib, quien había comerciado con antigüedades durante treinta años. El viejo y astuto sinvergüenza, fingiéndose tan virtuoso como solo un comerciante de Luxor es capaz de hacerlo, negó saber algo sobre el famoso tesoro. Siempre lo hacía, a pesar de que todos sabían que había traficado con objetos pertenecientes a los mayores descubrimientos. Era imposible atraparlo: nunca guardaba los objetos de valor en su propia casa, sino que los distribuía entre sus conocidos y, cuando los sacaba al mercado, negociaba en privado con las partes interesadas, quienes nunca lo entregarían a la policía ya que eran las primeras interesadas en conseguir dichos objetos.

Sabedor de todo ello, Cyrus insistió hasta que Mohassib le confesó que acababa de adquirir una pieza interesante (¡no de un ladrón de tumbas, por supuesto!). Se trataba de una pesada barra de oro de unos cinco centímetros de larga, decorada con cinco pequeñas figuras de gatos reclinados, dos de los cuales se habían perdido; los tres restantes eran de oro y cornalina. Cyrus conocía demasiado bien esas antigüedades como para dudar demasiado sobre lo que estaban viendo sus ojos. «Esta pieza formaba parte de un brazalete de mujer», había escrito. «Tiene que ser femenino por los gatos. Tiene los cartuchos con los nombres de Tutmosis III y ellos indican que había tres enterramientos en la tumba, amigos: reinas o princesas relacionadas con el faraón.»

Haciendo esfuerzos (en vano, si conozco bien a Cyrus) por disimular su excitación, se apresuró a hacer una oferta a Mohassib. El viejo caballero la rechazó: había otra persona interesada y él estaba obligado a darle prioridad. ¿Qué otra cosa si no podía hacer

un hombre de honor?

«Así es cómo están las cosas», finalizaba Cyrus su carta. «Estoy seguro de que la "otra persona" es Howard Carter, que actúa en nombre de Carnavon o de algún condenado museo. Mohassib está tratando de subir el precio enfrentando a los posibles compradores. Será mejor que vengas hasta aquí y hables con él, Emerson; es un viejo y astuto canalla y tú eres la única persona que le impone algo de respeto».

- Nos vamos de El Cairo enseguida -anunció Emerson.

Ramsés intercambió una mirada con su mujer.

- Perdone, padre, pero no veo la razón para tanta prisa. La tumba ha sido desvalijada y Mohassib no admitirá nada, ni siquiera ante usted. Lo mejor es que hablemos con Carter. ¿Acaso no está trabajando para el Ministerio de la Guerra? Quizá todavía se encuentre en Egipto.

- Mmm -musitó Emerson pensativo.

- No podemos marcharnos ya -dijo Nefret-. Tengo que ir al hospital. Hace meses que no sé nada de ellos y hay un buen número de cosas que tengo que arreglar con Sofía antes de que nos volvamos a marchar.

- Mmm -volvió a murmurar Emerson.

Para aquellos que hemos aprendido a diferenciarlos, los gruñidos de mi marido resultan bastante explícitos. Éste, en concreto, expresaba desacuerdo y protesta. El hospital que Nefret había fundado para las mujeres de la mala vida de El Cairo se encontraba en una zona detestable de la ciudad; como ella misma nos dijo en una ocasión, aquellas infelices criaturas no se habrían aventurado a poner los pies en un vecindario respetable.

- Está bien, padre -dijo Ramsés-. ¿No creerá que voy a permitir que mi tímida e indefensa mujercita vaya sola a el-Wasa?

Nefret le sacó la lengua. No acababa de renunciar a ese tipo de gestos infantiles. A Ramsés pareció divertirle mucho.

- Ah -dijo Emerson animándose-. Bueno. ¿Y tú, Peabody? ¿Vas a ir con ellos?

- Tengo otros planes -respondí, doblando mi servilleta.

Los ojos de Emerson se entrecerraron hasta formar dos hendiduras color zafiro.

- Oh, no, Peabody. Tú vienes conmigo. O, en otras palabras, yo

iré contigo -añadió.

Los chicos se marcharon y yo mandé a Emerson a acabar de vestirse. Sabía que el proceso le llevaría algún tiempo, así que mientras tanto me acerqué a ver cómo seguían Sennia y sus acompañantes. Ella, Basima, Gargery y el gato estaban aún desayunando. Para ser una niña tan pequeña, Sennia tenía un apetito impresionante. Al verme, dejó caer la tostada -con el lado untado de jalea hacia el suelo- y corrió a abrazarme, preguntándome a la vez lo que íbamos a hacer ese día.

- Gargery, Basima y tú tendréis que divertiros solos hoy -le contesté en un tono que no dejaba lugar a la discusión-. El resto de nosotros tenemos algunos recados que hacer. Os sugiero que visitéis el Museo o, tal vez, podríais alquilar un carruaje y acercaros a Giza.

- No creo que ése sea un buen plan, señora -dijo Gargery guiñándome furiosamente un ojo y haciendo muecas con la cara en un modo alarmante-. Después de lo que pasó el año pasado…

- Eso fue el año pasado, Gargery. Los responsables de ese accidente no pueden volver a amenazarnos.

- ¡Pero, señora! Quiere que nos llevemos el mal… el gato con nosotros.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, frunció el ceño al animal, que estaba sentado junto a la silla de Sennia limpiándose los bigotes. Horus se detuvo el tiempo suficiente para sonreírle con desprecio. Todos los gatos son capaces de eso, pero Horus lo sabía hacer mejor que ninguno. Tenía una cabeza muy grande y las rayas oscuras que cruzaban su cara hacían que pareciera una gárgola.

- ¿Podemos ir a Atiyeh? -preguntó Basima-. El resto de la familia quiere ver a Pajarito.

- Y vosotros queréis verlos a ellos -dije, cayendo en la cuenta de que tenía que haber pensado en ello. De hecho, era una idea estupenda: el pueblo donde vivía la rama norteña de la familia de Abdullah estaba bastante cerca de El Cairo y Sennia se encontraría allí bajo la supervisión de docenas de afectuosos amigos que le impedirían meterse en líos. Les di mi aprobación y Gargery aceptó también encantado. Nadie le preguntó a Horus por su opinión.

- ¿Dónde va Ramsés? -preguntó Sennia; si había un rasgo que la caracterizara era, desde luego, el de la insistencia.

- A un sitio donde tú no puedes ir con él. Estaremos de vuelta para la hora del té.

La dejé haciendo pucheros mientras Gargery se metía algo en el bolsillo. Deseé que no fuera una pistola, aunque casi estaba segura de que lo era: nuestro mayordomo se tomaba el cuidado de Sennia muy en serio.

Fui a recoger a Emerson y le obligué a ponerse chaleco y corbata. Yo también me cambié de blusa, porque la que llevaba estaba toda pringosa y cubierta de huellas de dedos. Después, abandonamos el hotel y nos pusimos a pasear por el Muski, desechando con la mano las ofertas que nos iban haciendo los taxistas.

- ¿Hacia dónde vamos? -pregunté.

- No te hagas la tímida conmigo, Peabody -dijo Emerson afectuoso-. Te diriges al *suk,* ¿no es así?, a intimidar, atormentar e interrogar a los comerciantes de antigüedades sobre Sethos.

- Bueno, la verdad es que se me ocurrió que podría hacer algunas preguntas a unas cuantas personas. ¿Acaso no es eso preferible a que los chicos se dediquen a rondar por El Cairo durante la noche, con Nefret engalanada como la… de Ramsés… su… mmm…? Emerson se estremeció.

- ¡Por Dios, sí! Pero… ella no se refería a eso, ¿no?

- Claro que sí.

Ir a pie desde el Sepheard hasta Jan el-Jalili, atravesando el Muski y la vieja ciudad fatimí, con sus pórticos y mezquitas, constituye un largo y agradable paseo. ¡Cómo había cambiado el aspecto de la ciudad! Los automóviles y las motocicletas culebreaban peligrosamente entre coches de caballos, carretas tiradas por burros y caravanas de camellos. Se podían ver uniformes por todas partes y los hombres que los vestían eran tan diversos como las insignias que lucían: altos y robustos australianos, barbudos sijs, nubios de piel oscura y muchachos de mejillas sonrosadas recién llegados de la campiña inglesa.

Era una visión deprimente. Muchos de aquellos hombres alegres y con los ojos luminosos estaban destinados a acabar en los campos de batalla de Palestina y Europa, de los que nunca regresarían.

Al menos el Jan el-Jalili no había cambiado, los mismos callejones estrechos cubiertos de esteras y ocupados por pequeñas

tiendas donde se vendía prácticamente de todo: sedas, alfombras u objetos de plata. Buhoneros y vendedores de dulces se abrían camino entre la multitud; un camarero, transportando en lo alto una bandeja con pequeñas tazas de café turco, se dirigía apresurado hacia la tienda del comerciante que lo había encargado.

No demasiado lejos de la mezquita del venerado Al-Hussein se encuentra la zona que ocupan los puestos de los vendedores de libros: precisamente en ese punto era donde esperaba poder librarme de la amable pero inconveniente presencia de mi esposo. Sorprendentemente, él no opuso excesiva resistencia.

- Me imagino que querrás ir a ver a Aslimi -dijo.

- Y quizá también a algunos más.

- Muy bien. -Emerson sacó el reloj-. Te daré tres horas, Peabody. Si no estás de vuelta para entonces, saldré a buscarte.

- ¡Cualquier cosa menos eso! -exclamé, burlona.

Emerson sonrió.

- De acuerdo. Diviértete, querida, y no compres ninguna falsificación.

Aslimi comerciaba con antigüedades falsas, al igual que había hecho su padre, quien había muerto en terribles circunstancias en su propia tienda algunos años antes. Al principio, no lo reconocí. Había engordado mucho y ya estaba casi tan obeso como lo había estado su padre. Sentado en la mastaba que se encontraba junto a la puerta de su tienda, se dedicaba a importunar, siguiendo una vieja tradición, a todo aquél que pasaba por delante, valiéndose para ello de toda una mezcolanza de lenguas.

- ¡Oh, *Howadaji,* tengo antigüedades preciosas! ¡*Monsieur et madame, écoutez-vous!*

Y otras cosas por el estilo. Al verme llegar, se detuvo con un gorjeo y empezó a agitarse, haciendo esfuerzos por permanecer en su sitio.

- Buenos días, Aslimi -dije-. No te muevas.

Aslimi tragó saliva.

- El Padre de las Maldiciones…

- No ha venido conmigo.

- Ah -Aslimi apoyó sus manos en una región cercana a su cintura y suspiró profundamente-. Me produce dolor de estómago, Sitt Hakim.

- Es la voluntad de Dios -dije, muy pía.

Aslimi me lanzó una mirada que indicaba que estaba más dispuesto a culpar a Emerson de ello que a Alá pero, en lugar de decirlo, se lo pensó dos veces y procedió con el ritual de bienvenida ofreciéndome té o café y un asiento en la mastaba. Solo entonces nos pusimos a hablar de negocios.

Una hora y media más tarde, abandoné la tienda con varios paquetes. Regatear lleva su tiempo y el sutil interrogatorio, que a mí se me da tan bien, un poco más. No tenía mucho tiempo que perder, así que me detuve tan solo un momento en otros puestos, en los que me enteré de apenas algo más de lo que ya me había contado Aslimi, pero donde adquirí toda una serie de objetos que nos iban a resultar muy útiles en nuestra nueva casa y que pedí que nos mandaran directamente al hotel: un conjunto de bonitos recipientes de cobre para cocinar, unos treinta metros de seda de Damasco azul plateado y dos bonitas alfombras.

Encontré a Emerson rodeado de volúmenes rudimentariamente encuadernados, montañas de manuscritos y algunos de los vendedores de libros más experimentados, con los que se había enzarzado en una acalorada discusión. Había llegado a sospechar que éstos disfrutaban provocando a mi marido, dado que su opinión sobre la religión -cualquiera que ésta fuese- era poco ortodoxa y solía expresarla con gran elocuencia. La discusión finalizó al hacer yo mi aparición. Tras un intercambio general de cumplidos, me llevé a Emerson de allí.

- ¿Por qué lo haces? -lo reñí-. Es una grosería criticar las creencias religiosas de otras personas y, además, no hay la más mínima posibilidad de que los puedas convertir.

- ¿Y quién quiere hacerlo? -preguntó Emerson sorprendido-. El islam es una religión tan buena como cualquier otra. Tampoco apruebo el cristianismo, el judaísmo ni el budismo.

- Lo sé de sobra, Emerson. ¿Aprendiste algo de interés?

- Fue muy interesante. Hice alguna que otra pregunta, de esas que carecen de respuesta… -al ver mis paquetes se apresuró a cogerlos-. ¿Qué es lo que llevas ahí?

- No los abras. -Tuve que reñirle, porque, con el ímpetu que le era característico, había empezado a tirar de las cuerdas-. Mientras te dedicabas a perder el tiempo discutiendo sobre teología, me

ocupé del asunto que nos trajo hasta el Jan. Aslimi me enseñó algunas cosas impresionantes, Emerson. Me dijo que nunca había visto un suministro de mercancías tan grande: los objetos le llegan de todas partes de Egipto, incluido Luxor.

- ¡Por todos los demonios!

Emerson se detuvo en medio de la carretera y se puso a desenvolver uno de los paquetes, ignorando por completo al camello que avanzaba pesadamente hacia él. Al reconocer a mi marido, el conductor hizo lo que pudo para detener al recalcitrante animal antes de que se diera de bruces contra mi igualmente recalcitrante esposo. Este dirigió una mirada furibunda al camello, el cual le respondió con su acostumbrado aire de profundo desdén. Me vi obligada a contener la risa, ya que seguramente Emerson se estaba tomando muy en serio su intento de fulminar con la mirada a aquel animal.

Fuera como fuese, el conductor consiguió esquivar a mi marido, quien, por su parte, no se había movido ni un milímetro. En ese momento le quité el paquete.

- No es propio de ti ser tan descuidado, Emerson -le dije con severidad-. Descuidado con las antigüedades, quiero decir. Quítate de en medio de la calzada y deja que deshaga el envoltorio lo suficiente como para que puedas echar una mirada.

Era necesario hacerlo cuidadosamente, dado que los dos objetos que había en su interior se podían romper o, cuando menos, desportillar. El que enseñé a Emerson era un disco de alabastro con una fina banda dorada en el borde.

- No hay jeroglíficos -murmuró-. A pesar de ello, es una pieza magnífica. Es la tapa de un tarro o de una jarra.

- Un tarro muy caro -le corregí-. Lo tengo también: un exquisito recipiente de alabastro, lo más probable es que fuera usado para guardar cosméticos. Y ahora, ¿podemos volver al hotel y examinarlo allí en privado?

- Mmm, sí, desde luego. -Emerson me observaba mientras volvía a envolver la tapa-. Disculpa, querida. Tenías razón al reñirme. ¿Qué más has conseguido?

- Nada tan espectacular como el recipiente para cosméticos -dije-, pero creo que todos los objetos proceden de la misma tumba, la misma de la que nos habló Cyrus.

- Así que Mohassib no se hizo con todo. -Emerson caminaba junto a mí dando zancadas, con las manos metidas en los bolsillos-. ¿Cómo los consiguió Aslimi?

- De Sethos no.

- Supongo que se lo preguntarías a quemarropa -gruñó Emerson-. Aslimi es un mentiroso congénito, Peabody. ¿Cómo sabes que te estaba diciendo la verdad?

- Se puso verde como un guisante al oír hablar del Maestro. Podría haber resultado hasta divertido de no haber sido por su estado de abyecto terror: no cesaba de retorcerse las manos y de decir: «Pero está muerto. Está muerto, seguro. ¡Dígame que esta vez está realmente muerto, Sitt!».

- Mmm -murmuró Emerson.

- Espero que no estés pensando en hacerte pasar por el Maestro, Emerson.

- No sé por qué iba a hacerlo -replicó mi marido mohíno-. Siempre dices que jamás podré ocultarme tras un disfraz. ¡Hasta resulta insultante, maldita sea! Así que… ¿de quién adquirió Aslimi esos objetos?

- Asegura que era un hombre al que no había visto jamás.

- Confío en que conseguirías arrancarle una descripción.

- Por descontado. Alto, corpulento, barba negra y bigote.

- Incluso en el caso de que fuera cierta, no sirve de mucho.

- Aslimi no me mentiría. Emerson, por favor, no andes tan deprisa.

- ¡Ja! -me contestó, pero, aun así, aflojó el paso y me ofreció el brazo. Habíamos llegado al Muski, con su tráfico ensordecedor y sus tiendas europeas.

- Apenas tenemos tiempo de asearnos un poco antes del almuerzo -añadió-. ¿Crees que habrán vuelto los chicos?

- Nunca se sabe, tan solo espero que no se hayan metido en líos.

- ¿Por qué dices eso?

- Porque normalmente lo hacen.

*DEL MANUSCRITO H:*

El infame barrio chino de El Cairo se encontraba en una zona vergonzosamente cercana a Ezbekieh y los hoteles de lujo. En los burdeles de el-Wasa, mujeres egipcias, nubias y sudanesas ofrecían sus servicios en condiciones miserables. En teoría, se encontraban

bajo la supervisión médica del gobierno, pero, en realidad, a éste lo único que le preocupaba era el control de las enfermedades venéreas. Las mujeres golpeadas, víctimas de abortos chapuceros o que habían sufrido enfermedades de otro tipo, no entraban en consideración. Aún más difícil de controlar era la zona vecina de Wagh el-Birka, ocupada por mujeres europeas y dirigida por *entrepreneurs* igualmente europeos. Al tratarse de extranjeros, estaban sujetos únicamente a la autoridad de los cónsules. Ramsés había oído a Thomas Russell, asistente del jefe de la policía de El Cairo, maldecir las restricciones que le impedían cerrar aquellos establecimientos.

Las callejuelas de el-Wasa estaban bastante tranquilas a aquella temprana hora. El hedor era permanente: incluso la lluvia más fuerte apenas conseguía remover la basura que se acumulaba en las calles, amontonándola en charcos grasientos donde permanecía una vez que el agua se había evaporado. No había alcantarillas. Ramsés miró a su mujer, quien caminaba rápidamente entre la inmundicia, prestándole apenas la atención necesaria para evitar los peores tramos y, de nuevo, se preguntó cómo podía soportarlo. Siempre estaba radiante pero, en aquel escenario, llegaba a resplandecer como una estrella caída, con su pelo cobrizo recogido por un lazo en la parte posterior de su cabeza y la frente despejada.

Al principio, la clínica había sido vista con desconfianza y disgusto por los habitantes del barrio chino, de modo que tanto Nefret como su amiga, la doctora Sofía, habían procurado pasar inadvertidas. Ahora, en cambio, se encontraba bajo la protección de la policía de El Cairo. Russell enviaba a menudo patrullas y castigaba severamente a todo aquel que intentara causar problemas. Emerson también había aplicado un duro correctivo a unos cuantos delincuentes que ignoraban que la persona responsable del centro era la hija del Padre de las Maldiciones. Ahora ya lo sabían. Nefret había asimismo encontrado un inesperado apoyo en Ibrahim el-Gharbi el travestido nubio que controlaba los burdeles de el-Wasa, de manera que, tras su ampliación, el edificio proclamaba su misión con letras de bronce pulido sobre la puerta y el área que lo circundaba era regularmente liberada de basura y animales muertos.

- Esta vez no entraré -dijo Ramsés al llegar junto al hospital.

Nefret le dedicó una provocativa sonrisa.

- No te gusta arrastrarte siguiendo mis pasos y los de Sofía, ¿no es así?

Era cierto, no le gustaba: le hacía sentirse inútil, ineficaz y, demasiado a menudo, también apenado por una miseria que era incapaz de remediar. En aquella ocasión tenía una buena excusa.

- Acabo de ver a alguien con el que quiero hablar -explicó-. Me reúno contigo en un minuto.

- Está bien.

Nefret no le preguntó de quién se trataba: el hospital y las obligaciones que debían de estarle esperando allí dentro ocupaban ya sus pensamientos. Ramsés volvió sobre sus pasos por la callejuela, apartando de su camino con una patada a una rata muerta y tratando de evitar los charcos más profundos de cieno. El hombre que había visto estaba sentado a la puerta de uno de los establecimientos más pretenciosos; dormía, con la cabeza hacia detrás y la boca abierta. Las moscas que se amontonaban en su cara no perturbaban lo más mínimo su reposo: estaba acostumbrado a ellas. Ramsés le dio un codazo y él miró hacia arriba, parpadeando.

- Asalamu Alaikum, Hermano de los Demonios. Así que estás de vuelta. Es cierto lo que dicen de ti: el Hermano de los Demonios surge siempre de la nada, sin avisar.

Ramsés se abstuvo de mencionar a Musa que cuando se le había acercado él estaba profundamente dormido: le era muy útil que los supersticiosos egipcios pensaran que sus relaciones con los demonios eran excelentes.

- Veo que te han ido mal las cosas desde la última vez que te vi, Musa. ¿El-Gharbi te despidió?

- ¿No te has enterado? -Los mortecinos ojos del hombre se iluminaron por unos instantes.

Ser el primero en dar una información, buena o mala, era todo un orgullo por el que esperaba ser recompensado. Daba la sensación de que sabría qué hacer con el dinero. Cuando era el favorito de el-Gharbi su aspecto era rollizo y lustroso e iba siempre elegantemente vestido. Los harapos que llevaba ahora apenas bastaban para cubrir sus delgados miembros.

- Te lo contaré -continuó-. Siéntate, siéntate.

Diciendo esto, se movió un poco para hacer sitio a Ramsés,

quien declinó la invitación, dándole las gracias. Las moscas no eran los únicos insectos que infestaban tanto a Musa como a sus ropajes.

- Sabíamos que esos malditos británicos estaban entrando en las casas y metiendo a las mujeres en la cárcel -empezó a contarle Musa-. Incluso montaron un campamento en Hilmiya. Mi amo, sin embargo, no hacía sino reírse: decía que tenía demasiados amigos influyentes y que nadie se atrevería a echarle el guante. Y nadie lo hizo… hasta que una noche llegaron dos hombres enviados por el mismo *mudir* de la policía y se lo llevaron, todavía magníficamente vestido de blanco. Dicen que cuando Harvey Pachá lo vio, se enfadó mucho con él y lo insultó.

- No me sorprende -murmuró Ramsés.

Harvey Pachá, comandante en jefe de la policía de El Cairo, era un hombre honesto, remilgado y bastante estúpido. Lo más probable es que no hubiera notado la existencia de el-Gharbi hasta que alguien, ¿Russell quizá?, le hubiera hecho ver que había pasado por alto al pez más gordo de todos. Ramsés podía imaginarse la cara que debía de haber puesto Harvey cuando el-Gharbi entró contoneándose, vestido con ropa de mujer y cubierto de joyas resplandecientes.

Musa capturó una mosca y la aplastó con habilidad, usando las uñas de sus pulgares.

- Mi pobre amo se encuentra ahora en Hilmiya y yo, su humilde sirviente, me veo en estas circunstancias. El mundo es un lugar duro, Hermano de los Demonios.

Más duro aún para las mujeres cuyo único crimen había sido el de cumplir las órdenes que les daban sus chulos y los clientes, en su mayor parte británicos y soldados del imperio. Ramsés no podía decir que lo sintiera por el-Gharbi pero, por desgracia, era consciente de que la situación debía de haber empeorado desde su arresto. El proxeneta dirigía el barrio chino con mano de hierro y trataba a sus mujeres razonablemente bien; con toda probabilidad, su puesto habría sido ocupado por insignificantes hombres de negocios cuyos métodos serían menos humanos. Aquel inmundo tráfico no acabaría nunca.

- Mi amo quiere hablar contigo -dijo Musa-. ¿Tienes un cigarrillo?

De manera que Musa había estado buscándolo y se había puesto

deliberadamente en su camino. Algo distraído, Ramsés le ofreció la cajetilla. El otro la cogió, sacó de ella un cigarrillo y, con toda tranquilidad, se la metió en el bolsillo.

- ¿Qué se supone que puedo hacer? -preguntó Ramsés.

- Lo único que tienes que hacer es hablar con Harvey Pachá.

- No tengo influencia sobre él y, aunque la tuviera, no la malgastaría en favor de el-Gharbi. ¿Qué es lo que quiere?, ¿que pida que lo suelten?

- No lo sé. ¿Tienes otro cigarrillo?

- Te has quedado con todos los que tenía -dijo Ramsés.

- Ah, ¿quieres uno? -Sacando la cajetilla de su bolsillo, se la ofreció.

- No, gracias. Quédatelos -replicó el joven.

Usar la ironía no servía de nada con Musa: éste le dio las gracias efusivamente y le tendió una amistosa mano.

- ¿Qué debo decir a mi amo?

Ramsés dejó caer unas cuantas monedas en la palma extendida y cortó en seco las súplicas de Musa para que le diera más.

- Que no puedo hacer nada por él. Deja que el-Gharbi sude un poco en el campamento durante unos meses. De todos modos, está demasiado gordo. Si lo conozco bien, incluso en Hilmiya tendrá ya quien lo apoye y lo sirva y sabrá cómo hacer para conseguir lo que quiera. ¿Cómo se comunica contigo?

- Siempre hay algún modo -murmuró Musa.

- Estoy seguro de que lo hay. Bueno, dale mi… -Ramsés trató de encontrar la palabra adecuada. Las únicas que se le ocurrían eran o demasiado amistosas, o demasiado formales. Por otro lado, aquel rufián había sido una fuente de información muy útil en el pasado, y lo podría ser de nuevo-. Dile que me has visto y que he preguntado por él.

Tras darle algunas monedas más, regresó al hospital. La doctora Sofía lo saludó con su habitual sonrisa reservada. Ramsés la admiraba profundamente, pero nunca había conseguido sentirse cómodo en su presencia, y eso que era consciente de que lo más probable era que su falta de calidez no se debiera a ningún motivo personal. Sofía hacía frente a diario a las terribles consecuencias de la explotación masculina sobre las mujeres; no era sorprendente, pues, que su opinión sobre los hombres hubiera acabado por ser

muy negativa.

Le presentaron a la nueva cirujana: una americana rechoncha de pelo gris que lo estudió con fríos ojos marrones antes de ofrecerle la mano para estrechársela con la fuerza de un hombre. Ramsés sabía lo contenta que estaba Nefret de haber encontrado a la doctora Ferguson, ya que no había muchas mujeres especializadas en cirugía, aunque lo cierto es que tampoco había muchos puestos de aquel tipo accesibles a las mujeres. La doctora Ferguson había trabajado en los barrios bajos de Boston (Massachussets) y, según Nefret, estaba más interesada en salvar a las mujeres que habían sido objeto de abusos que a los hombres cuya locura los incitaba a salir a la calle para acabar cayendo muertos en un tiroteo. Era muy probable que ella y Sofía se llevaran bien.

Tal y como Ramsés había imaginado, Nefret decidió pasar el resto del día en el hospital. Estaba en su salsa junto a aquellas dos mujeres con las que compartía formación e ideales y Ramsés no pudo evitar sentir un ligero e irrazonable ramalazo de celos. Se despidió de ella con un beso. Nefret abrió los ojos con sorpresa y placer: normalmente, su marido no solía demostrar su afecto en público. Ramsés lo consideró un gesto posesivo.

Regresó al hotel caminando, con la cabeza inclinada y las manos en los bolsillos, mientras analizaba sus sentimientos y se despreciaba a sí mismo por su egoísmo. Al menos no había insistido en esperarla para escoltarla hasta el hotel. Ella se habría ofendido. Nadie en el-Wasa se atrevería a ponerle la mano encima, pero la simple idea de que su esposa caminara sola por aquellas malolientes callejuelas a una hora del día en la que las casas de citas estarían ya abiertas y en la que las mujeres gritarían sus obscenas invitaciones a los hombres que las miraban codiciosos a través de las ventanas abiertas, bastaba para ponerle enfermo.

Sus padres se encontraban ya en el hotel. Al ver lo que su madre había encontrado aquella mañana, dejó sus agravios para más tarde. El pequeño recipiente para ungüentos estaba casi en perfectas condiciones y no tuvo inconveniente en acordar con ella que las piezas de joyería -abalorios, la mitad de una pulsera de oro con bisagras y una exquisita serpiente *uraeus** incrustada- pertenecían a la tumba de la XVIII dinastía de la que Cyrus les había hablado.

* Representación del áspid sagrado o de su cuello y cabeza,

como emblema del poder supremo. En ocasiones se colocaba en el tocado de las antiguas divinidades egipcias y de los soberanos. (N. de la T)

- ¿Aslimi asegura que no conocía al vendedor? -preguntó-. Eso es bastante raro. Normalmente siempre le suministran las mismas personas, así que no creo que confíe en extraños.

- Aslimi no se atrevería a mentirme -afirmó su madre mientras lanzaba a Emerson una mirada de desafío.

Su marido no se atrevió a contradecirla, estaba pensando en otra cosa.

- Esto… espero que tanto tú como Nefret hayáis abandonado vuestro propósito de visitar los cafés.

- Soy el primero al que la idea no le entusiasmaba demasiado -dijo Ramsés.

- Bueno, de todos modos, la expedición carece ya de sentido: tu madre preguntó a los comerciantes y ninguno de ellos ha oído nada sobre el regreso del Maestro. Quiero que os preparéis para salir en el tren de mañana, ¿eh?

- Eso depende de Nefret. Quizá no esté dispuesta a marcharse tan pronto.

- Oh, sí, es verdad. ¿Está todavía en el hospital? Imagino que habrás dispuesto que la acompañen hasta casa.

- No, señor, no lo hice.

Emerson frunció el ceño, pero antes de que pudiera hacer ningún comentario, su mujer se apresuró a decir:

- ¿Encuentras algo inusual en ese recipiente para ungüentos, Ramsés?

Lo tenía todavía en sus manos y le daba vueltas, acariciando con los dedos su superficie curva. Agradecido por su delicada intervención y por su sagacidad, le sonrió.

- Hay una parte más áspera, aquí, sobre el lomo. El resto es tan suave como el satén.

- Déjame ver. -Emerson lo cogió y lo llevó hasta la ventana, donde la luz era más fuerte-. Dios mío, tienes razón -dijo, con evidente desazón-. No entiendo cómo no me he dado cuenta. Algo ha sido borrado. ¿Un nombre? ¿Una inscripción?

- El espacio es casi el adecuado para un cartucho -dijo Ramsés.

- ¿Puedes ver algo?

- Unos pocos arañazos superficiales. -La luz directa del sol resplandeció en el interior de la piedra, pálida y traslúcida-. Parece como si alguien hubiera tratado de borrar cuidadosamente el nombre del propietario.

- Seguramente no lo hizo el ladrón -dijo su madre, mientras le echaba un vistazo-. Las inscripciones hacen que suba el precio de estos objetos.

- Es cierto. -Emerson se frotó la barbilla-. Bueno, no es la primera vez que vemos una cosa así: podría tratarse de un enemigo deseoso de condenar al propietario a la muerte definitiva que corresponde a los que carecen de nombre, o de un antiguo ladrón cuya intención fuera la de sustituir el nombre del propietario por el suyo, pero que no hubiera tenido tiempo de concluir el trabajo.

Había resuelto el asunto a su completa satisfacción, así que ahora podía dedicarse a preocuparse por Nefret. No criticó a Ramsés en voz alta, pero no dejó ni por un momento de mirar el reloj y de refunfuñar. Afortunadamente, la joven regresó antes de que Emerson hubiera perdido por completo los estribos.

- Espero no llegar tarde para el té -dijo, despreocupada-. ¿Me da tiempo a cambiarme?

- Será mejor que lo hagas -dijo Ramsés tras mirarla de arriba a abajo. Ni tan siquiera Nefret era capaz de atravesar las calles de el-Wasa sin arrastrar consigo algo de su particular atmósfera-. ¿Cómo te fue?

- Estupendo, te cuento más tarde.

Mientras tomaban el té en la terraza, monopolizó por completo la conversación. Incluso Sennia tuvo dificultades para meter baza.

* * *

Estaba segura de que a Ramsés le preocupaba algo y sospechaba que podía estar relacionado con el hospital, a pesar de que nada de lo que dijo Nefret parecía indicar que estuviese descontenta con el mismo. A diferencia de mi hijo, Nefret no oculta sus sentimientos. Mientras hablaba, le brillaban los ojos y sus mejillas iban adquiriendo un bonito tono sonrosado. Cuando Sennia dijo pensativa que le gustaría acompañarla para cuidar de las señoras enfermas, se echó a reír y dio unas palmaditas a la niña en la mejilla.

- Algún día, Pajarito. Cuando seas más mayor.

- Mañana seré más mayor -señaló Sennia.

- No lo bastante -dijo Emerson, tratando de disimular su consternación-. De todos modos, pronto estaremos camino de Luxor. ¿Cuándo estarás preparada, Nefret?

- Mañana no, padre. Tal vez pasado.

Nos explicó entonces que había quedado para cenar con la doctora Sofía y con la nueva cirujana, la señorita Ferguson. Un rastro fugaz de emoción cruzó el enigmático rostro de mi hijo cuando ella le hizo saber que le gustaría que él estuviera presente. Silencioso, aceptó asintiendo con la cabeza. Emerson, por el contrario, declinó firmemente la invitación. La idea de pasar la velada con tres mujeres tan enérgicas como aquellas hablando sobre repugnantes enfermedades y horribles heridas no le seducía demasiado.

Así que acabamos cenando temprano con Sennia, quien disfrutó mucho con ello. No así *Horus*, al que tuvimos que encerrar en la habitación de la niña, donde (según me informó el *sufrayi*) estuvo todo el tiempo aullando como un chacal. Cuando abandonábamos el comedor, nos saludó un individuo al que identifiqué como el caballero de mejillas resplandecientes como manzanas que había navegado con nosotros en el barco. Las joyas y el satén contribuían a que su mujer resplandeciese aún más. Sennia se habría detenido pero Emerson pasó de largo por delante de ella y el caballero, obstaculizado por el enorme menú y la servilleta, aún más enorme, no fue lo bastante rápido como para interceptarnos.

- ¡Maldita sea! -dijo mi marido-, ¿quién era esa gente? No, no me lo digas, no quiero saberlo.

Tras devolver a Sennia al cuidado de Basima, quien se había refugiado en el comedor de la servidumbre tratando de huir de *Horus*, me acomodé con un buen libro… sin apartar por ello la mirada de Emerson. Sé perfectamente cuándo está tramando algo. En efecto, después de fingir que leía durante quince minutos, se levantó y manifestó su intención de salir a dar un paseo.

- No te molestes, querida -dijo-. Pareces encontrarte muy a gusto.

Y se marchó, sin darme la oportunidad de replicar.

Esperé un cuarto de hora antes de cerrar el libro. Mi vestido de noche, abotonado en la espalda, me causó un ulterior retraso; sin

embargo, no tenía prisa. Sabía hacia dónde se dirigía y suponía que le llevaría algún tiempo llegar hasta allí. Tras retorcerme un poco para salir del vestido me puse mi uniforme de trabajo, consistente en pantalones, botas y una amplia chaqueta llena de bolsillos; cogí mi sombrilla, abandoné el hotel y llamé a un taxi.

Presumía que Emerson habría ido a pie, así que me mantuve ojo avizor por si distinguía su inconfundible figura, pero fue en vano, no había ni rastro de él. Cuando llegamos al Jan el-Jalili le dije al taxista que me esperara y me adentré en las estrechas callejuelas del suk.

Aslimi no se mostró muy contento de verme. Me dijo que estaba a punto de cerrar y yo le contesté que no veía inconveniente alguno, entré en la tienda y cogí una silla.

Contoneándose de un lado a otro, Aslimi fue cerrando las contraventanas antes de sentarse sobre un enorme sillón estilo imperio con brazos y patas dorados y mirarme desesperanzado.

- Le dije todo lo que sabía, Sitt. ¿Qué es lo que quiere ahora?

- ¿Estás esperando a alguien, Aslimi?

- Sí, e imagino que no tardará en llegar.

Nos sentamos en silencio. El sudor empezó a descender por la cara de Aslimi, haciéndola brillar como si fuera ámbar pulido. Estaba a punto de ofrecerle mi pañuelo cuando, de detrás de la puerta trasera de la tienda, nos llegó un ligero ruido.

Aslimi guardaba sus antigüedades más valiosas en la trastienda, que daba a un pasaje estrecho como una hendidura. Sus ojos se abrieron tanto que pude ver que el blanco de los mismos rodeaba por completo sus oscuras pupilas. Por unos instantes, la cobardía se enfrentó a la codicia. Al vencer la segunda, Aslimi se puso de pie con un gruñido. Para entonces yo ya me había precipitado hacia la puerta, sombrilla en mano.

El intruso se encontraba frente a mí. La luz que entraba por la puerta abierta detrás de él recortaba su figura alta y corpulenta, su barba negra y su bigote. ¡Era el hombre que Aslimi me había descrito aquella tarde! ¡El vendedor de antigüedades robadas había vuelto! Aslimi lanzó un grito y cayó al suelo desmayado con un ruido sordo. Tras hacer girar el asa de mi sombrilla, saqué la espada que había en su interior.

- ¡Quédate donde estás! -exclamé en árabe.

Con un repentino movimiento del brazo, el hombre apartó a un lado la espada y me agarró, estrechándome con fuerza entre sus brazos.

# Capítulo 2

- ¿Cuántas veces te tengo que decir que no puedes atacar a un adversario con esa maldita sombrilla? -preguntó Emerson.

- No te ataqué. ¡Fuiste tú el que me atacó!

Emerson me metió en el taxi y se sentó a mi lado. Todavía llevaba puesta la barba y los ropajes que había tomado prestados de la colección de disfraces de Ramsés.

- Fue en defensa propia, Peabody. No puedo predecir lo que eres capaz de hacer cuando te encuentras en uno de tus momentos belicosos. No me reconociste, ¿a que no?

- Jamás te habría atacado sin una provocación -le contesté secamente.

- Vamos, Peabody, resolvámoslo como amigos. Admite que no me reconociste.

- Lo hice cuando me cogiste.

- ¡Tenía que habérmelo imaginado! -le permití que me rodeara con el brazo, pero cuando su rostro se aproximó al mío volví la cabeza.

- Esa barba pincha, Emerson.

- Ya, maldita sea, ¡pero no me la puedo arrancar!; el adhesivo solo se disuelve mojándolo con agua. -Emerson seguía todavía de buen humor y, en mi opinión, no parecía dispuesto a perderlo-. Te dije que Aslimi te había mentido.

- ¿Por eso te presentaste disfrazado como el hombre que me había descrito?

- No, me disfracé porque tenía ganas de hacerlo -respondió Emerson, riéndose entre dientes-. La descripción que finalmente conseguí arrancarle es completamente opuesta a la que te dio a ti:

estatura media, delgado y joven.

- Pero Aslimi no sabe quién es.

- No corresponde tampoco a ninguno de los ladrones o de los intermediarios que conozco, pero no nos queda otro remedio que aceptarla.

Alzó la barba y, al asumir ésta un ángulo particularmente arrogante, no pude por menos que darle la razón. Una vez recobrado el sentido gracias, en buena medida, a mi ayuda, Aslimi siguió sin poder identificar al intruso: no sabía muy bien si se trataba de un ladrón deseoso de robarle y asesinarle o del Padre de las Maldiciones, deseoso de hacer con él algo igualmente desagradable; o de los dos al mismo tiempo. Sin duda, estaba demasiado confuso y aterrorizado como para ser capaz de mentir.

Regresamos al hotel sin que sucediese nada de particular. Los chicos todavía no habían regresado de su cena. Aunque Emerson se había quitado el turbante y el caftán, la barba y el bigote provocaron ciertas dudas en recepción; si no hubiera sido porque fui yo la que pidió la llave, quizá hubieran querido saber algo más sobre la identidad del individuo que me estaba acompañando a mi habitación.

- Tampoco él me ha reconocido -afirmó Emerson con aire de satisfacción.

- ¡Ja! -dije.

Mientras Emerson estaba sentado con la barbilla y la boca sumergidas en una palangana de agua, respirando por la nariz, y yo disfrutaba de un reparador whisky con soda, llamaron a la puerta; Nefret asomó la cabeza.

- Nos hemos detenido solo para comentarles… -empezó a decir pero, al ver a Emerson, abrió la puerta de golpe y corrió a su lado-. ¡Padre! ¿Está herido?

- No -dijo Emerson gorgoteando y escupiendo agua por la boca.

La cara de Ramsés se retorció en un frenético esfuerzo por contener la risa.

- Es la barba -alcanzó a decir.

- Creo que lo he conseguido -explicó Emerson, arrancándosela y dedicando a Nefret una alegre sonrisa.

- Sujeta la palangana, Emerson -dije al ver cómo el agua caía a chorros de aquel mugriento objeto y mojaba la alfombra.

- ¿Qué? ¡Oh! -La consternación le hizo fruncir el ceño mientras intentaba escurrir el agua de la barba-. Espero no habértela estropeado, muchacho. Te la hubiera pedido prestada pero, ya sabes, se me ocurrió la idea cuando tú ya te habías marchado y no podía perder tiempo.

- No se preocupe, señor -dijo Ramsés-. ¿Puedo preguntarle…?

- Faltaría más, faltaría más. Te lo contaré todo. Poneos cómodos.

Era evidente que tenía la intención de revelarles hasta los más pequeños detalles, así que los chicos aceptaron su invitación y se sentaron en el sofá, el uno junto al otro, dispuestos a escucharlo con interés. Ninguno de ellos lo interrumpió hasta que Emerson, con gran entusiasmo, les contó cómo desenvainé mi espada.

- ¡Por Dios, madre! -exclamó Ramsés-. Cuántas veces le he dicho…

- No se dio cuenta de que era yo, ¿sabes? -dijo Emerson radiante-. No quiere reconocerlo, pero no lo hizo.

- No te reconocí inmediatamente -admití-. Pero la habitación estaba oscura, Aslimi gritaba asustado y la verdad es que no me esperaba que te presentaras de semejante guisa. Nefret, querida, ¿de qué te ríes?

- Lo siento. Solo me los imaginaba a ustedes dos luchando en el cuarto trasero de Aslimi. ¿Ningún herido?

- No -dije, mientras Emerson sonreía de una forma que resultaba especialmente molesta-. Pero Aslimi necesitará un poco de tiempo para recuperarse.

- Confesó que la primera descripción era totalmente falsa -añadió Emerson con aire de suficiencia-. El vendedor llevaba barba, desde luego, como la mayor parte de los egipcios, pero era joven, delgado y de mediana estatura.

Ramsés tampoco pudo atribuir un nombre a aquella nueva imagen.

- Alguien nuevo en el negocio -dijo pensativo.

- Alguien que ha estado hace poco en Luxor -añadió Emerson-, siempre que los objetos procedan de la tumba de las princesas. Debe de haberlos obtenido directamente de alguno de los ladrones, quien, a su vez, los habrá robado del resto del botín. Esos sinvergüenzas se estafan incluso entre ellos.

- Supongo que, después de todo esto, tendrá aún más ganas de

salir hacia Luxor y averiguar el paradero de los ladrones -dijo Nefret, sentándose sobre sus pies e inclinándose hacia Ramsés.

- Te gustaría pasar unos días más en el hospital, ¿no es así? -preguntó Emerson.

- Bueno, la verdad es que sí, pero no quiero que cambie sus planes por mí.

He de reconocer, en favor de mi querido marido, que su franqueza le impedía engañarla haciéndole creer que renunciaba a partir rápidamente por ella.

- La tumba ha sido ya desvalijada y el botín se ha dispersado -explicó-. Supongo que todos sabrán quién es el ladrón: los Abd er Rassul o cualquier otro miembro de las familias de Gurna, expertas en ese tipo de actividades. Lo que resulta extraño es que algunos de esos objetos hayan llegado hasta El Cairo. Los ladrones locales suelen tratar con Mohassib o con cualquier otro de los comerciantes de Luxor. Ramsés, ¿estás seguro de que ese recipiente para ungüentos pertenece a la XVIII dinastía?

- No, claro que no -dijo Ramsés un tanto a la defensiva-. No soy un experto en recipientes de piedra. Las mismas formas y materiales se emplearon durante mucho tiempo. Si lo considera importante, podemos acercarnos al Museo y ver los ejemplares que tienen allí.

- Si los podemos encontrar… -murmuró Emerson-. El modo en que han organizado ese lugar es absolutamente lamentable.

Emerson solía quejarse del Museo y en general de todo aquello que no se había hecho bajo su directa supervisión. Le hice notar que, en unas circunstancias tan difíciles como aquellas, su director, el señor Quibell, estaba haciendo lo que podía. Emerson asintió de mala gana.

- Estoy seguro. Supongo que deberíamos llamarlo o, tal vez, organizar una de tus pequeñas cenas arqueológicas, Peabody. Los Quibell, Daressy y todos los que puedas reunir.

Las cenas con las que celebraba nuestro regreso a Egipto se habían hecho famosas. Durante los últimos años, sin embargo, no había tenido muchas ganas de organizarlas; era demasiado doloroso ver cómo había disminuido el número de comensales y reflexionar sobre el destino de todos aquellos que ya no se encontraban entre nosotros: nuestros colegas austríacos y alemanes se habían marchado, las filas de egiptólogos franceses e ingleses se habían

visto mermadas por la muerte o por el servicio militar. No obstante, aquellos que todavía permanecían en El Cairo me habían mandado afectuosos mensajes: todos estaban al corriente de nuestra llegada. La propuesta de Emerson resolvía el problema de cómo responder a todos esos saludos e invitaciones, aunque no por ello dejara de sorprenderme: a mi marido le gustaban muy poco los compromisos sociales y no había dejado de insistir para que abandonáramos El Cairo lo antes posible.

Un breve período de reflexión explicaba el cambio de actitud. La carta de Cyrus y el descubrimiento de los objetos en la tienda de Aslimi habían despertado su curiosidad; la posibilidad, sugerida por Cyrus, de que Howard Carter se encontrara involucrado en todo aquello le hizo, además, sentir deseos de interrogarlo. Pero había también otra razón que le empujaba a quedarse en El Cairo: de alguna manera, esperaba poder contactar de nuevo con su hermano. No había día en que no buscase entre los mensajes que nos habían llegado y era evidente, al menos para mí, la desilusión que sentía al no encontrar nada. Debo confesar que yo también me sentía algo exasperada con Sethos. ¿Qué sentido podía tener aquel encuentro tan fugaz?

Por desgracia, fue imposible localizar al arqueólogo que Emerson quería interrogar. Howard Carter no estaba en El Cairo y nadie sabía cuál era su paradero. Aun así, cuando el grupo tristemente diezmado se reunió la noche siguiente, él fue el tema principal de conversación. Debido a la escasa anticipación con la que hice las invitaciones, los Quibell fueron los únicos que pudieron aceptarla.

- Por poco no os habéis cruzado con él -dijo Annie Quibell-. Regresó de Luxor hace unos días y se volvió a marchar sin que ninguno de nosotros lo viera, James estaba furioso.

Sonrió a su marido, cuyo temperamento tranquilo era bien conocido por todos; éste dijo con calma:

- Supongo que sus obligaciones con el Ministerio de la Guerra le obligaron a marcharse, pero me hubiera gustado que me pusiera al corriente sobre su reciente trabajo en Luxor.

- ¿Y sobre sus negocios con Mohassib? -inquirió Emerson, haciendo una señal al camarero para que volviera a llenar de vino la copa de James.

- ¿Quién te ha dicho eso?

- Cyrus Vandergelt -le contesté-. ¿Es cierto?

James se encogió de hombros.

- Yo también he oído ese rumor pero, aun en el caso de que fuera verdad, dudo mucho que Carter lo reconozca ante mí. Ha pasado varios meses mera, en los *wadis* del suroeste, en el lugar en el que fue descubierta la tumba de las princesas; a primeros de diciembre estuvo unos cuantos días en El Cairo y me contó algo. ¿Os han contado que, según parece, ha descubierto una nueva tumba de Hatshepsut*? Fue construida para ella cuando era una reina, antes de que adquiriera el rango de rey. Estaba vacía, tan solo quedaba el sarcófago. -Tomando su copa sorbió, agradecido, un poco de vino.

- ¿Dónde? -preguntó Emerson.

- En una grieta, en lo alto de un risco del *wadi* occidental -dijo Annie.

Ella y su marido no eran grandes admiradores de Howard: después de que éste riñera con el Service, había seguido comerciando con antigüedades y eso le había restado popularidad entre sus colegas profesionales. Con un claro y divertido toque de malicia, añadió:

- No fue él el que encontró la tumba de Hatshepsut, James. Fue uno de los Gurnawis. Él se limitó a seguirlos.

- ¡Bah! -dijo Emerson con vehemencia-. Me pregunto qué más fue lo que hizo.

- Y yo también -dijo James.

* * *

* Reina de Egipto (1472- 1458 a. C, aprox.) que alcanzó un poder sin precedentes en una mujer al adoptar los títulos y privilegios propios de un faraón. (N. de la T.)

Visto que era imposible localizar a Howard, Emerson no veía la hora de salir hacia Luxor cuanto antes. Sin embargo, los acontecimientos se iban a desarrollar de otro modo. Mientras acabábamos de desayunar en familia, reunidos en la sala de estar, llegó un mensajero con una carta para Emerson. La escena doméstica era deliciosa: Sennia atormentaba a Ramsés para que le diera una lección sobre jeroglíficos; *Horus* gruñía a Gargery; Emerson leía la *Egyptian Gazette* y fumaba su pipa, y Nefret me

contaba los trabajos que estaban llevando a cabo en el hospital. Al ver el sobre con el sello oficial sentí como si el sol se hubiera ocultado tras una nube.

- ¿De quién es? -pregunté.

Emerson frunció el ceño mientras la leía sosteniéndola de forma que yo no pudiera verla por encima de su hombro.

- Wingate. Me pide que vaya a su oficina tan pronto como pueda.

- ¿Sir Reginald Wingate? ¿Qué puede querer de ti el *Sirdar* de Sudán?

- Sustituyó a MacMahon como alto comisario el mes pasado -respondió Emerson-. No dice lo que quiere.

Todos nos habíamos quedado en silencio, con la única excepción de Sennia, quien no tenía la menor idea de lo que era un alto comisario, ni tampoco le preocupaba demasiado. Emerson miró a su hijo.

- Esto… Ramsés.

- Sí, señor. ¿Cuándo?

- Más tarde. Dice que cuando pueda, pues bien, en ese caso, ahora mismo no puedo.

Esta vez, Sennia entendió perfectamente.

- Ramsés tendrá tiempo ahora de darme la lección -anunció con firmeza.

Sennia tenía la costumbre de asegurar las cosas en lugar de preguntarlas y lo cierto es que, normalmente, le funcionaba. Ramsés se levantó sonriendo.

- Está bien, pero una lección corta. Vamos a tu habitación, allí no nos distraerán.

La puerta se cerró tras ellos… y *Horus*, que seguía a Sennia allá donde fuera a menos que se lo impidieran por la fuerza. Una vez liberados de la niña, Emerson dejó caer sus severos ojos azules sobre Gargery, quien permanecía de pie con los brazos cruzados y los pies ligeramente separados, rezumando testarudez.

- Puedes marcharte, Gargery.

- Señor…

- He dicho que puedes marcharte.

- Pero, señor…

- Si hay algo que debas saber, Gargery, te lo diré en el momento

adecuado -le interrumpí-. Eso es todo.

Gargery abandonó la habitación dando pisotones y cerrando la puerta con un portazo.

- ¿Queréis que me vaya yo también? -preguntó Nefret dulcemente.

- No, claro que no. -Emerson se recostó en su silla-. Esta vez no se trata del ejército o de los servicios secretos, Nefret. Lo más probable es que Wingate nos quiera proponer algún aburrido trabajo burocrático.

- ¿Vas a aceptar?

- Depende. -Emerson se puso de pie y empezó a pasearse por la habitación-. Nos guste o no, y Dios es testigo de que no, no podemos ignorar que estamos en guerra. No me dejarán llevar rifle y Ramsés tampoco lo hará, pero hay otras cosas que sí podemos hacer y a las cuales no podemos negarnos.

- Ramsés y tú -repitió Nefret con una imperceptible sonrisa-. Hombres. Nunca mujeres.

- Tú ofreciste tus servicios como cirujana, ¿no es así?

- Sí. -Los ojos de Nefret relampaguearon-. El ejército no acepta doctoras, a pesar de que con ello se habrían salvado vidas y no…

- Hay otros modos de salvar vidas o, al menos, de reducir el sufrimiento. No puedes mantener a Ramsés siempre al margen, Nefret; veo las señales tan bien como tú: se siente culpable porque piensa que no está haciendo su parte.

- ¡Está haciendo su parte y mucho más! -gritó Nefret-. Y no me refiero solo al horrible asunto de hace dos años, el invierno pasado fue lo mismo; si no hubiera arriesgado su vida en más de dos ocasiones el Ministerio de la Guerra habría perdido a su espía favorito y se les habría escapado un agente alemán. ¿Qué más le pueden pedir?

Me dio la impresión de que Nefret subestimaba mi contribución y la de Emerson, pero no dije nada; cuando se trataba de su marido, la pasión la volvía inflexible. Las lágrimas de rabia hacían brillar sus ojos. Emerson se detuvo junto a la silla donde estaba sentada y le puso una mano sobre la espalda.

- Lo sé, querida -le dijo con delicadeza-. Pero no creo que pretendan que salgamos de nuevo a la caza de espías. La situación ha cambiado. En este momento no hay nada que requiera las

extraordinarias dotes de Ramsés -y añadió con una sonrisa- ni las mías.

- A menos -dije- que todo esto tenga que ver con Sethos.

Emerson me dirigió, sin motivo, una mirada llena de reproche, ya que lo único que había hecho era expresar en voz alta lo que todos estábamos pensando.

- ¿No han sabido nada más de él? -preguntó Nefret.

Le dije que no con la cabeza.

- Si Ramsés se ve en dificultades por su culpa lo mataré -dijo la joven entre dientes.

No fue al hospital esa mañana. No quería dejar el hotel, a pesar de que le hice notar que lo más probable era que Ramsés y Emerson no regresaran a almorzar. Finalmente, la convencí para que diera un paseo conmigo y con Sennia por el parque Ezbekieh. Siempre digo que no hay nada como la belleza de la naturaleza para olvidar los problemas. En el parque se pueden contemplar ejemplares de árboles y arbustos poco frecuentes, y el canto de los pájaros llena el aire de armonía. Sennia resultó ser algo más que una distracción: entre las dos, no dábamos abasto para seguirla mientras corría arriba y abajo por los senderos de grava. Pienso que a Nefret le hizo bien. Cuando regresábamos a casa, con Sennia bien sujeta por ambas manos, me dijo con tristeza:

- Piensa que me estoy comportando como una estúpida cobarde, ¿no es verdad?

- Quizá un poco, pero lo entiendo. Una se acostumbra; verás -continué-, nunca es agradable, pero una acaba por resignarse.

- Ya sé que no le puedo evitar los problemas -dijo Nefret-. Es solo ese particular…

- Hasta los cántaros pequeños tienen las orejas grandes… -le advertí.

- Si te estás refiriendo a mí -dijo Sennia con gran dignidad-, mis orejas no son en absoluto grandes. Ramsés dice que son bonitas. ¿Tienes algún problema?

Nefret se echó a reír y la cogió en brazos; estábamos a punto de cruzar la calle, abarrotada de tráfico.

- No, Pajarito. Y haremos lo posible por que no los tenga, ¿de acuerdo?

Esperamos durante casi una hora a que regresaran. Sennia leía

en voz alta un librito egipcio de cuentos de hadas, que dejó caer al suelo en cuanto se abrió la puerta para salir corriendo a su encuentro. Mientras abrazaba a Ramsés por la cintura, le preguntó, ansiosa:

- ¿Tienes algún problema?

- No, siempre y cuando no me rompas una costilla -dijo Ramsés lanzando un teatral grito de dolor-. ¿Quién te ha dicho eso?

- Vayamos a almorzar -dije.

- Sí, me estoy muriendo de hambre -anunció Sennia y alzó la mirada con gesto dramático-. No quería hacerte daño, Ramsés.

Emerson los separó y la subió a hombros.

- Vamos abajo.

Dejé que nos precedieran.

- ¿Y bien, Ramsés? -le pregunté.

- No debería preocupar a la niña, madre.

- No fue nuestra madre, fui yo -Nefret lo cogió del brazo-. Lo siento.

- Está bien. -Tras ofrecerme su otro brazo, nos explicó lo sucedido en tanto que nos encaminábamos hacia el comedor-. Lo único que quería era consultarnos algunas cosas. Es nuevo en el puesto y, según parece, nadie se ha molestado en ponerle al corriente de ciertos asuntos. Siempre ha habido roces entre la administración civil y la militar. Había oído algo sobre nuestras actividades y quería conocer los hechos.

- ¿Eso es todo? -preguntó Nefret-. ¿Nada sobre…?

- No lo mencionó -Ramsés sonrió-. Bajo ninguno de sus seudónimos. Nuestro padre consintió quedarse un día o dos más en El Cairo y reunirse con Wingate de nuevo. Deberías estar contenta: así podrás pasar más tiempo en el hospital.

*DEL MANUSCRITO H:*

El segundo encuentro con Wingate fue más corto que el primero y, en cierta manera, algo más agrio. Wingate quería saber más detalles acerca de cierto número de personas sobre las que Emerson no quería hablar y también sobre las funciones que habían desempeñado. Cuando le preguntó sobre su relación con «un cierto caballero llamado Smith», Emerson perdió los estribos. (Estaba deseando hacerlo desde hacía algún rato.)

- Por Dios, amigo, si no sabe quién es ese maldito bastardo y a

qué se dedica, ¿cómo podríamos saberlo nosotros? Vamos, Ramsés, hemos perdido ya demasiado tiempo contándole a la gente lo que ya debería saber y repitiendo una y otra vez hechos que se explican por sí mismos o que son irrelevantes.

El nuevo alto comisario aceptó aquella grosería mejor de lo que Ramsés había esperado. Tenía unos sesenta años y había desarrollado una larga e ilustre carrera como gobernador de Sudán. Ramsés tuvo la impresión de que le estaba resultando más duro tratar con sus iguales en El Cairo que con los rebeldes sudaneses. Al ver salir a Emerson ofendido de la habitación, Wingate se limitó a decir con calma: «Gracias por su tiempo, caballeros» y volvió a sus papeles.

- Basta ya -afirmó Emerson-. Ya va siendo hora de que nos marchemos de esta condenada ciudad. ¿Está lista Nefret?

La mañana de su partida, Nefret y Ramsés desayunaron solos en su habitación a una hora que Ramsés consideró indecentemente temprana.

- Necesito un poco de tiempo para ir al hospital -declaró la joven-, en vista de que nuestro padre está determinado a que nos marchemos hoy.

- Puede que lo vuelva a retrasar si se lo pides.

- No puedo hacerlo. Arde en deseos de llegar a Luxor y atrapar unos cuantos ladrones de tumbas. No era necesario que te levantaras tan pronto. No hace falta que me acompañes.

- ¿Preferirías que no lo hiciera?

- Ven si quieres. -Temblando ligeramente, se concentró en la tostada que cortaba a tiras en ese momento-. Lo que pasa es que te aburres. La otra noche, durante la cena con Sofía y Beatrice, apenas abriste la boca.

- Lo siento -apuntó.

- ¡No te excuses, maldita sea! -Dejando el cuchillo sobre la mesa, sonrió arrepentida-. No es necesario que estés siempre a la defensiva, querido. No ha sido un reproche. ¡De todos modos, era imposible que dijeras algo! Fue muy grosero por nuestra parte no incluirte en la conversación.

- No importa. -No obstante, los pronombres le chirriaban: nosotras, tú-. Creo que iré contigo, si no te importa. Hay alguien a quien me gustaría ver, si es que consigo encontrarlo.

- ¿Quién?

Mientras caminaban por el recargado vestíbulo y abandonaban el hotel, Ramsés le contó su encuentro con Musa.

- No me habías dicho nada -dijo Nefret, echándose a reír y colgándose de su brazo-. Seguramente, no conseguiste que te dijera nada, ¿verdad? Sofía me contó que habían arrestado a el-Gharbi. ¿Sabías que había hecho correr la voz de que nadie nos debía molestar?

- Lo imaginaba.

- Nunca pensé que un día llegaría a lamentar el arresto del peor rufián de El Cairo -su cara mostraba una cierta inquietud-. Sofía dice que las cosas han empeorado. Hay más mujeres heridas y, sin embargo, son menos las que se acercan por el hospital.

- Musa quiere que interceda en favor de el-Gharbi. ¿Crees que debo ayudarlo a salir?

- ¿Podrías?

- ¿Quieres que salga?

- Oh, no lo sé -dijo Nefret desesperada-. ¿Cómo se puede elegir entre dos demonios? Déjalo estar, querido. No quiero que vuelvas a tener nada que ver con la policía. Russell tratará de reclutarte de nuevo para algún horrible trabajo y eso sí que no lo voy a permitir.

- Russell trabaja ahora como un policía corriente. Hay una nueva organización de inteligencia militar, o la habrá, si consiguen montarla como se debe. Están relegando a mucha gente. Clayton y el Departamento Árabe están ahora…

- ¿Cómo has averiguado todo eso? -Entrecerró los ojos; el tono de su voz era cortante.

- Wingate me lo dijo, en su mayor parte. Luego añadí un detalle aquí y otro allá de cosas que he oído por ahí.

- Oh, muy ilustrativo. Ramsés, no me interesa saber quién hace algo a alguien, con tal de que ese «alguien» no seas tú. Prométeme que te mantendrás alejado de ellos. De todos ellos.

- A sus órdenes, señora.

Sus labios se relajaron entonces en una de las sonrisas más hechiceras que uno pudiera imaginar, incluyendo hoyuelos en las mejillas y, para animarle a que se comportase bien, le dijo que llegaría a tiempo para comer. Ramsés la contempló mientras subía con agilidad por las escaleras y atravesaba la puerta, antes de

alejarse.

¿Podría conseguir que dejaran libre a el-Gharbi bajo palabra? La respuesta más probable era no. A menos que… La idea no se le había ocurrido hasta que Nefret preguntó por él. Debía de haber sido Thomas Russell el que lo capturó. Si pudiera persuadirle de que el-Gharbi tenía información que podía resultarle muy útil…

La respuesta seguía siendo no. Russell jamás haría un trato con alguien a quien despreciaba tanto como a el-Gharbi. De todos modos, había dos preguntas cuya respuesta Ramsés quería saber especialmente: el paradero de su enloquecedor tío y la identidad del hombre que le había vendido los objetos a Aslimi. El-Gharbi había tomado parte en todas las actividades ilegales que se desarrollaban en El Cairo, aunque la droga y la prostitución eran sus intereses prioritarios; solo se dedicaba al tráfico de antigüedades ilegales y al espionaje cuando estos afectaban en algún modo a sus principales negocios.

Musa no aparecía por ningún sitio, de modo que dedicó unas cuantas horas a pasearse por la verde arboleda del parque Ezbekieh, con la intención de quitarse de encima los olores de el-Wasa. Poco después de mediodía, regresó al hotel. Nefret todavía no había llegado, así que fue a ver qué hacían sus padres. Su madre estaba sola en la sala de estar, bordando plácidamente. Mientras se preguntaba por la razón que podía haberla empujado a dedicarse a aquella actividad tan inusual en ella -odiaba coser y lo hacía muy mal-, se sentó a su lado en el sofá.

- ¿Dónde está nuestro padre? -preguntó.

- Se llevó a Sennia a dar un paseo para ayudarla a desfogarse un poco. ¿Habéis acabado de hacer las maletas?

- No -admitió Ramsés-. Nefret me dijo que no las hiciera, dice que las hago muy mal.

- Igual que tu padre. Según él, hacer una maleta consiste en descargar el contenido entero de un cajón en ella para acabar arrojando sus botas encima.

- ¿Qué hay de malo en eso? -preguntó Ramsés, recibiendo una sonrisa como contestación.

- Le pediré a Gargery que se ocupe de ello -le prometió.

- Está bien. Nefret dijo que estaría de vuelta para el almuerzo. Me imagino que ya estaréis todos preparados, ¿no?

- Desde luego. -Mirando inquisitiva a Ramsés, Amelia preguntó-: ¿Sucede algo? Pareces preocupado.

- No, no sucede nada. Siento que… -los ojos gris acero de su madre no lo abandonaban y él sintió entonces una repentina necesidad de confesarse. Su mirada solía tener ese efecto sobre las personas.

- Estoy celoso. Oh, no de otro hombre, no, es aún peor. Celoso del hospital y del tiempo que ella pasa allí. ¿No es despreciable que me ofendan su capacidad y sus intereses?

- Es bastante comprensible -dijo su madre con tranquilidad. Tras introducir la aguja en el trozo de tela, murmuró algo y se limpió el dedo en la falda. Ramsés se dio cuenta de que tanto la falda como el tejido estaban manchados de sangre-. ¿Quieres que deje de trabajar como médica?

- ¡No, por Dios, no! La odiaría si hiciese una cosa así por mí. Y me odiaría también a mí mismo.

- No obstante, tendrá que elegir. Mientras trabajábamos en Giza podía pasar algo de tiempo en el hospital, pero lo más probable es que ahora nos quedemos en Luxor una buena temporada.

- Alguien tendrá que elegir.

Su madre dejó caer la labor y lo miró fijamente.

- ¡No estarás pensando en abandonar la egiptología!

- No haría algo tan drástico. Podría, sin embargo, intentar encontrar un trabajo en Giza, junto a Reisner. -Ella pareció tan horrorizada que Ramsés puso una mano sobre las suyas-. Sabe que solo quiero trabajar con nuestro padre, pero tengo que vivir con ella y quiero que sea feliz. ¿Cómo puedo pretender que sea Nefret la que abandone su trabajo si yo no estoy dispuesto a llegar a un compromiso razonable?

- La verdad, Ramsés -su madre le miró exasperada-, me siento feliz al ver que un hijo mío es capaz de apreciar el talento y las aspiraciones femeninas, pero creo que estas llevando las cosas a extremos ridículos. ¿Qué es lo que te hace suponer que Nefret quiere abandonar la arqueología? ¿Se lo has preguntado?

- No, no quería…

- ¿Empezar una discusión? Bueno, querido, Nefret no es una mujer que se guarde sus opiniones para sí misma. Te estás precipitando, sacando conclusiones injustificadas y atormentándote

con algo que nunca llegará a suceder. Es una de tus peores costumbres.

- ¿De verdad piensa eso?

- Estoy segura de ello. -No obstante, pareció dudar, aunque por poco tiempo. La indecisión no era una de las debilidades de su madre-. Ella una vez me dijo algo que quizá deberías saber: «Abandonaría el hospital para siempre, sin tan siquiera mirar atrás, si con ello pudiera mantenerlo sano y salvo».

- ¿Dijo eso?

- Quizá no sean las palabras exactas pero es, en esencia, lo que dijo. Por el amor de Dios, Ramsés, ¿de qué te sorprendes? Si no has sabido darte cuenta de la fuerza del afecto que te profesa tu mujer es porque no debes haberle prestado la suficiente atención.

El joven no se atrevió a preguntar a su madre por el sentido de sus palabras. La cursilería de sus circunloquios siempre le había divertido, pero aun así dijo humildemente y sin sonreír:

- Tiene razón, madre, como de costumbre. Todavía no le he dicho nada y no lo haré. Por favor, no lo haga usted.

- Vaya, Ramsés, sabes que nunca traicionaría la confidencia de otra persona -al decir esto, le dio unos golpecitos en la mano; él la retiró bruscamente y entonces ella exclamó apenada-: Oh, querido, olvidé que tenía la aguja. Chúpate la herida.

Ramsés la obedeció sumiso.

- ¿Qué es lo que está cosiendo? -preguntó.

El bordado estaba emborronado con manchas de sangre.

- Es solo para tener las manos ocupadas. Deja de inquietarte, muchacho, hablaré con Nefret yo misma. Con delicadeza. -Clavó la aguja en la tela y dobló la labor-. Ha pasado ya la hora de la comida y Emerson llega tarde, como de costumbre.

Apareció unos minutos después, con Sennia, y se dejó caer pesadamente sobre una silla. Emerson podía trabajar bajo el fuerte sol del Alto Egipto desde la aurora hasta el ocaso sin mostrar signos de fatiga, pero incluso él quedaba destrozado después de pasar unas pocas horas con Sennia.

- ¿Podemos comer? -preguntó.

- Nefret todavía no ha regresado -respondió su mujer.

Ramsés no dejaba de mirar el reloj. Era la una pasada. Su padre le dirigió una mirada de reproche.

- ¿Está esperando a que la vayas a recoger?

- No -dijo Ramsés y continuó hablando antes de que su padre pudiera manifestar su opinión sobre un hombre que permite a su esposa caminar sola por las callejuelas de el-Wasa-. Imagino que se le habrán complicado las cosas y habrá perdido la noción del tiempo. Bajen ustedes, yo iré corriendo al hospital.

No estaba preocupado -no verdaderamente-, pero ella sabía que salían aquella noche de viaje y le había dicho que llegaría a tiempo para el almuerzo.

Tomó el camino más directo hacia el hospital, el que siempre solían hacer juntos, esperando verla llegar a toda prisa hacia él cada vez que doblaba una esquina. Los sucios callejones estaban desiertos; sus habitantes estaban dentro de las casas, descansando durante las horas más calurosas del día. La cólera que le causaba la inquietud aceleraba sus pasos. No tenía derecho a preocuparse de ese modo, ¡después de que él había tenido la amabilidad de aceptar dejarla sin escolta!

Casi había llegado al hospital cuando un hombre se cruzó en su camino.

- Debes venir conmigo, Hermano de los Demonios.

- Apártate de mi camino, Musa. No tengo tiempo de escuchar los cumplidos de el-Gharbi.

- ¡Debes hacerlo! -repitió el otro. Estiró los brazos, de sus manos colgaba el pañuelo casi transparente que Nefret llevaba alrededor del cuello aquella mañana.

Al ver la expresión de Ramsés, Musa dio un salto hacia atrás y empezó a balbucear.

- No me pegues Hermano de los Demonios, no está herida, está sana y salva, te llevaré hasta ella.

- Ya lo creo que lo harás -la mano de Ramsés salió disparada y aferró el fibroso brazo de Musa, apretándolo hasta causarle algunas magulladuras-. ¿Dónde está?

- Ven. Ven conmigo, no está lejos. Te digo que no ha sufrido ningún daño. ¿Acaso alguno de nosotros se atrevería a herir…?

- Cállate. ¿Por dónde?

Sabiendo que, por el momento, se encontraba a salvo de cualquier posible violencia, Musa empezó a lamentarse.

- Me estás haciendo daño en el brazo, Hermano de los

Demonios. Puedo andar más deprisa si me sueltas. No me escaparé. Me ordenaron que te llevara hasta ella.

Ramsés no se molestó en preguntarle quién le había dado la orden. Cuando lo soltó, tuvo que sacudirse unas cuantas pulgas emprendedoras que había encontrado en su mano.

- ¿Dónde?

- Por aquí, por aquí. -Musa corría delante de él; tras dar la vuelta a una esquina, tuvieron que atravesar un montón de restos de cascaras y mondaduras de fruta que se despachurraron bajo sus pies desnudos-. Por aquí -dijo de nuevo, volviendo la cabeza y asintiendo con ella para tranquilizar a Ramsés-. ¿Tienes un cigarrillo?

- No te tomes demasiadas confianzas conmigo, Musa.

Sin embargo, había dejado de preocuparse por Nefret. El hombre responsable de todo aquello no le haría daño. Llegaron al lugar que Ramsés había imaginado: una callejuela excepcionalmente inmunda situada detrás de la casa en la que, en su día, había vivido el-Gharbi. Musa se dirigió hacia la modesta puerta que Ramsés recordaba de anteriores visitas. La policía la había cerrado con pesados tablones, pero alguien había quitado la mayor parte de los clavos; Musa apartó las tablas y trepó a través de la abertura.

La casa, tiempo atrás llena de música y decorada con los abigarrados accesorios del detestable comercio, aparecía ahora oscura, vacía y llena de polvo. Las ventanas también habían sido cubiertas con tablas de madera y se habían llevado el rico mobiliario, dejando solo algunas piezas ya a punto de desmoronarse. A través de las grietas de los tablones se filtraba, formando estrías, un poco de luz. Cuando llegaron a la habitación donde el-Gharbi solía reunir a su corte, Ramsés distinguió una enorme figura sentada sobre los desgastados almohadones. Nefret estaba junto a él. Un rayo de sol hizo brillar su pelo.

- Lo siento -dijo alegremente-. Lo hice de nuevo.

Ramsés consiguió pronunciar algunas palabras, a pesar de que el alivio todavía hacía que le temblaran los labios.

- Esta vez no es culpa tuya. Otro punto negativo para ti, el-Gharbi. ¿Qué es lo que pretendes con todo esto?

- Pero, mi querido y joven amigo, ¿qué otra elección tenía? - Seguía hablando en aquel modo lastimero y algo elevado de tono

que recordaba tan bien, pero cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad Ramsés se dio cuenta de que el rufián vestía una andrajosa *galabiyya* en lugar de sus elegantes ropajes blancos. Aun así, no daba la impresión de haber perdido demasiado peso. Cambiando de postura con algo de inquietud, continuó hablando-: No habrías venido al campamento. Tampoco habrías venido a verme hasta aquí, así que tuve que invitar a tu encantadora esposa. Hemos disfrutado de una conversación muy agradable. Siéntate, ¿quieres? Lamento no poder ofrecerte algo de té…

- ¿Qué es lo que quieres? -le interrumpió Ramsés.

- Caramba, pues el placer de verte a ti y a tu encantadora…

- No tengo tiempo para eso -dijo Ramsés elevando la voz-. No puedes retenernos aquí en contra de nuestra voluntad, lo sabes.

- ¡Ay!, es cierto. -El rufián suspiró-. No tengo el poder que tuve una vez.

- ¿Qué es lo que pretendes, entonces?

- ¿No quieres sentarte? Oh, bueno. Se trata del campo, ya sabes. No es el lugar adecuado para una persona refinada como yo -un estremecimiento de disgusto recorrió su enorme cuerpo-. Quiero salir.

- Ya estás fuera -dijo Ramsés, quien se empezaba a divertir a su pesar, olvidando el fastidio que había sentido poco antes. El-Gharbi era insuperable.

- Solo por unas pocas horas. Si no estoy de regreso cuando hagan la ronda, ese maleducado de Harvey hará salir a todos los oficiales de policía de El Cairo para que me busquen. No tengo intención de pasarme el resto de mi vida huyendo de la policía, no tiene que resultar muy agradable.

- No, supongo que no. ¿Puedes darme una buena razón por la que debería interceder en tu favor, en el supuesto de que pudiera hacerlo?

- Pero, mi querido y joven amigo, seguramente los muchos favores que te he hecho…

- Yo también te he hecho unos cuantos. En caso de que no estemos empatados, la deuda estará, seguramente, de tu parte.

- Temía que lo vieras de ese modo. ¿Por qué no hablamos entonces de futuros favores? Estoy a tus órdenes.

- No quiero nada de ti. Vamos, Nefret. Nuestros padres se

estarán preocupando.

- Sí, por supuesto. -Nefret se levantó-. Adiós, señor el-Gharbi.

Habló en inglés, probablemente porque los términos que se emplean en árabe para las despedidas conllevan una bendición o una expresión de buena voluntad. A el-Gharbi no se le escaparon las implicaciones de todo aquello y soltó una suave risita.

- *Maasalama*, honorable dama. Y a ti, mi hermoso y joven amigo. Recuerda lo que te he dicho. Puede llegar un día…

- Espero por Dios que no llegue -dijo Ramsés entre dientes mientras abandonaba la habitación-. Nefret, ¿estás bien?

- Musa fue muy educado. Estoy ilesa, querido, excepto… -se rascó el brazo-. Démonos prisa. Me imagino que nuestro padre estará frenético a estas alturas y a mí se me están comiendo las pulgas.

- Pues ya somos dos. ¡Lo que tienes que sufrir por mí, querida!

La estrecha puerta de la parte posterior seguía desatrancada; Ramsés no se molestó en volver a colocar los tablones.

Tratando de evitar problemas, envió a un sirviente al comedor para anunciar su regreso y fueron directamente a la habitación, al cuarto de baño. Cuando salió del mismo, vistiendo tan solo una toalla, se encontró con su padre sentado en un sillón, pipa en mano.

- ¿Dónde está Nefret?

- Bañándose todavía. Le diré que está aquí.

- Oh -dijo Emerson, dándose cuenta con algo de retraso de que había invadido su intimidad-. Oh, bueno…

Ramsés abrió la puerta del baño y anunció la presencia de su padre. Se oyó un chapoteo en el agua y a Nefret decir:

- Estaré con usted en unos minutos, padre.

No era frecuente que Ramsés tuviera ocasión de poner en un aprieto a su padre, de modo que intentó disfrutar todo lo posible de aquellos momentos. Emerson se había ruborizado.

- Habéis tardado una barbaridad de tiempo -se lamentó-. Tenemos que salir en unas pocas horas, ya lo sabes.

- No pudimos hacer otra cosa.

Ramsés le contó a Emerson lo sucedido en tanto que se vestía. Preveía una explosión de cólera: Emerson despreciaba a todos los rufianes en general y a el-Gharbi en particular. Sin embargo, en lugar de echarse a gritar, se quedó pensativo.

- Me pregunto si sabrá algo sobre… mmm… Sethos.

- No le pregunté. No quiero estar en deuda con él y, además, tenía prisa. Es muy poco probable, padre. El comercio de antigüedades ilegales era solo un negocio secundario para él y, por otra parte, ha estado encerrado en Hilmiya durante semanas.

- Mmm, sí. -Emerson meditaba con un cierto aire de tristeza.

La puerta del baño se abrió, dando paso a Nefret, rodeada de vapor. A pesar de que iba envuelta en una larga bata que la cubría desde la barbilla hasta los pies desnudos, Emerson salió huyendo, musitando excusas.

* * *

Conseguir que mi familia suba al tren -a cualquier tren- es una tarea que acaba incluso con mi reconocida paciencia. Emerson había enviado a Selim y Daoud a Luxor días atrás para revisar el yacimiento y determinar lo que había que hacer. Eso dejaba nuestro grupo reducido a siete, sin contar el gato, el más problemático. La estación de tren parece siempre un auténtico pandemónium: en medio del incesante movimiento de gente, maletas, paquetes y alguna que otra cabra, se habla en voz alta y los brazos se agitan frenéticamente. Si a ello añadimos a *Horus*, maullando y debatiéndose en su cesta, a Sennia, tratando de escapar de Gargery y Basima para poder correr arriba y abajo de los andenes a la búsqueda de conocidos, y a Emerson, lanzando miradas furibundas a todo hombre, mujer o niño que se le acerque lo más mínimo, no resultará difícil de entender que mi atención se encontrase totalmente ocupada.

El tren llegó con retraso, por supuesto. Una vez que tuve a todos a bordo y en el compartimento adecuado, sentí que había llegado el momento de tomarme un refrescante sorbo de whisky con soda. Tras sacar la botella, el sifón y los vasos de la cesta, invité a Emerson a acompañarme.

Podía haberle dicho -y de hecho lo hice- que buscar a Sethos había sido una pérdida de tiempo. Sethos nunca repetía dos veces lo mismo y, en el caso de que quisiera ponerse en contacto con nosotros, tenía todo el tiempo para hacerlo.

Emerson se limitó a contestarme con un «¡Bah!» y se echó un poco más de whisky en el vaso.

Había mandado telegramas a los Vandergelt y a Fátima, nuestra

ama de llaves, informándoles de nuestro cambio de planes pero, conociendo las reposadas costumbres de la oficina de telégrafos de Luxor, no me sorprendió que no hubiera nadie esperándonos en la estación. Sin duda, sería entregado algo más tarde aquel mismo día, después de que el telegrama extraoficial, el chismorreo, hubiese anunciado nuestra llegada. Ésta no pasó inadvertida. Siempre había gente rondando por la estación, recibiendo a los recién llegados o despidiendo a los viajeros que partían o, simplemente, perdiendo el tiempo. Cuando aquel grupo de haraganes reconoció la inconfundible figura de mi marido, quien era -creo que puedo afirmarlo sin miedo a que me contradigan- el más famoso, temido y respetado arqueólogo de Egipto, lanzaron un enorme grito. Algunos se agolparon a nuestro alrededor en tanto que otros salían corriendo, deseosos de ser los primeros en dar a conocer la noticia. «¡El Padre de las *M*aldiciones ha regresado! ¡Sí, sí, lo vi con mis propios ojos, y Sitt Hakim, su mujer, y su hijo el Hermano de los Demonios y Nur Misur, "Luz de Egipto" y Pajarito!»

Nos llevó un poco de tiempo descargar nuestros «bártulos», tal y como Emerson llama al equipaje, y transportarlos desde la estación hasta la orilla del río para después meterlos en las barcas sobre las que lo cruzaríamos. Me las arreglé para que Sennia fuera en una de ellas, con Basima y Gargery pendientes de ella -eran necesarias dos personas para sujetarla y para evitar que se cayera al agua-, y Emerson y yo en la otra. Quería estar a solas con mi querido marido.

- ¡Ah! -exclamé-. Es estupendo estar de nuevo en Luxor.

- Siempre dices lo mismo -gruñó Emerson.

- Porque siento siempre lo mismo. Y tú también, Emerson. Respira el aire puro y límpido -le animé-. Mira cómo tiemblan los rayos del sol sobre las ondas del agua. Disfruta una vez más de la vista que tenemos ante nosotros, los barrancos de las montañas de Tebas que guardan en su interior los sepulcros de los monarcas fallecidos tanto tiempo…

- Te sugiero que escribas un libro de viajes para desahogarte, Peabody.

Pero, a pesar de sus palabras, rodeó mi cintura con su brazo y su amplio pecho se ensanchó para respirar profundamente, con satisfacción.

Después de todo, no hay lugar que se pueda comparar con Tebas. No se lo dije para no provocar otro de sus rudos comentarios, aunque sabía que él compartía mis sentimientos. La ciudad moderna de Luxor está en la orilla este del río, junto a los magníficos templos de Karnak y Luxor. En la orilla oeste se encuentra la enorme ciudad de los muertos: los sepulcros de los monarcas del imperio egipcio, fallecidos tanto tiempo atrás (como estaba a punto de decir cuando Emerson me interrumpió), sus templos funerarios y las tumbas de nobles y plebeyos, formando un conjunto de incomparable belleza. Los cultivos teñían de verde la franja de tierra que bordeaba el río, fertilizada gracias a las inundaciones anuales y regada mediante irrigación. Detrás, el desierto, extendiéndose hasta las montañas de Libia: un alto y árido altiplano, cortado por innumerables cañones o wadis.

Durante muchos años habíamos vivido y trabajado en el oeste de Tebas, y la casa que habíamos construido allí nos estaba esperando. Me acerqué aún más a Emerson y su brazo me apretó con más fuerza. Miraba hacia adelante y una sonrisa dulcificaba sus rasgos bien delineados, mientras el viento despeinaba su pelo negro.

- ¿Dónde está tu sombrero, Emerson?

- No lo sé -me contestó.

Nunca lo sabe. Cuando conseguí encontrarlo y convencerlo para que se lo pusiese, tocamos tierra.

Fátima no había recibido nuestro telegrama. No importaba: había estado esperándonos con impaciencia durante días y la casa estaba tan impecable como siempre. Tengo que decir que a nuestras relaciones con Fátima y los otros miembros de la familia de Abdullah que trabajaban para nosotros se las podría tildar, cuando menos, de inusuales: todos ellos eran nuestros amigos y, a la vez, nuestros sirvientes, sin que por ello se les privase de dignidad o se les considerase como inferiores. Al contrario, creo que Fátima pensaba que nos faltaba algo de sentido común y que ella era la única capaz de hacerse cargo de todos nosotros.

Lo primero que hice tras intercambiar con ella un afectuoso saludo fue inspeccionar la vivienda. El invierno anterior, un destacado descubrimiento arqueológico nos había obligado a pasar unos cuantos meses en Luxor. Yusuf, cabeza de la rama de la familia de Abdullah que vivía en esta ciudad, ocupaba entonces nuestra

vieja casa, pero había aceptado gentilmente trasladarse con sus mujeres y sus hijos a una vivienda del pueblo de Gurna. No me hizo falta mucho tiempo para darme cuenta de que la casa no era lo bastante grande como para que todos pudiéramos vivir en ella en armonía y con todas las comodidades, de modo que tuve que ordenar que añadieran a la misma algunas estructuras subsidiarias. A pesar de la indiferencia de Emerson y de su total falta de cooperación, conseguí dejar las obras muy avanzadas antes de nuestra partida pero, aun así, me había visto obligada a confiar en Fátima y Selim para que completaran los últimos detalles.

Invité a Fátima a que me acompañara en mi visita de inspección. Selim, que había estado esperándonos, vino con nosotras únicamente porque yo insistí en ello. Al igual que su padre, siempre temía mi reacción a los esfuerzos que realizaba en cuestiones domésticas. Abdullah solía usar el sarcasmo sobre lo que consideraba mis irrazonables exigencias de limpieza. «Los hombres están barriendo el desierto, Sitt», me hizo notar una vez. «¿Hasta qué distancia deben barrer alrededor de la casa?»

Querido Abdullah. Todavía le echo de menos. Al menos él lo había intentado, lo que ya era mucho más de lo que se podía decir de Emerson.

Lo cierto es que apenas pude poner reparos a unas cuantas cosas y, mientras amontonaba un cumplido sobre otro, la expresión de temor de Selim se fue transformando en una sonrisa. La nueva ala, destinada a Sennia y sus acompañantes -Basima, Gargery y *Horus*-, estaba integrada por un grupo de habitaciones dispuestas alrededor de un patio, con una arcada protegida del sol a un lado y una encantadora fuentecilla en el centro. Los nuevos muebles habían llegado ya y mientras estábamos allí una de las doncellas entró corriendo con el brazo lleno de sábanas y empezó a hacer las camas.

- ¡Excelente! -exclamé-. Solo hace falta… mmm… bueno, la verdad es que nada, aparte de unas cuantas plantas en el patio.

- Pensamos que debíamos dejarle eso a usted, Sitt -dijo Selim.

- Sí, muy bien. Me gusta la jardinería.

Quería introducir también unos cuantos cambios más, pero podían esperar.

Los otros estaban todavía en la sala de estar, acompañados por

diversos miembros de la familia, incluida Kadija, la mujer de Daoud, hablando todos a la vez y sin hacer nada de utilidad. Me pareció oportuno dejar caer algunos afilados comentarios sobre la conveniencia de empezar a deshacer las maletas, pero nadie me escuchó, de modo que, tras despedir a Selim, invité a Nefret a acompañarnos, a Fátima y a mí, durante el resto de la visita.

Nefret solo había visto la estructura inacabada de la segunda casa, situada a unos cien metros de la primera. Tan pronto como pudiera supervisar el cultivo, había que llenar el espacio entre ambas con plantas de flores, arbustos y árboles. Por el momento estaba completamente desnuda, pero la estructura en sí me parecía ya muy bonita, con sus paredes de ladrillo enlucidas en un agradable tono ocre claro. Habían cumplido mis órdenes; el interior era tan moderno y cómodo como cualquiera podría desear, incluyendo un elegante cuarto de baño y un pequeño patio, cercado para crear cierta intimidad. Mientras pasábamos de una habitación a otra, iba hablando sin parar, sin hacer apenas una pausa para respirar, resaltando las cosas que me parecían bonitas y explicando, con una extensión innecesaria, que cualquier deseo de cambiar algo sería satisfecho rápidamente y sin problemas. Nefret escuchaba en silencio, asintiendo con la cabeza de vez en cuando con una expresión muy seria. Pasado un rato, dijo dulcemente:

- Está bien, madre -y yo tuve que sujetarme la lengua (figuradamente hablando), algo ligera.

- ¡Ay! -dije con timidez-. Parezco uno de esos agentes inmobiliarios tratando de vender una casa. Perdóname, querida.

- No se excuse. Ha preparado todo esto para nosotros, ¿no es así?, para Ramsés y para mí. El año pasado no nos dijo que tuviera intención de hacerlo.

- Mis intenciones no cuentan, Nefret. Depende de lo que queráis vosotros. Si preferís quedaros en la *dahabiyya*, como solíais hacer, no hay ningún problema. Pero creo… Está a una cierta distancia de nuestra casa, ya sabes, y una vez que haya plantas entre ambas, podréis disfrutar de una mayor intimidad y ninguno de nosotros osará entrar en ella sin ser invitado y…

- ¿Puede imaginar a padre esperando una invitación? -inquirió Nefret muy seria-. ¿O a Sennia?

- Me aseguraré de que así sea -dije.

- Es una casa preciosa, pero un poco grande para dos personas, ¿no?

- ¿Lo crees de verdad? En mi opinión…

- ¡Oh, madre! -La risa transformó su rostro, haciendo brillar los ojos azules y curvando sus labios. Me rodeó con su brazo y Fátima, que había estado escuchando con ansiedad la conversación, sonrió abiertamente. Nefret le dio también un abrazo-. Es una casa preciosa -repitió-. Gracias a las dos por haber trabajado tan duro para dejarla perfecta.

***DEL MANUSCRITO H:***

La aparición de Sethos en la estación de El Cairo había preocupado a Ramsés más de lo que este quería admitir. Hubiera sido el primero en reconocer que los sentimientos que albergaba hacia su tío eran ambivalentes. Era imposible no admirar su valentía e inteligencia; era imposible no lamentar que siempre fuera por delante de uno. Afecto -sí, también había algo de eso y además, según creía, era recíproco- una tardía compresión de las tragedias que habían llevado a Sethos a una vida dedicada al crimen, reconocimiento por los riesgos que había corrido por ellos y por el país que le había negado los derechos que le correspondían por nacimiento. Ramsés estaba seguro de que seguía arriesgándose. ¿Se había hecho el encontradizo porque quería saludarlos antes de embarcarse en otro trabajo, uno de esos de los cuales podría no volver algún día? Puede que estuviera yendo demasiado lejos, pero Ramsés ya había tomado parte una vez en «el Gran Juego» y, tal vez, se había acostumbrado a ver las cosas de ese modo tan fatalista.

No mencionó sus sospechas, ni tan siquiera a su mujer. Solo habría servido para preocuparlos tanto a ella como a los demás, incluido su padre. La pretendida indiferencia de Emerson no engañaba a Ramsés. «Bastardo» era uno de los epítetos favoritos de su padre y era muy indicativo que nunca empleara ese adjetivo cuando se refería a su hermano ilegítimo.

No obstante, Sethos no había vuelto a dar señales de vida y nada indicaba tampoco que hubiera regresado al negocio de las antigüedades. Ramsés sintió alivio cuando su padre decidió que abandonasen El Cairo. Si Nefret hubiera insistido en acompañarlo durante su visita a los cafés, no le habría sido posible negarse; ella

le había exigido que la tratase como a un igual y hasta el mismo Dios sabía que se lo merecía. Pensaba que había conseguido hacerle creer que consentía de buena gana, pero la verdad es que, en el fondo, la idea de verla frente a ladrones y asesinos seguía poniéndole los pelos de punta.

En cualquier caso, prefería Luxor a El Cairo y las necrópolis de Tebas a las de la antigua Menfis. Emerson se las había arreglado para conseguir el permiso oficial que le permitía excavar en el antiguo pueblo de Deir el Medina y Ramsés no veía la hora de disfrutar de un largo y pacífico período de puro trabajo arqueológico. Puede que no encontraran ningún tesoro enterrado ni ninguna tumba perdida mucho tiempo atrás, pero no le importaba. Esperaba, además, poder mantener a su padre al margen del reciente descubrimiento que había despertado el interés de Cyrus Vandergelt. Los ladrones de tumbas les habían causado ya suficientes problemas el año anterior.

La decidida intervención de su madre había modificado la casa hasta dejarla casi irreconocible: había elementos nuevos por todas partes. Sin embargo, la sombreada galería no había cambiado y la sala de estar conservaba todavía las bonitas alfombras y el mobiliario de la familia. Nefret se dirigió sin perder un minuto hacia el piano y dejó correr sus dedos sobre el teclado.

- ¿No está bien? -preguntó Fátima con ansiedad-. Buscaré a alguien que…

- No sé dónde -dijo Nefret con una sonrisa-. De hecho, teniendo en cuenta las circunstancias, está perfectamente afinado.

- A mí me lo parece -sentenció Emerson, feliz al carecer por completo de sentido musical. Miró a su alrededor con aire de gran satisfacción-. Ayúdame a desembalar estos libros, Nefret. Lo primero es lo primero.

La fugaz e inútil discusión con su mujer que siguió a continuación cuando ésta le propuso que la acompañara a inspeccionar la nueva ala finalizó cuando ella abandonó la habitación, seguida por Fátima y Selim, circunstancia que Emerson aprovechó para empezar a destapar con alegría las cajas de libros y a apilarlos desordenadamente sobre el suelo. No habían llegado demasiado lejos cuando fueron interrumpidos por unos visitantes. La noticia de su regreso había llegado hasta Gurna antes que ellos.

La familia de Abdullah se extendía a unas cincuenta personas y Ramsés tuvo la impresión de que la mayor parte de ellas se habían precipitado hasta allí para darles la bienvenida. Las doncellas sirvieron café y té con menta y a continuación se produjo una alegre algarabía. Sennia se encontraba en su salsa, corriendo de un par de acogedores brazos a otro, mientras Emerson hablaba con varias personas a la vez.

Ramsés miró a su alrededor en busca de Nefret y la encontró sumergida en una conversación con Kadija, una enorme y solemne mujer de origen nubio. Nefret sostenía que Kadija tenía un vivo sentido del humor, pero lo cierto es que al resto de la familia no le quedaba otro remedio que fiarse de su opinión, ya que directamente nunca habían podido escuchar ninguna de sus historias. Por lo visto, debía de estar contando una en aquel momento, porque la risa redondeaba las mejillas de Nefret. Ramsés se acercó para reunirse con ellas; le defraudó que Kadija agachara la cabeza y se escabullera, pero no le sorprendió.

- ¿Qué es tan divertido? -preguntó.

Nefret deslizó un brazo por el suyo.

- Nada importante. Perdería bastante con la traducción.

- Pero yo entiendo el árabe.

- No me refiero a ese tipo de traducción -Nefret se rió en su cara y él pensó, tal y como hacía una docena de veces al día, en lo bonita que era y en cuánto la amaba. También eso perdía mucho con la traducción-. Yusuf no ha venido -dijo perpleja, poniéndose seria-. Es bastante raro. Como jefe de la familia debería haber venido a darnos la bienvenida por razones de mera cortesía.

- Selim dice que no está bien.

- Quizá debería visitarlo y ver si hay algo que puedo hacer por él.

- No creo que tus dotes de médico puedan servir en este caso, querida.

El mundo del pobre Yusuf se había visto sacudido el año anterior al perder a dos de sus hijos favoritos. Jamil, el atractivo y consentido hijo menor, había huido tras conocerse su relación con una banda de ladrones profesionales. No se le había vuelto a ver. Jumana, su hermana, había tenido un final más feliz: tremendamente ambiciosa e inteligente, había conseguido que los

Vandergelt y los padres de Ramsés apoyaran su vocación de egiptóloga.

Nefret comprendió.

- No me di cuenta de lo duro que tuvo que resultar para nuestro pobre y viejo amigo.

- Ni yo tampoco, pero no me sorprende. El hecho de que la hija rechazara su autoridad y el buen matrimonio que le había arreglado y se marchara para convertirse en una mujer nueva, educada, independiente y occidentalizada debió de suponer para él un golpe tan duro como el descubrimiento de que su adorado hijo tenía problemas con la ley.

- Mayor aún, quizá, para un hombre con una mentalidad tan tradicional como la suya -dijo Nefret-. ¿Es cierto que ha renegado de ella y que se niega a verla?

- ¿Quién te ha contado eso?

- Kadija. Dice que ha tratado de razonar con él pero que se niega a escucharla.

- Selim dice lo mismo. Es una lástima. Bueno, siempre podemos enviar a nuestra madre para que hable con él. Si ella no consigue hacerle entrar en razón, nadie lo hará.

- ¿Qué se sabe de Jamil?

- Según cuenta Selim, no hay ni rastro de él. Espero que no estés pensando en intentar salir en su búsqueda. Más vale no remover ese asunto.

- Está bien, no te enfades.

- Pensé que te gustaba cuando lo hacía.

- Solo cuando estamos a solas y puedo tratarte como te mereces.

Antes de que pudiera responderle, su madre regresó y empezó a organizar a todo el mundo. Las mujeres de la familia se llevaron a Sennia y las maletas a las nuevas habitaciones. Su padre se negó a moverse; se estaba divirtiendo demasiado organizando la próxima temporada de trabajo. Insistió en que Ramsés y Selim se quedaran con él, dejando a Nefret en manos de su mujer. Las dos abandonaron entonces la habitación acompañadas de Fátima.

- Entonces, Selim -dijo Emerson-, ¿has reunido ya a los hombres? Espero que no hayas permitido que Vandergelt se quedara con los mejores.

- El señor Vandergelt ha contratado al hijo del primo de mi

padre, Abu, como su *reis*, pero nosotros tendremos también un buen grupo de hombres, Emerson. Últimamente no hay mucho trabajo por aquí.

Emerson no preguntó por Yusuf. Los trabajos empezaban la mañana siguiente y estaba muy ocupado con sus planes.

Los agudos gritos de los niños que jugaban en la galería anunciaron un nuevo visitante.

- Tenía que haber imaginado que sería incapaz de dejarnos en paz aunque fuera solo unas pocas horas -renegó Emerson, pero salió inmediatamente a recibir al recién llegado con la mano extendida.

La sonrisa llenaba de arrugas la curtida cara de Cyrus Vandergelt. El americano vestía, con su habitual elegancia, un traje blanco de lino y botas relucientes.

- Es cierto, deberías haberlo hecho -dijo con una sonrisa aún más amplia-. Es inútil que trates de introducirte en la ciudad pasando inadvertido; acabo de recibir tu telegrama hace un momento, pero ya sabía que estabas aquí. Me alegro de verte. Aquí hay alguien que tampoco podía esperar para saludaros.

Retrocedió de modo que ella pudiera pasar antes que él por la puerta. Una vez dentro, se apoyó contra la pared y los miró con los ojos desmesuradamente abiertos y sin sonreír, como un animal receloso. Emerson, todo un caballero con las mujeres, tomó su pequeña mano entre las suyas y le dio un afectuoso apretón.

- ¡Jumana! Es estupendo que hayas venido, querida. Mmm… ¡cómo has crecido en los últimos meses!

«No tanto como para que se note», pensó Ramsés. Se trataba de una minúscula criatura, de apenas metro y medio de altura, con el mismo tono de piel exótico y los mismos ojos grandes y oscuros que alguna dama sacada de una miniatura persa, pero su modo de vestir era descaradamente inglés: unas botas pequeñas y pulcras y una falda pantalón bajo una camisa masculina y una chaqueta de *tweed*. Después de pasar la primavera y el verano en Inglaterra, donde recibió instrucción en diversas materias, que ella se dedicó a absorber como si fuera una esponja, había regresado a Egipto en noviembre con los Vandergelt.

¿Qué le sucedía? Normalmente su pequeño rostro desbordaba entusiasmo y podía llegar a hablar más que cualquier otro miembro de su familia, lo que, desde luego, no era poco como proeza. En

aquella ocasión, en cambio, contestó al saludo de Emerson con un murmullo inarticulado en tanto que sus ojos oscuros recorrían, intranquilos, la habitación.

- ¿Dónde está Nefret? -preguntó.

- Ella y la señora Emerson han ido a echar un vistazo a la nueva casa -respondió Emerson.

- Yo también iré. ¿Puedo? ¿Me disculpan?

Sin esperar respuesta, salió a toda prisa de la habitación. «Es evidente que algo le preocupa», pensó Ramsés. Pero, bueno, fuese lo que fuese no era problema suyo. Su madre se creía capaz de resolverlo todo; que se ocupara ella, entonces.

Pocos minutos más tarde, entró su madre muy animada y se dirigió a Cyrus con los brazos abiertos.

- Jumana me dijo que estabas aquí. ¿No han venido Katherine y Bertie contigo?

- Bertie quería pero Katherine pensó que era mejor tenerlo ocupado en otra cosa -le contestó Cyrus.

A Ramsés no le sorprendieron sus palabras. Katherine desaprobaba la fascinación que sentía su hijo por la bonita muchacha egipcia.

- Le gustaría que esta noche vinierais a cenar -continuó Cyrus.

- ¡Bah! -dijo Emerson.

Cyrus soltó una carcajada y tiró de su barba de chivo.

- Lo sé, viejo amigo, sé que no tienes tiempo para compromisos sociales. Pero estaremos solos y será algo informal, no hace falta que te cambies de ropa.

La mandíbula de Emerson se entreabrió pero su mujer llegó a tiempo.

- Faltaría más, Cyrus, aceptamos encantados. Ramsés, Nefret quiere que vayas con ella. Está en la nueva casa.

- ¿Cómo? Oh, está bien.

Sintió que lo invadía una sensación que su madre habría descrito como una «desagradable premonición». ¿Cómo era posible que no se hubiera dado cuenta antes? Había construido la casa para Nefret y para él, cómo no. Era muy propio de ella haberlo hecho sin consultarles. Y no había modo de negarse sin parecer groseros, desagradecidos y egoístas. Nefret sentía demasiado cariño hacia ella como para atreverse a decirle que no a la cara. ¡Lo más probable es

que pretendiera que fuera él el que lo hiciera!

Esperaba encontrar a su mujer en el umbral de la puerta temblando de indignación, pero no estaba allí y tuvo que buscarla por las habitaciones. El lugar resultaba realmente acogedor: era amplio; las habitaciones tenían los techos bajos; las pantallas de *mashrabiyya* tallada, que a él le gustaban tanto, cerraban todas las ventanas; los suelos estaban cubiertos de azulejos y había estantes para libros en la mayor parte de las habitaciones. Aparte de eso, la casa estaba casi totalmente vacía, con la única excepción de unas pocas mesas, sillas y divanes. Su madre había tenido el buen sentido de dejar en sus manos la elección de los muebles y del resto de los objetos de decoración. En conjunto, no estaba nada mal. Si dependiera de él…

Si dependiera de él preferiría vivir en un agujero excavado en la roca antes que tener que decirle a su madre que no le gustaba.

Encontró a Nefret sentada en el porche sombreado que daba al pequeño patio. Jumana estaba con ella, y las cabezas de ambas se encontraban muy juntas.

- Lo siento, Nefret -apuntó.

- Te excusas demasiado a menudo.

Se trataba de una vieja broma entre ellos, pero cuando su mujer lo miró la expresión de la cara era grave.

- No está mal, ¿no? -le preguntó-. Su intención era buena y está a una cierta distancia de la casa principal y…

- Está bien -dijo Nefret con impaciencia-. Olvida la casa, Ramsés. Jumana tiene algo que decirte.

Había unas cuantas sillas de mimbre y una mesa o dos. Ramsés se sentó.

- ¿Y bien?

Era obvio que había hablado abiertamente con Nefret pero ahora, al verlo, se le debía de haber quedado pegada la lengua al paladar. No dejaba de retorcerse las manos.

- ¿Qué pasa? -preguntó Ramsés-. ¿Se trata de Bertie? No te preocupes por él, Jumana, a partir de ahora te quedarás con nosotros. Ése fue el acuerdo.

- ¿Bertie? -Jumana rechazó la idea encogiendo los hombros-. No, él no es un problema. Tengo que decírtelo pero… -Tragó saliva con dificultad-. He visto a Jamil.

- Dios mío -dijo Ramsés en voz baja-. ¿Dónde? ¿Cuándo?

- Hace dos semanas. -Una vez que lo peor había salido, las palabras manaban ahora con fluidez de su boca-. La señora Vandergelt se iba de compras al *suk* y el señor Vandergelt estaba en la tienda de Mohassib, así que yo pensé en ir al templo de Luxor. Bertie quería venir conmigo pero la señora Vandergelt dijo…

- Entiendo -dijo Ramsés-. ¿Estaba Jamil en el templo?

Ella asintió con la cabeza.

- Esperó durante dos días para poder encontrarse a solas conmigo. Quería dinero. Dijo que había descubierto una tumba muy rica pero que los otros le habían engañado y entonces los maldijo y dijo que ya arreglaría cuentas con ellos, pero que necesitaba dinero… Le di todo lo que tenía.

- No deberías haberlo hecho -dijo Nefret-. Lo mejor que puede hacer Jamil es regresar.

Su boca se abrió como la de un niño que está a punto de echarse a llorar.

- Es mi hermano. ¿Cómo podía negarme a ayudarlo? Pero dijo… ¡Oh, tenía tanto miedo! No sabía qué hacer. Pero ahora estáis aquí, se lo diréis al Padre de las Maldiciones y él no permitirá que Jamil… -su voz se quebró.

- Está bien -dijo Ramsés dulcemente. Tomó su pequeña mano y se la estrechó-. No permitirá que Jamil te haga daño. ¿Fue eso lo que te dijo para asustarte? ¿Que te haría daño si le decías a alguien que lo habías visto?

- No, ¡oh, no! -Apretando las manos de Ramsés lo miró a la cara-. Es al Padre de las Maldiciones al que hay que proteger y es a ti a quien Jamil odia por encima de todo. Me dijo que si se lo decía a alguien os mataría.

# Capítulo 3

- ¡Bah! -espetó Emerson.

Estábamos sentados en la galería bebiendo té. Los rayos del sol poniente arrojaban destellos dorados sobre las rosas que se enroscaban en los pilares de la arcada. Era como en los viejos tiempos, cuando nos reuníamos tan a menudo en aquel umbrío lugar; las sillas de mimbre, los sofás y las mesas todavía se podían usar y Ramsés había adoptado de nuevo su acostumbrada postura, sentado sobre el antepecho con la cabeza apoyada en una columna. Nefret estaba junto a él y ambos tenían las manos entrelazadas. Fátima había insistido en servir sándwiches y pasteles con el té a pesar de que estábamos a punto de salir para cenar con los Vandergelt. Antes que decepcionar a la buena mujer, preferí dar un mordisco a uno o dos sándwiches de pepino.

Tras ser informada de la reaparición de Jamil, decidí que era absolutamente necesario convocar un consejo de guerra privado. Sennia pensaba que tomaría el té con nosotros, así que se opuso con firmeza cuando le dijimos que debía marcharse y no se apaciguó hasta que Emerson le ofreció -antes de que yo pudiera detenerlo- toda la bandeja de pasteles para que se la llevara con ella. Tan pronto como estuvimos fuera del alcance de su oído, Nefret nos refirió lo que les había dicho Jumana, a lo que Emerson respondió en el modo que suele ser habitual en él.

- Eso no sirve de nada, Emerson -dije-. No se puede despreciar una amenaza con esa arrogancia.

- Más que una amenaza, parece una broma -declaró Emerson-. ¿Cómo puede ese miserable y pequeño cobarde constituir un peligro para Ramsés? -Diciendo esto, dirigió a su extraordinario hijo una

mirada llena de aprobación.

Ramsés respondió al tácito cumplido arqueando exageradamente las cejas.

- Y además, ¿por qué Ramsés? -continuó Emerson-. Considero que es una auténtica afrenta que no me amenacen a mí. ¿Te vas a comer todos los sándwiches de pepino, Peabody?

- Creo -intervino Nefret pasándole a Emerson la bandeja- que, a ojos de Jamil, Ramsés fue el héroe de lo que sucedió el año pasado. ¡O un criminal! Sin por ello quitarle a usted ningún mérito, padre… ni a usted, madre…

- Tienes razón, querida -dije con condescendencia-. Nosotros hicimos nuestra parte pero si no hubiera sido por Ramsés…

- Tendría que considerarlo como un cumplido, padre -apuntó Ramsés, quien no solía interrumpirme, pero no le gustaba ser alabado en público -¿Jamil se avergonzaría de amenazar a una mujer y, por otro lado, resulta evidente que me considera menos peligroso que a usted. «¡No hay hombre que se atreva a amenazar al Padre de las Maldiciones!»

- En cualquier caso, es un engorro -reflexioné en voz alta-. Esperaba que ese desgraciado se hubiera marchado lo más lejos posible o que hubiera tenido un accidente fatal.

- Eso sí que es sangre fría, madre -dijo mi hijo.

- Tu madre es una mujer práctica -declaró Emerson-. Supongo que ahora tendremos que buscarlo y entregarlo a la policía, lo que resultará condenadamente embarazoso para todos nosotros, y en especial para su padre. Dejándolo en paz como hasta ahora lo único que hemos conseguido es que, en lugar de salir huyendo, tenga el descaro de venir a retarnos. Debe de estar loco.

- O ansioso de venganza -dijo Nefret, arrugando el ceño.

- No -la contradije, sensata-. Es demasiado cobarde. Sin embargo, el motivo que lo empuja no es difícil de adivinar. Es muy codicioso y tiene, además, un extraordinario instinto para localizar tumbas perdidas. Creo que ésa es la razón de que no haya abandonado Luxor. Espera encontrar otra o… ¡Dios mío, tal vez lo haya hecho ya!

Un destello de sobra conocido pasó por los ojos zafíreos de Emerson pero, tras reflexionar un momento, mi marido sacudió apenado la cabeza.

- Puras conjeturas, Peabody, fruto de tu imaginación desbordante. Lo más probable es que no tenga el valor suficiente para alejarse de su familia e independizarse. Tuvo que sacar bastante con su parte del tesoro de la princesa como para vivir confortablemente durante un tiempo, pero me imagino que ya lo habrá despilfarrado todo y que se habrá dirigido a Jumana como último recurso. No lo hará de nuevo. Y en cuanto a atacar a Ramsés… ¡tonterías!

- Sí, pero puede que vuelva a tratar de ver a Jumana -dije-. Especialmente si se entera de que ella nos dijo que le había visto en Luxor. Lo más probable es que Jumana se niegue a creer que su hermano le pueda ocasionar ningún daño, así que tendremos que procurar que no salga sola. Katherine y yo hemos acordado que vuelva con nosotros; la traeremos a casa esta noche; Le pediré a Fátima que le prepare una habitación. Creo que lo mejor será instalarla en la vieja habitación de David: está cerca de la nuestra, Emerson, y sus ventanas solo se abren al patio. De ese modo, será difícil que nadie pueda llegar hasta ella… o que ella trate de salir silenciosamente sin ser vista.

- ¿Les va a contar a Cyrus y Katherine lo de Jamil? -preguntó Nefret.

- Me alegra que lo menciones, Nefret. Les pondré al corriente de la situación más adelante, pero no creo que sea aconsejable hacerlo esta noche. Hasta las paredes tienen oídos y en Luxor las malas lenguas se mueven en ambas direcciones. No quiero que Jamil llegue a saber que su hermana lo ha descubierto.

- Ya estás de nuevo haciendo una montaña de un grano de arena -declaró Emerson-. En mi humilde opinión, lo mejor será que Jamil se entere cuanto antes de que estamos al corriente de sus patéticas amenazas. De ese modo no se atreverá a dar de nuevo señales de vida.

- ¿En tu opinión? -repetí-. ¿Humilde? Confío en que estés de acuerdo en que hay que informar a Selim y Daoud. Por inofensivo que pueda resultar ese desgraciado muchacho, no deja de ser su primo… hasta cierto punto… y…

- Acaba de llegar a buscarnos el carruaje de Cyrus -anunció Nefret con premura-. ¿Estáis preparados? Madre, ¿dónde está su sombrero?

El carruaje de nuestro amigo era un elegante birlocho tirado por dos espléndidos caballos grises. Una resplandeciente puesta de sol bañaba de color el cielo en occidente y las luces de Luxor empezaban a brillar al otro lado del río. Cuando el carruaje se adentró en el estrecho camino que conducía al Valle de los Reyes, las colinas se alzaron a nuestro alrededor cortando el paso a los últimos rayos de sol. Pocos lugares en la Tierra tienen la magia del Valle; no solo el escenario resulta magnífico, sino que también su historia da alas a la imaginación. A la luz gris del crepúsculo uno podría confundir fácilmente las sombras proyectadas por las lámparas del carruaje con las formas fantasmagóricas de los muertos reales, y el aullido que se oye en las colinas con el de Anubis, el chacal divino, el dios de los cementerios.

- Puesto que nos quedaremos aquí durante una temporada, deberíamos pensar seriamente en conseguir un carruaje -comenté-. No me gusta tener que depender del de Cyrus o de esos armatostes desvencijados que uno alquila en el puerto. -Emerson dijo algo en voz baja a lo que yo contesté-: ¿Perdona?

- Automóvil -dijo entonces mi marido.

El asunto atrajo la atención de todos los presentes y durante el resto del camino hacia el Castillo mantuvimos una pequeña y agradable discusión. Cuando hice notar que la utilidad de aquel tipo de vehículos se veía limitada por las condiciones de las carreteras, Emerson me replicó que los militares los estaban usando y que los nuevos Ford circulaban sin problemas en el desierto. La aportación de Nefret y Ramsés fue irrelevante. Para ser sincera, no les fue posible decir mucho.

La residencia tebana de Cyrus era conocida como el Castillo y lo cierto es que merecía el nombre. En algunos aspectos, me recordaba al hotel Mena: era casi tan grande como aquel y tenía los mismos bonitos balcones, cubiertos de celosías y hermosamente dispuestos en diversos niveles. Un sólido muro rodeaba la propiedad por entero; aquella noche, los portones se encontraban abiertos en señal de hospitalidad y había antorchas encendidas a ambos lados del camino que conducía a la casa, donde Cyrus nos esperaba para darnos la bienvenida.

Tal y como nos había prometido, éramos los únicos invitados. Cuando pregunté por William Amherst, quien había trabajado para

Cyrus el año anterior, me informaron de que se había marchado.

- Finalmente ha conseguido introducirse en el ejército -dijo Cyrus con una cierta envidia-. En algún tipo de trabajo como oficinista. Me ha dejado algo corto de personal -añadió-. Pero Abu es un buen *reis* y Bertie está haciendo muy bien el trabajo.

Katherine dirigió a su hijo una afectuosa mirada. Mi amiga había engordado un poco, pero, en mi opinión, los kilos de más le favorecían. Llevaba un vestido largo y suelto al estilo egipcio y un collar de esmeraldas que armonizaba con el color de sus ojos. Liberada de la preocupación por su hijo, gravemente herido en combate el año anterior, su cara había perdido el aire demacrado que había tenido en los últimos tiempos y de nuevo recordaba a la agradable y rechoncha gata atigrada que me había parecido la primera vez que nos vimos.

Bertie también parecía estar bien. Había empezado a estudiar egiptología, en parte para agradar a su padrastro, pero fundamentalmente para conquistar a Jumana, y lo cierto es que no hay nada como la vigorosa práctica de la arqueología para proporcionar a un individuo un color saludable y un cuerpo robusto. Cuando se acercó a saludarme, me di cuenta de que todavía arrastraba un poco una pierna. Había confiado en que, con el tiempo, acabase de curarse por completo pero era evidente que no había sido así. «Bueno», pensé, «eso lo mantendrá alejado del ejército».

La única otra persona presente era Jumana, quien estuvo sentada en silencio, como un ratoncillo, hasta que Emerson se acercó a ella. Todos hablaban y reían, de modo que creo que fui la única que oyó lo que le dijo.

- Hiciste lo que debías, muchacha. Ahora el asunto está en mis manos y no hay nada de qué preocuparse.

Deseé que tuviera razón.

Cyrus no tardó demasiado en llevar la conversación hacia el tema que, sin lugar a dudas, había acabado por convertirse en una auténtica obsesión.

- Quiero intentar hacer algo en lo que respecta al tesoro -manifestó-. Emerson, tienes que ayudarme con Mohassib.

Ramsés me miró. Sus oscuras pestañas se arquearon en una expresión de divertido escepticismo y yo intervine antes de que

Emerson pudiera contestar.

- Vamos, Cyrus, sabes perfectamente que Emerson es la última persona en la que confiaría Mohassib: le ha dicho demasiadas veces y en un tono no demasiado delicado lo que piensa sobre los comerciantes de antigüedades. Me gustaría saber más detalles sobre todo este asunto. ¿Cómo encontraron la tumba? ¿Ha sido investigada? ¿Por qué no ha tomado el Service des Antiquités las medidas oportunas?

«Esto debería tener a Emerson tranquilo durante un buen rato», pensé complacida.

Cyrus se sumergió de buena gana en un relato que resultó aún más extraño de lo que suelen ser las historias de esos descubrimientos, y puedo asegurar al lector que eso es ya mucho decir.

En Luxor no llueve a menudo, pero cuando lo hace las tormentas pueden ser muy fuertes. El verano anterior se había desencadenado una de ellas, que había arrastrado casas y abierto profundos canales en la tierra. Los astutos ladrones de Luxor sabían que aquellos chaparrones podían remover escombros acumulados y, quizá, hasta poner al descubierto la entrada de nuevas tumbas con más eficacia que las mismas excavaciones.

Mientras escalaban por uno de los precipicios, descubrieron que el agua que caía por una cascada desaparecía en una hendidura y volvía a aparecer unos trece metros más adelante.

Lo que vieron tras entrar retorciéndose por el pasadizo obstruido que conducía a la cámara funeraria tuvo que dejar sin palabra incluso a unos ladrones tan curtidos como aquellos. No se encuentran todos los días tumbas intactas y aquella era particularmente rica. El estupor, sin embargo, no les restó eficacia: en apenas unas horas se llevaron el tesoro y se lo entregaron a Mohassib, quien les pagó con monedas de oro. Esos granujas se repartieron entonces el dinero y después empezaron a gastárselo sin perder tiempo.

- El viejo loco de Mohammed Hammad cometió el error de comprarse una joven esposa -dijo Cyrus-. Las noticias sobre el descubrimiento de la tumba corrieron de boca en boca, como siempre sucede, y pocas semanas más tarde el *mamur* local y sus muchachos se presentaron en el pueblo. Mohammed tuvo tiempo de

esconder el resto del dinero en un capazo de grano y de obligar a la muchacha a alejarse con él, pero ésta, en lugar de hacerlo, se quedó por allí coqueteando con los guardias hasta que uno de ellos derribó el capazo de su cabeza. Podéis imaginaros, amigos, lo que sucedió después. Una auténtica refriega: los habitantes del pueblo y la policía, todos, rodaron por el suelo disputándose las monedas de oro, mientras que ella se marchaba con el *mamur*.

- Repugnante -murmuró Katherine.

- Justicia poética -dijo Emerson con una diabólica sonrisa-. Mohammed debe de haberse sentido mal al verse engañado en ese modo. Quizá resulte fácil convencerlo para que me muestre el emplazamiento de la tumba. No pueden haberla saqueado por completo.

- Oh, ya ha sido localizada -replicó Cyrus-. Se encuentra en Wadi Gabbanat el-Quirud, el Cementerio de los Monos. He pensado que tal vez podríamos pasar allí algo de tiempo y tratar de encontrar nuevas tumbas.

- Se supone que deberías trabajar en Medinet Habu -dijo Emerson dirigiendo a su amigo una severa mirada-, en lugar de perder el tiempo cazando fantasmas.

- Es demasiado fácil hablar en tu posición -protestó Cyrus indignado-. Tú has tenido ya tus grandes descubrimientos, pero ¿y yo? ¡Todos estos años en el Valle de los Reyes y ni tan siquiera una maldita tumba de la que ocuparme! Van a aparecer más en el *wadi* del suroeste. Junto al descubrimiento de Carter, son ya dos las tumbas de mujeres de la realeza descubiertas en esos *wadis*. Empiezo a pensar que en esa zona pudo haber existido una necrópolis destinada a las reinas de las primeras dinastías, ¿qué os parece?

- Es bastante probable -convino Ramsés.

Los ojos de Cyrus brillaron, pero Emerson dijo con firmeza:

- Perderías tu tiempo, Vandergelt. Carter no descubrió la tumba de Hatshepsut, se limitó a seguir a un grupo de lugareños que la había encontrado antes. Será mejor que dejes de hacer castillos en el aire y te pongas a trabajar, tal y como pienso hacer yo. Ha sido toda una suerte que te dieran la concesión de Medinet Habu: es uno de los templos mejor conservados de la orilla oeste.

- Al menos en Deir el Medina hay algunas tumbas -refunfuñó

Cyrus.

- Tumbas privadas -recalcó Emerson-. Y no tengo la intención de buscar nada más. Quiero acabar de excavar esa zona por completo. En términos arqueológicos es mucho más importante que cualquier otra maldita tumba real. Es poco frecuente poder excavar restos de ciudades y ello nos permitirá saber algo más sobre la vida cotidiana, las ocupaciones y el modo de divertirse de la clase trabajadora…

Hay pocos aspectos de la arqueología que no interesen a Emerson, pero en aquella ocasión era evidente que estaba haciendo esfuerzos por disimular una cierta desilusión y envidia: siempre había deseado trabajar en uno de los grandes templos de Medinet Habu. Para ser sincera, yo tampoco estaba muy entusiasmada con aquel enclave, pero había que recordar que, si no llega a ser porque la persona que tenía la concesión el año anterior había acabado en manos de la policía, no nos hubieran concedido ni tan siquiera aquel emplazamiento. Según Emerson, nuestro predecesor había sido muy descuidado al realizar sus excavaciones, por lo que cabía la posibilidad de que encontráramos objetos que a él se le hubieran pasado por alto o que hubiera descartado por considerarlos de escaso valor.

Y quizá pudiera también echar un vistazo para ver si encontraba algo más en las tumbas privadas. Algunas estaban magníficamente decoradas y dos de ellas contenían todavía los objetos funerarios originales; no tan ricos como los de las princesas, pero igualmente interesantes.

Emerson concluyó su discurso con la siguiente observación:

- Espero, Vandergelt, que te concentres en Medinet Habu. No puedes pretender que el Departamento de Antigüedades tenga una buena opinión sobre ti si te dedicas a ir por ahí persiguiendo fantasmas.

Regresamos muy cargados. Jumana podía sentarse entre Ramsés y Nefret, pero sus cajas y bultos ocupaban mucho espacio. Cuando llegamos, mostré a la muchacha su habitación. Tuve la clara impresión de que no le impresionaban demasiado sus comodidades: sin duda alguna eran inferiores a las que había disfrutado en casa de Cyrus.

No obstante, me manifestó su agradecimiento con gran delicadeza, después de lo cual le dije que Emerson quería hablar

con ella.

- ¿Sobre qué? -preguntó.

- Creo que lo sabes de sobra, Jumana. ¡Por el amor de Dios, muchacha, pareces un conejito asustado! Espero que no tengas miedo de él.

- De él no -murmuró Jumana-. No he hecho nada de lo que deba sentirme avergonzada, Sitt Hakim.

- Yo no he dicho eso. Ven conmigo.

Emerson y yo habíamos pensado en mantener una conversación privada con Jumana, por lo que me sorprendió ver a los chicos con él cuando entré en la sala de estar.

- La estábamos esperando para darle las buenas noches -dijo Nefret, dándome un beso.

- Espero que te haya gustado la casa -dije, dirigiéndome a Ramsés, quien todavía no me había dado su opinión sobre ella- y que tengáis todo lo necesario para pasar la noche.

- Basta con que haya una cama -dijo mi hijo, interrumpiéndose con un gruñido al recibir el codazo de Nefret en las costillas.

- Quiero salir al amanecer -intervino Emerson con timidez.

- Sí, señor -dijo Ramsés.

- Desayunaremos aquí a las seis -dije.

- Sí, madre -dijo Nefret.

Jumana los siguió con la mirada mientras se alejaban cogidos del brazo y con sus cabezas muy próximas, la una junto a la otra. ¿O era Ramsés a quien miraba con tanta melancolía? Estaba en la edad en la que las muchachas se suelen enamorar de las personas más inadecuadas y Ramsés tenía todas las cualidades que ella podía desear en un marido (¡sin tener en cuenta el pequeño inconveniente de que estaba ya casado!). Si Jamil sabía o sospechaba la existencia de este afecto, eso podría explicar que Ramsés se hubiera convertido en el blanco de su cólera.

- Por cierto -le dije a Emerson-, no le contaste a Cyrus nada sobre los objetos que compré en El Cairo. Imaginaba que se los querrías enseñar.

- Más bien al contrario -contestó mi marido-. Habría salido disparado hacia El Cairo para ver si encontraba alguno y lo que tiene que hacer es pensar en sus excavaciones.

Se calló entonces, concentrándose en su pipa. Ahora que había

llegado el momento, se arrepentía de haber propuesto que le hiciéramos a Jumana algunas preguntas; temía que ésta se echara a llorar. Emerson era un cobarde sin remedio con las mujeres.

Sin embargo, no conocía bien a esta. Antes de que ninguno de los dos abriera la boca, Jumana se enderezó en su asiento y alzó la barbilla con aire de desafío.

- Me comporté como una idiota -declaró-. Jamil no puede hacernos nada… ¿no es cierto?

- No -dijo Emerson-. Excepto, quizá, a ti.

- No me hará daño.

Era estupendo comprobar que había recuperado su temple -las mujeres tímidas son una condenada molestia-, pero en su seguridad había algo que resultaba alarmante.

- No le daremos la oportunidad -dije-. Escúchame, Jumana. Hiciste bien al prevenir a Ramsés sobre Jamil, pero te equivocas si piensas que es inofensivo. Quiero que me des tu palabra de que no irás sola a ninguna parte y de que si Jamil intenta ponerse en contacto contigo nos lo harás saber de inmediato.

- ¿Qué es lo que le harán ustedes si lo encuentran?

Por una vez, Emerson fue más rápido que yo.

- Encerrarlo. Debes entender que no podemos permitir que vaya por ahí amenazando a la gente y… ¿Por qué me miras tan furiosa, Peabody?

- No te miro furiosa -dije, forzando una sonrisa-. Solo que a lo mejor puedo explicarle nuestras intenciones con más precisión que tú. Jumana, si Jamil nos manifestara su arrepentimiento, haríamos todo lo posible por ayudarlo.

- ¿De verdad?

- Sí -dije con firmeza.

Era evidente que todavía quería al desgraciado muchacho y que estaba convencida de que podría salvarlo. Este es un error que las mujeres cometen muy a menudo.

Después de todo, tampoco yo había sido muy precisa. En mi opinión, el mejor modo para ayudar a Jamil era meterlo en una celda -por descontado que en una agradable, limpia y confortable- y dejarlo allí para que reflexionara sobre las ventajas de llevar una vida honesta.

Imaginaba que mi marido querría ir directamente a las

excavaciones a la mañana siguiente y no tenía nada que objetar al respecto: en casa había mucho que hacer y tener a Emerson rodando, renegando y lamentándose sin cesar constituía un estorbo más que una ayuda. Sin embargo, cuando nos sentamos a desayunar vi que él y Ramsés se habían vestido como si fueran a visitar un terreno escarpado: ambos llevaban chaqueta de tweed y botas robustas. No me costó mucho adivinar adonde se dirigían. ¡Tenía que habérmelo imaginado antes! El discurso absolutamente hipócrita que mi marido había dedicado a Cyrus tenía como objetivo evitar que éste hiciera precisamente lo que él mismo tenía intención de hacer aquel mismo día. Los *wadis* del suroeste se encuentran lejos y son de difícil acceso.

Traté de captar la mirada de Emerson sin resultado; con tal de evitarme, miraba cualquier otra cosa que no fuera yo: el azucarero, la cafetera, el salero.

- Emerson -dije en voz alta-, espero que tuvieras la cortesía de informar anoche a Fátima de que nos preparara el almuerzo para llevar.

- ¿Almuerzo? ¿Nosotros? -Emerson frunció sus espesas cejas negras-. Escucha, Peabody…

- Se lo diré ahora -dije con un suspiro-. Menos mal que tiene siempre la despensa llena. ¿Selim y Daoud también vienen?

- Sí. No. Oh, ¡maldita sea! -dijo Emerson.

- ¿Y Jumana? -insistí.

- No -dijo Emerson con firmeza.

- Creo que no deberíamos dejarla sola en casa.

- No estará sola. Hay un montón de gente… Maldita sea, ¿crees que puede arriesgarse a salir sin ser vista y encontrarse con ese canalla? Me dio su palabra…

- No, no lo hizo y no me fío de lo que pueda pasar si la perdemos de vista. Ha trepado por esas colinas desde que era una niña, puede hacerlo tan bien como el resto de nosotros.

- Si vas a convertir esto en una expedición a gran escala…

- Os hubierais puesto en marcha sin apenas llevar otra cosa encima que una botella de agua -le contesté secamente-. Me cambiaré las botas, cogeré mi sombrilla y hablaré un momento con Fátima.

Emerson hizo un último e inútil intento -debería habérselo

imaginado- por quitarme la idea de la cabeza.

- Pero, Peabody, creí que querrías pasar el día en casa. Quedan todavía muchas cosas por hacer: deshacer las maletas…

- Sí, querido, es cierto, pero es evidente que tendrán que esperar. No será por mucho tiempo, de todos modos.

Tras intercambiar unas palabras con Fátima, mandé a una de las doncellas a decirle a Jumana que la esperábamos en la sala de estar. Me costó un poco encontrar mis botas, que habían acabado enterradas bajo una pila de ropa de Emerson. El elemento más importante de mi indumentaria se encontraba ya en mi mano. A pesar de que a mi ropa de trabajo, consistente en pantalones y chaqueta de tweed, no le faltaban precisamente bolsillos, por nada en el mundo habría dejado atrás mi valioso cinturón de herramientas. A lo largo de todos aquellos años había conseguido refinarlo, añadiéndole los siguientes utensilios: una pistola y un cuchillo, un rollo de cuerda, una petaca de coñac, velas y cerillas en una caja impermeable y algunas otras cosas más de gran utilidad. En una expedición de ese tipo cualquier precaución era poca. Tras colgar un botiquín y un cepillo de dos de los ganchos vacíos volví al comedor, donde Jumana se había reunido ya con los otros para desayunar.

A Emerson no le gusta que vaya por ahí con objetos afilados o contundentes, así que me lanzó una agria mirada al verme entrar, pero se abstuvo de hacer ningún comentario; yo me dirigí a Nefret.

- ¿Vienes con nosotros, querida, o prefieres quedarte aquí y poner en orden tus nuevas habitaciones? Compré algo de tela para las cortinas, un azul muy bonito con tornasoles plateados, pero todavía no he dispuesto nada sobre los sirvientes, ya que pensé que preferirías seleccionarlos tú misma. Uno de los primos del hermano de Yusuf me ha preguntado ya…

- Sí, madre, me lo mencionó. Por supuesto que iré con ustedes. ¿Acaso supone que voy a permitir que mi pobre y desvalido marido salga sin mi protección?

Jumana le miró alarmada y Ramsés esbozó una sonrisa. Mi hijo debía de haber contado su plan a Nefret la noche anterior. Había que reconocer que lo tenía bien dominado… ¡mucho más que yo a Emerson!

Fátima entró apresurada con dos cestos bien cargados y ambas

nos dirigimos al establo, donde encontramos a Daoud hablando con el mozo de cuadra mientras Selim conversaba con los caballos. Selim era un estupendo jinete y se había ocupado de los espléndidos caballos árabes durante nuestra ausencia. Un amigo beduino les había regalado *Risha* y *Asfur* a Ramsés y David, y la progenie de aquellos animales, que incluía a la yegua de Nefret, *Moonlight*, había ido creciendo con los años.

- ¿Cogeremos los caballos? -pregunté.

Sabía la respuesta antes de que Emerson sacudiera la cabeza. ¡Había pedido a Selim y Daoud que se reunieran con él en el establo para que yo no los pudiera ver! Sin embargo, ninguno de ellos pareció sorprendido cuando aparecí por allí. Selim me saludó con una sonrisa de complicidad. Tanto él como Daoud llevaban rollos de cuerda en la mano. Tenía el presentimiento de que, puesto que los senderos que Emerson pretendía atravesar eran demasiado escarpados para los caballos, los necesitaríamos antes de que finalizara el día.

Había trepado a las montañas de Tebas en muchas ocasiones, tanto de día como de noche. Con la luna llena es maravilloso: su quebrada superficie es toda una sinfonía de sombra y plata. La primera parte del viaje me resultaba familiar y no era en absoluto difícil: había que ascender por la pendiente que se encontraba detrás de Deir el Bahri hasta la parte superior de la meseta y el sendero que conducía desde el poblado de los trabajadores hasta el Valle de los Reyes. ¡Cuántas veces había contemplado desde allí aquel panorama compuesto de templos y aldeas, desierto y cultivos y las aguas del Nilo lanzando destellos al reflejar la luz del sol! Era un lugar sagrado: a medida que nuestro querido y ya desaparecido *reis* Abdullah se fue haciendo mayor, fingía sentirme fatigada después del ascenso para permitirle que se detuviera y pudiera recuperar el aliento. Seguía soñando con él de vez en cuando, y siempre lo veía en ese preciso lugar.

El agua que cae por los barrancos desde la alta meseta hasta la llanura que se encuentra por debajo de ella forma los *wadis* del desierto occidental. Es difícil creer que pueda existir una región más árida y rocosa que esa; para que el lector pueda hacerse una idea de cómo es este peculiar terreno, que no tiene nada que ver con los desiertos arenosos del Sahara, se podría comparar el altiplano con

un *plum cake* colocado sobre una bandeja llana (el valle del Nilo) e imaginar que un ser monstruoso ha clavado sus garras en la blanda superficie de la parte superior y los lados y las ha retirado después, dejando un sinfín de grietas desiguales y de fragmentos dejados caer al azar.

(Cuando Emerson tuvo ocasión de leer esta parte de mi relato me hizo notar que, en su opinión, ninguna persona sensata habría hecho una comparación tan absurda. En mi opinión, en cambio, se trata de una figura retórica válida y, además, de gran valor descriptivo.)

Los senderos serpenteaban de un lado a otro de las pendientes y sobre el *gebel*; algunos resultaban bastante fáciles de recorrer, otros eran auténticos caminos de cabras. Nosotros seguíamos estos últimos, ya que, puestos a elegir entre ir por un camino más fácil dando un rodeo y uno más abrupto pero directo, Emerson se quedaba siempre con el segundo. Como yo nunca había estado por allí, no me quedaba más remedio que cederle el mando y fiarme de él, aunque gracias a varios puntos muy conocidos del terreno me iba haciendo una idea aproximada del lugar donde nos encontrábamos. Por encima de nosotros se alzaba la cumbre piramidal del Qurn; algo más allá, por debajo, se abrían desfiladeros de todos los tamaños, entre los que se encontraban los grandes valles de los Reyes y de las Reinas. En tanto que avanzábamos, trepando por pendientes rocosas y crestas que se encontraban ya a mayor altura, el paisaje se tornaba más salvaje y espectacular. Pero incluso en una región tan remota como aquella había signos de presencia humana, y ésta era tanto antigua como moderna: un fragmento de periódico con el que quizá alguien había envuelto el almuerzo, piedras caídas de toscos cobertizos, trozos de cerámica rotos y huesos de animales.

Después de una hora de agotadora caminata convencí a Emerson de que nos detuviéramos un momento para descansar y beber un poco de agua. La vista era impresionante, aunque algo monótona: piedras por todas partes y suelo raso, con el azul del cielo por encima como única nota de color.

- Emerson, ¿estás seguro de que sabes adónde vamos? -le pregunté mientras me secaba la cara empapada de sudor.

- Por supuesto -respondió sorprendido, para pasar a explicarme

después-: Estamos solo a unos dos kilómetros y medio de Medinet Habu. Anímate, Peabody, bajaremos por aquí; hay un sendero estupendo que conduce al siguiente *wadi* y desde allí queda apenas un salto, un brinco, hasta el Cementerio de los Monos.

Cuando llegamos al final del «estupendo sendero», que, entre otras cosas, de estupendo tenía bien poco, el sol estaba ya alto en el cielo. Una cresta, larga y no excesivamente alta, separaba el primer *wadi* del segundo, aunque yo no hubiera descrito su escalada como un simple salto o un brinco. Yo habría hablado más bien de ascenso, traspié o esfuerzo extenuante. Una vez arriba, vislumbramos un cañón estrecho e irregular que se extendía hacia el norte. El terreno era extremadamente quebrado, con rocas y restos arqueológicos esparcidos por todas partes: fragmentos de cerámica roja, sílex y otros objetos por el estilo.

Acalorada, sin respiración y enfrentada a aquella visión nada prometedora, no pude por menos que permitirme un cándido comentario.

- Supongo que ese debe ser el *wadi* donde se encuentra la tumba de la princesa. ¿Te importaría explicarme ahora qué demonios estamos haciendo aquí? Le dijiste a Cyrus que perdía el tiempo tratando de encontrar tumbas en esta zona.

- Mmm -dijo Emerson-. La modestia me impide mencionar que quizá yo estoy un poco más cualificado que Vandergelt. Sin embargo, no es ése mi primer objetivo. Lo único que quiero… bueno… es echar un vistazo a la tumba de la princesa. Esos canallas no pueden haberse llevado todo.

- Oh, sí, claro que pueden haberlo hecho. Te digo desde ya, Emerson, que no encontrarás nada interesante y, además, ¿cómo vamos a localizar el sitio exacto? La tumba estaba bien escondida y hay docenas de grietas y hendiduras en esas paredes.

- Puede que haya algunos indicios -insistió Emerson-: marcas realizadas por el agua, lascas de piedra frescas, tal vez hasta fragmentos del ajuar funerario. ¿Ves algo, Ramsés?

- No, señor. -Ramsés se inclinó y cogió un trozo de piedra tallada y cubierta con una gruesa pátina, arrojándolo después-. Paleolítico.

Proseguimos despacio nuestro camino a través del irregular suelo del *wadi,* examinando las paredes de piedra que se encontraban a ambos lados del mismo. Había muchos más restos,

fragmentos de cerámica y de piedra. Al llegar junto a un agujero muy grande, me detuve y grité entusiasmada:

- ¡Emerson! Es el agujero de una tumba, ¿no es así? Y aquí… - cogí un objeto que se encontraba medio escondido entre fragmentos polvorientos… algo que, a la fuerza, tenía que ser metálico, ya que había brillado al darle la luz del sol-. Aquí está, oh…

Se trataba de un paquete arrugado de cigarrillos.

- Carter -dijo Emerson, haciendo que el nombre sonara como una palabrota.

- ¿Cómo lo sabes?

- Ningún habitante de esta zona se podría permitir cigarrillos europeos -dijo Emerson-. Son de la marca que él fuma, ¿no?

A medida que avanzábamos, el suelo por debajo de nuestros pies se iba haciendo cada vez más escabroso; era como si alguien se hubiera dedicado a excavar en la zona en un modo extensivo, pero desordenado. Emerson gruñó.

- O Carter ha perdido lo poco que le quedaba de conciencia arqueológica o la gente que vive por aquí ha estado buscando tumbas.

- Probablemente lo segundo -dijo Ramsés-. Carter tiene todo el derecho del mundo a venir a esta zona, padre; no ha hecho nada malo.

- Mmm -gruñó Emerson, que no podía negar tal afirmación pero que, allá en lo más profundo de su corazón, consideraba todo Egipto de su propiedad, arqueológicamente hablando.

Cuando estábamos a punto de alcanzar el final del cañón, percibí un tenue y desagradable olor. Alcé la vista esperando ver algunos pájaros carroñeros sobrevolando por encima de nuestras cabezas, pero en el cielo no había otra cosa que no fuera la luz.

Jumana fue la primera en ver las señales de lo que habíamos estado buscando. Corrió hacia delante rápida y segura sobre los desniveles del suelo hasta que, llegada a un punto, se detuvo.

- ¡Mirad!

El objeto que sostenían sus manos era una pequeña cuenta dorada.

- ¡Aja! -dijo Emerson-. Bien hecho, Jumana. Sí, es justo lo que esperaba. La tumba fue parcialmente obstruida por las rocas que caían de los muros y del techo. Esos canallas tuvieron el suficiente

cuidado de no mover más de lo que era estrictamente necesario, pero para ello tuvieron que dejar algunas cosas atrás. Por Dios, eso podría ser un hueso.

Al cogerlo, se deshizo en mil pedazos, con una lluvia de polvo.

- Podrido a causa del agua -murmuró Emerson, buscando entre los restos.

- La tumba debe de estar allí arriba -dijo Ramsés, haciendo sombra sobre sus ojos con las manos-. Justo por encima, en esa grieta.

Emerson se puso de pie. Solo entonces algo extraño pareció llamar su atención. Echando los hombros hacia detrás, alzó la cabeza y husmeó.

- Tengo la sensación de que nuestros amigos han vuelto a usar uno de sus viejos trucos echando el cuerpo de un animal muerto en el interior de la galería para detener a los otros exploradores. ¿Os acordáis de los Abd er Rassuls y el Escondite Real?

- ¿Por qué hacerlo si no ha quedado nada en la tumba? -pregunté y me tapé la nariz con los dedos.

- Precisamente -dijo Emerson aparentemente complacido-. Echaré un vistazo.

Nos encontrábamos en el extremo final del valle, frente a un abrupto despeñadero que debía de tener unos treinta metros de altura. A unos doce metros por encima de nosotros pude distinguir una hendidura que se adentraba profundamente en la roca.

- Emerson -dije escogiendo mis palabras con gran cuidado-, la pared donde se abre esa grieta se encuentra completamente perpendicular al suelo. Si tienes la intención de romperte un brazo, la cabeza, la nariz o las tres cosas a la vez, te sugiero que te busques un lugar algo más cercano a nuestra casa para que no tengamos que transportarte desde tan lejos.

Emerson me sonrió.

- Hay que ver lo que disfrutas con tus pequeños toques de sarcasmo, Peabody. Puedo hacerlo.

- No, señor, no creo que pueda -dijo Ramsés con calma pero también con firmeza-. Aunque a mí no me importaría probar. Subiré con la cuerda dando un rodeo y me dejaré caer desde lo alto, como hicieron los ladrones.

Lancé un suspiro de alivio. Ramsés no acostumbra a contradecir

a su padre, pero cuando lo hace Emerson suele tener en cuenta su consejo: un cumplido que hace a pocas personas, entre las que, afortunadamente, me encuentro.

- Bueno -dijo, frotándose la barbilla-. Mmm, está bien, muchacho. Ten cuidado.

- Sí, señor.

- Yo también iré -se ofreció Daoud-. Sostendré la cuerda.

Tras decir esto, se echó el rollo de cuerda sobre el hombro y ambos se dirigieron hacia la entrada del *wadi*, donde los despeñaderos que lo cerraban eran más bajos y fáciles de escalar. Para llegar hasta lo alto iban a tener que trepar, pero eso no me preocupaba: Ramsés era el mejor escalador de la familia y Daoud había recorrido de arriba a abajo aquellos precipicios desde que era un niño. Sin duda alguna, se aseguraría que Ramsés tomase las precauciones adecuadas.

Me entretuve tomando algunas notas sobre la aparición y el emplazamiento de la tumba mientras que Emerson cavaba en los escombros tan feliz como un perro a la búsqueda de huesos enterrados y Nefret caminaba ansiosa de un lado a otro, mirando de vez en cuando a lo alto del precipicio. El sol caía casi en picado sobre nuestras cabezas y hacía mucho calor. Me quité la chaqueta, la doblé con esmero, la dejé a mi lado en el suelo y seguí leyendo el periódico. El olor había dejado de parecerme tan fuerte. El sentido del olfato se adapta rápidamente a los cambios.

A pesar de las continuas miradas de Nefret hacia arriba, Jumana fue la primera en verlos, tras lo cual empezó a saltar arriba y abajo, agitando los brazos. Las dos figuras, diminutas en la distancia, me hicieron darme cuenta de lo alto que era el precipicio y de lo abrupta que era la caída. Me pregunté entonces si la cuerda sería lo bastante larga y si encontrarían un objeto lo suficientemente resistente donde atarla, esperando que Ramsés tuviera el sentido común suficiente de no contar solo con Daoud para sujetarse. La fuerza de nuestro amigo era legendaria, pero bastaría un resbalón o la mordedura de una serpiente para que aflojase la cuerda, aunque solo fuera por un segundo…

La cuerda cayó, desenrollándose, y una de las dos minúsculas figuras empezó a bajar. Resultaba difícil distinguir el contorno de su cuerpo, incluso con el sol cayendo de lleno sobre él, ya que su

polvoriento ropaje se confundía con el color de la piedra, pero su pelo negro se podía ver con toda claridad. Cuando se encontraba a unos catorce metros por encima de nuestras cabezas se detuvo, apoyó los pies contra el muro y agitó las manos.

- ¡Sujétate a esa maldita cuerda! -le grité.

Me oyó. Un burlón «Sí, madre», casi imperceptible pero inequívoco, llegó flotando hasta nosotros. Entonces desapareció.

- En la hendidura -murmuró Emerson-. Hasta cuándo…

Pocos minutos después, Ramsés reapareció. En lugar de ascender de nuevo, miró hacia arriba y le gritó algo a Daoud. Aparentemente, la cuerda no era lo bastante larga como para poder llegar hasta el suelo; una vez que Daoud la desató, Ramsés tiró de ella y se entretuvo haciendo algo que no pude ver, aunque supuse que debía de haberla sujetado de nuevo, porque en pocos minutos la cuerda se desenrolló y su punta tocó el suelo, no muy lejos de donde nos encontrábamos.

Habían hecho nudos a intervalos regulares: un método primitivo pero efectivo para impedir que el escalador resbalase.

Ramsés se dejó caer fuera de la grieta balanceándose, y comenzó a bajar. Incluso antes de que se volviera para mirarnos, yo sabía ya que algo malo había sucedido.

- No es un animal -dijo-. Es un hombre. Era un hombre.

Nefret cogió la cuerda, pero Ramsés la detuvo y la obligó a volverse para mirarlo sujetándola por los hombros.

- Está muerto, Nefret. No puedes hacer nada por él.

- Puedo deciros cómo murió -intentó liberarse de su marido, pero él la sujetó entonces con más fuerza.

- Nefret, ¿me quieres escuchar? No estoy hablando de una bonita momia seca. Todavía hay agua en la cámara y debe de haber estado allí durante días, quizá durante semanas.

Su cara enrojeció a causa del calor y de la cólera que la invadía.

- ¡Maldita sea, Ramsés, he examinado muchos más cadáveres que tú!

- Este no lo examinarás.

- ¿Y quién se supone que me va a detener?

- Esto… -empezó Emerson.

Le di un empujón con mi sombrilla.

- Tú no, Emerson. Nefret, piensa un poco. Entiendo

perfectamente que los cadáveres te interesen, pero la verdad es que no veo qué podemos ganar dejando que inspecciones éste justo ahora.

El olor parecía haberse intensificado desde que Ramsés había hecho su anuncio. Me apreté el pañuelo contra la nariz mientras Emerson me miraba con la boca abierta.

- ¿Quieres decir que no insistirás en inspeccionarlo?, ¿la tumba tampoco? Dios mío, Peabody, ¿te encuentras bien?

- Bastante bien, querido, gracias, y espero que dure.

Los chicos, todavía enfrentados el uno al otro en una actitud cuando menos beligerante, volvieron sus cabezas para mirarnos. Fue toda una satisfacción comprobar que mis razonables comentarios habían contribuido a hacer bajar la temperatura emocional. Las comisuras de la boca de Nefret temblaban y el color que el enfado había puesto en el rostro de Ramsés se desvanecía. Sus manos se deslizaron desde los hombros de ella hasta sus brazos en una rápida caricia.

- Por favor -dijo.

Nefret inclinó la cabeza hacia atrás y lo miró a los ojos.

- Si me lo pides de ese modo…

Emerson dejó escapar un fuerte suspiro.

- Bueno, pero de todas formas tendremos que sacarlo de ahí si queremos examinar la tumba.

- La decencia más elemental exige que lo saquemos de allí -dije- y que lo enterremos como se debe. Supongo que tuvo un accidente mientras buscaba una nueva tumba donde robar.

- No fue un accidente. Ha sido colocado allí, apoyado contra una de las paredes laterales del pasadizo, sentado y sostenido con… -Ramsés dudó por un momento antes de seguir hablando- con un pincho de metal que le atraviesa la garganta y se introduce en una grieta de la roca.

# Capítulo 4

Nos retiramos a una cierta distancia *wadi* abajo antes de abrir los cestos de la comida. No corría una brizna de aire y apenas había sombra, así que nos despojamos de toda la ropa que el decoro nos permitía. Ramsés y Emerson se liberaron de chaqueta y camisa. Daoud y Selim, por su parte, parecían encontrarse a sus anchas envueltos en sus amplias túnicas. Yo no pude evitar un cierto sentimiento de envidia al verlos.

Sabía que Emerson y yo discutiríamos sobre el modo de proceder. Creyendo que era su deber, estaba decidido a entrar en aquella condenada tumba.

- Carecemos de lo necesario para manipular un cuerpo en descomposición -argumenté mientras pelaba una naranja-. ¿Y cómo lo transportaremos al volver? No pretenderás que lo carguemos por turnos mientras atravesamos esas colinas ¿o me equivoco?

A pesar de que Emerson es la persona más testaruda que conozco, incluso él se quedó callado por unos momentos. Mordió el muslo de pollo que tenía en la mano y lo masticó vigorosamente. Sus ojos azules se perdieron en una mirada soñadora, pensativa, y su noble entrecejo no se inmutó; pero no me engañaba, sabía que lo único que pretendía era ganar tiempo para pensar en el modo de darle la vuelta a la lógica de mi argumento.

- Resultaría muy desagradable, aunque no del todo imposible -dijo Ramsés, quien conocía a su padre tan bien como yo-. Propongo que vayamos a Gurna y que tratemos de localizar a sus amigos o a su familia. Alguien tiene que haber denunciado su desaparición.

- ¿A la policía? -Emerson lanzó un bufido-. Es poco probable que esa gentuza haga una cosa así.

- Quizá nos digan la verdad a nosotros, o a Selim -insistió Ramsés-. Sea como sea, tenemos que regresar. Madre tiene razón.

- Bueno, de acuerdo. -Finalizado su muslo de pollo, Emerson se puso en pie de un salto-. Iré a echar un rápido vistazo…

- ¡No, tú no irás a ninguna parte! Ya ves lo que pasa con tus ideas, Emerson. Tendríamos que haber hecho algunas averiguaciones antes de venir hasta aquí. Si al menos me escucharas…

- ¡Bah! -dijo Emerson.

Selim, quien había tratado ya varias veces de decir algo, apuntó:

- Creo que sé quién es ese hombre, Padre de las Maldiciones. Si me hubiera preguntado…

- ¿También tú, Selim? ¡No! -chilló Emerson-. No estoy dispuesto a que mi mujer y mi *reis* me critiquen a la vez; uno tras otro, de acuerdo, pero no al unísono.

Sin embargo, mis argumentos, combinados con los de Ramsés y Selim, acabaron por imponerse. Emerson es cabezota, pero no completamente irracional… y, en el fondo, guardaba la esperanza de poder entrar en aquella maldita tumba más adelante.

De regreso, Emerson eligió otro camino que descendía directamente hasta el final del *wadi* a través de un estrecho cañón. Sin duda era más fácil que el que habíamos seguido a la ida, pero aun así uno tenía que mantener los ojos clavados en el suelo, a menos que no le importara torcerse un tobillo, y Emerson andaba tan deprisa que cualquier tipo de conversación resultaba imposible. Nada de todo aquello me impidió, sin embargo, dar vía libre a mis pensamientos.

Estaba segura de que el desgraciado individuo cuyos restos había encontrado Ramsés había sido asesinado. ¿Era solo una coincidencia que Jamil estuviera todavía por allí, lleno de resentimiento hacia los hombres que, según él, le habían despojado de la parte a la que tenía derecho? Al recordar al perezoso y hosco muchacho que había conocido en el pasado, me resultaba difícil creer que se pudiera tratar de un asesino. No obstante, alguien tenía que ser el autor de todo aquello y era nuestra obligación tomar todas las precauciones posibles.

A medida que menguaba la última de las estribaciones, se iba abriendo ante mis ojos la llanura de Tebas extendiéndose, a través

del desierto y de los campos cultivados, hasta el río. Hice que Emerson se detuviera y todos pudimos beber, muertos de sed, hasta acabar con los restos de agua. No nos permitió, sin embargo, que descansáramos ni que pudiéramos conversar.

- Si queréis llegar a casa antes de que se haga de noche, será mejor que continuemos -dijo.

Me sequé delicadamente con el pañuelo el rostro empapado de sudor.

- Todavía quedan algunas horas de luz. ¿Dónde estamos?

- A un kilómetro y medio de Medinet Habu, más o menos -hizo un gesto con la mano-. Pensé que podíamos volver a casa atravesando Deir el Medina, echar una mirada, ver lo que…

- Hoy no, Emerson. -Sabía de sobra lo que Emerson entendía por «echar una mirada» y «kilómetro y medio más o menos». Lo primero podría llevarnos unas tres horas y lo segundo, por su parte, podía consistir en unos tres kilómetros de caminata, o tal vez más. Proseguí mi discurso en un tono que no estaba exento de una cierta mordacidad-. ¿Por qué no vinimos antes por este sendero? Podríamos haber traído los caballos al menos hasta Medinet Habu.

- El otro camino es más rápido. -Emerson se frotó la barbilla y me miró perplejo-. No estarás cansada, ¿no?

- ¡Por el amor del cielo, no! -contesté con una risa irónica.

Tengo que reconocer que el «kilómetro y medio más o menos» de Emerson fue, de hecho, poco más de kilómetro y medio. Casi de inmediato, el sendero se ensanchó hasta convertirse en una carretera llena de tráfico y apenas unos minutos después pude ver las columnas, altas como torres, del templo de Ramsés III. Mientras pasábamos junto a la puerta apareció un hombre que, al vernos, dio un respingo de sorpresa y se dirigió hacia nosotros.

- Detente, Emerson -le ordené-. Es Cyrus.

Emerson también lo había visto, por supuesto. Confiaba, sin embargo, en que nuestro amigo no lo hubiera hecho. Pero no fue así, lo habían pillado in fraganti. Al ver a Cyrus acercarse a toda prisa, Emerson se puso repentinamente a hablar.

- ¿Todavía aquí? Tenía la impresión de que dejabais de trabajar a mediodía. Alabo tu ambición. Yo… mmm…

- Me he tomado muy en serio tu sermón -dijo Cyrus. Hablaba con aquel modo suave de arrastrar las palabras que era habitual en

él, pero su expresión no era ni dulce ni acogedora-. Maldita sea, Emerson, ¿dónde te habías metido? No en Deir el Medina, donde se supone que deberías estar; vienes de la dirección opuesta. Espero que no hayas tenido la condenada audacia de aconsejarme que me alejara de la tumba de esas reinas para ir después a buscarla por tu cuenta y a mis espaldas.

El resto de los hombres habían ido saliendo poco a poco del templo, seguidos por Abu y Bertie. Este último se apresuró a llegar hasta nosotros apenas nos vio. Tras mirar respectivamente el semblante enrojecido de Emerson y el rostro ceñudo de su patrón, Abu desapareció discretamente.

- Buenas tardes -nos saludó Bertie, quitándose el salacot.

En su exasperación, a Cyrus, por una vez, se le había pasado por alto aquel gesto. Remedió su omisión sin perder tiempo y me dirigió una mirada avergonzada.

- Te pido excusas, Amelia, y a ti también, Nefret. Supongo que no debería haberme sulfurado tanto.

- ¿Sulfurado? -repitió Bertie. La expresión sonaba extraña en su tímida y educada voz-. ¿Qué sucede? ¿Pasa algo?

- No -dijo Ramsés mientras Nefret agradecía las excusas de Cyrus con una sonrisa-. Dos viejos amigos como Cyrus y mi padre no reñirían seriamente por una menudencia.

Emerson sonrió y rebuscó en sus bolsillos. Cualquier otro hombre hubiera tratado de encontrar en ellos un pañuelo con el que secarse el sudor de la cara, pero a Emerson no le afectaba el calor y, de todos modos, tampoco encontraba nunca su pañuelo. Tras sacar la pipa del bolsillo, la estudió con gran satisfacción e inició entonces la búsqueda de la tabaquera.

- No hagas eso ahora, Emerson -le ordené-. Tenemos que volver a casa.

- También habría que aclarar este asunto antes -dijo Emerson-. Vandergelt tiene parte de razón. Quizá debería reconocerlo y confesar que no fuimos a buscar nuevas tumbas, sino a investigar en la de la princesa.

No se podía considerar exactamente una excusa, pero Cyrus sabía que tratándose de Emerson aquellas palabras eran ya toda una concesión.

- Siendo así, ¿qué fue lo que encontraste? -preguntó.

- No lo adivinarías nunca -dijo Emerson con un destello en sus ojos azules.

- ¡No sigas, Emerson! -exclamé-. Te lo contaremos todo, Cyrus, pero podemos hacerlo mientras caminamos o, mejor aún, una vez que nos encontremos en casa. Allí estaremos más cómodos.

Cyrus insistió en que montase sobre su yegua, *Queenie*, y Bertie le ofreció su montura a Nefret, quien declinó la invitación. Jumana, sin embargo, que apenas había hablado desde el descubrimiento del cadáver, la aceptó. Emerson resumió brevemente a Cyrus nuestras actividades de aquel día mientras ambos caminaban a mi lado. Lamento decir que nuestro amigo, en un principio, encontró todo aquel asunto muy divertido.

- Todos los años un muerto, como Abdullah solía decir -comentó con una risita.

- Esa actitud tan frívola no es propia de ti, Cyrus -le reprendí-. Un hombre ha muerto… asesinado de un modo espantoso.

- No puedes asegurarlo -gruñó Emerson-. Y, en el caso de que haya sido así, lo más probable es que lo mereciera. Ahórranos tus especulaciones, Amelia. Espera a que estemos todos reunidos y entonces podremos discutir el asunto.

Visto que me habían prohibido hablar, me dediqué entonces a especular.

Al llegar a casa, había acabado de ordenar mis conclusiones y me sentía preparada para darlas a conocer, pero Sennia nos esperaba en la galería para manifestarnos ruidosamente su enfado por haberla dejado «sola» todo el día sin «nada que hacer». Evidentemente, no podíamos discutir en su presencia sobre el horrible cadáver y sobre los interrogantes que planteaba.

- ¿Por qué no te lavas la cara y las manos y te pones uno de tus bonitos vestidos? -le sugerí-. ¿Ves? Bertie y el señor Vandergelt han venido con nosotros y vamos a celebrar una pequeña fiesta. Jumana, por favor, dile a Fátima que tenemos invitados y… esto… aséate tú también un poco.

Sabía que a Sennia le llevaría más o menos un cuarto de hora arreglarse: era una criatura muy vanidosa y adoraba las fiestas. La excusa para alejar a Jumana era, sin embargo, menos convincente. El resto de nosotros necesitaba mucho más el aseo que ella, pero mi inventiva no daba más de sí y, por otra parte, no quería tenerla

delante cuando planteáramos la posibilidad de que su hermano fuera un asesino.

Selim no era estúpido. Siguió con la mirada la esbelta figura de la muchacha mientras se adentraba en la casa. Tras verla desaparecer en su interior, me miró.

- ¿Por qué le dijo que se fuera?

- Su hermano está en Luxor -dije-. Jamil.

- ¿Es cierto eso? -Sus ojos se abrieron de par en par.

Le repetí entonces lo que Jumana nos había contado.

- Pensábamos informaros a todos cuando llegara el momento, aunque al principio no creí que sus amenazas fueran en serio. Sin embargo el descubrimiento de hoy arroja una nueva luz sobre el asunto. Selim, dijiste que sabías de quién podría ser el cuerpo o… bueno… podría haber sido.

Selim parecía estarle dando vueltas a algo, porque le llevó algo de tiempo contestar.

- La mujer de Abdul Hassan ha estado buscando a su marido. Él fue uno de los hombres que encontró la tumba de la princesa. -En ese momento explotó-: ¿Por qué no me dijo que Jumana había visto a Jamil y había hablado con él?

- No lo supimos hasta ayer. -A Emerson no le gusta tener que defenderse, de modo que pasó inmediatamente al ataque con una pregunta-: ¿Cómo es que no te enteraste de su regreso tú, a quien todos respetan en Gurna?

- Exceptuando los ladrones de tumbas. Se rumoreaba… -Selim alzó la vista, dando con ello a su mandíbula un aspecto decidido-. Pensé que se trataba de simples mentiras o de cotilleos sin importancia. Me equivoqué, lo siento.

- Vamos, vamos, Selim, nadie te está echando la culpa -le dije, consoladora-. Volvamos al punto en cuestión. Hice que Jumana se fuera porque pienso que todavía no está preparada para aceptar la posibilidad de que su hermano es un completo canalla y quizá también un asesino. Si uno de nosotros lo acusara directamente, ella podría entonces tratar de escapar de la casa para ir a ponerle sobre aviso.

- Digo -interrumpió Bertie-. Digo…

Pero no lo hizo: la indignación le impedía articular un discurso coherente.

- Nadie la está acusando de nada, excepto de mantenerse leal a quien no lo merece -le hice saber-. Es ella la que nos preocupa por encima de todo, pero no podemos olvidar que Jamil es capaz de comportarse de un modo violento con sus semejantes, y nosotros no estamos excluidos.

- Estoy de acuerdo -dijo Cyrus, quien nos había estado escuchando con gran interés, y encendió uno de sus puros-. Pero creo que estás llevando las cosas demasiado lejos, Amelia. Jamil nunca me ha parecido gran cosa. Lo siento por él si está lo bastante loco como para querer enfrentarse a todos nosotros, por no mencionar a Daoud.

La verdad es que formábamos un grupo imponente. Mis ojos siguieron los de Cyrus, que iban desde la corpulenta figura de Emerson a la de Ramsés, quien se apoyaba en ese momento sobre el respaldo de la silla de Nefret, ágil y esbelto como una pantera. Cualquiera de ellos constituiría mucho más que un simple rival para Jamil. Lo mismo que yo.

- Creo que hemos abordado ya lo fundamental -dije-. Selim, tú hablarás con tus parientes y amigos de Gurna; tal vez alguno de ellos responda a tus amenazas… preguntas, quería decir. Solo queda informar a Gargery de lo que está sucediendo.

- ¡Por Dios! -exclamó Emerson frunciendo el ceño-. ¿Crees que también Sennia puede estar en peligro?

- No lo sé, Emerson, pero no quiero correr ningún riesgo. Hay que advertir también a Fátima y a Basima.

Acordamos regresar al Cementerio de los Monos al día siguiente, después de detenernos en Gurna para interrogar a las familias del desaparecido y del resto de los ladrones. No nos quedaba más tiempo para seguir hablando: Sennia entró dando saltos y asumió inmediatamente el mando de la situación. Obligó a Ramsés a sentarse en el sofá, de modo que ella pudiera ponerse a su lado. *Horus*, que la seguía pegado a sus talones, se dispuso a extender su considerable masa en el espacio restante, de modo que a Nefret no le quedó más remedio que buscarse otro asiento, lo que hizo con algo de resentimiento. Tal y como me dijo una vez: «Ha planeado casarse con él cuando sea mayor. Una niña menos afable que ella no me toleraría siquiera».

Cyrus y Bertie se retiraron pronto y lo mismo hizo Selim; su

sonrisa indicaba que tenía la intención de poner remedio a lo que él consideraba su fracaso lo antes posible.

Fijándome en Sennia, recordé que tenía que tomar sin demora algunas decisiones oportunas para su educación. La misión americana tenía en Luxor un colegio para niñas excelente pero, conociendo a Emerson, llevarla allí nos habría acarreado innumerables problemas. Si bien mi marido era el primero en reconocer que las damas americanas eran personas totalmente dignas de respeto, la formación incluía la enseñanza religiosa y Emerson era contrario a la religión, en cualquiera de sus manifestaciones. Siguiendo mis deseos, hacía lo posible por guardarse sus heréticas opiniones cuando se encontraba en presencia de Sennia, pero si la niña volvía a casa recitando la Biblia tarde o temprano Emerson acabaría por perder los nervios.

En ese momento teníamos, además, una nueva razón para no alejarla de casa. Aunque la amenaza de Jamil había apuntado directamente a Ramsés, era imposible saber el modo en que podría ponerla en práctica.

Así que interrumpí la larga perorata de Sennia para anunciar que al día siguiente empezarían sus clases. La niña me miró indignada y sacudió sus rizos negros.

- ¡Pero, tía Amelia, tengo muchas cosas que hacer!

- Acabas de lamentarte de lo contrario -le repliqué-. Ya está todo arreglado. La señora Vandergelt ha tenido la amabilidad de ofrecerse para enseñarte las materias básicas: historia (de Inglaterra, claro está), gramática inglesa y composición, matemáticas y botánica.

- ¿Flores? -Su preciosa boca se arqueó en lo que resultó ser una buena imitación de la sonrisa burlona de Emerson-. No quiero aprender nada sobre flores, tía Amelia; solo me interesan los animales, las momias y los huesos.

- Biología -dije-. Mmm, bueno, eso tendrá que esperar. La señora Vandergelt prefiere no tener que hablar de momias y huesos.

- ¿Y tía Nefret? Sabe todo sobre eso -dijo, mirando a Nefret mientras hacía aletear sus largas pestañas.

La joven no pudo por menos que sonreír ante una adulación tan evidente como aquélla.

- No sé si resultaré muy buena como profesora, Sennia, pero

puedo intentarlo. Dos o tres veces por semana, tal vez.

- ¿Y cuándo me dará Ramsés lecciones sobre jeroglíficos? -fue la siguiente pregunta.

Aquella pequeña bruja tenía todo el programa en su cabeza y sabía muy bien lo que había que hacer para conseguir lo que quería. Emerson aceptó como un cobarde a enseñarle historia del antiguo Egipto. Tras disponer las cosas a su entera satisfacción, Sennia tuvo la amabilidad de aceptar ir a casa de Katherine tres días a la semana para tratar las materias de menor importancia. Después, se dedicó a realizar serias incursiones en los pasteles del té.

* * *

Jumana no volvía. Cuando Fátima anunció que la cena estaba lista, fui a buscarla y la encontré en su habitación con su cabellera negra suelta, lisa y brillante, inclinada sobre un libro.

- Me alegra ver que te aplicas en tus estudios -dije al observar que se trataba del cuarto volumen de la Historia de Egipto que Emerson había escrito-. Pero no debes llegar tarde a las comidas. Servirán la cena en pocos minutos.

Sus largas pestañas velaban sus ojos.

- Si no le importa, prefiero comer con Fátima y con los otros.

- Pues la verdad es que sí, me importa -repliqué con amabilidad pero también con firmeza-. Eres miembro de nuestro grupo de arqueólogos. ¿Quieres renunciar a esa posición?

- No. Es un privilegio, un honor trabajar con Ramsés y el Padre de las Maldiciones… y usted -añadió rápidamente.

- Ven entonces.

- Sí, Sitt Hakim. Voy enseguida.

No hablamos sobre el cadáver durante la cena, por descontado. Aunque en ningún caso los cuerpos en vías de descomposición son el tema de conversación más adecuado para esos momentos, además, el comportamiento de Jumana no hacía sino aumentar las dudas que albergaba respecto a ella. Hablaba tan solo cuando alguien le dirigía la palabra y no levantaba los ojos del plato. Incluso en el supuesto de que no hubiera escuchado nuestra conversación a escondidas -no la creía capaz de eso-, era lo suficientemente inteligente como para comprender las implicaciones de nuestro descubrimiento. Jamil le había reconocido, más o menos, que había estado involucrado en el

saqueo de la tumba de la princesa y había acusado a sus compinches de haberlo engañado. Por un momento, pensé en preguntarle directamente si se había puesto de acuerdo con su hermano para reunirse con él de nuevo, pero al final decidí que era mejor esperar y darle la oportunidad de confesar por sí misma. Suponiendo, claro está, que tuviera algo que confesar.

Además, con un poco de suerte, era posible que Jamil cometiese otro asesinato o que nos atacase, lo que acabaría de abrirle completamente los ojos a Jumana.

Los chicos se excusaron apenas acabamos de cenar y yo propuse acompañarlos, porque quedaban algunos asuntos domésticos relacionados con la nueva casa que quería discutir con ellos.

- No habéis tenido casi tiempo de instalaros ni de decidir qué otros muebles necesitáis -les hice notar-. Conozco demasiado bien a Emerson y sé que no os dejará hacerlo. Si os puedo ayudar en algún modo…

- Es muy amable por su parte, madre -dijo Nefret.

- Muchas gracias, madre -repitió Ramsés.

Dimos la vuelta entera a la casa, habitación por habitación. Yo tomé muchas notas e hice algunas pequeñas sugerencias. No esperaba que Ramsés fuera de mucha ayuda y de hecho no lo fue.

- Vamos a ver -dije, refiriéndome a mi lista-. ¿Qué habéis pensado sobre el servicio doméstico? Las muchachas de Fátima han estado limpiando todo este tiempo pero creo que lo mejor sería que seleccionarais a dos de ellas para que trabajaran con vosotros de manera habitual. Si preferís comer de vez en cuando solos, un cocinero…

- Pensaremos en el cocinero más tarde, ¿de acuerdo? -Nefret miró a su marido, quien en ese momento se encontraba pensando en las musarañas-. En lo que concierne a las doncellas, creo que dejaré eso en manos de Fátima. Una de las muchachas que trabaja aquí me preguntó ayer si podía continuar con nosotros; aunque es algo tímida, trabaja muy bien así que le dije que estaba de acuerdo. Se llama Najia.

- Ah, sí, la sobrina de Mohammed Hammad. ¿O su hijastra? No importa. La pobre chica es algo tímida; debe de ser a causa de esa marca de nacimiento.

- No nos molestará -dijo Nefret.

- Claro que no. Y ahora, en lo que respecta al jardín…

- Creo que eso será todo, madre -dijo Nefret zanjando la cuestión-. Lo más probable es que tengamos que hacer una visita rápida a El Cairo para comprar algunas cosas, pero hablaré con Abdul Hadi para que nos haga algunas mesas y sillas más. Es el mejor ebanista de Luxor.

- Y también el más lento -dije.

Nefret sonrió.

- Siempre le puedo meter prisa.

Al ver bostezar a Ramsés, me di por aludida. A pesar de mis objeciones quiso acompañarme de regreso a casa.

- No me puede pasar nada entre tu puerta y la mía -declaré.

- Puede ser, pero no lleva su sombrilla -dijo Ramsés.

* * *

A la mañana siguiente, durante el desayuno, puse a Gargery al corriente de lo sucedido mientras Sennia se tomaba su tiempo haciendo los preparativos para la partida. Él y Fátima se turnaban en el servicio del comedor; era una especie de compromiso que me había visto obligada a proponer para evitar que riñeran. Aquella mañana le tocaba a él y, dada la atención con la que seguía mi relato, de estructura casi perfecta, en varias ocasiones tuve que recordarle que siguiera sirviendo la comida. Él entonces se estiró hasta alcanzar su máxima altura -algo más del metro sesenta- y se cuadró. Hubiera sido necesario algo más que eso para que su aspecto resultara impresionante: el cuerpo era escaso, tenía la cara llena de arrugas y últimamente se peinaba dejando caer algunos mechones de pelo por la frente en un intento poco convincente de ocultar la línea de nacimiento del cabello, cada vez más alta. Parecía un mayordomo y lo era en realidad, solo que estaba dotado también de toda una serie de cualidades que no son frecuentes en las personas de su posición. En aquel momento, era un mayordomo muy feliz. Una vez me hizo la siguiente observación: «Si es inevitable que se produzcan asesinatos, señora, lo mejor que podemos hacer es acostumbrarnos a ellos».

- Gargery, será usted responsable de tener a Sennia bajo control cuando la acompañe al Castillo para recibir lecciones con la señora Vandergelt. No creo que haya ninguna razón para preocuparse, pero sería estúpido correr riesgos innecesarios.

- Estoy de acuerdo, señora -dijo Gargery, tan tieso como un soldado de madera y sonriendo abiertamente.

- Me alegra que diga eso, Gargery. ¿Dónde demonios está esa niña? Gargery, por favor, vaya y… Ah, aquí estás Jumana. Siéntate y come algo lo más rápido que puedas.

Teníamos pensado encontrarnos con Daoud y Selim en Gurna e ir después desde el pueblo al Cementerio de los Monos, con el equipo necesario para llevar a cabo la espantosa tarea que nos esperaba allí. Dado que a nadie parecía entusiasmarle la idea de cargar con el cuerpo más allá de lo estrictamente necesario, planeamos dar un rodeo siguiendo una carretera que nos permitiese llevar un carro tirado por burros durante parte del recorrido.

El carro estaba ya listo cuando llegamos a casa de Selim, donde nos esperaban Daoud, Hassan y algunos hombres más. La expresión de sus rostros daba a entender que sabían ya lo que tenían que hacer y lo cierto es que no les podía culpar por parecer algo apesadumbrados.

- Tengo todo lo que necesitamos -anunció Selim-. Pero antes de que nos pongamos en marcha, creo que les gustará hablar un momento con Mohammed Hammad. Está aquí.

- Ah -dijo Emerson-. El despechado esposo. ¿Le has contado algo sobre nuestro descubrimiento de ayer?

- No, Padre de las Maldiciones -dijo Selim con toda la solemnidad que se podría esperar de un fornido joven de barba negra como él.

Emerson soltó una carcajada y le dio unos golpecitos en la espalda.

- Está bien, le impresionará aún más si soy yo el que se lo cuenta.

Mohammed era un hombre menudo, delgado pero fuerte, con la cara tan arrugada como una uva pasa y una barba grisácea. Al igual que muchos de los egipcios pertenecientes a la clase de los *fellahin*, era probablemente más joven de lo que su aspecto hacía suponer. Una dieta inadecuada, condiciones de vida insalubres y una total carencia de atenciones médicas pueden hacer envejecer a un individuo rápidamente. En mi opinión, esta era, sin duda, una causa que podría atraer a Nefret y permitirle poner en práctica sus habilidades médicas en el lugar en el que yo pretendía que

estuviese: una clínica en la orilla oeste donde pudiera tratar enfermedades comunes, como parásitos e infecciones. Quizá no resultase demasiado estimulante para una experta cirujana como ella, pero ya se sabe que una cosa lleva a la otra…

Tras dejar a un lado el asunto por el momento, me concentré en nuestro sospechoso. Como suponía que Emerson le sermonearía sobre la tumba y estaba dispuesto a negarlo todo, Mohammed nos dio la bienvenida con una cierta reserva. Mi esposo no se anduvo con rodeos.

- Encontramos a uno de tus amigos ayer, en la tumba que robasteis. Muerto. Asesinado.

Fue un modo efectivo, aunque algo brutal, de impresionarlo para que lo admitiera todo. Por un momento llegué a pensar que el pobre hombre iba a ser víctima de un ataque al corazón. Finalmente, consiguió articular una palabra con voz entrecortada.

- ¿Quién…?

- Deberías saberlo mejor que nosotros -dijo Emerson-. Selim me ha dicho que no hay rastro de Abdul Hassan desde hace una semana. Era uno de tus… ¡Maldita sea! -continuó entonces en inglés-. Le va a dar un ataque. Dale algo de coñac, Peabody.

Mohammed aceptó el coñac (una de las menudencias que siempre llevo colgando de mi cinturón) con un ansia impropia de un buen musulmán (nunca había pensado que lo fuera). Ya estaba preparado para hablar; las palabras salieron a raudales de su boca y la historia que nos contó resultó ser realmente inquietante.

Del grupo inicial, dos de los ladrones estaban ya muertos. La otra muerte había sido atribuida a un accidente; habían encontrado el cadáver en el fondo de un precipicio y se pensó que se trataba de una caída.

- La maldición de los faraones -dijo Emerson incapaz de resistirse-. Muerte a todos aquellos que profanen sus tumbas.

El coñac había ayudado a Mohammed a recuperar su temple, lo que le permitió lanzar a Emerson una cínica mirada.

- Los faraones se han tomado su tiempo antes de actuar, Padre de las Maldiciones. Abdul ha estado robando tumbas desde que era un niño.

- No robará ninguna más -le hizo notar Emerson-. ¿Quiénes eran los otros?

Mohammed enumeró sus nombres sin vacilar. Todos en el pueblo sabían quiénes eran, así que no servía de nada negarse a hacerlo. A cambio de su franqueza pidió una *bacshish* enorme, por supuesto.

- Eso es todo lo que le puedo decir, Padre de las Maldiciones. ¿Puedo irme ya?

- No me lo has contado todo -dijo Emerson-. Me has nombrado solo a seis hombres, pero había siete, ¿no es así?

- No era uno de nosotros -murmuró Mohammed. -Sé quién era.

- El Padre de las Maldiciones lo sabe todo -entonó Daoud.

Emerson agradeció el elogio haciendo un gesto de benevolencia con la cabeza y continuó hablando.

- ¿Fue Jamil el que encontró la tumba?

- ¡La encontramos entre todos! Lo compartimos con él… fuimos generosos.

Mohammed chillaba, manifestando una indignación muy poco convincente. Era evidente que mentía. Jamil no era un miembro habitual de su banda; jamás habrían dividido el botín con él a menos que fuera realmente el joven quien hubiera descubierto la tumba.

- ¿Lo has vuelto a ver o has hablado con él desde que os repartisteis el dinero? -insistió Emerson.

Una mirada calculadora, en la que había también algo de miedo, afiló los rasgos de Mohammed.

- No, Padre de las Maldiciones -nada más decir esto, se llevó las manos al pecho y puso los ojos en blanco-. ¡Ay! ¡El dolor!

La debilidad, sin embargo, no le impidió extender la mano. Emerson dejó caer unas cuantas monedas en ella.

- Te daré más, Mohammed, si me traes noticias de Jamil. Díselo a los otros y diles también que tengan cuidado con los accidentes.

- Mmm… -Mohammed se rascó el cuello-. Accidentes.

- Tendrías que haberle pedido que llevara la noticia a la familia de Abdul, Emerson -dije después de que Mohammed huyera precipitadamente.

- Lo hará de todos modos -replicó Emerson-. Vayámonos antes de que los afligidos parientes se dejen caer sobre nosotros.

Después de todo, no hay nada como cabalgar a primera hora de la mañana, con el vigorizante aire del desierto para levantar los

ánimos. Teníamos pensado ir a caballo hasta donde no fuera demasiado peligroso hacerlo. A medida que avanzábamos, llegué a olvidar, incluso, el repugnante trabajo que nos esperaba, aunque reconozco que en ello debía de tener también algo que ver el hecho de que yo no tuviera que llevarlo a cabo directamente. Me preguntaba qué habría pensado Abdullah de todo aquello. Probablemente habría dicho que ese individuo se lo merecía y que debíamos dejar que fuera su familia la que se ocupara de sacar de allí el cadáver, aunque si le hubiéramos pedido que lo hiciera él hubiera cumplido su cometido con su habitual eficiencia.

Hacía mucho tiempo que no había vuelto a soñar con mi amigo. Eran sueños extraños, en nada parecidos a los otros: tan vividos e intensos como lo habría sido un encuentro en la vida real. No soy en absoluto supersticiosa, pero había llegado a creer que, de algún modo, el profundo afecto que Abdullah y yo habíamos sentido el uno por el otro trascendía las barreras de la muerte; yo ansiaba que se produjeran aquellos sueños con la misma impaciencia con la que habría esperado el reencuentro con un viejo amigo. Tal vez ahora que estaba de nuevo en Luxor, donde habíamos compartido tantas experiencias inolvidables, Abdullah volviera de nuevo a mí.

Tras dejar atrás Medinet Habu, abandonamos la carretera para seguir un sendero que se estrechaba a medida que nos acercábamos a las colinas. Ramsés fue el primero en detenerse y en abandonar su montura, descendiendo de la grupa de *Risha* con un suave balanceo. Los demás imitamos su ejemplo.

Quedaba algo más de kilómetro y medio hasta el final del *wadi*. Dejamos allí los caballos y el carro y seguimos a pie unos pocos cientos de metros más, hasta el lugar donde la gran boca del cañón se estrechaba y las colinas empezaban a elevarse, dividiendo la parte sur del *wadi* de otra lengua de tierra que se alejaba hacia el norte. Ramsés se quitó su chaqueta y cogió uno de los rollos de cuerda con nudos.

La noche anterior habíamos discutido sobre cuál sería el mejor modo de proceder y habíamos acabado por llegar a un acuerdo, o al menos eso creía yo; a Emerson no le había gustado entonces y seguía sin gustarle.

- Ahora me toca a mí -insistió-. Tú ya has estado en ese lugar maloliente y con una vez basta.

Ramsés apretó los labios en señal de fastidio. Sabía cómo se sentía: cuando uno tiene que realizar un trabajo tan desagradable como lo era aquel, lo único que desea es poder hacerlo cuanto antes. Quería ahorrarle la experiencia a su padre del mismo modo que este quería ahorrársela a él, y ninguno de los dos iba a ceder sin pelear antes por ello. Justo en ese momento Bertie, que hasta entonces se había quedado al margen, dijo de repente:

- Iré yo.

Cogidos por sorpresa, todos nos lo quedamos mirando. Al encontrarse con mi dubitativa mirada, me sonrió.

- Seguramente he visto ya cosas peores.

Era muy probable que fuera verdad. Había pasado dos años en las trincheras en Francia antes de regresar a casa, enfermo y amargado. Me habían contado algunas historias…

- No eres un buen escalador -dijo Jumana cruzando los brazos-. Ramsés es mucho mejor.

Sentí deseos de sacudirla. Bertie enrojeció penosamente. Dado que era muy posible que Cyrus expresara entonces su inquietud paternal, Ramsés intervino cortándolo en seco.

- De acuerdo entonces, irás tú -dijo tendiendo la cuerda a Bertie y haciendo a Daoud un gesto casi imperceptible con la cabeza.

Se pusieron en marcha; Daoud caminaba pisando los talones a Bertie en tanto que Hassan se arrastraba tras ellos, a una cierta distancia.

- Ramsés -dije-, ¿crees que es prudente?

- No le pasará nada, madre. -Con las manos apoyadas sobre las caderas, observó la ascensión de los hombres hasta que se perdieron de vista.

- Le falla una pierna -dijo Cyrus con ansiedad.

- Lo único que necesita es fuerza en los brazos y en los hombros -dijo Ramsés-. Y nervios templados. Tiene ambas cosas y, además, Daoud sabe lo que hay que hacer.

Proseguimos nuestro camino hacia el final del valle, hasta llegar junto al precipicio en el que se encontraba escondida la tumba. La cuerda que Ramsés había dejado caer el día anterior se encontraba todavía allí, pero habíamos pensado que resultaría más seguro que los hombres intentaran aproximarse de nuevo desde arriba en lugar de escalar aquella pared, casi vertical. Después podían hacer bajar

los restos hasta el suelo y descender ellos mismos por ella.

La primera parte del procedimiento se llevó a cabo según lo planeado. Con su pañuelo blanco apretado contra la cara, Cyrus no se perdía ni tan siquiera uno de los movimientos que realizaban las pequeñas figuras sobre el despeñadero, sin que le importara mostrar la preocupación que sentía. Consideraba al hijo de Katherine como si fuera propio y Bertie siempre había correspondido a su afecto, llegando incluso a adoptar el apellido de Cyrus.

- ¿Tienen algo con lo que taparse la cara? -preguntó, con la voz ahogada por el lino-. ¿Y guantes? Y…

- Daoud sabe lo que hay que hacer -volvió a repetir Ramsés, quien miraba también hacia arriba, con el ceño fruncido.

Jumana era la que parecía menos preocupada; había encontrado una roca sobre la que sentarse y en aquellos instantes se refrescaba con una botella de agua, canturreando por lo bajo.

Bertie fue el primero en empezar a bajar. Sentí alivio al comprobar que Daoud lo hacía descender con la cuerda en lugar de dejar que bajara usando las manos, tal y como había hecho Ramsés. Poco después, desapareció en la hendidura, seguido de Hassan, quien iba cargado con un trozo de tela plegada y una cuerda.

Imagino que fueron tan solo diez minutos los que emplearon en acabar con la tarea que los había llevado hasta allí, pero a mí me parecieron muchos más. Lo primero que volví a ver fue el turbante blanco de Hassan, quien, abandonando muy deprisa la grieta, asió la cuerda y se deslizó hasta el suelo.

- ¡Maldita sea! -gritó Emerson con una voz que retumbó en los despeñaderos-. ¿Lo has dejado solo ahí arriba?

- ¡Todo va bien! -gritó Bertie-. Tened cuidado ahí abajo.

El bulto envuelto con la tela se balanceaba al descender, golpeando de un modo terrible contra la pared de roca. El hedor era realmente espantoso, pero ni tan siquiera Cyrus retrocedió. No dejaba de mirar a Bertie, quien, con los pies bien apoyados, iba soltando cuerda. Ramsés no se había equivocado: tenía la fuerza que se requería para aquello. El bulto no era demasiado grande.

Después de que el cuerpo se posara sobre el suelo cubierto de rocas con una flexibilidad que prefiero no describir, Bertie inició inmediatamente el descenso. Ramsés cortó la cuerda con su cuchillo y hubiera alzado el cadáver para apartarlo del camino de Bertie si

no hubiera sido porque Selim intervino. Hassan se apresuró a ayudarlo a colocar el cuerpo en una sencilla camilla y a llevárselo de allí.

- ¡Bien! -dije, respirando profundamente después de un breve intervalo sin hacerlo-. A Dios gracias, todo se ha acabado sin que haya habido ninguna desgracia. Ahora vamos… ¿Nefret? Nefret, ¿adónde vas?

Había seguido a Selim y Hassan y ahora los obligaba a detenerse en un punto lo suficientemente alejado de donde estábamos como para que aquel terrible olor no nos alcanzara.

- Por todos los demonios -exclamó Emerson-. Ella no… Ella seguramente no hará…

Los hombres apoyaron la camilla sobre el suelo. Emerson pronunció un juramento aún más feroz y se dirigió hacia ellos.

- No, padre -dijo Ramsés.

- Pero, ¿te dijo ella que…? Pero ¿es que no la vas a detener?

Ramsés sacudió la cabeza.

- No me dijo nada, pero yo sospechaba que lo haría y no, no la voy a detener. Ya he representado antes el papel de marido autoritario y no lo volveré a hacer. Es su decisión y está en su derecho. Por favor, no interfiera.

Se reunió con Nefret y permaneció de pie a su lado, con las manos metidas en los bolsillos. Ella alzó entonces la mirada y habló con él brevemente, antes de volver a la horrible tarea.

- ¿Qué está haciendo? -preguntó Emerson.

- Se limita a estar a su lado -dije-. Compartiendo lo desagradable del único modo en que es capaz. Lo encuentro verdaderamente tierno, Emerson.

- Una tierna experiencia para compartir -refunfuñó Emerson-. Bueno, maldita sea, yo no puedo ser menos. Me acercaré únicamente y…

- No, Emerson. ¿Qué te parece si comemos algo mientras esperamos? Bertie, no te he elogiado por lo bien que has hecho hoy tu trabajo. ¿Te gustaría comer un sándwich de queso?

Bertie se había quitado el trozo de tela con el que se había cubierto la boca y la nariz.

- Por Dios, señora Emerson, yo… Bueno, sí, gracias, si no es un problema, pero ella… Nefret… es una cosa espantosa, ¿sabe?, y solo

ver la comida…

- No te preocupes por ella -dije.

Cyrus se limitó a sacudir la cabeza. Conocía a Nefret desde hacía mucho más tiempo que Bertie.

A pesar de que estaba acostumbrada a ver cadáveres de todo tipo, desde los recientemente asesinados a los que llevaban ya mucho tiempo momificados, no sentía particular interés por examinar aquel, ni tan siquiera por contemplarlo a una cierta distancia, de modo que mantuve la mirada apartada de él hasta que Selim y Hassan volvieron a cubrirlo y lo colocaron de nuevo sobre la camilla. Cuando Nefret y Ramsés regresaron, noté que ella tenía las manos y los antebrazos rojos, no de sangre, sino de la arena con la que los había limpiado. Parecía tranquila… más que Ramsés, cuyos rasgos habían perdido el control del que solían hacer gala. Haciendo caso de mi sugerencia, Nefret sacó una botella de alcohol y se lo echó sobre las manos. Después se sentó y pidió un sándwich.

Los demás la contemplaban con sentimientos que oscilaban entre la admiración y la consternación. Al haber perdido su rostro el saludable color que solía tener, los ojos de Jumana parecían enormes.

- ¿Cómo puedes…? -dijo con voz temblorosa.

- Es mi profesión -respondió Nefret con calma-. En ocasiones como ésta no resulta agradable, pero estoy acostumbrada. Sabía que la familia no autorizaría una autopsia en regla, así que ésta era la única manera de poder determinar el modo en el que murió el pobre hombre.

- ¿Y bien? -preguntó Emerson-. ¿Lo hiciste? Nefret dio un buen trago a la botella de agua antes de contestar.

- Tiene el cráneo fracturado. La parte posterior de su cabeza fue… No entraré en detalles.

- Gracias -murmuró Cyrus, mirando su sándwich con repugnancia.

- Tenía algunos huesos rotos -continuó Nefret-. Busqué una herida de bala o de cuchillo, pero no era fácil… Bueno, no me quiero extender mucho sobre ello. La herida de la cabeza es lo suficientemente grave como para ser la causa de la muerte.

- ¿Caída o instrumento contundente? -inquirí.

Nefret se encogió de hombros.

- Imposible de determinar. Hice lo que pude, pero sin el instrumental adecuado…

- Sí, es cierto -dijo Emerson.

Selim regresó para anunciarnos que Hassan se había marchado con el carro cargado con el cuerpo, tras lo cual proseguimos con nuestro almuerzo. Daoud no tardó en unirse a nosotros. Como no era muy aficionado a las cuerdas de escalar, ya fueran estas en sentido ascendente o descendente, había bajado dando un rodeo.

- ¿Hay más tumbas en esos despeñaderos? -preguntó Bertie, aceptando otro sándwich.

- Seguro -contestó Ramsés-. Si, como parece muy probable, esta zona fue utilizada para enterrar a las mujeres de la realeza de la XVIII dinastía, debe de haber un buen número de reinas conocidas cuyas momias todavía no han sido halladas y Dios sabe cuántas princesas y esposas reales de rango inferior.

- Por no mencionar a los príncipes -añadió Nefret, a quien la pasión que sentía por la arqueología hacía brillar los ojos-. Y madres reales y hermanas y…

- Primos y tías -dije con una risita, evocando una de mis arias favoritas de Gilbert y Sullivan.

Los otros reconocieron mi pequeña broma con sonrisas y gestos de asentimiento con la cabeza; todos excepto Emerson, quien se había sentado sobre una piedra con la mirada perdida en la lejanía, y Selim, quien, por su parte, parecía un tanto inquieto.

- Los caballos no se escaparán -dijo-. Al menos los nuestros no, pero no deberíamos dejarlos allí tanto tiempo.

Emerson se levantó de un salto.

- Está bien, está bien. Yo… mmm… Solo me llevará un minuto.

Sabía que querría entrar en aquella maldita tumba. Entre todos tratamos de hacerlo recapacitar, pero mi marido rechazó todas nuestras objeciones.

- Solo quiero echar un vistazo.

- Ponte el salacot, Emerson -le chillé mientras se alejaba.

- Sí, sí -dijo sin hacerlo.

Empezó a trepar por la cuerda, con una agilidad impresionante para un hombre tan corpulento como él. No había ido demasiado lejos cuando la pacífica atmósfera fue rasgada por un grito agudo y profundo. No era un animal; ninguno en Egipto sería capaz de

producir un sonido semejante. Emerson resbaló y cayó al suelo, tambaleándose un poco hasta que consiguió recuperar de nuevo el equilibrio.

- ¡Qué demonios! -empezó a decir.

- Está allí arriba.

Ramsés tendió a su padre los prismáticos que acababa de coger. Yo también pude ver la figura en lo alto del precipicio. Estaba demasiado lejos como para poder distinguir los detalles, pero saltaba y hacía cabriolas, agitando los brazos y alzando los talones como si estuviera bailando una danza grotesca. Unos cuantos fragmentos de roca, pequeños, cayeron rebotando por la escarpada ladera.

Arrebaté los prismáticos a Emerson y, al llevármelos a los ojos, vi la extraña figura con toda claridad. Por todo adorno, llevaba puesta una falda corta o *kilt.* El cuerpo era humano, pero la cabeza no. Las orejas puntiagudas y el hocico protuberante estaban cubiertos por áspero pelo marrón y los colmillos bordeaban la mandíbula.

Ramsés corrió hacia el precipicio. Sabía lo que pretendía hacer, al igual que estaba casi segura de que Emerson lo seguiría. Tras pasarle a Nefret los prismáticos, saqué mi pequeña pistola de su funda y disparé.

No esperaba dar a la criatura y, obviamente, no lo hice. Se oyó una larga risa burlona, casi tan desagradable como el grito del animal, y la monstruosa figura se desvaneció.

- ¡Ven aquí inmediatamente, Ramsés! -grité-. Emerson, si intentas trepar por esa cuerda te… te meto una bala en la pierna.

- No vuelvas a disparar con esa maldita pistola otra vez -exclamó Emerson, corriendo hacia mí-. Dámela.

- La verdad es que no lo habría hecho -le dije, mientras mi marido me la quitaba con gran cuidado de las manos-. Pero, Emerson, ¿no se te podía ocurrir nada mejor que escalar ese precipicio justo en el momento en el que había alguien arriba que podía haber hecho caer unas cuantas rocas para hacerte caer de la cuerda?

- Suena razonable -me concedió mi marido.

- Correcto -dijo Ramsés, que, obviamente, había cambiado de idea-. Subiremos dando la vuelta. No, tú no, Bertie, ya has hecho

bastante por hoy.

- Tú tampoco, Peabody -añadió mi marido-. Quédate y… y si baja hasta aquí, hazle frente.

- Devuélveme mi pistola entonces -le grité mientras él y Ramsés se alejaban ya al trote acompañados de Selim. Emerson no se detuvo pero su respuesta se pudo escuchar claramente-: ¡Golpéale con la sombrilla!

Di a Nefret una palmadita en la espalda.

- No te preocupes, querida. Se habrá marchado ya para cuando lleguen a la cima.

- Siendo así, ¿qué sentido tiene que vayan hasta allí? -preguntó Nefret-. Ah, ya veo, se trata de nuestro padre, cómo no. Está decidido a entrar en esa condenada tumba sea como sea.

- Bueno, no le puedes culpar por ello -dijo Cyrus-. Debe de haber algo dentro de ella que ese individuo no quiere que encontremos o, de otro modo, no hubiera tratado de asustarnos.

- Era un *afrit*, un demonio -murmuró Jumana, retorciendo sus morenas manos.

No fue una de sus mejores actuaciones, pero Daoud, carente por completo de astucia, le puso una mano sobre el hombro intentando tranquilizarla.

- Ningún *afrit* se atrevería a acercarse al Padre de las Maldiciones.

- Eso no era un *afrit*, era un hombre con una especie de máscara -dijo Bertie con calma-. ¿Cómo puede pensar que basta con una demostración acrobática como esa para asustarnos y alejarnos de aquí?

Yo me había hecho también la misma pregunta.

Sabiendo de antemano que a Emerson le llevaría algún tiempo acabar de hacer sus averiguaciones en aquella repugnante tumba, busqué un asiento confortable (todo es relativo) e invité a los demás a hacer lo mismo. Desde allí podíamos observar sus movimientos como si nos encontráramos en la platea de un teatro. No obstante, cuando los tres descendieron a la grieta los perdimos de vista; no pudimos ver a nadie más. Yo sabía de antemano que iba a ser así.

Pasado algún tiempo, descendieron por la cuerda y regresaron junto a nosotros espantosamente sucios. Emerson, claro está, era el que peor estaba de los tres. A primera hora del día se había quitado

la chaqueta; venía ya sin camisa. Reconocí esa prenda de vestir en el bulto que llevaba bajo uno de sus brazos. La piel morena de su pecho y espalda aparecía untada con una desagradable pasta compuesta de polvo, sudor, excrementos de murciélago y sangre procedente de toda una red de arañazos y rasguños; el aspecto de sus manos era aún más asqueroso. Por si fuera poco, no olía tampoco demasiado bien.

- ¡Por Dios, Peabody, no te imaginas el caos que han dejado en ese lugar! -exclamó-. El suelo de la cámara funeraria es un auténtico montón de basura, lleno de trozos de madera carcomida y huesos empapados mezclados con fragmentos de piedra.

Se agachó y empezó a desenvolver el bulto. Selim, quien era, si cabe, aún más quisquilloso en sus costumbres que mi marido, procedió a limpiarse las manos y los brazos con arena.

- Si no han dejado nada, ¿qué habéis hecho ahí arriba durante todo este tiempo? -preguntó Nefret mientras tendía a Ramsés un pañuelo mojado.

- Medir y tomar notas -antes de proseguir, se limpió la boca-. Nuestro padre se las arregló para rescatar alguna que otra cosa.

Todavía en cuclillas, Emerson estudiaba los diversos objetos que había encontrado: el canto de un recipiente de piedra, fragmentos de placas doradas y un buen número de objetos de joyería, cuentas, incrustaciones y partes de un brazalete. Los contemplaba tan absorto que apenas tembló ligeramente cuando, tras destapar mi botella de alcohol, hice caer un chorro del líquido sobre su espalda llena de arañazos. La verdad es que creo que podría llegar a amputar a Emerson uno de sus miembros sin que se diera cuenta; bastaría con entretenerle con algún objeto de interés arqueológico.

- Tuvimos algunos problemas para descender por el pasadizo -explicó Ramsés-. Está lleno de piedras que obstruyen el paso y los ladrones solo habían retirado las necesarias para poder deslizarse entre ellas. Nuestro padre tuvo que encogerse al máximo.

- Igual que tú -dijo Nefret-. Pero al menos tú has tenido el sentido suficiente de llevar puesta la chaqueta.

- Llevaba las cosas para escribir y la linterna en los bolsillos -le explicó Ramsés, sacando del interior de la chaqueta un lío de papeles.

- Puedes revisar tus notas y hacer un plano detallado esta noche

-dijo Emerson sin levantar la vista-. Maldita sea, Peabody, ¿qué estás haciendo?

- Tienes también arañazos por todo el pecho -dije-. Incorpórate.

- No se ha salvado ni siquiera un trozo de material orgánico -gruñó Emerson-. Madera, vendas de momias, huesos… ¡Ay!

- Dudo mucho que hubiéramos podido preservar los sarcófagos o las momias -dijo Ramsés.

- Podríamos haberlo intentado -murmuró Emerson-. ¡Malditos bastardos! ¡Quién sabe cuántos datos históricos se habrán perdido a causa de su descuido!

- El daño ya está hecho y no hay emoción más vana que el remordimiento -dije.

- No, maldita sea, no es eso -gruñó Emerson-. Y no empieces otra vez con tus aforismos.

- Pero yo…

- Madre -dijo Nefret-, pueden seguir discutiendo sobre aforismos mientras regresamos a casa, pero ahora creo que deberíamos ponernos en marcha.

- Una sugerencia muy sensata, querida -le contesté. Se veía a las claras que estaba deseando llevarse Ramsés a casa para limpiar y desinfectar las quemaduras que tenía en la cara y en las manos-. Emerson, devuélveme mi pistola.

- Ni lo sueñes, Peabody. Si es necesario disparar, lo haré yo.

No fue necesario, pero nos mantuvimos ojo avizor durante todo el camino. Era perfectamente consciente, y ello me inquietaba, de que a medida que el sol descendía en el cielo las sombras se alargaban aliviando el calor, pero que, al mismo tiempo, ofrecían al posible enemigo que nos estuviera siguiendo mayores posibilidades de esconderse. No obstante, llegamos al lugar donde se encontraban los caballos sin incidentes y retomamos el sendero de vuelta a casa. Daoud caminaba junto a Jumana, hablando sin parar para infundirle ánimos. Al igual que el resto de nosotros, Selim no se mostraba tan caritativo con la muchacha.

- Ella sabe dónde está -murmuró-. Tenemos que conseguir que nos lo diga.

- Dale un poco de tiempo -dijo Emerson.

Los ojos de Selim tenían la dureza de la obsidiana.

- Jamil ha traído la desgracia a nuestra familia, es una cuestión

de honor.

«¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!», pensé. «¡Más problemas!» Los hombres tienen un extraño concepto del honor e ideas aún más extrañas sobre lo que hacer con él. Selim era ahora el jefe de la familia en lugar de su padre. Yusuf era demasiado viejo e irresoluto para asumir un papel que, nominalmente, le correspondía. Si Selim hablaba en nombre de la familia y todos eran de la misma opinión… Lo debían de ser, por descontado. Al menos los hombres.

- Selim, no podemos asegurar que se tratase de Jamil -dije-. Que sepamos, el único delito que ha cometido ha sido robar unas pocas tumbas. Ningún tribunal se molestaría en procesarlo por eso. En Gurna lo hace todo el mundo.

- Nuestra familia no -dijo Selim mostrando los dientes-. Mi padre…

- Sé perfectamente lo que habría hecho Abdullah -le interrumpió Emerson-. Te prometo que el honor de tu familia será satisfecho. Si a Jamil le queda algo de sentido común, se dirigirá a mí y yo le daré la posibilidad de reformarse. ¡El Padre de las Maldiciones cumple su palabra!

- No es necesario que grites, Emerson -exclamé.

- Mmm -dijo Emerson-. ¡Maldita sea! -añadió con cierta petulancia-. He perdido ya demasiado tiempo con estas bufonadas. Empezaremos a trabajar en Deir el Medina mañana.

* * *

Aquella noche cenamos algo tarde, porque Emerson se empeñó en ordenar antes de bañarse todos los fragmentos y pedacitos que había recogido durante el día. Resultaban casi conmovedores colocados sobre los estantes de nuestro almacén: los únicos objetos que habíamos encontrado hasta el momento. Emerson, sin embargo, estaba muy contento con ellos y no habló de otra cosa durante la cena. La comida fue excelente. Maaman, una de las primas de Fátima, se había convertido en la nueva chef después de que hubiéramos convencido a nuestro viejo cocinero, Mahmud, para que se retirase: durante años nos había castigado por llegar tarde a las comidas quemando la sopa y sirviéndonos la carne completamente seca.

Después de cenar nos retiramos al salón y, cuando Jumana se fue a su habitación a estudiar, me las arreglé para que Emerson

olvidara por un momento la arqueología.

- Espero que hayas convencido a Selim de que deje a Jamil en nuestras manos. Si él y el resto de los hombres le hacen daño, la familia se dividirá. No todos ellos se toman el asunto con la misma gravedad que Selim, incluso es posible que algunos simpaticen con él.

- ¿Por qué supones que grité tanto al hablar con él? Quería que los otros, y especialmente Jumana, me oyeran. Ese muchacho no ha hecho otra cosa que intimidar a su hermana y comportarse como un idiota… si es que realmente fue a él a quien vimos. No lo sabemos, como tampoco sabemos quién mató a ese tipo, ¡ni tan siquiera estamos seguros de que fuera un asesinato! Puede que se tratara de un accidente o también pueden haberlo matado en defensa propia. Esos bandidos se pelean constantemente entre ellos. Lo único cierto es que alguien desconocido colocó el cuerpo en esa posición: con la intención de lanzar una advertencia o una amenaza, o quizá, por qué no, simplemente para esconderlo.

- Todo eso está muy bien, Emerson, pero dos de los ladrones han muerto de forma violenta. En la investigación de mi crimen…

- Esto no es una investigación criminal -me interrumpió Emerson haciendo rechinar los dientes-. No tenemos pruebas de que fuera un asesinato.

Sin dejarme intimidar, proseguí:

- ¿Entonces cómo se explica la posición del cuerpo? El lugar donde lo escondieron es el menos adecuado. ¿Cómo hizo Jamil… oh, está bien, quienquiera que fuese… para colocar el cuerpo allí?

Emerson me contestó con una pregunta retórica.

- ¿Cómo hicieron los antiguos trabajadores para meter ese condenado sarcófago de Hatshepsut en la tumba, en ese risco? Esa tumba es aún menos accesible que ésta y un sarcófago de piedra es mucho más pesado que un hombre.

- Quizá lo único que pretendían al ponerlo allí era intimidar a todo el que se acercase, para que se mantuviera alejado.

- En la tumba no quedaba nada de valor -dijo Emerson-. De todos modos, Jamil es demasiado listo como para amenazarme.

Fuera, las ramas de los arbustos crujieron y *Horus* entró a través de la ventana abierta llevando algo en la boca.

- ¡Oh, Dios mío! -exclamé-. No es un ratón, es demasiado grande:

es una rata. Asquerosa. Emerson…

Emerson no fue lo bastante rápido. *Horus* pasó por delante de él como una exhalación y depositó el animal a los pies de Nefret. Después se sentó y se la quedó mirando fijamente.

- No es una rata -dijo Ramsés, agachándose y cogiendo la forma inmóvil con sus manos-. Es un gato, un gatito. Me temo que está…

Un leve pero inequívoco ronroneo contradijo sus suposiciones. La minúscula criatura estaba tan sucia que era imposible distinguir cuáles, entre todas, eran sus propias manchas.

- Los gatos a veces ronronean cuando están asustados o sienten dolor -dijo Nefret con dulzura-. Si no podemos hacer nada por él, lo mejor sería que le ahorráramos el sufrimiento.

La puerta del salón se abrió. Sennia se detuvo en el umbral, restregándose los ojos.

- *Horus* me despertó. Él tenía… ¡Oh!

Emerson la detuvo.

- No lo toques, pequeña. Está enfermo o herido o…

Sennia se inclinó hacia Emerson. En aquel instante resultaba encantadora; tenía el pelo alborotado de haber estado durmiendo y por el borde del camisón blanco asomaban sus delgados pies morenos y sus tobillos.

- Si está enfermo, la tía Nefret lo curará.

- Oh, Sennia… -Nefret se quedó mirando el cuerpo inmóvil que Ramsés acunaba en el hueco de sus patas-. Lo intentaré. Haré lo que pueda. Vuelve a la cama, querida.

- Sí, tía Nefret. *Horus*, eres un buen gato. Vete a la cama ahora, tía Nefret se ocupará del gatito.

*Horus* consideró aquella sugerencia. Con un gesto de la cabeza demasiado parecido a un asentimiento como para no resultar alarmante se levantó y siguió a Sennia fuera de la habitación.

- Oh, querida… -dije-. Nefret, crees que podrás… ¿Qué le sucede?

- No lo sé todavía -Nefret se encogió de hombros impotente-. Pero tendré que descubrirlo, ¿no cree? Tráelo, Ramsés.

Tendría que haberme figurado que Sennia sería la primera en bajar a desayunar aquella mañana. Gargery estaba tratando de conseguir que se comiera sus cereales -tarea nada fácil- cuando entré en el comedor. Al verme, se levantó de un salto de la silla y

corrió hacia mí.

- ¿Cómo está el gatito? ¿Cuándo podré verlo?

- No lo sé, Sennia. Ramsés y Nefret todavía no se han levantado. Siéntate y cómete el desayuno. ¿Dónde está *Horus*?

- Bajo la silla de la niña -dijo Gargery con severidad-. Como de costumbre. Señora, ¿qué es toda ese historia sobre un nuevo gato? No necesitamos uno. No necesitamos a ése -añadió con una mirada cargada de odio hacia *Horus*.

- Es solo un gatito -dijo Sennia-. Está enfermo, pero tía Nefret lo curará.

Su rostro, resplandeciente y confiado, hizo que se me encogiera el corazón. Lo que esperaba, de aquel modo tan inocente, podía resultar imposible, incluso para Nefret. Emerson carraspeó.

- Esto… Sennia, ese gato estaba… mmm… muy enfermo. Puede ser que no…

- ¡Aquí están! -Sennia volvió a abandonar su silla y se precipitó hacia ellos. Sus brazos rodearon la cintura de Nefret-. ¿Por qué no has traído al gatito, tía Nefret?

- Tiene que descansar -dijo Nefret, tras dejar salir el aire con un respingo-. Pero está mejor, mucho mejor.

El rostro de Emerson reflejó el alivio que la noticia le producía. Es tan sentimental con los niños que no hubiera podido soportar ver a Sennia desilusionada. Ni tan siquiera puso alguna objeción cuando toda la conversación se centró en el animal. Sennia no quería hablar de otra cosa y pidió un diagnóstico detallado.

- Desnutrición y deshidratación -le explicó Nefret-. Con las consiguientes infecciones. Sin embargo, ese pequeñajo tiene muchas ganas de vivir. Lo primero que hizo al ver la comida que le habíamos preparado fue dirigirse tambaleándose hacia ella y engullirla; después, intentó trepar por la pierna de Ramsés.

Sennia se echó a reír.

- ¿Le arañó?

- No, la verdad es que no. Sus garras no son mucho más largas que tus pestañas.

- Cree que Ramsés es su madre -dijo Nefret. Sennia volvió a reírse alegremente y la joven añadió-: Se ha pasado la mayor parte de la noche sentado con él en brazos.

- No podía quedarse frío -murmuró Ramsés aparentemente

avergonzado-. Y no quería estar en su cesta.

- Voy a verlo ahora -anunció Sennia-. Tú también quieres verlo, ¿no, Gargery?

Gargery trató entonces de encontrar el modo de expresarnos sus sentimientos sin que Sennia se diera cuenta. Fracasó.

- Sí -dijo con resignación.

En cierto sentido, el gatito nos fue muy útil. No me gustaba la idea de que Sennia viniera con nosotros en nuestro primer día de excavaciones, y estaba segura de que ella insistiría en hacerlo aunque solo fuera para divertirse. Nefret se ofreció a darle la primera lección sobre huesos apenas hubiera acabado de inspeccionar al paciente, y ella le prometió entonces que lo dejaría tranquilo el resto del día. Lo que menos le conviene a un convaleciente es tener a su lado a un niño entusiasta que lo mortifique, por buenas que sean sus intenciones y, además, dudaba mucho de que el animalito hubiera sido educado para no hacer sus necesidades en casa.

Como no podía ser de otro modo, Ramsés se quedó con ellas y Sennia tuvo la amabilidad de permitir que Jumana se incorporara a su lección de biología. Quedamos en que traerían los caballos y se encontrarían con nosotros más tarde en Deir el Medina, donde Selim y Daoud nos esperaban con los hombres que habían contratado.

Los turistas no suelen visitar aquel lugar, escondido en un pequeño valle de las colinas de la orilla occidental. Lo único que puede atraerlos hasta allí es el templo tolemaico, situado en el extremo norte del valle. A su manera, no deja de ser un bonito templo, pero es demasiado moderno y eso le resta interés a nuestros ojos. La gente que llega hasta allí, sigue la ruta que atraviesa las atracciones turísticas más importantes, de Deir el Bahri a Medinet Habu.

Hay otro sendero, sin embargo, que asciende por una de las colinas que rodean la zona y que prosigue a una considerable altura, por encima de los templos de Deir el Bahri, camino del Lugar de la Verdad, nombre con el que se conocía en la antigüedad al Valle de los Reyes. En el pasado habíamos recorrido ya parte de esta ruta, subiendo por la pendiente que se encuentra detrás del templo y continuando desde allí hasta llegar al valle o, tal y como

habíamos hecho dos días antes, acometiendo con energía la espeluznante escalada sobre el altiplano.

No era el camino más sencillo para llegar a Deir el Medina, pero Emerson quiso que fuéramos por él aquella primera mañana. Según dijo, quería comprobar en qué condiciones se encontraba la zona sur del sendero. Yo acepté sin decir nada, aunque estaba razonablemente segura de que las condiciones serían las mismas del año anterior y de los innumerables años precedentes. Al alcanzar la cima del Deir el Bahri nos detuvimos un momento, igual que Abdullah y yo habíamos hecho tan a menudo.

Sabía que Emerson también pensaba en él mientras contemplaba el desierto y los campos cultivados. Aquella mañana, el aire era límpido; se podían distinguir las formas en miniatura de los templos de la orilla este, con los riscos orientales tras ellos. A pesar de ello, la única manifestación sonora de su emoción fue un carraspeo.

En lugar de girar hacia el sur, hacia Deir el Medina, Emerson tomó el camino que llevaba al valle. No habíamos avanzado mucho cuando se detuvo con un gruñido de satisfacción. Yo no podía ver lo que lo había provocado: se había quedado mirando un montón de piedras caídas, semienterradas en la arena.

- ¿Qué haces, Emerson? -le pregunté al verlo arrodillarse y escarbar en la arena-. Deja de hacer eso inmediatamente, ni siquiera llevas puestos los guantes.

Emerson se levantó, pero no porque yo se lo hubiera dicho: había cambiado de idea.

- Tendremos que excavarlas del modo adecuado.

- ¿Esas rocas? ¿Por qué?

- Por Dios, Peabody, ¿qué le ha sucedido a tu experto ojo de arqueóloga? Aquí hay una pared, o lo que queda de ella, y hay otras en los alrededores. Me di cuenta hace ya algún tiempo, pero en ese momento no pensé que hubiera una buena razón para investigarlas.

- La verdad es que no veo cuál puede haber ahora.

- Piensa en ello. Entre el Valle y Deir el Medina hay una cierta distancia. No es descabellado pensar que un grupo de obreros pudo establecerse aquí, cerca del trabajo, parte del tiempo. Unas pocas casas pequeñas como ésas no habrían sido muy difíciles de construir.

Sus ojos brillaban. Emerson es uno de los pocos en su profesión

que disfruta tanto con los aspectos más pequeños y humildes de la arqueología como con los templos de grandes dimensiones y las tumbas más ricas. Si estaba en lo cierto, encajaría con ello una nueva pieza en el inmenso puzle del pasado y… y normalmente nunca se equivocaba en ese tipo de cosas.

- Bueno, querido, es muy interesante -dije-. Pero ¿no sería mejor que nos volviéramos a poner en marcha? Nadie tocará tus… mmm… chozas.

Emerson continuó de mala gana. El sendero estaba muy frecuentado: nos cruzamos con cabras y con unos cuantos egipcios a pie o a lomo de burros. Emerson los saludó por su nombre (excepto a las cabras) pero no se detuvo, a pesar de que tuve la impresión de que a uno o dos de entre ellos les hubiera gustado hacerlo para chismorrear un poco. Las noticias de lo que había sucedido el día anterior debían de haberse propagado ya por toda la orilla oeste. Poco después, sin embargo, nos encontramos con unas personas cuyo aspecto era bien diferente. Eran nueve, seis conducían los burros y las otras tres iban vestidas a la europea y, al saludarnos, no tuvimos más remedio que pararnos. Reconocí al grupo de americanos que habíamos conocido en el barco y que habíamos visto posteriormente en El Cairo.

La figura alta y delgada de la señora Albion iba vestida con lo que suponía que era el último grito en América en ropa deportiva para damas. Su chaqueta de lino tenía el corte militar que estaba de moda y la falda era larga hasta la pantorrilla. Llevaba la cabeza tan envuelta en un velo que de sus rasgos apenas se podía tener más que una borrosa impresión. Iba a mujeriegas sobre un burro, con sus pulcras botas colgando: una verdadera dama preferiría caer de su cabalgadura antes que montar a horcajadas. Era necesario que dos personas sujetaran el animal para que ella no se cayera de la silla y lo mismo sucedía con el señor Albion, quien se bamboleaba de un lado a otro mientras sus sirvientes lo empujaban de acá para allá. El proceso parecía divertirle bastante, porque cuando la pequeña caravana se detuvo tenía la cara roja a causa del calor y la risa. El sol, y no la diversión, había hecho enrojecer también al más joven de ellos, quien se quitó el sombrero y me inspeccionó con imperturbable curiosidad.

Emerson, muy en su papel, saludó primero a los egipcios.

- *Asalamu Alaikum*, Alí, Mahmud, Hassan… Buenos días, esto… mmm…

- Albion -el caballero le facilitó el dato que le faltaba mientras su hijo seguía observándonos con curiosidad-. Nos conocimos en el barco.

- No, creo que no -dijo Emerson.

Albion se rió alegremente y su cara se puso aún más roja.

- No será porque no hice todo lo que pude. Intenté también dar con usted en El Cairo, pero me resultó imposible. Imaginaba que antes o después nos encontraríamos. ¿Cómo está su familia?

- Muy bien -dije-, gracias. ¿Hacia dónde se dirigen esta mañana?

- Salimos solo a cabalgar un poco -contestó el señor Albion. Tras sacar un gran pañuelo blanco se limpió la cara-. Díganme, amigos, ¿podrían presentarme a unos cuantos ladrones de tumbas?

Emerson, que había empezado a retirarse, se detuvo en seco al oír tan singular petición.

- ¿Qué ha dicho?

- Bueno, somos coleccionistas -dijo Albion con calma-. Especialmente Sebastián, que está aquí junto a mí. El antiguo Egipto lo vuelve loco.

A pesar de que entendí sin problemas el significado de aquella expresión, no creía que la misma se ajustara al joven señor Albion. No parecía alguien capaz de volverse «loco» por nada. Tenía los ojos muy grandes y algo saltones y tan fríos como el acero, del cual tenían también el mismo color.

- Sí, señor -prosiguió su padre de buen humor-. Hace tiempo que nos dedicamos al coleccionismo. Por eso hemos venido este invierno, para ver si podemos encontrar cosas interesantes.

Emerson no apartaba los ojos de ellos, se divertía y eso mitigaba un poco el estupor que había sentido en un primer momento. Temía, sin embargo, que en cuanto se diera cuenta, como había hecho yo ya, de que Albion hablaba completamente en serio la irritación mitigase aquella diversión.

- El modo usual de adquirir antigüedades -dije con algo de sarcasmo- es comprarlas a los comerciantes. Mohassib, en Luxor…

- Hemos estado ya con él -me cortó Albion-. Perdone que la interrumpa, señora, pero no quería hacerle perder tiempo.

- Gracias -dije desconcertada.

- De nada, señora. Es cierto que el material de Mohassib no está nada mal, pero ha tratado de aprovecharse de mí subiendo los precios, así que pensé que lo mejor sería dirigirme directamente a aquellos que se lo proporcionan. Dejar fuera al intermediario, ¿eh?

Miré a la señora Albion, preguntándome si se sentiría avergonzada de las horribles palabras de su marido. Se había soltado el velo, despejando cualquier duda sobre la rama de la familia a la que se parecía su hijo. Compartía con él la misma cara alargada, los mismos labios finos y ojos gris pálido, con los que ahora miraba al señor Albion con necia admiración.

- ¿Y bien? -continuó este con optimismo-. Les daré su parte, por supuesto.

- Nosotros no somos comerciantes -replicó Emerson-. Y, además, tengo que advertirle, señor Albion, que lo que nos acaba de proponer, confío que movido por la ingenuidad, no solo es ilegal, sino también peligroso.

- ¿Peligroso? -la mirada de la señora Albion se posó sobre Emerson. Apretó los labios y sus ojos perdieron calidez-. ¿Qué peligro podemos correr? Somos ciudadanos americanos.

- El peligro -dijo Emerson- soy yo. Si todavía no han oído lo bastante sobre mí como para entender lo que quiero decir, pregunten a sus guías. Vamos, Peabody.

Pensé que lo mejor sería seguir su consejo. Emerson se había controlado bastante bien hasta ese momento -aunque no se pudiera decir lo mismo de su lenguaje-, pero temía que, si los Albion insistían, acabaría por perder la paciencia. Proseguimos nuestro camino: atrás quedaron tres personas mirándonos boquiabiertas, en tanto que las otras seis trataban de disimular la sonrisa tapándose la boca con unas manos considerablemente sucias.

- ¡Muy bien, Emerson! -exclamé-. No has dicho palabrotas… y eso que la provocación fue bastante fuerte.

- No me hables como si fuera Sennia -rezongó Emerson. Sus atractivos labios se contrajeron y, momentos después, soltó una carcajada-. Uno no puede enfadarse con gente como esa. ¡Presentarles a unos cuantos ladrones de tumbas! Si no fuera porque creo que ya tengo bastante con nuestra familia, la idea de cultivar su amistad para poder reírme de vez en cuando me habría tentado.

- El muchacho no abrió la boca -dije.

El humor de Emerson seguía siendo sorprendentemente bueno.

- No es un muchacho. Debe de tener la misma edad que Ramsés. Y supongo que el carácter reservado de nuestro hijo no te parecerá sospechoso.

Se echó a reír de nuevo y yo me uní a él: por nada del mundo me hubiera tomado a mal aquella pequeña broma. No obstante, era cierto que recelaba del joven señor Albion. O su padre lo aterrorizaba o no se dignaba a expresar sus propias ideas, cualesquiera que éstas fuesen. Y, además, ¿qué era lo que había llevado a un trío tan variopinto a un sendero tan difícil como aquel? ¿De dónde venían? ¿Por qué? A pesar de ser una prueba que ponía los nervios de punta, no era del todo imposible subir montado sobre un burro el escarpado sendero que ascendía desde el Valle de los Reyes, pero nunca me hubiera imaginado que el señor Albion y su elegante esposa estarían dispuestos a hacerlo. El sendero de bajada era aún más arriesgado a lomos de un burro, y lo mismo se podía decir de la ruta de descenso que se encontraba tras Deir el Bahri.

Nuestro sendero era bastante llano hasta llegar a la colina desde la que se dominaba el pequeño valle de Deir el Medina, donde nos detuvimos un momento, no para descansar, sino para contemplar el panorama.

Las tumbas de Deir el Medina habían sido descubiertas tiempo atrás y saqueadas repetidas veces desde entonces. Eran relativamente modestas: la galería descendía directamente a la cámara funeraria sobre la que se localizaban pequeñas capillas coronadas por pirámides de ladrillo en miniatura. Muchas de estas últimas se habían derrumbado y los restos de las capillas se encontraban en terribles condiciones. Sin embargo, las cámaras que había por debajo del nivel del suelo solían estar bellamente decoradas. Se trataba de las sepulturas de la gente que había vivido en el pueblo que se encontraba algo más abajo. Todavía quedaba mucho por excavar. Mientras observaba los toscos muros, solo parcialmente al descubierto, Emerson explotó:

- ¡Maldito canalla, perezoso, incompetente! ¡Mira en qué estado ha dejado este sitio!

Se refería al señor Kuentz, nuestro predecesor, quien había sido arrestado (gracias a nosotros) el año anterior.

- Es verdad que no ha hecho mucho -dije, tratando de aplacar las

protestas de mi marido-. Supongo que el resto de sus actividades lo tenían demasiado ocupado; espiar y robar tumbas lleva su tiempo.

- Ha dejado caer ese maldito montón de basura justo en medio - exclamó Emerson-. Tendré que volver a hacerlo de nuevo.

Siempre decía lo mismo.

Bajamos por la ladera de la colina con cierta dificultad, ayudándonos con las manos. Selim se unió a nosotros y Emerson empezó a disparar órdenes. Los hombres se dispersaron. Mi marido se quitó su chaqueta y se arremangó.

- ¿Dónde está Ramsés? -preguntó.

- Estoy segura de que vendrá enseguida. Si quieres empezar a echar un vistazo, soy perfectamente capaz de…

- Es muy amable por tu parte, Peabody, pero creo que esperaré a Ramsés. ¿Por qué no organizas uno de tus… bueno… uno de tus pequeños lugares de descanso?

Tenía la intención de hacerlo, de todos modos. Siempre he pensado que las pausas para descansar y refrescarse ayudan a ser más eficientes en el trabajo. No es fácil conseguir algo de sombra cuando el sol cae de plano sobre la cabeza, y aquella era una hora del día en la que todos nosotros -incluidos nuestros queridos y leales caballos- la necesitábamos por encima de todo. Prefiero las tumbas a cualquier otro tipo de refugio, por descontado, pero apenas quedaba nada de la superestructura de aquellos pequeños enterramientos sobre la ladera de la colina. Pensé entonces que el templo situado en el extremo más alejado del pueblo resultaría más útil.

Un buen número de deidades tenían sus capillas en aquel edificio, aunque el templo estaba fundamentalmente dedicado a Hathor, una de las diosas más importantes de Egipto. A la mente abierta de los antiguos no le preocupaba demasiado la coherencia, por lo que, a lo largo de los siglos, Hathor asumió diversos papeles, llegando incluso a ser identificada en ocasiones con otras diosas. No obstante, su función principal fue siempre la de protectora de los vivos y de los muertos. Los enamorados la invocaban para que los ayudase a conquistar a la persona amada; las mujeres estériles le rogaban que les concediese un hijo. Era venerada con música y danza y entre sus epítetos se encuentran algunas de las expresiones más hermosas de la liturgia: Señora de todo lo que existe, Señora

del sicómoro, diosa dorada.

Me di una vuelta por el lugar, mientras examinaba los relieves. Uno de nuestros compañeros egiptólogos había restaurado parte del templo años atrás y en el vestíbulo había un pequeño rincón que se adecuaba perfectamente a lo que iba buscando. Con el grado de eficiencia que había acabado por atribuirle, Selim había traído consigo todo el equipo que necesitaba, incluyendo un gran trozo de lona. Dado que en ese momento corría detrás de Emerson, muy ocupado, pedí a otro de nuestros hombres que me ayudara a disponer las alfombras, los taburetes y las mesas y a construir un techo provisional con la lona, cerca del muro que cerraba el recinto, de modo que los caballos pudieran tener también un poco de sombra. Cuando estaba a punto de terminar esta importante tarea, llegaron los demás. Emerson, que tiene ojos por todas parte, bramó inmediatamente: «¡Ramsés!» y éste se marchó al trote, después de hacerme un gesto con la cabeza.

Yo acabé, como de costumbre, con el montón de escombros.

No quiero minimizar con ello la importancia de esta labor, ya que es obligación de todo buen excavador encontrar cada fragmento, por poco interesante que este pueda parecer. Nuestros hombres estaban bien entrenados, pero cuando uno cava arena y escombros es muy fácil que se le pase alguna cosa por alto. De modo que mi tarea consistía en pasar por el cedazo el contenido de los cestos que me iban trayendo los hombres. Como el anterior arqueólogo había sido muy descuidado, en aquella ocasión resultó ser un trabajo mucho más interesante de lo que suele ser por regla general. Encontré unos pocos e interesantes óstraca: fragmentos de piedra caliza garabateados con escritura hierática. Mientras nadie miraba, intenté descifrarlos, pero apenas pude entender algunos signos. Durante la pausa para almorzar se los enseñé a Ramsés.

El lenguaje antiguo era su especialidad, al igual que excavar era la de Emerson, de manera que reaccionó con el mismo entusiasmo que mi marido había manifestado hacia sus lamentables chozas. Fue imposible sacarle una palabra durante el almuerzo; Nefret no dejó de darle codazos para recordarle que debía comer algo.

- ¿Qué pone? -pregunté.

- ¿Mmm? -fue la única respuesta.

Nefret apartó un rizo que le caía sobre la frente y él le dirigió

entonces una sonrisa distraída antes de volver a concentrarse sobre el fragmento que sostenía en la mano. Absorto en una tarea que lo estimulaba y encantaba como ninguna otra, parecía un niño con zapatos nuevos. Era su verdadera vocación: debería dedicarse a ella en exclusiva el resto de su vida y dejar a un lado los asuntos relacionados con los crímenes y la guerra.

Como conocía muy bien a Ramsés me daba cuenta perfectamente de que no había muchas posibilidades de que sucediera algo así, de manera que me tuve que consolar con la idea de que, al menos, no era culpa mía, o no del todo, el que se viera siempre envuelto en tantos problemas. De acuerdo con las nuevas teorías psicológicas, debía de disfrutar con el peligro o, de otro modo, no iría siempre en su busca. En cualquier caso, era un cambio respecto a su hieratismo.

Pasamos un duro y largo día quitando de en medio el montón de escombros de Kuentz mientras Emerson empezaba a examinar el lugar. Era un procedimiento pesado y que requería bastante tiempo; muchos arqueólogos lo omitían, pero Emerson lo consideraba absolutamente necesario. No había constancia alguna de que Kuentz lo hubiera llevado a cabo. (Y, en cualquier caso, Emerson lo habría hecho de nuevo.)

Jumana había vuelto ser la persona alegre, llena de interés y voluntariosa que siempre había sido e incluso Ramsés tuvo que admitir que resultaba de considerable ayuda. Bien es cierto que lo único que tenía que hacer era sostener el nivel cuando se efectuaban las mediciones, pero se trataba de un trabajo muy aburrido y ella seguía las instrucciones que le daban con gran meticulosidad.

Así y todo, no la perdía de vista. Solo había dos explicaciones posibles a aquel cambio de humor: o bien la chica no estaba tan apegada a su hermano como había creído y lo había apartado de sus pensamientos… o era más retorcida de lo que había pensado y estaba tan solo esperando a que él se volviera a ponerse en contacto con ella.

Volví a casa con algunos bonitos óstraca para Ramsés.

*DEL MANUSCRITO H:*

A pesar de que las ventanas de su habitación daban a los establos, estos se encontraban a cierta distancia, de modo que, si no

hubiera sido porque estaban despiertos, no habrían podido oír los débiles ruidos provenientes de ese lugar. Se habían acostado algo tarde, ya que antes hubo que arrancar a Ramsés de su «bonito óstraca». Generalmente, una vez que Nefret conseguía recuperar la atención de su marido, no solía tener muchos problemas para mantenerla, pero lo cierto es que fue él quien oyó los ruidos y no ella. Sensible al menor movimiento de sus labios y manos, se sintió sacudida fuera del estado de placer adormecedor en el que se encontraba cuando Ramsés se levantó de un salto y se precipitó hacia la ventana.

- ¡Maldita sea! -protestó.

- ¡Chsss! Es Jumana. Se está llevando uno de los caballos.

Ramsés se dispuso a salir por la ventana.

- Ponte algo de ropa -dijo Nefret, ya levantada, mientras buscaba a tientas en la oscuridad algunas de las prendas desperdigadas por la habitación.

- Bueno, pero, maldición, encuentra algo, da igual… lo que sea. No puedo dejar que ella se aleje demasiado.

Tras arrebatarle los pantalones de las manos se los puso y salió por la ventana, perdiéndose en la oscuridad. Nefret se vistió un caftán por la cabeza y encontró un par de botas que resultaron ser las suyas. Las iba a necesitar: sus pies no estaban tan endurecidos como los de su marido. Lo alcanzó cuando sacaba a *Risha* del establo, sin silla y sin bridas.

- Espérame -jadeó.

- No hay tiempo -dijo él, saltando a lomos de Risha.

A pesar de lo nerviosa y preocupada que se sentía, la extrema belleza del movimiento dejó a Nefret sin respiración. Ella también era capaz de hacerlo en algunas ocasiones, pero nunca de ese modo, nunca con aquella singular fluidez de movimientos de músculos y tendones, ejecutados sin aparente esfuerzo. Ramsés hizo volverse a *Risha* con un toque de la rodilla; el caballo respondió al instante y echó a correr con un medio galope. Recordaban a las figuras de uno de los frisos del Partenón, el poderoso y gallardo jinete formando un todo con su montura.

- ¡Maldita sea! -dijo Nefret por lo bajo.

Acababa de perder unos cuantos segundos más contemplándolo como si fuera una ingenua muchacha perdidamente enamorada. Era

culpa de él, subido a caballo resultaba condenadamente atractivo.

Y, si no conseguía alcanzarlo, no podría estar junto a él para ayudarlo en el caso de que, tal y como parecía probable, Jumana fuera camino de encontrarse con Jamil. ¿Qué otra razón podía haber para que robara un caballo a aquellas horas de la noche?

*Moonlight* asomó la cabeza por la puerta de la cuadra con aire inquisitivo: estaba acostumbrada a seguir a *Risha* allá donde fuera y se preguntaba qué era lo que podía estar sucediendo a aquella hora tan poco ortodoxa. Nefret la sacó del establo.

No habría acrobacias aquella noche, no con una túnica larga y sin llevar nada debajo. Se apoyó en el estribo para montarla. Cuando sus muslos desnudos rozaron la piel de *Moonlight* no pudo evitar una mueca y se remetió parte del caftán por debajo del cuerpo.

*Moonlight* era demasiado mayor y mansa como para salir disparada, pero apenas Nefret se lo ordenó se puso en marcha. Con la yegua sujeta por la crin, Nefret dejó que fuera ella la que decidiera por dónde ir, sabiendo que seguiría a su señor.

El primer tramo del camino estaba en condiciones bastante buenas: subía y bajaba, haciendo curvas alrededor de las colinas que se alzaban sobre la llanura. Cuando estaban a punto de llegar junto a los cultivos y los templos en ruinas que lo bordeaban, vio a *Risha*. Ramsés había desmontado y la estaba esperando. La saludó con una sonrisa.

- No me atrevo a pensar lo que diría nuestra madre de ese conjunto, pero tengo que decir que casi me gusta el efecto que hacen las botas junto a los muslos desnudos…

- ¿Dónde está Jumana?

- Continuó a pie -le hizo una señal con la mano y ella vio entonces el otro caballo, la yegua que le habían dado a la muchacha-. Será mejor que nosotros dejemos también aquí los caballos.

- Gracias por esperarme.

- Si no lo hubiera hecho, te habrías lanzado a una loca persecución -dijo su marido, ayudándola a bajar de *Moonlight* y arreglándole con delicadeza la falda-. Hasta ahora no parece haberse dado cuenta de que la estamos siguiendo y me gustaría que las cosas siguieran así.

- ¿Qué es lo que vas a hacer?

- Atraparlo y acabar de una vez con todas estas tonterías, a ver si de este modo podemos avanzar algo en nuestro trabajo. Intentemos aproximarnos lo suficiente para oír su conversación.

Los muros de Rameseum* alzaban sus sombras por delante de ellos y a su derecha. El templo estaba medio en ruinas, pero, aun así, su estado era mejor que el de los montones de piedras y ladrillos que, esparcidos aquí y allá, se extendían hacia el norte: era todo lo que quedaba de los que, en su día, fueron los arrogantes templos mortuorios de otros faraones. En la parte oeste del templo de Ramsés, el suelo aparecía quebrado por un enladrillado: probablemente se trataba de las zonas de almacenamiento del santuario.

- ¿Cómo vamos a encontrar algo en este laberinto? -resopló Nefret, tratando de caminar con agilidad.

- ¡Chsss! -Ramsés se detuvo y escuchó, levantando la cabeza. Debía de haber oído algo, ya que, cogiéndola del brazo, se encaminó hacia uno de los montones de escombros. Casi habían llegado hasta él, cuando Nefret oyó las voces.

- Llegas tarde -susurró Jumana-. ¿Estás bien?

- ¿Has traído el dinero?

- Todo lo que pude, pero no es mucho.

- No basta, necesito más. Quítaselo a los *inglizi* y tráemelo mañana por la noche.

- ¿Robarles? No, no haré eso. Jamil, el Padre de las Maldiciones dice que te ayudará. Ve y dile que tú…

- ¿Y qué se supone que hará por mí el Padre de las Maldiciones…?, ¿permitirme que trabaje como porteador de cestos? ¿Por qué están en Deir el Medina?

- Excavan… ¿qué imaginabas? Confía en mí. Ellos me están enseñando todo lo que quiero saber.

- Pero fueron al Cementerio de los Monos. Creí que querían trabajar allí.

- ¡Has estado espiándolos!

- Observándolos -corrigió Jamil-. ¿Qué hay de malo en ello?

- Nada… -su voz se iba debilitando-. Jamil, encontraron el cuerpo de Abdul Hassan en la tumba. ¿Tú lo…? No lo mataste tú, ¿verdad?

- Fue un accidente, se cayó.

El grito ahogado de Jumana fue tan fuerte que llegó a oídos de Nefret y Jamil se dio cuenta de que había cometido un error. Su voz se tornó entonces más suave y acariciadora:

* Templo funerario de Ramsés II erigido en Tebas, en la orilla occidental del Nilo, famoso por la estatua del faraón, que alcanza una altura de 17 metros. (N. de la T.)

- Jumana, no hablaba en serio cuando te dije que mataría al Hermano de los Demonios; estaba asustado, hambriento y solo. ¡No quiero hacer daño a nadie! Querida hermana… sé dónde hay otra tumba. Está en Gabbanat el-Qirud. ¿Ves cómo confío en ti ahora? Todo lo que necesito es un poco de dinero para mantenerme hasta que pueda vender algunos de los pequeños objetos de la tumba. No es ningún crimen. Las tumbas no son de los ingleses, nos pertenecen a nosotros.

Ramsés acercó sus labios al oído de Nefret.

- Daré la vuelta por detrás. Dudo mucho que esté armado, pero, por si acaso, no le salgas al paso.

Tras darle un apretón en el hombro, se deslizó entre las sombras, alejándose. Un chacal aulló en las colinas y los perros del pueblo le respondieron. Con precaución, Nefret movió un pie, y después otro. Ahora podía verlos, dos sombras oscuras junto a una de las secciones del muro que todavía no se habían derrumbado. Jamil llevaba puesta una túnica de un color apagado, azul oscuro o marrón, por lo que apenas se le distinguía en la oscuridad; no obstante, su turbante claro resaltaba contra el muro de ladrillos. La luz de las estrellas iluminaba levemente el cuerpo diminuto de Jumana. Seguía discutiendo con él, tratando de convencerle para que se entregase, pero era evidente que empezaba a ablandarse. Jamil ahora no se limitaba a pedir, le suplicaba y trataba de engatusarla y, de repente, la rodeó con sus brazos. Jumana le devolvió el abrazo.

El suelo era un desconcertante revoltijo de piedras y ladrillos, de sombras y pálida luz, pero aun así Nefret pudo distinguir en él una especie de sendero que serpenteaba, estrecho y tortuoso, desde el claro donde ella se encontraba hasta el muro. Era el modo más rápido y seguro para salir de allí, aunque seguramente no el único.

- Vuelve mañana por la noche -le suplicó Jamil-. Incluso si no

puedes traer el dinero; solo quiero verte. Te he echado mucho de menos.

- Lo intentaré -susurró Jumana-. Yo también te he echado de menos y, además, estaba muy preocupada por ti. Jamil, por favor, no hagas…

- Hablaremos de ello mañana -tras desasirse del abrazo de su hermana se alejó tomando el sendero que Nefret acababa de ver, en dirección adonde ella estaba.

- ¡Jamil! -Ramsés había esperado a que aquel se encontrara a una cierta distancia de Jumana antes de salirle al encuentro desde detrás de una de las secciones derrumbadas del muro. A pesar de que Nefret esperaba que hiciera algo por el estilo, al verlo aparecer tan repentinamente y oír su claro saludo, se asustó y dejó escapar un involuntario grito. Jamil se detuvo como si lo hubieran golpeado, se dio la vuelta y lanzó un grito mucho más fuerte al ver a Ramsés en equilibrio sobre los escombros, semejante -Nefret no pudo reprimir ese pensamiento- a uno de los *djinn* más atractivos que hubiera visto nunca.

- No te muevas -le ordenó Ramsés-. Solo quiero hablar contigo.

La parálisis del muchacho no duró más de uno o dos segundos, tras los cuales salió corriendo, con Ramsés detrás de él. Avanzaba con gran seguridad mientras que su perseguidor debía serpentear por entre los escombros que lo separaban del sendero. Nefret salió al claro.

- ¡Detente, Jamil! -le llamó-. No te haremos daño.

Se encontraba a unos tres metros, lo suficientemente cerca como para que ella pudiera ver la cicatriz que le cruzaba la parte inferior de la cara. Se dejó caer, como si se arrodillase y Nefret pensó con regocijo que lo habían cogido.

Nada la puso sobre aviso. Jamil se enderezó y un proyectil partió como un rayo hacia ella. Tan solo tuvo tiempo de girarse y de abrazarse para proteger su cuerpo, antes de que una piedra le golpeara en un hombro, en lugar del pecho. Cayó de lado: el otro hombro y la cadera golpearon con fuerza contra las duras irregularidades del terreno. El impacto la dejó sin respiración. Se enroscó como si fuera un erizo mientras Jamil pasaba por su lado corriendo. A Ramsés parecían haberle puesto alas en los pies: apenas unos instantes después, Nefret sintió un roce, imposible de

confundir con cualquier otro, y se movió, para apoyarse en la curva que formaba su brazo.

- Ve tras él -jadeó.

- Al infierno con él. No te muevas. ¿Dónde te duele?

- Por todas partes -como pudo, esbozó una sonrisa-. No te preocupes, querido, no tengo nada roto.

Él se esforzó por corresponder a su sonrisa.

- No me mentirías, ¿verdad?

- No podría si me hubiera roto una pierna -el dolor le hizo gritar y las manos de él exploraron sus brazos y hombros-. ¡Ay! Me saldrán algunos cardenales espectaculares, pero eso es todo.

Se dio cuenta entonces de que sentía otras manos que no eran las de su marido. Arrodillada junto a ella, con los ojos como oscuros agujeros en el pequeño óvalo de su cara, Jumana le tiraba de la falda, alisándola con delicadeza sobre las pantorrillas. El gesto era completamente inútil, pero la chica parecía conmocionada.

No tanto, sin embargo, como para no poder hablar.

- Ha sido culpa mía. Podía haberte dado en la cara. No le importó herirte. Regresaré a casa de mi padre.

- No, no lo harás. -Ramsés levantó a Nefret y permaneció de pie-. Nos seguirás, llevando a *Moonlight*. Tú… -miró a su mujer-, tú vendrás conmigo sobre *Risha*.

- Está bien -dijo Nefret, sumisa.

Ramsés frunció sus cejas negras y espesas.

- ¡Estás herida!

- Sobre todo en sitios que preferiría no mencionar -Alzó una mano y se la puso sobre su mejilla-. Creo que tardaré algún tiempo en volver a montar a horcajadas sin pantalones.

# Capítulo 5

Emerson y yo estábamos desayunando con Sennia cuando los chicos hicieron su aparición, seguidos del gatito. Enseguida me di cuenta de que Nefret caminaba de un modo extraño, sin su gracia habitual: aunque no cojeaba, se tenía que esforzar para no hacerlo. Sennia saltó de su silla y corrió hacia ellos pero, antes de que pudiera dar a Nefret uno de sus feroces abrazos, Ramsés la alzó y le hizo dar vueltas hasta hacerle chillar divertida.

- ¿Ha pasado algo? -pregunté.

Nefret se dejó caer en la silla que Emerson le ofrecía y me dirigió una mirada de advertencia.

- Tan solo una caída. Buenos días, Pajarito. Será mejor que te apresures a acabar el desayuno, si no quieres llegar tarde a tus clases.

- Me parece que hoy no iré -anunció Sennia-. Creo que me quedaré aquí a cuidar de la tía Nefret -tras sentarse en el suelo, empezó a acariciar al gatito.

- Yo creo, en cambio, que no -dije-. No seas holgazana. No debes hacer esperar a la señora Vandergelt.

Sennia se marchó solo después de la habitual discusión: no era tanto que las lecciones fueran, según proclamó, «algo aburridas», sino que lo que quería, sobre todo, era quedarse con nosotros. Emerson acabó por ceder, tal y como ella sabía que haría, y le prometió que nos acompañaría a Deir el Medina al día siguiente.

- Tenemos que irnos -afirmó-. ¿Dónde está Jumana? Por Dios, esa muchacha llega siempre tarde.

- Le dije que no viniera hasta que Sennia se hubiera marchado -dijo Ramsés-. Debe de ser ella.

Cuando entró, silenciosa, entendí por qué no había querido que la niña la viera. La muchacha no se sabía controlar: tanto su rostro como sus movimientos traicionaban sus emociones. En aquel momento, sin ir más lejos, se movía lentamente y con la cabeza gacha, como si fuera una anciana.

- ¿Ella también se cayó? -pregunté.

- ¡No! -Jumana alzó la cabeza. Sus ojos castaños eran auténticos pozos de tragedia-. He hecho algo malo, terrible. Quería escapar pero no lo hice: sabía que merecía un castigo. Háganme lo que quieran…

- Para un momento y siéntate -le dije con impaciencia-. Supongo que se trata de algo que tiene que ver con Jamil. No, Jumana, no quiero más teatro. Emerson, estate quieto. ¿Ramsés?

Mi hijo nos hizo un escueto resumen de lo que había sucedido. La lástima hacia Jumana que había dulcificado los penetrantes ojos azules de Emerson se transformó en cólera.

- ¡Por Dios! -gritó-. ¡Podía haberte matado! Nefret… Ramsés… ¿por qué no me despertasteis?

- No había tiempo, padre -dijo Ramsés. No se equivocaba en eso: a Emerson le cuesta por lo menos diez minutos espabilarse cuando lo despiertan de golpe. Ramsés continuó con la misma calma en la voz-: Calculé mal. Debía de haber enviado a Nefret para hacerlo salir en lugar de dejarla allí sola.

- Ahórranos los golpes en el pecho -dije, conociendo su inclinación a recriminarse por todo aquello que salía mal, ya fuera culpa suya o no. Lo cierto es que a menudo lo era pero, en aquella ocasión, cualquiera hubiera hecho lo mismo.

Emerson se había colocado junto a Nefret. Alargó la mano, retirándola casi de inmediato.

- ¿Te dio la piedra en el hombro?

- Sí -giró la cabeza, alzándola para mirarlo y haciendo una mueca de dolor al mismo tiempo que sonreía-. Tengo unos cuantos cardenales, pero eso es todo.

Carraspeé.

- Como médico tienes más experiencia que yo, por descontado, pero si me quisieras…

- Gracias, madre, pero no hace falta. Va bien. Todo va bien -añadió con dulzura.

- Ah -dije-. Bueno. De acuerdo. ¿Qué vamos a hacer con Jamil?

Mi pregunta causó un nuevo arrebato de Jumana, durante el cual la muchacha juró que nunca más volvería a confiar en su hermano y nos propuso que la golpeáramos y la encerráramos a pan y agua o que la casáramos con ese viejo desagradable de Nuri Said que tan a menudo había pedido su mano a su padre. No merecía nada mejor. Merecía la suerte que decretáramos para ella, fuera la que fuese, y estaba dispuesta a aceptarla.

Sentí la tentación de sacudirla pero me contuve, decidiendo que le concedería el privilegio de desahogarse. Cuando finalmente se detuvo por falta de aire, tenía los ojos anegados en lágrimas. No dudaba de su sinceridad, pero estaba segura de que todo aquello también le divertía inmensamente.

- Vamos, vamos -dijo Emerson con una cierta debilidad-, ya está bien. Maldita sea, no llores más.

- ¿Cómo podrán perdonarme? -preguntó en tono trágico.

- Le daremos a Jamil una segunda oportunidad. No podemos hacer menos por ti, tu única culpa es querer a quien no se lo merece y serle leal.

- Ya está bien -intervine, cortando en seco el melodrama-. Lo que ahora necesitamos, Jumana, es que te comportes como… bueno, como Nefret y como yo. Las lágrimas y los remordimientos son estratagemas que las mujeres emplean para eludir sus responsabilidades y yo no las tolero en mi casa. Eres, potencialmente, igual a cualquier hombre y debes…

- Peabody… -dijo Emerson. Su tono era severo, pero había un destello en sus atractivos ojos azules.

- Sí, de acuerdo. Creo que he sido clara, Jumana. Hiciste una tontería y espero que con ello hayas aprendido una valiosa lección. Todavía no has contestado a la pregunta que te hice. ¿Tienes otra cita con Jamil?

Ramsés contestó en su lugar.

- Dudo mucho que acuda a ella ahora. Era para esta noche. En el mismo lugar, ¿no es así, Jumana?

- Sí. Cuando éramos niños jugábamos en esas ruinas. Pero Ramsés tiene razón: ahora no acudirá, creerá que lo he traicionado. Ha encontrado otra tumba en el Cementerio de los Monos, pero… -miró a Nefret-. Pero ustedes ya lo saben, ¡estaban escuchando!

Los estaba acusando. Ramsés, que, en mi opinión, sufre de una conciencia extremadamente sensible, ni tan siquiera hizo ademán de querer excusarse.

- Deberías estar contenta de que lo hiciéramos -le dijo-. No tienes nada de qué avergonzarte, Jumana. Le dijiste que no robarías para él, trataste de convencerlo para que se entregara y, ahora, has confesado por voluntad propia.

- Siempre y cuando lo haya dicho todo -añadí al ver que Jumana respondía a sus elogios con una sonrisa. Los jóvenes se recuperan pronto, y ello es bueno, porque meditar sobre problemas pasados es una auténtica pérdida de tiempo; pero, a pesar de todo, no convenía dejarla escapar con tanta facilidad-. Estamos dispuestos a darte una segunda oportunidad, Jumana, pero si llego a saber que nos has ocultado algo…

- No, no, ¡lo juro!

- De modo que ha encontrado una nueva tumba, ¿verdad? -dijo Emerson pensativo-. Ese joven sinvergüenza tiene talento.

Fruncí el ceño a Emerson, quien tiene la tendencia a distraerse fácilmente con especulaciones arqueológicas, y seguí interrogando a la muchacha.

- ¿Cómo se puso antes en contacto contigo?

- Ayer, en Gurna, me entregaron un mensaje: apenas un trozo de papel con unas cuantas palabras garabateadas. Fue Mohammed Hammad.

* * *

Dando muestras de su ingenio para maldecir, Emerson aceptó detenerse en Gurna, camino de las excavaciones, para interrogar a Mohammed Hammad. El pueblo estaba inmerso en sus quehaceres cotidianos y todos nos saludaron con educación. Sin embargo, cuando preguntamos por Hammad descubrimos que el pájaro había volado. Su mujer, la más vieja de ellas, nos dijo que tenía algo que hacer en Coptos. Su hijo nos dijo que se había ido a El Cairo. Uno de sus conocidos fue algo más comunicativo.

- Cuando se enteró de la muerte de Abdul Hassan huyó, Padre de las Maldiciones. Yo hubiera hecho lo mismo. -Con aire pesaroso, añadió-: Yo no fui uno de los que robaron en la tumba.

- Tendrías que dar gracias a Alá por ello -dijo Emerson-. Y prestar más atención a sus leyes. Ya has visto cómo castiga a los

malhechores.

- El Corán no dice nada sobre el robo de tumbas, Padre de las Maldiciones.

Emerson dejó de fruncir el ceño para mirarlo con gran interés. Mi marido disfruta también discutiendo sobre teología, de modo que, antes de que nos desviara del asunto principal, intervine.

- ¿Te dijo Mohammed de qué tenía miedo? -inquirí.

El hombre parecía dubitativo y no apartaba la mirada de la mano de Emerson, que seguía metida en el interior de uno de sus bolsillos. Sabía que bastaría pronunciar un nombre para obtener más *bacshish*, pero asimismo sabía que si se descubría que mentía sería víctima de la ira del Padre de las Maldiciones.

- No hizo falta. Una muerte puede ser accidental, pero dos constituyen una advertencia. Jamil los amenazó y ellos se rieron de él. -Encogiéndose de hombros, extendió las manos-. Ahora ya no se ríen.

- Ah -dijo Emerson-. Habrá una recompensa para quien nos diga dónde se esconde ese muchacho.

- ¿Una gran recompensa? -El hombre reflexionó durante unos instantes y se volvió a encoger de hombros-. Al muerto no le sirve el dinero, Padre de las Maldiciones.

- Te crees todo un filósofo, ¿verdad? -observó Emerson en inglés.

Tras dejar caer unas cuantas monedas más sobre la palma morena y curtida, se dio la vuelta para marcharse.

La entrevista había tenido lugar en la calle, si es que se la podía llamar así; en claro contraste con el antiguo pueblo de trabajadores, trazado en forma de parrilla, las casas de Sheikh el Gurna habían sido embutidas en cualquier espacio que estuviera disponible: por las laderas de la colina, alrededor de las tumbas de los nobles del Imperio… Algunos de los enterramientos menos importantes y carentes de inscripciones habían sido ocupados y su patio anterior, donde se solían hacer las ofrendas en honor de los muertos, cumplía ahora la ignominiosa función de establo para las bestias de los nuevos inquilinos. Justo enfrente de muchas de aquellas tumbas excavadas en la roca se levantaban unas estructuras cilíndricas de ladrillos de adobe, semejantes a champiñones gigantes cuyos bordes hubieran sido vueltos hacia arriba y que servían tanto de graneros como de dormitorios. El hueco en lo alto de las mismas se

encontraba a salvo de los escorpiones y, a lo largo del borde, había incluso salientes en forma de huevera para colocar las tinajas de agua; una interesante e inusual adaptación a las condiciones de la zona que me permito mencionar para ilustración del lector.

Tras avanzar unos pocos metros, Emerson se detuvo.

- Mohammed no pudo recibir la nota de manos de Jamil.

Podía haberlo acusado, al igual que él hace conmigo; de sacar conclusiones precipitadas, pero en aquel caso tenía razón.

- No había pensado en ello -acepté con elegancia-. Es lógico que Jamil no quisiera mostrarse abiertamente en el pueblo ni arriesgarse a que lo traicionara uno de los hombres a los que él había amenazado.

- Pero pudo venir sin ser visto, de noche, a una casa donde supiera que al menos una de las personas que habitaban en ella podía acogerlo bien -propuso Emerson.

Un silencio, breve y algo violento, siguió a sus palabras. Jumana no se había despegado de mí: era evidente que se sentía incómoda en el pueblo donde había nacido. No podía ser de otro modo: su modo de vestir la convertía en blanco de miradas hostiles y curiosas, en su mayor parte provenientes de las mujeres de más edad.

- ¿Se refiere a mi padre? -preguntó.

- Sí -admitió Emerson-. ¿Qué es lo que piensa de Jamil?

- No he vuelto a hablar con él desde que me dijo que abandonara su casa y que no volviera más a ella.

No había mucho que decir ante una cosa así. Por la dureza y la frialdad de su tono de voz, comprendí que ni siquiera una manifestación de pesar sería bienvenida.

- Quería ir a visitar a Yusuf antes de que sucediera todo esto -dije-. ¿Os parece que vayamos ahora?

Emerson se sacó su reloj, lo miró y, tras emitir un gemido, dijo:

- Llegamos ya con retraso.

- Entonces id vosotros delante -dije-. Tú y Jumana. Nefret y yo le preguntaremos por su salud y le ofreceremos nuestros conocimientos médicos. Ramsés vendrá con nosotras. No, Emerson, creo que es la mejor solución. Entrarías como un energúmeno en la casa e intimidarías al pobre anciano hasta que lo confesara todo. Mis métodos inquisitorios…

- Sé de sobra cómo son -dijo Emerson mirando con desconfianza mi sombrilla, que, hasta ese momento, había estado usando como bastón-. Bueno, está bien.

Se marchó enfadado y dando zancadas. Jumana me lanzó una mirada llena de agradecimiento y salió trotando detrás de él. El resto de nosotros subió a la colina en dirección a la casa de Yusuf, que era una de las más bonitas del pueblo. Mientras recorríamos el tortuoso sendero que serpenteaba entre graneros, muros y montones de basura, no podía dejar de pensar que se trataba de un lugar magnífico para jugar al escondite o para ocultar a un fugitivo que conociera cada recodo del mismo y las entradas ocultas de las tumbas.

Nuestra llegada no pasó inadvertida; nos seguía un buen número de curiosos, algunos de los cuales se adelantaron para anunciar que estábamos de camino, de modo que cuando llegamos al patio que había ante la casa la totalidad de sus habitantes estaba ya allí para saludarnos. La mayor parte de ellos eran mujeres y niños; los hombres, hábiles trabajadores, como la práctica totalidad de los parientes de Abdullah, habían sido empleados por nosotros o por Cyrus.

La cortesía exigía que aceptáramos unos refrescos y fue necesario proceder, además, con el ritual formal de bienvenida antes de que yo pudiera iniciar mis averiguaciones. Al preguntar por Yusuf, en un principio nadie me respondió. Poco después, su primera mujer, una menuda y anciana señora llena de arrugas cuyo aspecto hacía pensar que podría ser derribada por un fuerte viento pero a quien yo había visto transportar pesos que a mí me habrían roto la espalda, dijo:

- Está en la mezquita. Lamentará mucho no haberlos visto.

- No es la hora de la oración -dijo Ramsés.

- El reza siempre -fue la contestación-. En la mezquita, aquí o en cualquier parte. ¿Quiere más té, Sitt?

Tras presentarle nuestras excusas, salimos de allí.

- Creí que le iba a preguntar por Jamil -dijo Nefret mientras bajábamos de la colina.

- No creo que sepan mucho más que nosotros -le repliqué-. La madre de Jamil murió hace tiempo y presumo que las madres de los restantes hijos de Yusuf quedaron secretamente encantadas cuando

vieron caer en desgracia al favorito del viejo. El nunca acudiría a una de ellas a pedir auxilio.

- Me pregunto si Yusuf reza por él -dijo Nefret distraída.

- Podríamos probar a adivinarlo -dijo Ramsés algo secamente-. Quizá estemos sobre la pista falsa, madre. ¿Se ha dado cuenta de que ni Jamil ni Yusuf saben leer ni escribir?

- ¿Estás seguro?

- Lo estoy con Yusuf. Jamil tampoco dio muestras de saber hacerlo cuando trabajó para nosotros, pero -admitió Ramsés- puede que nos lo ocultara tan solo porque fuera algo torpe. Y, además, puede que haya aprendido a hacerlo desde entonces.

Unió sus manos para que, apoyando el pie sobre ellas, yo pudiera subir al caballo.

- Bueno -dije-, hemos hecho todo lo que se podía hacer por el momento y las especulaciones no nos llevarán mucho más lejos. Tal vez el último incidente haya convencido a Jamil de que debe abandonar Luxor.

Cuanto más pensaba sobre ello, menos me parecía que Jamil fuera capaz de asesinar a sangre fría. El ataque a Nefret no había sido deliberado; había respondido como un animal acorralado: movido por auténtico pánico. En lo que respecta al cadáver que habíamos encontrado en la tumba, no había evidencia alguna de que fuera Jamil el responsable, ni tampoco sabíamos a ciencia cierta cómo había muerto aquel hombre. Podía haber sido golpeado en la cabeza o empujado a un precipicio o, incluso, haber caído por accidente. (Aunque esta última posibilidad me parecía la menos probable de todas).

Lo más preocupante era, sin embargo, que Jamil hubiera afirmado haber encontrado otra tumba, y no porque yo lo creyese, sino porque me temía que Emerson sí que lo había hecho. El chico era un fanfarrón y un mentiroso y se me ocurrían unas cuantas razones que podrían haberlo llevado a tratar de confundirnos. En mi opinión, lo más sensato hubiera sido hacer caso omiso de sus cabriolas por los despeñaderos de los *wadis* occidentales. Puede que fuera lo suficientemente estúpido para suponer que podía asustarnos y alejarnos de allí, aunque lo más probable era que lo único que intentara fuera llamar nuestra atención para que lo siguiéramos. Pero si había adquirido la costumbre de arrojar a la

gente a los precipicios…

Tan pronto como llegamos a Deir el Medina hice un aparte con Emerson para explicarle mis conclusiones. Me escuchó ceñudo y en silencio, pero cuando empecé a contarle que nos había resultado imposible hablar con Yusuf, me cortó con un movimiento de la mano.

- Suponía que no sacaríamos nada en claro de él de todos modos, Peabody. Al infierno con él y con Jamil.

Hacia el final de la semana habíamos acabado de inspeccionar el lugar y lo habíamos dividido en cuadrados regulares. Emerson había decidido excavar de nuevo la zona que había examinado ya nuestro predecesor, y he de decir que la sabiduría que encerraba su decisión pronto se hizo evidente: hallamos un buen número de objetos interesantes, entre los que se encontraba una cesta de papiros. A pesar de que estaban en terribles condiciones, los ojos de Ramsés se iluminaron al verlos y durante varias noches trabajó hasta tarde en el pequeño laboratorio que había instalado en la casa, dedicado a repararlos y restaurarlos con el máximo cuidado.

Sennia vino con nosotros en dos ocasiones y se divirtió tanto corriendo de una persona a otra para «ayudarlas» que Gargery tuvo que llevársela a la cama tan pronto regresamos a casa y yo tuve que indicarle que no hacía falta que la siguiera tan de cerca, ya que el lugar estaba cercado, docenas de personas trabajaban allí y, además, le había prohibido terminantemente a la niña que subiera a las escombreras.

Gargery sacudió la cabeza.

- Ya sabe cómo es, señora, si quiere es capaz de desaparecer en un abrir y cerrar de ojos y se mueve por todas partes, no para ni tan siquiera un segundo. ¿Y si ese canalla de Jamil tratara de llevársela o se cayese en uno de los agujeros que están cavando los hombres?

Pensé que era mucho más probable que fuera Gargery el que acabara dentro de uno de ellos, pero me fue imposible disuadirlo. Las sospechas que abrigaba hacia Jumana complicaban aún más los deberes que se había impuesto a sí mismo; consideraba que habíamos sido unos ingenuos al creer que había cambiado y por ello intentaba no perderla de vista a ella tampoco, al mismo tiempo que controlaba a Sennia. Entre unas cosas y otras, los días que pasamos con la niña fueron muy ajetreados. *Horus* fue, en concreto, una de

aquellas «cosas». Si lo dejábamos en casa, se dedicaba a asustar a las doncellas y a ir, furioso, de un lado a otro, rompiendo nuestros pequeños objetos de valor y los muebles. Su empeño en seguir a Sennia allá donde fuera provocó algunas desagradables escenas entre él y Gargery.

El otro gato causaba muchos menos problemas. Se había recuperado de forma admirable y, una vez limpio, había resultado ser una criatura bastante bonita, con un interesante dibujo de manchas negras en la piel con forma de aros en la cola, pero tampoco quería quedarse en casa. Seguía por todas partes a Ramsés, trotando detrás de él. Maullaba lastimosamente cuando este trataba de ir a las excavaciones y se escapaba de cualquier encierro en el que lo quisiéramos mantener. Ramsés se negaba a que lo metiéramos en una jaula y las puertas cerradas y las contraventanas no eran impedimento suficiente. No podía imaginarme cómo conseguía escapar, pero Sennia sí.

- Es el *Gran Gato de Ra**-anunció-. Tiene poderes mágicos.

Ramsés arqueó las cejas mostrando un silencioso escepticismo mientras contemplaba a la diminuta criatura, sentada sobre su rodilla.

- Sé que no es demasiado grande por el momento, pero crecerá -prosiguió Sennia.

Nefret había pensado llamarlo Osiris, ya que virtualmente había regresado de la muerte, pero desde aquel momento fue el Gran Gato de Ra, y el animal no tardó demasiado en responder a aquel nombre. Emerson, amante de los gatos y poseedor de un sentido del humor algo infantil, encontró muy divertido vociferar aquel apelativo tan sonoro y oír responder a sus llamadas a un minúsculo gatito de pelo ensortijado. Al principio, *Horus* se sentía fascinado por la criatura. Preso de lo que parecía ser un erróneo instinto maternal, lo lamía hasta hacerlo chillar y lo transportaba de un lado a otro en su boca. A la larga, acabó por aburrirse. Sucede a menudo, incluso entre los seres humanos.

Hacia el final de la semana, Emerson propuso que dejáramos de trabajar algo más temprano y nos acercáramos hasta Medinet Habu para ver cómo le iban las cosas a Cyrus. Visto que no podía quedarse en casa, el gato vino con nosotros. Era todavía muy pequeño, de modo que cabía perfectamente en uno de los bolsillos

de Ramsés y

* Ra es dios del sol y de la creación y una de las deidades más importantes del panteón egipcio. Durante la V dinastía se convirtió en el dios de los faraones. (N. de la T.)

tengo que decir que resultaba curioso ver cómo se sujetaba con las garras para asomar la cabeza y contemplar el mundo con ojos de asombro. Nuestros gatos tienen una considerable reputación en Egipto, ya que la gente piensa que están dotados de poderes sobrenaturales. Sospechaba que éste sería uno de ellos.

Durante la era de las pirámides, los templos dedicados al culto funerario de los monarcas muertos se construían junto a los monumentos. Cuando los faraones de la XVIII dinastía decidieron esconder sus tumbas en las profundidades de las montañas occidentales, tuvieron que buscar también un lugar donde construir los templos. Hubo un tiempo en que un buen número de ellos se extendían en fila, bordeando los cultivos. La mayor parte se encontraban ahora en estado ruinoso, pero Medinet Habu, el templo de Ramsés III (al que no hay que confundir con Ramsés II) se conservaba bien y seguía ofreciendo aspectos interesantes. Las torres fortificadas de la entrada estaban decoradas al estilo convencional, con relieves que mostraban al faraón castigando a sus enemigos, pero el interior contenía encantadoras escenas donde se le podía ver divirtiéndose con las damas de la corte. (Me apresuro a añadir que en tales imágenes no había vulgaridad alguna.) El primer gran pilono se conservaba intacto, con sus muros y las paredes de los patios y las columnatas cubiertos de relieves e inscripciones. El lugar había cumplido la doble función de residencia y de lugar de culto; apenas un montón de ladrillos de adobe indicaba el sitio exacto donde antes se había levantado un palacio. Junto a los monumentos de Ramsés III había otras dos estructuras, a una de las cuales, iniciada durante la XVIII dinastía, diferentes soberanos habían ido añadiendo elementos hasta llegar al período romano. El otro complejo, más pequeño, pertenecía a las esposas del dios Amón*, quienes habían alcanzado un rango casi real en Tebas durante las últimas dinastías. Aquella era el área que Cyrus estaba excavando.

Tras atravesar las torres de la entrada, nos internamos en un patio abierto. La mirada penetrante de Emerson barrió los

alrededores del mismo, pasando del templo más pequeño, que se encontraba a nuestra derecha, a los grandes pilonos de Ramsés III y, de ahí, a las capillas de las esposas del dios. Su atractivo rostro mostraba a todas luces la emoción que sentía: pura y simple codicia. Como egiptólogo, Emerson sentía una pasión especial por los templos, parecida a la que yo sentía por las pirámides, y llevaba años deseando trabajar en Medinet Habu. No obstante, según me había reconocido el año anterior, aquel era un trabajo para toda una vida. Ahora me lo volvió a repetir mirando con melancolía a su alrededor, como un hombre que trata de convencerse a sí mismo de algo que sabe que es verdad pero que no quiere creer.

- No disponemos del personal necesario -dije, repitiendo de nuevo lo que ya le

* Amón es una deidad egipcia reverenciada como rey de los dioses. Se convirtió en patrón de los faraones bajo el reinado de Mentuhotep II. Durante ese mismo período también se identificó con el dios Ra. Como Amón-Ra pasó a ser considerado dios nacional. (N.de la T.)

había dicho en su día-. Y no creo que sea posible contratar especialistas a estas alturas. Muchos de nuestros colegas más jóvenes están en el ejército.

- Condenada guerra -refunfuñó Emerson-. Pero si pudiéramos contar con Lía y David, y con Walter y Evelyn…

- Sí, querido, eso sería estupendo y espero de corazón que un día se puedan reunir con nosotros. Pero, hasta entonces, debemos aprovechar al máximo aquello que el destino nos ofrece y aceptar lo bueno con gratitud y lo malo con resignación.

- ¡Por Dios! -dijo Emerson, y se alejó dando pisotones hacia el recinto rodeado con una cuerda donde trabajaban los hombres de Cyrus.

Este se mostró encantado de vernos y nos ofreció una taza de té que Emerson rechazó sin consultar a nadie.

- Quiero que antes echemos un vistazo por los alrededores, Vandergelt.

- Si has venido hasta aquí esperando que te mostrase algo nuevo, me temo que has perdido el tiempo -dijo Cyrus malhumorado.

Nos condujo, sin embargo, hasta el pequeño edificio. En el dintel de la puerta había algunas hileras de jeroglíficos que Ramsés

examinó con ojo experto. El gatito, subido a uno de sus hombros, se inclinó hacia adelante y los estuvo observando también muy concentrado; casi estuve a punto de pedirle que me los tradujera.

- ¿Qué pone? -pregunté a Ramsés.

- Es una invocación a los visitantes, se les pide que recen por la adoradora del dios, Amenirdis, y por su sucesor, quien construyó la capilla en su honor. «Oh, vosotros los vivos que seguís sobre la tierra… si amáis a vuestros hijos y queréis que hereden vuestro rango, esperanzas, lagos y canales… por favor, decid…», y después sigue la oración habitual en la que se pide pan, cerveza y todo aquello que pueda ser bueno para el espíritu de la dama.

- ¡Qué dulce! -exclamé.

Ramsés me dirigió una mirada divertida.

- Lo cierto es que no. La dama lo pide con amabilidad, pero la inscripción acaba con una amenaza: si el visitante no pronuncia las palabras adecuadas, él y su esposa se verán afligidos por la enfermedad.

El patio anterior abierto, con columnas a ambos lados, conducía a un santuario cerrado. A la derecha del edificio, que era al mismo tiempo tumba y templo funerario, se encontraban dos pequeñas capillas dedicadas a una reina y a otras dos esposas del dios. El inusual rango de estas damas me había intrigado siempre. Hijas todas ellas de faraones, no se casaban con faraones, sino que se convertían en esposas del dios Amón, quien, aparentemente, había perdido la habilidad de procrear como había hecho durante la XVIII dinastía, cuando visitaba a la reina encarnado en su esposo y engendraba al heredero real. Aquellas esposas del dios, que también llevaban el título de adoradoras del mismo, no daban a luz a sus propios hijos, sino que adoptaban a sus sucesores. La razón era política: el último período de la historia de Egipto fue muy turbulento y el trono cambiaba constantemente de manos: del faraón al usurpador, de éste al conquistador y de nuevo al faraón. Muchos de aquellos hombres residían en el norte y enviaban a las hijas reales a Tebas a ocupar el puesto de esposa del dios, asegurando con ello una cierta continuidad y legitimidad.

A tal posición correspondía un gran honor y quien la ostentaba se veía rodeada de lujo y prestigio, pero, a pesar de todo, yo me había preguntado en muchas ocasiones por el destino de aquellas

mujeres. Condenadas a un celibato que duraría toda su vida, privadas de la alegría de la maternidad, ni tan siquiera tenían el placer del poder que las compensase de todo aquello, ya que es muy probable -dado que los hombres siempre han sido igual- que se tratara de meras figuras representativas, controladas por el rey y por la poderosa nobleza de Tebas.

Sin embargo, no negaría por ello ciertas ventajas al celibato si la alternativa era un matrimonio de estado con un hombre poco afectuoso y no amado. Y en cuanto a las alegrías de la maternidad… Miré a Ramsés, quien se paseaba de un lado a otro examinando la inscripción. El interior de la cámara estaba cerrado y carecía de iluminación, de manera que nos veíamos obligados a usar lámparas. Las sombras perfilaban el bello trazo de sus rasgos y la sonrisa apenas esbozada sobre sus labios mostraba hasta qué punto se hallaba concentrado. Sí, había valido la pena, a pesar de que hubiera tenido mis momentos de serias dudas. De todas formas, con los niños no siempre se obtiene un resultado como el mío.

Inspeccionamos las otras capillas, cuyo estado de conservación no era tan bueno. En el suelo de una de ellas algunas de las piedras que lo cubrían habían sido levantadas y en su lugar se abría un agujero de trazado irregular.

- Ni tan siquiera he encontrado ningún maldito objeto ahí abajo -se lamentó Cyrus. Emerson lo miró furioso.

- ¡Maldita sea, Vandergelt! Ya te dije que las cámaras funerarias estaban vacías. Lo mejor será que vuelvas a colocar el pavimento antes de que algún estúpido turista se caiga dentro.

- Pensé que quizá podía haber dentro otro enterramiento -dijo Cyrus tratando de defenderse-. Hay cuatro capillas y hubo cinco esposas del dios.

- Más de cinco -dijo Ramsés y procedió a enumerarlas. Sus nombres tenían una cadencia exótica, casi poética-: Karomama, Tashakheper, Shepenwepet, Amenirdis, Nitocris, Ankhnesneferibre.

- Entonces, ¿dónde se encuentran sus restos? -preguntó Cyrus-. ¿Y los sarcófagos y las momias de las que fueron enterradas aquí?

- Jumana me lo preguntó una vez -dijo Ramsés-. Tiene la romántica idea de que fueron escondidas para protegerlas de los ladrones de tumbas.

- Tonterías -gruñó Emerson.

- Sabemos que dos de los sarcófagos están, o estaban -expliqué-, en Deir el Medina, en tumbas excavadas en lo alto de la ladera de la colina. Fueron llevados hasta allí por individuos que querían usarlos para sus propios enterramientos. De hecho, sobre uno de ellos se volvió a inscribir el nombre y los títulos de… mmm…

- Pamontu -dijo Ramsés-. Un sacerdote del período tolemaico o del principio de la época del período romano, aproximadamente quinientos años después de que la última de las esposas del dios muriera y fuera enterrada.

- Eso es justo lo que iba a decir, Ramsés.

- Disculpe, madre.

- Parece probable, sin embargo -continué, aceptando sus excusas con un movimiento afirmativo de la cabeza-, que ya en el siglo I a. C, en los enterramientos originales aquí, en Medinet Habu, quedaban únicamente los sarcófagos. Eran demasiado pesados y carentes de valor para ordinarios…

- Sí, sí, Peabody -dijo Emerson-. Vandergelt, eres tan torpe como Jumana. A ella se le puede perdonar, pero tú deberías saberlo. Los ladrillos que se encuentran al oeste de aquí pueden ser los restos de la quinta capilla.

- Abu y Bertie trabajan allí ahora -dijo Cyrus, haciendo un gesto vago en aquella dirección-. Hasta el momento no ha habido suerte. Empiezo a cansarme de esto, Emerson.

- ¿De qué?, ¿de las capillas? Espero que no estés pensando en cambiar de área. Te faltan los hombres necesarios para trabajar en templos más grandes.

- ¡Lo sé de sobra! -Mirando hacia Ramsés, que, en ese momento, hablaba con Nefret, bajó la voz-: La verdad, Emerson, es que ninguno de nosotros tiene los conocimientos que se requieren para este trabajo. Sin duda alguna, podemos rastrear el lugar y trazar los planos adecuados, pero nos hace falta alguien que sea capaz de copiar las inscripciones y los relieves.

- No cuentes con Ramsés -dijo Emerson.

- Emerson… -murmuré.

- ¡Bueno, no puede! Lo sé, siempre he dicho que el muchacho puede hacer lo que quiera pero… Mmm… ¡Maldita sea, Vandergelt!, robar a alguien del equipo de otro es la cosa más baja, más despreciable…

- ¡Maldita sea, Emerson, no haría nada por el estilo!

El tono airado de sus voces había acabado por llamar la atención de Ramsés.

- ¿Cuál es el problema? -preguntó.

- No hay ningún problema -afirmó Cyrus-. Mmm… Escucha, Emerson, he pensado que… ¿Qué te parece si hacemos un intercambio? Tú te quedas con Medinet Habu y yo me voy a Deir el Medina.

Emerson abrió la boca dispuesto a emitir un grito de protesta pero, en lugar de eso, su ceño se suavizó y se limitó a frotarse la barbilla.

- Mmm -dijo.

- ¡Cyrus, es una proposición atroz! -exclamé-. ¡No puedes intercambiar emplazamientos arqueológicos como si se tratara de utensilios de cocina!

- No veo quién puede impedírnoslo -insistió Cyrus con terquedad-. El Service des Antiquités ha obtenido ya bastante de esta zona como para molestarse con dos respetables excavadores como nosotros. ¿Qué dices, Emerson, viejo amigo?

La cara de Emerson se ensanchó cuando sonrió de oreja a oreja.

- Quieres investigar en esas tumbas de Deir el Medina.

- Cualquier tumba es mejor que ninguna -replicó Cyrus-. Y no hay ninguna aquí. Lo que de verdad me gustaría es organizar una expedición al Cementerio de los Monos, pero…

- Te romperías el cuello trepando por esos *wadis* -afirmó Emerson enérgico-. Y perderías el tiempo. El método más práctico para localizar tumbas en esa zona es seguir a los *gurnawis*… o salir después de una fuerte tormenta, como hacen ellos.

- Bueno, no parece que vaya a llover. Vamos, Emerson, es un trabajo que parece hecho a medida para Ramsés, míralo.

Lo cierto es que parecía estar divirtiéndose. Tanto él como Nefret se encontraban absortos en los relieves… y en ellos mismos. Lentamente, iban recorriendo el muro, cogidos de la mano y hablando en voz baja. Con mi habitual agilidad mental, consideré los pros y los contras de la propuesta de Cyrus. Había un buen número de cosas a su favor. Era necesario dejar constancia de los relieves antes de que el paso del tiempo y los vándalos los destruyeran. Era el lugar perfecto para poner en práctica la técnica

fotográfica de copiado que había desarrollado Ramsés, y Nefret podría trabajar a su lado… junto a él, en una zona bonita, segura y cerrada. Y, al mismo tiempo, Emerson podría disfrutar metiendo la nariz en todas aquellas ruinas. No obstante…

- ¿De acuerdo, entonces? -preguntó Cyrus esperanzado.

- ¿De acuerdo en qué? -preguntó Nefret, dándose la vuelta.

- Ven a tomar un té con Bertie y conmigo y te lo contaré todo -contestó Cyrus.

Al abandonar la capilla, me quedé rezagada contemplando el dintel esculpido.

- «El rey ofrenda un millar de panes y cerveza y cualquier otra cosa buena…»

- ¿Dijo algo, madre? -preguntó Ramsés.

- Solo… mmm… tarareaba una canción, Ramsés.

- ¿Qué es lo que está tramando ahora nuestro padre?

- Prefiero que sea él el que te lo diga, querido.

Y nos lo dijo, sin preguntar a nadie su opinión y sin expresar la más mínima reserva. Sin embargo, habiendo tenido tiempo para reconsiderar la cuestión, yo sí que había encontrado algunas. Era muy posible que *Monsieur* Lacau, el sustituto de Maspero como jefe del Departamento de Antigüedades, no descubriera durante algún tiempo que habíamos violado las reglas ya que había regresado a Francia para tomar parte en la guerra, dejando a su segundo de a bordo, Daressy, al mando de todo. Daressy era una persona afable, a quien conocíamos desde hacía algunos años, pero incluso él podría sentirse ofendido si procedíamos sin su permiso.

Consideraciones de este tipo no entraban en la cabeza de Emerson. Siempre había hecho exactamente lo que quería, asumiendo las consecuencias (con una buena dosis de gruñidos). Al darme cuenta de que Ramsés me miraba fijamente con las cejas arqueadas, recordé alguna de ellas: en una ocasión habíamos llegado a ser expulsados para siempre del Valle de los Reyes, después de que Emerson insultara al señor Maspero y a todos los que se encontraban en los alrededores.

Carraspeé.

- Tal vez deberíamos pensárnoslo todavía un poco antes de decidir, Emerson.

- ¿Por qué? -preguntó mi marido-. Es una idea excelente. Ramsés

disfrutará copiando las inscripciones…

- Prefiero continuar en Deir el Medina, padre -intervino Ramsés cortés, pero firme. Emerson lo miró sorprendido y yo le hice un gesto de asentimiento con la cabeza. Le había llevado algún tiempo reunir el coraje suficiente para enfrentarse a su padre-. El lugar es único -continuó Ramsés-. ¿Se da cuenta de lo que podemos aprender allí? Por de pronto, hemos encontrado ya un escondrijo lleno de papiros y algunos óstraca con inscripciones. Ambos descubrimientos me confirman que los que vivían en aquel pueblo eran artesanos y artistas que trabajaron en la construcción de las tumbas reales del Valle de los Reyes.

- Servían en el Lugar de la Verdad -le interrumpió Emerson-. Algunos expertos piensan que se trataba de sacerdotes.

- Los títulos adicionales indican otra cosa. Delineantes, arquitectos, capataces…

- Está bien, está bien, muy interesante -dijo Emerson, quien había perdido todo interés casi al instante-. Tu opinión cuenta mucho para mí, muchacho, por supuesto. Hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

Había tomado una decisión y no tenía ninguna intención de reconsiderarlo. Cuando Cyrus le recordó que le habíamos prometido que asistiríamos a una de sus populares *soirées* aquella noche, ni tan siquiera maldijo.

Me dirigí entonces a Bertie; parecía algo meditabundo y no había vuelto a abrir la boca después de saludarnos.

- ¿Qué piensas tú, Bertie?

El sol había aclarado su pelo castaño y su cara estaba bronceada de modo que todo él era ahora de color castaño claro. No se podía decir de él que fuera muy guapo, pero su sonrisa, agradable e inocente, resultaba atractiva.

- Estaré de acuerdo con lo que decidan, señora Emerson. Tan solo soy mano de obra, como diría Cyrus.

- Pareces muy pensativo -insistí-. ¿Te encuentras bien?

- Oh, sí, señora. Gracias.

- Entraste en el mundo de la arqueología para agradar a Cyrus -le dije, dándole unas palmaditas en la mano- y eso fue todo un gesto por tu parte, Bertie, pero él no querría que siguieras adelante si no te gusta.

- Haría mucho más por él. -Bertie se sonrojó levemente, tal y como les suele pasar a los caballeros ingleses cuando muestran sus emociones-. Ha sido realmente bueno conmigo, ¿sabe? Solo deseo…

- ¿Qué, Bertie?

- Bueno… encontrar algo de primera clase para él. Y no es probable que eso ocurra -añadió con timidez-. Entusiasmo no me falta, señora Emerson, pero nunca llegaré a ser tan bueno como Ramsés. O como usted, señora.

- Nunca se sabe -dije-. Muchos de los grandes descubrimientos han sido casuales. No hay razón alguna para pensar que no puedas conseguirlo como cualquier otro.

Tras finalizar nuestro té, volvimos a Deir el Medina a consultarlo con Selim y Daoud. Daoud no opinó nada al respecto; todo lo que hacía Emerson le parecía bien. Selim, en cambio, cruzó los brazos y miró con severidad a mi marido.

- Hemos tenido un buen comienzo aquí, Emerson.

- Cyrus y Bertie pueden continuar -contestó mi marido alegremente-. El muchacho se está convirtiendo en un excavador bastante bueno.

Selim miró a Jumana, quien en ese momento ayudaba a Ramsés a recoger los óstraca que habían sido hallados aquella mañana.

- ¿Quiere dejarla aquí con el *effendi* Vandergelt?

Emerson sonrió.

- ¿Te molestaría?

- No para de hablar, y lo hace en un tono demasiado alto. Y, además, no me fío de ella.

- Te estás volviendo tan cínico como tu padre -dije-. Estoy segura de que si Jamil trata de aproximarse a ella Jumana nos lo dirá. No has averiguado nada nuevo en Gurna, ¿verdad?

- No -admitió Selim.

- Entonces, si no tienes ningún otro inconveniente, Selim, seguiremos adelante con nuestro plan -dijo Emerson-. Daoud y tú vendréis con nosotros a Medinet Habu, por descontado. Y Jumana también.

- El *effendi* Vandergelt quiere buscar tumbas aquí -dijo Selim con severidad.

- Sin duda. -Emerson dejó escapar una risita-. ¿Qué hay de malo en ello?

La *soirée* en casa de Cyrus fue como todas sus fiestas: elegante y de buen tono. Como era un hombre muy hospitalario, invitaba siempre a todo aquel que podía, de modo que aquella noche la compañía era muy variada: amigos que vivían desde hacía mucho tiempo en Luxor, turistas, unos pocos compañeros de profesión -demasiado pocos, por desgracia, en aquellos terribles tiempos- y algunos miembros del ejército. Yo había llegado a un punto en que la sola visión de un uniforme conseguía deprimirme. Rezaba para que llegara el momento en el que todos los que lo vestían pudieran finalmente deshacerse de él y regresar a sus vidas normales. Todos los que hubieran sobrevivido.

Di un sorbo al champán que Cyrus me había servido y me dije a mí misma que tenía que animarme. Ninguna sombra oscurecía el arrugado rostro de Cyrus; lo cierto es que era un hombre verdaderamente afortunado. Rico y respetado, felizmente casado, volcado en un trabajo que amaba, le faltaba tan solo una cosa para acabar de llenar la copa, y Bertie se la había dado: la devoción y el afecto de un hijo y un compañero de trabajo.

- ¿En qué estás pensando, Amelia? -me preguntó Cyrus-. Pareces algo melancólica. ¿Acaso ha vuelto a aparecer ese canalla de Jamil?

- No, no hemos vuelto a saber nada de él. Siento que parezca que no me divierto mucho, pero estoy dispuesta a cumplir con mi deber y entretener a tus invitados. ¿Hay alguien en especial que quieres que tranquilice, divierta o soliviante?

Cyrus se rió entre dientes.

- Especialmente lo último. Lo que tú prefieras, Amelia, pero si quieres encarnizarte con alguien, dirígete a Joe Albion. Fue mi rival en el mundo de los negocios hace unos años y tiene una de las mejores colecciones privadas de antigüedades en el mundo. No quiero ni imaginarme cómo ha conseguido algunas de ellas.

- No sabía que lo conocías -dije, reconociendo la forma oronda y la cara redondeada y colorada del señor Albion-. El y su familia vinieron con nosotros en el barco y el otro día nos los encontramos cerca de Deir el Bahri. Son, verdaderamente, una extraña familia. El señor Albion nos preguntó si le podíamos presentar a algunos ladrones de tumbas.

- ¡Ese condenado! -exclamó Cyrus con énfasis. Muy propio de Joe, desde luego.

- Creí que estaba bromeando, parece un hombre muy jovial.

- Joe el jovial -Cyrus sonrió pero, al mismo tiempo, empezó a tirar de su barba de chivo dando muestras evidentes de inquietud-. No permitas que te engañe, Amelia. Tiene fama de ir directo a la yugular.

- Su mujer parece estar consagrada a él.

- Es un matrimonio un tanto extraño -admitió Cyrus-. Ella desciende de una de las familias más distinguidas de Boston y Joe, en cambio, es tan vulgar como la inmundicia. Nadie entiende cómo ella se pudo casar con él, pero lo cierto es que ahora vive como una reina… y al muchacho lo educaron como si fuera un príncipe.

Dado que no tenía un interés particular en hablar con los Albion, fui de un grupo a otro, prestando especial atención a aquellos que eran nuevos o que no parecían sentirse muy a gusto. Era mi deber, pero no puedo decir que disfrutara con él: muchos de los caballeros no hablaban de otra cosa que no fuera la guerra. Emerson no se había equivocado: los alemanes acababan de anunciar que iban a iniciar una guerra submarina sin limitaciones, por lo que cualquier barco aliado o perteneciente a una nación neutral podría ser, en el futuro, blanco de sus ataques. Todo ello colocaba a los turistas presentes en una extraña posición. Uno de ellos, un americano alto y distinguido llamado Lubancic, se tomó el asunto con filosofía.

- No podrán seguir adelante por mucho tiempo. Esto sacará de quicio al gobierno americano y no me extrañaría que nos viéramos involucrados en la guerra muy pronto. De todos modos -añadió con una sonrisa-, no está mal del todo verse retenido en un lugar como Egipto. Hay muchas cosas que ver y hacer y ahora que el turismo no está en uno de sus mejores momentos no resulta nada caro. ¿Piensa que podría dedicarme a excavar un poco, señora Emerson? Creo que es posible contratar a muchos lugareños.

Se trataba de una pregunta bastante frecuente: pocos visitantes entendían las normas que regulaban las excavaciones arqueológicas y muchos de ellos creían ingenuamente que lo único que había que hacer era encontrar una tumba llena de tesoros. Me dolió un poco tener que desilusionar al señor Lubancic, quien parecía ser una persona muy agradable, pero me sentí en la obligación de explicárselo.

- Primero hay que solicitar el permiso del Departamento de

Antigüedades y todas las excavaciones deben ser supervisadas por un arqueólogo experto. En estos momentos, no hay mucho personal de este tipo disponible.

- Los británicos y los franceses tienen otras cosas en qué pensar ahora, además de la arqueología -apuntó otro caballero-. Sin embargo, la guerra en este frente parece estar yendo bien. Los sanusí* se están retirando y los turcos han sido expulsados del Sinaí.

- Pero el avance británico se ha detenido a las puertas de Gaza -objetó el señor Lubancic.

- Conquistaremos Gaza, es solo cuestión de tiempo -dijo un oficial del ejército, acariciándose el bigote-. Johnny Turk no es una verdadera amenaza.

La insignia lo identificaba como un miembro del Estado Mayor; su gruesa figura y su cara sonrosada daban a entender que había luchado en la guerra tras una mesa de despacho. Otro oficial, algo más joven que él, le dirigió una mirada de velado desprecio.

- Johnny Turk fue una gran amenaza en Rafah, y Gaza no será fácil de tomar. La ciudad está rodeada de trincheras y han dispuesto fortificaciones en lo alto de las montañas a lo largo del camino que va de Gaza a Beersheba.

La conversación se transformó en una discusión sobre estrategia militar, así que yo presenté mis excusas. La lejana ciudad de Gaza carecía de interés para mí.

* Hermandad mística musulmana fundada en 1837 con el fin de propiciar un retorno a la vida simple del primitivo islam. Bien implantada en la Cirenaica a través de los clanes del sistema tribal existente, dirigió la lucha contra los italianos durante la II Guerra Mundial. (N. de la T.)

***DEL MANUSCRITO H:***

La *soirée* en casa de Cyrus fue como el resto de sus fiestas: elegante, de buen tono y llena de gente aburrida. Ramsés consideraba a Cyrus una compañía agradable, siempre y cuando no hubiera extraños presentes; no podía entender por qué estaba dispuesto a soportar y mucho menos a invitar- a una turbamulta tan variopinta como aquella. No había nadie con quien le apeteciera hablar. Su familia lo había abandonado: su madre charlaba con Katherine, Nefret se «mezclaba» con los presentes y su padre, cuyas

habilidades sociales eran la desesperación de su mujer, se había dirigido directamente a Bertie, ignorando al resto de los invitados. Por sus animados gestos y por la pose llena de deferencia de Bertie, Ramsés supuso que Emerson le estaba contando al muchacho lo que habían hecho ya en Deir el Medina y todo lo que habría que hacer en adelante.

Jumana se encontraba junto a ellos, muy favorecida con un vestido amarillo pálido que resaltaba su piel morena y su pelo negro, liso y brillante. Ramsés se preguntó qué le parecerían las reuniones como aquella. Incluso una persona con una seguridad en sí misma tan extraordinaria como la suya debía de sentirse algo acobardada ante tantos desconocidos, muchos de los cuales, al no saber muy bien cuál era su posición, la ignoraban o la trataban con desdén. Nunca se habrían atrevido a comportarse groseramente con uno de los huéspedes de Cyrus, pero era una egipcia y ellos no estaban acostumbrados a mezclarse en sociedad con los «nativos».

Guiados por la costumbre, sus ojos se dirigieron hacia su mujer. Al verlo, Nefret hizo descender uno de sus párpados en un discreto pero inequívoco guiño antes de volver a centrar su atención en la persona con la que estaba conversando. Se trataba de una mujer alta, majestuosa y cubierta de joyas que la hacían resplandecer; al girar esta su cabeza para señalar algo o alguien a Nefret, Ramsés supo que la había visto ya en alguna parte, aunque no podía recordar dónde.

Mientras disfrutaba con su papel de observador imparcial, alguien le tocó en el hombro y él se volvió.

Aquella cara sonriente le resultaba vagamente familiar, pero no fue capaz de identificarla hasta que el individuo no empezó a hablar.

- Albion, Joe Albion. Nos conocimos en el barco que nos trajo hasta aquí.

Ramsés no le contradijo.

- Me acuerdo de usted, señor, por supuesto.

El hombre soltó una carcajada.

- No, no te acuerdas en absoluto, joven. Intenté que nos conociéramos, pero hicisteis lo posible por evitarnos, amigo. ¿Te han dicho tu papi y tu mami que el otro día me los encontré en el sendero del Valle de los Reyes?

- Esto… no, señor.

- Le pregunté a tu papi si me podía presentar a unos cuantos ladrones de tumbas -prosiguió Albion-, y me dijo que no. Me pareció un tanto irritado.

«Mami» y «papi» se habían comportado bastante mal. El carácter moderado de aquella afirmación hizo que Ramsés se atragantara con el champán. Albion le dio unas palmaditas en la espalda.

- No deberías hablar y beber al mismo tiempo, joven. De todos modos, no me hace falta su ayuda: por aquí hay mucho sinvergüenza, sobre todo en ese pueblo… Gurna. El otro día hablé con un par de ellos.

- ¿Quién es? -preguntó Ramsés.

- Un tipo llamado Mohammed -Albion se rió satisfecho-. Todos parecen llamarse así por aquí.

Ramsés se había recuperado, a pesar de que todavía no podía creer que aquel hombre hablara en serio.

- Creo que sé a quién se refiere. Si se mezcla en negocios con él y sus amigos puede verse envuelto en serios problemas, señor Albion.

- Deja que sea yo el que se preocupe por eso. -La sonrisa seguía siendo amplia pero, por un instante, la mirada que cruzó por lo más profundo de sus ojos hizo que Ramsés se preguntara si Albion sería tan ingenuo e inofensivo como parecía-. Ven a conocer a mi hijo -dijo el hombre.

Su mano gordinflona asió el brazo de Ramsés con una fuerza inesperada y este se dejó remolcar hasta un joven que permanecía alejado del resto, algo cabizbajo, con una copa de champán en la mano y una expresión de reserva. «Probablemente, la misma expresión que tiene mi rostro», pensó Ramsés. O el joven señor Albion pensaba que los presentes no eran dignos de interés o se trataba, simplemente, de una persona muy tímida.

Al ver llegar a su padre acompañado de Ramsés, se estiró todo lo que pudo, lo que, en cualquier caso, no superó el metro ochenta. Si bien su rostro reservado y sus gafas eran los propios de un erudito, parecía gozar de buena forma física, aunque quizá a la zona media de su cuerpo le sobrara un poco de volumen. Sus rasgos finamente cincelados se ruborizaron levemente cuando su padre hizo las presentaciones.

- Imagino que vosotros dos, jóvenes, tendréis mucho que contaros -dijo Albion padre con jovialidad-. Tenéis que conoceros, ¿de acuerdo? No perdáis el tiempo con ceremoniales. La gente te llama Ramsés, ¿verdad? Imagino que se trata de una broma entre amigos. Ramsés, Sebastián; Sebastián, Ramsés -volvió a reírse alegremente-. Nunca entenderé el sentido del humor de los ingleses.

Entonces se alejó con rapidez, y Sebastián dijo:

- Encantado de conocerte. He echado un vistazo a tu libro de gramática egipcia; no me considero un experto en lenguas, pero me parece bastante bueno. Mi especialidad es el arte egipcio.

No era tímido.

- ¿Dónde estudiaste? -preguntó Ramsés.

- Harvard.

«Claro», pensó Ramsés. El acento, completamente distinto del de su padre, no dejaba lugar a dudas. Albion era lo que su madre habría descrito como «un hombrecillo del montón». A Ramsés le gustaba bastante aquel tipo de gente pero no por ello dejó de preguntarse cómo era posible que un hombre tan alegre y desinhibido como él hubiera generado un pedante arrogante y engreído como su hijo. No obstante, Sebastián no parecía avergonzarse del modo de comportarse de su padre, y eso era un punto a su favor.

Casi el único. El joven Albion siguió hablando y hablando. No se mostraba muy inclinado a reconocer que la universidad más antigua de América pudiera tener algo que ver con su nivel actual de erudición.

- El único modo de aprender algo sobre arte egipcio es a través del propio arte -afirmó-. Yo he tenido que hacerlo todo por mi cuenta. Prácticamente, he estudiado todo lo que el Metropolitan Museum y el Museo de Bellas Artes de Boston podían ofrecerme. Lógicamente, el paso siguiente era pasar todo un invierno en Egipto.

- ¿Y robar en alguna que otra tumba? -Finalmente, Ramsés había conseguido meter baza-. Confío en que tu padre estuviera bromeando sobre eso. Muchas personas, entre las que incluyo a mi padre, no lo encontrarían muy divertido.

- Pero es algo que no ha dejado de ocurrir, ¿no es así?

- Hasta cierto punto, pero…

- Sí, sí -dijo Sebastián con condescendencia-. Puedo entender qué es lo que siente la gente como vosotros al respecto. Ahora, mi libro…

Ramsés volvió a interceptar la mirada de Nefret e hizo una mueca. Fue una señal de dolor a la que ella respondió con una sonrisa y un leve gesto afirmativo de la cabeza.

Sebastián divagaba de nuevo. «Podría escribir un libro», pensó Ramsés. Uno de esos que jamás verían la luz porque el autor no se cansaría nunca de buscar material adicional. Ramsés había conocido a unos cuantos estudiosos como él y siempre había sospechado que la verdadera razón de tanto aplazamiento era el miedo a las críticas. Sebastián afirmó que tenía intención de examinar todas y cada una de las piezas de arte egipcio que hubiera en el mundo. Sería un libro definitivo en la materia… cuando lo acabase.

- ¿Qué es lo que haces entonces en Luxor? -le preguntó Ramsés-. El Museo de El Cairo…

- Sí, sí, lo sé. Iré también allí a su debido tiempo, pero antes quería ver las pinturas de las tumbas in situ, tal y como eran: sacar fotografías, hacer unos cuantos bocetos… Soy un modesto coleccionista y esperaba encontrar algunas cuantas piezas de calidad por aquí.

Ramsés se dio cuenta de que si seguía hablando con Sebastián acabaría por decir alguna grosería.

- Discúlpame -dijo-. Mi esposa…

- Es ella, ¿verdad? -Sebastián volvió la cabeza-. Una mujer encantadora. Espero que no te importe que te lo diga.

A Ramsés le importaba pero, aunque el tono de Sebastián fuera ligeramente ofensivo, no podía reprochar nada a sus palabras. El joven continuó.

- Hay por ahí una criatura deliciosa. ¿Está a la disposición de todos o Vandergelt y su hijo se la reservan para ellos solos?

Incrédulo, Ramsés pensó por un momento que se refería a Nefret. Solo después se dio cuenta de que Sebastián miraba a Jumana.

Nefret se estaba acercando a ellos, cuando vio cómo se le helaba la expresión a Ramsés. No se trataba, como otras veces, del conocido rostro de «faraón de piedra» que ocultaba sus

pensamientos, sino de una señal de una furia tan arrebatadora que era capaz de borrar todo pensamiento, razón o cualquier otra cosa que no fuera la primitiva y pura necesidad de actuar.

Tras atravesar en dos zancadas la distancia que los separaba, deslizó su brazo en el de su marido y le tomó la mano. Los dedos de Ramsés se fueron relajando lentamente bajo la presión de los de su mujer.

- Usted debe ser Sebastián Albion -dijo alegremente-. Acabo de hablar con su madre. Soy Nefret Emerson.

- ¿Cómo está usted? -Albion, a quien no había pasado inadvertida la reacción de Ramsés, retrocedió.

- Katherine quiere preguntarte algo, Ramsés -prosiguió Nefret-. ¿Puede excusarnos, señor Albion?

- Solo un momento -dijo Ramsés-. Tenemos que aclarar una cosa, Albion. La dama a la que acabas de referirte es la protegida de la señora Vandergelt y uno de los miembros de nuestra familia.

- ¿Su familia? Pero ella es…

- Un miembro de nuestra familia -repitió Ramsés-. Y una muchacha respetable. ¿De dónde demonios has sacado la idea de que las mujeres egipcias están a la disposición de cualquier hombre que las desee? ¿En los burdeles de El Cairo?

- Ramsés… -murmuró Nefret.

Albion se había puesto blanco, dijo algo por lo bajo que podía ser muy bien una excusa, saludó a Nefret con la cabeza y se alejó.

- ¿Qué demonios fue lo que dijo? -preguntó Nefret-. ¡Estabas a punto de pegarle!

- Lo estaba, ¿verdad? -sus dedos se entrelazaron con los de ella-. Por una parte lamento que me detuvieras.

- Le habrías arruinado la fiesta a Cyrus -dijo Nefret dando muestras de su sentido práctico-. Os observaba y pude intuir la que se estaba organizando. ¿Algo sobre Jumana?

- No creo que te resulte difícil adivinar qué.

- Sí…, menudo bastardo -añadió.

- ¿De qué que hablabas con su madre?

- Hablábamos de él. Y de su padre. ¡No sabe hablar de otra cosa! Se refiere al viejo como a «mi marido, el señor Albion». Creía que las mujeres habían dejado de hablar así hace cincuenta años.

Sus divertidos comentarios redujeron a los Albion a los simples,

excéntricos y molestos que eran en realidad, e hicieron que Ramsés se sintiera un poco avergonzado de haber perdido los nervios con Sebastián.

- ¿Y cómo llama a ese bastardo?

Nefret se rió entre dientes.

- Bueno, la verdad es que no creo que lo sea. Para ella es siempre «mi hijo Sebastián». Tal y como lo dice, parece casi un título real.

- ¿Cuándo podemos volver a casa?

Nefret apretó su mano.

- Cuando quieras, cariño. Te has comportado como un buen muchacho y mereces una recompensa.

Ramsés le sonrió y el corazón de Nefret dio un brinco, como sucedía siempre que él la miraba de un cierto modo. «Estoy colada», pensó. Lo estaba y eso la hacía feliz.

Emerson no se quería marchar. Todavía le quedaban unas cuantas cosas que explicar a Bertie y, al haberse unido Cyrus al grupo, había tenido que volver a contarlo todo desde el principio.

- Marchaos si queréis -dijo con afabilidad.

- ¿Puedo ir con vosotros? -preguntó Jumana.

- Por supuesto -dijo Nefret, reprochándose a sí misma el haber abandonado a la muchacha: con unos invitados como aquellos cualquier apoyo era poco.

Ramsés ofreció su brazo a Jumana con galantería y no se inmutó cuando ella, con una risita tonta, se colgó de él. Trataba de compensarla por un insulto que la joven ignoraba y eso recordó a su enamorada esposa hasta qué punto lo adoraba.

Con Nefret cogida del otro brazo, se encaminaban hacia la puerta cuando Nefret sintió cómo los músculos de su marido se endurecían bajo su mano. Habría acelerado el paso si no hubiera sido porque Sebastián los interceptó.

- Me equivoqué -musitó-. Pido perdón.

«¿El perdón de quién?», se preguntó Nefret. Sus palabras iban dirigidas a Ramsés y a ellas ni tan siquiera las había mirado.

Ramsés asintió, brusco, con la cabeza y condujo a sus damas hasta el carruaje que los estaba esperando.

- ¿Quién era ése? -preguntó Jumana con curiosidad-. Fue muy educado.

- Un turista -contestó Ramsés-. Muy aburrido, como diría Sennia.

Jumana se echó a reír y empezó a parlotear, repitiendo lo que Emerson había dicho sobre Deir el Medina. Tenía una memoria excelente.

Nefret se reclinó en su asiento y la dejó hablar. El joven Albion había hecho un esfuerzo para que se produjera aquel encuentro. ¿Por qué se habría tomado esa molestia? ¿Para congraciarse y congraciar a su familia con los Emerson? Ignorar a Jumana era, probablemente, la cosa más sensata que podía haber hecho. Desde luego, no podía pretender que le presentara a la muchacha que esperaba seducir el mismo hombre que le había advertido que no lo intentara.

* * *

Durante el desayuno, Emerson habló ininterrumpidamente sobre sus planes. Había quedado en encontrarse con Cyrus y Bertie en Deir el Medina para revisarlo todo de nuevo con ellos. Nada de lo que Ramsés y yo habíamos dicho había causado el más mínimo efecto en aquel cabezota y, al darme cuenta de que pensaba seguir adelante con su ridículo plan, tuve que contenerme para no perder la paciencia. Ni que decir tiene que no iba a permitirle que hiciera algo así, pero una discusión acalorada durante el desayuno hubiera sido de mala educación, especialmente en presencia de Sennia.

- Si eso es lo que piensas hacer, entonces no me necesitas -le anuncié-. Yo voy a ir a Luxor y tú, Nefret, será mejor que vengas conmigo. Debido a las egoístas exigencias de ciertas personas, todavía no has tenido tiempo de comprar nada de lo que necesitas para la casa.

En lugar de protestar por la oblicua referencia a su persona, Emerson pareció aliviado. No tenía ninguna gana de escuchar uno de mis sermones, y yo tampoco las tenía de aguantar los suyos. Mantuve asimismo una breve discusión con la señorita Sennia: quería venir con nosotras de tiendas, pero al final conseguí librarme de todos y acompañé a Nefret a la casa para darle algunas útiles sugerencias sobre lo que hacía falta.

Todo parecía estar en orden. No es que lo dudase, ya que era Fátima la que se ocupaba de la casa, pero no veía mal alguno en comprobarlo por mí misma. Najia estaba en ese momento en el salón, barriendo y quitando el polvo. La marca de nacimiento no la

desfiguraba tanto -apenas una mancha rojiza que le cubría casi por completo una mejilla-, pero mientras conversábamos no dejó ni por un momento de desviar la cara. Había tratado torpemente de esconder su defecto bajo una capa de pasta blanquecina, lo que en mi opinión llamaba más la atención que la propia marca. Me dije a mí misma que tenía que preguntarle a Nefret si no conocía algún cosmético que fuera más eficaz.

La otra muchacha, Ghazela, era su prima; allí todos eran parientes en un grado u otro. El nombre no era tampoco el más adecuado para ella, ya que se trataba de una robusta joven de unos catorce años con las mejillas rechonchas, y no de la esbelta y flexible gacela que cabría esperar. Estaba encantada de haber sido elegida para trabajar para Nefret y no dejó de repetírmelo durante un buen rato. Como la mayor parte de las jóvenes de su generación, había asistido durante algún tiempo al colegio. Mientras hablábamos de sus proyectos y aspiraciones -y yo le hacía algunas breves y delicadas indicaciones sobre la limpieza de la estufa- entró Nefret, que había ido a buscar el bolso y un sombrero más adecuado.

- Imaginé que estaría aquí, madre. ¿Ha encontrado todo a su gusto?

- Ya he visto que habéis usado la estufa.

- Solo para hacernos el café por la mañana. Najia lo prepara estupendamente.

- Entonces las muchachas trabajan bien, ¿verdad? -le pregunté tras abandonar la casa.

- Oh, sí. ¿Qué es lo que vamos a buscar hoy?

- ¿No has hecho una lista? -yo saqué la mía.

- La llevo en la cabeza -respondió Nefret con jovialidad-. De todos modos, parte de la diversión de comprar consiste en encontrar algo que una no sabía que necesitaba, ¿no?

En primer lugar, nos dirigimos a la tienda de Abdul Hadi, ya que nos interesaba que éste empezara a trabajar cuanto antes. Nefret tenía de verdad la lista en su cabeza y le encargó un buen número de muebles: sillas, mesas y cómodas. De todos ellos hizo unos rápidos bocetos que incluían hasta las dimensiones. Abdul Hadi, quien no dejó ni por un momento de sentarse y levantarse haciendo crujir las rodillas cada vez que las doblaba, le aseguró que el honor

de tenerla como clienta lo empujaría a trabajar día y noche. Lo dejamos entre crujidos, moviéndose sin cesar.

- Dos semanas -dijo Nefret.

- Él dijo que una.

- Es lo que suele decir, pero creo que si insisto lo bastante puedo conseguir que lo tenga listo en quince días.

Todos los comerciantes nos conocían y nos mostraron sus mejores mercancías, incluyendo algunas piezas de tela maravillosamente tejida a mano que Nefret eligió para los almohadones del salón. A pesar de que me considero una compradora eficiente, la verdad es que nunca había entrado y salido de las tiendas y del *suk* con tanta rapidez como aquel día. Acabamos nuestro recorrido en un alfarero, donde Nefret adquirió una buena cantidad de macetas de todas las formas y tamaños.

- Algunas quedarán muy bien en el patio -declaró-. Quiero plantar hibiscos, limoneros, rosales y buganvillas.

- Entonces… -dije, y me detuve para carraspear-. Entonces, ¿te gusta la casa? ¿Es lo que necesitabais?

- Sí, madre, por supuesto. ¿Es que acaso lo dudaba?

¡La verdad es que no les había dejado elección! Pero, tratándose de dos personas con las ideas tan claras como ellos, no era fácil sentirse segura. Ahora sabía que me los había ganado. Una mujer no compra nunca muebles nuevos para una casa a menos que tenga la intención de permanecer en ella.

Nos dimos el gusto de almorzar en el Winter Palace, donde pasamos un buen rato. Emerson es un compañero inmejorable -cuando su estado de ánimo es cordial-, pero es imposible discutir sobre asuntos domésticos cuando hay hombres presentes. Al terminar, sugerí que hiciéramos una visita a Mohassib.

- ¿Era eso lo que pretendía verdaderamente al venir a Luxor? -preguntó Nefret, frunciendo ligeramente el ceño.

- No, querida. Se me acaba de ocurrir. Nos sobra tiempo y solo Dios sabe cuándo podremos regresar a Luxor de nuevo y, además, le prometí a Cyrus que tendría una pequeña conversación con Mohassib sobre…

- ¿Es eso cierto?

- ¿Que se lo prometí? Tácitamente.

- Ya veo. Está bien, madre, pero no me engaña. Lo que quiere es

encontrar a Jamil.

- Alguien debe hacerlo -declaré-. Emerson ha perdido el interés (imaginé que sería así tan pronto se viera absorto en su trabajo) y los demás han dejado de tomarse a ese desgraciado muchacho en serio.

El grupo de dragomanes y guías que infestaban las escaleras del hotel se abrió ante nosotras, como las aguas del mar Rojo. Nos paseamos un rato hasta llegar más allá del templo de Luxor. Me resultaba imposible pasar por delante de esas magníficas columnas sin mirarlas de soslayo, pero, por una vez, Nefret pareció no reparar en ellas. Caminaba a grandes zancadas, con las manos en la espalda y la cabeza inclinada.

- ¿Se le ha ocurrido pensar que podría ser Jamil el que proporcionó a Aslimi las piezas que compró en El Cairo?

- Claro que se me he ocurrido. La descripción cuadra a la perfección. Las escondió mientras desvalijaban la tumba; todos lo hacen, ¿sabes?, se engañan unos a otros apenas tienen ocasión de hacerlo, y usó su parte del dinero para viajar hasta El Cairo. Jamil no es particularmente inteligente, pero tiene el sentido común suficiente para saber que es más fácil conseguir buenos precios en El Cairo que de Mohassib.

- Sí, por supuesto -murmuró Nefret-. Cuando se trata de perseguir algo o a alguien llega a obsesionarse, madre.

- En absoluto, querida. No me cuesta nada pensar en varias cosas al mismo tiempo.

Su ceño se borró y las comisuras de sus labios se alzaron levemente.

- Mientras no tenga una de sus famosas premoniciones sobre Jamil…

Llamar a aquel sentimiento premonición o corazonada no era demasiado correcto. Más bien al contrario, ya que el mismo se basaba en un profundo conocimiento de la mente criminal y en un cierto grado de cinismo bien argumentado. La experiencia me decía que los delincuentes no suelen convertirse en hombres honestos de la noche a la mañana. Jamil seguía necesitando dinero y continuaba, asimismo, resentido con nosotros. Nada había cambiado, y cuantas más veces le impidiéramos conseguir lo que quería, tanto más aumentaría su resentimiento.

Mohassib era el más conocido y el más respetado (por todos, excepto por Emerson) de los anticuarios de Luxor. Llevaba diez años muriéndose y, según me informó el portero, era precisamente lo que estaba haciendo en aquel momento.

- En ese caso, estoy segura de que querrá verme antes de pasar a mejor vida -le repliqué, a la vez que le ofrecía la inevitable *bacshish*.

Nos recibió en la cama, hundido en un montón de almohadones; la barba y el bigote blancos hacían que pareciera un profeta bíblico. No estaba solo, sin embargo. Al reconocer a los Albion me paré en seco.

- Disculpa -dije-. El portero no me dijo que tenías visita.

- No hay problema -me soltó el señor Albion, quien parecía tener la costumbre de contestar a las observaciones dirigidas a otras personas-. Nos íbamos ya. Me alegra verlas, señoras Emerson. Solo espero que no hayan venido hasta aquí para adquirir algunos de los tesoros de Mohassib. Acabo de hacerle una oferta.

- ¿De verdad? -Cogí una de las sillas, indicando con ello mi intención de quedarme-. Tenía la impresión de que lo que quería usted era encontrar un ladrón de tumbas, en lugar de comprar directamente a los comerciantes.

Los labios de la señora Albion se entreabrieron, como una fisura en un bloque de hielo.

- El señor Albion bromeaba, señora Emerson. Tiene un maravilloso sentido del humor.

- Bueno, bueno -dijo su marido con jovialidad-. Me gusta la guasa, señora Emerson. Nos vemos más tarde, amigos.

El joven Albion siguió a sus padres fuera de la habitación sin decir una palabra, como era habitual.

Después de intercambiar los habituales cumplidos y preguntar por los respectivos estados de salud, Mohassib ordenó que nos prepararan un poco de té.

- ¿Son amigos suyos, Sitt? -preguntó.

- Tan solo unos conocidos.

- Mejor.

- ¿Por qué dices eso? -pregunté con curiosidad.

- Son gente extraña. Sé cómo juzgar a la gente extraña y no me fiaría de ese hombrecillo tan satisfecho, Sitt Hakim. Pretende demasiado por demasiado poco.

- ¿Qué era lo que quería? -inquirió Nefret-. ¿Parte del tesoro de las princesas? ¿Acaso todo?

- ¿Tesoro? -Mohassib repitió la palabra abriendo desmesuradamente los ojos. A un santo le habría resultado difícil parecer más inocente-. Ah, se refiere a los rumores sobre las riquezas encontradas en Gabbanet el-Qirud. Los hombres de Luxor son unos grandes mentirosos, Nur Misur. A lo mejor no había ningún tesoro.

- Vamos, Mohammed -dije-. Sabes que lo encontraron al igual que yo sé que los ladrones te lo vendieron a ti. Y no solo eso, sabes también que no lo puedo probar y yo sé, en cambio, que aunque pudiera hacerlo sería casi imposible que te incriminaran por ello. ¿Por qué no eres franco conmigo, viejo amigo? *Effendi* Vandergelt pagará muy bien por esos objetos si responden a la descripción que hemos oído de ellos.

Con gran placer por ambas partes, emprendimos el acostumbrado intercambio de indirectas e insinuaciones, guiños e inclinaciones de cabeza, labios fruncidos y cejas arqueadas. Casi me enorgullecía de mi habilidad para comunicarme de este modo, algo de lo que Emerson no era capaz, o no quería serlo. Al final, Mohassib afirmó con aire pensativo que, en caso de que llegase a sus oídos alguna noticia sobre los objetos robados, estaría dispuesto a prestar a sus amigos un servicio.

- Excelente -dije, sabedora de que aquello era lo máximo que podía conseguir de él. A Mohassib siempre le había gustado hacer creer que era inocente e ignorante pero, en aquella ocasión, el asunto había causado un gran revuelo, por lo que sospechaba que no pondría los objetos a la venta antes de que las aguas volvieran a su cauce.

Nos despedimos de él con gran cordialidad. Con los ojos centelleantes y aun a pesar de saber perfectamente lo que mi marido pensaba de él, Mohassib me pidió que le presentara sus respetos a Emerson. Llegada al umbral de la puerta, me detuve y me di la vuelta, como si se me acabara de ocurrir una idea. Lo cierto era, sin embargo, que no había dejado de darle vueltas a aquella pregunta desde el principio.

- ¿Ha venido Jamil por aquí?

Convencido de que la entrevista había terminado, la pregunta

pilló a Mohassib totalmente desprevenido y le provocó un violento ataque de tos. Sabía de sobra que todo aquel paroxismo no era sino un modo de ganar tiempo para pensar, de modo que volví a la carga.

- No hagas como si no supieras de qué te estoy hablando. Jamil, el más pequeño de los hijos de Yusuf. ¿Ha tratado de venderte objetos procedentes de la tumba de las princesas?

Mohassib negó enérgicamente con la cabeza.

- No -dijo respirando con dificultad-. No, Sitt Hakim. Creí que había abandonado Luxor.

- Espero que estés diciendo la verdad, Mohassib. Dos de los hombres que robaron en la tumba han muerto en extrañas circunstancias y Jamil guarda un gran rencor hacia todas las personas que se vieron envueltas con él en este asunto.

Mohassib dejó de toser al instante.

- ¿Quiere decir que fue Jamil el que los mató?

- Me limito a repetir lo que dicen los últimos rumores -le contesté-. Pero dado que no tienes nada que ver con la venta de los objetos, no tienes por qué alarmarte, ¿o acaso sí?

Mohassib refunfuñó y, tras meditar un minuto, dijo:

- Jamil no me ha traído nada de la tumba de las princesas. No miento, Sitt Hakim.

Sus labios se cerraron con tanta fuerza que casi desaparecieron tras la barba y el bigote. Consciente de que no sacaríamos más de nuestro astuto amigo, volví a expresarle mis mejores deseos y nos marchamos de allí.

- ¿Cree que decía la verdad? -preguntó Nefret, haciendo una señal para que se apartara al carruaje que se acababa de detener.

- ¿Sobre Jamil? La verdad es que sí. No negó que había visto al muchacho. Mi advertencia, pues eso quería que fuera y así se lo tomó Mohassib, lo cogió por sorpresa pero, en contra de lo que esperaba, no lo asustó hasta el punto de hacerle cometer una indiscreción, ni tampoco pareció preocuparle demasiado. Se siente a salvo en su casa, tras estos muros gruesos y bien vigilados. Bueno, en cualquier caso, valió la pena intentarlo. -Paseábamos, respondiendo a los saludos de las personas con las que nos íbamos encontrando. Proseguí-: Me pareció interesante su opinión sobre el señor Albion. No paramos de encontrarnos con ellos, ¿no te parece?

¿Crees que se traen algo entre manos y que por eso nos siguen?

Nefret se echó a reír y deslizó su brazo en el mío.

- No se ilusione demasiado, madre. Pero lo cierto es que forman una extraña pareja.

- ¿Qué piensas del joven señor Albion?

Me contestó con otra pregunta.

- ¿Le ha contado Ramsés lo que dijo sobre Jumana durante la *soirée* de Cyrus?

- No.

Nefret repitió entonces el comentario del joven y yo sacudí la cabeza.

- Es repugnante, aunque no me sorprende. Imagino que Ramsés lo pondría en su sitio.

- Ramsés casi acabó por hacerlo caer sobre la alfombra -dijo Nefret-. Ya conoce esa mirada suya… con los labios casi blancos y los ojos entrecerrados. Al verlo, di un salto hasta él y llegué a tiempo de detenerlo, pero aun así no dejó de pronunciar unas cuantas palabras muy bien escogidas. ¿Le parece que cojamos una faluca? Hace un día precioso.

*DEL MANUSCRITO H:*

- Nos libramos de ella -dijo Emerson con voz satisfecha al ver alejarse de la casa a su mujer y a su nuera. Estaba escondido, literalmente, con Ramsés en un rincón del jardín-. Ahora podemos ir a coger nuestro equipo.

Había enviado a Jumana a Deir el Medina para que comunicara a los otros que quizás llegarían con algo de retraso. Selim y Daoud estaban ya allí y eran capaces de explicar todo lo referente a las excavaciones tan bien como él.

Emerson, sin embargo, estaba convencido de que nadie podía explicar las cosas tan bien como él: por eso Ramsés pensaba que su padre debía de estar tramando algo. No hacía falta que le dijera el qué. Mientras cargaban con las mochilas y con varios rollos de cuerda, se limitó a decir:

- ¿Vamos a ir a pie? El Cementerio de los Monos queda algo lejos.

- Apenas una hora de camino -afirmó Emerson-. No tiene sentido coger los caballos, tendríamos que abandonarlos antes, en algún punto del trayecto, y no quiero que esas pobres bestias tengan que

quedarse al sol.

- Lo que sucede es que no quiere aproximarse a Deir el Medina por miedo a que Cyrus nos vea y nos pregunte dónde vamos. ¿Qué significa todo esto, padre?

- Tan solo quiero llevar a cabo una inspección preliminar.

Aquel tono evasivo habría despertado, sin duda, las sospechas de su mujer.

- ¿Preliminar a qué? -dijo Ramsés-. Imagino que no querrá abandonar Deir el Medina y Medinet Habu por los *wadis* occidentales, ¿o me equivoco? ¿Y qué pasa con Cyrus? No creo que esté dispuesto a quedarse con las casas de los trabajadores mientras nosotros nos dedicamos a buscar las tumbas de las reinas.

El rostro de Emerson adoptó una expresión de santidad.

- Cyrus no puede efectuar una inspección como la que nosotros estamos a punto de realizar. Podría herirse, es mejor que no lo haga.

- Verdaderamente, le estamos haciendo un favor.

Emerson miró su rostro solemne y soltó una carcajada.

- Me alegra que estés de acuerdo, muchacho. Todavía no he decidido dónde trabajar. Tan solo quiero volver a echar una ojeada sin -añadió indignado- que se metan por medio media docena de personas, incluida tu madre.

Emerson caminaba deprisa; a pesar de que había insistido en llevar la carga más pesada, ello no le obligaba en absoluto a aflojar el paso. Sin detenerse, saludaba a todos aquellos que encontraba en su camino y respondía alegremente a sus comentarios. Algunos transeúntes le preguntaron adonde se dirigía y él se lo dijo. Haciendo esfuerzos por mantener su paso, Ramsés se dio cuenta de que su padre no pretendía encontrar por sus propios medios la tumba de Jamil. Lo que esperaba era que el muchacho se la mostrara de nuevo.

- ¿Cree que estará por allí? -preguntó.

- ¿Quién? Ah. Mmm… Estuvo. Tarde o temprano cometerá un error y, cuando lo haga, no nos pillará desprevenidos.

- Pero no sabe a ciencia cierta que ese demonio enmascarado fuera él.

- ¿Y quién si no? Los *gurnawis* no suelen emplear trucos tan tontos como ese.

- Mi madre lo descubrirá… especialmente si Jamil consigue golpearnos a alguno de nosotros con una roca.

- Completamente improbable -declaró Emerson-. No obstante… No he conocido un compañero mejor que tu madre, especialmente cuando tiene uno de sus momentos simpáticos, pero las mujeres se meten en ocasiones donde no las llaman. Ella, en particular.

Ramsés sonrió, mas se abstuvo de hacer ningún comentario. Incluso a él le costaba seguir el paso de su padre y eso que, en lo tocante a su forma física, no pecaba de falsa modestia. Emerson debía de haber decidido dar uno de sus «rodeos», ya que en aquel momento trepaban por un escarpado sendero que, serpenteando, debería conducirlos a la zona que se encontraba detrás de Deir el Medina y el Valle de los Reyes.

Habían salido algo tarde y Emerson tenía prisa. Una vez llegados a lo más alto, el sendero se allanaba durante un buen tramo. Absorto en sus pensamientos, Ramsés seguía a su padre sin hablar.

No quería estar allí ni en Medinet Habu. Si de él hubiera dependido, habría pasado la temporada en Deir el Medina. Tal vez no se había explicado con la suficiente elocuencia, o quizá la fascinación de su padre por los templos le impedía ver lo que para él resultaba evidente: era una oportunidad única de aprender sobre la vida cotidiana en Egipto; sobre hombres que trabajaban duro para subsistir, sobre sus mujeres y sus hijos, y no únicamente sobre la nobleza y los faraones. Los fragmentos de material escrito que habían hallado contenían planes de trabajo, listas de provisiones y tentadores indicios sobre relaciones familiares, amistosas o no, que se extendían a lo largo de generaciones. Y estaba seguro de que quedaban más papiros por descubrir: uno de los hombres le había dicho que, algunos años antes, había encontrado un escondite similar en un sitio cercano al lugar donde se había producido su hallazgo. Si al menos su padre le permitiera excavar en aquella zona…

No quería estar allí, pero no tenía elección. Una vez que Emerson le había hincado el diente a algo era difícil hacerle desistir y, por otra parte, recorrer solo los *wadis* occidentales era peligroso, incluso para una persona con su experiencia. La zona estaba llena de senderos que la atravesaban serpenteando de un lado a otro y de montones de escombros que indicaban las ruinas de antiguas

chozas, usadas por los guardianes de las necrópolis o por los trabajadores. Ramsés no podía sino maravillarse de la enciclopédica memoria para recorrer el terreno de su padre: no se detuvo hasta llegar a una senda que conducía colina abajo, siguiendo la cresta este de un profundo *wadi*. Cuando finalmente se detuvieron, se encontraban tan solo a unos seis metros del fondo del valle y Ramsés vio unos toscos escalones de piedra que descendían.

- Descansemos un momento -dijo Emerson, deshaciéndose de la mochila.

Tras quitarse la chaqueta, la arrojó al suelo, se sentó sobre ella y sacó su pipa del bolsillo. Ramsés siguió su ejemplo, excepto en lo último. Aprovechó aquel intervalo, mientras su padre se entretenía con la pipa, para mirar a su alrededor y tratar de orientarse.

Durante la última media hora habían caminado, aproximadamente, en dirección suroeste y ahora debían de encontrarse cerca de la boca de uno de los *wadis* que se extendían hacia el norte desde la llanura. No era el mismo que habían visitado ya en dos ocasiones: su configuración era distinta de la del Cementerio de los Monos. Presentaba innumerables indicios de haber sido ocupado en la antigüedad: algunos pozos muy profundos, demasiado evidentes como para haber sido pasados por alto por los ladrones de tumbas, y algunos restos más de antiguas chozas de piedras.

Una vez que hubo encendido la pipa, Emerson abrió la mochila y se puso a revolver en su interior.

- Mmm -dijo, como si se le acabara de ocurrir una idea-. Supongo que debería haber pensado en traer un poco de agua. ¿Tienes sed, muchacho?

- Un poco. -Se trataba de la declaración más moderada del día, ya que tenía la boca tan seca que parecía arena. Abrió su mochila-. Le pedí a Fátima que nos preparara unas botellas de agua y un paquete de sandwiches.

- Buena idea. No, no… -Emerson apartó la botella-. Tú primero.

Ramsés dio un buen trago y observó, con la irritación no exenta de admiración que su padre le inspiraba, cómo Emerson continuaba escarbando en su mochila. Había arrojado a un lado el salacot y el sol caía de lleno sobre su morena cabeza. La pipa yacía junto a él: estaba todavía encendida y eso hizo recordar a Ramsés que su

madre le había contado que, una vez, Emerson había llegado incluso a metérsela encendida en el bolsillo. A ella le había parecido muy divertido.

- Ah -dijo su padre, sacando un largo rollo de papel de la mochila-. Aquí está. Sostenlo por esa punta.

Desenrollaron el papel y lo extendieron, sujetándolo con unas piedras.

- Lo hice hace ya algunos años. Como verás, resulta algo tosco -dijo Emerson.

Se trataba de un mapa de la zona, lleno de anotaciones realizadas con su resuelta caligrafía. A pesar de no estar hecho a escala, resultaba muy útil para comprender la disposición general de los *wadis*. Estos recordaban los dedos de una mano, extendiéndose hacia el norte y penetrando profundamente en los altos riscos; por debajo de la «palma», más llana, había una entrada común, ancha y bastante plana, que se abría a la llanura que se encontraba en un nivel inferior. Emerson había marcado los diferentes *wadis* con sus nombres en árabe.

- Nosotros estamos aquí -continuó Emerson, apuntando sobre el papel con la boquilla de su pipa-. Echaremos una ojeada al Wadi Siqqet e Zeide primero. La tumba de Hatshepsut se encuentra en el extremo final del mismo.

- ¿Qué es lo que significan esas «x»?

- Puntos donde creo que valdría la pena investigar.

- ¿Nunca lo hizo?

- ¡No hay tiempo suficiente! -Emerson alzó la voz-. Nunca lo habrá. Ni aunque tuviera diez vidas lo conseguiría.

- Tenga, un sándwich -dijo Ramsés comprensivo-. Sé cómo se siente, padre. Basta con que lo hagamos de la mejor manera posible.

- No hables como tu madre -refunfuñó Emerson. Aceptó el sándwich, pero en lugar de darle un mordisco se quedó mirando al suelo y se apresuró a añadir-: He acabado por pensar como tú, ¿sabes? El aspecto más importante de nuestra profesión es el registro de datos. A la velocidad a la que se están deteriorando los monumentos, no quedará mucho de ellos cuando vuestros hijos hayan crecido.

«Considerando que todavía no han nacido, eso nos deja bastante tiempo», pensó Ramsés.

Nefret y él evitaban el tema de los niños, y lo mismo hacía el resto de la familia. Algunos de sus miembros, incluyendo su madre -y él mismo- sabían que a Nefret le afectaba mucho más de lo que quería reconocer el hecho de no haberse vuelto a quedar embarazada después del aborto que había sufrido años atrás. A él también le habría gustado tener hijos, pero sus sentimientos eran menos importantes que los de su mujer.

Su padre no parecía haber notado su metedura de pata, si es que se la podía llamar así, y continuó con creciente pasión.

- Pero, maldita sea, lo cierto es que dejar tumbas sin descubrir a merced de los ladrones acarreará una destrucción aún mayor. Descubrirlas primero es también un modo de preservarlas, ¿no es así?

- Sí, señor.

- ¡No me des la razón en todo lo que digo! -gritó Emerson.

- No, señor.

- Me la das, sin embargo.

- Sí… -se abstuvo de decir «señor». La expresión malhumorada de Emerson indicaba que no estaba para bromas. Ramsés prosiguió-: En ese caso, tenemos un motivo más que justifica la exploración de la zona. Se le podría llamar incluso defensa propia.

No conseguía animar a su padre: su ceño era cada vez más pronunciado.

- Es ridículo -refunfuñó-. Siento haber desperdiciado mi tiempo siguiendo a una rata miserable como Jamil.

Ramsés comprendía cómo se sentía. Se habían enfrentado a un buen número de formidables enemigos en el pasado y ser derrotado ahora por uno tan débil, aunque solo fuera temporalmente, era lo que su padre hubiera llamado un condenado insulto. No obstante, es más fácil atrapar a un león que a una rata. Decidió guardar para sí ese reconfortante refrán. Recordaba demasiado a las frases que solía decir su madre.

- Lo encontraremos, padre -dijo.

- Mmm. Sí. Esto… -su padre le dio unas torpes palmaditas en el hombro-. Tendrás tu oportunidad con tus capillas, muchacho. Te lo prometo.

- Pero padre, no quisiera…

- Por aquí.

Encontraron dos tumbas excavadas en el suelo y que ya habían sido registradas de arriba a abajo en la antigüedad, muchos fragmentos de cerámica y un buen número de inscripciones hieráticas grabadas en la roca por los inspectores de las necrópolis que habían visitado la zona en tiempos de los faraones. Algunos de sus nombres aparecían en otras inscripciones similares del Valle de los Reyes. Era una evidencia más de que en el *wadis* debía de haber otras tumbas, probablemente reales. Emerson se enojó enormemente cuando descubrieron que también había otras inscripciones modernas junto a ellas: las iniciales «H. C.» y la fecha «1916».

- Carter, maldito sea -refunfuñó.

- No puede guardarle rencor solo por haber llegado hasta aquí antes que usted -dijo Ramsés.

- Yo también estuve aquí hace treinta años -le replicó Emerson-. Pero no me dediqué a grabar mi nombre por todas partes.

- Es un detalle por su parte indicar al que pudiera venir detrás que las inscripciones ya han sido registradas, padre. Porque supongo que lo haría, ¿no?

- Podría preguntárselo si supiera dónde se encuentra -gruñó Emerson-. No estaba en El Cairo ni tampoco está ahora en Luxor. Quién sabe por dónde demonios anda.

- Supongo que en alguna misión para el Ministerio de la Guerra. Dijo que trabajaba para el departamento de inteligencia.

- ¡Bah! -dijo Emerson-. Ramsés, quiero copias de las inscripciones. Carter no entiende el lenguaje. Los tuyos serán, sin lugar a dudas, más exactos.

- ¿Quiere que las haga ahora? -preguntó Ramsés.

- No, no queda tiempo. Otro día.

«Otro día, otra distracción», pensó Ramsés, disimulando su enojo. No había otro hombre vivo -o muerto, llegados a este punto- al que admirara más que a su padre, pero en ocasiones la terquedad de Emerson le crispaba los nervios. «Trataré de volver a explicarle lo de Deir el Medina», pensó. «Quizá no puse el suficiente empeño. Tal vez si le dijera…». Mientras pensaba cómo abordar el tema, oyó un extraño sonido. Claro y distinto. Se hubiera podido pensar que se trataba del trino de un pájaro si no hubiera sido porque no era frecuente oír el canto de estos animales a tanta distancia de los

cultivos.

Se puso de pie y se dio la vuelta lentamente, escudriñando los despeñaderos con los ojos entornados. El sol estaba alto en el cielo y deslumbraba al reflejarse en el terreno árido y rocoso.

- Qué… -empezó a decir Emerson.

- Escuche.

Esta vez, Emerson lo oyó también y dio un brinco.

- Allí -dijo Ramsés apuntando con el dedo.

La figura estaba demasiado lejos y demasiado alta como para que se la pudiera distinguir con claridad. Sin apartar la vista de ella, Ramsés se arrodilló y sacó los prismáticos de su mochila.

- ¿Jamil? -preguntó Emerson esperanzado.

- No -enfocó rápidamente la pequeña figura-. ¡Dios mío! Es Jumana. Qué demonios…

Emerson formó una bocina colocando sus manos alrededor de la boca y dejó escapar un grito que retumbó haciendo caer una auténtica lluvia de rocas del precipicio.

- ¿Me ha oído? -cogió su chaqueta y la hizo ondear como si se tratara de una bandera.

- El desierto occidental entero le ha oído -dijo Ramsés-. Nos ha visto. Viene. Dios mío, se partirá el cuello si no va un poco más despacio. Vayamos a su encuentro.

Dejando allí mismo sus pertenencias, subieron de inmediato por el sendero por el que acababan de descender. Ella bajaba aún más deprisa, resbalándose y dando traspiés, moviendo los brazos a un lado y a otro para mantener el equilibrio. Cuando se encontraba a unos tres metros por encima de ellos, se dejó caer por la pendiente, yendo a parar a los brazos abiertos de Emerson.

- Deprisa -dijo con voz entrecortada-. Rápido. Tenemos que encontrarlo.

Estaba sudando a causa del calor y del esfuerzo. Con el ceño fruncido, Emerson la mantuvo a la distancia de un brazo y Ramsés pudo ver que la muchacha llevaba un cinturón similar al de su madre, del que colgaban varios objetos duros y de diferentes tamaños, entre los cuales solo pudo distinguir una cantimplora.

- ¿A quién? -preguntó, porque su padre parecía haberse quedado mudo-. ¿A Jamil?

- No -se apartó el pelo de los ojos-. Lo seguí… no sabía… que

estaban ustedes aquí -en ese momento se quedó sin respiración.

- Maldita sea -dijo Emerson.

La alzó en brazos, maldiciendo al ser golpeado por algo, posiblemente la cantimplora, en las costillas y la llevó hasta el lugar donde habían dejado las mochilas. Una vez allí, la colocó sobre su chaqueta y le ofreció una botella de agua.

- Tengo esto -dijo ella con orgullo, descolgando la cantimplora-. Y muchas otras cosas útiles, como Sitt Hakim.

- Estupendo -dijo Emerson, frotándose uno de sus costados-. Dinos ahora a quién ibas siguiendo. ¿A Cyrus?

- A Bertie -se enjugó la barbilla y volvió a colgar la cantimplora en el cinturón-. No sé cuánto tiempo llevaba ya fuera cuando me di cuenta de que se había marchado. Pregunté entonces a uno de los hombres y me dijo que lo había visto corriendo camino abajo, alejándose de Deir el Medina y…

- ¿Cómo sabías que no iba hacia casa? -le preguntó Emerson.

- ¿Sin haber dicho nada a su padre ni a *reis* Abu? ¡Se escabulló como un ladrón! -Pero ¿por qué aquí?

- No paraba de decir que quería encontrar algo maravilloso para el señor Vandergelt. Al ver que no venían ustedes nos preguntamos por qué y el señor Vandergelt dijo… -se detuvo para pensar un poco y, al comenzar de nuevo, lo hizo con las mismas palabras de Cyrus y con una imitación bastante buena de su acento-: «… espero que ese condenado no haya ido a buscar las tumbas de las reinas a mis espaldas». Bromeaba, pero…

- Mmm, sí -dijo Emerson con aire de culpabilidad-. ¡Maldito idiota! ¿No lo has visto?

- No. No he dejado de buscarlo y de llamarlo sin parar -se puso de pie y se estiró la falda-. Tenemos que encontrarlo, puede haberse caído. ¡Deprisa!

- Espera un minuto -la detuvo Emerson ensimismado-. No tiene ningún sentido salir corriendo en todas direcciones. ¿Qué piensas, Ramsés?

Era innecesario que les dijera lo que estaba pensando, todos conocían la zona tan bien como él: kilómetros de terreno escarpado, quebrado por todas partes por grietas de todos los tamaños y formas. Localizar a un hombre en aquel yermo resultaría endiabladamente difícil, especialmente si se había caído causándose

alguna herida.

- Creo que no deberíamos ir por encima del *gebel*, como hizo Jumana -respondió Ramsés-. Debe de haber ido por el camino que seguimos el otro día: es el único que conoce. Si hubiera entrado por este brazo del *wadi* lo hubiéramos visto. A menos que llegara antes que nosotros… Padre, ¿por qué no grita un poco?

Emerson le complació, pero ni tan siquiera un pájaro respondió a su llamada. Impaciente, Jumana saltaba arriba y abajo hasta que la monumental calma de Emerson consiguió detenerla. Después de volver a gritar dos veces más sin resultado, dijo:

- Si estuviera lo suficientemente cerca, nos habría oído. Lo mejor será que nos volvamos a poner en marcha.

- El Cementerio de los Monos -dijo Ramsés entre dientes-. Sí, debe de haberse dirigido hacia allí. Debería darme bofetadas por haber hecho esos inteligentes comentarios sobre las reinas perdidas. ¿Por dónde vamos? Puedo subir y atravesar por ahí mientras vosotros…

- No -dijo Emerson sin dudarlo-. Tenías razón. Debe de haber ido por el camino que seguimos antes. -Tras ponerse la mochila sobre los hombros, empezó a descender por los toscos escalones-. Ven detrás de mí, Jumana, y mira bien por dónde pisas.

Una vez abajo, atravesaron la amplia boca del *wadi* e iniciaron el ascenso del sendero que conducía a otro de los estrechos dedos del mismo, el que se encontraba más próximo. Si Emerson no hubiera estado allí para sujetarla, Jumana se habría puesto a la cabeza de un salto. Él se paraba a intervalos de pocos minutos para llamar a Bertie. Habían recorrido ya una cierta distancia y los farallones se iban elevando a ambos lados, cuando tuvieron una respuesta: era tenue y apagada pero se trataba, inequívocamente, de una voz humana.

- Gracias a Dios -dijo Ramsés en tono sincero. Haciendo bocina con las manos alrededor de la boca, chilló-: Bertie, ¿eres tú? ¡Sigue gritando!

Bertie obedeció pero, aun así, les llevó algo de tiempo encontrarlo. El sonido se confundía al retumbar en los despeñaderos y no había rastro de él, a pesar de que recorrieron la superficie rocosa una y otra vez con los ojos y ayudados de los prismáticos.

- Debe de estar en algún lugar allí arriba -dijo Emerson

señalando una grieta que atravesaba oblicuamente la pared del precipicio-. Sí, subió por aquí.

Las marcas donde las botas habían resbalado, raspando y dejando una marca blanca sobre la superficie erosionada de la roca, estaban todavía frescas. Volvió a gritar. La respuesta se oyó esta vez más cerca y se pudieron distinguir unas palabras.

- Tengo un pie atrapado, no puedo…

- ¡Está bien, ya vamos! -chilló Ramsés. Tras dejar caer la mochila, se quitó la chaqueta y cogió uno de los rollos de cuerda-. No, Jumana, tú te quedas aquí. Sujétela, padre.

- Si trata de seguirte, la ataré con el resto de la cuerda -dijo Emerson sin inmutarse-. Ten cuidado.

Ramsés asintió. Era un ascenso fácil, con bastantes puntos donde poder apoyar pies y manos y con una ligera inclinación hacia el interior. La hendidura se estrechaba y parecía finalizar a unos cuatro metros por encima de él; siguió subiendo, de lado, hasta un punto donde la abertura era lo suficientemente ancha como para que él se pudiera mover en su interior. En aquel lugar, el suelo de la grieta era casi horizontal y tenía algo de profundidad, como si se tratara de una pequeña plataforma natural.

- Aquí abajo -dijo Bertie.

Ramsés encendió su linterna e iluminó aquella zona. Lo único que pudo ver fue la cara de Bertie. Su cuerpo se encontraba encajado en la parte más estrecha de la hendidura, como el tapón de una botella.

- Por Dios -dijo-. ¿Cómo pudiste hacer esto?

La cara de Bertie estaba manchada de sudor y polvo y la sangre le caía a chorretones, pero, a pesar de todo, consiguió esbozar una triste sonrisa.

- Me resbalé. No fue difícil, podría hacerlo de nuevo.

Ramsés se echó a reír. No iba a ser fácil sacar a Bertie de allí, pero era un alivio haberlo encontrado vivo, apenas levemente herido y con aquella calma glacial.

- Si dejo caer una cuerda, ¿podrás sujetarte a ella?

- Tengo un brazo libre -dijo Bertie, alzándolo con un ligero movimiento-. El otro se ha quedado atascado y una de las botas está también aprisionada.

- Vamos a intentarlo -Ramsés hizo un lazo corredizo en uno de

los extremos de la cuerda y lo hizo bajar. Bertie deslizó el brazo por él y entonces Ramsés tiró de la cuerda hasta que el nudo se cerró-. ¿Preparado?

- Afloja un poco la cuerda para que me pueda agarrar. ¿Estás sujeto a algo? Si salgo de repente, podrías perder el equilibrio.

No había nada a lo que pudiera asirse ni ningún saliente al que poder atar la cuerda, por lo que rodeó su cintura con ella y la anudó.

- Estoy preparado, vamos.

Tuvo que volver a colocar la linterna en el bolsillo para poder agarrar la cuerda con ambas manos. Había vuelto a perder a Bertie de vista, aunque podía oír su respiración, penosa y difícil. En un principio notó una cierta resistencia y oyó un grito ahogado por el dolor proveniente del hombre que se encontraba debajo. Ramsés no se detuvo, de todos modos sentía que se estaba produciendo un cierto movimiento hacia arriba. Cogiendo más cuerda, tiró de ella.

- Lo conseguimos -jadeó Bertie-. Tengo las dos manos fuera…

- Bien -dijo Ramsés, recuperando el equilibrio.

La liberación había sido tan repentina que estuvo a punto de caer hacia delante. Las manos de Bertie asomaron. Intentaba tirar de sí mismo hacia arriba. Tenía los nudillos y el dorso de una mano llenos de arañazos, en carne viva. Ramsés lo ayudó a subir hasta la zona más o menos llana y entonces se asomó fuera. Los gritos de su padre pidiendo información habían llegado al punto de resultar ensordecedores, en perfecta sintonía con el tono penetrante de soprano de los de Jumana.

- ¡Todo va bien! ¡Bajamos ahora! -gritó Ramsés.

- Gracias -dijo Bertie.

- ¿Por qué?

Bertie había deshecho el nudo corredizo. Hundió la mano en su bolsillo hasta encontrar un pañuelo y se lo pasó por su sucia cara.

- Bueno, por sacarme de ahí. Y por no decir algo como: «Ahora os bajo a este pobre idiota».

- No eres un pobre idiota, pero te voy a llevar hasta abajo, a menos que te opongas violentamente.

- No, ya he hecho bastantes estupideces; por hoy no haré ninguna más. ¿Cómo supiste que estaba aquí?

Era evidente que quería ganar tiempo. Con el extremo de la

cuerda en la mano, Ramsés decidió que lo mejor era decírselo de golpe.

- Jumana. Se dio cuenta de que te habías marchado y supuso que habrías venido hasta aquí. Mi padre y yo te oímos gritar y unimos nuestras fuerzas.

- Oh -exclamó, añadiendo acto seguido con algo de amargura-: Muy amable por su parte, salir corriendo a rescatarme.

- Le podría haber pasado a cualquiera -dijo Ramsés-. Está bien, acabemos de una vez.

- Espera un minuto. No quiero que pienses que soy un completo idiota. No me habría arriesgado a trepar hasta aquí solo, sé de sobra que no soy lo suficientemente bueno para hacerlo, si no hubiera sido porque lo vi a él. Estaba justo aquí, asomado hacia afuera, mirándome. Él no me empujó -se apresuró a añadir Bertie al ver la expresión de Ramsés-. No me gustaría que ella pudiese llegar a pensarlo.

- Al demonio con lo que ella piense -dijo Ramsés enfadado-. Maldita sea, Bertie, no se escala por una pared de roca cuando hay alguien arriba al que no le gustas en absoluto. Yo no me hubiera arriesgado.

- Sí, lo hubieras hecho… si hubieras visto lo que yo vi. Se reía, Ramsés, y agitaba un objeto en sus manos. No lo pude ver bien, pero brillaba… como el oro.

# Capítulo 6

No recuerdo haber visto nunca a Cyrus Vandergelt tan enfadado. Incluso Emerson permaneció sentado en silencio, sin intentar interrumpirle, mientras nuestro viejo amigo se paseaba arriba y abajo pronunciando incoherentes exabruptos americanos.

Nefret y yo llegamos a casa apenas un poco después que el resto. Según pude deducir de sus gritos de rabia, Cyrus se había encontrado con los cuatro camino de casa. Al descubrir que Bertie y Jumana habían abandonado Deir el Medina, los había estado buscando durante horas y seguía haciéndolo en Medinet Habu cuando vio aparecer a Ramsés y a Emerson sujetando a Bertie. Cyrus nunca nos confesó si llegó a albergar la misma sospecha que se le habría ocurrido a su mujer al descubrir la inexplicable desaparición de dos jóvenes de distinto sexo de sus correspondientes puestos.

El alivio se transformó inmediatamente en cólera, como suele suceder. Cuando Cyrus descubrió dónde habían estado, descargó buena parte de ella sobre Emerson. A instancias de mi marido, habían traído a Bertie directamente a nuestra casa y, por su aspecto, era evidente que ninguno de ellos había tenido tiempo, ni quizá el deseo, de asearse mi poco. Sus ropas llenas de polvo y manchadas de sudor eran prueba suficiente de que el día había resultado un tanto arduo, pero un rápido reconocimiento de conjunto me bastó para asegurarme de que Bertie parecía ser el único herido: en ese momento tenía el pie sobre un cojín y Kadija lo estaba untando con su famoso ungüento verde. Fátima salía y entraba corriendo de la habitación con platos de comida: según ella, la única solución a todos los desastres; Gargery quería saber lo que había sucedido y

Jumana trataba de explicárselo; Cyrus seguía profiriendo insultos. En pocas palabras, una auténtica barahúnda.

Nefret se acercó a Ramsés. Sonriendo, mi hijo sacudió la cabeza en respuesta a su callado interés. Me quité el sombrero y, tras colocarlo con esmero sobre una mesa, me dispuse a poner un poco de orden en aquel caos.

- ¡Cyrus! -dije con un cierto énfasis.

- De todos los malditos canallas… -Se detuvo y se quedó mirándome-. Amelia, ¿dónde has estado? ¿Por qué no estabas aquí? ¿Sabes ya la terrible proeza que ha organizado este hatajo de maleantes a nuestras espaldas?

- Empiezo a hacerme una idea. Siéntate y deja de gritar, Cyrus. Fátima, ¿puedes traer la bandeja con el té? Gracias. Deja que escuchemos un relato coherente de…

Jumana alzaba su mano mientras se levantaba y se sentaba como si se tratara de un alumno impaciente por intervenir. Observé que el ruido discordante que acompañaba sus movimientos provenía de los variados objetos que tenía colgados en su cinturón. He de reconocer que me sentí halagada pero, a pesar de ello, no quise darle ánimos; la muchacha me parecía ya demasiado satisfecha de sí misma.

- … Emerson -dije.

Jumana se sentó haciendo pucheros.

Mientras mi marido procedía con su relato, me vi obligada a hacer callar a Cyrus en más de una ocasión. Menos mal que la sin par bebida que, prácticamente, había obligado a tomar a todos los presentes tuvo su habitual efecto tranquilizador… incluso sobre mí. La falsedad que había demostrado mi esposo me indignaba, pero me limité a expresar mi disgusto con unas cuantas miradas de reproche que Emerson ignoró.

- Bien está lo que bien acaba, ¿no es así, Peabody? -preguntó.

- Mmm -contesté-. ¿Nefret?

Nefret y Kadija celebraban en ese momento una conferencia entre ellas.

- No hay huesos rotos -anunció-. Ha tenido suerte, aunque tendrá que mantener el pie inmóvil durante unos cuantos días.

- ¡Suerte! -Cyrus explotó-. No tenía por qué marcharse de ese modo. Él…

- No es la única persona entre los presentes culpable de haber cometido una imprudencia -lo interrumpí.

Ramsés me dedicó una amplia y descarada sonrisa antes de adoptar un aire grave.

- Lo habríamos encontrado en cualquier caso, Cyrus, incluso sin la ayuda de Jumana.

La muchacha debía de haber resultado más molesta de lo acostumbrado o, de otro modo, él no habría minimizado sus esfuerzos. Si bien era cierto que habríamos salido igualmente en busca de Bertie, también lo era que podíamos haberlo encontrarlo demasiado tarde. Había que reconocer que el muchacho le debía la vida.

- ¿Quién le vendó la mano? -preguntó Nefret.

- Les rogaría que dejaran de referirse a mí en tercera persona -dijo Bertie con cierta frialdad-. Jumana…

- ¡Sí, fui yo! -la muchacha se levantó de un salto, tintineando-. ¡Miren, yo también tengo mi cinturón de herramientas, como Sitt Hakim! Yo lavé su mano, se la vendé y cuidé de él. Fue un estúpido yendo solo hasta allí.

Bertie enrojeció pero no tuvo ocasión de defenderse: todavía no había aprendido que, en nuestro círculo, si uno quiere que lo escuchen es necesario que grite. Emerson lo hizo por él. Los hombres siempre cierran filas cuando una mujer critica a uno de ellos.

- Y tú también lo fuiste, Jumana -mi marido dejó caer con fuerza su taza sobre el platillo-. Cualquiera, incluso hombres y mujeres con más experiencia que tú, podrían sufrir un accidente en un terreno como ese y morir a la intemperie antes de ser encontrados. ¡No, jovencita, no me repliques! ¿Por qué no le dijiste a Vandergelt adonde ibas?

Jumana agachó la cabeza.

- Quería encontrarlo yo sola -murmuró.

- Entiendo. -La voz de Emerson se suavizó y la cara de Bertie se puso aún más roja.

Los hombres son así de inocentes: ambos consideraban las palabras de la muchacha como una declaración de afecto. Yo, en cambio, tenía fundadas sospechas de que el egoísmo fuera su principal motivo: en el pasado le había indicado a Jumana que el

rico y poderoso Cyrus Vandergelt vería con buenos ojos a todo aquel que cuidara de su hijo adoptado.

- Basta con las recriminaciones -dije-. Debemos…

- Yo no he acabado con ellas -declaró Cyrus-. En absoluto. Perdonen mi lenguaje, señoras, pero todavía tengo algunas cosas que decirle a mi viejo amigo. ¡Emerson, me cediste Deir el Medina a propósito y con malévola premeditación para poder hacer lo que yo hubiera hecho si tú no me lo hubieras impedido! ¡Y Dios Todopoderoso sabe que hay una tumba ahí fuera! Ahora tenemos la prueba.

Emerson, avergonzado, bebió de su agrietada taza. El té fue cayendo gota a gota por la pechera de su camisa, aunque no puedo decir que el estado de la misma empeorara mucho con ello.

- Si hubiera encontrado algo interesante te lo habría hecho saber, Vandergelt -musitó-. Lo único que quería era… mmm… ahorrarte tiempo y esfuerzo.

- Oh, en ese caso, está bien -dijo Cyrus apaciguado-. Pero ahora que sabemos que hay una tumba…

- Temo que no sea así, Cyrus -dijo Ramsés-. Puede que Jamil no sea el adversario más inteligente con el que nos hemos enfrentado, pero no es tan estúpido como para indicarnos el emplazamiento exacto de la tumba… si es que hay una.

- El oro que vio Bertie… -insinuó Cyrus.

- Tan solo ha dicho que brillaba como si fuera oro -le interrumpió Ramsés impaciente-. ¿No ha pensado que quizá lo único que pretendía era confundirnos?

- Yo sí que lo he hecho, por supuesto-dije.

El tranquilo rostro de Ramsés se relajó en una sonrisa; Emerson gruñó, sin pronunciar palabra.

- En ese caso, ¿dónde está la tumba? -preguntó Cyrus.

- Al igual que Ramsés, yo tampoco estoy convencida de que exista -le contesté-Y se me ocurren, además, unas cuantas razones para pensar que Jamil quisiera embarcarnos en una búsqueda inútil. Quizá quiera irritarnos y sabe que ese es un buen modo de hacerlo. O quizá quiera hacernos caer en una trampa. Este es un terreno abrupto y el accidente que hoy ha sufrido Bertie es solamente una macabra advertencia de lo que puede suceder si pilla a alguno de nosotros solo.

Jumana levantó la barbilla y me miró con aire de desafío. La patética colección de instrumentos que llevaba colgada del cinturón tintineaba cada vez que cambiaba posición. Me pregunté si tendría también una sombrilla.

- No quería hacer daño a Bertie -declaró-. Fue solo un accidente.

- Es cierto -se apresuró a añadir el muchacho.

- Tal vez no fuera esa su intención -dije-. Pero el resultado podía haber sido desastroso. Nos ha estado observando… espiándonos.

- ¡Maldita sea! -exclamó Emerson-. Jumana… Bertie… todos vosotros… no os arriesguéis más, ¿me habéis oído? Aun en el caso de que Jamil se os aparezca lanzando besos, engalanado con la doble corona y el resto de las insignias faraónicas, no lo sigáis.

- ¡Caramba! -exclamó Cyrus con los ojos resplandecientes-. ¿Crees que puede haber encontrado una tumba real?

- Por Dios, Vandergelt, ¿es que no puedes pensar en otra cosa? -Emerson le sonrió arrepentido-. He de admitir que yo también lo he pensado, pero no puede haber una tumba real en esta zona. Lo que digo es que ninguno de nosotros debería alejarse solo: es demasiado peligroso. Bertie lo ha comprobado hoy.

- Oh. -Cyrus miró a su hijo con aire contrito-. Lo siento, hijo, me olvidaba de tu pie. Creo que lo mejor será que te lleve a casa. Iré al Castillo y, una vez allí, te mandaré un carruaje.

- Puedo montar -dijo Bertie tratando de ponerse de pie.

- Coge a *Risha* -le ofreció Ramsés antes de que ninguno de nosotros pudiera poner cualquier objeción-. Jamad puede ir contigo y volverlo a traer. Ven, deja que te eche una mano.

- ¡No cargues tu peso sobre ese pie! -gritó Nefret mientras Bertie abandonaba la habitación cojeando y apoyándose en Ramsés.

Ninguno de los dos respondió. «Cerrando filas», pensé. «¡Cerrando filas!»

- Si me permites un consejo, Cyrus… -dije.

Estaba a punto de salir tras ellos pero se detuvo y me miró. Tanto su expresión como la de mi marido me hicieron sospechar que uno de los dos no tardaría mucho en hacer un comentario sarcástico, de modo que me apresuré a decir:

- No lo trates como si fuera un niño. Es ya todo un hombre y debe decidir por sí mismo. Sabes de sobra que lo hizo por ti.

- Lo sé. -Cyrus tiró de su barba de chivo y dirigió a Emerson una

mirada retadora-. Entonces, viejo amigo, ¿adónde vamos mañana?

Emerson dijo algo entre dientes.

- ¿Eh? -insistió Cyrus, llevándose la mano al oído.

- Al Cementerio de los Monos, no -dije-. Mañana nos vemos en Deir el Medina, Cyrus. Todos.

* * *

Tan pronto como Cyrus se hubo marchado, Emerson se precipitó hacia el baño. Era perfectamente consciente de que solo se trataba de un refugio temporal: tras arreglar unos cuantos asuntos domésticos, lo seguí. En un principio, mi idea era sentarme en el borde de la bañera pero como Emerson salpicaba agua por todas partes, preferí apoyarme en la pared. Mi marido me miró contento.

- ¿Has pasado un buen día, querida? -me preguntó.

- Bastante bueno, Emerson, pero ¿por qué haces esas cosas? Sabes de sobra que siempre acabo por enterarme.

- Claro que lo sé. Me divierte provocarte, Peabody. Y tú disfrutas descubriendo mis malvados planes y regañándome. -Se puso de pie.

Siempre digo que no hay nada como una saludable vida al aire libre para mantener a una persona en excelente forma física. Emerson había cambiado muy poco desde que lo conocí, si exceptuamos el hecho de que ahora no llevaba la barba que durante cierto tiempo había ocultado una barbilla firme y una poderosa mandíbula. Su robusta figura seguía en buena forma y los músculos que cruzaban su pecho de hombro a hombro seguían siendo cautivadores.

- No quiero distracciones, Emerson -le informé.

- ¿No? -salió del baño y trató de alcanzarme. Tenía los brazos muy largos.

Pasado un rato, dije:

- Date la vuelta y deja que te seque la espalda.

- Se me ocurre otro modo de…

- ¡No, Emerson! Ya estoy hecha una sopa y quedan muchas cosas por hacer si queremos que todo esté listo para mañana. He mandado un mensaje a Selim, invitándole a cenar.

- Bien pensado -dijo Emerson soltándome, distraído ya por el comentario-. Me pregunto qué le parecerá todo lo sucedido.

Sentado junto a mí (se trata de un delicado gesto que suelo tener con él cada vez que nos concede el placer de su compañía), Selim

escuchó, ceñudo y en silencio, el relato de Emerson sobre lo que había pasado aquel día. Después sacudió la cabeza.

- Me sorprende, Emerson, que se haya comportado de un modo tan inconsciente -dijo con severidad-. Los templos y el pueblo de los trabajadores son más importantes que dedicarse a la búsqueda de tumbas en ese lugar tan peligroso. Y usted, Ramsés, no debería haber permitido que fuera hasta allí.

Emerson estaba acostumbrado a las críticas ocasionales de Selim, pero al oír cómo le recordaban sus propias palabras se quedó momentáneamente callado. Ramsés, por su parte, le respondió sumiso:

- Tienes toda la razón, Selim, pero ya sabes que cuando el Padre de las Maldiciones habla todos obedecen.

- ¡Bah! -dijo Selim, al igual que hubiera hecho Abdullah-. Bueno, tal vez las cosas no podían suceder de otro modo. Si ustedes no hubieran ido, el señor Bertie y esa estúpida niña podrían haber resultado heridos.

- Eso es un modo de verlo -convino Emerson, mientras Jumana miraba ferozmente a su primo.

- Y por lo que respecta a Jamil -prosiguió Selim, devolviéndole a Jumana la mirada-, creo que ha causado ya bastantes problemas y nos ha mantenido demasiado tiempo alejados de nuestro trabajo. Déjenmelo a mí.

Hasta Emerson se quedó sin palabras ante una petición tan categórica, pronunciada con un pundonor y una autoridad dignos de Abdullah. Selim se parecía cada vez más a su padre: la barba y el bigote recortados con auténtico esmero enmarcaban unos rasgos atractivos y fuertemente marcados. Quizá por ello no tuviera nada de sorprendente que aquella noche soñara con mi viejo amigo.

Me estaba esperando en el lugar que ambos amábamos por encima de todo, en lo alto del risco que se encuentra sobre Deir el Bahri, donde el sendero continúa hacia el Valle de los Reyes. El sol asomaba en oriente por entre las montañas. Mientras subía por la última de las escarpadas pendientes, me pregunté por qué aquella ascensión me estaba empezando a resultar tan difícil como si estuviera despierta. Si se trataba de un toque de realismo, me hubiera podido pasar muy bien sin él. Cuando ya casi había perdido el aliento, Abdullah me tendió la mano y me ayudó a alcanzar la

cima.

- Todos se encuentran bien en Inglaterra -dijo-. Mi próxima nieta crece fuerte en el seno de su madre.

- ¿Se trata de una niña esta vez? -pregunté, jadeante.

Abdullah asintió.

- Siéntese y descanse, Sitt. Sí, es una niña, ya está determinado.

- Esto… hablando de nietos, Abdullah…

Echando hacia atrás la cabeza, soltó una carcajada. En mis sueños, Abdullah aparecía siempre joven y atractivo, sin apenas ningún mechón gris en su barba. Su risa era tan alegre como la de Selim.

- ¿Qué pasa con los nietos, Sitt?

- No me vas a decir nada, ¿verdad?

- Cada cosa tiene su momento, Sitt Hakim, y cuando llegue, puede estar segura de que será la primera en saberlo. ¿Cómo podría ser de otro modo?

A pesar de que su burla me molestaba un poco, no pude evitar una pequeña sonrisa. ¡Había dicho «cuando» y no «si»! Eso era esperanzador.

- Espero serlo -dije-. ¿Cómo podría ser de otro modo?

- Pero le contaré otras cosas. El muchacho que se encuentra en Francia está todavía a salvo, pero David se siente inquieto porque piensa que debería estar aquí con ustedes. No le deje venir. Este invierno, los submarinos hundirán muchos barcos. Hacen ustedes bien quedándose en Egipto hasta que pase el peligro.

Recuperado el aliento, me levanté de la roca extremadamente incómoda sobre la que me había sentado y me quedé de pie a su lado contemplando el lento despliegue de la luz sobre el paisaje. Por debajo de nosotros, las sombras de la mañana prestaban a las columnas del templo de Hatshepsut la claridad del marfil.

- Sé que no sirve de nada presionarte cuando has decidido guardar silencio -protesté-. Pero no has dicho nada sobre nuestros planes actuales. Dime dónde se encuentra ese maldito muchacho, Abdullah, y qué es lo que podemos hacer con él.

- Me avergüenza que Jamil forme parte de nuestra familia. -El rostro de Abdullah tenía la dureza de una máscara de bronce-. Será castigado, Sitt, pero no serán ustedes quienes lo hagan. Déjemelo a mí. No se arriesgue innecesariamente, aquí ni en ningún otro lugar.

- ¿Y qué otro lugar es ese? Si te refieres a la amenaza submarina, ya hemos decidido… Maldita sea, Abdullah, estás tratando de despistarme de nuevo. ¿Dónde está esa condenada tumba?

- Si le contara eso sería como enmarañar el futuro -dijo Abdullah con aire soñador-. No, Sitt, no maldiga. Llegará al final, aunque tal vez no del modo que usted espera.

Tomó mi mano y la sostuvo por un momento antes de alejarse.

- Espera -dije-. Por favor.

- No más preguntas, Sitt. Le he dicho ya todo lo que me estaba permitido.

- Solo quería saber si te gustaba tu nueva tumba.

Abdullah se volvió para mirarme.

- Está bastante bien.

- ¿Eso es todo lo que tienes que decir? David la diseñó, ¿sabes?, y Selim puso a los hombres a trabajar tan pronto como tú me lo pediste.

- No tendría que haber hecho falta que fuera yo quien la pidiera -me reprochó Abdullah con una expresión mohína que recordaba a la de Sennia.

¡Era tan propio de él, tan humano, tan propio de un hombre! Riéndome, me colgué de él en un abrazo impetuoso. Era la primera vez que lo hacía y, también por primera vez, él me retuvo a su lado… solo por un momento, antes de soltar mis manos con delicadeza y dar un paso hacia atrás.

- ¿Deseas algo más? -pregunté.

- No -las comisuras de sus labios se contrajeron por un momento y dijo-: Es una tumba muy hermosa, Sitt. Lo bastante hermosa como para un pachá.

No lo seguí. Nunca lo hice. Algo me retuvo; puede que fuera la certeza de que lo volvería a ver o el alivio que siempre me producía hablar con él, incluso cuando se mostraba tan irritantemente impreciso.

- Adiós por el momento -le grité-. *Maasalama*, amigo mío.

* * *

Como no podía ser de otro modo, había encontrado la solución más lógica a nuestro dilema o, para ser más exacta, al impracticable plan de Emerson y Cyrus. No le dije nada a mi marido, ya que, en mi opinión, no se merecía mi confianza después de haberme

engañado de aquel modo. Por ello, cuando llegamos a Deir el Medina, donde nos esperaban Cyrus y Abu, Emerson seguía en un estado de feliz ignorancia. Bertie no estaba allí. Había imaginado que Katherine querría tenerlo bajo su protección durante unos días. Ese día Sennia había acudido a sus lecciones protestando algo menos de lo que solía ser habitual, pues no veía la hora de «cuidar de Bertie».

El resto de nosotros, una considerable audiencia, nos reunimos en torno a Emerson. Selim y Daoud, Cyrus y Abu, Jumana, Nefret, Ramsés y, cómo no, el *Gran Gato de Ra*, que, subido a uno de los hombros de mi hijo, contemplaba a mi marido con sus redondos ojos verdes. Esperé hasta que Emerson inspiró profundamente y abrió la boca y entonces dije:

- La solución a nuestro problema es evidente.

Cogido por sorpresa, figuradamente hablando, Emerson olvidó lo que estaba a punto de decir.

- Yo… ¡Maldita sea, Peabody! ¿De qué estás hablando? ¿Qué problema? No tenemos ningún problema. Nosotros…

- Varios problemas, debería haber dicho. Primero, la clara posibilidad de que tu plan enfurezca al señor Daressy y acaben por prohibirnos que trabajemos en Egipto. Segundo, el hecho de que Bertie, a pesar de que se ha convertido en un experto supervisor, sigue sin saber nada sobre escritura hierática y no está preparado para hacer frente a las inscripciones que hemos encontrado. Tercero, Ramsés quiere seguir trabajando aquí. ¿Eres tan indiferente a los sentimientos de tu hijo, Emerson, que puedes pasar sin contemplaciones por encima de ellos? Nunca imaginé que pudieras ser tan cruel.

Gracias a que había aprendido el truco de detenerme a respirar cuando el interlocutor menos se lo espera, y no al final de cada frase, pude pronunciar todo este discurso sin que nadie me interrumpiera. A Emerson no le habría importado hacerlo en cualquier momento, pero, según me confesó más tarde, el tono de mi voz le había advertido que era mejor no hacerlo. Al terminar, la expresión de su cara me confirmó que al menos el último punto había causado la impresión deseada.

Se volvió hacia su hijo con una expresión muy seria en su atractivo rostro.

- ¿Lo deseas tanto, Ramsés? Sabes que yo nunca… ¿Por qué no me lo dijiste?

- Lo hizo -le dije exasperada-. Lo que pasa es que tú no le escuchaste.

- No importa, padre -se apresuró a intervenir Ramsés-. A lo mejor no me expresé con la suficiente claridad.

- Lo suficientemente claro como para que yo lo pudiera entender -dije con desdén-. No importa, mi solución es muy simple. Tanto a Cyrus como a nosotros nos hace falta personal. Sugiero que unamos nuestras fuerzas y que nos concentremos en un solo sitio, este, dividiendo las responsabilidades. Cyrus puede quedarse con las tumbas y nosotros con el pueblo. El señor Daressy no podrá objetar nada a que aumentemos nuestra mano de obra.

Cyrus, que me había escuchado con el aire melancólico del que espera ver fracasar todas sus esperanzas, se animó de inmediato.

- ¿Hablas en serio? -exclamó.

- Claro que sí -le contesté, devolviéndole la sonrisa-. Si alguien encuentra algo de interés que requiera mano de obra adicional, nos ayudaremos los unos a los otros, por descontado.

Emerson se había mostrado completamente humilde. Amaba a su hijo con todas sus fuerzas -aunque creo que no lo había confesado nunca- y hubiera aceptado que le impusiera cualquier penitencia… hasta que escuchó la última frase. Recuperando por completo la energía, se volvió hacia mí.

- ¡Maldita sea, Amelia! -gritó-. Ya sé dónde quieres ir a parar. Estás aburrida de cribar escombros y también a ti te gustaría poder dar con esas tumbas.

- Acabo de proponer que entreguemos esa parte de nuestra concesión a Cyrus, Emerson -le recordé-. ¿Estás de acuerdo?

- Oh -Emerson se frotó la barbilla-. Bueno…

- Es una idea condenadamente buena -declaró Cyrus-. Justo lo que había esperado que dijeras, Amelia. ¿Qué es lo que piensas, viejo amigo? ¿Nos damos la mano?

En lugar de estrechar la mano que le tendía Cyrus, Emerson se dirigió a su hijo.

- ¿Aceptas la idea, Ramsés? Sé sincero.

- Creo que es un plan excelente, padre. Sinceramente -añadió.

- En ese caso… -Emerson asió con fuerza la mano de Cyrus-. De

acuerdo.

- Tal vez podríamos ponerlo por escrito -sugerí-, por si el señor Daressy quiere hacer algunas preguntas.

- No, señora, no será necesario -declaró Cyrus-. La palabra de Emerson me basta.

- La palabra del Padre de las Maldiciones -dijo Daoud- tiene más fuerza que el juramento de cualquier otro hombre.

Creo que se me podrá perdonar si digo que me sentía un poco orgullosa de mí misma. Tanto Ramsés como Cyrus estaban encantados; Nefret estaba contenta porque también su marido lo estaba; incluso Selim tuvo la condescendencia de elogiarme. El único que no parecía muy entusiasta era Emerson, aunque estaba segura de que su principal objeción era que la idea no se le había ocurrido antes a él.

He de decir en su favor, sin embargo, que no es una persona rencorosa, por lo que, una vez aceptada mi propuesta, se puso a dar órdenes enseguida.

- Lo primero que tienes que hacer, Vandergelt -afirmó-, es llevar a cabo un apropiado reconocimiento de la pendiente y del emplazamiento de las tumbas y procurar que sea publicado. Dios mío, aunque solo hagas eso nos ayudarás enormemente. Todos, desde Wilkinson a Schiaparelli, han encontrado tumbas…

- El arquitecto real Kha -murmuró Cyrus con anhelo-. A pesar de que me gustaría poder encontrar una tumba real, me conformaría con un descubrimiento como ese. Sellada, sin que nadie la haya perturbado durante miles de años, con la puerta de madera todavía cerrada y atestada de muebles y piezas de ropa y…

- Escucha -dijo Emerson enérgico-. Antes que nada tenemos que realizar el reconocimiento. Nuestros malditos predecesores jamás publicaron sus notas, si es que se molestaron en tomarlas, de modo que tendrás que empezar desde cero. Algunas de las tumbas son conocidas y están abiertas, pero no por completo y, además, será necesaria una limpieza…

Cyrus empezaba a ponerse nervioso.

- Está bien, Emerson, lo hemos entendido -dije.

- Y -continuó mi marido alzando la voz- tendrás que cerrar tus excavaciones en Medinet Habu. Los vándalos y las inclemencias del tiempo pueden dañar todo lo que quede al descubierto. Nos

daremos una vuelta por allí más tarde para ver lo que hay que hacer.

Tras dejar a Selim a cargo de todo, salimos hacia el templo después de comer. Era una tarde tranquila y apacible, el sol brillaba en el cielo y soplaba una ligera brisa. Los turistas de uno de los *tours* del señor Cook apuraban el día paseando por el recinto del templo y haciendo fotografías con sus pequeñas cámaras. Emerson los miró frunciendo el ceño. Resultaban un poco ridículos con sus salacots apenas estrenados, sus velos y la cara color carmesí a causa del sol. Algunos de ellos se pavoneaban ataviados con prismáticos, cantimploras, brújulas de bolsillo y otros utensilios por el estilo que, probablemente, les hacían sentirse muy profesionales.

- Algunos llevan hasta acetileno y lámparas de magnesio -gruñó Emerson-. Maldita sea, ¿es que no saben que no deben usarlas?

- Probablemente no -contesté.

- Entonces se lo diré yo. Ven, vamos a ver si alguno de esos patanes ha invadido nuestro templo y se dedica en estos momentos a llenárnoslo de humo y a grabar su maldito nombre…

Refunfuñando, se encaminó hacia un grupo que miraba hacia arriba contemplando las ventanas vacías de los pisos superiores de la torre. Deseosa de evitar una terrible escena, lo seguí y, mientras me acercaba a ellos, pude oír las palabras del guía.

- En esta torre, señoras y señores, se encontraba el harén del gran Ramsés, donde el faraón se divertía con sus hermosas concubinas. El suelo se ha derrumbado, por lo que no es posible subir para ver los relieves que cubren sus muros, pero en ellos se puede ver al monarca tumbado sobre un blando lecho mientras las concubinas lo acarician…

- ¡Falso! -gritó Emerson- ¡Maldita sea, Nazir! ¿Es eso todo lo que sabes? ¿Por qué cuentas esas mentiras a estos idiotas?

Los turistas dejaron escapar unos agudos chillidos de sorpresa y algunas de las señoras se escondieron detrás de sus maridos. La simple visión de Emerson enfurecido y avanzando hacia ellos a grandes zancadas fue suficiente para aterrorizar a los más apocados. Acostumbrado a sus reacciones, Nazir se limitó a sonreír y a sacudir la cabeza.

- Eso es lo que quieren oír, Padre de las Maldiciones -se excusó en árabe.

- ¡Oh, bah! -dijo Emerson-. Basta con que no les permitas usar las lámparas de magnesio, eso es todo.

Abriéndose camino entre ellos, fue directo a las capillas Saite, con el resto de nosotros pisándole los talones. Fue doloroso comprobar que sus temores estaban justificados. Algunas personas, ignorando tranquilamente las cuerdas y los carteles de prohibido el paso que cercaban el área de trabajo, entraban y salían de la capilla. En ese momento, del interior de la misma salió un resplandor y se produjo la explosión de una llamarada de magnesio. Emerson echó a correr.

- Corre y alcánzalo, Ramsés -jadeé-. ¡No dejes que golpee a nadie!

- Está bien, madre.

Ramsés era el único de nosotros que podía alcanzarlo. No me había equivocado al prever lo peor: cuando entramos en el interior de la encantadora capilla de Amenirdis, lo encontramos enfrentado a un trío de turistas. Ramsés se las había arreglado para interponerse entre ellos y su padre, quien maldecía a pleno pulmón.

- ¡Maldición! -dije-. De nuevo esos condenados Albion. ¿Qué es lo que quieren?

- Supongo que hacer un poco de turismo -contestó Nefret, mientras se dirigía hacia Emerson y deslizaba su brazo en el suyo-. Buenas tardes a todos.

A ninguno de ellos parecía haberle impresionado la invectiva de Emerson. A juzgar por la sonrisa sobre sus sonrosadas mejillas, el señor Albion debía de haber disfrutado con todas y cada una de aquellas maldiciones.

- Está claro que sabe soltar palabrotas -observó con admiración-. Pero no es correcto en presencia de una dama.

La señora Albion, con los brazos cruzados y el rostro sereno, tosió con delicadeza. Emerson parecía un tanto avergonzado.

- No he dicho una palabra que pudiera…

- ¿Qué fue lo que le sacó de quicio de ese modo? -preguntó Albion con curiosidad.

Emerson inspiró profundamente. Temiéndose un nuevo ataque, Ramsés se apresuró a decir:

- La razón es muy simple, señor, esta zona está prohibida a los turistas. ¿Acaso no vieron los carteles?

- Quería examinar los relieves -dijo Sebastián Albion apoyándose en ellos: otro de los crímenes que figuran en el código particular de Emerson.

- Enderécese, Sebastián -le ordené. Me obedeció al instante, abriendo desmesuradamente los ojos. Proseguí-: Tocar o apoyarse sobre las paredes estropea las pinturas. Las llamaradas de magnesio emanan un humo que daña los relieves. Si siguen paseándose en la oscuridad acabarán por caerse y hacerse daño. Cyrus, pensé que ibas a arreglar el suelo.

- No he tenido tiempo -admitió Cyrus-. Creí que las indicaciones bastarían para mantener a la gente alejada.

- Pensamos que la prohibición no iba dirigida a nosotros -dijo la señora Albion con frialdad.

- Se equivocaron -le espetó Emerson-. Fuera, todos.

- El grupo de turistas está a punto de marcharse -añadí-. Será mejor que se den prisa si no quieren perderlos.

- No vinimos con ellos.

Albion saltó con agilidad sobre la cuerda en tanto que Emerson, deseoso de subsanar su grosería hacia la dama, la bajó para que la señora Albion pudiera pasar.

Apenas obtuvo un murmullo de agradecimiento pero el joven señor Albion sacó pecho y empezó a excusarse.

- Tiene razón, señora; yo, mucho mejor que otras personas, debería saber el daño que se puede producir a los relieves. Tampoco debimos ignorar las barreras, pero, ¿sabe?, nos dijeron que estaban ustedes trabajando en Medinet Habu, de modo que cuando llegamos y no vimos a nadie mi padre…

- Mmm, sí -dijo Emerson frunciendo el ceño al más viejo de los Albion.

Nos encaminamos entonces hacia la verja. Emerson llevaba delante, procurando que no se le escaparan, al señor y a la señora Albion. Nefret lo acompañaba para evitar que se comportara de nuevo como un maleducado. Yo los seguía junto a Jumana, Ramsés y Sebastián Albion.

- Me gustaría tener la oportunidad de examinar esos relieves y, quizá, sacar algunas fotografías -dijo este último-. Si tienen tiempo de explicármelos, me harían un gran favor. Cuando les convenga, por supuesto.

- Vamos a trabajar en otro lugar durante algún tiempo -respondí. Se había dirigido a Ramsés y no a mí, pero mi hijo mantenía la boca cerrada de ese modo que le es tan característico y era obvio que no parecía muy inclinado a cooperar-. ¿Cuánto tiempo tienen pensado quedarse en Luxor?

- Indefinidamente, señora Emerson. Imagino que sabrá que la guerra submarina se ha reanudado. En cualquier caso, habíamos planeado pasar el invierno en Egipto. Estoy pensando en realizar algunas excavaciones.

- Será mejor que abandone la idea -dije-. A menos que consiga el permiso del Service des Antiquités.

- ¿De verdad es necesario? Apenas hay gente trabajando aquí en este momento. En el Valle de los Reyes, por ejemplo…

- Eso ni se plantea -le dije tajante-. Es cierto que hay pocas expediciones trabajando allí ahora, pero la mayor parte de los asentamientos ya han sido asignados. Lord Carnarvon tiene la concesión del Valle y puede estar seguro de que las autoridades actuarán con dureza con todo aquel que pretenda excavar en la zona.

En lugar de avergonzarse, el joven nos dirigió una mirada desdeñosa.

- Gracias por el consejo, pero ya veremos, ¿no les parece?

- Confío en que no lo veamos excavando en el Valle -dijo Ramsés-. El Service des Antiquités no sería el único que emplearía su mano dura sobre usted en ese caso.

La única respuesta fue un encogimiento de hombros.

- Por Dios, Ramsés, has sido un tanto brusco con el joven Albion -le hice notar, después de dejar al grupo camino del hotel y de que hubiéramos montado sobre nuestros nobles corceles.

- ¿De verdad? Bien -dijo Emerson-. No quiero que gente como esa nos moleste.

Ramsés se volvió para mirar a Jumana, quien en esos momentos hablaba con Nefret.

- No les he contado lo que dijo de Jumana la otra noche.

Acto seguido, repitió el ofensivo comentario. Cyrus enrojeció indignado y Emerson se puso a gruñir.

- ¡Maldito canalla! ¿Por qué no me lo dijiste? Lo habría…

- Y yo también si no hubiera sido porque Nefret me detuvo -dijo

Ramsés-. Hice lo que pude por dejarle muy clara la situación. No ha causado daño alguno.

- Y no lo causará -declaró Cyrus.

- De acuerdo -dije-. ¿Qué pensáis de su absurda propuesta de excavar en el Valle de los Reyes?

- Me sorprendió -admitió Ramsés-. Los turistas caen a veces en el error de creer que es posible excavar donde quieran, pero él debería saber que no es así. ¿Es posible que tratara de provocarnos?

- Tienes una mente tan desconfiada como la de tu madre -dijo Cyrus.

- Mi mami -le corrigió Ramsés-. ¿Le gustaría a usted que le llamaran papi, padre?

- No mucho -gruñó Emerson.

- Os los estáis tomando demasiado en serio -insistí-. Son bastante estúpidos y algo molestos, así que deberíamos mezclarnos con ellos lo menos posible. ¿Has decidido ya lo que hay que hacer aquí, Emerson?

- Lo que hay que hacer -dijo Emerson malhumorado- es cerrar con llave y disparar sobre cualquier condenado turista que trate de entrar. Sí, sí, ya sé que es imposible, Peabody. ¿Sabes ya qué vas a hacer con el enladrillado que encontraste en la parte oeste de la capilla, Vandergelt? Será mejor que los hombres lo cubran de nuevo o, de otro modo, esos condenados turistas treparán por él y acabarán por destruir lo poco que queda.

- ¿Y qué hay de la reparación del pavimento? -preguntó Cyrus.

No tenía ganas de perder demasiado tiempo en esa tarea, pero era una persona muy concienzuda.

- Déjalo -dijo Emerson-. Uno de esos malditos turistas podría caerse dentro.

Regresamos al apeadero de los burros, donde habíamos dejado nuestros caballos. Riéndose todavía de la chistosa observación de Emerson -al menos creo que pretendía ser simplemente chistosa-, Cyrus comentó:

- Bertie estaba bastante abatido esta mañana: odia que se le deje de lado. ¿Os importa que venga mañana con nosotros?

- ¿Por qué no? -respondió Emerson-. Nos vendrá bien otro par de manos, aunque solo sea para tomar notas sobre el terreno.

- Supongo que podemos disponer para él una silla y un escabel -

dije distraída-, pero, en mi opinión, Bertie debería quedarse en casa algunos días más.

- No querrá -dijo Ramsés-. Conozco de sobra a Katherine: lo volverá loco y acabará por escapar y cometer de nuevo otra estupidez.

- Hablas por experiencia propia, ¿no? -le pregunté y sonreí para indicar que se trataba tan solo de una de mis pequeñas bromas.

Como respuesta recibí otra sonrisa y un rápido beso en la mejilla.

- En absoluto, madre. ¿Les importa que Nefret y yo nos adelantemos?

*Risha* y *Moonlight* se morían por correr. El lento paso de la simpática yegua de Cyrus resultaba intolerable para un par de corceles tan briosos, de modo que asentí con la cabeza y los dos jóvenes partieron en un rápido trote.

- Es innegable que forman una pareja muy atractiva -dijo Cyrus con admiración. Nefret se había quitado las últimas horquillas que le quedaban en el pelo y su melena ondeaba como un brillante estandarte mientras *Risha* iniciaba el galope y *Moonlight* intentaba no quedarse atrás, estirándose para mantener su paso-. Pero ya no siento tantos celos como antes -continuó-. Bertie es como un hijo para mí y lo voy a nombrar mi heredero; después de Cat, por supuesto.

- Excelente, Cyrus -dije en tono de aprobación-. Se ha ganado tu afecto. No obstante, yo no lo iría contando por ahí o, de lo contrario, todas las mujeres cazafortunas de Egipto empezarán a cortejarlo. Y si, por otra parte, es Bertie quien llega a saberlo, sospechará de todas las damiselas que muestren interés por él.

- Reconozco que es un buen consejo -acordó Cyrus.

La mirada distraída de Emerson indicaba que había dejado de escucharnos: mi marido me considera demasiado propensa a ofrecer consejo, y hablar de flirteos le aburre enormemente.

- Un bastón -dijo de repente-. Si conseguimos un buen bastón robusto para el muchacho podrá hacer lo que quiera.

- No seas ridículo, Emerson -dije.

* * *

Cyrus nos invitó a una cena informal en el Castillo. Bertie se mostró muy contento de vernos y aún más contento cuando le

ofrecimos la posibilidad de volver al trabajo. Examiné su tobillo y vi que iba algo mejor: la hinchazón había disminuido y solo quedaba una ligera contusión. Todos lo atribuyeron a los milagrosos efectos del ungüento de Kadija. Quizá estuvieran en lo cierto, pero yo había empezado a preguntarme si no sería la mente del paciente la que otorgaba a aquel mejunje su enorme eficacia.

Después de cenar, el joven se dirigió cojeando a la biblioteca en compañía del resto del grupo, mientras yo me quedaba con Katherine para acabar de tranquilizarla.

- He dispuesto un refugio donde Bertie se encontrará muy cómodo y si tiene que trabajar en algún otro sitio de las excavaciones haremos lo posible para que no haga esfuerzos innecesarios. Jumana se ha mostrado dispuesta a cuidar de él.

Tal vez esto último no fuera, precisamente, lo que Katherine quería escuchar. En mi opinión, sus temores a que naciera entre ellos una relación seria eran tan infundados como parciales. Bertie seguía interesado en la muchacha, pero ella no había dado muestras de corresponderlo, al contrario, lo trataba casi como si fuera un niño bobo. Sermoneé a Katherine al respecto, añadiendo:

- Después de todo, Katherine, no hay nada tan destructivo para un romance como la prolongada proximidad.

Mi amiga frunció los labios.

- No fue así en el caso de Ramsés y Nefret.

- Se trata de un caso especial. Recuerda mis palabras: si Bertie y Jumana trabajan juntos, acabarán por detestarse el uno al otro.

Exageraba un poco, pero lo cierto fue que durante los días siguientes Bertie dio muestras de creciente impaciencia hacia Jumana. Tratándose de un hombre, quería impresionarla con su fuerza y habilidad profesional. Tratándose de Jumana, se aprovechaba de su forzado desvalimiento para mimarlo en exceso. Gracias a que no dejamos de mover su silla y su mesa de un lado para otro pudo ayudarnos en la inspección, tarea para la cual estaba dotado, pero, aun así, se pasó la mayor parte del tiempo sentado e inmóvil. Ver a Jumana ir y venir, subir con agilidad por la pendiente de la colina y volverla a bajar a toda prisa para ajustarle la sombrilla le crispaba los nervios. Tan solo su carácter equilibrado y sus buenas maneras evitaron la explosión.

Un ligero pero inquietante incidente alteró la productiva

felicidad de los días siguientes. No tuvo nada que ver con Jamil, aunque, el lector puede creerme, yo no lo había olvidado. Estaba casi segura de que Jumana no había tenido noticias de él, ya que no la perdía de vista ni por un momento, pero el hecho de que no se pusiera en contacto con ella empezaba a preocuparme. Necesitaba dinero, aunque solo fuera para sobrevivir, de modo que ¿dónde se lo estaba procurando?

Si era a través de sus parientes y amigos de Gurna, ninguno de ellos lo admitiría nunca. Un auténtico muro de silencio obstaculizaba la investigación de Selim.

- Creo que algunos dicen la verdad -nos había dicho-. Pero otros parecen haberse quedado sin habla. Es casi como en los viejos tiempos, cuando el Maestro controlaba el negocio ilegal de antigüedades y todos lo temían cuando se encolerizaba.

- ¿Podría ser? -me preguntó Emerson cuando Selim se alejó.

- Imposible, Emerson.

- ¿Por qué? No hemos vuelto a oír nada sobre el… sobre él durante semanas. No sabemos dónde demonios se puede haber metido.

- El nunca interferiría en nuestro trabajo ni estaría dispuesto a tolerar a un ser tan despreciable como Jamil.

Rara vez nos interrumpían las visitas, pero una mañana, mientras investigaba en una capilla en ruinas en lo alto de la ladera de la colina -ayudando a Cyrus a realizar el plano de las tumbas, según le había explicado yo a Emerson-, vi acercarse a dos jinetes. Ambos lucían el triste color oliva del uniforme militar. Ayudándome de pies y manos, me apresuré a descender por la pendiente con la esperanza de poder salir a su encuentro antes de que se arriesgaran a acercarse a Emerson.

O yo fui muy lenta o Emerson muy rápido. Cuando les di alcance, los dos hombres habían desmontado y se esforzaban por mantener una conversación cortés con mi marido. No les estaba resultando nada fácil.

- Permítanme que les repita que no hay nada que ver aquí -aseveró Emerson con las manos apoyadas sobre las caderas, las piernas separadas y las cejas fruncidas-. Éstas son unas excavaciones arqueológicas y ustedes están interrumpiendo mi trabajo.

- Pero, señor…

Uno de los oficiales (las insignias que lucían así lo ponían de manifiesto), se volvió con un cierto alivio hacia mí. Era un poco más alto de la media y tenía el cuerpo robusto y la cara cuadrada, sobre todo por la parte de la mandíbula. El pelo que quedó a la vista al quitarse el casco, lo que hizo inmediatamente al verme, tenía una tonalidad de un marrón indescriptible, algo más oscura que la de su bigote, esmeradamente cuidado.

- ¡Señora Emerson! -exclamó-. Imagino que no se acordará de mí; tuve la fortuna de conocerla el año pasado en El Cairo; mi colega Woolley, del Departamento Árabe, nos presentó.

- Claro que me acuerdo, mayor Cartright -repliqué antes de que Emerson pudiera decir una grosería sobre el departamento en cuestión-. El señor Woolley es un viejo amigo. Lamenté mucho saber que los otomanos lo habían hecho prisionero.

- Cosas de la guerra, señora, cosas de la guerra.

- Estupidez e ineptitud -manifestó Emerson-. ¿Cómo se puede pretender navegar a lo largo de la costa en un yate que no puede pasar inadvertido e intentar desembarcar agentes en las mismas narices de los turcos? Era imposible que no lo capturaran antes o después.

Cartright enrojeció enfadado, pero consiguió contenerse.

- Sí, señor. ¿Me concede el honor de presentarle a otro de sus admiradores? El teniente Algernon Chetwode.

No había visto en mi vida un rostro tan típicamente inglés: pelo y bigote muy rubios, las pestañas que enmarcaban sus ojos azules eran tan pálidas que resultaban casi invisibles y tenía las mejillas tan tersas como las de una niña. Mientras tartamudeaba una serie de incoherentes cumplidos, se sonrojó.

- Me resulta casi imposible expresar el placer… el gran honor…

- Sí, es muy agradable -dije y, al darme cuenta de que no tenía intención de proseguir, añadí-: Les mostraría los alrededores, caballeros, si no fuera porque, tal y como les ha dicho mi marido, no hay nada que pueda interesarles. Imagino que están de permiso y que vienen de El Cairo. Les puedo sugerir entonces que visiten el Valle de los Reyes o el templo de Medinet Habu; se encuentran en esa dirección.

- Es usted muy amable -dijo Cartright con una sonrisa que dejaba claro que era consciente de mis verdaderos motivos-. Nos

hemos acercado solo para presentarles nuestros respetos. Esperábamos… es decir… ¿está su hijo con ustedes?

Emerson entrecerró los ojos y yo sentí que se me encogía el estómago. Por imperiosa necesidad, las actividades que Ramsés había llevado a cabo en nombre del Ministerio de la Guerra se habían mantenido en el más estricto secreto. Si sus valerosos sacrificios se hubieran dado a conocer, mi hijo habría sido considerado todo un héroe, pero al no ser así la mayor parte de nuestras amistades de El Cairo pensaban que era un cobarde y un pacifista. (Los ignorantes creen que ambas palabras son sinónimas.) El año anterior, en El Cairo apenas había un oficial que le dirigiera la palabra y, en cambio, ahora dos de ellos venían expresamente a buscarlo.

Aun en el caso de que hubiera tenido la tentación de mentirles, no pude: Ramsés nos había visto y se acercaba en ese momento hacia nosotros. No era propio de él evitar los enfrentamientos. Nefret lo tenía cogido por el brazo y se mordía los labios, señal de que todo aquello le preocupaba o le causaba fastidio.

Si el joven teniente Chetwode nos había colmado de adulaciones, con Ramsés solo le faltó hacer una genuflexión. Sin embargo, no prestó a Nefret más atención que la requerida por la simple cortesía y eso resultaba muy sospechoso, ya que la mayoría de los hombres hacía lo contrario.

Envarado y serio, Ramsés les estrechó la mano.

- De vacaciones, ¿no? -preguntó.

- Unas breves vacaciones -le respondió Cartright-. Acabo de regresar del frente de Gaza y, después de informar al general, este tuvo la amabilidad de darme algunos días de permiso.

- Estoy seguro de que merecidos -le dije, atenta.

- ¡Ja! -espetó Emerson-. Me gustaría saber qué demonios están haciendo ustedes. Expulsaron a los turcos al otro lado de la frontera egipcia a principios de enero y llevan instalados a las afueras de Gaza desde entonces. Necesitamos una victoria en Oriente Medio, caballeros: las noticias provenientes de los demás frentes son demasiado malas. ¿Por qué no avanza el general Murray hacia Jerusalén?

- Estoy seguro de que conoce el terreno, señor -dijo Cartright con deferencia. Sin dejar de mirarme (a mí, una simple mujer que lo

más probable es que no supiera nada sobre asuntos militares), explicó-: Los turcos están decididos a no perder Gaza, de modo que la ciudad se encuentra fuertemente fortificada y lo mismo sucede con las montañas que se extienden a lo largo del camino que va de esta ciudad a Beersheba: es una auténtica línea defensiva natural de unos cuarenta kilómetros de larga. El agua es uno de nuestros mayores problemas, dado que tenemos que bombearla a través del Sinaí desde el canal de agua dulce que se encuentra en Suez. Por otra parte, la instalación de las vías del tren ha sido retrasada a causa de las dificultades del terreno. El servicio de inteligencia se encuentra tremendamente desorientado. A nuestros agentes les está resultando muy difícil introducirse y sus aviones…

- Sí, sí -le atajó Emerson con impaciencia-. Pero si se retrasan mucho más, los turcos conseguirán refuerzos y cavarán más trincheras. Hay que atacar Beersheba y Gaza al mismo tiempo. La zona está llena de agua.

- Estoy seguro de que al general Murray le interesará su punto de vista, señor -dijo Cartright.

Carraspeé con fuerza y Emerson se refrenó.

- Si me necesita para que le diga lo que es evidente, eso quiere decir que su equipo no está haciendo bien su trabajo. Buenos días, caballeros.

Cogiendo mi brazo con firmeza se alejó airado, dejando a los dos oficiales sin otra alternativa que volver a montar sobre sus caballos y marcharse.

- ¡Por todos los demonios, maldita sea! -comentó.

- Totalmente de acuerdo -dijo Ramsés al alcanzarnos-. Ha sido extraordinariamente franco, ¿no les parece?

- Demasiado franco -refunfuñó Emerson-.¿Por qué nos habrá contado tantas cosas?

Ramsés apretó los labios y, pasado un momento, dijo: -No hay razón alguna para que ustedes lo recuerden pero Cartright fue uno de los tres «patriotas» con los que tuve aquel desagradable encuentro en el Turf Club hace dos años. Por aquel entonces, él formaba parte del ejército egipcio.

- ¿Te estás refiriendo al hombre que te golpeó en la cara mientras los otros dos te sujetaban por los brazos? -le pregunté indignada-. ¡Dios mío!, de haberlo sabido no habría sido tan

educada con ellos.

- No, él fue uno de los que me sujetó -me corrigió Ramsés-. Pero, por alguna razón, su actitud ha cambiado radicalmente.

- No es difícil adivinar por qué -gruñó Emerson-. Ahora forma parte del servicio de inteligencia y alguien le habrá hablado de ti. ¡Servicio secreto! Dios mío, casi podrían subirse a los tejados para proclamarlo.

- Al saber sobre tu heroísmo… -dije.

Ramsés me hizo una mueca y continuó con firmeza:

- Fue lo que fue y no lo llamaré de otro modo, pero quizá la información no se ha divulgado tanto como pensamos.

- Yo espero que sí -dijo Nefret, alzando la barbilla con aire de desafío-. Espero que todo el mundo lo sepa.

Ninguno de nosotros tuvo que pedir la aclaración de esta frase. Nefret vivía con el constante temor de que Ramsés volviera a verse envuelto en una misión semejante a la que casi le había costado la vida dos años atrás. A pesar de que eran muy pocos los que conocían sus anteriores actividades, aceptar una nueva misión habría sido bastante peligroso, porque uno de esos pocos era, precisamente, el jefe de los servicios secretos turcos. Si, como parecía, todos los oficiales de los servicios de inteligencia de El Cairo estaban al tanto, se trataría de un auténtico suicidio. Tal y como Ramsés había dicho una vez, no tiene sentido ser un espía cuando todo el mundo sabe que lo eres.

- Te lo he dicho ya -dijo Ramsés dirigiéndose a su mujer en un tono que hizo que ésta enrojeciera-, ese asunto se ha acabado. ¿Podemos cambiar de tema, por favor?

- Totalmente de acuerdo -se apresuró a decir Emerson. A pesar de que mi marido está firmemente convencido, y su conducta lo prueba, de que las diferencias de opiniones hay que resolverlas en el acto y de modo enérgico, le molesta mucho que se produzca la discordia entre sus amados niños-. Hemos perdido ya demasiado tiempo con estas tonterías. Volvamos al trabajo, ¿eh?

A mí también me había sorprendido un poco la severidad del tono de Ramsés pero, no obstante, estaba segura de que su malhumor no duraría mucho y de que ella no rechazaría sus excusas; y así fue. Algo más tarde me di cuenta de que ambos habían desaparecido y, dado que era casi la hora de comer, me

adentré en el vestíbulo del templo donde había dispuesto mi pequeño refugio. Tampoco estaban allí, pero oí un murmullo de voces proveniente de detrás de una de las columnas que separaban el vestíbulo del pronaos. Era una hermosa columna con la cabeza de la diosa Hathor en lugar del capitel. Me acerqué a ella para observarla más de cerca.

Ni caminaba de puntillas ni tampoco trataba de hacerlo sin ser oída, pero lo cierto es que ninguno de los dos notó mi presencia hasta que no me vieron.

- ¡Maldita sea! -dijo Ramsés a la vez que soltaba a su mujer y enrojecía ostensiblemente.

- Esto… disculpe, madre.

- Soy yo la que debería pediros disculpas, querido. No me di cuenta de que estabais aquí. Ya casi es hora de comer.

- Iré a buscar a nuestro padre -dijo Ramsés, apresurándose a huir.

Nefret dejó escapar una de sus cantarinas risitas mientras trataba de recomponerse el moño.

- ¿Tenía miedo de que nos hubiéramos retirado para seguir riñendo en privado?

- Te aseguro que no. Supuse que estaríais admirando alguna de las bellas cabezas de Hathor. Me pareció oír a Ramsés repetir uno de sus encantadores epítetos… la diosa dorada.

- Ya que lo oyó -dijo Nefret divertida y en absoluto avergonzada-, debe saber que se refería a mí.

- Muy adecuado -aprobé. Un rayo de sol hacía resplandecer su cabellera cobriza hasta casi formar una aureola-. Hathor era la diosa del amor y la belleza y… mmm…

- De la felicidad -Nefret alzó la mirada para contemplar el rostro esculpido.

Puede que a algunos les parezca chocante que la diosa de la belleza, Hathor, estuviera representada con orejas de vaca (uno de los animales a ella consagrados) pero a nosotros, que llevábamos tantos años contemplando arte egipcio, aquellos elementos nos resultaban familiares y, además, los otros rasgos estaban representados con gran delicadeza. Su larga cabellera caía, rizándose, sobre los hombros.

- «Roguemos a la gran diosa, dama de la turquesa, señora del

oeste» -recitó Nefret, inclinándose con aire grave y deferente.

No me pude contener.

- ¿Qué es lo que le estás pidiendo?

- Felicidad -repitió Nefret.

- Pero… va todo bien entre vosotros dos, ¿no?

- Claro que sí -me contestó cogiéndome del brazo-. Vamos a comer.

Emerson nos tuvo tan ocupados aquella semana que únicamente a finales de la misma pude realizar mi peregrinaje anual a la tumba de Abdullah. Dado que no pensaba que se pudiera encontrar realmente allí, nunca había sentido una especial urgencia de hacerlo. Tan solo seguía yendo… la verdad es que no sé por qué. Le coeur a ses raisons que la raison ne connaît pas.

En aquella ocasión, la razón principal de mi visita era ver el nuevo monumento a él dedicado. No lo había podido hacer antes porque Abdullah no me había hecho saber que quería uno sino poco tiempo antes de que abandonáramos Egipto la primavera anterior. Su petición me había cogido por sorpresa: es difícil imaginar a un espíritu inmortal -o, según Emerson, una fantasía sentimental que produce mi cerebro cuando sueño- preocupándose por esas cosas. Emerson, sin embargo, no puso objeción, de modo que mandé a Selim los planos que había dibujado David, ordenándole que procediera a construirlo.

No quería que nadie me acompañara, pero Ramsés me vio mientras me deslizaba fuera de la casa y me detuvo.

- Creí que habíamos acordado que ninguno de nosotros saldría solo, madre.

- Si veo a Jamil luciendo la doble corona y lanzando besos, ten por seguro que no lo seguiré.

Ramsés no pareció ni divertido ni convencido.

- ¿Adónde va?

- Solo al cementerio, todavía no he visto la tumba de Abdullah.

- Oh, ni yo tampoco, ¿puedo ir con usted?

Sabiendo de antemano que era inútil oponerme, acepté. Lo cierto es que él era la única persona a cuya compañía no tenía nada que objetar. Había estado a mi lado el día después del funeral de Abdullah y me había ayudado a enterrar sobre su tumba los pequeños amuletos de Horus y Sekhmet, Anubis y Sobek -símbolos

de los antiguos dioses que acompañaban a las almas en su camino hacia el oeste-, actualmente en flagrante contradicción con lo que, aparentemente, eran las convicciones de Abdullah y mías, aunque siempre había sospechado que él creía secretamente en ellos y que eso le hacía sentirse un poco avergonzado. La silenciosa comprensión de Ramsés me había dado el consuelo que tanto necesitaba aquel día.

Fuimos a pie, sobre las crestas rocosas y atravesando la pedregosa extensión de la llanura del desierto. Ramsés aflojó su paso para seguir el mío. El cementerio se encontraba en el lado norte del pueblo, no demasiado lejos de la mezquita. Allí era todo desierto, tierra calcinada y piedras; ni un árbol ni una planta en flor suavizaban la dureza de aquellas solitarias tumbas. Estas estaban excavadas en el suelo; un monumento bajo y rectangular de piedra o ladrillo, con algunas piedras dispuestas en vertical sobre los pies y la cabeza que señalaban el emplazamiento de las mismas. Una simple estructura coronada por una cúpula indicaba que podía tratarse de la tumba de un hombre santo, un jeque o cualquier otra eminencia. Había pocos monumentos funerarios de ese estilo en aquel humilde cementerio. El de Abdullah saltaba a la vista no solo por las piedras recién talladas que habían sido usadas en su construcción, sino también por su diseño poco habitual: a pesar de que se trataba del tradicional edificio cuadrangular, había algo en sus proporciones que le procuraba una sutil armonía y su cúpula parecía flotar, ligera como una burbuja.

El sol estaba a punto de ocultarse. Una luz rosada caldeaba la blanca piedra caliza de los muros. De la mezquita de un pueblo vecino llegaron hasta nosotros las primeras notas musicales de la llamada nocturna a la oración.

- Dentro de nada se hará de noche. -Ramsés no había hablado desde que abandonamos la casa-. No deberíamos quedarnos mucho tiempo.

- No, solo quiero…

Me interrumpí sobrecogida. Cuando menos, era extraño ver movimiento en un lugar abandonado como aquel y la figura que acababa de surgir de la sombra bajo la cúpula era humana. Al encontrarnos todavía a cierta distancia de allí, no pude distinguir muy bien los detalles, apenas la larga *galabiyya* y el turbante de

color blanco, antes de que volviera a ocultarse tras los muros de la mezquita.

- ¿Quién era? -pregunté.

- No lo sé. ¿Ha traído una linterna?

- Por supuesto, tengo aquí todos mis utensilios. ¿Crees que deberíamos seguirlo?

- No era Jamil, de modo que no veo de qué nos puede servir perseguir a ese tipo. Comprobemos solamente que no haya causado ningún daño.

La arena removida era el único signo de que alguien más había estado allí.

- Hay algunas huellas de pies -dijo Ramsés entre dientes, alumbrando los alrededores con la linterna- que se solapan, y eso es extraño.

- A lo mejor algunos parientes han venido hasta aquí a presentarle sus respetos y rezar -sugerí.

- Tal vez. ¿Nos vamos?

Me hubiera gustado decir algunas palabras -pensarlas, más bien-, pero era obvio que mi hijo se sentía intranquilo y, realmente, ¿qué más se podía añadir cuando yo acababa de mantener una larga conversación con Abdullah? Asentí y, como la oscuridad se había hecho más intensa, dejé que Ramsés tomara mi brazo.

- Me gusta el diseño -dijo Ramsés mientras, con la ayuda de la linterna, buscábamos un camino por entre las tumbas-. Espero que a Abdullah le guste.

- Oh, sí. Creo que solo le molestó tener que pedirla. Me dio a entender que era yo la que tenía que haber pensado en ello.

- Ah -dijo Ramsés evasivo.

* * *

El jueves, mientras preparábamos nuestra partida -tarea complicada aquellos días a causa de Sennia y el *Gran Gato de Ra*-, llegó un mensajero. Jumana se había marchado a Deir el Medina; Ramsés trataba de explicarle al gato que prefería que no lo acompañara; yo me enfrentaba a las habituales tácticas que Sennia solía emplear para retrasarnos y Emerson pateaba arriba y abajo pidiéndonos que nos diéramos prisa. Fue él quien cogió la nota que había traído Fátima.

- Vaya, no sé lo que pensareis de esto -dijo-. Yusuf quiere vernos.

- ¿Vernos? -repetí-. ¿A quién? Sennia, coge tus libros y vete.

- A nosotros dos. Dice que es urgente. Me pregunto quién se la escribió.

Ramsés dio por terminada su conversación con el gato y lo puso en el suelo.

- Tal vez uno de los escribas de cartas públicos. ¿Podemos ir también Nefret y yo?

Emerson se frotó el hoyuelo de su barbilla.

- No, dice que vayamos solos. Id por delante; nos reuniremos con vosotros en breve.

- A menos que suceda algo interesante -lo corregí.

- Algo relacionado con Jamil, quizá -dijo Nefret-. ¿Piensa que Yusuf sabe dónde ha estado escondido durante todo este tiempo?

- Esperémoslo. Sería un alivio poder poner punto y final a todo este asunto. Yo debería haber hecho algo más que un simple intento por interrogar a Yusuf -admití.

- No sea dura con ese pobre anciano -dijo Nefret-. Debe de haber sufrido terriblemente al verse obligado a elegir entre el amor por su hijo y la lealtad hacia ustedes.

- Podría tratarse de otra trampa -apuntó Ramsés-. Recuerde sus palabras, padre, no perseguir al muchacho solos, ni aun en el caso de que vaya disfrazado…

- No iré solo -dijo Emerson-. Tu madre vendrá conmigo.

Ramsés frunció sus espesas y oscuras cejas.

- No olvide su sombrilla, madre.

- Por supuesto que no. No obstante, espero que Yusuf solo quiera un poco de simpatía y alguna que otra medicina. Es lo mínimo que puedo hacer por él y ya debería haberlo hecho.

Preparé un pequeño paquete para Yusuf con un poco de su tabaco favorito y unos cuantos de los pasteles de miel que Fátima acababa de hacer y que a él le gustaban tanto. Cogí también mi botiquín. Cuando acabé de reunir todo lo que necesitaba, los otros se habían marchado ya. Emerson y yo nos pusimos inmediatamente en marcha. Nada más entrar con los caballos en el sendero que pasa junto a las tumbas, en la parte inferior de la colina de Sheikh Abd el Gurna, vislumbré algo que me hizo detener bruscamente a mi pequeña yegua.

- ¡Emerson! ¡Mira allí!

Era imposible decir de dónde había salido -tal vez de una de las tumbas- pero el contorno de aquella esbelta figura no dejaba lugar a dudas. Pocas mujeres en Luxor vestían botas y falda pantalón y únicamente había otra que llevara un cinturón lleno de objetos ruidosos como aquél.

Emerson, que también se había detenido, soltó un juramento.

- ¡A por ella! -ordenó.

- No te apresures, querido. Debemos seguirla a una cierta distancia y descubrir dónde va. Acaba de estar en el pueblo: si Yusuf le ha dicho que piensa entregar a Jamil, podría estar yendo en su búsqueda para avisarlo.

- ¡Maldición! -gritó Emerson-. ¿Cómo puede…? Bueno, pronto lo descubriremos. -Mientras hablaba, había desmontado. Haciendo una señal a uno de los habitantes del pueblo, le dijo-: Dame tu galabiyya.

- Pero, Padre de las Maldiciones… -protestó el individuo.

- He dicho que me la des.

Emerson le dio una propina tan generosa que fue obedecido al instante. El tintineo de las monedas atrajo a otros hombres. Uno de ellos se mostró dispuesto a desprenderse también de su vestimenta. (Yo, mientras tanto, había seleccionado al más bajo y limpio de ellos.)

La muchacha se alejaba corriendo con una agilidad que yo conocía muy bien, de modo que, para entonces, casi la habíamos perdido ya de vista. Pero no podíamos por menos que detenernos: si la hubiéramos seguido a caballo y con nuestras ropas habituales nos hubiera reconocido de inmediato. Tras embutirnos en nuestros improvisados disfraces, dejamos los caballos con uno de los hombres y salimos corriendo detrás de la muchacha.

- Se dirige hacia nuestra casa -observó Emerson intranquilo-. A lo mejor nos hemos equivocado, Peabody. Puede que tan solo haya hecho una visita de compromiso a su padre.

- No seas tan sentimental, Emerson. Dijo que no se hablaba con él desde hacía meses y, además, ¿por qué no nos ha dicho cuáles eran sus intenciones si las mismas eran completamente inocentes? Me ha engañado deliberadamente, esa pequeña criatura traidora.

La verdad pronto quedó al descubierto. Encorvada, como si tratara de pasar inadvertida, Jumana se desvió de repente para

adentrarse en un escabroso sendero que, serpenteando entre las casas y las colinas, conducía a los riscos occidentales, al sur de Deir el Bahri. En una o dos ocasiones se volvió para mirar hacia atrás. Debía de habernos visto, pero era obvio que nuestros torpes disfraces habían conseguido engañarla, ya que siguió adelante sin detenerse, trepando con agilidad por la pendiente que subía hasta el pie de los riscos. Mientras subíamos, contemplé el templo que se encontraba a nuestra derecha, algo más abajo: las columnas y los sillares desparramados brillaban con la luz de la mañana.

A pesar de que la muchacha se movía deprisa, Emerson no parecía tener dificultad en seguirla: su respiración seguía siendo regular y hasta había tenido que refrenar un poco su paso habitual. Al ser mis extremidades inferiores no mucho más largas que las de Jumana yo, en cambio, me veía obligada a correr.

- ¿Adonde demonios se dirige? -jadeé-. Maldita muchacha…

- No malgastes el aliento -me aconsejó Emerson, ofreciéndome la mano-. Por Dios, Peabody, no creerás que… Y sin embargo es ahí donde va.

Con la ayuda que me proporcionaba su robusto brazo me resultaba mucho más fácil caminar, por lo que pude empezar a mirar a mí alrededor. Conocía bien aquel sitio. El año anterior habíamos extraído la estatua dorada del dios Amón-Ra de su escondite sagrado, en la parte posterior de un nicho poco profundo. Fue Jamil quien había descubierto aquel lugar. ¿Lo habría elegido ahora como refugio? El pozo que descendía hasta una pequeña cámara excavada en la roca tenía apenas unos dos metros y medio de profundidad y era muy poco probable que nadie quisiera entrar allí: los *gurnawis* sabían que lo habíamos vaciado por completo.

Jumana se detuvo, dándonos la espalda, a la entrada del pequeño nicho. Movió la cabeza hacia ambos lados. Emerson me hizo agacharme para ocultarme tras un montón de escombros. No osábamos acercarnos más; nos encontrábamos a unos seis metros de la muchacha y no se veía un alma en los alrededores.

Jumana gritó:

- ¡Jamil!, ¿estás ahí? -los nervios hacían que le temblara la voz.

No oí nada. Jumana volvió a gritar: -¡Voy!

- Ahí lo tenemos -susurró Emerson-. Vamos.

Cuando me puse de pie, Jumana había desaparecido. Emerson se

dirigió corriendo a la abertura y yo lo seguí.

El declive era poco profundo y el sol de la mañana lo iluminaba. Al otro lado del mismo, el pozo que habíamos vaciado estaba abierto, completamente despejado, formando un cuadrado negro contra la roca. No había rastro de Jumana.

- ¿Dónde está? -pregunté.

- No te preocupes por ella. Jamil no puede haber salido, no ha tenido tiempo.

Arrodillándose en el suelo cubierto de escombros, Emerson cogió su linterna e iluminó el fondo del pozo. Estaba tan vacío como cuando lo dejamos y eso no hacía sino confirmar nuestra teoría. La arena y los guijarros deberían haberlo cubierto parcialmente, por lo que alguien debía de haberse preocupado por mantenerlo limpio. A la luz de la linterna pudimos ver otra prueba más: una tosca pero robusta escalera de madera.

Antes de que pudiera detenerlo, Emerson, desdeñando la escalera, se apoyó sobre las manos, produciendo con sus botas un fuerte ruido al aterrizar. Incluso en el caso de que no nos hubiera sentido llegar, Jamil no podía haber dejado de oír aquello.

- ¡Maldita sea, Emerson! -exclamé-. ¡Espérame!

Había entrado ya en el corto pasadizo que conducía a la cámara. El techo era bajo y eso le obligaría a inclinarse, lo que pondría su cabeza al nivel adecuado -adecuado para recibir un golpe, quiero decir- cuando saliera. Dejé caer mi sombrilla en el interior del pozo y descendí por la escalera. Una vez dentro, la así de nuevo y me adentré sin perder tiempo en el pasadizo.

Al final se veía una luz, pero no podía oír nada, lo que, desde luego, no contribuía demasiado a disminuir mi ansiedad. Emerson podía estar ya inconsciente y sangrando. Saqué mi pequeña pistola del bolsillo.

Alguien me la arrancó de las manos cuando llegué al final del pasaje.

- Sabía que llegarías blandiendo tu pistola -remarcó Emerson mientras me ayudaba a incorporarme-. No está aquí, Peabody, pero ha estado.

Recorrió la cámara con la linterna. Un tosco jergón formado con un montón de alfombras, latas de comida, recipientes con agua y… levanté la tapa que cubría uno de ellos… cerveza. Debía de haberse

sentido a sus anchas.

- Se nos ha escapado de nuevo -dije enfadada-. ¿Cómo puede haberle avisado Jumana?

- Es obvio que no se encontraba aquí -contestó Emerson-. Y eso es una ventaja, Peabody: si no estaba aquí no puede habernos visto, de modo que es muy posible que regrese… es una guarida muy acogedora, ¿verdad? Está bien, nos reuniremos con los demás y vigilaremos este lugar. Cuando le eche el guante a esa muchacha, me aseguraré de que no vuelva a ponerlo sobre aviso -sus dientes grandes y cuadrados quedaron al descubierto mientras gruñía, brillando, blancos, a la luz de la linterna.

- Vamos -dije inquieta-. No me siento a gusto aquí, Emerson.

- Una de tus famosas premoniciones. -Dejó escapar una risita, pero tal vez él también tuviera una, ya que añadió-: Yo iré delante.

Me esperó en el pozo mientras yo me arrastraba por el pasadizo.

La escalera ya no estaba allí.

Antes de que pudiera detenerlo, Emerson alcanzó el borde del pozo y se aferró con ambas manos. Los músculos de sus antebrazos desnudos se estiraron mientras se preparaba para subir de un salto.

- ¡Mira hacia afuera! -chillé, por poco, pero demasiado tarde.

Un grueso palo golpeó el brazo de Emerson, haciéndole caer. Pude oír el ruido que hizo el hueso al romperse.

Un tanto confusa, saqué mi pistola y disparé dos veces. Las balas rebotaron en la pared. La única respuesta fue una carcajada. Yo ya había oído aquella risa una vez; en Gabbanat el-Qirud.

- Qué desperdicio de munición -me hizo notar Emerson.

Sentado en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, sostenía el brazo izquierdo con el derecho. Su cara brillaba de sudor.

- No muevas el brazo -le ordené, revolviendo entre los utensilios que colgaban de mi cinturón-. ¡Maldita sea! A partir de ahora tendré que llevar también algunos trozos de madera. ¿Por qué limpiamos este sitio tan concienzudamente? No hay nada que me pueda servir para entablillarte el brazo. Iré y…

- Ni se te ocurra, Peabody. Yo sería capaz de alzarte con un solo brazo pero lo malo es que, tan pronto como pongas tu cabeza a tiro, te golpeará. Nos ha metido en un buen apuro, querida.

- No puede quedarse ahí todo el día -dije y agaché la cabeza al

ver caer una lluvia de guijarros.

- Parece haber planeado algo distinto -dijo Emerson con calma. Cayeron algunas piedras más, incluido un canto del tamaño de un puño que fue a parar sobre mi cabeza, lo que resultó bastante doloroso, ya que no llevaba puesto mi salacot-. Será mejor que volvamos a entrar en el túnel -continuó Emerson.

Improvisé un cabestrillo algo tosco con mi camisa y lo sujeté con los imperdibles que llevaba en mi equipo de costura. Fue lo mejor que pude hacer, dadas las prisas. Si nos quedábamos allí, nos arriesgábamos a que otro canto nos rompiera la cabeza. A Jamil le llevó algo de tiempo recoger las piedras del siguiente cargamento, pero antes de que dejara caer una nueva lluvia de ellas nosotros ya nos habíamos adentrado en el pasadizo.

- ¡Bien! -dije aspirando con fuerza-. Ahora tenemos tiempo para pensar en algún plan.

- Adelante -dijo Emerson a través de sus labios entreabiertos-. Por el momento, yo tengo la mente en blanco.

- No me sorprende, querido, debió de hacerte mucho daño. Toma un poco de coñac.

- Mi malestar es más psíquico que físico -refunfuñó Emerson, sin dejar por ello de aceptar el licor y de beberse un buen trago del mismo-. Esto es ridículo, Peabody. Hemos estado antes en sitios mucho más terribles y con enemigos mucho más peligrosos que ese miserable muchacho y, aun así, se las ha arreglado para colocarnos en un terrible aprieto. Nadie sabe dónde estamos… excepto Jumana. ¿Tanto nos hemos equivocado sobre su carácter? No puedo creer que ella sea capaz de consentir un asesinato.

- No -dije-. No lo sería.

Aquella voz forzada, aquel extraño modo de caminar encorvada…

- Emerson, no era Jumana. Era Jamil.

# Capítulo 7

*DEL MANUSCRITO H:*

Cuando los habitantes de Deir el Medina abandonaron sus casas, se llevaron con ellos sus posesiones más valiosas, exceptuando las más valiosas de todas: los bienes devotamente depositados junto a los muertos. Buscar tumbas era como una lotería, con las mismas probabilidades de ganar que en cualquier otro juego de azar. La gran mayoría de ellas habían sido saqueadas y estaban vacías pero, de vez en cuando, algún afortunado ganador se llevaba un premio al encontrar el ajuar funerario todavía íntegro, o el gran premio: la tumba intacta de un faraón o de una reina, quimera que excitaba la imaginación de cualquier excavador, tanto si lo quería admitir como si no. Por escasas que fueran las posibilidades, era difícil resistir la tentación de buscar el tesoro, sobre todo si la alternativa consistía en un montón de insulsos muros de ladrillo de adobe o en llevar a cabo las aburridas tareas de medir y registrar datos.

Se suponía que Jumana tenía que estar ayudando a Bertie y a Cyrus a efectuar el reconocimiento, pero a Ramsés no le sorprendió verla a mitad de camino sobre la ladera de la colina agachada, con la cabeza inclinada y las manos ocupadas en algo. El chillido de Ramsés sobresaltó a Nefret e hizo que Jumana se pusiera de pie.

Tras agitar los brazos vigorosamente, la muchacha se dispuso a bajar.

- No debería estar haciendo eso -dijo exasperado-. Mírala, sonriendo y haciendo cabriolas. Sabe que está desobedeciendo las órdenes.

- No seas demasiado duro con ella -dijo Nefret tolerante-. Nuestra madre habría subido también hasta allí. Ha encontrado

algo.

Llevaba en la mano una pequeña estela. No era un descubrimiento extraordinario: muchos excavadores habían encontrado ya antes un buen número de ellas en el interior o en las proximidades de las capillas de las tumbas. Se la tendió a Ramsés, alzando sus resplandecientes ojos para mirarlo.

- Te hemos dicho ya que no debes sacar los objetos de su sitio -dijo Ramsés con severidad.

El modo en que la muchacha lo miraba le ponía nervioso.

- He puesto una etiqueta en el lugar exacto -protestó Jumana-. Tal y como me enseñaste. Lo he medido, así que sé exactamente dónde deberíamos indicarlo en el plano. Ahí no hay ninguna capilla, Ramsés, de modo que debe de haberse caído de su sitio y rodado por la ladera de la colina. Mira… ¿no es bonita?

Apaciguado y lamentando el tono de dureza que había empleado con ella, Ramsés tomó la piedra de sus manos. La parte superior curvada, los laterales rectos y las hileras de jeroglíficos, con alabanzas a las deidades adoradas por las figuras masculinas y femeninas, eran del tipo corriente, pero en los dioses había algo inusual: dos gatos rollizos, el uno frente al otro, a ambos lados de un altar.

- Hemos visto ya otra estela procedente de Deir el Medina donde también aparecen gatos representados -dijo-. Se les identificaba con diversas diosas, incluida Mut, la madre de Amón.

- ¿Con el *Gran Gato de Ra* no? -preguntó Jumana.

- Estos no. -Se trataba de unos animales encantadores, más gordos y menos fríos que los flacos gatos egipcios habituales. Ramsés indicó los jeroglíficos apropiados-. «Alabemos al bondadoso y pacífico gato». Bueno, puede que también lo fueran. No indican su nombre. Pero el *Gran Gato de Ra* no era precisamente pacífico, ¿verdad?

- Son deliciosos -dijo Nefret, haciendo un gesto afirmativo con la cabeza a Jumana.

No obtuvo respuesta: la chica contemplaba a Ramsés, expectante y sin respirar, esperando que pronunciara una palabra de elogio.

- Lo son -concedió Ramsés-. Se la llevaremos a Bertie. Dibujarlos será un buen ejercicio para él.

- Me gustaría dársela a Pajarito -dijo Jumana, camino del

refugio-. Su gato se está poniendo tan gordo como éste y, además, le podemos decir que uno de ellos era el *Gran Gato de Ra*.

- El Departamento de Antigüedades debe decidir antes con qué piezas podemos quedarnos -dijo Ramsés. Sintiendo que se había mostrado un poco brusco añadió-: Has sido muy amable al pensar en ello, Jumana.

Tras saludar a Bertie y enseñarle la estela, Ramsés dijo:

- ¿Por qué no practicas un poco haciendo una copia, Bertie? A menos que estés ocupado con otra cosa.

- Yo lo haré -dijo Jumana-. Puedo…

- Sí, ya sé que puedes pero te necesito en otro sitio.

Selim había puesto a los hombres a trabajar. Al encontrar una plataforma que se elevaba en modo inusual en una de las esquinas de la casa en la que estaban excavando, llamó a Ramsés para pedirle su opinión y éste perdió la noción del tiempo. No se dio cuenta de lo tarde que era hasta que Cyrus no se le acercó para sugerirle que se detuvieran para comer.

- ¿Dónde están tu mami y tu papi? -preguntó Cyrus con una sonrisa.

- ¿No han venido? -Sabía de sobra que no: su padre siempre hacía notar su presencia-. Yusuf les mandó un mensaje y fueron a verlo, pero lo cierto es que ya deberían haber vuelto.

El expresivo rostro de Nefret reflejó la inquietud que sentía.

- Después de todo, no nos equivocamos… sobre Yusuf y Jamil. La verdad es que yo no me lo creí, ya sabes.

- Ni yo tampoco -admitió Ramsés, atusándose el pelo.

- ¿Dónde está tu sombrero? -preguntó Nefret.

- No lo sé. ¡Qué importa ahora mi condenado sombrero! Maldita sea, no tenían derecho a marcharse de ese modo sin avisarnos. ¿Qué vamos a hacer?

- Comer -respondió Nefret con gran sentido práctico-. Y esperar un poco más.

Cyrus quiso saber lo que estaba sucediendo, de modo que, una vez la comida estuvo sobre la mesa, Ramsés les contó a todos lo del mensaje. Cyrus no se mostró muy preocupado.

- Pueden cuidar de sí mismos -dijo.

Selim, en cambio, frunció el ceño.

- Si Yusuf sabía algo y no me lo ha dicho…

- Es tan solo una hipótesis, Selim. No podemos saber a ciencia cierta lo que quería Yusuf; quizá solo sacar provecho de las famosas habilidades médicas de mi madre.

- Yusuf solicitaría antes las suyas que las mías -admitió Nefret-. A los ancianos y a las mujeres mis ideas les parecen demasiado modernas y no creen en ellas. Pero lo cierto es que, aun en el caso de que Yusuf le hubiera pedido a Emerson que hiciera un exorcismo, no tardarían tanto.

Finalizada la comida, Ramsés les comunicó la decisión que acababa de adoptar.

- Será mejor que salgamos a buscarlos. Como diría mi madre, piensa en lo peor y actúa en consecuencia.

- ¿Y por dónde vais a empezar? -preguntó Cyrus-. No tenéis ni idea de dónde se encuentran.

- Yusuf -dijo escuetamente Ramsés-. Si sabe algo, conseguiré que me lo diga.

Selim se puso de pie.

- Daoud y yo iremos contigo.

- ¡Maldito pie! -explotó Bertie-. Mirad, ya está casi curado, puedo sostenerme.

- Esta vez no -Ramsés apoyó la mano por un momento sobre su hombro-. No necesitamos más mano de obra…

- No -dijo Daoud, cruzando sus robustos brazos.

- No -repitió Ramsés asintiendo con la cabeza-. Cyrus, es preferible que tú también te quedes aquí. Jumana, tú vendrás con nosotros.

Ella se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos y oscuros.

- ¿Crees que yo sé algo y que te lo estoy ocultando? ¡No es verdad!

- Yo no te he acusado de nada -dijo Ramsés.

- ¡Vámonos! -exclamó Nefret-. Me pregunto por qué perdemos el tiempo hablando.

Tomaron el camino más corto, que pasaba por delante del templo y a través de las estribaciones de las colinas y conducía hasta el pueblo por el sur. Muchos de sus habitantes disfrutaban en ese momento de la siesta, pero algunas de las pocas almas que quedaban despiertas los reconocieron y se les adelantaron, de modo que cuando llegaron a casa de Yusuf este los esperaba ya.

Los recibió tumbado en el diván de la habitación principal; a pesar de que era un día cálido, se cubría con una manta. Era la primera vez que Ramsés veía al anciano desde su llegada. El cambio que se había producido en él era lamentable: sus rechonchas mejillas se habían descolgado en toda una serie de flácidos pliegues y sus manos delgadas aferraban el borde de la colcha. Al verlos agolparse dentro de la habitación, pareció acobardarse. Ramsés no lo culpó por ello; lo cierto era que formaban un grupo terrible: él mismo, Nefret, Daoud alzándose como un monolito y Selim con un rostro inflexible.

Nefret dejó escapar un sonido que ponía de manifiesto su lástima y su sorpresa y, empujando a los otros para que la dejaran pasar, se acercó hasta el anciano y se inclinó sobre él.

- *Asalamu Alaikum*, tío Yusuf. Siento no haber venido antes. No sabíamos que estabas tan enfermo.

Al hablar en voz baja, con tono dulce y comprensivo, trataba tanto de reprochar a los demás el descuido como de dar algo de consuelo a Yusuf.

- Estoy mejor, Nur Misur -refunfuñó el anciano.

Ramsés hizo un gesto a Selim para que se callara: éste no podía soportar a alguien tan patético como Yusuf. En cualquier caso era más probable que fuera Nefret la que consiguiera conquistarlo con sus métodos.

Buscó a Jumana con la vista. La chica se había escondido detrás de Daoud y el enorme cuerpo del hombre la ocultaba por completo, solamente quedaban a la vista sus pequeñas botas.

- ¿Fue Sitt Hakim la que lo curó, tío Yusuf? -preguntó Nefret-. ¿Qué fue lo que le dio?

- ¿Sitt Hakim? No ha estado por aquí. Nadie ha venido por aquí. -La autocompasión de sí mismo y el resentimiento dieron nueva vida a su debilitada voz-. Ninguno de ustedes se ha acercado para preguntar por mí.

- Lo siento, tío -dijo Nefret-, pero Sitt Hakim vino esta mañana, usted le mandó un mensaje rogándole que viniera.

- Yo no mandé ningún mensaje -dijo Yusuf malhumorado-. ¿Por qué tendría que haberlo hecho? Eran ustedes los que tenían que venir sin que yo les dijera nada.

Selim hizo un ligero movimiento y de nuevo Ramsés tuvo que

indicarle que se estuviera quieto. El resentimiento de Yusuf -y Ramsés tenía que admitir que se trataba de un resentimiento justificado- era sincero. No había ninguna razón para que mintiera: docenas de personas podían aclarar si los dos Emerson más mayores habían estado por allí o no.

Desde la puerta, una voz severa dijo:

- Dice la verdad, Hermano de los Demonios. Sitt no ha venido.

La que había hablado en aquel tono acusatorio era la más anciana de las mujeres de Yusuf. Las arrugas causadas por la edad y la indignación le surcaban la cara. Dirigiéndose hacia Daoud, lo empujó.

- Fuera de aquí, Daoud, y esa criatura desvergonzada también. ¿A qué han venido hasta aquí?, ¿a acusarnos?, ¿a molestar a un pobre anciano enfermo?

Daoud se volvió pesadamente y Jumana dejó escapar un pequeño chillido. Los ojos de su padre se detuvieron un momento sobre ella antes de mirar hacia otro lado.

- Lo siento -dijo Ramsés-. Buscamos a mis padres, pensamos que pueden encontrarse en apuros. ¿Es cierto que Yusuf no mandó ningún mensaje… y que ellos no pasaron por aquí?

- Es la verdad -dijo la anciana en tono brusco-. Pregúntenle a cualquiera.

- ¿Nos vamos ya? -preguntó Daoud con algo de nerviosismo.

Según decía Selim, a su gigantesco tío solo le asustaban dos cosas en este mundo: la cólera del Padre de las Maldiciones y una vieja enfadada.

- Deberíamos irnos -opinó Ramsés.

Daoud fue el primero en salir. Jumana lo siguió, pisándole los talones. Ramsés parecía dudar. Había ido con la intención de preguntarle a Yusuf sobre el paradero de Jamil, pero la revelación del anciano había alterado sus planes. Sus padres debían de haber sido interceptados o distraídos por alguna cosa antes de llegar a casa del anciano, hacia donde se habrían dirigido engañados por un falso mensaje. No había tiempo que perder: la tarde estaba llegando a su fin.

- Lo siento -dijo de nuevo.

- Volveré -le prometió Nefret al anciano-. Tan pronto como pueda.

Yusuf no contestó. Había cerrado los ojos.

Fuera se había reunido el gentío habitual. Selim, que había estado hablando con algunos de los hombres, se volvió hacia Ramsés.

- Es cierto, no vinieron a esta casa. Pero Ahmed dice que Mahmud dice que su primo Mohammed los vio esta mañana: le dejaron los caballos y le dieron un poco de dinero.

- ¿Qué Mohammed? -preguntó Ramsés.

- Su casa se encuentra al pie de la colina, cerca de la tumba de Ramose.

- Ah, ese Mohammed. Está bien, lo encontraremos.

La pendiente en aquella zona era muy pronunciada, de modo que tuvieron que llevar a los caballos cogidos por la brida. Mohammed dormía pacíficamente tumbado a la sombra. Ramsés tuvo que sacudirle para que se despertara.

- Ah -dijo frotándose los ojos-, han venido a por los caballos. Como ven, los he cuidado con esmero.

Había instalado a los animales en el patio de una antigua tumba, protegidos del sol y bien provistos de agua. Ramsés le ofreció una propina.

- Sí, veo que lo has hecho. ¿Cuándo te los dejaron el Padre de las Maldiciones y Sitt Hakim?

- Hace bastantes horas -Mohammed bostezó.

- Deben de haber venido directamente hasta aquí -intervino Nefret, sabedora, al igual que Ramsés, de que la noción del tiempo de Mohammed era algo vaga.

- Probablemente. Entonces, hace unas seis horas. ¿Hacia dónde fueron, Mohammed?

- Por ahí -les indicó la dirección con un gesto: no hacia lo alto de la colina, en las proximidades de la casa de Yusuf, sino hacia el norte.

- ¿A pie?

- ¿Cómo podían montar si me habían dejado a mí los caballos?

Selim perdió la paciencia.

- No te hagas el listo, Mohammed, porque no lo eres. ¿Por qué abandonaron los caballos y siguieron a pie? ¿Qué fue lo que se dijeron el uno al otro?

- ¿Y cómo puedo saberlo? Hablaban en inglés, y muy deprisa -

otro descomunal bostezo puso punto final a sus palabras.

Un hombre algo más joven, barbilampiño, tiró de la manga de Selim.

- Mi padre solo piensa en las *bacshish* y en dormir, Selim, pero yo puedo decirte lo que pasó. El Padre de las Maldiciones cogió su *galabiyya* y Sitt la mía, parece ser que habían visto a alguien. Ella dijo: «Mira allí» y él miró y soltó una maldición y entonces ellos cogieron nuestras ropas y se marcharon a toda prisa por detrás de las tumbas, rodeando la colina.

- ¿Tus ropas? -repitió Nefret.

- Nuestras *galabiyyas*, las de mi padre y la mía. El Padre de las Maldiciones las pagó muy bien, pero cuando Sitt Hakim haya acabado con la mía, me gustaría que me la devolviera. Tengo solo…

- ¿Pudiste ver a la persona a la que iban siguiendo? -lo interrumpió Ramsés.

- Oh, sí. -El muchacho la señaló-. Era ella.

Jumana se quedó helada, mirando fijamente el dedo que la apuntaba.

- Miente -dijo con voz entrecortada.

- No miento. Llevaba la misma ropa: botas, chaqueta y una falda que ondeaba mientras corría. No pantalones, como los hombres. ¿Qué otra mujer puede ir vestida de esa forma?

- Varias de nosotras -dijo Nefret mientras sujetaba a Jumana, que parecía querer abalanzarse sobre su acusador-. Sabemos que no eras tú, Jumana, no puedes haber ido desde aquí hasta Deir el Medina antes de que llegáramos.

Ramsés recompensó con una propina desproporcionada al observador joven y salió en busca de Selim, quien había empezado ya a correr por el sendero que les había indicado el muchacho. Este daba varias vueltas y subía hasta llegar a un punto donde se extendía ante ellos la llanura del desierto, con sus montículos y colinas, sus casas, sus pueblos y sus ruinas… algo más de tres kilómetros de distancia desde Medinet Habu hasta las pendientes de Drah abu'l Naga en el norte. El sol descendía sobre las cimas del oeste.

- ¡Espera! -gritó Ramsés.

Selim se detuvo y los otros le dieron alcance.

- ¿Qué podemos hacer? -preguntó el *reis* consciente, como ellos,

de la inutilidad de la búsqueda-. Se marcharon hace horas. Incluso en el caso de que alguien los haya visto…

- Tampoco estaría aquí -lo interrumpió Ramsés-. Ni se acordaría de ellos. ¡Mi padre y sus malditos disfraces!

- Es imposible confundir al Padre de las Maldiciones con cualquier otro hombre -dijo Daoud con calma.

- Eso es verdad -asintió Nefret-. Por no mencionar a nuestra madre, corriendo por ahí mientras se sostiene las faldas de la galabiyya de otra persona. Ramsés… Selim… mantengamos la calma, ¿de acuerdo? Haremos correr la voz y pediremos a todo aquel que pueda haberlos visto que nos lo cuente, pero tal vez nos lleve algún tiempo. Quizá podríamos intentar adivinar dónde pueden haber ido. -Se volvió hacia Jumana-. Sabes a quién seguían, ¿no?

La muchacha bajó la mirada.

- ¿Jamil?

- ¿Quién si no? -dijo Nefret-. Es algo más alto que tú pero se parece mucho a ti. De un modo u otro consiguió vestidos como los tuyos. Tuvo que ser él quien mandó el mensaje. No creo que tu padre supiera nada.

Si aquello trataba de ser un consuelo, a Jumana la dejó indiferente.

- ¿Por qué? -preguntó-. ¿Por qué haría Jamil una cosa así?

- Desde luego, no para conducirlos hasta la tumba que ha descubierto -dijo Ramsés, demasiado preocupado en ese momento como para tener en cuenta los sentimientos de la muchacha-. Enfréntate a la realidad, Jumana. Quiere hacerles daño y hasta puede que lo haya conseguido, solo Dios sabe cómo, porque si no estarían ya de vuelta. ¿No se te ocurre nada, cualquier cosa, que pueda ayudarnos a encontrarlos?

- ¿Cómo podría hacer daño Jamil al Padre de las Maldiciones? -Jumana apartó de Ramsés los ojos llenos de lágrimas-. No… espera… no te enfades. Trato de ayudar, de pensar, y creo que no es mucho lo que podría intentar hacer. Jamil no es ni fuerte ni valiente; el Padre de las Maldiciones podría partirlo en dos con una mano y, por si fuera poco, Sitt Hakim puede llegar a ser tan feroz como cualquier hombre. Creo que lo que tratará de hacer es llevarlos a algún lugar donde pueda jugarles una mala pasada sin

correr ningún riesgo.

El sol se hundía en el horizonte; apenas unas horas más y se haría de noche.

- Todo eso no nos lleva a ninguna parte -dijo Ramsés tratando de mantener la voz firme-. Hay un montón de sitios posibles y si además ha cogido la costumbre de arrojar a la gente por los precipicios como dijo mi madre…

- ¿Puedes imaginarte a Jamil empujando a nuestro padre? -preguntó Nefret-. Tendría que retroceder unos seis metros y entonces correr hacia él… Luego tendría que volver a hacer lo mismo con nuestra madre, quien mientras tanto lo acribillaría a balazos.

Jumana le dirigió una mirada sorprendida y llena de reproche, pero Ramsés sabía que aquel alegre comentario no era sino un denodado esfuerzo por animarles e infundirles un poco de calma. La verdad es que contribuyó a aligerar un poco su ansiedad: la escena que acababa de describir era tan absurda que Nefret esbozó una débil sonrisa.

- Tienes razón, Jumana -continuó-. Habrá preferido conducirlos a algún lugar alejado de la gente, y no próximo a los cultivos sino en aquella otra dirección, al pie de los riscos. Un lugar en el que pudiera hacerlos entrar sin correr peligro.

- Pero entonces -dijo Daoud-, volverán a salir de nuevo. ¿Cómo podrá impedírselo? A menos…

La agudeza no era una de las características más notables de Daoud, aunque de vez en cuando los sorprendiera llegando a conclusiones que a ellos se les habían escapado. Esperaron a que prosiguiera.

- … a menos que se trate de un lugar muy estrecho -continuó Daoud arrugando el ceño- y con una única salida, de modo que cuando hayan intentado escapar, encorvados o a rastras, él se lo impidiera desde fuera con un grueso bastón. Si fuera lo bastante rápido, con un poco de suerte, le habría bastado con un solo golpe.

Aquellas simples palabras habían pintado una escena vivida y terrible.

- Te estás refiriendo a una tumba -dijo Ramsés lentamente-. O a una cueva. Estoy seguro de que no serían tan estúpidos de entrar en una trampa tan evidente… Los dos a la vez no, por lo menos -su

mirada se cruzó con la de Nefret y alzó ambas manos-. ¡Maldita sea! No lo son, ¿verdad? Especialmente mi madre. Daoud, tu razonamiento es correcto pero hay centenares de sitios como ese en estos despeñaderos. No sabríamos ni por dónde empezar a buscar. Yo regreso para volver a hablar con Yusuf. Hay una remota posibilidad…

- ¡Espera!, ¡espera! -Jumana saltaba sobre la punta de sus pies con la cara enrojecida a causa de la excitación-. Acabo de recordar algo… algo que Jamil me dijo la primera vez que nos vimos en Luxor. Mientras me hablaba sobre la tumba de las princesas y sobre el modo en el que había sido engañado empezó a decirme, deprisa y enfadado, que había descubierto dos tesoros muy ricos y que no los iba a enseñar porque todos le habían estafado lo que le correspondía por propio derecho y…

Se detuvo para inspirar profundamente. Ramsés estaba a punto de manifestar su impaciencia ante aquel dramático e interminable relato cuando Nefret le dijo dulcemente:

- Deja que lo cuente a su manera.

- Estoy tratando de recordar qué fue exactamente lo que dijo -explicó Jumana, a quien no se le había escapado tampoco el gesto de impaciencia de Ramsés-. Sus palabras exactas fueron: «Los *inglizi* lo tomaron pero yo lo he vuelto a recuperar; la morada de un dios no es demasiado buena para mí y ellos nunca me encontrarán allí y algún día…». Y entonces te amenazó, Ramsés. Olvidé lo que había dicho porque no tenía sentido y estaba muy preocupada y…

- Ah, sí -asintió Daoud. Por lo visto, según él, el asunto estaba claro-. El santuario de Amón-Ra. Debería habérmelo imaginado.

- El lugar corresponde a tu descripción -dijo Ramsés, tratando de no dejarse llevar por el optimismo-. Supongo que no nos hará ningún daño echar un vistazo.

- ¿Volvemos a por los caballos? -preguntó Nefret.

- Ellos fueron a pie -dijo Ramsés-. Tal vez podamos encontrar su rastro por el camino.

Tomaron el sendero más corto, que conducía directamente a los riscos occidentales a través de un terreno en pendiente y fragoso, salpicado aquí y allá por salientes rocosos. Al recordar la cámara del santuario que habían vaciado el año anterior, Ramsés tuvo que reconocer que el lugar era idóneo para una emboscada, siempre y

cuando Jamil hubiera sido capaz de engañarlos para que entraran en él. Puede que no hubiera sido tan difícil. Al creer que estaban siguiendo a Jumana y que Jamil se encontraba en el interior de la cueva excavada, Emerson no habría dudado en bajar a buscarlo. Y su madre habría ido tras él, por supuesto… «¡para protegerlo!». En el caso de que hubieran encontrado vacío el lugar, debían de haber vuelto al pozo, que era perpendicular y no demasiado profundo. De pie en el mismo, Emerson llegaría con la cabeza a menos de medio metro por debajo de la superficie. La escena que imaginó Ramsés en aquel momento era aún más terrible que la primera: una larga y pesada porra cayendo con fuerza sobre el cráneo de su padre.

La prisa que llevaban al caminar despertaba la curiosidad de las personas con las que se encontraban y algunas de ellas los siguieron, por si se trataba de algo interesante, mientras los asediaban a preguntas: ¿había ocurrido algo?, ¿adónde iban? Ramsés no respondía. Le hubiera gustado poder aplastarlos como a moscas. Al no recibir respuesta, uno de ellos apuntó:

- ¿Están buscando al Padre de las Maldiciones? Él estaba…

Sus palabras acabaron en un gorjeo, ya que Selim se le echó encima y lo cogió por el cuello.

- ¿Lo viste? ¿Cuándo? ¿Por qué no lo has dicho antes?

Tirando de sus dedos, el desafortunado dijo:

- No me preguntaste, Selim.

Selim lo soltó y Ramsés se disculpó de la manera que tenía por costumbre. Apretando en su mano el puñado de monedas e inflado como un pavo al ser el centro de la atención, el informador explicó que había visto al Padre de las Maldiciones y a Sitt Hakim a primera hora de la mañana, cuando iba a trabajar. Ambos vestían ropas egipcias pero, según añadió aquel tipo, era imposible confundir al Padre de las Maldiciones con cualquier otro hombre. Había sentido la tentación de seguirlos, pero llegaba ya con retraso al trabajo y ellos andaban muy deprisa. Sí, en aquella dirección, hacia Deir el Bahri.

Tanto él como algunos hombres más caminaban penosamente tras ellos, especulando y discutiendo sobre el asunto. El sol estaba ya bajo en el cielo y la inolvidable abertura se encontraba a oscuras. A Ramsés le pareció ver una sombra algo más oscura, delgada y ágil como una serpiente, moverse rápidamente por aquel suelo abrupto

hacia el sur. Tendría que habérselo imaginado, pero en aquel preciso momento era lo último que le preocupaba.

Le bastó con echar una mirada al interior del pozo para cerciorarse de que aquel era el lugar que buscaban. Estaba cubierto de escombros hasta, aproximadamente, un metro y medio de profundidad, pero en aquella ocasión no se trataba de los montones de arena o de fragmentos de roca esparcidos que se suelen acumular de forma natural, sino de piedras con las que, recientemente, alguien había cubierto el espacio casi por completo. No muy lejos de la abertura se podía ver una tosca escalera de madera y un cesto casi deshecho.

- ¡Dios mío! -exclamó Nefret con voz anhelante-. ¡Estaba llenando el pozo! Deben de estar… ¡Madre! ¡Padre! ¿Me pueden oír?

La superficie desigual del relleno se movió, alzándose un poco, para volver a bajar de nuevo. Haciendo uso de un lenguaje que jamás había empleado antes en su presencia, Selim se tiró al pozo, metió la mano y cogió un puñado de piedras.

- ¡Están ahí abajo! ¡Están todavía vivos, se mueven! Deprisa… Daoud…

- ¡Espera! -dijo Ramsés, agachándose para esquivar las piedras que Selim le había tirado al hombro-. Ahí está el cesto que Jamil debe de haber usado. Déjaselo a Daoud.

- Sí -dijo este con calma-. No hay prisa, miren. -La superficie de piedras se alzó de nuevo y esta vez resistió durante algo más de tiempo… apenas unos pocos centímetros, pero Ramsés comprendió entonces lo que había deducido ya la pacífica mente de Daoud: poco a poco, alguien estaba cavando en las piedras desde abajo.

- Deben de estar en el pasadizo -prosiguió Daoud mientras descendía al pozo y cogía el cesto que Selim le tendía-. No tardaremos mucho en sacarlos.

No había nada que pudieran hacer para ayudar a Daoud, excepto ir vaciando el cesto a medida que este se lo pasaba. Ramsés luchó contra el deseo de bajar al pozo para estar junto a él: solo una persona podía trabajar con eficacia en un espacio tan reducido. La ansiedad hizo que a todos les pareciera eterno aquel rato pero poco tiempo después se abrió un agujero en el muro del pozo… el dintel cuadrado de la entrada del pasadizo lateral. Estaba lleno hasta

arriba de trozos de piedra.

Ramsés perdió la poca calma que le quedaba.

- ¡Padre! -gritó a pleno pulmón-. ¡Madre, por el amor de Dios…!

Daoud dejó de cavar. En el silencio, Ramsés pudo oír ruidos de actividad provenientes del otro lado de la funesta obstrucción. Se abrió entonces un boquete de unos cinco centímetros de profundidad y se oyó una voz alterada de un modo horripilante por la irritación.

- Ramsés, ¿eres tú? Confío en que no lo dejaras escapar. ¿Está Daoud contigo? Tendrá que vaciar todo el pozo, esas malditas piedras no dejan de gotear en el pasadizo. Aunque quizá la palabra «gotear» no sea la más apropiada.

Tras respirar profundamente por primera vez después de un rato que se le había antojado eterno, Ramsés consiguió convencer a su madre para que se adentraran un poco más en el pasadizo. Ella no había dejado chillar dando órdenes y haciendo preguntas a las que ellos respondían con otras nuevas. Tarea inútil, dado que Daoud había vuelto al trabajo con renovada energía y el estruendo y el traqueteo de las piedras conseguían ahogar la mayor parte de sus palabras. Ramsés gritaba, al igual que todos los demás. El inmenso alivio que había sentido al oír la voz de su madre y el distante bramido de Emerson lo habían dejado desconcertado. No era, desde luego, la primera vez que se encontraban en dificultades, y él siempre se había preocupado por ellos, pero, por alguna razón, jamás había sentido como entonces hasta qué punto los amaba y los necesitaba. Lo que más hubiera echado de menos eran, precisamente, aquellas cualidades que, en ocasiones, le irritaban tanto: la enloquecedora seguridad en sí misma de su madre y sus horrorosos aforismos; la beligerancia de su padre y su terrible carácter. Después de todas las aventuras a las que habían sobrevivido con gran aplomo, hubiera sido irónico acabar sucumbiendo (no se le ocurría otra palabra) a manos del enemigo más despreciable al que se habían enfrentado.

«Me estoy volviendo igual de supersticioso que mi madre», pensó. «No ha sucedido y no sucederá.»

Las órdenes de su madre, audibles tan solo a medias, les habían proporcionado la información necesaria para hacerles ganar un tiempo valioso. Algunos de los hombres que los habían seguido

corrieron a buscar madera para construir una camilla y para entablillar el brazo de Emerson. La luz de varias linternas iluminaba la oscuridad creciente y uno de los ayudantes, movido por un exceso de entusiasmo, recibió el impacto de una cesta llena de piedras directamente en la barbilla al inclinarse sobre el pozo para ofrecer unos consejos totalmente innecesarios.

Tan pronto como el lugar estuvo lo bastante despejado, Ramsés descendió y se adentró a rastras en el pasadizo. Este se encontraba parcialmente obstruido por fragmentos de piedra que caían por la pendiente hasta el final del mismo. Su madre no se había quedado sentada esperando a que la rescatasen: al mismo tiempo que Jamil descargaba por arriba todas aquellas piedras, ella excavaba desde abajo. No había conseguido seguir su ritmo, pero así era ella… Lo más probable era que se hubiera consolado repitiéndose que «todo ayuda» y que «nunca hay que abandonar la esperanza». Sin perder tiempo, se precipitó hacia la abertura cuadrada que se encontraba al final, desde donde se veía brillar, difusa, una luz.

A la débil luz de la linterna, se hizo cargo de la situación con una simple mirada: el montón de alfombras sobre los que yacía Emerson, los recipientes, las provisiones de comida. Su madre estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la pared, sacando guisantes de una lata con los dedos.

- Ah, ya estás aquí, querido -dijo-. ¿También Nefret? Estupendo.

Tenía la cara sucia y el pelo gris a causa del polvo de las piedras. Los brazos y los hombros habían quedado al descubierto y parecían tan sucios como la cara; la tela que tapaba más o menos la parte superior de su cuerpo estaba cubierta de volantes, metros de encaje y varios lacitos de color rosa.

Ramsés se quedó paralizado sin poder hablar. Nefret, que se había acercado de inmediato a Emerson para examinarle el brazo, se echó a reír.

- ¡Ha usado las varillas y el mango de la sombrilla para entablillárselo!

- Lo que prueba, una vez más, las múltiples y útiles posibilidades que ofrece una buena sombrilla -dijo su madre.

Cuando Ramsés la alzó para abrazarla, los guisantes volaron por los aires.

* * *

- Bien está lo que bien acaba -comenté mientras daba un sorbo a mi vaso de whisky con soda.

He de reconocer que el axioma estaba un poco trillado, pero creo que el murmullo general de desaprobación que provocó fue un poco exagerado. Todos, incluida Katherine, se encontraban en la galería. La cena se iba a retrasar mucho, porque Fátima se había puesto muy nerviosa cuando se había enterado de que no solo nosotros, sino también Ramsés, Nefret, Selim y Daoud nos habíamos evaporado en algún lugar entre Sheikh Abd el Gurneh y los desfiladeros occidentales, y había sido incapaz de dar al cocinero las oportunas instrucciones. Cyrus y Bertie habían esperado algo menos de una hora antes de salir a buscarnos. Encontraron los caballos todavía bajo la custodia de Mohammed pero, al no saber por dónde seguir, habían vuelto a casa con la esperanza de que alguno de nosotros hubiera regresado.

Ninguno de ellos se comportó con sensatez. Cyrus hizo que fueran a buscar a su mujer; Sennia pidió que le dejaran coger al *Gran Gato de Ra* para que buscara a Ramsés y hubo que impedir a la fuerza que Gargery se precipitara fuera de la casa blandiendo una pistola. Sus quejas sobre el manoseado tema «se han vuelto a marchar sin mí» fueron las más sonoras de todas.

- Estese quieto, Gargery -dije con severidad-. Y los demás, también. No teníamos otra elección, había que actuar cuanto antes.

- Es cierto -añadió Emerson, a quien no le estaba resultando nada fácil fumar en pipa y beber whisky al mismo tiempo con un solo brazo.

Nefret lo había curado y ahora lucía un bonito yeso con su cabestrillo. Convencida de que no dejaría de darle golpes, Nefret reconoció en privado que había preparado un yeso dos veces más grueso y sólido de lo habitual. Me pareció razonable, a pesar de que sabía que eso significaba unas cuantas camisas más echadas a perder. De hecho, tuve que hacer un buen corte en la manga de la que vestía en aquel momento para que pudiera introducir por ella el brazo enyesado.

- Bueno, puede que haya sido así -aceptó Cyrus-. Pero teníais que haber dicho algo a alguien. Sabíais que nos preocuparíamos.

- Estoy muy… -empezó a decir Ramsés.

- Al diablo con las excusas -lo interrumpió su padre con

brusquedad-. Todos sabéis que no había tiempo que perder. Ramsés, muchacho… esto… gracias. De nuevo.

El rostro delgado y moreno de Ramsés se iluminó con una sonrisa.

- No fui yo, padre. Es mérito de Daoud y Jumana. Ni el mismo Sherlock Holmes lo habría hecho mejor.

Daoud sonrió alegremente.

- ¿Quién es Sherlock Holmes? -preguntó.

- El mejor detective de todos los tiempos -le contestó mi hijo. Ninguno de nosotros se atrevió a reírse, por miedo a herir los sentimientos de Daoud, pero Ramsés me dirigió una nueva sonrisa-. Sin contar a nuestra madre.

Entonces nos pudimos reír. Yo me uní sinceramente a los otros, con el corazón rebosante de afecto.

- Sennia, hace tiempo que deberías estar en la cama -dije-. Vete ya.

Sennia obedeció y dio a todos un beso de buenas noches, pero antes de marcharse tuvo que decir, como no podía ser menos, la última palabra.

- El *Gran Gato de Ra* os habría encontrado.

«¡Ja!», dije para mis adentros. El gatito había engordado y se había vuelto muy perezoso. Enroscado en el regazo de Ramsés, formaba una masa informe de piel gris llena de manchas.

Después de que Sennia se marchara cogí otro sándwich de pepino. Estaba realmente hambrienta: los guisantes y el foie-gras que lo habían precedido habían resultado del todo insuficientes para calmar el hambre que las largas horas de extenuante trabajo manual habían despertado.

- Discutamos ahora sobre lo que hemos averiguado -dije-. Aunque Jamil se nos haya vuelto a escapar, el esfuerzo no ha sido en vano.

- Pues a mí me parece que lo ocurrido no aclara absolutamente nada, dejando aparte el hecho de que vosotros dos sois incorregibles -refunfuñó Cyrus.

- Eso no es cierto, Cyrus. Antes de nada, hay un dato interesante sobre la ropa que vestía Jamil: no se trataba de los vestidos de Jumana, porque le habrían estado muy pequeños. No puede haberlos comprado, porque… ¿Es necesario que os explique lo que

quiero decir?

- No -dijo Katherine-. No veo cómo podría haberlos pagado, pero es que además no puedo imaginármelo entrando en una tienda para probarse blusas y faldas.

- Exacto. Dejaremos la cuestión por el momento; creo que sé la respuesta y no será difícil probarla. La segunda cuestión… Ramsés, en el pasado eras capaz de recordar el contenido entero de un almacén algunas horas después de haberlo visto. ¿Recuerdas ahora lo que había en el escondite de Jamil?

- Alfombras, algunos recipientes… Creo que no presté mucha atención. Lo siento, madre.

- Es bastante comprensible, querido -dije. El espontáneo abrazo que me había dado me había llegado a lo más profundo, a pesar de que me hizo algo de daño en la espalda. Al ver a mi imperturbable hijo dejarse llevar por la alegría de encontrar a sus padres sanos y salvos, comprendí que el afecto que sentía por nosotros era sincero y profundo-. Afortunadamente, tuve bastante tiempo para inspeccionar el lugar -continué-. Estaba bien provisto, pero lo más interesante era el contenido de las latas de comida. Comida europea: guisantes, alubias, col, ternera e incluso una lata de foie-gras. Alguien le suministró todas esas golosinas o, al menos, el dinero para comprarlas. No, Jumana, ya sé que no fuiste tú.

Lo sabía porque había tenido la precaución de guardar todo el dinero contante y sonante que había en la casa bajo llave. La confianza es una cosa maravillosa, pero cuando alguien te ha hecho daño es estúpido darle la oportunidad de hacerlo de nuevo.

- Todo eso suena a que debe de haber encontrado otra tumba -dijo Ramsés pensativo-. Y a que habrá ganado el dinero vendiendo los objetos que haya encontrado en ella. Madre, ¿qué ha hecho con el tarro de cosméticos que encontró en El Cairo? Me gustaría examinarlo mejor.

- Espera a que acabemos de cenar -le dije.

Al levantarme, ahogué un gemido. Todas aquellas horas a cuatro patas en el interior del pasadizo, sacando escombros habían tenido su efecto sobre mi espalda… y me habían arruinado un buen par de guantes de cuero.

Como es de suponer, los Vandergelt se quedaron a cenar. Cyrus no se hubiera ido ni a rastras y a Fátima no había nada que le

gustara más que tener a un montón de gente a la que alimentar. Algunos de nosotros nos mostramos algo propensos a engullir la comida, me temo. Bertie, sin embargo, parecía haber perdido el buen apetito que solía tener normalmente. Aprovechando que los otros estaban ocupados en especular animadamente sobre el posible hallazgo de una nueva tumba, le dije dulcemente:

- ¿Te encuentras bien, Bertie? ¿Cómo va tu tobillo?

- Bien, gracias. Podría caminar y trepar ya perfectamente si todos ustedes dejaran de preocuparse tanto por mí. -Arrepentido de la brusquedad de su tono, se excusó casi de inmediato con una sonrisa-. El año pasado me dijo usted que me dejaría participar en su próxima aventura, ¿lo recuerda? ¡Y hasta ahora no me han permitido dar ni tan siquiera una mal… una maldita ayuda! Lo sé, no es culpa de nadie, solo mía: soy tan condenadamente estúpido…

- Vamos, no digas eso, Bertie. Cualquiera puede sufrir un accidente como el tuyo y todavía nos queda mucho para acabar de resolver este asunto. Quién sabe, puede que la oportunidad te llegue cuando menos te lo esperes.

Las comisuras de sus labios descendieron.

- Sí, señora, eso espero. He estado aquí sentado durante demasiado tiempo contemplando siempre el mismo paisaje y eso va a acabar por volverme loco. Le juro que conozco todas y cada una de las grietas de la pared de ese precipicio y lo mismo puedo decir de los ladrillos que cubren las paredes de esta casa.

- Nefret y yo echaremos un nuevo vistazo al pie -le prometí-. Quizá vendándotelo un poco puedas empezar a moverte algo más.

Tan pronto como acabamos de cenar nos retiramos al salón y yo fui a coger el tarro, la tapa y el resto de los objetos que le había comprado a Aslimi. Emerson dispuso las lámparas de modo que nos proporcionaran la mayor cantidad de luz posible y Ramsés tomó el tarro en sus manos.

- Había un cartucho -dijo, pasados unos minutos-. Creo que puedo distinguir unas pocas líneas -dio vueltas al tarro en sus manos, de modo que la luz pudiera iluminarlo desde diferentes ángulos-. Coge papel y lápiz, Nefret.

Tengo que confesar que el esbozo que hizo resultó un tanto decepcionante. Este consistía en un gran espacio vacío y en unas pocas líneas hechas al azar: horizontales, perpendiculares o curvas.

Ramsés las estudió durante un momento y empezó a completar los espacios en blanco, conectando una sección con la otra, como se suele hacer con los puzles infantiles. Finalmente, dejó caer el lápiz.

- Solo estoy seguro de esto, pero creo que basta.

«No para mí», pensé, en tanto que estudiaba los hipotéticos jeroglíficos con desconcierto. Había muy pocos: un signo cuadrado, largo y delgado, la línea desigual del jeroglífico del agua y un par de cuernos curvados.

- No para mí -dijo Emerson.

- Solo hay un cartucho real que contenga esos particulares signos -dijo Ramsés-. Por lo que sé es este, el resto debería ser así.

Cuando completó el nombre, Emerson ahogó un grito.

- Shepenwepet. ¡Dios mío, el muchacho ha encontrado a una de las esposas divinas de Amón!

# Capítulo 8

Aquella noche nos quedamos hasta muy tarde dándole vueltas a las sorprendentes revelaciones de Ramsés (a ninguno de nosotros se le ocurrió poner en duda la reconstrucción del cartucho que había llevado a cabo). Al final, llegamos a la conclusión de que era imposible saber en qué lugar de la inmensa necrópolis de Tebas se encontraba la tumba de Jamil. El tarro de cosmética solo nos había servido para saber que el chico no era tan estúpido como habíamos pensado.

- Es un error bastante frecuente -admití apenada- pensar de una persona que es ignorante basándose solamente en que carece de educación y cultura. Además de la lectura, hay otros medios de adquirir conocimientos. Jamil ha trabajado para numerosos egiptólogos y debe de haber aprendido mucho sobre el robo de tumbas; mucho más de lo que sabemos nosotros, supongo. Tuvo cabeza suficiente como para darse cuenta de que un cartucho de esas características levantaría sospechas, de modo que lo borró, aun a sabiendas de que con ello perdía dinero. ¿Estás seguro de que lo ha borrado recientemente, Ramsés? ¿Seguro que no fue alterado hace mucho más tiempo por alguien que, por ejemplo, quisiera volver a usar el recipiente?

A Ramsés no le cabía ninguna duda. Ese tipo de recipientes no formaba parte esencial del ajuar funerario, como los vasos canopes o los sarcófagos. Además, las marcas eran frescas: la pátina…

Llegados a ese punto, Emerson lo interrumpió, asegurándole que le bastaba con su palabra.

El resto de las piezas que había adquirido a Aslimi nos proporcionaron aún menos información. Todos sabíamos que a lo

largo de la historia faraónica se habían usado siempre las mismas técnicas y motivos. Era incluso posible que el origen de aquellos objetos no fuera el mismo que el del tarro, ya que no había modo alguno de atribuirles una fecha.

- Entonces, ¿dónde vamos a buscar ahora? -preguntó Cyrus esperanzado-. ¿De nuevo en el *wadi* occidental?

- Lo que está claro es que no vamos a emprender una búsqueda a tontas y a locas -le contestó Emerson sacando su pipa y la tabaquera del bolsillo de la camisa-. ¡Maldición!-añadió al darse cuenta de lo difícil que le resultaba llevar a cabo aquella operación.

- Deja que lo haga por ti, querido -dije y le saqué ambas cosas del bolsillo.

Bertie tosió con aire de desaprobación.

- Puede que ande desencaminado, pero si yo quisiera ocultar algo en un sitio no me dedicaría a rondar por los alrededores aullando como una *banshee* y dando el espectáculo.

- Estoy de acuerdo -convino Ramsés-. Esa es, precisamente, una zona que podemos descartar. Yo también creo que si nos ha llevado hasta ella es porque no tenía nada que ocultar.

Todos los hombres asintieron. Deseé que estuvieran en lo cierto, ya que no había disfrutado mucho con nuestro paseo por aquella remota región, pero no estaba totalmente convencida. Era evidente que a Jamil le gustaba mofarse de la gente y, además, los jóvenes sufren, entre otras debilidades, de exceso de confianza. Puede que a ese desgraciado muchacho le divirtiera llevarnos hasta aquella zona para poder ver cómo nos agotábamos buscando una entrada que estuviera perfectamente escondida.

Tenía que reconocer, sin embargo, que, hasta la fecha, su seguridad estaba más que justificada: había conseguido burlarnos en todas las ocasiones.

Emerson anunció que tenía intención de volver a Deir el Medina a la mañana siguiente.

- Acabaremos tu plano, Bertie -dijo-. Buen trabajo, muchacho. Apenas quedan unos pocos detalles que añadir.

- Mañana es viernes -objetó Cyrus-. Mis hombres tienen el día libre y tú deberías descansar, Emerson.

- Podemos finalizar la inspección sin los hombres -dijo Emerson dogmático-. Y, además, no tengo intención alguna de que una

pequeña herida me aleje de mis actividades habituales… de ninguna de mis actividades habituales.

Ni yo tampoco. Era una lástima que Nefret le hubiera puesto un yeso tan pesado.

A la mañana siguiente, nos las arreglamos para ponernos en marcha sin que Sennia y el *Gran Gato de Ra* vinieran con nosotros. Nefret tampoco nos acompañó. Con mi acostumbrada delicadeza, le había sugerido que organizara una pequeña comida, ya que todavía no había tenido tiempo de recibir a nuestros amigos en su nuevo domicilio. Bajo la amenaza de perdernos como clientes, Abdul Hadi finalmente había acabado la mesa del comedor y algunas sillas. Nefret accedió sin pensárselo demasiado, pero añadió con una sonrisa de complicidad:

- No le preguntaré qué es lo que se trae entre manos, madre: sé que disfruta con sus pequeñas sorpresas.

Las primeras horas de la mañana en Luxor suelen ser siempre agradablemente frescas y estimulantes, sobre todo en ese período del año. Aquel día, sin embargo, después de las largas horas pasadas en la sofocante oscuridad de la cámara funeraria, lo sentí con mayor intensidad. En honor a la verdad, he de admitir que en algún momento llegué a pensar si volvería a contemplar de nuevo los brillantes desfiladeros del oeste de Tebas y si volvería a sentir la brisa de la mañana en mi cara. La lógica me decía que Jamil no podría seguir arrojando piedras en el pozo indefinidamente pero el espacio, tanto del pasadizo como de la cámara funeraria, era muy reducido y lo mismo se podía decir del aire.

No había confesado, ni lo haría, aquel momento de debilidad a nadie. Después de todo, el final había sido feliz.

Cuando llegamos a Deir el Medina, Bertie trabajaba en su plano. Selim también se había dejado caer por allí: siempre había sido menos devoto que su tío Daoud, quien solía frecuentar el servicio religioso de los viernes.

- ¡Te ha salido muy bien, Bertie! -exclamé-. ¡Es evidente que no te has pasado el tiempo con la mirada clavada en los precipicios! Pero, ¿dónde está Cyrus? ¿No ha venido contigo?

- Está ahí arriba -indicó Bertie-. Me ofrecí a ir con él pero dijo…

- ¡Maldita sea! -exclamó Emerson alzando la voz. Cyrus había subido hasta lo alto de la ladera de la colina, al norte de la zona

donde se encontraban la mayor parte de las tumbas. Al oír el grito de Emerson, se enderezó y agitó los brazos.

- ¿Qué es lo que hace ahí arriba? -preguntó Ramsés.

- Quiere echar una mirada a las tumbas de las princesas Saite -explicó Bertie.

- Por el amor del cielo, ¿por qué? -pregunté-. No son las tumbas originales de las princesas -de las esposas de dios, para ser más precisa-, ni tan siquiera es el sitio donde las volvieron a enterrar. Dos de los sarcófagos estaban…

- Sí, sí, Peabody -me atajó Emerson-. Hay que ser un condenado idiota para trepar hasta ahí arriba… -se dirigió entonces hacia la pendiente con el vigoroso paso al que nos tenía acostumbrados.

Al captar mi mirada, Ramsés asintió y salió corriendo al trote detrás de él. El resto de nosotros le seguimos algo más despacio: Bertie había insistido en acompañarnos, de modo que tuve que caminar junto a él, sugiriéndole con delicadeza dónde debía poner el pie.

Los pozos -debería decir tumbas- no estaban en el cementerio principal situado en la colina del oeste, sino en la pendiente que se encontraba algo más al norte, cercana al templo, de modo que no tuvimos que alejarnos demasiado. Encontramos a Emerson a cuatro patas -aunque sería más correcto hablar de una mano y dos rodillas- asomado a una oscura abertura mientras Ramsés la iluminaba con la linterna. No parecía que fuera la entrada de una tumba, ya que los bordes de la misma estaban rotos y eran irregulares.

- ¿Estás seguro de que es esta? -le pregunté-. No parece la entrada de una tumba.

- Por supuesto que estoy seguro -fue la quejumbrosa respuesta. Un pedazo de roca se desprendió del lugar donde tenía apoyada la mano-. ¡Maldita sea! -exclamó Emerson recuperando el equilibrio con una cierta dificultad-. Este sitio se está cayendo a trozos; nadie ha estado ahí abajo desde hace mucho tiempo.

- ¿A qué princesa pertenece esta tumba? -preguntó Cyrus ilusionado.

Emerson se puso de pie.

- Lo cierto es que a ninguna. Esta es la tumba donde encontraron el sarcófago de Ankhnesneferibre, que fue usado en más de una ocasión. Junto a él, había también otros sarcófagos.

- Aquí -dijo Ramsés, a una cierta distancia.

Debíamos de parecer un tanto ridículos, agrupados en torno a aquel agujero en el suelo, asomados y sin poder apartar los ojos de ese vacío, porque allí no había nada que ver, ni tan siquiera un cascote. A pesar de que estaba bastante limpio, era tan profundo que la luz de las linternas no llegaba hasta el fondo.

- Nadie ha estado aquí dentro -explicó Ramsés-. Al menos, no desde 1885, porque fue en esa fecha cuando llevaron el sarcófago, ¿no es así, padre?

Emerson asintió con un gruñido.

- No alcanzo a imaginar qué es lo que te ha empujado a hacer esto, Vandergelt -dijo con severidad-. Podrías haberte hecho daño.

- La curiosidad del que no tiene nada que hacer -se disculpó Cyrus con una sonrisa avergonzada.

- Aunque solo sea por la vista, vale la pena subir hasta aquí -dijo Bertie, haciendo sombra con la mano sobre sus ojos.

Nos encontrábamos a mitad de una pendiente que ascendía hasta ir a parar a los pies de un precipicio cortado a pico y que caía en picado hasta el suelo. Frente a él se extendía otra elevada hilera de colinas y en la abertura que quedaba entre ambas se podía ver la llanura tebana, de un verde brumoso a la luz de la mañana, extendiéndose en su descenso hacia el lejano destello del río.

- Preciosa -asentí-. Pero ahora que la hemos visto, ¿podemos irnos? Nefret nos está esperando para comer y me gustaría hacer una visita a Yusuf antes de que anochezca.

Volvimos sobre nuestros pasos, descendiendo por la colina hasta llegar al templo. Emerson, que había desdeñado la ayuda de Ramsés, me permitió que lo cogiera del brazo, dando a entender que era él quien me ayudaba.

- ¿Estás pensando en interrogar a Yusuf? -me preguntó-. Supongo que deberíamos hacerlo.

- Lo voy a interrogar, desde luego, de forma sutil e indirecta, pero lo que pretendo ante todo es ofrecer mi ayuda a ese pobre anciano. Tenía que haber ido antes a verle.

- Mmm -musitó Emerson.

Su expresión denotaba duda o burla pero, en cualquier caso, no dejaba muy claro si eran mis motivos o mi habilidad para llevar a cabo una sutil interrogación los que causaban su sarcasmo. No se lo

pregunté.

- Iré con usted a ver a Yusuf-declaró Selim.

- Será mejor que no, Selim. De hecho -añadí inspeccionando a mi escolta-, no quiero que ninguno de vosotros me acompañe; Dios mío, si ese pobre viejo os ve aparecer a los cinco podría quedarse, aterrorizado.

- Imagino que no nos necesitas ni a Bertie ni a mí -concedió Cyrus-. Es igual, iremos a casa a ponernos guapos para la fiesta.

- A Nefret no le importará si no lo haces, Cyrus -le aseguré-. Emerson no se molestará en lo más mínimo.

- Pero Selim sí -dijo Cyrus dedicando una sonrisa al joven-. Y además, no podemos permitirle que eclipse a los demás.

Selim permaneció serio.

- Solo haré lo que es correcto. El Padre de las Maldiciones hace lo que le parece correcto a él.

- Bien dicho. -Cyrus le dio una amistosa palmada en la espalda-. No dejes que Amelia vaya sola, Emerson. Solo Dios sabe en qué lío se puede meter.

- ¡Tonterías! -exclamé-. Solamente quiero reconocer a Yusuf y prescribirle…

- Mi casa no queda muy lejos -dijo Selim-. El Padre de las Maldiciones, Ramsés y yo podríamos sentarnos en el patio y vigilar desde allí.

Yusuf, sin embargo, no estaba en casa. La vieja bruja de su mujer me dijo que se había ido a la mezquita. No sabía cuándo regresaría.

- En ese caso no estará tan débil como me temía -observé-. Entonces, ¿es ya capaz de ponerse de pie y de salir?

- Sí -«Y no gracias a ti precisamente», parecía querer añadir la mirada llena de hostilidad que me dirigió.

- Dale esto -saqué una botella de mi botiquín: se trataba de un inofensivo preparado a base de agua y azúcar al que había añadido unas pocas hierbas para darle un toque picante. Ese tipo de placebos puede llegar a ser tan efectivo como cualquier medicina: basta con que el paciente crea en ellos-. No debe tomárselo todo de golpe -añadí-. Más o menos… -medí con mis dedos la botella-. Mañana y noche. Volveré mañana o pasado para ver cómo va.

Su arrugada cara se dulcificó un poco.

- Gracias, Sitt Hakim, haré como dice.

La recepción que me otorgaron las mujeres de Selim fue mucho más entusiasta. Ambas eran jóvenes y hermosas y debo confesar que -aunque no apruebo la poligamia-parecían dos afectuosas hermanas antes qué dos rivales. Selim era un marido indulgente que, en ciertos aspectos, se había convertido a las maneras occidentales, de modo que ambas habían frecuentado la escuela. Tras ofrecerme asiento, me trajeron té y café para que pudiera acompañar a Emerson y Ramsés, que lo bebían ya.

- Más vale que tome algo -dijo mi hijo, quien, sentado sobre un banco, intentaba hacerme creer que había estado todo el tiempo allí. Lo cierto es que no había dejado de vigilar la casa de Yusuf (lo había visto agacharse para esconderse cuando me acerqué)-. Selim llegará de un momento a otro, ha ido a ponerse un traje más adecuado para la comida.

- No has tardado mucho -dijo Emerson-. ¿Yusuf no estaba en casa?

- Se ha marchado a la mezquita o, al menos, eso me han dicho.

- Pasa demasiado tiempo rezando para ser un hombre con la conciencia limpia -comentó mi cínico esposo.

Selim hizo finalmente su aparición, vestido con un chaleco de seda a rayas y con una túnica de color crema. Nos despedimos de las dos señoras, agradeciéndoles su hospitalidad.

Nefret nos esperaba a la puerta de su casa. La encontré algo agitada e imaginé que se trataría de algún desastre doméstico. Fue entonces cuando la causa del desastre se dejó ver, arrojándose sobre Ramsés.

- No pude decirle que no -susurró Nefret-. Ha querido venir a toda costa.

- Es muy difícil negarle a Sennia uno de sus caprichos -dije con resignación mientras la niña abrazaba a Emerson y a Selim, sonriendo alegremente y con el vestido lleno de lazos desde el cuello al dobladillo de la faldar-. Supongo que eso significa que *Horus* y el *Gran Gato de Ra* comen también con nosotros, ¿no?

- ¿Y dónde está Gargery?

Nefret hizo un gesto de impotencia.

- En la cocina, con Fátima. Insistió en que debía ser él el que lo arreglara todo y no ha dejado de tiranizarnos a todas, ¡a mí

incluida! ¿Debo pedirle que se siente con nosotros?

- No querrá. No cede ni un milímetro cuando se trata de mantenernos en nuestro sitio, pero escuchará todo lo que digamos.

La llegada de los Vandergelt interrumpió la conversación. Aprovechando que todos se encaminaban hacia el salón, Nefret me llevó aparte el tiempo suficiente para decirme en voz baja:

- He ordenado mi guardarropa esta mañana, madre y me faltan algunas cosas.

- Ah, ya me lo figuraba. Yo resolveré el problema, querida, déjamelo a mí.

- Siempre lo hago, madre.

Antes de dirigirnos al salón, tuvimos que arrancar al *Gran Gato de Ra*, del tamaño ya de un melón, de Ramsés, uña por uña. No había vuelto a ver dicha estancia desde el día en que llegaron los muebles y el resto del grupo no había estado en ella jamás. El efecto era extremadamente atractivo: preciosas alfombras antiguas sobre el suelo, unos cuantos sillones también antiguos y la mesa, vestida con uno de los manteles que Nefret había comprado en Luxor y con la vajilla Spode que Cyrus y Katherine le habían regalado para su boda.

Nos sentamos entre exclamaciones de admiración y Gargery, vestido como un auténtico mayordomo, sirvió el vino. Tenía que haberme imaginado que no dejaría escapar la ocasión de mostrarse en una comida oficial, ya que debía de considerar que tanto Emerson como yo éramos un tanto negligentes con nuestras obligaciones sociales. Permaneció detrás de nosotros de pie, envarado y alerta, mientras las dos muchachas egipcias servían la comida.

La mayor parte del personal bajo sus órdenes se habría sentido acobardado por su mirada crítica, sin mencionar el sermón que con toda probabilidad les habría echado previamente. Ghazela, la robusta muchacha de catorce años, no parecía muy afectada, aparte de algún que otro ataque de risa tonta, pero Najia, en cambio, se arrastraba como un fantasma, dejando que Ghazela realizara casi todo el trabajo. La marca de nacimiento no se le notaba ya tanto. Era probable que Nefret le hubiera dado algún cosmético para ayudarla a ocultarla.

Normalmente, es ya casi imposible que nuestro grupo mantenga

una de esas conversaciones sin sentido que se suelen dar en sociedad, pero es que, además, en aquel caso los acontecimientos que se habían producido el día anterior estaban demasiado frescos en la mente de todos. Sabía que Sennia no tardaría en sacar el tema, a menos que Gargery se las arreglara para adelantársele.

La niña se había sentado con todo descaro junto a Emerson y se dedicaba ahora a cortarle la comida, desoyendo sus débiles protestas.

- Vuélveme a contar cómo te rompiste el brazo -pidió-. Anoche me tuve que ir a la cama antes de poder escuchar toda la historia y es muy importante que conozca todos los detalles.

- ¿Se puede saber por qué? -le pregunté, divertida por su modo afectado de hablar.

- Para poder ayudaros, claro.

Gargery tosió. Su tos es muy expresiva y en aquel caso indicaba que estaba completamente de acuerdo.

Emerson me miró y yo me encogí de hombros: mantener el secreto iba a resultar imposible.

- Bueno, verás… -empezó a decir.

Gargery tampoco había oído toda la historia y se mostró tan interesado en ella que, olvidándose de sí mismo, se fue acercando poco a poco a la mesa hasta acabar por cernirse sobre Emerson como si fuera un buitre. Mi marido se volvió frunciendo el ceño.

- Gargery, ¿serías tan amable de llenarnos las copas? Siempre y cuando no sea pedir demasiado, por supuesto.

- En absoluto, señor -dijo Gargery retrocediendo-. Debo decirles, señores, que no se les puede culpar por lo que hicieron.

- Te agradezco que lo reconozcas -replicó Emerson, arrancándole la botella de las manos. Gargery se la volvió a coger.

- Pero tal vez deberían haber pensado -continuó, sirviendo el vino en las copas- en ir dejando cosas sueltas por el camino para que les hubiéramos podido seguir la pista.

- Como los pobres niños del cuento -añadió Sennia, aprobando sus palabras.

- No teníamos nada -le expliqué, iniciando así una de esas digresiones que, en nuestra familia, pueden resultar interminables-. De todos modos, es asunto concluido. Gracias al rápido ingenio de Daoud y a la excelente memoria de Jumana, nos encontrasteis a

tiempo.

Sennia pidió que le contáramos también aquello con todo detalle y Nefret la complació. Jumana apenas había abierto la boca aquella mañana y no añadió nada al relato, pero al oír a la niña elogiar su inteligencia la solemnidad de su rostro se suavizó con una sonrisa.

- Fueron las palabras de Daoud las que me dieron la idea.

- La memoria -comenté- es caprichosa y aberrante, así que no es sorprendente que olvidaras el comentario de Jamil y que tuviera que producirse una horrenda emergencia como esa para que lo volvieras a recordar. Sin tu ayuda, podríamos haber muerto en la trampa que nos tendió tu hermano.

No había dejado de observar a Najia muy de cerca, procurando que no se me notara: la muchacha se comportaba cada vez con mayor torpeza y parecía intranquila. Fui la única que la vio deslizarse fuera de la estancia y me levanté de inmediato.

- Nefret, ¿vienes conmigo? Los demás podéis quedaros aquí. Eso te incluye también a ti, Gargery.

Tras atravesar la cocina, la chica había salido directamente al patio y cuando la volví a ver estaba tratando de abrir la puerta trasera. La desdichada criatura se encontraba en un terrible estado de nervios: sus manos temblaban y no conseguía manejar el pestillo. Cuando le grité que se detuviera, se desplomó en el suelo cubriéndose la cara con las manos y con el cuerpo sacudido por los sollozos.

Tras alzarla, casi la tuvimos que acarrear hasta un banco y entonces Nefret me hizo una señal con la mano para que me apartara.

- Tiene miedo de usted, madre.

- ¿Miedo *de mi*? Dios mío, ¿por qué?

- Deje que hable con ella.

Su voz delicada y sus palabras tranquilizadoras acabaron por calmarla. Alzó una cara pringosa a causa de las lágrimas.

- No quise causarles ningún daño; él me dijo que yo era muy hermosa…

A pesar de que yo hacía lo posible por no resultar terrorífica, al ver mi expresión volvió a perder el control.

- Ya sé que no querías hacer ningún daño, Najia -dijo Nefret-. Y Sitt Hakim lo sabe también. No veo qué daño puede haber en que le

escribieras un mensaje a su hermana ni en tomar prestada mi ropa. ¿Qué más le has dado?

No tenía mucho que ofrecerle y se lo había dado todo con alegría y humildad. Él le había dicho que la amaba, que la marca sobre su rostro no la hacía parecer menos bella a sus ojos… Ella nunca se había considerado capaz de atraer a un hombre y mucho menos a uno tan joven y atractivo como aquel. Cuando Jamil le pidió que le prestara algunos de los vestidos de Nefret para gastarle una broma a un amigo, la muchacha no vio nada malo en ello. Cuando supo el modo en el que había sido usado aquel disfraz, se dio cuenta de que, sin saberlo, había sido cómplice de un intento de asesinato.

¡De nuevo, un lamentable ejemplo de la perfidia masculina! En ese mismo momento decidí que la muchacha no debía sufrir por ello. Tras sentarme junto a ella en el banco, le hablé con calma pero con firmeza.

- Nadie más lo sabe, Najia, y nosotras no lo contaremos nunca. Sécate los ojos… -le ofrecí mi pañuelo-y vete a casa. Les diré a los demás que te has puesto enferma.

- Pero cuando se sepa mi deshonra… -titubeó-… ningún hombre me querrá. Mi padre me…

- Él no hará nada y nadie se enterará a menos que seas lo bastante idiota como para contarlo.

La pena le había debilitado el entendimiento, que, por otra parte, nunca había sido demasiado agudo; hice lo que estuvo en mis manos para que reaccionara, haciendo valer toda la fuerza de una voluntad más poderosa que la suya.

- Yo, Sitt Hakim, te ordeno que no le digas nada a nadie. Nosotros nos ocuparemos de ti… y te encontraremos un marido si eso es lo que quieres. Sabes que podemos cumplir nuestras promesas.

- Sí, sí, es cierto. -Najia se arrojó a los pies de Nefret-. ¿Cómo podrán perdonarme? Ustedes fueron muy amables conmigo y yo los he traicionado.

- ¡Por el amor de Dios, deja de llorar! -dije, perdiendo la paciencia. Tenía el pañuelo manchado no solo de lágrimas, sino también de una sustancia color marrón: al quedar al descubierto, la mancha de nacimiento resultaba más evidente que nunca-. Vete ya

y recuerda que la palabra de Sitt Hakim es más fuerte que el juramento de cualquier hombre.

- En realidad debería ser «la palabra del Padre de las Maldiciones», ¿no? -recalcó Nefret mientras la muchacha se alejaba corriendo sin dejar de limpiarse la cara-. No veo cómo vamos a poder mantener el secreto, sin embargo. Alguien acabará por sospechar que era mi ropa la que llevaba puesta Jamil. Debía de quedarle muy justa y aunque no tanto como la de Jumana. Especialmente las botas, espero que le apretaran mucho.

- Imagino que las cortaría por la punta o que haría una raja en los talones -dije con aire ausente-. Podemos contar parte de la verdad a ciertas personas pero en lo que respecta a la deshonra de la muchacha, tal y como dirían los hombres, tenemos que guardar el secreto. Tal vez deberíamos comprarle un marido -añadí con disgusto-. Da la sensación de que es lo único que le preocupa.

- A ella y a muchas otras mujeres de todas las nacionalidades -dijo Nefret-. ¿Crees que sabe más de lo que nos dijo?

- Jamil es demasiado astuto como para que se le escape información de utilidad. Ha mentido hasta a su hermana. Lo que me preocupa -continué, en tanto que regresábamos lentamente a la cocina -es cómo puede haber seducido a tantas personas, tanto en modo literal como figurado, para que se apartaran de su deber. Me temo, Nefret, que ese desgraciado puede haber causado una escisión en su familia que no se resolverá jamás.

* * *

Emerson vio las cosas con más optimismo. Una vez a solas, algo más tarde, le conté la triste historia, sabiendo que su caballeroso corazón sería comprensivo con la situación de la muchacha. Y así fue; tras maldecir a Jamil con gran elocuencia, se calmó y dijo:

- Hemos eliminado ya a dos de los aliados del muchacho, pero ¿cuántos más pueden quedar?

- Puede que algunos de los más jóvenes. A unos cuantos no les importaría robar en una tumba. Por otro lado, ha demostrado que sabe tratar a las mujeres.

- Seleccionó una víctima que podía resultar particularmente receptiva a sus elogios -dijo Emerson curvando sus labios-, ¡Grrr! Y por lo que respecta a los hombres, lo que sucedió ayer puede que acabe con la posible influencia que pueda haber tenido sobre ellos.

Ninguno de los *gurnawis* osaría verse involucrado en una tentativa de asesinato *contra nosotros*.

- Es muy posible que estés en lo cierto -asentí.

- Hay otro aspecto que no hemos considerado lo suficiente -prosiguió Emerson-. Jamil estaba confortablemente instalado; francamente, no me imagino a nuestro amigo abandonando su acogedora madriguera a menos que haya dispuesto ya un nuevo sitio donde esconderse.

- Eso también es verdad, pero no nos ayuda en nada -dije.

- Pensé que eras tú la que quería que viéramos las cosas por el lado bueno, Peabody. Hemos eliminado las ventajas con las que contaban, una tras otra, y sus continuos fracasos al tratar de hacernos daño le llevarán a dar un paso en falso tarde o temprano.

- ¿Como intentar asesinarnos de nuevo?

Emerson soltó una carcajada y me rodeó con su brazo.

- Justamente. Vamos abajo, es ya la hora del té. ¿Lo tomarán con nosotros los chicos?

- Si te refieres a Ramsés y Nefret, la respuesta es no. Les sugerí que, por una vez, lo tomaran a solas.

- ¿Por qué?

- La verdad, Emerson, es que tú eres la última persona que debería hacer una pregunta así.

- Ah-dijo Emerson.

- Jumana y Sennia nos harán compañía. Eso debería bastarte como entretenimiento.

Ambas estaban ya sentadas en la galería, muy juntas y, según parecía, disfrutando la una con la otra.

- ¡Mira lo que me ha dado Jumana! -gritó Sennia.

- A menos que el Museo se quede con ella -le advirtió Jumana.

- Sí, ya me lo has dicho, pero sé que el señor Quibell me dejará tenerla, es un hombre muy amable.

Se trataba de la pequeña estela con los dos gatos que había visto copiar a Bertie. Mientras yo la admiraba de nuevo, Emerson les dirigió a las dos una sonrisa llena de sentimentalismo. A Sennia no le gustaba demasiado Jumana, quizá porque la muchacha era una ferviente admiradora de Ramsés. Tenía que reconocerle el mérito de haberse sabido ganar la amistad de la pequeña: no hay nada como un regalo para atraerse el favor de un niño.

Fátima trajo el té en tanto que Emerson se sentaba con su pipa y empezaba a mirar el correo. Las cartas y los mensajes se habían acumulado durante varios días, así que yo empecé a clasificarlos, poniendo a un lado las que, habían enviado a Ramsés y Nefret y abriendo los sobres dirigidos a Emerson antes de pasárselos.

- ¡Howard Carter, cielo santo! -exclamó Emerson sacando una de las cartas-. ¡Cuánto tiempo sin saber nada de él! Escucha esto, Peabody, dice que no vendrá a Luxor por…

Al levantar la vista, dejó frase á la mitad.

- ¿Peabody? ¿Qué sucede?

- Nada-dije con una sonrisa forzada.

Sennia, a quien no se le escapaba el más mínimo detalle y, en particular, aquellos que uno desearía que no viera, preguntó:

- ¿Sucede algo, tía Amelia?

- Nada -repetía-. Toma otra galleta, querida.

Tendí a Emerson la misiva que había provocado mi sorpresa. Era un telegrama dirigido a Ramsés y que llevaba el sello del comandante en jefe de la fuerza expedicionaria egipcia.

* * *

Tuvimos que esperar hasta la hora de cenar para saber lo que ponía en aquel maldito telegrama. Tanto Emerson como yo lo habríamos desgarrado para abrirlo si no hubiera sido porque ambos nos vigilábamos el uno al otro muy de cerca. Ni por un momento se nos ocurrió tampoco entregárselo inmediatamente al destinatario; si nos hubiéramos apresurado a hacerlo, habríamos alarmado a Sennia con nuestras prisas. Emerson me confesaría más tarde que había sentido casi cómo le quemaba, haciendo un agujero en el bolsillo donde lo había introducido. Por fortuna para sus nervios, y para los míos, los chicos no tardaron en llegar para dar las buenas noches a Sennia antes de que esta se fuera a la cama.

- ¿Whisky con soda, muchacho? -preguntó Emerson. Su masculina voz se había puesto ronca a causa de los esfuerzos que estaba haciendo para no empezar a chillar y/o maldecir.

- Gracias, señor. -La turbación de Emerson hubiera resultado evidente incluso a una persona menos perspicaz que su hijo-. Veo que ustedes dos ya se han bebido uno.

- Dos -dije-. Sí, sí, Sennia, ya nos has besado a todos, así que vete.

Se había hecho de noche; la brisa nocturna hacía susurrar las hojas de los árboles pero, a pesar de ello, la llama de las velas, envuelta en cristal, permanecía firme.

- ¿Qué sucede, madre? -preguntó Nefret-. ¿Le ha pasado algo a Katherine, a Cyrus o…?

- No, querida, pero tu pregunta me hace recordar uno de mis aforismos favoritos…

- ¡No lo digas, Peabody! -exclamó Emerson.

- Si insistes, querido… Se trata de una dificultad menos, comparada con otras, y deberíamos estar agradecidos por…

- Ni tampoco te andes con rodeos. Ten. -Emerson le entregó el telegrama a su hijo.

- Mmm -dijo Ramsés inspeccionando el sobre.

- ¡Ábrelo inmediatamente!-exclamé.

Antes de hacerlo, dejó el vaso y comentó con la acostumbrada serenidad de su voz:

- ¿Lo han estado guardando toda la tarde? Me sorprende que no se hayan calmado todavía… -Su voz se detuvo unos instantes para empezar a leer a continuación el mensaje en voz alta-: «Necesitamos su colaboración en un asunto importante. Por favor, infórmenos lo antes posible». Es muy amable por su parte, pedírmelo por favor!

- Smith-dijo Emerson entre dientes.

- No, lleva la firma de Cartright. ¿Recuerda? El…

- De modo que aquella fue una visita de reconocimiento -dije- Aunque no me explico qué fue lo qué pudo sacar en claro de ella.

- ¿Vas a contestarles?-preguntó Nefret.

- La cortesía exige una respuesta, desde luego.

Tomó entonces una hoja de papel y un lápiz. Mirando por encima de su hombro, Nefret fue leyendo el mensaje a medida que su marido lo escribía: «Lamento no poder obedecer. Me necesitan aquí».

- Ah -dijo Emerson.

- Gracias, querido -murmuró Nefret.

- ¿Por qué? No puedo abandonar Luxor mientras no encontremos a Jamil, ¿no les parece? -Su voz cambió; cuando prosiguió era exactamente igual a la de su padre-. Y además yo no soy de los que saltan cuando Cartright hace chasquear el látigo.

- Mandaré enseguida a Alí a la oficina de telégrafos -dijo Nefret.

Tras coger el papel, dudó por un momento, para después tachar con el lápiz una palabra.

Ramsés se echó a reír.

- Totalmente de acuerdo, no lo lamento en absoluto.

* * *

Al día siguiente hicimos un descubrimiento que nos tuvo ocupados durante cierto tiempo: un escondite lleno de momias, algunas de las cuales se encontraban todavía en sus sarcófagos originales. A Cyrus no le gustó demasiado que las encontráramos en el sótano de una de las casas y no en una tumba.

El espacio excavado en la roca había servido como almacén y había sido ampliado apenas lo justo para poder contener los restos. Estos estaban dispuestos con esmero, pero tan apretados los unos junto a los otros que resultaba imposible entrar en la pequeña cámara. En cuclillas sobre los escalones, Emerson movió cuidadosamente la linterna sobre el conjunto. De la oscuridad emergían poco a poco los detalles: el rostro sereno de una mujer, coronada con una diadema pintada; la vistosa figura de un dios con la cabeza de halcón; un cuerpo inmóvil y sin sarcófago, envuelto con vendas que formaban un intrincado dibujo.

- Romano -dijo Emerson.

- ¿Cómo lo sabes? -preguntó Cyrus desde lo alto de la escalera-. Deja que eche un vistazo.

Emerson y yo subimos y le dimos a Cyrus la linterna.

- Las máscaras de cartón son, sin duda alguna, del siglo primero -dijo Emerson. Su entusiasmo se había visto ensombrecido tan pronto se dio cuenta de ello, ya que los períodos griego y romano de la historia egipcia no le interesaban demasiado-. No puedo ser más preciso sobre la fecha hasta que no las observe más de cerca. Vandergelt, sube y las sacaremos de ahí. Los ladrones locales romperán todo en mil pedazos si las dejamos aquí sin que nadie las custodie.

Cyrus subió gateando por los toscos escalones y le pasó la linterna a Ramsés.

- Son unos sarcófagos bastante lujosos -dijo con envidia-y se encuentran en buenas condiciones. Quizá haya más cosas en la parte posterior…

- No pude ver nada -dijo Ramsés al volver a reunirse con

nosotros-, pero lo que es seguro es que son romanos o del último período tolemaico. De cualquier forma, la cuestión más importante es saber por qué están aquí. Este pueblo fue abandonado al finalizar la XXI dinastía y sus habitantes se instalaron en Medinet Habu, considerado un lugar más seguro por sus sólidas murallas. Este descubrimiento debería obligarnos a volver a examinar nuestras suposiciones sobre…

- Estoy de acuerdo -dijo su padre. A Ramsés le quedaba ya muy poco de su antigua tendencia a la verbosidad, pero su entusiasmo por la arqueología lo seguía llevando en ocasiones a dar pequeñas charlas-. Esto… discutiremos las implicaciones históricas en otro momento, muchacho. Ahora tenemos que concentrarnos en el espinoso problema de la excavación. ¿Cómo crees que deberíamos proceder?

Los dejé discutiendo sobre ello para acercarme a Cyrus.

- Solo hay momias romanas, Cyrus -le dije intentando consolarlo-. Y, además, plebeyas.

- Una momia romana es siempre mejor que nada -refunfuñó nuestro amigo-¡Dios mío, la verdad, Amelia, es que me siento como si fuera víctima de una maldición! Vosotros, amigos, fuisteis lo bastante buenos como para dejarme las tumbas… ¡y luego va y resulta que los primeros enterramientos se descubren en la ciudad! A menos que Emerson me necesite, yo regreso a la colina.

Inquieta, vi cómo se alejaba con paso airado y dando patadas a las piedras. Tan solo podía desearle que el malhumor no lo llevara a ser imprudente: otro accidente era la última cosa que necesitábamos en ese momento.

Debido al método extremadamente meticuloso de Emerson, nos pasamos, el día limpiando el sótano. Nefret y Jumana sacaron fotografías de cada etapa del proceso y Ramsés encontró una inscripción que proporcionaba la fecha exacta de, al menos, uno de los enterramientos: el año séptimo del emperador Claudio. Dado que yo no podía hacer mucho, sentí, por un momento la tentación de ayudar a Cyrus a encontrar alguna tunaba, pero sabiendo que a Emerson esto no le parecería demasiado bien me quedé donde estaba, observando y pensando un poco.

No había renunciado a mi propósito de hablar con Yusuf. Él había hecho lo posible por evitarnos, lo que ya en sí resultaba

bastante sospechoso; sus frecuentes visitas a la mezquita también eran sospechosas, aunque no precisamente por el motivo que había sugerido Emerson. Rezar cinco veces al día es uno de los cinco pilares del islam, pero es también algo que se puede hacer en cualquier lugar. Yusuf y Jamil debían de estar encontrándose en algún sitio.

Decidí esperar a que cayera la tarde, después de la última llamada a la oración, para hacerle una visita. Si Jamil no se había mostrado muy dispuesto a dejarse ver antes en el pueblo, después de lo sucedido se habría vuelto aún más cauteloso y lo más probable era que esperase a que se hiciera de noche para reunirse con su padre.

Esperé algunas horas antes de hacerle saber a mi esposo cuáles eran mis intenciones. Bertie y Cyrus, este último aún de malhumor, habían regresado a casa y Emerson se encontraba todavía en el sótano con las momias. A pesar de que no quería subir, yo insistí.

En un principio se mostró algo escéptico.

- Hay demasiados «sis» en tu teoría; Peabody. Podría ser una pérdida de tiempo.

- Si conseguimos probar la inocencia o la complicidad de Yusuf, no lo será -repliqué-. ¿Qué fue lo que dijiste a propósito de ir eliminando poco a poco los apoyos de Jamil?

- Oh, bah -dijo Emerson al mismo tiempo que miraba con ansiedad las momias que en ese momento Selim cargaba en una carreta-. Ten cuidado con ésa, Selim.

- Emerson, por favor, escúchame.

- ¿Qué? Oh, supongo que no puede causar daño alguno. Mañana.

- Hoy. No podemos dejar que se enfríen las cosas. -Sin apartar los ojos de Selim, Emerson intentó que le soltase la manga-. Si no quieres venir conmigo, iré sola-añadí.

Tal y como había imaginado, aquello bastó para que me prestara atención. Frunció el ceño.

- No, no irás. ¿Qué era lo que decías sobre enfriar algo? ¿Otro de tus malditos aforismos?

- Uno muy adecuado, querido. Yusuf tiene que haberse enterado de la última fechoría de Jamil, la más grave de todas. Tenemos que hablar con él y poner el acento en la gravedad de la misma antes de que el muchacho le pueda contar su versión, que consistirá, seguro,

en toda una sarta de mentiras que solo un padre chocho como él podría creer.

- Mmm -Emerson tocó, distraído, el hoyuelo de su barbilla-. Bueno, está bien, pero antes tenemos que dejar nuestro descubrimiento a buen recaudo en casa.

- Selim y Daoud pueden hacer perfectamente ese trabajo y tú lo sabes. De todos modos, no hay prisa, todavía falta una hora para que anochezca.

Gracias, en parte, al ánimo que les infundí, el carro estuvo cargado a tiempo y pudimos ponernos rumbo a casa; allí, los hombres descargaron nuestros nuevos hallazgos en el almacén. Llenamos los estantes con una gran variedad de objetos, todos, según Ramsés, mucho más interesantes que los sarcófagos, aunque ninguno tan impresionante como ellos. Emerson los examinó con satisfacción.

- Nos tomamos un té, ¿eh?

- No, Emerson, tenemos que salir enseguida. Ya te dije…

- Nos lo has dicho a todos, así que no empieces de nuevo. Vamos entonces.

- ¿Quiere que vayamos con ustedes, madre? -preguntó Nefret.

- Sí. Nos valdremos de una mezcla de intimidación, ejercida por Emerson y Ramsés, y de dulce persuasión: nosotras dos y Jumana.

Emerson resopló en son de burla, probablemente porque no me creía capaz de utilizar la dulce persuasión. Jumana me miró inquieta.

- Pero, Sitt Hakim.

- No admito objeciones, por favor -le dije, para añadir después, en un tono algo más amable-: Ayer fuiste de gran ayuda. Si tu padre sabe algo sobre Jamil, tal vez tú puedas añadir algo a lo que él diga. De no ser así… bueno, creo que ya es hora de que él olvide su enfado. Tal vez no podamos conseguir una completa reconciliación en un solo día, pero por algo se empieza. Te gustaría hacer las paces con él, ¿verdad?

- Es mi padre -dijo la muchacha en voz baja-. Yo no me marché, fue él quien me obligó a hacerlo.

- Y yo estoy segura de que se ha arrepentido de ello, Jumana. Cuando uno está enfadado dice cosas…

- ¡Maldita sea, Peabody! -gritó Emerson-. Creo que no es el

momento de entrometerse en los sentimientos de los demás. Acabemos de una vez.

El luminoso ocaso del Alto Egipto había llegado a su fin cuando subimos la colina en dirección a la casa de Yusuf. El último resplandor encendía los riscos y las primeras estrellas brillaban ya en el cielo del oeste, mientras grisáceos fantasmas de humo se alzaban de las lumbres de las cocinas para balancearse con la brisa nocturna.

Mahira salió a recibirnos a la puerta: su ceño fruncido hacía que recordara aún más a una bruja medieval.

- Ya era hora de que viniera, ¿qué fue lo que le hizo a mi marido?

- ¿Qué quieres decir? -pregunté.

Sin dejar de hablar, nos hizo pasar a toda prisa a la casa.

- Se trata de la medicina que le dio usted. Al principio parecía sentirse mejor, pero esta mañana… -Abrió de golpe la puerta de la habitación del anciano-. Puede verlo con sus propios ojos. Ha estado así todo el día.

La lámpara que llevaba nos mostró una forma extendida en la cama. Yusuf se retorcía sobre ella, hablando solo, o tal vez con alguien, mientras repetía una y otra vez las mismas palabras:

- Condúcenos por el buen camino de aquellos a quienes has mostrado tu misericordia…

- Está delirando -susurró Nefret, con ojos compasivos-. ¿Qué fue lo que le dio, madre?

- Agua con azúcar. No es delirio, sino excitación nerviosa. Habla con él, Emerson.

Emerson dudó solo un momento. Como a cualquier otro, a él también le gustaba citar las escrituras en beneficio propio. Su sonora voz entonó, monótona, las palabras del *fathah*, la primera sura del Corán, que Yusuf había citado. «En el nombre de Dios, misericordioso y clemente. Alabado sea Dios, el señor de las palabras.»

Como si lo hubieran galvanizado, Yusuf se sentó con un respingo.

- Vaya -dijo-, es usted, Padre de las Maldiciones. ¿Ha venido a castigarme porque mi silencio podría haber causado su muerte y la de Sitt Hakim?

- ¡Por Dios, no! -exclamó Emerson, pasando al inglés a causa de la impresión.

- El Padre de las Maldiciones es también misericordioso y clemente -le expliqué, esperando que no sonase a blasfemia-. Hemos venido a ayudarte… y a Jamil, si podemos. ¿Dónde está?

- ¿Es eso verdad? Sí lo es, usted no miente. ¿No quieren matarlo?

Nos vimos forzados a escuchar bastantes cosas de este tipo y a repetirle las mismas promesas tranquilizadoras en varias ocasiones. Para Yusuf fue como una especie de terapia psicológica, pero para nosotros resultó bastante agotador. Mi diagnóstico había sido correcto: su indisposición no era física sino mental; al recibir aquella mañana las noticias sobre el ataque que Jamil había perpetrado sobre nuestras personas, se había sentido dividido entre la lealtad y el afecto, sin saber muy bien qué hacer.

- Los llevaré hasta él -dijo con voz temblorosa-. Nos solemos encontrar, a diferentes horas, en el cementerio que hay junto a la mezquita. El acudirá allí esta noche, cuando salga la luna.

- La tumba de Abdullah -dije-. ¿Ir a rezar en un lugar sagrado como ese era la excusa para reunirte con tu hijo?

Mi voz debía de delatar mi resentimiento. El viejo retrocedió.

- No era solo una excusa; también rezaba. Que mi primo Abdullah me perdone por ello y pida a Dios que me perdone también.

Hasta entonces, Yusuf había ignorado a Jumana como si fuera invisible, pero lo cierto es que aquel no parecía el momento más adecuado para instruirle sobre el perdón a los hijos.

El cementerio se encontraba en el lado norte de la colina, en un lugar donde el suelo era uniforme. Sobre los riscos flotaba la esfera plateada de la luna, inundando el paisaje con su luz. La tumba de Abdullah relucía como la nieve.

Llegados al cementerio y al amparo todavía de las sombras de la colina, Yusuf se detuvo.

- Dejen que vaya delante, dejen que hable con él. Le diré que debe entregarse.

- Ve entonces -dijo Emerson. Cuando el anciano no lo podía oír ya, dijo entre dientes-: No comparto en absoluto la confianza que tiene Yusuf en su poder de persuasión. Dame tu pistola, Peabody, sé

que la tienes, así que no intentes hacerme creer lo contrario.

No dudé en hacerlo, ya que, a pesar de que había practicado durante años, no había conseguido tener la puntería de Emerson.

- No -susurró Jumana-. Por favor, dijo usted que no lo mataría.

- Con esto no podría matar ni a un conejo -dijo Emerson desdeñoso-. Si intenta escapar, unos cuantos tiros de advertencia deberían bastar para detenerlo. Si la cosa se pone fea, siempre puedo dispararle a la pierna.

Yusuf no intentó ocultarse. De pie, a algunos metros de la tumba e iluminado por la luz de la luna, gritó:

- ¡Soy yo, Jamil, tu padre! Sal para que podamos hablar.

A pesar de que no había gritado demasiado alto, pudimos oír todo lo que dijo. El cementerio estaba desierto y en silencio. No es que de día fuera un sitio muy frecuentado, pero cuando caía la noche nadie se acercaba por allí. Era uno de los lugares más seguros que Jamil podía haber elegido.

Pasados unos minutos, el muchacho emergió de la entrada de la tumba.

- ¿Tiene miedo de acercarse, padre? Los espíritus de los muertos no molestan a los vivos.

Iba vestido al modo egipcio, con una túnica oscura y un turbante enrollado sin demasiado esmero. Ahora que se había afeitado el bigote, su rostro era igual al de su hermana. A pesar de que su aspecto era el de una persona joven e inofensiva, llevaba un puñal metido en el fajín y su mano derecha empuñaba un largo bastón.

- El espíritu de mi venerado primo Abdullah me inquieta -replicó el anciano-. Le hemos deshonrado, Jamil, pero aún estamos a tiempo de implorar su perdón. Ven conmigo, te llevaré ante el Padre de las Maldiciones y él te ayudará.

El hermoso rostro de Jamil se retorció en una mueca de odio. Su cabeza se movió de un lado para otro y sus ojos escrutaron las sombras. Nunca sabré si nos vio realmente o si tan solo intuyó nuestra presencia, pero, fuera como fuese, apoyó el bastón sobre el hombro, como si se tratara de un rifle. Y lo era: la antigua arma de Yusuf, la más estimada de sus posesiones.

Yusuf gritó:

- ¡No, Jamil! Dijiste que no dispararías a menos que alguien te atacara. ¡Bájalo!

Emerson dio un paso adelante, mostrándose a la luz de la luna.

- ¡Déjalo, Jamil! -le chilló-. Yusuf, apártate de él. Con mi pistola apuntando al suelo frente a Jamil, Emerson dio un gran paso hacia adelante. Si su intención era la de decir o hacer algo más, no le fue posible. Una fuerte explosión rasgó el aire y el fuego tiñó de rojo la oscuridad. Con algo de retraso, traté de tirarme al suelo frente a Nefret.

- Dios mío -susurró Ramsés-. Ese maldito rifle ha explotado. Temía que lo haría algún día, él debe de…

Emerson corría hacia la masa informe. Cuando llegamos junto a Jamil, eran ya dos las personas que estaban a su lado. Yusuf se había abalanzado sobre su hijo, chillando, y se había dejado caer sobre él como una piedra.

Jamil todavía estaba vivo. Al ver lo que quedaba de su rostro, recé porque no viviera mucho tiempo; el único ojo que le quedaba se movía de un lado para otro antes de poder centrar la mirada. A través de sus dientes rotos salían algunos silbidos.

- Jumana, hermana, ¿nuestro padre está…?

A Nefret le bastó una mirada para comprobar con horror que no era posible hacer nada por él. Arrodillada junto al anciano y con la mano sobre el pecho desnudo de éste dijo:

- Es su corazón; tenemos que llevarlo a casa.

- Corazón -dijo Jamil débilmente-. He sido yo quien lo ha matado. Mi padre. Hermana… escucha… la tumba…

Jumana se inclinó para acercarse aún más a él. La conmoción la había privado hasta de las lágrimas.

- ¿Quieres decirme dónde está? Habla entonces y llega junto a Dios habiéndonos hecho ese último favor.

- Favor.

Creo que intentaba reírse pero el borboteo de la sangre hizo que el sonido resultara espeluznante. Reuniendo sus últimas fuerzas, dijo:

- Los muy idiotas. Estaba ahí, ante sus ojos. En la mano del dios.

Yusuf vivió apenas el tiempo suficiente para poder coger la mano de su hija (que yo coloqué en la suya) y murmurar una pocas e ininteligibles palabras. Una persona sentimental diría que murió porque se le había roto el corazón, pero lo cierto es que, en términos científicos, había sucumbido a la misma enfermedad

coronaria que Abdullah había sufrido en sus últimos años. Tras dejar a Jamil al cuidado de Ramsés, Emerson transportó los restos de Yusuf hasta su casa. Mientras nos alejábamos, volví la vista atrás. La luz de la luna y las sombras hacían resaltar la bella tumba de Abdullah. En las sombras algo más profundas de la puerta de entrada de la misma, nada se movió.

No pudimos hacer mucho por la afligida familia. Al contrario, la irritación con la que algunos de sus miembros nos miraron indicaba que lo mejor que podíamos hacer era dejarlos solos.

Aquel desagradable incidente se había desarrollado en menos tiempo del que yo creía, menos de media hora de principio a fin, pero las explicaciones y los cambios de ropa retrasaron el ansiado momento en el que, finalmente, nos pudimos sentar todos en la galería.

Ramsés fue el último en llegar. La tensión que había en sus labios ponía de manifiesto el dolor que sentía, pero a pesar de ello contestó a nuestras preguntas con su acostumbrada flema.

- Lo he dejado con sus primos, quienes me dejaron muy claro que yo estaba de más. ¿Dónde está Sennia?

- La mandé a la cama -contesté, mientras Emerson colocaba un vaso de whisky en la mano de su hijo-. Se enfadó mucho y *Horus* trató de morderme.

- ¿Jumana? -fue la siguiente pregunta de Ramsés.

- Resistió, pero cuando Fátima la abrazó maternalmente acabó por echarse a llorar. Tal vez -dije pensativa- he insistido demasiado sobre la virtud de aguantarlo todo sin inmutarse.

- Es una pena -se lamentó dulcemente Nefret-. Era una familia fuerte, orgullosa y unida.

- Lo más lamentable de todo -dijo Ramsés- es Jamil. Si hubiera centrado su gran talento en la arqueología quizá sería ahora una persona feliz y afortunada. ¿Cómo explicar lo que sucede con esos hombres?

- No empieces una discusión filosófica -gruñó Emerson-. No puedo encontrar una razón ni tampoco tu madre, aunque ella lo intentaría si le dieras la más mínima ocasión de hacerlo. Tanto la familia como Jumana lo superarán en su momento. El tiempo cura… -al darse cuenta de que estaba a punto de incurrir en un aforismo, se detuvo para proseguir-: Al final, ¿qué era lo que

trataba de hacer?, ¿decirnos dónde se encuentra la tumba o engañarnos de nuevo? «¡En la mano del dios!»

* * *

De acuerdo con la costumbre musulmana, el funeral de Yusuf se celebró al día siguiente. Ni que decir tiene que todos asistimos a él. Al ver el segundo cuerpo amortajado, Emerson refunfuñó:

- Espero que no tengan la audacia de ponerlo en la tumba de Abdullah. ¡Por Dios, nuestro viejo amigo sería capaz de levantarse de ella para prohibírselo!

Yo tampoco dudaba que lo haría. ¿Acaso no había dicho que se lo dejáramos a él? Poco importaba que lo consideráramos destino o accidente; por muy depravado que el muchacho hubiera sido, me alegraba de que no hubiéramos sido nosotros quienes lo hubiésemos matado.

Selim nos dijo más tarde que había sido él el que lo había dispuesto todo. Padre e hijo habían sido enterrados en otro de los sepulcros de la familia: una cámara subterránea donde podrían esperar sentados la llamada de los ángeles de la muerte. Nos marchamos antes de que cerraran la abertura.

Cyrus estaba enfurecido por las últimas palabras de Jamil y así nos lo hizo saber con su singular jerga americana.

- ¿Estaba aquí, en nuestras mismas narices? ¿En el Cementerio de los Monos? ¿En la mano de qué dios?

- No se puede dar demasiado crédito a las palabras de un moribundo -le hice saber-. Especialmente a las de un hombre que pasó su vida tratando de engañar a los demás.

De modo que reanudamos nuestro trabajo en Deir el Medina; todos menos Jumana. El horror de aquella noche pudo con ella: se metió en la cama y se negó a comer y a responder a mis esfuerzos por hacerla razonar. La única persona que fue capaz de levantarla fue Sennia. Al enterarse de que Jumana había perdido a su padre y a su hermano (nos abstuvimos de contarle en qué terribles circunstancias, por supuesto), la encantadora criatura pasó horas leyéndole y hablando con ella.

* * *

Si la memoria no me falla, el martes recibimos un mensaje de Howard Carter en el que nos invitaba a cenar aquella noche en el

Winter Palace.

- De modo que está de regreso en Luxor-dijo Emerson-. Iremos, tengo unas cuantas cosas que preguntarle.

Si algo nos hacía falta en aquel momento era un poco de diversión, por lo que he de confesar que al ponerme mi vestido de noche favorito, color carmesí, y mis pendientes de brillantes me sentí más animada. Puede que el placer que causa vestirse bien sea solo cosa de mujeres, pero, en mi opinión, los hombres también se sentirían mejor si se dignaran probarlo.

Mientras el bote nos transportaba a través del trémulo resplandor de las aguas me sentía completamente tranquila, sin que ninguna sombra ni presentimiento oscureciera mis pensamientos. Era inevitable. La primera persona que vimos al entrar en el elegante vestíbulo del hotel fue el hombre que habíamos conocido como «Smith»: el honorable Bracegirdle-Boisdragon, el mismo que había tratado en varias ocasiones de recuperar a Ramsés para los servicios de inteligencia.

No había modo de evitarlo sin mostrarnos abiertamente groseros. Esta consideración no habría detenido a Emerson si no hubiera sido porque «Smith» iba acompañado por una atractiva dama ya algo entrada en años, elegantemente vestida de luto. Smith nos la presentó como su hermana, la señora Bayes, y nos dijo que estaba de visita en Egipto por primera vez. La dama nos hizo saber de inmediato lo extasiada que se encontraba con el país y las antigüedades, y el gran honor que era para ella conocernos. Había oído hablar mucho de nosotros.

- ¿De verdad? -dije, dirigiendo a Smith una penetrante mirada.

- Está leyendo la Historia que escribió el profesor y ha llegado ya al tercer volumen -dijo Smith suavemente.

- El gran entusiasmo que siente Algie por Egipto me indujo a venir -explicó la señora Bayes mirando a su hermano con un afecto sensiblero.

«Está actuando», me dije a mí misma, «es imposible que su hermano, un hombre tan frío como un pez, despierte tal adoración».

- Fue muy valiente al atreverse a viajar por mar en un momento como este -dije.

Su cara adoptó una expresión de dulce melancolía.

- Cuando se pierde a la persona más importante de nuestra vida,

una es capaz de resignarse a todo lo que el destino nos quiera deparar.

Emerson dejó escapar un sonoro «Mmm», que se transformó en tos y me miró. Nunca ha aceptado de buen grado lo que él llama «mis pomposos aforismos» y éste podía entrar, sin lugar a dudas, en aquella categoría. Yo podría haberlo dicho mejor, sin embargo.

- Lo siento -dije-. ¿Una pérdida reciente?

- Bastante reciente, pero -explicó la señora Bayes sonriendo a «su hermano», quien le daba palmaditas en la mano con una mirada llena de preocupación- le he prometido a Algie que trataré de olvidar. Estoy decidida a disfrutar al máximo de esta nueva experiencia y, por el momento, está resultando maravillosa. Algie es un magnífico guía. ¡Conoce tan bien las antigüedades!

- El amor de hermana le hace exagerar -dijo Smith con una modesta tosecilla-. Pero puedo asegurarles que soy un ferviente aficionado. Mi primera visita a Luxor despertó mi interés… Tal vez ustedes me puedan hacer el honor de recordar nuestro encuentro aquella vez…

Se quedó mirando a Ramsés y Nefret.

- Perfectamente -replicó mi hijo.

Nefret, cuyos labios formaban en aquel momento una línea casi tan estrecha como la de Smith, no dijo nada.

- Ustedes tendrán que irse a cenar y no queremos retenerlos más -dije-. Ha sido un placer conocerla, señora Bayes. Espero que disfrute del resto de su estancia.

- ¿No cenan ustedes aquí? -preguntó la dama con ingenuidad.

- No -dije y cogí el brazo de Emerson-. Buenas noches.

Conduje a nuestro pequeño grupo fuera del hotel.

- ¿Y qué pasa ahora con Carter? -preguntó Ramsés.

- Me sorprendería mucho que estuviera ahí dentro. Fue Smith quien envió el mensaje.

- Me pregunto qué es lo que quiere -murmuró Nefret, quien se había cogido con fuerza del brazo de Ramsés-. Si piensa que puede…

- Ahora no, Nefret -dije con firmeza.

- ¿Adónde vamos? -preguntó Emerson-. Yo quiero cenar.

- Creo que en el Luxor nos darán de cenar. Deberíamos tener una pequeña conversación antes de que Smith vuelva a dar con

nosotros.

Emerson fue apartando a los carruajes que nos ofrecían sus servicios. Del Winter Palace al Luxor apenas hay un corto paseo y la noche era maravillosa: el aire era fresco y el cielo estaba cuajado de estrellas. El perfume del jazmín, que hacía eclosión durante la noche, trataba (en vano) de contrarrestar el resto de los olores de la ciudad, pero incluso estos no carecían por completo de encanto: el olor de las cocinas, o el de los excrementos de camello, o el de los burros, camellos y humanos que llevaban algún tiempo sin lavarse.

Cuando llegamos al hotel, nos acogieron encantados y nos dieron una de las mejores mesas del comedor. Tras consultarlo con Ramsés, Emerson pidió una botella de vino y, haciendo a un lado su plato, puso ambos codos sobre la mesa, costumbre que yo había tratado de erradicar durante mucho tiempo, teniéndome que dar finalmente por vencida.

- Crees que nos seguirá hasta aquí, ¿verdad? -preguntó.

- Sí. ¿Qué otra razón, si no, podía haberle traído hasta I.uxor?

- Puede que una inocente -intervino Ramsés-. ¿Cree que esa dama es realmente su hermana?

- Es posible -le contesté en tanto que estudiaba el menú-. Los hombres como él no tienen ningún tipo de escrúpulo en valerse de las relaciones personales para sus propios fines. De hecho, fue su presencia la que evitó que tu padre se mostrara más rudo. Creo que empezaré con una sopa de lentejas. Aquí la hacen muy bien. ¿Nefret?

- Me da igual. Madre, ¿cómo puede pensar ahora en la comida cuando sabe que ese bastar… que ese hombre anda de nuevo tras Ramsés?

- No conseguirá que haga lo que no quiero hacer -dijo Ramsés, con un tono algo cortante-. Te estás enfureciendo por nada, Nefret. Nada de lo que me puedan decir me hará cambiar de opinión.

- ¡Maldita sea! -exclamó Emerson-. ¿Para quién demonios trabaja? Nunca conseguiré recordar todos esos departamentos, oficinas y agencias. Aunque la verdad es que tampoco me preocupo por hacerlo-añadió.

- Nadie lo consigue -dijo Ramsés con una sonrisa irónica-. Tiempo atrás, había cuatro grupos distintos de inteligencia y policía. Creo que han sido reorganizados, pero sigue existiendo

bastante rivalidad entre la rama civil, que depende del alto comisionado y del Ministerio de Asuntos Exteriores, y las ramas militares, que se encuentran bajo la supervisión del comandante en jefe en El Cairo, el general Murray. El almirantazgo tiene su propio grupo, o lo tuvo. Solo Dios sabe a cuál de ellos pertenece Smith.

- Me importa un comino saber a cuál pertenece -declaró Nefret-, lo que quiero es que no te haga entrar en él.

Sentí la tentación de intervenir: había alzado el tono de voz y Ramsés tenía los ojos entrecerrados, señal inequívoca de que estaba perdiendo la paciencia. Considerando los apuros en los que solemos meternos, incluida Nefret, aquel temor casi histérico hacia aquel peligro en particular podía parecer exagerado, pero yo podía entenderla. En el resto de nuestras aventuras habíamos trabajado en familia. Bueno… al menos la mayor parte del tiempo. En un caso así, Ramsés se encontraría solo frente a cualquier posible enemigo. Me dije a mí misma que eran ellos los que debían resolverlo; no tenía ningún derecho a intervenir… hasta que fuera necesario.

- Al infierno con Smith, ¿eh? -dijo Emerson, cuyo afecto paternal le había hecho fruncir el entrecejo.

Mi marido es un sentimental incorregible que detesta ver reñir a los chicos mientras que yo, que conozco mejor el corazón humano, considero que esas pequeñas disputas son naturales y hasta saludables. En aquella ocasión, su observación tuvo el efecto deseado. Las arrugas de preocupación desaparecieron del rostro de Nefret y esta le sonrió afectuosa.

- Tiene razón, padre. Bebamos por ello. ¡Al infierno con el señor Smith!

Este tuvo la suficiente consideración de permitir que finalizáramos en paz nuestra cena. El camarero se mostraba nervioso, esperando para poder retirar nuestros platos, cuando por fin se acercó. La dama no iba con él.

- ¿Me permiten que los invite a un licor o a una copa de coñac?- preguntó.

- No quiero ningún condenado coñac-respondió Emerson enrojeciendo-. Ni mantener una conversación con usted.

- En cambio, creo que será mejor que lo haga, profesor.

La cara de Emerson se iluminó.

- ¿Es una amenaza? -preguntó esperanzado.

En cierta ocasión me había parecido poder observar en Smith los atisbos de un cierto sentido del humor. Risueño, entornó los ojos y sacudió la cabeza con énfasis.

- Dios mío, no. Amenazarle a usted sería como provocar a un tigre. No obstante, estoy seguro de que querrán escuchar lo que tengo que decirles y, si estoy equivocado…, bueno… pueden tomar las medidas que consideren oportunas. ¿Puedo sentarme?

- Oh, supongo que sí-gruñó Emerson-. Basta con que sea rápido. Imagino que necesita a Ramsés para otro desagradable trabajo. Mi hijo ya se ha negado. ¿Qué es lo que le hace pensar que puede hacerle cambiar de opinión?

- Lo necesitamos -dijo Smith con calma-. Y creo que cambiará de opinión.

Nefret tomó la mano de Ramsés y él la miró con el rabillo del ojo. A pesar de que su rostro impasible no se había alterado, supe que no había entendido el gesto y que este lo había ofendido. Nefret no trataba de ser posesiva, tenía miedo: el pánico irracional de una niña que tiende la mano en una habitación oscura para encontrar consuelo.

- Lo hará -continuó Smith-, porque no querrá ver a un buen amigo enfrentarse a un pelotón de fusilamiento. Alguien más cercano que un amigo: un pariente.

Estaba claro a quién se refería. Nefret palideció y Emerson enrojeció.

- ¡No digas nada, Emerson! -exclamé-. Que nadie hable hasta que nos haya explicado lo que quiere decir.

- Saben *a quién* me refiero -dijo Smith con una aviesa sonrisa de satisfacción que yo recordaba tan bien-. Nos ha traicionado; se ha pasado al enemigo.

*DEL MANUSCRITO H:*

Nefret había tratado de convencerse a sí misma de que no había razón para tener miedo: Ramsés le había dado su palabra y no faltaría a ella pero, a pesar de todo, perfectamente consciente de las emociones que su marido conseguía ocultar a todos menos a ella, la joven podía sentir cómo crecían en él la inquietud y el sentimiento de culpa al continuar con su trabajo mientras sus amigos y familiares luchaban y morían en la guerra. No era necesario luchar, podía ofrecer sus extraordinarias cualidades sin violar por ello sus

principios pacifistas y, además, si había algo que no podía soportar era ver cómo ella, sus padres o cualquier amigo corrían peligro. No resultaba fácil clasificar a un individuo tan enigmático y excéntrico como el medio hermano de Emerson pero, amigo o enemigo -durante años había sido ambas cosas-, estaban en deuda con él.

En aquel momento, el rostro bronceado de Emerson era casi tan inexpresivo como el de su hijo y, al hablar, lo hizo con un suave ronroneo.

- Es mentira.

Smith se inclinó hacia delante. -En ese caso, demuéstrelo.

- Creí que era a Ramsés a quien quería -musitó Emerson sin cambiar el tono de voz.

- Y así es. ¿Me permite que se lo explique?

- Será mejor que lo haga -dijo Emerson-. Peabody, querida, ¿te apetece un whisky con soda?

Nefret nunca había estado muy segura sobre lo que sentía su suegra hacia el hombre que la había perseguido con tanto ardor durante todos aquellos años, pero ahora resultaba evidente que le importaba lo bastante como para que aquella acusación la ofendiese. Sus ojos grises brillaban con una dureza casi metálica.

- No -dijo-. Gracias. ¿Cómo lo descubrió, señor Smith?

- ¿Cómo descubrí el qué?

Ella era lo suficientemente inteligente como para no caer en la trampa confesando.

- Lo que sabe.

Smith asintió con la cabeza, admirándola a su pesar.

- Si se refiere a lo que sé sobre… mmm… la relación que existe entre ustedes y el sujeto en cuestión, yo… esto… Por favor, señora Emerson, ¿desea beber alguna cosa?

- No. La noche en la que nosotros mismos tuvimos conocimiento de esa relación había mucha gente presente -prosiguió ella pensativa-. Militares. Puede que uno de ellos escuchara nuestra conversación y se la refiriera a usted, ¿me equivoco?

- Tan solo unas pocas palabras; suficientes, sin embargo, para despertar su curiosidad. Luego, con el tiempo, esas mismas palabras llegaron hasta mí y despertaron la mía. A mi colega en Inglaterra le llevó algún tiempo encontrar las pruebas: certificados de nacimiento y muerte, documentos que prueban determinadas

transferencias financieras…, creo que conocen ya el procedimiento. No se lo he dicho a nadie, señora Emerson.

- Lo imagino: usted atesora la información como si fueran monedas y únicamente paga con ellas cuando tiene algo que ganar -fue la furiosa respuesta-. No espere que le agradezcamos su discreción.

- No importa, madre -dijo Ramsés-. Esa no es ahora la cuestión. Ha ganado el primer asalto. Tal vez deberíamos dejarle que nos explique el resto.

Era una historia irrecusable. Algunas semanas antes, un hombre que se daba a conocer a sí mismo como Ismail Pachá, hizo su aparición en Constantinopla. La noticia no tardó en correrse entre los creyentes: Ismail Pacha había sido un infiel en el pasado, un alto miembro del servicio secreto inglés que había acabado por convertirse a la verdadera fe y a la causa justa. Había sido visto en público con oficiales alemanes y también con Enver y con otros miembros del triunvirato en el poder, ricamente vestido y lleno de joyas que producían un auténtico tintineo metálico. Había acudido a las mezquitas a rezar y en dos ocasiones se había dirigido a la multitud con una elocuencia tal que la hizo ponerse de rodillas. ¡Solo un santo podría conocer de ese modo las palabras del profeta!

Poco tiempo después, uno de los agentes británicos fue capturado y ejecutado. Solo la suerte ayudó a escapar al resto de su grupo. Sethos era uno de los pocos que los conocía, ya que había sido enviado a Constantinopla para encontrarse con ellos.

- Eso no prueba nada -declaró Emerson.

- No -asintió Smith-. Sin embargo, no se ha vuelto a saber nada de él desde entonces y los intentos de contactar con él a través de los canales habituales han quedado sin respuesta. El nombre que adoptó es, por otra parte, interesante, ¿no les parece?

- Ismail es un nombre muy corriente.

- El nombre del hijo que Abraham tuvo con su sirvienta Agar, que fue expulsado al desierto para evitar que pusiera en peligro la posición del hijo legítimo del patriarca-dijo Smith mientras sus labios se curvaban en una cínica sonrisa-. «Su mano se alzará contra los hombres y estos alzarán sus manos contra él.»

- Creo que conozco mejor las Sagradas Escrituras que usted-dijo con desdén la suegra de Nefret-. Dios salvó a Ismael y lo bendijo, y

prometió que sería… esto… fructífero.

- Maldita sea, Peabody, ¿quieres dejar de hablar sobre la Biblia?- Emerson hacía esfuerzos por no echarse a gritar pero las palabras se le agolpaban en la boca con el retumbar de un trueno distante-. Usted dijo que nos lo demostraría, ¿cómo?

- ¿No le parece obvio? -Smith sabía que había ganado. Se reclinó en su silla-. Ismail Pacha está ahora en Gaza. Encuéntrelo. Usted puede saber si es el hombre que creemos que es o no. Si es el hombre justo, nos podrá decir si lo han hecho prisionero o si lo están torturando, en cuyo caso podremos tomar las medidas oportunas para liberarlo… a menos que quiera hacer el trabajo usted solo.

- Pero eso es casi imposible -dijo Emerson-. Incluso para nosotros.

- No me ha entendido, profesor. Ese es el problema que tiene el inglés, no es lo bastante preciso con los pronombres.

- Entonces -dijo Emerson, tras, un instante de silencio-, lo que quiere es que sea Ramsés el que lo busque. Solo.

- Es la único manera, profesor. No creo que considere factible la posibilidad de que ustedes cuatro crucen la frontera disfrazados. Individualmente son ya perfectamente reconocibles, pero en grupo no dejarían lugar a error. Este es un trabajo para una sola persona y solo hay un hombre que pueda mantener un disfraz convincente durante el tiempo necesario para realizarlo.

Todos miraban a Ramsés, esperando a que dijera algo; hasta Emerson, que había estado a punto de responder acaloradamente, se quedó callado, aunque tal vez fuera solamente a causa de la patada de advertencia que le dio su mujer por debajo de la mesa. Ramsés volvió la cabeza, encontrando los ojos de Nefret.

Habían hablado sobre ello muchas veces; su esposa no había dejado de exigirle promesas que la tranquilizaran, mientras él se sentía cada vez más ofendido porque ella no acababa de aceptar su palabra. No era necesario añadir nada más; ella sabía lo que él quería hacer, lo que él sentía que debía hacer, y sabía también que la decisión era suya.

Sabía asimismo cómo retenerlo: unas cuantas frases, unas pocas palabras… Soltó su mano; sus dedos dejaron sobre ella unas marcas blancas.

- Siempre me ha parecido que Ismail fue tratado injustamente - dijo, moldeando sus palabras con cuidado para evitar que le temblara la voz-. Dios no intervendrá en esta ocasión, de manera que… de manera que alguien tiene que hacerlo.

# Segunda Parte

*ENTRADA EN GAZA*

# Capítulo 9

Llegamos a El Cairo en una mañana brumosa y gris. La ciudad estaba cubierta de niebla y no se movía ni una brizna de aire. El sentimiento de opresión no era solo físico. Habíamos dejado a nuestros amigos enfrentados al dolor de Jumana y a la frustración de Cyrus, a quien las enigmáticas palabras de Jamil estaban a punto de volver loco. Antes de marcharnos, le había hecho jurar solemnemente que no se dedicaría a vagar solo por el desierto, buscando la tumba que el muchacho había encontrado. Me había dado su palabra, pero con las manos detrás de la espalda, por lo que no me sorprendería que hubiera cruzado los dedos al hacerlo. A pesar de que Katherine no dijo nada, estaba segura de que me reprochaba que la dejara sola en tales circunstancias.

Emerson me había señalado que no hacía falta que abandonara a mi amiga. No solo no era necesario que fuera a El Cairo, sino más bien al contrario, mi presencia allí no haría sino añadir dificultades innecesarias a una situación ya de por sí complicada. A fin de cuentas quien había sido citado era…

- Ramsés -dije interrumpiendo su perorata con la habilidad que da la larga experiencia-. A ti tampoco te convocaron.

- Si crees -declaró Emerson alzando el tono de voz- que voy a permitir que el muchacho acuda a enfrentarse solo a esa manada de lobos del Ministerio de la Guerra…

- Eso es, precisamente, lo mismo que siento yo -dije.

Al oír mis últimas palabras, Emerson soltó una carcajada y me atrajo para estrecharme en sus brazos.

- Peabody, cuando alzas la barbilla de ese modo y me diriges una de tus miradas de acero, sé que puedo dar la discusión por

perdida.

- Querías que fuera contigo, admítelo.

- Mmm -dijo Emerson apretando sus labios contra los míos.

Tras tomar el tren nocturno, fuimos directamente al Shepheard. El *sufrayi* que estaba de servicio nos saludó con la atención que unos antiguos clientes como nosotros merecíamos y nos preguntó qué era lo que podía hacer por nosotros.

- El desayuno- dije, mientras mi marido se quitaba diversas prendas de vestir y las iba arrojando por toda la habitación. En un principio, Emerson no quería quedarse a pasar la noche, pero hasta él tuvo que admitir que no podíamos rechazar aquella petición con la misma brusquedad que habíamos empleado con los anteriores intentos del Ministerio de la Guerra de volver a poner en servicio a Ramsés, ni coger el primer tren de regreso a Luxor.

- Bajo ningún concepto -dijo Ramsés-. Smith no nos dijo mucho, pero no habría venido a buscarme si, más o menos, no supiera ya cómo localizarlo. Tenemos que tratar de encontrarlo, padre. En el caso de que lo hayan hecho prisionero…

- ¿En el caso de qué? -exclamó Emerson-. ¿Tú también crees que es un renegado y un traidor?

Hubo un tiempo en el que el ceño amenazador de su padre habría conseguido hacer callar a Ramsés. Ahora, en cambio, el muchacho se enfrentó sin dudarlo a aquellas órbitas azules entrecerradas con una leve sonrisa.

- Es extraño oír cómo lo defiende, padre. ¡No, por Dios, yo tampoco lo creo!, pero hay que reconocer que ese hombre es todo un enigma: resentido, cínico e impredecible.

- Mmm -dijo Emerson-. Bueno, cuanto antes sepamos lo que Murray tiene que decirnos, mejor. ¿Vamos?

- ¿El general Murray? -repetí-. ¿Qué tiene que ver él en todo esto? Ni tan siquiera te has citado con él.

- Ya conoces mi sistema, Peabody: ir directamente a la cúspide, pasando por alto a los subordinados. No le quedará más remedio que recibirme siempre que yo lo quiera -dijo Emerson-. ¿Estás listo, Ramsés?

Si hubiera pensado que existía la más mínima posibilidad de que el general permitiera que tanto yo como Nefret tomáramos parte en la discusión, habría insistido en que me dejaran acompañarlos. Los

hombres tienen una visión muy limitada de las mujeres y los militares son aún peores.

Le tendí a Emerson su chaqueta, ya que si no habría sido capaz de salir en mangas de camisa, y le ayudé para que se la pusiera.

- Volved directamente aquí -les ordené.

- Mmm -dijo Emerson.

- Sí, por supuesto -replicó Ramsés, sonriendo a Nefret.

*DEL MANUSCRITO H:*

Murray les hizo esperar durante media hora. Teniendo en cuenta que era una persona muy ocupada y que no los esperaba, no fue demasiado, pero Emerson se lo tomó como una afrenta personal, por lo que cuando finalmente les hicieron entrar en la oficina del general estaba muy irritado y mostró sus sentimientos con su franqueza habitual.

- ¿Qué demonios pretende haciéndonos esperar todo este tiempo? Ha sido ya un maldito fastidio tener que venir hasta aquí precisamente ahora. Espero que tenga una buena razón para haber interrumpido nuestro trabajo.

Murray estaba perdiendo el pelo. La amplitud de su frente añadía longitud a un rostro de rasgos severos. Sin embargo, la boca que asomaba bajo el bigote grisáceo y cuidado con esmero se contrajo ligeramente al oír las palabras de Emerson. Ramsés había oído que Murray había sufrido una crisis nerviosa en 1915, después de servir como jefe del Estado Mayor para la Fuerza Expedicionaria Británica. Un encuentro con Emerson no iba a resultar demasiado bueno para sus nervios.

- Yo no le pedí que viniera, profesor -dijo con frialdad.

La oficina estaba confortablemente amueblada, de forma casi lujosa, con hondos sillones de cuero y alfombras orientales. Desde el amplio ventanal que se encontraba tras la mesa de trabajo, se podían contemplar las palmeras y los jardines. La niebla se había levantado: iba a ser un bonito día.

- ¿No? -Emerson se sentó y sacó su pipa-. Bueno, si no fue usted, tuvo que ser uno de sus esbirros y usted debería saberlo. Si no, ¿qué clase de administrador es usted?

Murray empezó a revolver en los papeles que tenía sobre su mesa. La táctica de Emerson era brutal pero efectiva: al general le temblaban las manos de cólera.

No podía intimidar a un civil como si fuera uno de sus subordinados, especialmente cuando se trataba de una eminencia como Emerson, pero… ¡cuánto le habría gustado hacerlo! Tras lanzar unos cuantos resoplidos, extrajo un papel del montón, lo examinó y llamó a uno de sus ayudantes. Se produjo entonces una conversación entre susurros. Ramsés, que gozaba de un oído excelente, captó apenas unas cuantas palabras: «… no sé qué demonios cree que está haciendo…».

- ¿No les enseñó su madre que es de mala educación hablar en voz baja cuando hay otras personas presentes? -preguntó Emerson mientras arrojaba una cerilla apagada al suelo.

La tez de Murray era la de un hombre que pasa la mayor parte del tiempo sin salir; sus pálidas mejillas enrojecieron.

- Profesor Emerson, yo no le pedí que viniera a hablar conmigo pero, ya que está aquí, le dedicaré unos minutos para recalcarle la gravedad de la situación. A partir de ahora, ustedes estarán bajo las órdenes de otra persona.

«Oh, Dios mío», pensó Ramsés, «¿es que este hombre es realmente idiota o será acaso que no ha oído hablar de nuestro padre?». La última frase tuvo el efecto que había imaginado. Entornando los ojos, Emerson empezó a hablar con el suave ronroneo que las personas que lo conocían bien habían aprendido a temer tanto.

- Mi hijo no acepta otras órdenes que no sean las mías, general, y en cuanto a mí, tampoco las acepto de nadie… que no sea él.

La mandíbula de Ramsés se descolgó. Su padre le había mostrado su respeto en alguna que otra ocasión -causándole un enorme asombro-, pero esta era la primera vez que le hacía un cumplido como aquél.

- Siempre y cuando la situación lo requiera -añadió Emerson-. Creo que podemos irnos, Ramsés.

La puerta se abrió. Murray apartó sus ojos saltones de ellos, dejándolos caer sobre el recién llegado. No era Smith, sino Cartright.

- ¿Por qué no me dijo que iban a venir? -le preguntó el general.

- No lo sabía, señor. La última vez que tuve noticias de ellos fue cuando recibí el telegrama en el que me decían que no podían ayudarme, tal y como les había pedido. Había pensado ir en

persona a Luxor en los próximos días.

Ramsés captó la mirada de extrañeza de su padre. Era evidente que a Emerson le había asaltado la misma duda. Si no sabían nada sobre la visita de Smith, no iba a ser él quien se lo revelara. Sacudió ligeramente la cabeza, en tanto que Emerson se arrellanaba de nuevo en su sillón.

- Entonces -ronroneó-, ¿es esta la persona que nos tiene que dar las órdenes?

- Creo que nos ha entendido mal, profesor-se apresuró a decir Cartright-. Le estamos pidiendo su ayuda, no se la estamos exigiendo.

- Es verdad que dijo «por favor» -le recordó Ramsés a su padre-. Tal vez deberíamos escuchar lo que nos tiene que decir.

* * *

Emerson entró dando zancadas en la habitación, se arrojó sobre una silla y sacó su pipa. Nefret había liberado los dedos del yeso y desde entonces usaba ya ambas manos, desoyendo por completo su consejo y mis órdenes. El peso de la escayola no parecía estorbarle en lo más mínimo. Procedió a aplastar el tabaco en el interior de la pipa, ensuciando mucho más de lo que solía tener por costumbre. Ramsés llegó detrás de él, con una expresión inescrutable en el rostro. Ese aire reservado, propio de un «faraón de piedra», era su modo habitual de reaccionar a las malas noticias, al igual que, en el caso de su padre, lo era la furia mal reprimida.

- ¿Y bien?-pregunté-. ¿Qué ha sucedido?

Los rasgos de Ramsés se relajaron al sonreír.

- Mi padre amenazó con golpear al general Murray en la mandíbula.

- Ah -dije-. Bueno, era lo menos que se podía esperar el general si de verdad acusó a tu… a Sethos de ser un traidor.

- Bastardo -masculló Emerson con la pipa en la boca.

Yo sabía que no se estaba refiriendo a su hermano.

- Deja de maldecir y cuéntame lo que os ha revelado.

- Maldeciré si quiero -dijo Emerson malhumorado-. Murray sería capaz de hacer perder la fe hasta a una monja.

Nefret tendió la mano a Ramsés. Este se acercó a ella y se la cogió.

- Será mejor que deje que sea yo el que lo cuente, padre. Parece

ser que hubo un malentendido. Murray no nos esperaba y no pareció tampoco muy contento de vernos por allí. Estaba al corriente del asunto, pero si le hubiéramos pedido una cita siguiendo los cauces normales, la solicitud habría pasado al jefe de Estado Mayor quien, a su vez, se la habría pasado al jefe del servició de inteligencia militar de El Cairo, que es…

- ¡Boisdragon-Bracegirdle!-exclamé.

- No, madre. Un viejo conocido mío: el antes capitán y ahora mayor Cartright.

- Es extraordinario. ¿Fue entonces por eso por lo que te mandó ese telegrama tan brusco? Entonces, ¿qué es lo que tiene que ver Brace… (¡maldita sea, Smith!) en todo esto?

- No lo sé ni tampoco se lo pregunté -dijo Ramsés-. Hay algo extraño en todo este asunto, y en tanto no consigamos entenderlo, cuanto menos hablemos, mejor. Puede que se trate tan solo de una cuestión de celos entre los distintos servicios; esas rivalidades han llegado a causar más problemas que el mismo enemigo.

- ¿Qué sabe Murray?-pregunté.

Emerson seguía murmurando maldiciones, por lo que fue Ramsés el que contestó a la pregunta.

- No se refirió en ningún momento a nuestra relación con Sethos. Smith podría haberles contado la verdad. Saben que me he encontrado alguna que otra vez con él y que he tenido mucho tiempo para poder observarlo con todo detalle. Fue Cartright el que convenció a Murray de que yo era el hombre más adecuado para buscarlo. Han tenido problemas para hacer entrar y salir a sus agentes del territorio turco; Ninguno de los suyos puede hacerse pasar por un árabe y la gente del lugar que han reclutado ni es de confianza ni está lo suficientemente entrenada para hacerlo.

Finalmente, Emerson había conseguido controlarse.

- Son un manojo de incompetentes -declaró-. Hay veces que la información sobre los movimientos de los turcos, tarda semanas en llegar hasta ellos a través de los canales indirectos que suelen emplear. No obstante, las noticias sobre Sethos les llegaron algo más deprisa. Sugerí a Murray que, tal vez, lo habían hecho prisionero y que no era un traidor, pero ese canalla de Murray…

- Fue entonces cuando nuestro padre trató de golpearlo -dijo Ramsés con una sonrisa-. Cartright nos sacó a toda prisa de la

oficina del general.

- ¡No puedo creer que Sethos pasara información de importancia vital por propia voluntad! -exclamé.

La voz de Emerson llegó hasta nosotros desde detrás de una nube de humo nauseabundo.

- Las alternativas no son mucho más agradables, querida.

- ¿Alternativas? Solo sé me ocurre una. -Me levanté y me dirigí hacia la ventana, donde el aire no era tan denso-. Emerson, esa pipa…

- Me calma los nervios, Peabody. No obstante, haría lo que fuera con tal de agradarte. -Con unos cuantos golpes, hizo caer el contenido de la pipa en un recipiente, haciendo volar algunas chispas-. La tortura es una posibilidad, desde luego, pero no veo cómo podrían mostrarlo luego herido en público. Hay otros medios de hacer hablar una persona. ¿Estáis seguros de que Margaret Minton está en Francia?

- ¡Qué idea tan espantosa! -grité-. ¡Cómo puede habérseles ocurrido a esos canallas amenazarle con hacer daño a la mujer que ama!

- Es una técnica frecuente, no solo en el servicio, sino también en la ficción popular -dijo Ramsés.

- Te ruego, Ramsés, que procures refrenar tus inadecuados intentos de resultar divertido. Intentaré averiguar el actual paradero de Margaret lo antes posible.

- Perdone, madre -dijo Ramsés, quien sostenía todavía la mano de Nefret en la suya y le acariciaba con delicadeza la muñeca-. Esas averiguaciones podrían llevar mucho tiempo y resultar infructuosas. Tan solo hay un medio seguro de saber la verdad. Ismail Pachá está ahora en Gaza: iré allí para tratar de encontrarlo.

Pude sentir cómo se avecinaba un desastre en la boca de mi estómago.

- No lo apruebo en absoluto, Ramsés. El enemigo te conoce demasiado bien. Deja que envíen a otro.

- Debo ir yo, madre. No puedo consentir que lo haga cualquier otro. Sé que no lo puede entender. -Dejó de mirarme para volverse hacia su mujer; en la cara de Nefret se podía leer el mismo creciente horror que yo misma sentía.

- Te han ordenado que lo mates -susurró-. ¿Es eso?

- Así es como se desarrolla el Gran Juego. -La voz de Ramsés era dura y su expresión reservada-. Asesinato, fraude, corrupción… nada se considera demasiado infame con tal de que sea patriótico. Poco importa que sea culpable o que se encuentre retenido, podría dejar escapar informaciones vitales. Cartright no me dirá de qué se trata, pero resulta obvio que es lo suficientemente importante como para convertirlo en un hombre peligroso.

Carraspeé.

- Y tú aceptaste, por supuesto.

Ramsés se acercó a mí caminando a grandes zancadas, y se inclinó para darme un beso en la mejilla. Viniendo de él, era un gesto algo raro, pero yo lo consideré como el cumplido que en realidad quería ser.

- Lo habría hecho, madre, si hubiera pensado que me podían creer. Murray lo haría: es incapaz de imaginarse que alguien pueda atreverse a desoír sus órdenes y, además, no sabe que el hombre que quiere que asesine es mi tío. Aunque tampoco creo que este pequeño detalle le pudiera molestar demasiado.

- Si tu mano te ofende, córtala -murmuré.

Debería saber ya que es mejor no citar las Escrituras cuando Emerson se encuentra todavía de un humor infame. Frunció el ceño, pero antes de que pudiera ponerse a bramar, Ramsés empezó a hablar de nuevo.

- Cartright me conoce lo bastante como para saber que yo rechazaría el asesinato, de modo que llegamos a un acuerdo. Echaré un vistazo a Ismail Pacha para comprobar si se trata o no de Sethos y si está siendo utilizado por los turcos contra su voluntad.

- Eso es algo casi imposible -comenté.

- La primera parte no debería resultar demasiado difícil. Lo más probable es que se muestre en público tal y como hizo en Constantinopla. Solo espero que no haya alterado su apariencia tanto que no pueda reconocerlo.

- Y en ese caso, ¿qué harías? -preguntó Nefret.

Ramsés se encogió de hombros.

- Uno no puede hacer demasiados planes cuando se enfrenta a tantas incógnitas. De momento, lo único que pretendo es llevar a cabo un reconocimiento preliminar. Según lo que averigüe, si es que llego a averiguar algo, decidiré lo que puedo hacer a continuación.

- ¿Podrás entrar y salir de la ciudad sin ser descubierto? -pregunté haciendo lo posible por ocultar mi preocupación.

- Oh, creo que sí. El problema es que Cartright insiste en que alguien me acompañe.

- Siendo dos, es más seguro -dijo Nefret esperanzada. '

- No cuando uno de los dos sigue siendo casi un niño -gruñó Emerson-. Es guapo, joven, habla un árabe de manual y la perspectiva de jugar a los espías lo excita tanto que hasta le hace tartamudear… -Emerson recapituló con un enfático «¡Maldición!», tras lo cual, volvió a empezar a llenar su pipa.

- No puede ser tan terrible -protestó Nefret.

- ¡Ja! ¿Os acordáis del teniente Chetwode?

- Oh, querido -dije-. ¿No será ese joven ingenuo y con cara de niño que vino a Deir el Medina con Cartright?

- Cartright asegura que es su mejor hombre -dijo Ramsés-. Debe de ser más mayor y menos ingenuo de lo que parece, ya que ha estado en el servicio de inteligencia durante más de dos años.

- ¿Haciendo qué? -preguntó Nefret-. ¿Sentado en una oficina redactando informes?

- ¿Y qué más da? -dijo Emerson-. Su misión no es ayudar a Ramsés, sino asegurarse de que hace lo que dijo que haría. Ese bastardo de Cartright no confía en él.

Nefret dejó escapar una palabrota de indignación.

- Lo cierto es que tiene una mente sucia y endiabladamente suspicaz -dije yo, juiciosa-. Una persona prudente, y ese no es el caso de Ramsés, se pondría salvo, escondiéndose durante unos cuantos días e informando después de que Ismail Pachá no era el hombre que andaban buscando. Tal vez, si pudiera intercambiar unas palabras con el general Murray…

- No, madre -dijo Ramsés con educación, aunque también con firmeza-. Si no hubiera aceptado que Chetwode viniera conmigo, no habría aprobado el plan. Es un muchacho agradable y algo menos inepto de lo que nuestro padre lo describe. Todo irá bien.

- ¡Cada vez que dices eso sucede algo desastroso! -exclamé.

- Vamos, madre, no exagere; cada vez no.

A pesar de que su amplia y despreocupada sonrisa indicaba que había vuelto a ser el de siempre, mi sexto sentido de madre me decía que nos estaba ocultando algo.

- ¿Qué otras órdenes te han dado? -pregunté.

Emerson que hasta ese momento había estado absorto en sus pensamientos, alzó la vista.

- Oh, no muchas -dijo, sarcástico-: efectuar el reconocimiento de la defensa turca, buscar sus puntos débiles y, a la vez, tantear al gobernador para ver si estaría dispuesto a aceptar un soborno.

- No empiece, madre. No tengo ninguna intención de hacer nada de todo eso -se apresuró a decir Ramsés-. Los tipos que se ocupan de este asunto siguen pensando que «Johnny el Turco» es un auténtico cobarde. En cambio, usted cree que tendrían que haber aprendido la lección después de Rafah y Gallipoli.

- A los militares les cuesta bastante aceptar las nuevas ideas- asentí-. ¿Están planeando realizar un ataque directo sobre Gaza?

- Todavía no me he ganado su confianza -respondió Ramsés secamente-. Sobornaría al gobernador si pudiera. Con ello se salvarían numerosas vidas.

- No puedes -dijo Emerson categórico-. De todos modos, el que se encuentra al mando de la defensa de Gaza; es von Kressenstein. Sería capaz de disparar sobre ti si intentaras sobornarlo. Limítate a tu principal objetivo, muchacho, y escapa de Gaza lo antes que puedas.

- Sí, señor-dijo Ramsés.

- ¿Cuándo, te marchas? -preguntó Nefret con firmeza.

- Tardaré un poco en realizar los preparativos necesarios -dijo Ramsés. Nefret lo miró con aire de reproche, pero él prosiguió-: No estoy tratando de ser evasivo, querida. Antes de decidir cuál es el mejor medio de entrar en la ciudad tengo que saber todo lo posible sobre nuestra posición actual en el sur de Palestina. Después está el pequeño problema del transporte. Hemos hecho llegar el ferrocarril hasta Rafah, pero la mayor parte del tráfico es militar: si intento hacerme pasar por un oficial británico me veré obligado a aceptar las órdenes de gente que desconoce mi identidad o a permitir que demasiados militares conozcan el secreto. Ni tan siquiera Cartright debe saber cuáles son mis planes, por eso he rechazado cortésmente algunas de sus sugerencias.

- ¿No confías en él?-pregunté.

Inquieto, Ramsés empezó a pasearse arriba y abajo de la habitación.

- No me fío de ninguno de esos bas… de ellos. Todavía no sé cómo encaja Bracegirdle-Boisdragon en todo esto; no ha vuelto a intentar ponerse en contacto con nosotros y cuando, con gran delicadeza, le pregunté a Cartright por él, me respondió con hostilidad que las órdenes me las daba él y nadie más.

- Tal y como dije, se trata de la acostumbrada rivalidad entre servicios -dijo Emerson esbozando una sonrisa-. Mantienen más cosas en secreto entre ellos de las que tratan de ocultar al enemigo.

Ramsés Se encogió de hombros. No tenía nada más que decir al respecto.

- ¿Qué es lo que les hace suponer que Sethos, si es que efectivamente se trata de él, se quedará en Gaza? - pregunté-. Ramsés, confío en que no tengas que salir corriendo a Constantinopla o Jerusalén para buscarlo.

- Incluso en el caso de que no se encuentre ya allí cuando yo llegue, se sabrá algo de él. Lo único que tendremos que hacer es esperar y ver.

A ninguno se nos escapaba que, en aquel momento, sí que estaba tratando de ser evasivo. No le faltaba razón: era imposible trazar un plan de antemano.

Durante los días siguientes, todos estuvimos muy ocupados con nuestros respectivos asuntos. Cediendo a mis ruegos, hicimos creer que nos encontrábamos en El Cairo por razones personales: unas cortas vacaciones lejos de la familia, la necesidad de llevar a cabo una breve investigación en el Museo… Cenamos fuera todas las noches en uno de los hoteles y tratamos de comportarnos del modo más despreocupado que nos resultó posible, a pesar de que Emerson gritó algo más de lo habitual a los camareros, nadie vio nada raro en ello.

Recuerdo una de aquellas noches con particular tristeza. Después de una excelente cena en el Shepheard, nos demoramos con el café mientras escuchábamos a la orquesta tocar una selección de canciones de *La viuda alegre*. Al oír los famosos compases del vals, Emerson abandonó el aire de introspección que le hacía fruncir el ceño y me pidió que bailara con él. Le hice notar que el baile no había empezado todavía. Cuando este por fin comenzó y varias parejas salieron a la pista, Emerson me lo volvió a pedir, pero entonces yo le hice notar que ya no se trataba de un vals. Era una

de las baladas que se habían hecho populares en los últimos años: el tipo de canción lleno de sentimentales referencias al amor, el deber y el sacrificio que Ramsés una vez había descrito como instrumentos del belicismo. Yo conocía aquella melodía muy bien. Nefret la había tocado; la noche en que nos comunicaron que nuestro amado sobrino Johnny había muerto en el campo de batalla.

Ramsés se levantó y ofreció su mano a Nefret. No sé qué fue lo que lo empujó a querer bailar al compás de aquella canción: tal vez el recuerdo de Johnny, quien había amado la música, la alegría y la risa; tal vez la repentina necesidad de tomarla entre sus brazos. En mi opinión, los nuevos bailes carecían de la belleza del vals, pero era indudable que ofrecían la oportunidad de estrecharse en un abrazo.

Verlos bailar juntos era siempre un placer: ambos se movían con idéntica elegancia, incluso en una pieza tan carente de gracia (en mi modesto parecer) como aquella. Nefret lucía un vestido de gasa azul pálido, estampado con pequeñas flores. Era una copia de uno de los vestidos favoritos de Ramsés que había usado hasta que, hecho jirones, hubo que tirarlo. Su falda se abría, flotando, cuando él le hacía dar vueltas.

El sentimental de mi marido carraspeó y me cogió la mano. Sobraban las palabras, ambos pensábamos en lo mismo: en Johnny, tan solo uno más entre los millones de valerosos muchachos que se habían perdido para siempre, y en otro joven, aún más querido si cabe, que estaba a punto de desaparecer en el oscuro infierno de la guerra. ¿Volveríamos a ver a nuestros hijos bailar juntos de nuevo?

- Sí-dije con firmeza.

Mi querido Emerson y yo sintonizamos tan profundamente (algunas veces) que no hizo falta añadir nada más. Emerson apretó mi mano.

- Sí -repitió-. ¿Cómo van tus preparativos, Peabody?

- Muy bien, ¿y los tuyos?

- Cuando llegue el momento, estaré preparado.

* * *

Ramsés entraba y salía a horas muy extrañas; cuando le preguntaba al respecto, se limitaba a decirme que estaba tanteando diversas fuentes de información. También pasaba mucho tiempo a

solas con Nefret. No los envidiaba por ello, pero una mañana, cuando nos encontrábamos a solas, no pude contenerme por más tiempo y le pregunté a Nefret si él le había contado algo que se suponía que yo no debía saber.

- Si hubiera prometido que no se lo diría a usted, no lo haría -me contestó, con una sonrisa que trataba de paliar el daño que pudieran haber hecho sus palabras-. Pero lo cierto es que no hay nada que contar.

- ¿Estás bien, Nefret?

- Sí, claro, ¿por qué lo pregunta?

- Te encuentro demasiado tranquila. Más que tranquila… serena. La mirada perdida…

- ¡Dios mío, madre! -Soltó una carcajada-. Es usted toda una artista con las palabras. A lo mejor me he vuelto fatalista. Si pudiera ir con él lo haría, pero empiezo a darme cuenta, ¡ya era hora!, de que gimiendo y pegándome a su lado lo único que consigo es que le resulte aún más duro. Hay ciertos peligros a los que uno se tiene que enfrentar solo.

- Es cierto -le dije pensativa-. De todos modos, no veo nada malo en tratar de minimizar el daño cuando uno puede.

- Está maquinando algo, ¿verdad?-me miró alarmada-. No me lo diga, madre, a menos que quiera que Ramsés también lo sepa. No nos ocultamos nada el uno al otro.

- Me parece muy bien pero, en ese caso, tal vez sea mejor que no te lo diga: lo único que conseguiría es preocuparle. No temas, querida, no haré nada que pueda ponerlo en peligro.

Seguí adelante con mis planes lo más rápido que pude, ya que sabía que Ramsés no nos advertiría de antemano de su partida. Y así fue, una tarde, a la hora del té, mi hijo nos anunció que estaba a punto de marcharse.

- Hay un nuevo grupo «voluntario» del Cuerpo de Trabajo que sale mañana. Iré con ellos hasta Rafah, donde me encontraré con Chetwode.

Al principio de la guerra, los británicos habían prometido a los egipcios que no les harían entrar en el conflicto. Como en tantos otros casos, no habían mantenido su promesa. Algunos de los desgraciados que integraban esa unidad eran, de verdad, voluntarios, pero la mayor parte de quienes lo componían habían

sido llamados al servicio por los magistrados locales para completar los cupos. No dudaba que Ramsés pudiera mezclarse con ellos sin problemas: para un hombre que se había hecho pasar con éxito por mendigo, camellero o derviche, el papel de campesino del Alto Egipto no debería de resultar muy difícil; sin embargo, como medio para llegar donde quería, me parecía algo incómodo. Me abstuve, sin embargo, de pedirle más explicaciones, ya que sabía que resultaría inútil.

- Ah -dije-. En ese caso, será mejor que empecemos a hacer las maletas.

Ramsés tenía que haber imaginado que sería imposible convencernos de que nos quedáramos en El Cairo, pero a pesar de ello lo intentó.

- Madre, ya hay demasiada gente al corriente de esta expedición que, en teoría, debería ser secreta. Ustedes tres, dirigiéndose resueltamente en dirección a Gaza, llamarían demasiado la atención. Son demasiado conocidos, especialmente mi padre.

- Bueno, pero iremos disfrazados -dijo Emerson.

Aunque a mi marido adora disfrazarse, apenas le permitimos que lo haga. Parecía tan encantado (sonreía de oreja a oreja y sus ojos azules resplandecían) que Ramsés no tuvo el valor de negárselo. En lugar de eso, me lanzó una mirada de reproche.

- Lo ha organizado usted, ¿verdad, madre? Nefret, ¿por qué no me has dicho nada?

- Ella no lo sabía-me apresuré a decir-. No le podía pedir que te ocultara un secreto, ¿no?

- Oh, Dios mío. -Su rostro parecía hasta entonces entre indignado e involuntariamente risueño pero, en aquel momento, el remordimiento remplazó a ambos sentimientos. Se acercó a Nefret y tomó sus manos-. Lo siento, cariño.

- Por una vez, tus excusas son adecuadas. -Nefret alzó los ojos y se lo quedó mirando con una sonrisa-. Las acepto. Nuestra madre me dijo tan solo que tenía la situación bajo control. No le pedí más detalles. Confié en ella y te sugiero que hagas lo mismo.

- No te preocupes, querido -dije yo alegremente-. Tu padre y yo lo hemos arreglado todo. Tu padre tiene un buen amigo en Khan Yunus…

- Por supuesto -dijo Ramsés con resignación-. Mahmud ibn

Rafid. ¿Hay algún lugar en Oriente Medio donde nuestro padre no tenga un «viejo y querido amigo»?

- No muchos -murmuró Emerson mientras fumaba-. Khan Yunus se encuentra a apenas unos dieciséis kilómetros de Gaza y Mahmud tiene allí una casa. -Soltó una risita-. Puede que cuando me dijo «mi casa es también la tuya» no estuviera hablando en sentido literal, pero no creo que se moleste si le tomo la palabra. Se ha visto obligado a huir a Damasco, de modo que no creo que haya ningún problema. Es un lugar bastante confortable. Creo que hasta a tu madre le gustará.

Lo dudaba mucho pero, dadas las circunstancias, habría estado dispuesta a instalarme en una cueva o en una tienda de campaña con tal de estar junto a Ramsés mientras este llevaba a cabo su peligrosa misión.

- Seguro -musité-. Emerson, supongo que habrás solucionado también las otras cosas de las que hablamos, ¿no? No hay nada que me guste menos que pasar el día a camello, pero no parece que haya otra alternativa.

- Ah, pero sí que la hay -dijo Emerson. Decir que parecía enormemente satisfecho de sí mismo no hubiera bastado para dar una idea exacta del sentimiento que iluminaba su rostro e hinchaba su pecho en aquellos momentos-. Te daré tres posibilidades, Peabody, adivina.

Me invadió un terrible presentimiento.

- Oh, no, Emerson. Por favor. No me digas…

- Sí, querida, he comprado un nuevo automóvil. -Esquivando mi expresión de aflicción; se volvió hacia Ramsés y le explicó-: Es un vehículo espléndido, muchacho, uno de los coches modelo T Ford Light que usan los militares. Tiene…

- ¿Cómo… esto… lo adquirió? -preguntó Ramsés.

- Ah, bueno, ya conoces mis métodos -dijo Emerson con una sonrisa.

- ¡Lo robaste!

- No. Bueno, no exactamente. Tiene…

- Sabes que no lo puedes conducir tú -lo interrumpí. Ese hecho tan obvio se me había ocurrido una vez superada mi inicial consternación y había contribuido bastante a que me volviera a animar-. Piensa en lo ridículo que resultarías al volante vestido con

turbante y caftán.

- Lo he pensado ya -replicó Emerson con gran dignidad-. Fuiste tú la que dijo que me ocupara yo del problema del transporte.

- Mmm. Francamente, no veo cómo vamos a poder conducir durante todo ese trayecto sin quedarnos atascados en las dunas de arena o sin que los neumáticos acaben reventando, pero si todo sale bien…

- Que no saldrá bien -gruñó Ramsés.

- Pero si sale, deberíamos llegar con apenas unos días de diferencia. Recuerda esto Ramsés: tienes que venir a vernos antes de salir para Gaza. Sabes dónde estaremos. Queremos que nos tengas al corriente de tus planes: para quedarnos tranquilos, pero también por una cuestión de seguridad. ¿Me das tu palabra?

- Sí. -Tras dudar un momento, se encogió de hombros-. Tendrán que seguir la carretera, así que supongo que lo peor que les puede pasar es que tengan una avería y se vean obligados a pedir ayuda a los militares. Ya que hablamos de tranquilidad, a mí también me gustaría estar al corriente de sus planes. ¿Se va a disfrazar mi padre y convertirse en un acaudalado aristócrata (un acaudalado y barbudo aristócrata) y usted, madre, en su esposa favorita?

- No, ese papel le corresponde a Nefret -le expliqué-. Yo seré la esposa de mayor edad.

Ramsés y Nefret se miraron confundidos. En caso de que hubiera dudado, la boca abierta de asombro de su mujer le convenció de que ella no sabía nada de nuestros planes. Rió un poco y sacudió la cabeza.

- No dejará nunca de sorprenderme, madre. Espero que se divierta. Ser la esposa más anciana le da derecho a tiranizar a Nefret… y a mi padre.

- ¡Ja! -dijo Emerson de manera significativa.

* * *

Ramsés partió a la mañana siguiente. Cuando Nefret se reunió con nosotros para desayunar estaba algo ojerosa y pálida, pero yo lo interpreté como la reacción normal a una despedida tan difícil como aquella. No me pareció que tuviera derecho a preguntar por lo que se habían dicho el uno al otro -mi comprensiva imaginación bastaba para reconstruir buena parte del diálogo-, pero sí que me atreví a tratar de saber si Ramsés estaba enfadado porque nos

hubiéramos empeñado en seguirlo.

- Resignado, más bien -dijo Nefret jugueteando con la tostada.

- Come algo -le ordené-. Salimos en una hora y será un día largo y duro. El primero de una larga serie, me temo.

- En absoluto -dijo Emerson-. El coche modelo T Ford Light…

- No quiero oír hablar de él, Emerson. Cómete el desayuno.

- Ya lo he hecho-dijo Emerson indignado-. Tú eres la única que nos está retrasando.

Abandonar disfrazados el hotel o en el vehículo que Emerson había adquirido habría levantado sospechas, de manera que fuimos en taxi hasta Atiyeh, el pueblo donde vivía la rama norteña de la familia de Abdullah y donde no nos encontramos con nadie aparte de con Selim, quien estaba ya esperándonos. Al comprobar que no me mostraba sorprendida de verlo, se sintió algo decepcionado.

- Era lógico -le expliqué-. Lo deduje en cuanto supe lo del coche. Me alegra que no insistas en conducir solo, Emerson.

- Tenía un buen número de razones para pedir a Selim que nos acompañara, todas ellas excelentes y todas ellas, dirás seguramente, evidentes para ti. No perdamos tiempo discutiendo. ¿Está listo el coche, Selim?

- Sí, Padre de las Maldiciones -dijo Selim entusiasta-. Es un coche estupendo. Tiene…

- ¿Qué hay de las provisiones? -pregunté.

- Todo está controlado, Sitt Hakim -dijo Selim. Pareció dudar un poco al ver la montaña de equipaje personal que yo había llevado-. Creo que habrá bastante espacio.

Lo había, pero muy justo. Nefret y yo tuvimos que sentarnos sobre algunos de los paquetes y apoyar los pies sobre otros. Ni tan siquiera quedaba sitio en lo alto del vehículo, donde Selim había atado algunos largos tablones.

El pueblo entero se reunió para decirnos adiós y para bendecirnos chillando. Hubiera sido imposible mantener en secreto nuestra expedición, cuyo aparente objetivo era examinar ciertas ruinas en el Sinaí. Selim les había pedido que no dijeran nada y, como todos estaban al tanto de las frecuentes disputas de Emerson con el Departamento de Antigüedades, dieron por sentado que planeábamos excavar sin permiso. Tarde o temprano, alguien contaría la historia, como si se tratara de una burla a las

autoridades, pero, tal y como Emerson observó, filosófico, ello carecía de importancia: cuando la noticia llegará finalmente a oídos del general Murray, sería ya demasiado tarde para que pudiera detenernos.

Como precaución adicional esperamos a estar lo suficientemente lejos del pueblo antes de ponernos nuestros disfraces. El de Emerson consistía en una camisa y unos pantalones, un chaleco largo y elegante, una túnica suelta y, por supuesto, una barba. En lugar de *tarbush* o turbante, cubría su cabeza con una *jaffiya*: un favorecedor tocado que usa la gente del desierto que enmarca la cara en un sinfín de pliegues de tela y que se fija con una cuerda retorcida. Un turbante no hubiera ocultado mejor sus inconfundibles rasgos y, además, le servía para proteger la parte posterior de su cuello del sol. Nefret y yo nos envolvimos en dos de los incómodos y poco prácticos conjuntos que suelen vestir las damas musulmanas cuando viajan al extranjero. Ramsés dice siempre que, para que un disfraz no falle, es necesario cuidar hasta el más mínimo detalle, de modo que nos cubrimos de pies a cabeza con la ropa adecuada: una camisa y un par de pantalones abultados cubiertos por una chaqueta larga, llamada *yelek*; sobre el *yelek* el *gibbeh*; y sobre el *gibbeh*, el resto de los estratos que integran la indumentaria propia para salir de viaje: un vestido amplio y suelto llamado *tob* y un velo sobre la cara que llega casi hasta los pies. Y, por encima de todo ello, una voluminosa *habarah* de seda negra que esconde, además de la cabeza y las manos, el resto del cuerpo.

Emerson y Selim se quedaron mirando a Nefret cuando esta se quitó el pañuelo con el que se cubría la cabeza; antes de salir del hotel le había teñido el pelo y eso cambiaba considerablemente su aspecto.

- ¿Por qué lo has hecho? -preguntó Emerson-. En cualquier caso, tendrás que llevar el pelo cubierto.

- No cuando se encuentre junto a las otras mujeres de la casa -repliqué, aplicando un poco de colorete marrón sobre las aterciopeladas mejillas de Nefret-. Y, además, debemos estar prevenidos ante cualquier posible accidente. El pelo cobrizo de Nefret llama demasiado la atención.

Selim asintió con la cabeza y esbozó una sonrisa. Halagado por la confianza que Emerson había depositado en él y deseando vivir

aquella aventura, se encontraba en uno de esos estados de excitación casi infantil. No le habíamos contado nada sobre la misión de Ramsés ni sobre nuestros verdaderos propósitos, pero no importaba. Su fe en Emerson era casi absoluta (del mismo modo que lo era, creo, la que tenía en mí) y empezaba a gustarle la idea de ser un conspirador.

Para resumir lo que fue aquel viaje, bastará con que diga que hacerlo a camello no podía haber sido peor. Sin la experiencia de Selim y la fuerza de Emerson, no lo habríamos conseguido nunca. La primera parte del trayecto no fue demasiado mal, ya que el Cuerpo de Ingenieros había mejorado las carreteras que conducían desde El Cairo hasta el Canal. Cruzamos éste en Kantara, a través de uno de los pontones, y fue precisamente en ese lugar donde, por primera y última vez, fuimos controlados por los militares. Acurrucadas en el asiento trasero entre montones de paquetes, cubiertas de vestidos que nos ocultaban por completo, con la única excepción los ojos, Nefret y yo esperamos con ansiedad a que Emerson sacara los papeles y se los pasara a Selim, quien, a su vez, se los pasó después al oficial. Mirando hacia delante con los brazos cruzados y el ceño fruncido, Emerson era la viva imagen de la indignación arrogante. Apenas se movió un milímetro cuando el oficial le devolvió los papeles y le saludó.

- ¿Cómo los conseguiste? -le pregunté *sotto voce*.

- Te lo explicaré más tardé -gruñó mientras Selim avanzaba por el puente con el coche, dando sacudidas.

Aquella noche acampamos en un oasis cercano a la carretera y la verdad es que fue un gran alivio poder estirar nuestros agarrotados miembros y liberarnos de algunas capas de ropa.

- Vamos muy bien de tiempo -anunció Emerson una vez que Selim hubo acabado de encender el fuego y de que yo y Nefret nos sentáramos junto a la pequeña tienda de campaña que había montado.

Hasta el momento, no podía lamentarme de los arreglos que había dispuesto mi marido, aunque me sentía más inclinada a atribuirle el mérito a Selim. A Emerson no se le habría ocurrido jamás llevar una tienda. Amparadas por la oscuridad, a una cierta distancia de la vacilante hoguera, nos concedimos el lujo de quitarnos no solo el velo de la cara y la *habarah*, sino también el *tob*

y el *gibbeh*. El aire se había enfriado rápidamente después de la puesta de sol, como sucede siempre en el desierto.

Selim insistió en ocuparse de la cocina y, mientras ponía orden en sus ollas y sartenes, Emerson nos enseñó los papeles que le había mostrado al oficial. Yo los examiné con un asombro difícil de disimular. Estaban firmados por el mismísimo alto comisario, sir Reginald Wingate, y daban fe de la moralidad y lealtad del jeque Ahmed Mohammed ibn Aziz.

- ¿Dónde los conseguiste? -pregunté-. De Wingate no, imagino.

- Por Dios, no. -Emerson empezó a hurgar en el equipaje-. ¿Qué has hecho con mi pipa?

- No he podido hacer nada desde el momento en que no sabía que la habías traído -le repliqué-. ¿No quedará la pipa de espuma de mar un poco fuera de lugar en este momento?

- Al infierno con eso -dijo Emerson al mismo tiempo que sacaba su pipa y su tabaquera-. Y en cuanto a los papeles, nunca adivinarás cómo los conseguí.

- ¿Un falsificador? -preguntó Nefret mientras los examinaba atentamente a la luz titubeante de la llama-. Uno muy habilidoso, además. Supongo que conoce a bastantes.

Emerson siguió llenando su pipa.

- Los únicos con los que tengo alguna relación están especializados en antigüedades-contestó-, lo que requiere un tipo de habilidad diferente. Por eso fui a ver a Ibrahim el-Gharbi.

- ¿El alcahuete? -dije, sofocando un grito-. Pero Emerson, tú lo llamas…

- Un asqueroso traficante de carne humana. Una buena frase, por cierto -dijo Emerson, echando el humo-. Según Ramsés, el-Gharbi puede resultar útil si uno se toma lo que dice con una buena dosis de escepticismo; además, está relacionado con todos los negocios ilegales de El Cairo. Por ahora se muestra bastante razonable. Está deseando salir de ese campo de prisioneros.

- Espero que no le hayas prometido arreglar su liberación a cambio de esos papeles -le dije con severidad-. El fin no justifica los medios.

- No le he hecho ninguna promesa -fue la evasiva respuesta-. Pero estamos en deuda con ese pícaro, Peabody. Gracias a él, o a uno de sus proveedores… esto… adquirí el automóvil. También me

facilitó el nombre de la persona que falsifica los documentos para él, junto con una nota en la que le decía que hiciera lo que yo le pidiera. No está mal, ¿no?

- Esperemos que todos nuestros problemas se resuelvan con tanta facilidad -dije.

- No seas tan pesimista, Peabody -dijo Emerson-. ¿Acaso no eres tú la que repite siempre que debo disfrutar del momento sin preocuparme por lo que me deparará el futuro? Pues ¿qué puede haber mejor que esto?

Podría haberle mencionado unas cuantas cosas, pero era cierto que resultaba agradable estar allí sentados alrededor del fuego con la brisa del desierto refrescándonos la cara y contemplando el brillo de las estrellas. Los infinitos ojos de Dios… y ningún lugar en aquella inmensidad donde poder esconderse de ellos.

Afortunadamente, tenía la conciencia muy limpia.

Aquel iba a ser nuestro último momento de tranquilidad durante algunos días. Una vez pasado Romani, el estado de la carretera empeoró y nos encontramos con mucho más tráfico: pesados camiones que nos adelantaban lentamente, cargados de provisiones; tropas de soldados caminando despacio sobre la arena. Todos nos miraban con curiosidad, pero ninguno se atrevía a dirigirse a nosotros. La magnífica presencia de Emerson, cuya nariz sobresalía sobre la negra extensión de su barba, imponía respeto por sí sola, pero, por si esto no bastara, la presencia de dos mujeres veladas prohibía, además, cualquier intromisión. A los hombres se les había advertido que no debían acercarse a las mujeres musulmanas bajo ningún concepto. Estrujadas en nuestro nido de maletas, Nefret y yo mirábamos con envidia a las tropas de caballería que, de vez en cuando, nos impedían el paso. La mayor parte de los jinetes eran australianos o neozelandeses y formaban un grupo de hombres muy atractivo.

No obstante, los verdaderos problemas empezaron cuando dejamos atrás el-Arish, donde finalizaba la línea de ferrocarril. Los hombres trabajaban en las vías y nuestro singular grupo empezaba a llamar demasiado la atención. Emerson, quien piensa que lo sabe todo -y normalmente es así-, nos hizo saber que conocía otro sendero que nos permitiría entrar en Palestina por el suroeste, atravesando el Wadi el-Arish.

Se habían producido enfrentamientos en Maghda-ba, unos treinta kilómetros al oeste de el-Arish, y el suelo estaba cubierto con los restos de la batalla, entre los que no faltaban los patéticos despojos de caballos y camellos. Apenas nos quedaban tres bidones de gasolina y el agua se estaba acabando también poco a poco. El lecho del *wadi* era escarpado, pero se podía circular por él; Selim no hacía sino girar y virar continuamente intentando, supongo, evitar las peores sacudidas, pero no podía esquivarlas todas. Mientras abrazaba con firmeza a Nefret no dejaba de preguntarme cómo íbamos a salir dé aquel maldito cañón. Se trataba de uno de los *wadis* más largos de la región, que se extendía por todo el camino que descendía hasta el desierto. Inesperadamente, Emerson lanzó un grito.

- ¡Allí!-chilló; señalando algo-. A la izquierda, Selim.

Tras lanzar una mirada horrorizada a la pendiente cubierta de rocas, grité: -¡Detente!

Selim lo hizo, por descontado. Cuando Emerson y yo le enfrentábamos a órdenes contradictorias, él sabía siempre a quién tenía que obedecer. Emerson se volvió y me dirigió una mirada terrible.

- ¿Qué te sucede, Peabody? Es el modo más sencillo de salir del *wadi* en los próximos ocho kilómetros y…

- ¿Más sencillo? Bueno, Emerson, no pongo en duda tu palabra, pero no estoy dispuesta a subir dando tumbos por esa pendiente. Nefret y yo iremos a pie. Quítate la ropa, Nefret.

Al mismo tiempo que hablaba, me iba desvistiendo. Sonrojada a causa del calor, pero sin perder en lo más mínimo la calma, Nefret asintió, sumisa, y siguió mi ejemplo.

Los hombres pusieron todo tipo de objeciones.

- ¡No podréis subir con esos vestidos! -dijo Emerson, mientras Selim, muy ofendido, nos aseguraba que era perfectamente capaz de subir la cuesta sin problemas con el maldito coche.

Como es de suponer, ignoré todas aquellas protestas. Tras escarbar un poco, localicé uno de los fardos que había traído y extraje de él dos pares de botas.

- ¡Qué demonios…! -empezó a decir Emerson.

- Siempre he pensado que hay que estar preparado para todo tipo de eventualidades -le repliqué-. Y, como puedes ver, ¡tenía

razón! Súbete los pantalones, Nefret, y mete la pernera en el interior de las botas. Vamos a ver, creo que nos las podremos arreglar. ¿Estás preparada, querida?

Nefret sonrió.

- Como dice Ramsés, nunca dejará de sorprenderme, madre. Sí, lo estoy.

No fue una ascensión demasiado difícil, incluso había una especie de sendero que serpenteaba de un lado a otro de la pendiente, por lo que nos fue posible mantenernos erguidas la mayor parte del camino sin tener que avanzar a cuatro patas. Cuando llegamos a la cima, contemplamos un paisaje árido y duro que resplandecía a la luz del sol, pero por lo menos el aire caliente secó el sudor que cubría nuestro cuerpo y era maravilloso sentirse liberadas de todas aquellas capas de ropa.

Nefret miró hacia abajo, tratando de distinguir lo que sucedía en el interior del *wadi*.

- Selim ha dado marcha atrás -dijo-. Nos han visto, el profesor nos hace señales con la mano para que nos apartemos de su camino, llegan… Oh, querida. Creo que no puedo seguir mirando.

Pero era imposible no hacerlo. El vehículo subía por la pendiente entre el estruendo que producían los golpes y los crujidos de varías piezas del motor. Más fuertes que todos esos ruidos eran, sin embargo, los alaridos de entusiasmo de Emerson, quien saltaba arriba y abajo y sonreía de oreja a oreja. Cuando Selim se detuvo en una franja de terreno bastante llana, Nefret y yo salimos corriendo hacia el coche.

- Bueno, ¿habéis visto?-preguntó Emerson-. Os dije que todo iría bien.

- Se ha deshinchado uno de los neumáticos -le indiqué.

Emerson no le dio demasiada importancia.

- Lo arreglaremos en un momento.

Selim se las arregló para solucionarlo, a pesar de los intentos de Emerson por ayudarlo y darle consejos. Tras pasarnos la cantimplora, nos volvimos a poner nuestros disfraces y emprendimos de nuevo el camino.

Correré un tupido velo sobre lo que sucedió durante las horas siguientes. Llegué a perder la cuenta de las veces que nos quedamos atascados en las dunas de arena. En algunas de ellas, Selim fue

capaz de dar marcha atrás y volver a avanzar; pero en otras, se vio obligado a colocar las tablas de madera en el suelo en tanto que Emerson empujaba desde atrás. Mi marido se quitaba toda la ropa que no era estrictamente necesaria y chillaba dando ánimos a Selim, mientras las ruedas giraban y lo salpicaban, cubriéndolo de arena. Llevaba la cabeza descubierta y había desgarrado su elegante camisa de lino, que estaba, además, toda manchada de aceite; en pocas palabras: se estaba divirtiendo de lo lindo.

El sol descendía ya por occidente cuando empezamos a darnos cuenta de que no nos iba a resultar posible regresar a la carretera que bordea la costa aquel día. Empapada de sudor y cubierta de tela por todas partes, me dedicaba a meditar sobre los posibles modos de asesinar a Emerson y también, por qué no, a Selim, cuando vislumbré frente a mí unas esbeltas palmeras.

- Aquí está -dijo Emerson contento-. Siempre pensé que sería capaz de volverlo a encontrar.

- ¿Pensaste?-repetí.

Lo cierto es que no se trataba realmente de un oasis. Había agua, eso sí, salobre y turbia, pero suficiente para que nos pudiéramos lavar la cara y las extremidades con una esponja.

- Tu pequeño atajo nos ha costado solo un día -le remarqué una vez sentados junto a la hoguera-. Por ahora.

- Regresaremos a la carretera principal mañana -dijo Emerson- y llegaremos a Khan Yunus al caer la noche.

- Si tú lo dices… -Miré a Nefret, quien se había sentado en el suelo con las piernas cruzadas y en ese momento se estaba comiendo una lata de sardinas-. Tendré que volver a pintarte la piel de nuevo, Nefret. Entre la arena y el sudor se te ha borrado casi todo. Y tú, Emerson…

- ¿Qué es lo que no va con mi aspecto? -preguntó Emerson, pasándose la mano por la barba y espolvoreando sus sardinas con arena.

- ¿Debería ponerme un disfraz, Sitt Hakim? -preguntó Selim esperanzado.

- Podrías afeitarte la barba-dije.

Selim palideció y agarró su preciada barba. Me arrepentí de mi crueldad casi al instante.

- Estaba bromeando, Selim. En esta región no te conocen, así que

no creo que sea necesario que te disfraces.

* * *

No es difícil comprender cómo se debieron de sentir los israelitas cuando, después de caminar penosamente a través del árido desierto, contemplaron frente a ellos los verdes pastos y los fértiles campos de la tierra prometida. (Me abstuve de mencionar a Emerson esta encantadora idea, ya que mi marido no cree en el Éxodo y me hubiera dedicado un largo y aburrido discurso al respecto.)

El paisaje era de un intenso verde esmeralda, salpicado aquí y allá por los brillantes puntos escarlata de las amapolas. El invierno tocaba a su fin y el verano no tardaría mucho en llegar: el aire era límpido y fresco, el cielo, una cúpula azul y las flores silvestres crecían a millares: anémonas, azucenas, lirios morados y guisantes dulces de todas las tonalidades, del amarillo oro al malva rosado.

Con todo, la guerra seguía siendo omnipresente. De cuando en cuando, oíamos zumbar un avión sobre nuestras cabezas, lo que en ocasiones iba seguido de una explosión y de una nube de polvo. Ninguna de las bombas cayó junto a nosotros, pero no pude por menos que agradecer que el velo cubriera mi cara: desde los ataques aéreos a Londres las explosiones me atemorizaban.

Como no queríamos pasar otra noche en la carretera, salimos temprano y casi no nos detuvimos, apenas una pausa, hasta bien entrada la tarde. Llegamos a las afueras de Khan Yunus cuando el sol hacía resplandecer ya el cielo del oeste con encendidos colores. La vieja ciudad filistea, al igual que Gaza, era en verdad un jardín lleno de flores, de higueras y naranjos cargados de frutos. Selim conducía el coche con habilidad por sus estrechas calles. Nuestra llegada no pasó inadvertida a los militares. Como el enemigo se había retirado sin presentar batalla, la ciudad se había salvado de la destrucción, por lo que nuestros valerosos compañeros disfrutaban en ese momento de los entretenimientos del *suk* y de sus pintorescas y sinuosas callejuelas. En el centro de la plaza principal, un grupo de ingenieros de campaña trabajaban tratando de mejorar el viejo pozo. Según Emerson, la casa de Mahmud se encontraba en alguna parte de dicha plaza.

A diferencia del resto de las mansiones urbanas a las que yo estaba acostumbrada, ésta no daba directamente a la calle. En lugar

de ello, nos encontramos con un alto e informe muro de piedra, cubierto con un enlucido resquebrajado y una puerta de doble hoja, tan ancha que casi parecía un portón. Pesada y con bordes de acero, estaba entreabierta y, por la basura que se acumulaba junto a ella, deduje que no había sido cerrada durante algún tiempo. Selim salió del coche y le dio un empujón. Emerson, por su parte, mantenía su pose majestuosa, con la mirada perdida en la lejanía. Inclinándome hacia él, le dije con suavidad:

- Tiene una disposición poco frecuente, Emerson. Parece más bien un *kjan* o caravasar. Y la puerta es lo bastante ancha como para…

- Camellos -dijo Emerson *sotto voce* y sin volver la cabeza-. Algunas de las caravanas de ese viejo tunante transportan mercancías que no pueden ser descargadas en la calle a plena luz. Silencio, Peabody, nadie te ha concedido permiso para hablar.

Después de volverla a empujar con todas su fuerzas, Selim consiguió que las oxidadas bisagras se movieran. Cuando las puertas se abrieron rechinando, pudimos ver a un grupo de hombres, mujeres, niños desnudos, gallinas, cabras y ovejas reunidos en un patio sin pavimentar. Todos, excepto las gallinas, se nos quedaron mirando estupefactos. Era obvio que nadie nos esperaba.

Se trataba de los miembros de la familia de Mahmud a quienes había encargado que cuidaran de la casa y que habían aprovechado la ausencia de su dueño para instalarse en ella. Nuestra aparición los dejó aterrorizados. Las maldiciones de Emerson no tardaron en poner orden en aquella confusión y los miembros del grupo salieron en todas direcciones para cumplir sus mandatos. Una vez que los niños, las cabras y las ovejas se quitaron de en medio, Selim introdujo el coche en el patio y cerró la puerta. Era evidente que las autoridades militares no tardarían en ser informadas de nuestra llegada y lo único que cabía esperar era que los documentos falsos de Emerson bastaran para convencerlos de nuestra *bona fides*. Era inútil preocuparse. Nuestra habitual eficiencia nos ayudaría a superar cualquier obstáculo por inesperado que fuese.

Justo delante de nosotros, cerrando uno de los lados del patio, estaba la casa, con el almacén y la zona de trabajo en la planta baja y las habitaciones en el primer piso. Las ventanas cerradas y cubiertas de celosías en uno de los lados de la misma debían de ser

las del harén, mientras que en el otro costado unas escaleras de piedra conducían hasta la arcada esculpida de la *mak'ad*, la sala de recepción. Esta se abría al patio, con el fin de que el dueño de la casa pudiera ver a los visitantes que se aproximaban a la misma… los visitantes del sexo masculino, claro; las mujeres de la casa no podían entrar en esa sala.

Obedeciendo a un brusco gesto de Emerson, quien estaba disfrutando con su papel, Nefret y yo levantamos nuestras voluminosas faldas y nos dirigimos al harén, atravesando una puerta lateral y subiendo por una estrecha escalera.

Nos seguían unas cuantas mujeres que se excusaban y nos ofrecían ayuda con unos chillidos que recordaban a los de las gallinas. No tardé en comprobar que me esperaba un buen trabajo antes de que las cosas estuvieran en su sitio. Básicamente, el lugar, aunque anticuado, era confortable; estaba compuesto de un baño y de unos cuantos cubículos que rodeaban un bonito salón o ka'ah, una majestuosa habitación con el techo abovedado y el suelo cubierto de azulejos. En uno de sus extremos, algo elevado sobre el resto y cubierto de alfombras, había dos divanes. No puedo describir a personas de gusto delicado (como, sin duda, son mis lectores) el estado en que se encontraba todo aquello. Tuve que contenerme para no arremangarme y coger una escoba. Dado que ello no era posible, me metí de lleno en mi papel de vieja bruja y empecé a gritar órdenes. Dudo que aquellas aturdidas mujeres se hubieran movido antes más deprisa. Apartaron las alfombras y los almohadones para sacudirlos y fumigarlos, barrieron y fregaron el suelo y quitaron el polvo y las telarañas de todas las superficies. Cuando la habitación se encontró en condiciones de ser habitada y nos trajeron una jarra de agua templada, envié a todas ellas al baño, asegurándoles que no tardaría en dejarme ver por allí para comprobar si lo habían limpiado por completo.

Dado que su árabe era menos fluido que el mío, Nefret había guardado un modesto silencio. Quién sabe lo que pensaría Ramsés sobre la transformación que había sufrido su aspecto: su piel era ahora una o dos tonalidades más oscura y su pelo había adquirido un bonito tono pelirrojo. Sus ojos azul aciano eran difíciles de ocultar, pero siempre se podía alegar que sus antepasados eran de origen circasiano o beréber y tenían la piel clara. Los harenes turcos

estaban llenos de mujeres de este tipo.

- La verdad es que pareces la querida de un hombre ya entrado en años-le comenté en francés. (Habíamos decidido que, dado que podíamos ser escuchados, lo más seguro era que habláramos en ese idioma, incluso en privado).

Nefret hizo una mueca y tiró del *gibbeh* bordado que cubría algunos estratos más de ropa.

- No huelo como una de ellas. Daría lo que fuera por un baño y por poder cambiarme de vestido.

- Y yo también, pero tendremos que esperar. Puedes, sin embargo, quitarte el *gibbeh* y dejar que se airee un poco. Maldita sea, aquí están de nuevo algunas de esas mujeres.

Habían traído nuestro equipaje, incluidas las esteras sobre las que íbamos a tener que sentarnos y dormir. Emerson había dado auténticos alaridos al ver la cantidad de equipaje que yo había considerado imprescindible -él habría sido capaz de ir hasta Tombuctú con apenas la ropa que pudiera cargar sobre su espalda-, pero yo me negué en redondo a compartir mi lecho con la interesante variedad de insectos que, tenía buenas razones para ello, esperaba encontrarme. Las mujeres extendieron las esteras sobre los divanes y desembalaron algunas cosas más, entre las que se encontraba el servicio de té que incluía una tetera de plata y una lámpara de petróleo. (Esta última, en particular, causó toda una serie de comentarios sarcásticos por parte de mi marido.)

Mientras preparaba un enérgico discurso para deshacerme de aquellas damas, la llegada de Emerson me ahorró el esfuerzo. Las mujeres desaparecieron al instante, cubriéndose la cara con los pliegues de sus vestidos y cerrando la puerta.

Con las manos sobre sus caderas y las piernas separadas, Emerson inspeccionó la habitación con una señorial expresión de desprecio. ¡Resultaba imponente! Tuve que contener el estremecimiento de admiración que sentí correr por mi cuerpo, ya que, de todos modos, era poco probable que pudiera hacer nada al respecto durante algún tiempo. La barba contribuyó a mitigar el consiguiente sentimiento de pesar. A pesar de que era espléndida, estaba segura de que no dejaría de resultar… como una zarza.

- Bueno, la verdad es que resulta acogedor -comentó.

- En francés, Emerson-le avisé.

- *Merde* -dijo Emerson, cuyo dominio de aquella lengua era limitado a pesar de que conocía a la perfección todas sus palabras malsonantes-. He dispuesto que nos sirvan aquí la cena -prosiguió-. Lo que no deja de ser todo un gesto por mi parte, pero yo soy un marido consentidor e indulgente. Vosotras me serviréis de rodillas, por supuesto.

- Contrólate, Emerson -le advertí.

- *En français, ma chérie, s'il vous plaît* -dijo Emerson sonriendo abiertamente y siguió adelante en su particular versión de este idioma, alternándolo ocasionalmente con el inglés, cuando le fallaba el vocabulario-. Selim está fuera de sí a causa del coche. Cuando lo pasaba por la puerta le abolló el… capó.

La voz vehemente y algo elevada de tono de Selim nos llegaba a través de la ventana. Comprendí que estaba tratando de poner un poco de orden entre los sirvientes y deduje que cenaríamos tarde.

- Bueno, aquí estamos -observé-. Puede que nuestros criados encuentren algunas de nuestras costumbres un tanto particulares, pero no creo que le den muchas vueltas. Lo que me pregunto es cómo hará Ramsés para llegar hasta nosotros. No puede venir hasta aquí sin ocultar su identidad.

- Lo sabe de sobra -dijo Emerson-. Ten confianza en el muchacho.

- Tenemos que hacer algo con las pantallas de *mashrabiyya*, Emerson. Es imposible ver nada a través de la ventana.

- *Vous êtes en la harem, ma chérie* -dijo Emerson con una sonrisa de satisfacción-. *Les dames non pouvait… pourraint…* (¡maldita sea!) *…voirdans le aperture*.

A pesar de la atrocidad perpetrada contra la gramática, pude entender lo que quería decir. Algunas de nuestras ventanas daban al patio y no habría sido apropiado que los extraños vieran a una mujer asomada a una de ellas.

Finalizado el pequeño ejercicio de ingenio, Emerson reconoció que sería aconsejable entreabrir las celosías de modo que pudiéramos estar al tanto de posibles e inesperados visitantes. Visto que no queríamos retirarlas por completo, fue necesaria la colaboración de los tres para llevar a cabo el trabajo. Con unas tiras de tela que habíamos cortado previamente de las cortinas, las aseguramos para evitar que batieran y al mismo tiempo poder

abrirlas sin dificultad.

Finalmente, llegó la cena. Era terrible, así que deduje que Selim no habría sido capaz de encontrar un cocinero bien preparado. Comimos sentados con las piernas cruzadas alrededor de una bandeja de arroz y cordero. A pesar de que las esteras habían sido colocadas en los cubículos cercanos, decidimos pasar la noche en la *ka'ah*. No sé lo que los sirvientes pensaron sobre ello (o, mejor, prefiero no imaginármelo). En cualquier caso, Emerson consideraba que era mejor que no nos separáramos.

A la mañana siguiente Selim, quien, sin admitir objeciones, se había puesto al frente de la casa, relegó a los miembros más irrelevantes de la familia al anexo que habían ocupado originariamente y salió para contratar algunos, sirvientes más, entre los que no faltó un cocinero. El patriarca del pequeño clan que habíamos retenido con nosotros ocupó el puesto de portero.

Cuando acabamos de desayunar (arroz y cordero recalentados), Emerson salió a dar una vuelta por los cafés para enterarse de lo que decía el chismorreo local. Pensé que no había ninguna razón que nos impidiera a nosotras visitar el *suk*, escoltadas y convenientemente cubiertas con el velo, por supuesto, pero Emerson dijo que sería correr un riesgo innecesario y Nefret añadió un argumento aun más contundente.

- ¿Y si viene cuando estamos fuera?

Aunque tenía razón, lo cierto es que la mañana transcurrió lentamente, sin que tuviéramos otra cosa que hacer, que intimidar a los sirvientes y familiarizarnos con las habitaciones del harén. Conseguimos, sin embargo, bañarnos por primera vez desde que habíamos abandonado El Cairo y lo cierto es que constituyó todo un alivio.

Durante mis exploraciones, descubrí que en el harén había algunos pasajes secretos, con mirillas en las paredes que permitían al dueño de la casa espiar a sus mujeres. Muchas de las antiguas y grandes casas de la región estaban provistas de este tipo de dispositivos, así como de túneles para escapar y habitaciones secretas. De estas últimas había tres en el harén; dos de ellas eran apenas unos agujeros cuadrados excavados en el muro; la tercera, en cambio, consistía en un amplio espacio situado bajo el suelo. Unas esteras ocultaban la trampilla que daba acceso a la misma.

Había sido concebida para esconder objetos y no personas, ya que tenía poco más de metro y medio de altura y carecía de sistema de ventilación. Imaginé que estaría vacía y así era: Mahmud no se habría marchado dejando tras de sí nada que fuera de valor.

Emerson regresó sin nada que contar, exceptuando que la ciudad estaba llena de soldados, como ya sabíamos de antemano. Mientras estábamos almorzando, fuera se oyó un alboroto. Emerson se precipitó hacia la puerta y cuando esta se abrió pude oír cómo alguien decía en árabe:

- Hay aquí una persona, señor… no pude impedirle que entrara…

Emerson reprimió un acceso de tos y una voz que conocía muy bien dijo quejumbrosa:

- Señor, su esclavo le ruega que le perdone, pero si no vino antes fue por causas ajenas a su voluntad. Esos malditos ingleses lo retuvieron y lo obligaron a cavar agujeros… mire, ¡mire cómo sangran sus manos!

Acto seguido se oyó un golpe, como el que producirían unas rodillas al golpear el suelo.

No pude contener por más tiempo mi curiosidad. Nefret había llegado ya hasta la puerta y trataba de ver lo que sucedía fuera.

Emerson se encontraba de pie, mirando con la boca abierta a la forma que se acurrucaba a sus pies. La cabeza oscura y rizada de Ramsés estaba sin cubrir y por lo que pude ver de su piel, que fue mucho, esta tenía el mismo color oscuro del pelo.

Gimió, alzando la voz:

- Me quitaron mis vestidos, señor, los elegantes vestidos que usted me había dado, mi *gibbeh*, mi *sudarayee*, mi *tarbush* y mis zapatos y mi…

- ¡Malditos sean! -dijo Emerson recuperándose-. Entra y cuéntame.

Ramsés se enderezó, sonriendo con la satisfacción del siervo afortunado a quien sus explicaciones han conseguido salvarlo de los azotes. El hombre que lo había conducido hasta allí, sin embargo, gruñó:

- ¿En el harén, *effendi*?

Emerson se irguió y taladró a aquel descarado con una mirada feroz.

- ¿Acaso no fue el profeta el que le dijo a su hija que no hacía falta que se cubriera con el velo en presencia de su padre y del esclavo que acababa de regalarle?

Puede que aquella interesante referencia teológica fuera demasiado complicada para el sirviente, pero la mirada de Emerson le ayudó a entenderla.

- Entra -añadió dirigiéndose a Ramsés.

Nefret y yo nos retiramos a toda prisa de la puerta. Emerson hizo pasar a Ramsés a través de ella dándole un fuerte empujón.

- ¡Y ahora -dijo gritando en árabe- pídele perdón a tu ama!

Cerró entonces la puerta dando un portazo mientras Ramsés nos miraba a ambas con aire burlón.

- ¿A cuál?

- A mí -dijo Nefret con cierta dificultad para respirar-. Soy la favorita, ¿no es así?

- Habla en francés -le advertí, poniéndolo en guardia.

Creo que ninguno de los dos me oyó. Nefret lo miraba como si no lo hubiera visto jamás (lo que, hasta cierto punto, era cierto, pues era la primera vez que Ramsés representaba aquel papel y cuando él hacía algo llegaba siempre hasta las últimas consecuencias). Iba vestido con apenas un par de calzones sucios de algodón y había teñido su cuerpo de un vivo color marrón oscuro. Al ver algunas marcas en carne viva sobre su espalda, recordé las palabras de un oficial según el cual «unos cuantos latigazos» eran aconsejables cuando uno se las tenía que ver con los recalcitrantes miembros del Cuerpo de Trabajo.

Nefret también las había visto y, dejando escapar un grito, se arrojó en sus brazos.

Abrazados el uno al otro bajo el arco puntiagudo de la alcoba, formaban un cuadro pintoresco: el cuerpo de él, oscuro y musculoso, junto al esbelto y complaciente de ella, envuelto en el *gibbeh* de terciopelo azul con bordados dorados. Una escuela de pintura había puesto de moda los llamados «cuadros de historia» y no era difícil imaginarse el título que podría llevar aquel: *El esclavo y la favorita del sultán* o *Una cita con la muerte* o…

Emerson profirió un sonido parecido al que habría emitido el sultán si hubiera llegado realmente a contemplar aquella escena, y los dos se separaron.

- Es imprudente -dije dulcemente-. He tapado ya algunos agujeros en las paredes pero no creo haber encontrado todos.

Ramsés se puso de rodillas frente a mí y apretó sus manos.

- Clemencia, honorable dama.

- Bueno, bueno, está bien, basta con que no se repita de nuevo -añadí con la misma dulzura-. Yo también siento un gran alivio al verte, querido. ¿Qué sucederá ahora?

- No puedo quedarme. Lo mejor es que me envíe a la calle con algún recado… y que me encuentre algo de ropa -añadió, alzando la vista para mirarme con una sonrisa.

Su rostro fino y moreno, su alegre sonrisa y los rizos que se amontonaban desordenados sobre la frente hicieron que me invadiera un fuerte deseo de sacudirlo. ¡Los hombres disfrutan realmente con estas cosas! Aunque, si he de ser sincera, yo también, siempre y cuando se me permita tener una parte activa en las mismas. Es la espera lo que resulta realmente difícil, sobre todo si lo que uno aguarda son las noticias de una persona amada.

- ¿Cuándo volveremos a verte? -le pregunté.

- No lo sé. Tengo que encontrarme con Chetwode esta noche y después los dos iremos juntos a Gaza. Dos días, quizá tres. Regresaré tan pronto haya acabado con mi tarea, lo prometo.

Tras besar mis manos y mis pies, se levantó.

- ¿Hay alguna *bab-sirr*? -le preguntó a Emerson-. Tal vez podría usarla la próxima vez.

- ¿Una puerta secreta? Oh, sí. Mahmud tiene demasiados enemigos como para poder pasarse sin ese pequeño recurso. Te la enseñaré y te daré también algo de ropa.

Ramsés asintió con la cabeza y se volvió a su mujer. Esta seguía de pie, tan inmóvil como una muñeca hermosamente vestida, con los labios entreabiertos y los brazos llenos de pulseras cruzados sobre el pecho. Ramsés se arrodilló e inclinó la cabeza.

- No te preocupes -susurró-. Todo irá bien.

Ella sacó la mano, haciendo un ademán de ir a tocar su pelo, pero se detuvo a tiempo.

- Regresa sin perder tiempo después de…

- Tan pronto como pueda.

Cogiendo sus manos, se las llevó a los labios.

***DEL MANUSCRITO H:***

Ramsés no le contó a su mujer lo que realmente le preocupaba. Compartió, sin embargo, aquella información con su padre, mientras ambos buscaban algo para que pudiera vestirse.

- Me he puesto de acuerdo con Chetwode para encontrarme con él en Rafah. La verdad es que no es demasiado bueno para estas cosas: cuando el repugnante *gippie** se le acercó con cautela y le dijo la palabra que habíamos acordado, abrió la boca de tal modo que la mandíbula casi llegó a tocarle el pecho.

- Maldita sea -dijo Emerson-. ¿No puedes ir solo… y dejarlo atrás?

- Ellos me detendrían antes de que hubiera podido salir de Khan Yunus. Pero todavía no ha oído lo peor de todo. El general Chetwode, el comandante de la Columna del Desierto, es el tío de nuestro amigo. Tras llevarme a rastras hasta su oficina, me pidió que le contara todo a él y al jefe de su servicio de inteligencia.

- ¡Maldición! ¿Quién más está al tanto de tu misión «secreta»?

- Solo Dios lo sabe. -Ramsés cogió una camisa, sonrió y la echó a un lado-. Nuestra madre diría que solo Él lo sabe. Si la noticia ha descendido por la cadena de mando, el superior de Chetwode, Dobell, debe de saberlo también. Aquí no hay nada que me sirva, padre.

- ¿Y qué hay del paquete que me dijiste que te trajera?

- Me lo llevo, pero no quiero vestirme con esas ropas en Khan Yunus. Selim debe de tener ropa para cambiarse, le pediré que me preste algo.

- ¿Vas a ponerle al corriente de todo? -preguntó Emerson.

* Egipcio; en particular soldado egipcio. Esta palabra es el resultado de la mezcla de las palabras inglesas *gipsy* («gitano») y *Egiptian* (N. de la T.)

- ¿Qué es lo que sabe?

- Solo que nos hemos metido en algún tipo de lío. Selim no hace preguntas.

- Merece saber… algo, en cualquier caso. Tratarlo como si no fuera digno de confianza es una pobre recompensa a su amistad y lealtad. Especialmente-añadió Ramsés con amargura- cuando un idiota como ese y su maldito tío lo saben. Creo que Selim me reconoció cuando llegué; mientras discutía con el portero me miró como si sospechara algo.

Selim lo había reconocido pero no, tal y como explicó con gran delicadeza, porque el disfraz de Ramsés tuviera ningún fallo.

- ¿Quién otro podía ser si no? -preguntó-. No suelo preguntar nada al Padre de las Maldiciones pero me imaginaba que usted se reuniría con nosotros tarde o temprano.

- Pero te habrás preguntado lo que quiere decir todo esto.

Los vestidos que Selim le había prestado le iban bastante bien, dado que la ropa árabe suele quedar bastante suelta.

Selim cruzó los brazos y dijo, envarado:

- No me corresponde hacerlo.

Ramsés sonrió y le dio unas palmaditas en la espalda.

- Hablas exactamente como tu padre. Otro hombre y yo salimos ahora para Gaza, Selim. Hay rumores sobre un cierto Ismail Pachá… dicen que se trata de un agente británico que se ha pasado al enemigo. Dado que estoy… mmm… relacionado con el caballero en cuestión, me envían para que lo encuentre y para que averigüe si los rumores son ciertos o no.

- Relacionado -repitió Selim-. Bueno, Ramsés, puede que yo también lo esté.

- No puedes venir conmigo -dijo Ramsés sin contestar a su insinuación. Selim lo aceptó encogiéndose de hombros y haciendo un gesto afirmativo con la cabeza-. Gracias por las ropas, trataré de devolvértelas en buen estado.

- Es esta noche, entonces-dijo Emerson.

- Sí. Chetwode, nuestro Chetwode, y yo nos encontraremos después del anochecer en una casa abandonada en Dir el Balah; al norte de aquí. Espero que sea capaz de encontrarla. Iré dando un rodeo y eso me llevará algún tiempo; no quiero que ningún tipo a la búsqueda de trabajadores intente reclutarme. Será mejor que me vaya. ¿Quieres echarme de aquí con unos cuantos insultos y patadas, Selim?

Selim no le devolvió la sonrisa.

- Si usted dice que debo hacerlo… Tenga cuidado; no se arriesgue inútilmente.

- Como diría tu padre: trataré de no hacerlo. Cuida de ellos, Selim.

* * *

Chetwode llegó tarde. De pie y tratando de distinguir algo en la

oscuridad del edificio medio en ruinas, su cuerpo se dibujaba nítidamente contra el cielo cuajado de estrellas. Ramsés esperó el tiempo necesario hasta asegurarse de que el otro hombre estaba solo, y solo entonces se dejó ver.

- ¿No te han enseñado a no convertirte en blanco de ti mismo en una puerta abierta? -le preguntó con mordacidad.

- Como eras tú…

- Esperabas que fuera yo. Quítate ese uniforme y ponte esto.

Se aseguró de cubrir bien la cara, el cuello, las manos y los antebrazos de Chetwode con el tinte oscuro y ocultó su pelo bajo el turbante. No era posible hacer nada con aquellos ojos azules que lo miraban confiados y, cuando el muchacho sonrió, radiante como un cachorrillo, la visión de sus dientes blancos y sanos le obligó a recordarle que debía mantener la boca cerrada. Armándose de paciencia, Ramsés se lo repitió de nuevo.

- Cuando alguien te dirija la palabra, babea, balbucea e inclina la cabeza. Dios protege a los idiotas. No te apartes de mí… -Ramsés dudó, asaltado por una de esas ilógicas premoniciones… o tal vez no fuera tan ilógica, dadas las circunstancias-. No te apartes de mí a menos que yo te lo diga. Si te digo que hay que echar a correr, hazlo sin discutir y sin mirar atrás. Es una orden. Si me desobedeces te mandaré ante un consejo de guerra.

- Pero si nos separan…

- Te encontraré si puedo. Si no puedo, tendrás que empezar tú solo el camino de regreso hasta nuestras líneas. No me esperes ni trates tampoco de buscarme.

La cara de Chetwode era como un libro abierto. Algunas de sus expresiones decían algo así como: «No se abandona a un camarada», «Puedes contar conmigo hasta la muerte, viejo amigo» o cosas igual de triviales. Suspirando, Ramsés le ofreció otro tópico.

- Uno de los dos tiene que regresar con la información que consigamos. Sabemos que nuestra vida pende de un hilo, pero es parte de nuestro trabajo.

Chetwode entreabrió los labios.

- Oh, sí, está bien. Puedes contar conmigo, viejo amigo…

- Bien. Solo una cosa más. Dame la pistola.

Ramsés tenía la intención de cachearlo si negaba que iba armado, pero el pobre idiota ni tan siquiera trató de defenderse

echando bravatas y se apresuró a llevarse la mano a la cintura.

- ¿Y si tenemos que disparar? -preguntó.

- Si lo hacemos, al segundo tendremos a cientos de hombres devolviéndonos los disparos. Dámela o no vienes conmigo.

Chetwode miró el rostro severo y el puño apretado y comprendió. Despacio y de mala gana, se desabrochó el cinturón que llevaba bajo su camisa, entregando éste y la pistolera a Ramsés.

Ramsés sacó los proyectiles y arrojó el arma, ya vacía, sobre el montón de ropa abandonada, que cubrió a su vez con unas cuantas piedras.

- Y ahora, cállate y mira por dónde vas.

El muchacho no se calló. Había memorizado todos los datos que Ramsés había ignorado por considerarlos innecesarios y ahora los susurraba, jadeante, en un ininterrumpido monólogo.

- Seguir hacia el norte hasta alcanzar 132 en los alrededores de la mezquita, continuar a 266 hasta llegar a las cercanías de un pantano… es este… Oh, demonios.

Ramsés lo sacó a rastras de allí.

- Una palabra más y te hundo en la miseria. Estamos a unos treinta metros de las trincheras turcas. No vuelvas a abrir la boca hasta que te diga que puedes hacerlo.

- Lo siento.

El chico se calló y asintió vigorosamente con la cabeza. La luz de las estrellas se reflejaba en sus ojos.

Ramsés se volvió y fue abriendo camino, bordeando el pantano. El muchacho lo seguía tan de cerca que no dejaba de tropezar con él. «No debería haberlo permitido», pensó Ramsés enfurecido. «Malditos sean Murray, Cartright y todos los demás. El muchacho hace lo que puede, pero sería capaz de distinguirlo a un kilómetro aunque estuviera callado y con la cara tapada.» Tenía ese aire de «Dueño de la Creación», hombros erguidos y mandíbula cuadrada, que le habían inculcado desde la infancia y que ahora era ya casi imposible erradicar.

Los turcos habían rodeado la ciudad con trincheras y parapetos. Un intrincado seto de cactus proporcionaba una defensa adicional. Las montañas que, por el este, iban de Gaza a Beersheba estaban también fortificadas pero, a pesar de ello, no les resultó difícil atravesarlas. Los defensores sabían que el ataque no era inminente;

los aviones de reconocimiento les habrían advertido sobre posibles preparativos, incluso en el caso de que no hubiera habido ágiles y diligentes espías informando al cuartel general turco. La zona entre Gaza y Khan Yunus estaba tranquila. La gente iba y venía, cultivaba los campos, transportaba productos agrícolas a los campamentos británicos y, en general, se ocupaba de todas las actividades mercantiles que suelen surgir cuando sé dispone de nueva clientela. Era imposible vigilarlos a todos.

Una vez en lo alto de una de las crestas, Ramsés y su compañero dieron un rodeo que los llevó hasta uno de los puestos de guardia, justo cuando estaba amaneciendo. Chetwode se lamentó: le atraía la romántica idea de arrastrarse a través del alambre de espino y de los setos de cactus.

- Vestido no resulta nada fácil -fue la breve respuesta de Ramsés.

La experiencia (y un maestro de ladrones como era su tío) le habían enseñado que la mejor manera de entrar en un lugar donde se supone que uno no debería estar era acercarse caminando con descaro y pedir que se le dejara pasar. Se había provisto de una historia convincente (una madre anciana y enferma lo esperaba), del dinero suficiente como para despertar la codicia sin levantar sospechas y de unas cuantas bolsas de una sustancia que esperaba que resultara aún más útil que el dinero. A pesar de que el hachís no era difícil de conseguir en la zona turca, las mejores variedades resultaban muy caras.

El suboficial al mando del puesto no se creyó el patético cuento de la madre moribunda. Ramsés lo había previsto, de modo que pasaron a la siguiente fase de negociación, que finalizó dejándole desprovisto de cierta cantidad de dinero y de la mercancía que llevaba consigo. No fue un peaje escandalosamente alto: el suboficial sabía que si su víctima empezaba a lanzar gritos de protesta ello podría atraer a un oficial dispuesto a investigar… y a pedir su parte.

Ramsés había estado en Gaza solo una vez, durante el verano de 1912. No obstante, conocía el lugar bastante bien, ya qué había pasado algunos días paseándose por él, disfrutando de los entretenimientos que proporcionaba el *suk*, admirando las antiguas y elegantes mezquitas y, sabiendo que su padre esperaba que lo hiciera, llevando a cabo una inspección, breve y superficial, de las

antiguas ruinas. No quedaban muchas. Durante casi cuatro mil años; la región situada entre el Sinaí y el Éufrates había sido una zona muy disputada, objeto de conquistas y reconquistas, destruida y reconstruida en numerosas ocasiones. Unos tras otros, egipcios, asirios, fenicios, griegos, romanos, sarracenos y cruzados habían ocupado Gaza. Esta había sido una de las cinco ciudades de los filisteos, el lugar donde se alzaba el gran templo de Dagon, derribado por Sansón en la última y más impresionante de sus hazañas. (Esta información se la había proporcionado su madre, ya que su padre no daba mucho crédito a nada que, a pesar de figurar en las Escrituras, no hubiera sido confirmado por fuentes arqueológicas.) La conquista más reciente fue la del sultán otomano Selim I en el siglo XVI, quien, en venganza por la tenaz resistencia de la ciudad, había permitido a sus tropas que la saquearan y destruyeran buena parte de la misma. A pesar de ello, en 1912 Gaza era de nuevo una próspera ciudad con casi cuarenta mil habitantes. La población había desbordado los límites de la muralla, hacia el norte, el sur y el este. En el centro, construidos sobre las ruinas acumuladas durante las diversas destrucciones, se encontraban los edificios administrativos y comerciales, así como las casas de los ciudadanos más ricos.

En la cima de la colina que se alzaba en el centro de la parte más alta se erigía la gran mezquita, que con anterioridad había sido una iglesia cristiana, construida en el siglo XII. Ramsés había pasado una tarde muy agradable admirando sus relieves y las magníficas columnas de mármol gris. En la actualidad era utilizada como almacén de pólvora.

«Es el fin de la gran mezquita», pensó Ramsés. El fin también para el resto de los tesoros arquitectónicos de Gaza: la pequeña iglesia de San Porfirio, un ejemplo exquisito de arquitectura cristiana primitiva; la bella mezquita antigua de Hashim, e incluso las ruinas de las viejas murallas con sus siete puertas. Las armas modernas eran mucho más eficaces que sus predecesoras. Un obús bien emplazado y la gran mezquita, con su delicado minarete octogonal, desaparecería.

Y lo mismo sucedería con cientos, tal vez miles, de personas.

El *suk* no parecía haber perdido su prosperidad habitual y en sus puestos todavía se podían encontrar desde encaje hecho a mano y

objetos de fina cerámica negra típica de la región hasta una gran variedad de frutas sumamente apetitosas, nueces y verduras, cuyas pieles y cascaras aparecían desperdigadas por el suelo. Ramsés encontró un popular café, tomó asiento con afectación y pidió un té a la menta. Los asiduos del local formaban un grupo de curiosos que lo sometieron a un amistoso y, a la vez, despiadado interrogatorio del que no cejaron hasta saber su nombre, su lugar de origen, ocupación y ascendencia, compadeciéndose con él por el estado de su pobre y joven hermano.

- Tiene los ojos azules -dijo uno de ellos con perspicacia.

- Su madre era circasiana-explicó Ramsés-. La favorita de mi padre, hasta que murió dando a luz al muchacho. Mi madre…

A Ramsés no le llevó mucho tiempo establecer su coartada como vendedor de tentadoras mercancías. La ciudad estaba llena de hombres de uniforme pavoneándose por las calles con la arrogancia propia de los europeos que se encuentran entre nativos. El más locuaz de sus recientes amigos, un hombre de mediana edad, tuerto y con un muñón en el lugar que antes ocupaba la mano derecha, dedicó unos mordaces epítetos a los alemanes.

- Pero -añadió- los peores son los turcos. ¡Que Dios maldiga esta guerra! No importa quién la gane, nosotros seremos, en cualquier caso, los vencidos. Si Gaza resiste, nuestros hogares y nuestro sustento serán destruidos.

Era un buen comienzo y Ramsés lo aprovechó. Sus preguntas y comentarios hicieron manar todo un torrente de información, la mayor parte inexacta, aunque algunas de las descripciones de ciertos personajes públicos resultaron ser algo más rigurosas. Von Kressenstein, el comandante en jefe de los alemanes, era temido pero respetado; el gobernador era temido y elogiado; el general turco era un grueso marrano que no hacía nada aparte de sentarse en su magnífica casa y comer. Prosiguieron de este modo hasta que el anochecer oscureció el cielo y el grupo se dispersó.

Ramsés y Chetwode pasaron la noche en las pintorescas ruinas de lo que se conocía popularmente como la tumba de Sansón (que en realidad era una edificación medieval). La luz de la luna se filtraba a través de los muros agrietados, el tejado dibujaba en el suelo toda una serie de formas barrocas, en tanto que las hojas de un viejo olivo susurraban, movidas por el viento de la noche.

Mientras cenaban con la comida que habían comprado en el *suk*, Chetwode animó la velada con sus preguntas. No había tenido oportunidad de hablar en todo el día y debía de estar a punto de reventar.

- No has preguntado nada sobre Ismail Pacha -dijo en tono acusatorio.

- Se trata de evitar las preguntas directas. -Ramsés arrojó un puñado de cascaras de naranja y se estiró sobre el suelo-. En este caso, además, no fue necesario. Tú también estabas allí, ¿acaso no oíste lo que dijeron sobre él?

- Hablaban muy deprisa -dijo Chetwode malhumorado-. De todos modos, eres tú el que tiene que encontrarlo.

El culto al héroe estaba tocando a su fin. Sin saber muy bien por qué, Ramsés se sentía reacio a compartir con él aquella pequeña información; la costumbre quizá o, a lo mejor, una de las reglas básicas de los servicios secretos: no decir a nadie más de lo estrictamente necesario. Pero tal vez fuera necesario que Chetwode supiera aquello, aunque solo fuera para evitar que cometiera alguna imprudencia.

- El santo infiel, como lo llaman ellos, irá a rezar a la mezquita de Hashim mañana al mediodía -le explicó Ramsés-. Imagino que habrá bastante gente. Iremos temprano y buscaremos un lugar desde donde lo podamos ver bien.

- ¿Y entonces?

- Entonces saldremos de Gaza lo más rápidamente posible, esperemos que sin encontrar ningún obstáculo.

- ¿Después de solo dos días? ¿Sin… sin haber hecho nada?

Ramsés trató de no perder la paciencia. Ser responsable de un ingenuo como aquél era ya bastante desesperante como para tener encima que darle lecciones de espionaje.

- Espero que no hayas pensado quedarte indefinidamente ¿o me equivoco? No hay que olvidar que cierta gente se dedica a vigilar a los recién llegados. Uno de nuestros afables amigos del café podría ser un agente del gobernador o de los militares.

- ¿De verdad?

- Es el modo de operar de los turcos. No confían en nadie y no les falta razón: nadie los quiere en esta zona. Tarde o temprano descubrirán que estamos aquí y a algún iluminado se le ocurrirá que

hacernos unas cuantas preguntas podría ser una buena idea. Luego están además las rondas de enganche. Van siempre a la búsqueda de gente para reclutar. Solamente podemos arriesgarnos un día más. -Bostezó y se preguntó por qué se estaría molestando-. Descansa un poco.

- Tan pronto como acabe con esto.

Ramsés se incorporó sobresaltado. Chetwode estaba agachado junto al arco en ruinas de la entrada, ocupado en garabatear a la luz de la luna en lo que parecía ser un trozo de papel doblado.

- ¿Qué demonios estás haciendo?

- Tomar notas. No pude reconocer todas las insignias de la gente que vimos, pero si se las describo puede que nuestra gente pueda saber qué unidades…

- Cómetelo.

- ¿Qué?

- ¡Deshazte de ese maldito papel! -Chetwode lo miró sin entender nada y se puso de pie-. Si te cogen y lo encuentran, eres hombre muerto. O desearías serlo. ¿Qué otras pruebas incriminatorias llevas encima?

Ramsés arrancó el papel de manos de Chetwode. Deprisa y con los ojos muy abiertos, el muchacho sacó una bolsa de los pliegues de su túnica que contenía algunas hojas de papel, varios lápices, una pequeña linterna de bolsillo y una diminuta botella con dos píldoras blancas en su interior.

- Jesús, tenía que haberte cacheado antes de salir -refunfuñó Ramsés mientras hacía trizas los papeles y pisoteaba los lápices pulcramente afilados-. ¿Qué hay en la botella? Cianuro, sin duda. El servicio secreto adora el cianuro.

- Pero si nos detienen…

- Trataremos de escapar valiéndonos de cualquier excusa, lo que será imposible si descubren que llevamos con nosotros material británico para escribir. Y en cuanto a estas… -Aplastó las píldoras aparentemente inocentes con el talón-. ¿Qué pretendías hacer?, ¿decirle al jefe de los verdugos del gobernador que esperara un minuto mientras tú hurgas en la bolsa buscando la botella, la abres e introduces las píldoras en tu boca sin ser visto?

Chetwode agachó la cabeza.

- Visto de ese modo, suena ridículo. Ellos me dijeron…

- Sí, está bien. Mira, hay varios modos de abordar este asunto, incluyendo la estúpida sugerencia de tu tío de robar unos uniformes turcos e introducirnos con ellos en su cuartel general para pedirles información.

- No veo por qué…

- En ese caso, te lo diré yo. -A Ramsés se le había agotado la paciencia-. Es un milagro que todavía no te hayan reconocido. Si me detuvieran y me interrogaran, lo peor que me podrían hacer sería mandarme a las trincheras, de donde no tardaría mucho en escapar. Si, en cambio, te detuvieran a ti, a un oficial con algo de experiencia no le llevaría más de diez segundos saber que eres inglés. No es solo tu acento, es también tu modo de estar, sentarte, moverte y… ¡todo en ti!

Chetwode inclinó la cabeza.

- No sabía que resultara tan terrible.

- Lo eres por completo, pero no es culpa tuya -añadió con algo más de amabilidad-. Para hacerse pasar por un nativo de la zona y resultar convincente, uno tiene que vivir aquí y pensar en su lengua durante años. Es el modo más seguro, y eso que estoy tratando de minimizar los riesgos. Hasta ahora no lo has hecho nada mal, pero tienes que seguir mis órdenes y guardarte las notas en la cabeza.

- ¿Como tú? Todo eso -dijo Chetwode señalando los trozos de papel- fue una pérdida de tiempo, ¿no es así? Tú lo memorizaste.

De nuevo volvía a adorar a su héroe y ello resultaba casi peor que sus intentos de pensar por sí mismo, aunque por lo menos no era tan peligroso. Ramsés se encogió de hombros.

- Pura cuestión de práctica.

- Creo que es ya un poco tarde para empezar. -Chetwode alzó una mirada llena de arrepentimiento-. Lo siento, a partir de ahora haré todo lo que digas.

- Entonces, vete a dormir.

Chetwode no se podía estar quieto ni siquiera cuando dormía: roncaba. Tumbado con las manos bajo la cabeza y sin poder conciliar el sueño, Ramsés se sintió tentado de darle una patada, pero su lado más noble se lo impidió, así que dejó que el muchacho siguiera durmiendo. A él también le gustaría poder hacerlo. Los ruidos nocturnos eran muy distintos de los que uno podía escuchar cuando se encontraba en casa: sus nervios se tensaban cada vez que

se movía una brizna de hierba. Como no podía dormirse, repasó una y otra vez, una a una, las conversaciones que había mantenido aquel día, buscando algún indicio que se le hubiera podido pasar por alto.

Al final consiguió dormirse, aunque, a causa de los ronquidos de Chetwode y de la necesidad de estar atento a cualquier ruido sospechoso, no fue por mucho tiempo. Despertó a su compañero con las primeras luces del día. Chetwode estaba extrañamente silencioso: o quería mostrar su malhumor o estaba rumiando algo, o, tal vez, tan solo era víctima de un ataque de miedo, algo de lo que Ramsés no lo podía culpar.

- ¿Y si algo sale mal? -dijo Chetwode de repente.

- ¿Quieres que te lo diga? Tendremos que salir corriendo.

- Eso no es un verdadero plan -observó Chetwode. Su boca se torció en lo que, tal vez, trataba de ser una sonrisa.

Ramsés tomó una decisión. Una de las muchas preocupaciones que lo habían mantenido despierto aquella noche era el recuerdo de su familia esperándolo, ansiosa, en Khan Yunus.

- En caso de que me maten o me cojan prisionero, si tú consigues escapar -dijo-ve a casa de Ibn Rafid en Khan Yunus. Está en la plaza principal, es la casa más grande de la ciudad y cualquiera te la podrá indicar. Deja un mensaje escrito para… -se dio cuenta entonces de que no sabía el nombre que Emerson había adoptado-, para el dueño actual de la casa, contándole lo que me haya sucedido.

- ¿Es uno de los nuestros? -preguntó Chetwode.

- No.

La curiosidad del muchacho le hizo preguntarse si habría hecho bien al decírselo, pero la única alternativa posible, dejarlos sin saber lo que le había pasado tal vez durante varios días, le parecía aún peor. Eran capaces, incluso, de conquistar Gaza para buscarlo. Ninguno de ellos era conocido por su paciencia y, si lo peor llegaba a suceder, estar al corriente era siempre mejor que alimentar falsas esperanzas.

Chetwode no hizo más preguntas.

Tras acabar el pan y la fruta que habían sobrado de la noche anterior, volvieron al centro de la ciudad dando un rodeo, con Ramsés a la cabeza. La mezquita estaba cerca de la puerta de

Askalon. Ramsés encontró un café -no el mismo que ya habían visitado el día anterior- y se quedaron allí a esperar.

A medida que transcurría la mañana, la gente se congregaba y los cafés se iban llenando. Apenas faltaba media hora para mediodía cuando el cortejo hizo su aparición. A pesar de que no era muy numeroso, resultaba impresionante: iba encabezado por media docena de hombres a caballo vestidos con pantalones holgados, gruesas chaquetas de un dorado deslucido y fajines de seda enrollados alrededor de la cintura. Iban también armados con largas espadas y con pistolas. Los caballos eran espléndidos, con bridas y estribos de plata. No se trataba de las tropas turcas regulares, sino de la guardia personal de algún oficial importante. Se abrieron camino con brutalidad y eficacia usando las hojas de sus espadas. Al ser una cabeza más alto que la mayor parte de los espectadores, Ramsés podía ver bastante bien; aparentemente, había otro grupo de guardias al final de la procesión y, en medio de ellos, algunos jinetes: el gobernador, deslumbrante de oro y con una expresión de fingida piedad en su carnosa cara, y, junto a él, flanqueado por dos oficiales que vestían el uniforme turco…

Ramsés apenas pudo vislumbrar el perfil barbado y la prominente nariz aguileña antes de que se produjera un disparo, tan cerca de su oreja que lo dejó sordo por unos momentos. Volviéndose, arrancó el arma de manos de Chetwode. La segunda vez, la pistola se disparó sola.

- ¡Maldito idiota!

Los labios de Chetwode se movieron, pero Ramsés no pudo oír lo que decía; la gente a su alrededor había empezado a gritar y a empujar, algunos de ellos con la intención de atrapar al aprendiz de asesino, otros -los más sabios- con la de huir para ponerse a salvo. Para los oficiales otomanos no existían los espectadores inocentes.

- ¡Corre! -gritó Ramsés, enfatizando la orden con un empujón.

Chetwode le lanzó una mirada enloquecida y se alejó sin perder tiempo. Ramsés puso la zancadilla a uno de los vengadores que se le acercaba, derribó a un segundo de un golpe, se agachó para esquivar los brazos de un tercero que intentaban aferrarlo y echó a correr en dirección a la mezquita.

- ¡Ese es el hombre! ¡Detenedlo! -gritó alguien en turco.

Ramsés oyó el martilleo de los cascos detrás de él y se echó a un

lado para evitar que le pasaran por encima, pero ese pequeño retraso resultó fatal. Cuando volvió a ponerse de pie, estaba rodeado por guardias vestidos con llamativos uniformes que blandían heroicamente sus espadas.

- Nada de armas -ordenó el oficial-. Cogedlo vivo.

Ramsés consideró las posibles opciones. Tan solo se le ocurrían dos y ninguna resultaba muy atrayente: podía retroceder gimoteando y negar su culpabilidad o bien podía enfrentarse directamente a los seis hombres. El resultado sería el mismo, de modo que decidió concederse el gusto de golpear a alguien.

Cuando tenía ya a dos de ellos en el suelo y a tres de rodillas, una piedra pasó rozándole la cabeza, con tanta fuerza que le hizo perder el equilibrio durante un momento que resultó vital. De espaldas en el suelo y con cuatro de ellos sujetándole brazos y piernas, se vio obligado a reconsiderar sus opciones. No parecía quedarle ninguna.

El oficial escudriñó a sus hombres con desdén.

- Seis contra uno y ha hecho falta una pedrada afortunada desde una distancia segura para poder capturarlo. Mis valerosos amigos, será mejor que le aten las manos o podría volver a escapárseles.

Ramsés sabía que no había muchas posibilidades de qué sucediera una cosa así. El golpe en la cabeza lo había dejado algo confuso y la sangre le caía goteando por la cara. Después de atarle las manos a la espalda, uno de ellos le pasó una cuerda por el cuello y la sujetó a la silla de montar de cuero. Maravilloso. Bastaría con que el caballo resbalase sobre uno de los trozos de fruta podrida que había desperdigados por la calle y se vería arrastrado, a punto de acabar estrangulado, hasta que el oficial se decidiera a detenerse. Lo único positivo en aquella situación tan poco prometedora era que Chetwode parecía haber desaparecido.

El sol, abrasador, caía con fuerza sobre la plaza desierta. Bueno… casi desierta. Los espectadores se habían evaporado y los guardias debían de haber puesto a salvo a los dignatarios, pero un jinete se acercaba lentamente hacia ellos desde el lado opuesto de la misma. Ramsés lo miró, esperando que sus ojos lo estuvieran engañando, pero sabiendo ya que no era así. Y eso que pensaba que su situación no podría ser peor de lo que ya era. Se había equivocado.

El jinete llevaba un único escolta: un sirviente que lo seguía a una respetuosa distancia, Su montura era soberbia: un semental ruano al que habían trenzado la cola y las crines con lazos de brillantes colores. El jinete era también un magnífico ejemplar: alto, de constitución robusta, rasgos hermosos y una pulcra barba gris. Sus vestidos eran de seda y en la parte delantera de su turbante llevaba una joya de rubíes y esmeraldas, con una pluma blanca de garceta en lo alto. Incluso el mango del látigo que llevaba con él estaba esmaltado y cubierto de joyas. Se detuvo junto a Ramsés y respondió al respetuoso saludo del oficial con un movimiento distraído de la mano.

- ¿Qué sucede? -preguntó en turco.

- Como puede ver, Sahin Pachá, hemos capturado a un asesino.

«Entonces, ahora es un pachá», pensó Ramsés. ¿Qué era lo que hacía el jefe de los servicios secretos turcos en Gaza? El primer y -al menos así lo había esperado- último encuentro con aquel formidable individuo había terminado con el fracaso de la misión de Sahin; no sería sorprendente, pues, que este guardara rencor hacia el hombre que había sido responsable del mismo. A Ramsés ya solo le quedaba rezar para que el turco no lo reconociera. Como había perdido su *jaffiya* durante la lucha, llevaba la cabeza descubierta, pero vestido con aquellas ropas sucias y desgarradas, con barba y despeinado no debía de recordar mucho al hombre que Sahin había visto por última vez -también despeinado, hay que reconocerlo, pero afeitado y vestido a la europea-. Encogiéndose, agachó la cabeza.

- Se lo llevamos a su excelencia el *Kaimakam* -prosiguió el oficial.

- ¿El gobernador? ¿Por qué?

- Porque… porque… bueno, ¡porque es un asesino! Uno de esos fanáticos que se rebelarían contra nuestras benévolas normas, quien…

- No-dijo Sahin.

Colocando el mango del látigo bajo la barbilla de Ramsés, lo obligó a levantarla cabeza. El turco lo estudió pensativo durante apenas unos segundos. Entonces se inclinó y con un fuerte tirón le agarró la barba, arrancando con ella algunos trozos de piel. Ramsés se enderezó y se enfrentó a la penetrante mirada del turco. Le había

llegado la hora.

- Ah-dijo Sahin Pachá, sonriendo-. Me ocuparé yo de tu prisionero, Bimbashi.

- Pero, excelencia…

- Es un espía inglés y el espionaje es de mi competencia, Bimbashi. ¿Acaso estás tratando de cuestionar mi autoridad?

Hizo entonces una seña a su sirviente, quien desmontó y desató la cuerda de la silla del oficial.

A este no le gustaba nada lo que estaba sucediendo. Sin atreverse a negarse rotundamente, intentó, sin embargo, protestar.

- Necesitará que lo escolten, excelencia. Lucha como un auténtico demonio. Fueron necesarios seis de mis hombres…

- No los necesito -dijo Sahin afablemente, a la vez que alzaba su brazo y hacía chasquear el látigo.

# Capítulo 10

***DEL MANUSCRITO H (CONTINUACIÓN):***

Fue un sueño muy agradable. La superficie donde yacía era suave y estaba ligeramente perfumada. Sobre su cabeza se arqueaba un dosel dorado: seda amarilla dorada por la luz del sol que se derramaba entre sus pliegues. Podía escuchar el canto de los pájaros y el cristalino tintineo del agua.

La única nota discordante era un dolor de cabeza de enormes proporciones. Mientras se llevaba una mano a la sien, pudo escuchar una voz familiar que decía:

- Prueba esto. Yo no puedo darme el gusto, por supuesto, pero lo guardo para algunos de mis huéspedes.

No era un sueño. Ramsés se incorporó. A poca distancia de él, sentado con las piernas cruzadas sobre una pila de almohadones ribeteados con borlas, Sahin le ofrecía un vaso medio lleno con un líquido de color ámbar.

Ramsés empezó a sacudir la cabeza, pero se lo pensó mejor.

- No, gracias -musitó en turco, la misma lengua que había usado el otro.

- No hay drogas dentro, pero como quieras.

Su anfitrión dejó el vaso sobre una bandeja de latón y tomó la boquilla de su pipa de agua. Fumó satisfecho durante algún tiempo, como correspondería a un cortés anfitrión a la espera de que su invitado se recuperase.

A este le llevó cierto tiempo. Cuando los turcos lo golpearon, dejándolo inconsciente, Ramsés imaginó que se despertaría en una celda oscura y repugnante, llena de gente armada con herramientas afiladas, pesadas o al rojo vivo. La estancia era, en cambio,

espaciosa y estaba llena de luz, lo más probable era que se tratase de la *mandarah*, la habitación principal de invitados. La parte central de la misma era algunos centímetros más baja que el resto, estaba decorada con azulejos con elegantes dibujos en rojo, negro y blanco y tenía una pequeña fuente en uno de sus lados. El hueco en el que estaba sentado había sido cubierto con telas de seda y el suelo estaba lleno de almohadones. Llevaba puestos tan solo una camisa y unos calzoncillos; le habían quitado sus ropas llenas de manchas y sus sucias sandalias y le habían limpiado también la mayor parte del barro que cubría su cuerpo. Era una pena que unos cojines de satén como aquellos acabaran untados de fruta podrida y pringados de barro.

- Lamento que todo esto haya sido necesario-dijo Sahin mientras Ramsés exploraba con sus dedos el bulto de la cabeza-. Sabía que no vendrías por voluntad propia y la resistencia te podría haber causado serias heridas.

- ¿Cómo podré agradecérselo? -le preguntó Ramsés pasando de nuevo al inglés. El turco soltó una carcajada.

- Es un placer poder medir de nuevo mis fuerzas contigo, mi joven amigo. Me sentí feliz al saber que, en contra de mis predicciones, habías conseguido sobrevivir a ese interesante asunto en las afueras de El Cairo. No conozco, sin embargo, los detalles, ¿cómo te las arreglaste?

Ramsés consideró la pregunta. Era muy posible que escondiera una trampa y que el tono tan cordial y el entorno tan confortable estuvieran destinados a hacerle bajar la guardia. ¿Una nueva técnica para llevar a cabo los interrogatorios? La prefería a los métodos que solían emplear los turcos, pero, de todos modos, lo mejor sería andarse con cuidado.

- Mi afectuosa familia acudió a rescatarme -dijo, seguro de que aquella información debía de haber llegado ya a oídos de Sahin-. Ya conoce a mi padre.

- Solo su reputación y he de decir que es formidable. Espero poder tener un día el honor de conocerlo. Entonces él se enteró de tu… mmm… dilema… a través de tu amigo, al que no conseguí matar después de todo, ¿verdad? Debería haberlo hecho, de ese modo no habrías dado al traste con mi propósito.

- Es posible.

Sahin inspiró con fuerza el humo.

- También arruinaste el pequeño plan que me había llevado tanto tiempo elaborar. ¿En qué estás metido ahora? ¿Por qué has venido aquí?

- Para echar una mirada, únicamente.

- De verdad, admiro la imprecisión del idioma inglés -dijo Sahin-. Resulta tremendamente útil cuando uno no quiere contestar.

- ¿Prefiere que hable turco? No me resulta tan fácil soslayar sus preguntas en ese idioma.

Los labios de Sahin se entreabrieron, mostrando sus dientes.

- Creo que serías capaz de hacerlo en cualquier idioma, muchacho, pero en este caso pierdes el tiempo. Te cogieron en plena acción. Una acción bien inútil, debería añadir. Rodeado por una multitud como aquella, tenías pocas posibilidades de matarlo.

- No lo conseguí, ¿verdad?

- Le diste al gobernador -dijo Sahin con una sonrisa aún más amplia-. Una herida superficial en un sitio un tanto delicado. Está muy molesto contigo.

No mencionó a nadie más. ¿Significaba eso que Chetwode había conseguido escapar? «Ese pobre idiota tiene suerte», pensó Ramsés con acritud. Se había limitado a obedecer órdenes. Se llevó las manos a la cabeza: pensar en Chetwode empeoraba su dolor de cabeza.

- ¿Qué puedo ofrecerte? -preguntó Sahin solícito-. Si no quieres coñac, ¿no te apetecería entonces un café o un té a la menta?

Dio unas palmadas. El sirviente que entró estaba tan deseoso de mostrar el adecuado respeto que, al inclinarse doblando la cintura, su cara quedó a apenas unos centímetros de la bandeja que transportaba. Obedeciendo a una brusca señal de Sahin, la colocó sobre una mesa baja que se encontraba junto a Ramsés y se retiró, sin haberse incorporado. Las gruesas cortinas se cerraron tras él.

- Sírvete, por favor -dijo Sahin-. No hemos echado ninguna droga dentro.

Ramsés tenía la garganta terriblemente seca, así que pensó que tal vez sería conveniente aceptar. Rechazar la hospitalidad era una afrenta y, además, no era probable que Sahin hubiera ordenado que pusieran nada en la bebida. Y, de todos modos, ¿qué podía cambiar el que lo hubiera hecho?

Como estaba muy caliente, cogió el vaso de té sosteniéndolo por el borde y dio unos sorbos, agradecido en tanto que el turco seguía fumando mientras pensaba en silencio.

- Tengo una hija -dijo repentinamente.

- Felicidades-dijo Ramsés preguntándose a qué demonios vendría eso-. ¿Cuando tuvo lugar el feliz acontecimiento?

- Hace dieciocho años.

- Dieciocho…

- Sí, debería de haberse casado hace ya mucho tiempo. Ofertas no le faltan: es hermosa, rica y culta. Es capaz de hablar y de escribir en inglés. Es también algo obstinada pero, según tengo entendido, a ti te gustan las mujeres así.

Miró esperanzado a Ramsés, quien había empezado a sentirse como Alicia. ¿A qué clase de conejera había ido a parar? Sahin Pachá no podía estar diciéndole que… Callarse parecía ser la opción más segura.

- La guerra no durará eternamente -prosiguió el turco-. Algún día dejaremos de ser enemigos y tú tienes las cualidades que me gustarían en un hijo.

- Pero… -Ramsés trató de encontrar un modo delicado de rechazar aquella halagadora y, a la vez, espantosa proposición-. ¡Ya estoy casado! -le reveló.

- Lo sé. Pero si te convirtieras al islam podrías tener otra mujer. No te recomiendo más. Hay que tener mucho coraje para saber manejar a dos mujeres, tres acarrean seis veces más problemas que dos y cuatro…

- Estás bromeando.

La boca de Sahin se estiró en una sonrisa aún más amplia.

- ¿Eso crees? Crear alianzas mediante el matrimonio forma parte de la mejor tradición tanto de tu pueblo como del mío. Piénsatelo. La alternativa es mucho menos atractiva.

- ¿Y cuál es esa alternativa?

- ¿No crees que la pregunta está de más? La cárcel, un considerable grado de incomodidades y, tal vez, un viaje a Constantinopla, donde te encontrarías con ciertas personas que te consideran como uno de sus más peligrosos adversarios -al inclinarse hacia delante, su cara se alargó-. Como espía inglés te ejecutarían, muchacho, en público y de un modo terrible, pero

antes tratarían de averiguar todo lo que sabes. Personalmente, considero que la tortura no es el modo más seguro de sacar información de una persona, pero me temo que el resto de los miembros de mi servicio no comparten mi comprensiva opinión. Te ofrezco la posibilidad de escapar al destino. Tú no eres un asesinó: viniste hasta aquí por otra razón. Si confías en mí y me pruebas tu sinceridad aceptando la alianza que te he ofrecido, te salvaré de una muerte que causaría a tu mujer y a tus padres un gran dolor. Te aseguro que la muchacha no está nada mal.

El desconcierto de Ramsés iba en aumento, a pesar de lo cual consiguió mantener sus buenas maneras.

- Estoy seguro de que se trata de una perla de belleza inusual y de una hija digna de su padre -dijo-. No obstante, si yo traicionara mi fe y mi país por una mujer, por muy deseable que esta fuese, tu opinión sobre mí dejaría de ser tan alta.

- No serías el primer inglés que lo hace.

Sahin miró a Ramsés con firmeza y este pensó cuál sería el mejor modo de responder. En aquellos momentos no se sentía muy lúcido: no dejaban de rondar por su cabeza un sinfín de preguntas completamente insensatas que apenas conseguía guardar para sí. «¿Alguien que conozco?» o «No se estará refiriendo a mi tío, ¿verdad?». Se preguntó si, efectivamente, no habrían echado algo en la bebida o si, por el contrario, era solo el golpe lo que lo había aturdido de aquel modo. Sahin no podía estar hablando en serio. Debía de estar maquinando algún enredo y Ramsés no tenía ni la más remota idea de lo que podía haber detrás de todo aquello.

- Ha habido varios -empezó a decir Ramsés. Su voz retumbaba de un modo extraño en el interior de su cabeza. Al tratar de apoyar el vaso, este se volcó y los restos de té se derramaron por el suelo-. ¿Era realmente necesario? -preguntó con voz apagada.

- Una lección que todavía pareces no haber aprendido-le respondió Sahin con gran calma-: no confiar nunca en la palabra de nadie. Y ahora, trata de comportarte como un buen chico. No quiero hacerte daño.

Sahin dio unas palmadas y dos de sus hombres entraron en la habitación.

- Con cuidado, con cuidado -canturreó Sahin mientras ponían de pie a Ramsés y, medio inclinado y casi a rastras, lo sacaban de la

habitación, haciéndole subir después unos cuantos escalones, bajar otros y atravesar el laberinto de habitaciones y pasillos característico de las casas musulmanas.

Vagamente, como si se tratara de imprecisos fantasmas, pudo ver unos rostros que lo miraban y escuchar unas exclamaciones amortiguadas. Al cabo de cierto tiempo, lo hicieron bajar por unas escaleras. Un desagradable olor ascendió hasta él, saliéndole al encuentro: piedra húmeda, moho y la dulzura nauseabunda de la podredumbre. Al corto pasillo se abrían tres puertas de madera robusta reforzada con bandas de acero. Dos de ellas estaban cerradas. Lo introdujeron en la tercera celda: un cajón de paredes de piedra de apenas unos dos metros cuadrados de superficie y otros dos metros de altura. La celda contenía un tosco banco de madera dispuesto a lo largo de uno de los muros, unos cuantos recipientes de arcilla nada refinados y toda una serie de cadenas sostenidas por ganchos fuertemente sujetos al suelo y al muro. Con silenciosa eficiencia, como si hubieran llevado a cabo el mismo procedimiento en infinidad de ocasiones, los dos guardias depositaron a Ramsés sobre el banco. Demasiado mareado para poder sentarse erguido, cayó hacia delante, de modo que uno de los guardias tuvo que sostenerlo mientras el otro le levantaba los brazos y cerraba con llave los grilletes alrededor de sus muñecas. Tras encadenarle también los pies, lo dejaron solo.

- ¡Pufff! -dijo Sahin Pacha arrugando la nariz-. Es peor de lo que recordaba. Un colega me ha prestado esta casa por algún tiempo: mis calabozos son más civilizados. Volveré por la mañana para ver si has cambiado de opinión.

Apretando contra el cuerpo sus elegantes ropajes para evitar que rozaran las sucias paredes, se marchó dando un portazo. Los goznes crujieron en un modo terrible. No podían dejar de hacerlo.

Ramsés permaneció sentado con la cabeza inclinada. Su respiración era regular y lenta; tan solo esperaba no caer enfermo. Poco a poco, consiguió controlar su estómago y sus miembros recuperaron la fuerza. Con cautela, inspeccionó los grilletes. Las manillas de acero habían sido cerradas simplemente con un golpe, por lo que era probable que se pudieran abrir sin llave, pero sus manos se encontraban a un metro de distancia y cada cadena tenía poco más de diez centímetros de larga. Se entretuvo durante un

buen rato golpeando y rascando las manillas contra el suelo, pero lo único que consiguió fue arañarse los nudillos.

Después, se echó hacia atrás, superando la instintiva repugnancia que le producía el roce de la viscosa piedra del muro. Su madre habría añadido unos cuantos adjetivos más: duro, frío, húmedo, pringoso, lleno de insectos que avanzaban a rastras para buscar cualquier nueva fuente de alimento. Algunos de ellos habían descubierto sus pies. Sonrió irónico. Su madre también le habría dicho, con su acostumbrada energía, que aquella vez sí que había conseguido meterse en un buen lío. Desarmado, sin ninguna herramienta útil escondida en sus botas o entre sus vestidos. Hasta habían encontrado el cuchillo, delgado como una aguja, que había escondido en el sucio vendaje que cubría su antebrazo. Y todo para nada. No había averiguado nada sobre la identidad del «santo infiel».

Cerrando los ojos, se concentró en la imagen de rostro barbado y arrogante nariz. A pesar de que su memoria visual era buena, no le había dado tiempo a hacer una identificación positiva. Bastaba recordar las innumerables veces que no había conseguido reconocer a su exasperante tío para saber que una simple mirada no era suficiente. Había contado con poder observar a Ismail durante algo más de tiempo, esperando que hiciera un gesto o movimiento familiares o que dejara oír su voz. El hombre iba muy bien protegido, pero podría tratarse de una guardia de honor. Sahin no había confirmado ni negado nada, solo había hecho alguna que otra ambigua alusión a los renegados.

La noche anterior no había podido dormir y el día había sido agotador. Cayó en una especie de duermevela: cada vez que el sueño se hacía más profundo, los grilletes que aprisionaban sus manos llenas de arañazos tiraban de él, obligándole a permanecer erguido. Las imágenes que llegaban con el sueño flotaban en su mente: en primer y último lugar, Nefret, siempre con sus ojos azules enternecidos por la preocupación o mirando enfurecidos… hacia él, por haber sido tan estúpido de caer en aquella trampa. Porque se trataba una trampa: le habían mentido, se habían valido de él a sangre fría, con el único fin de introducir en Gaza a un asesino de apariencia inocente. Cartright y sus superiores eran conscientes de que era muy probable que ambos perdieran la vida o fueran

capturados si Chetwode ejecutaba sus órdenes… La trampa, una jaula de las dimensiones de un salón envuelta en pliegues de seda dorada que no conseguían ocultar del todo los barrotes oxidados; hundido en blandos almohadones con una muchacha en sus brazos, una muchacha de larga melena negra que se enroscaba alrededor de sus manos, apretando siempre más fuerte hasta convertirse… en un par de grilletes.

Cuando abrió los ojos, pensó por un momento que seguía soñando. La cara que se encontraba junto a él era una extraña mezcla de los marcados rasgos de Sahin y de las mejillas redondeadas de la hurí que había acurrucado entre sus brazos. Pero el dolor que sentía en las manos era real y también lo era la linterna de bolsillo que se movió frenéticamente antes de que ella la colocara en el banco que se encontraba a su lado. Incorporándose, empezó a decir algo, pero la joven le puso la mano sobre los labios.

- No hables, no chilles -le susurró en inglés-. Te ayudaré a escapar.

Tenía una mano suave, rolliza y perfumada. El pelo era negro y lo llevaba recogido en un moño, del que habían conseguido escapar unos largos mechones que ahora colgaban lánguidamente sobre su frente. Su nariz era grande y aguileña como la de su padre y con él compartía, además, la forma de la boca, ahora temblorosa y, según pudo notar Ramsés, cuidadosamente pintada. Era imposible no saber quién era. ¿Se trataba de otro de los trucos de Sahin? ¿Una nueva versión del juego del gato y el ratón consistente en alimentar esperanzas, para luego destruirlas, poniendo a su hija como única alternativa visible a la prisión?

Ella deslizó la palma y los dedos lentamente sobre sus labios.

- ¿Por qué? -preguntó él muy quedo.

- ¡No hagas preguntas! -El nerviosismo le había dejado la voz reducida a un hilo.

Al enderezarse, Ramsés pudo ver cómo, debajo del envolvente y negro *tob*, llevaba puesto un frívolo vestido rosa al estilo europeo.

Le llevó algo de tiempo abrir los grilletes. Por debajo de la estela de perfume que la rodeaba, Ramsés podía sentir el miedo que hacía temblar sus manos y que la hacía sudar, empapando su cuerpo.

Los aros de acero se abrieron finalmente. Aquella eterna oscuridad le había hecho perder la noción del tiempo, pero debía de

haber estado allí durante horas. Muy despacio, bajó los brazos doloridos y cerró las manos. Ella estaba de rodillas, ocupada con la cadena que tenía alrededor de los pies. Ramsés se inclinó y le hizo apartar las manos.

- Yo lo haré. Sostén la linterna. ¿Cómo funcionan?

- Tienes que empujar… aquí… -Un dedo tembloroso indicaba el punto exacto-. Y tirar de esto al mismo tiempo. Están oxidadas y bastante duras.

Las cadenas tintinearon mientras él maldecía para sus adentros. Hacían demasiado ruido y les estaban haciendo perder demasiado tiempo. Todo parecía estar excesivamente tranquilo. ¿Acaso Sahin no había dejado ningún guardia? Quizá no se tratara de uno de sus trucos, después de todo. De haber sido su padre él organizador de todo aquello, ella no se mostraría tan atemorizada. Una vez de pie, la muchacha le arrojó un fardo.

- Póntelo. ¡Deprisa!

Debía de tratarse de uno de los caftanes de Sahin. La lana era demasiado buena y resultaba demasiado costoso como para poder pasar inadvertido con él, pero, puesto que no tenía otra alternativa, se lo puso, enrollando la bufanda de lana alrededor de su cabeza y su cara. El último objeto que contenía el fardo era un cuchillo. La verdad es que había pensado en todo… excepto en el cinturón. Valiéndose del cuchillo, cortó una banda de tela de la parte inferior del caftán y se la enrolló alrededor de la cintura. Después, deslizó el cuchillo en el improvisado fajín.

La muchacha permitió que Ramsés la precediera en su camino hacia la puerta, pero iba tan pegada a él que Ramsés podía oír su agitada respiración. Había dejado la puerta entornada. Ramsés hizo un rápido recorrido con la linterna, casi esperando ver la cara sonriente de Sahin y a un guardia armado hasta los dientes… pero el pasillo estaba vacío.

- Por ahí. -La muchacha alargó un brazo tembloroso por encima de uno de sus hombros.

- Lo sé, ¿hay alguien más en las otras celdas?

- ¿Y eso qué importa ahora? ¡Deprisa!

Ella lo empujó, pero él no cedió.

- ¿Hay…?

- ¡No!

A la luz de la linterna no se veían trancas ni cerrojos, pero él no se podía marchar de allí sin estar completamente seguro. Una detrás de otra, abrió las puertas con cuidado, lo justo para poder echar una ojeada dentro. A pesar de ello, los goznes lanzaron toda una serie de crujidos a los que la muchacha respondió como el eco en un tono aún más alto mientras tiraba de su brazo.

Ramsés permitió que se lo llevara de allí. Sin contar a la familia de ratas que habían creado su hogar en uno de los montones de paja enmohecida, las celdas estaban vacías. La muchacha encabezaba la marcha, caminando sobre la punta de los pies y levantando sus negros faldones. Ramsés subió tras ella por las escaleras de piedra y la siguió a través de todo un laberinto de estrechos pasillos y pequeños almacenes. Saltaba a la vista que conocía muy bien aquellos sótanos, aunque a Ramsés le costaba creer que los hubiera explorado sola, sin contar con la ayuda de nadie.

Pero lo cierto fue que cuando finalmente llegaron junto a una puerta de madera, no se habían cruzado ni habían visto a nadie. La muchacha tiró de la manija. Sin saber muy bien por qué, a Ramsés no le sorprendió que la puerta se abriera silenciosamente de repente. Las estrellas brillaban sobre sus cabezas, iluminando un patio amurallado que se utilizaba con fines prácticos. Sin fuente ni flores, en él solo crecían malezas y se amontonaba la basura. Se encontraban en la parte posterior de la casa, muy cerca de las cocinas. Alzando la mirada, escrutó el cielo nocturno y encontró la Osa Mayor y la Estrella Polar. Faltaban pocas horas, para el amanecer. Era necesario apresurarse, pero todavía le quedaba una pregunta por hacer.

Se volvió hacia la muchacha.

- ¿Quién te ayudó?

- ¡Nadie! Lo hice sola, todo. Te vi llegar hoy, cuando te trajeron hasta aquí y yo… Ahora no tenemos tiempo para esto. Tienes que darte prisa.

- ¿Pero cómo sabías…?

- ¡Nada de preguntas! No te resultará fácil salir de la ciudad. Te mostraré dónde…

- No, regresa a tus habitaciones antes de que te echen de menos. Ahora sé dónde estoy.

Ella puso sus manos sobre los brazos de él.

- Un caballo. Te conseguiré uno

- ¿Por qué no te limitas a pintarme una diana en la espalda? -le preguntó Ramsés, sintiéndose inmediatamente culpable al ver cómo a ella le temblaban los labios de consternación.

Su cara estaba tan cerca que Ramsés podía distinguir el *khol* que delineaba sus ojos. Se había acicalado como si fuera a una cita amorosa y lo más probable era que aquel absurdo vestido rosa fuera uno de los mejores que tenía.

- Lo siento -susurró y, aunque no podían perder ni un minuto, se estrujó el cerebro tratando de encontrar algunos tópicos que resultaran agradables-. Me has salvado la vida. Nunca olvidaré…

Expiró lanzando mi gruñido, cuando la muchacha se arrojó en sus brazos.

- Un día, nos volveremos a encontrar -dijo ella anhelante. ¡A pesar de que nunca podrás ser mío, guardaré para siempre tu imagen en mi corazón!

- Olvidé ese -murmuró Ramsés.

Sus brazos lo rodeaban por completo en un dulce, cálido e intenso abrazo y solo se le ocurrió un modo de hacerla callar.

Así que la besó, a fondo, aunque sin poner su alma en ello, y después se soltó de sus brazos y la empujó a través de la puerta abierta.

- Por allí -le indicó ella con la voz entrecortada-. Gira a la izquierda…

- Sí, de acuerdo. Esto… que Dios te bendiga.

Cerró la puerta empujándola y se dirigió, en lugar de a la salida que la muchacha le había indicado, al muro que se encontraba a su derecha ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que descubrieran que se había escapado y advirtieran a los soldados que el espía inglés andaba suelto? Tal vez algunas horas, tal vez mucho menos. No podía arriesgarse a esperar que se hiciera de día y salir paseándose por el camino por el que había venido.

Cuando llegó al otro lado del muro, se encontró en una típica calle del Medio Oriente, estrecha, polvorienta y completamente oscura. Sus sospechas habían sido infundadas: no había nadie escondido al otro lado.

Había exagerado un poco al decirle a la muchacha que sabía dónde estaba, pero no tardó mucho en orientarse. La cúpula del

minarete de filigrana de la gran mezquita aguijoneaba el cielo iluminado por la luna, indicando el suroeste. Estaba cerca de Serai y, en consecuencia, cerca también del palacio del gobernador. El modo más rápido de abandonar la ciudad era dirigirse hacia el oeste.

Le llevó algo más de tiempo de lo que había calculado. Había que evitar la calle principal que cruzaba la ciudad de este a oeste, ya que estaba iluminada y había guardias a la entrada de los edificios oficiales. Los callejones serpenteaban sin una razón precisa y en dos ocasiones tuvo que subirse a un muro para esquivar a las patrullas. Afortunadamente, los hombres marchaban haciendo tanto ruido que no era difícil saber de antemano cuándo se estaban aproximando.

Unos cinco kilómetros de dunas de arena separaban Gaza del Mediterráneo. Había bastantes sitios donde guarecerse -las ruinas del antiguo puerto de la ciudad, por ejemplo- y los puestos de los centinelas estaban bastante distanciados entre sí, porque su principal objetivo era protegerse de los agentes que pudieran llegar desde el mar. Con los primeros rayos del sol despuntando por el este, Ramsés se introdujo en el agua. Había confiado en poder tomar «prestada» una barca de pescadores aprovechando la oscuridad, pero se había hecho demasiado tarde; a esa hora podrían ver la barca y disparar sobre ella. Con un sincero gemido de pesar, se despojó del caftán de Sahin y se puso a nadar.

* * *

- Él está bien -dijo Nefret-. Creedme. Si no fuera así, lo sabría.

Yo hacía esfuerzos por creerla. El vínculo que los unía era tan fuerte que ella siempre había sido capaz de presentir no tanto el peligro -Ramsés se encontraba en dificultades la mayor parte del tiempo- como cualquier amenaza inminente sobre su vida. No obstante, no parecía haber dormido muy bien. Ninguno de nosotros lo habíamos hecho. Hacía ya casi veinticuatro horas que habíamos recibido la noticia de que Ramsés había sido capturado y, hasta aquel momento, nos habíamos limitado a discutir sobre lo que era más conveniente hacer. Emerson no soporta la espera. A última hora de la tarde habría recorrido ya unos quince kilómetros, paseando arriba y abajo por el suelo alicatado del salón

- Todavía no podemos hacer nada -repetí por décima vez-.

Démosle algo más de tiempo. Ha sabido escapar de situaciones aún peores y, al menos, sabemos que estaba vivo la última vez que lo vieron. Por el amor de Dios, Emerson, deja de dar vueltas como un loco. Lo que necesitas es una taza de té. Ayúdame, Nefret.

Emerson me respondió que no necesitaba mi maldito té, pero yo sí que necesitaba hacer algo y, en mi sensata opinión, Nefret también. La seguridad que nos había manifestado no la hacía, sin embargo, indiferente al destino de alguien a quien tenía en más estima que a su propia vida: respiraba con ansia y sus manos temblaban de tal modo que tuve que preparar el té yo sola.

Inesperadamente, se levantó de un salto. La expectación, y no el temor, fue lo que hizo que se estremeciera, los insoportables momentos finales antes de que un acontecimiento tan deseado se produzca. Al volverse hacia la puerta, esta se abrió… y allí estaba él. Era imposible no reconocerlo, a pesar de que iba vestido con el uniforme británico y el borde de su salacot le ocultaba el rostro.

La verdad es que yo no había llegado a preocuparme de verdad. El instinto de Nefret nunca había fallado. Pero, de todos modos, sentí cómo me quitaban un peso de encima.

- ¡Ah! -exclamó Emerson, fingiendo despreocupación-. Empezaba a pensar que íbamos a tener que salir a buscarte.

- Y yo también. -Ramsés se quitó el sombrero y se desabrochó el cinturón del que llevaba colgada la pistolera-. No me vais a creer… ¡Nefret!

La muchacha había palidecido. Ramsés se abalanzó sobre ella para cogerla mientras se desplomaba y la apretó contra él estrechándola en un abrazo, con la cabeza apoyada sobre uno de sus hombros.

- Nefret… cariño… querida, di algo

- No es para tanto -le aseguré-. Solo un desmayo. Bájala.

- ¡Jamás se ha desmayado en su vida!

Ignorando mi sabia sugerencia, se dejó caer en uno de los divanes con ella todavía entre sus brazos. Profiriendo incoherentes maldiciones, Emerson tomó una de sus flácidas maños y empezó a darle palmaditas. Yo, por mi parte, elegí una taza limpia y vertí algo de té en ella, añadiéndole varias cucharadas colmadas de azúcar.

Instantes después, Nefret empezó a moverse,

- ¿Qué ha sucedido? -preguntó con debilidad.

- Te desmayaste -dijo Emerson con voz ronca.

- ¡Jamás me he desmayado en mi vida! -Había recuperado el color y la indignación hacía brillar sus ojos azules-. Bájame.

- Ha sido culpa mía -dijo Ramsés con aire miserable-. No debería haber irrumpido así. Imagino que pensaste… ¿Estás segura de que te encuentras bien?

Nefret dirigió una sonrisa a su angustiada cara.

- Se me ocurre una cosa para completar la cura.

No tengo nada en contra de las manifestaciones públicas de afecto entre personas casadas o que están a punto de hacerlo, pero no iba a permitir que Ramsés se distrajera.

- Una buena taza de té caliente -dije con firmeza, ofreciéndosela a Nefret. Nefret la apartó.

- Dásela a Ramsés. Por su aspecto se diría que la necesita más que yo.

- Estoy bien, apenas un poco cansado. No he dormido demasiado durante las últimas cuarenta y ocho horas.

- ¿Entraste por la puerta secreta? -preguntó Emerson.

Ramsés negó con la cabeza. Se había hecho unos cuantos arañazos y magulladuras más, incluyendo un chichón de considerables dimensiones en una de sus sienes.

- Ya no es necesario que nos ocultemos, padre. La misión ha saltado por los aires. Un desastre completo, de principio a fin.

Nefret lo observó con ojo crítico.

- No estaría mal que, por una vez, consiguieras regresar de una de tus expediciones limpio de sangre y magulladuras.

- No fue culpa mía -dijo Ramsés, defendiéndose.

- Chetwode dice que te enfrentaste a diez hombres para que él pudiera escapar -dijo Emerson.

- Eso quiere decir que ha estado aquí. Eran solo seis-añadió Ramsés.

- Mmm-murmuró Emerson-. Sí, ha estado aquí, y nuestra tapadera también ha saltado por los aires. Insistió en entregar su mensaje en persona y, si no sabía quién era yo cuando vino hasta aquí, ahora lo sabe. Yo… yo olvidé mi papel cuando nos dio la noticia de que te habían capturado y que estabas «en las despiadadas garras del hombre más peligroso del imperio

otomano», tal y como él lo llamó. Nuestro amigo tiene una vena melodramática.

- Mmm -dijo Ramsés-, Así que él se quedó el tiempo suficiente como para poder verlo, ¿verdad?

- Según él, porque esperaba poder ayudarte, pero os llevaban demasiada ventaja y él debía, además, cumplir tus órdenes. Fue en ese momento cuando Nefret y tu madre se precipitaron en la habitación…

- Estábamos en uno de los pasajes secretos -le expliqué-. Un recurso muy útil, he de reconocer. La noticia de que un oficial británico había llegado hasta aquí trayendo un mensaje despertó nuestra curiosidad, de modo que nosotras…

- También olvidasteis vuestros papeles -dijo Emerson.

- El daño ya está hecho, querido. El lugarteniente Chetwode no pareció en absoluto sorprendido al vernos salir de repente del armario.

- Te va a proponer para una medalla -le informó Nefret.

- Encantador -dijo Ramsés sarcástico-. ¿Así que os quedasteis aquí a tomar el té sabiendo que yo estaba siendo objeto de abominables torturas?

- Discutíamos sobre los pasos a seguir para rescatarte -le expliqué-. Y sobre el modo más eficaz de hacerlo.

- Lo sé madre, estaba bromeando.

- No seré yo la que niegue que un toque de humor no viene mal de vez en cuando -dije-. Sin embargo… el teniente Chetwode nos contó lo que sucedió hasta que consiguió escapar, de manera que no es necesario que repitas esa parte.

- ¿Mencionó por casualidad que de no haber sido porque a él se le ocurrió intentar disparar sobre Ismail Pachá, podíamos haber salido del trance sin necesidad de huir ni de tener que enfrentarnos, a ningún otro obstáculo?

Nefret sofocó un grito, Emerson maldijo y yo dije apaciblemente:

- Deduzco que no lo consiguió.

- No. No tenía ninguna posibilidad de hacerlo. Tenía por medio la considerable masa del gobernador y, por si fuera poco, una gran confusión. Aunque, si he de decir la verdad, fui yo el culpable -prosiguió Ramsés dando muestras de cansancio-. Sospeché que iba

armado y le quité una pistola antes de salir. Tenía que haber pensado que Cartright sería capaz de prever una cosa así y le proporcionaría un arma de recambio. No lo registré y tendría que haberlo hecho.

- Deja ya de echarte todas las culpas y cuéntanos lo que pasó -le apremié-: Desde el principio, por favor, y en el orden que corresponde.

Su relato coincidía en buena parte con lo que Chetwode nos había contado, hasta llegar al momento en el que el teniente disparó sobre el sospechoso; de acuerdo con sus palabras, si había salido huyendo era porque Ramsés se lo había ordenado.

- Es cierto que le dije que saliera corriendo-admitió Ramsés-. El daño estaba hecho y en medio de todo aquel tumulto nadie podía saber quién de nosotros había disparado. Los guardias del gobernador se dirigieron hacia mí y las cosas sucedieron como era de esperar. Conseguí salir del paso hasta que alguien arrojó una piedra. Cuando estaban a punto de conducirme ante el gobernador, va y aparece… Esta es la parte que os va a costar un poco creer.

Durante su juventud, Ramsés había sido abrumadoramente prolijo y muy dado al uso excesivo de adverbios, adjetivos y demás floripondios descriptivos, lo que en su momento me había parecido extremadamente exasperante, pero el estilo narrativo del que hacía uso ahora, escueto y carente de información; casi me irritaba aún más. Los hechos, no obstante, bastaban por sí mismos para mantenernos embelesados, por lo que ninguno de nosotros abrió la boca hasta qué terminó.

- De modo -dije- que al principio trató de atraerte agasajándote y dedicándote palabras aduladoras; pero cuando te negaste a decirle lo que quería saber te encadenó a la pared de una celda y te abandonó allí. Luego, tú te las arreglaste para soltarte, darte cuenta de que el-guardián había abandonado su puesto y escapar. Así de simple.

- ¿Cuántas veces me has dicho -dijo Ramsés- que debo atenerme a los hechos, evitar los excesos retóricos y…?

- ¡Maldita sea!-exclamé.

- Esto… mmm -dijo Emerson elevando la voz, mientras Nefret se echaba a reír y Ramsés me dedicaba una de sus más encantadoras sonrisas-. ¿Qué te parece si tomamos otra taza de té, Peabody? Y tú

también, muchacho. Tal vez unas cuantas palabras más nos hagan entender…

- Hay una mujer envuelta -dije-. ¿Verdad? ¿Quién?

La sonrisa de Ramsés tuvo una muerte rápida.

- En el siglo XVII a usted la habrían quemado en la hoguera…

- Es muy posible -admití, tomando la taza que Emerson me ofrecía-. Inténtalo de nuevo, Ramsés, desde el principio.

Así que fuimos obsequiados con una descripción de la bella y atrayente hija de Sahin Pachá y de la singular oferta que el mismo Pachá le había hecho. Una vez obligado a hablar, Ramsés nos ofreció un ameno relato de lo sucedido e incluso Emerson tuvo que sonreír a su pesar cuando nuestro hijo mencionó los comentarios del turco sobre la poligamia.

- Excelente consejo, muchacho, aunque no deja de ser extraño. Es imposible que estuviera hablando en serio.

- ¿De verdad crees que no? -preguntó Nefret.

Era la primera vez que intervenía desde que Ramsés iniciara su narración. Su marido la miró fugazmente, mientras negaba con la cabeza.

- Sabía que yo no aceptaría… o que no mantendría mi palabra de hacerlo.

- Oh, sí, tú la habrías mantenido -murmuró Nefret.

- No se la di. Me parece -dijo Ramsés con énfasis- que deberías sentirte orgullosa de que prefiriera la tortura y la muerte a la infidelidad. Y además, por si fuera poco, era una muchacha muy atractiva.

- Vamos, vamos, no os peleéis-dije-. ¿Fue ella la que te ayudó a escapar?

Ramsés hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

- No hubiera podido liberarme solo de aquellas cadenas. Es una criatura muy eficiente -dijo pensativo-. Me trajo un caftán, algo con lo que cubrirme la cabeza y un cuchillo. También se ofreció a robar un caballo para mí, pero le hice notar, ahora que lo pienso de un modo un tanto brusco, que eso solo habría servido para llamar la atención.

Daba la impresión de que Nefret quería decir algo -y yo sabía lo que era-, pero al final se contuvo. Fue Emerson el que expresó en voz alta lo que, obviamente, yo también había pensado.

- Te liberó él. La muchacha se limitó a seguir sus órdenes o a cooperar.

- Yo también lo he pensado, por supuesto-dije-. Pero no le veo sentido. Si intervino para librarte de los hombres del gobernador, ¿para qué dejarte escapar poco después?

- Que me aspen si lo sé -contestó Ramsés-. Imagino que estará ya preparada para la especulación, madre: proceso muy útil que elimina la maleza de la espesura de la deducción.

No me importó que me tomara el pelo. El alivio que sentía al tenerlo de nuevo allí, vivo y casi indemne, era demasiado grande.

- Lo has adivinado -dije-. Para empezar, supongamos que lo que él pretendía era salvar tu vida. Si no te hubiera rescatado de la guardia del gobernador, el trato que habrías recibido habría sido mucho menos considerado.

- Me sorprendería saber que Sahin Bey, Pachá debería decir, actuó así por pura cortesía -dijo Ramsés-. Su motivo era otro y no creo que fuera simplemente el de encontrarle un marido a su hija.

- Entonces, ¿cuál? -gruñó Emerson-. Aun en el caso de que sus intenciones fueran cambiar de bando y unirse a nosotros (lo que, a primera vista, parece improbable), no necesitaría tu apoyo. Los miembros del Ministerio de la Guerra serían capaces de vender sus almas, y hasta las de sus madres y abuelas, con tal de tener al jefe de los servicios secretos turcos de nuestra parte.

Ramsés se rascó con aire ausente uno de los arañazos que tenía sobre la mandíbula.

- Estoy de acuerdo con usted, padre.

- Con todo, hay que informar al cuartel general.

- Ya me he ocupado de eso. ¿Por qué supone si no que llevo puesto este condenado uniforme? Estuve en el agua tanto tiempo que se me borró la pintura de la piel, pero no tenía nada con lo que vestirme a excepción de lo más indispensable y no podía presentarme, ante el general Chetwode de esa manera -añadió Ramsés-. Imagino que el oficial que asalté me guardará todavía algo de rencor: tuve que pedirle prestado el uniforme sin su consentimiento. No tenía que haberse alejado tanto del campamento paseando.

Emerson conocía a su hijo demasiado bien como para dejarse engañar por su aparente jovialidad.

- ¿Qué fue lo que dijo el general Chetwode?

Ramsés se encogió de hombros.

- ¿Y qué otra cosa podía decir aparte de «mala suerte, muchacho, pero, después de todo, estoy contento de que consiguieras regresar»? Nuestro Chetwode se encontraba ya camino de El Cairo para presentar su informe.

- Tenía demasiada prisa en abandonar la ciudad, ¿no crees? -reflexionó Emerson-. ¿Le contaste todo al general?

- Yo nunca le cuento a nadie más de lo estrictamente necesario -dijo Ramsés molesto-. Nadie me cuenta nada *a mí*. Daría lo que fuera por saber quién es el que mueve verdaderamente los hilos. Aparentemente, el general Chetwode no estaba al corriente de las intenciones de su sobrino; a él solo le dijeron que salíamos a hacer un reconocimiento. No le mencioné a la muchacha ni tampoco la propuesta que me hizo Sahin. El general piensa que lo único que me ayudó a escapar fue mi astucia. Lo siento, debería haber regresado aquí directamente pero…

- ¡Bah! -dijo Emerson con brusquedad-. Hiciste lo que debías. Sigo diciendo que la muchacha no puede haber actuado sola. La joven y malcriada hija de un aristócrata, criada en un harén…

- Su educación ha sido occidental -lo interrumpió Ramsés-. Pero, en lo básico, no te equivocas. Alguien debe de haberlo ayudado, aunque no tiene por qué tratarse necesariamente de su padre.

- Ah --dijo Emerson.

- Lo siento, padre, tenía que haberme esforzado un poco más en encontrarlo.

- No seas ridículo-dije, enérgica-. No podías perder tiempo si no querías que te capturaran de nuevo y, además, si no hubieras regresado, tu padre habría salido en tu busca.

- Tal vez debería haber permitido que fuera en mi lugar. -Ramsés se dejó caer sobre los almohadones y cerró los ojos. Las manchas oscuras que el agotamiento había pintado bajo sus ojos eran ahora más que visibles-. Soy el culpable de que todo haya resultado un completo fracaso. Lo siento…

Nefret estaba sentada con las piernas cruzadas sobre el diván que se encontraba junto al suyo. Se levantó haciendo tintinear las pulseras que llevaba en las muñecas y en los tobillos.

- ¡Deja de una vez de decir que lo sientes!

- Totalmente de acuerdo -exclamó Emerson-. Yo soy el primero que debería excusarse, muchacho, por haberte importunado tanto. Vete a descansar un poco.

Ramsés se sentó, sosteniéndose la pesada cabeza con las manos.

- Podría tratarse de él. No tuve tiempo de verlo bien. Tampoco pude distinguir si los soldados iban escoltando a un prisionero o si, por el contrario, lo que hacían era proteger a un hombre santo. Pero el simple hecho de que yo esté aquí ahora y no en una de las celdas de Sahin indica, sin lugar a dudas, que Sethos se encuentra en Gaza. A menos que sea eso lo que pretenden hacernos creer… Lo siento, me da la impresión de que estoy complicando las cosas en lugar de aclararlas.

- Supongo que no tendrías tiempo de interrogar a la muchacha -dije-. ¡Y no vuelvas a repetir que lo sientes!

Ramsés hizo un esfuerzo por esbozar una débil sonrisa.

- Sí, madre, le pregunté quién era el que la había ayudado y me respondió que nadie, que lo había hecho todo sola.

- Mintió-dije-. Lo que resulta bastante comprensible; imagino que quería quedarse con todo el mérito y con… mmm… tu gratitud.

Ramsés hizo un gesto negativo con la cabeza.

- No creo. Su miedo era auténtico. Ya sabéis cómo trabaja Sethos. Si fue él quien organizó mi huida, lo más probable es que encontrara el modo de proporcionarle todo lo necesario, aunque dejándole pensar que era ella la que había tenido la idea.

- Pero ¿cómo se las arregló? -pregunté-. Tuvo menos de doce horas para trazar su plan y llevarlo a cabo. Debía de saber cuál era la verdadera identidad del prisionero de Sahin, ya que de otro modo no se habría tomado tantas molestias por un desconocido. ¿Cómo supo que se trataba de ti?

- Yo también me he hecho la misma pregunta. -Ramsés se enderezó aún más en su asiento-. Y no creo que se trate de una cuestión sin importancia. ¿Podría ser esa la razón de que Sahin no me encerrara directamente en una de sus celdas? ¡Maldita sea, sí! Me dejó a la vista, sin barba, con la cabeza al descubierto, fácilmente reconocible… y al llevarme escaleras abajo me hicieron desfilar antes por casi toda la casa. Si Sethos estaba en ella… -de nuevo, perdió sus fuerzas-. Pero todo eso no nos ayuda a contestar a la pregunta más importante.

- Sí, sí -dijo Emerson interrumpiéndolo con brusquedad-. Hablaremos de eso más tarde. Llévatelo, Nefret.

Ramsés se puso lentamente de pie.

- ¿Llevarme adonde?

- A mi pequeña celda privada -dijo Nefret, pasándole el brazo sobre los hombros.

- ¿Hay mirillas en las paredes?

- Probablemente. ¿Importa?

- Eso depende. -Ramsés sonrió a Nefret, quien se había vuelto para mirarlo, y acarició su mejilla con la punta de los dedos.

- No creo que importe -admití-. A estas alturas, todos en la ciudad sabrán ya que tenemos algún tipo de relación con oficiales británicos y que tal vez no seamos en realidad quienes aparentamos ser. Por eso insisto en que descanses en lugar de… esto…

- Por supuesto, madre. -Nefret se giró y me sonrió de un modo encantador.

- Ese ha sido un consejo altamente impertinente y que nadie parecía haberte pedido -dijo Emerson, después de que los chicos abandonaran la habitación-. Ella cuidará de él y… mmm… sabrá también cómo devolverle los ánimos. Ese muchacho es demasiado duro consigo mismo.

- Siempre lo ha sido -dije, pasando por alto su crítica-. No se le puede culpar; el que de verdad tiene la culpa es ese maldito Ministerio de la Guerra. ¿Debería empezar a hacer las maletas?

- No, querida. ¿A qué viene esa prisa?

- Suponía -repliqué con una cierta dosis de sarcasmo- que no verías la hora de salir a la caza del canalla sin escrúpulos que casi consiguió que torturaran y asesinaran a nuestro hijo.

- Todo a su debido tiempo, Peabody. No nos ha resultado nada fácil llegar a estar tan cerca de Gaza, así que puedes estar segura de que no voy a marcharme hasta que no averigüe lo que he venido a saber.

- ¿Y cómo te propones hacerlo?

- Podemos esperar a que intente aproximarse a nosotros. Según tengo entendido, ese es tu método preferido de investigación.

- Imagino que estás hablando de Sethos.

- De Sethos o de cualquier otro que haya decidido que somos una amenaza para sus planes. -Tras sentarse en el diván, me hizo

una seña-. Ven a sentarte a mi lado, querida. Estos últimos días no hemos disfrutado de demasiada intimidad.

Acepté de inmediato, pero cuando su robusto brazo me rodeó y me estrechó junto a él, tuve que recordarle lo de las mirillas. Emerson se limitó a soltar una risita.

- Ya es hora de que le dedique algunas atenciones a la más veterana de mis esposas. Dame un beso.

- ¿En inglés? -pregunté.

- El beso es un idioma universal-dijo Emerson.

Me sentí tan conmovida por la poesía que encerraba aquel sentimiento que soporté los pinchazos de su barba sin poner objeciones. Al recuperar el aliento, le dije con recelo:

- Te veo muy contento, ¿no estarás ocultándome algo?

- No tengo ninguna intención de ocultarte nada, querida. No quise retener a Ramsés durante mucho más tiempo e impedirle que se fuera a la cama… mmm… a descansar, pero lo cierto es que planteó una cuestión bastante interesante. Si Sethos estaba en la misma casa… Seguramente estaba, ¿verdad? No solo sabía que se trataba de Ramsés, tenía también acceso a la muchacha. Ahora escucha atentamente…

- Sí, querido.

Me froté mi mejilla enrojecida.

- No puede haberse presentado ante ella como Ismail Pachá. Habría corrido un riesgo innecesario. Se hizo pasar por otra persona… y yo sé por quién.

- Bueno, yo también.

- ¡Maldita sea! -gritó Emerson, retirando su brazo y mirándome con perversidad-. ¡Lo estás haciendo de nuevo! Siempre dices que…

- Pero querido, es obvio.

- ¿Ah sí? En ese caso, dime quién es. ¿O prefieres que nos entretengamos con el viejo juego de escribir la respuesta y esconderla en un sobre?

Lo habíamos hecho ya en numerosas ocasiones y, al menos aquí, en las páginas de mi diario privado, he de admitir que cuando no estaba muy segura de mis conclusiones conseguía manipular a Emerson para que se rindiera primero. Esta vez, sin embargo, no dudé.

- Bueno, querido, creo que somos demasiado mayores ya para

ese tipo de juegos. Estoy encantada de poder ayudarte. Se disfrazó de Sahin Pachá.

Emerson soltó una carcajada. Sin embargo, se recuperó casi al instante y empezó a mesarse la barba.

- La verdad, Peabody, es que es tremendamente ingenioso, pero… No, es imposible. ¿Qué es lo que te condujo a una conclusión tan singular como esa?

- Ahora te toca a ti -le dije bromeando-. ¿De quién sospechas tú?

- Necesito mi pipa -murmuró Emerson-. ¿Qué has hecho con ella?

Yo no había hecho nada con ella. Refunfuñando para sus adentros, Emerson hurgó en sus aparatosos ropajes hasta que la localizó junto a su tabaquera. Lo ayudé a encenderla, atenta a que no le cayera ninguna chispa sobre la barba.

- Bueno -dijo Emerson, arrellanándose de nuevo en el diván y aspirando el humo con deleite-. ¿Dónde nos habíamos quedado?

- Estabas a punto de decirme quién sospechas tú que podría ser Sethos.

El confort que proporcionaba a Emerson su adorada pipa le había dado nuevos bríos.

- El sirviente-dijo decidido.

- ¿El tipo que les llevó el té? Habían echado droga en él, Emerson:

- Bueno, claro que sí. Si no hubiera cumplido las órdenes de su amo se habría desenmascarado. La gente no presta atención a los criados -prosiguió Emerson-. Y Sahin había tomado prestada la casa, y se supone que también la servidumbre, de otra persona.

- No es propio de Sethos elegir un papel tan insignificante.

- No, a él le gustan mucho más las grandes actuaciones. Seguramente habría preferido hacerse pasar por alguien tan conocido como Sahin.

Parecía tan apenado que me sentí en la obligación de halagar un poco su vanidad. Los maridos suelen apreciar ese tipo de gestos.

- Sin embargo, hay algunas cosas que sigo sin entender -dije-. ¿Cómo pudo engañar Sethos a los hombres de Sahin, a su familia e incluso a su propia hija?

- Oh, eso -dijo Emerson restando importancia a mi pregunta con un movimiento de la mano-. Sethos ha conseguido engañar a

individuos mucho más perspicaces que un simple puñado de guardias con tan pocas luces como los de Sahin. Por otra parte, la muchacha no debe de haber visto mucho a su progenitor; no creo que Sahin sea el tipo de padre que se dedica a jugar con sus hijos.

- Bueno, tal vez me equivoque-dije dando muestras de mi generosidad-. Sin saber más sobre la casa es imposible saber cómo se las arregló.

- Yo tampoco sé cómo lo hizo -admitió Emerson-. Ni lo que hay detrás de esta maniobra. Pero tengo la sensación, sí, querida, puedes llamarla premonición si te parece, tengo la sensación de que mi excéntrico… allegado… no tardará demasiado en ponerse en contacto con nosotros, Y dado que, aparentemente, hay ya mucha gente que conoce nuestra verdadera identidad, creo que deberíamos dejar de esforzarnos por pasar por respetables musulmanes. ¿Qué te parece si tomo prestada una botella de whisky de nuestros amigos?

- He sopesado las posibles ventajas y desventajas de poner fin a esta mascarada y, en mi opinión, las primeras superan a las segundas. Por un lado, la gente a la que intentábamos engañar sabe ya la verdad y, por otro, la presencia del Padre de las Maldiciones hará que todos los demás nos respeten. En cualquier caso, no es necesario que pidas nada prestado.

Al decir esto metí la mano detrás de los almohadones y saqué el paquete del que me había ocupado personalmente durante el largo y pesado viaje. Se trataba de un bulto grande y de superficie algo irregular, como por desgracia sabía muy bien, ya que había estado sentada sobre él durante la mayor parte del camino.

- ¡Dios mío!;-exclamó Emerson cuando saqué la botella que llevaba envuelta entre la ropa.

- Tendremos que contentarnos con un poco de agua o beberlo tal cual, como hace Cyrus. El sifón ocupaba demasiado espacio y además, era demasiado frágil.

La sonrisa se borró del rostro de Emerson.

- ¿Qué más llevas metido ahí? -preguntó suspicaz.

- Pantalones, camisas, botas para mí y para Nefret… ya lo viste el otro día… mi cuchillo y el suyo… mi cinturón de herramientas… y…

- ¡No! -exclamó Emerson con los ojos a punto de salírsele de las órbitas.

- Deberías saber ya que no me embarcaría en una aventura peligrosa sin ella. -Añadí mi sombrilla al resto de los artículos que había esparcido por el sofá.

Los labios de Emerson se retorcieron, pero sus ojos mantuvieron un destello de vana esperanza.

- Por favor, no me digas que es…

Cogí el mango de la sombrilla y, tras desenroscarlo, tiré de él.

- Mi espada-sombrilla, sí. La misma que tuviste la amabilidad de regalarme.

Emerson cogió entonces la botella.

* * *

No volvimos a ver más a los chicos aquella noche. Cuando bajaron a desayunar me alegró comprobar que Ramsés parecía más descansado. Iba vestido con la camisa y los pantalones del uniforme, pero como llevaba la primera abierta e iba descalzo, la odiosa imagen del militar quedaba atenuada. Ramsés estuvo de acuerdo conmigo en que teníamos que abandonar nuestros disfraces.

- Me imaginaba que a mi madre no le gustaría verse confinada eh el harén durante mucho tiempo -comentó, mientras escogía una pieza de fruta de la bandeja.

- Resultaba poco práctico -expliqué-. Nos estábamos quedando ya sin excusas para dejar entrar a desconocidos en nuestras habitaciones. No he hablado con Selim durante días y creo que se impone que celebremos un consejo de guerra. Tenemos que decidir cuáles serán los próximos pasos a seguir.

- ¿Próximos pasos? -Ramsés arqueó las cejas-. Pero eso es obvio: no tiene ningún sentido que ustedes se queden aquí.

A pesar de que no se me había pasado por alto el pronombre, dije:

- Esa es una de las cosas que tenemos que discutir. Preguntemos a Selim si quiere unirse a nosotros, tal vez él te pueda encontrar algo para que te pongas, Ramsés. Traje ropa para cambiarnos, pero no para ti.

- Oh, no sé -dijo Nefret arrastrando las palabras-. A mí me gustan esos pantalones cortos. Deberías llevarlos siempre puestos y nuestro padre también.

A pesar de que Emerson tiene las extremidades inferiores muy

bien formadas, se avergüenza de ellas, por lo que, tosiendo, miró hacia otro lado. En cambio Ramsés, menos tímido que su padre, se echó a reír y dijo:

- Debería devolvérselos a su propietario, junto con el resto de la ropa; pero eso no es ahora prioritario. Vayamos a buscar a Selim.

Selim se mostró encantado de aceptar la invitación. Tras acomodarse sobre un almohadón, miró a su alrededor con aire aprobatorio.

- Esto está muy bien. Como no hemos podido hablar hasta ahora, tendrán que contármelo todo. ¿Qué sucedió en Gaza, Ramsés?

Selim estaba ya al corriente de que Ramsés había regresado sano y salvo; de hecho había sido el primero en saberlo, ya que lo había reconocido nada más verlo. Pero Ramsés no se había detenido a darle ninguna explicación, deseoso como estaba por tranquilizarnos, así que tuvo que contarle toda la historia de nuevo.

- Ah -dijo el joven con interés-. ¿Es hermosa?

Todos nos echamos a reír y Ramsés volvió a contar lo que Sahin le había dicho sobre el hecho de tener varias mujeres.

- A mí no me parece así -dijo Selim con un cierto aire de presunción-. Arriesgándose para que pudiera escapar, ha demostrado ser una muchacha muy valiente. Solo espero que no tenga que sufrir por ello.

- Y yo también -se limitó a decir Ramsés.

Mis sospechas se habían confirmado: tenía la intención de regresar a Gaza. Había dejado su misión inconclusa y la preocupación por el posible destino de la muchacha no dejaría de perseguirlo hasta que se asegurara de que se encontraba a salvo.

Selim no fue capaz de añadir nada a nuestras propias deducciones, pero, en su opinión, Ismail Pachá era, en realidad, Sethos.

- Entonces, ¿qué es lo que vamos a hacer ahora? -preguntó.

- Esperaremos unos cuantos días hasta que la noticia de nuestro paradero se extienda -le contestó Emerson-. Si Sethos no trata de ponerse en contacto con nosotros durante todo ese tiempo, saldremos en su búsqueda.

- ¡Padre! -exclamó Ramsés.

- Vamos, muchacho, no desperdicies tu saliva. Piensas ir, no lo

niegues. Si mi… mmm… si lo están reteniendo contra su voluntad, debemos liberarlo. Y si, por el contrario, se ha convertido en un traidor…, lo que -dijo Emerson inexorable- parece ser cada vez más y más probable…, en ese caso, seremos nosotros los que tendremos que apresarlo.

- ¿Por qué dices que te parece cada vez más probable? -le pregunté con vehemencia-. Antes dijiste…

- Si fuera un prisionero bien custodiado, no podría haber organizado la fuga de Ramsés -me replicó Emerson con idéntica vehemencia-. No trates de defenderlo, Peabody, o empezaré a preguntarme si no te has recuperado de tu…

- ¡Emerson, por favor!

- Nuestro padre tiene razón. -La calma con la que Nefret nos habló trataba de recordarnos a ambos que corríamos el peligro de perder el hilo de la conversación-. Traidor o cautivo, nosotros tenemos la obligación de sacarlo de Gaza.

Ramsés la miró aterrorizado.

- ¿Qué quieres decir con «nosotros»? Reconozco que mi intento no tuvo ningún éxito pero fue porque Chetwode lo echó todo a perder. Una persona sola tiene más posibilidades que tres… cuatro… cinco… Dios mío, padre, usted no puede…

- Yo, en cambio, creo que puedo -dijo Emerson-. Sin correr, además, tantos riesgos como tú, Ramsés. ¿Supones acaso que Sahin no habrá puesto a todos en Gaza a buscar al hombre que responde a tu descripción?

- Pero ¿cómo…?

Emerson alzó una mano para pedir silencio y se metió la otra en el bolsillo.

- Tengo otro montón de documentos -dijo con orgullo.

Eran mucho más impresionantes que los primeros: salpicados de gotas de lacre carmesí, enmarcados por vistosos rasgos y con una buena cantidad de dorado en ellos. La escritura era igualmente decorativa y parecía árabe, aunque no pude entender nada de lo que decía, por lo que tendí el papel a Ramsés.

- Turco -murmuró-. Padre, ¿tiene alguna idea de lo que dicen?

- No -dijo Emerson sosegado-. ¿Queda algo de café?

- Pero… pero… -Ramsés se pasó una mano por sus rizos y blandió los papeles frente a la nariz de Emerson-. ¿Tenía la

intención de usarlos para entrar en Gaza? Usted no sabe si se trata de una denuncia contra usted o… ¡o de la lista de la lavandería de alguien!

- ¿De verdad?-inquirió Emerson.

Nefret sirvió a ambos dos tazas del café turco recién hecho que ella sabía preparar tan bien y Ramsés volvió a examinar los papeles.

- No -admitió-. Por lo que entiendo, parecen estar en orden. Nunca hasta ahora había tenido el privilegio de ver una orden directa de la Puerta Sublime, firmada por el mismo sultán.

- Pocos lo han tenido -dijo Emerson, dando un sorbo a su café-. Ah… excelente. Gracias, Nefret. Sabía que el-Gharbi no me engañaría, pero la mayor parte de la gente se quedaría impresionada con solo echar una mirada a esos documentos, sobre todo si tenemos en cuenta que el analfabetismo es…

- El-Gharbi -lo interrumpió Ramsés-. Debería habérmelo imaginado. ¿Qué le prometió usted a cambio?

- Mi buena voluntad -respondió Emerson con una malvada sonrisa.

Ramsés había perdido su habitual compostura. Su rostro revelaba el efecto que le habían causado tanto la pasmosa sorpresa que le acababa de dar su padre como la evidencia de otro sentimiento igualmente fuerte.

- De modo que -dijo tratando, sin conseguirlo del todo, de controlar su voz-, si yo no hubiera regresado, usted se habría acercado resueltamente a las líneas turcas con un montón de papeles que usted mismo no es capaz de leer, con un brazo roto y con…

- Y con tu madre -dijo Emerson.

En mi opinión, trataba de aliviar la tensión del ambiente con un toque de humor, pero su comentario no tuvo el efecto deseado, ya que; en lugar de reír, Ramsés palideció.

- Está bien -intervine con firmeza-. Uno para todos y todos para uno… Esa es nuestra divisa, ¿no? Tú habrías asumido el mismo riesgo, y hasta uno mayor, Ramsés, Y ahora que nos hemos puesto de acuerdo, volvamos a nuestro asunto. ¿Sirven esos papeles para el propósito que a tu padre se le ha metido en la cabeza?

- ¿Figura mi nombre en ellos?-preguntó Selim.

- No aparece el nombre de nadie -contestó Emerson-. Si un

honorable jeque; amigo del sultán, decide llevar a sus sirvientes…

- Y a sus mujeres-dije.

- ¡Bah! -dijo Emerson-. Supongo que puede llevar consigo a quien quiera. Tranquilizaos, todos vosotros. Todavía no he decidido cómo solucionar esto. Tal vez lo mejor sería tratar de aprovechar la oscuridad para atravesar las líneas enemigas.

- Con un brazo escayolado-dijo Ramsés por lo bajo.

Emerson inspeccionó el yeso, irritado.

- La verdad es que no le veo la utilidad. El brazo me pica como el demonio. Nefret…

- No padre, ni lo piense. -Nefret se acercó aún más a Ramsés, poniendo su hombro junto al de él-. No es necesario que tomemos ahora ninguna decisión. De hecho, sería una completa locura que nos precipitáramos sin tratar de saber de antemano algo más. La única razón que nos hace pensar que Sethos podría encontrarse en Gaza es que quizá fue él el que ayudó a Ramsés a escapar, pero nada de todo eso es seguro, ¿me equivoco? Tal y como ha dicho nuestro padre, lo más prudente es que le demos la oportunidad de ponerse en contacto con nosotros.

Y, así, poder retener a Ramsés junto a ella algunos días más.

- Estoy de acuerdo -dije-. Nuestro cometido ahora es hacer saber a todos que nos encontramos aquí. ¿Por qué no nos damos una vuelta por el *suk,* Nefret? ¡Dios mío!, la verdad es que no nos vendrá mal salir un poco de casa.

Su limitado guardarropa, unido al hecho de que, según dijo, había visto ya bastante del maldito Khan Yunus, hicieron que Ramsés aceptara de buen grado mi sugerencia de permanecer en la casa, Selim también quiso quedarse, de modo que al marcharnos dejamos a ambos absortos en una conversación que, en buena parte, tenía que ver con la interesante hija de Sahin.

Estrujada en el asiento trasero del coche, medio enterrada entre el equipaje, casi no había podido ver la ciudad al llegar. Solo había en ella un edificio de interés artístico: una bonita mezquita del siglo XIII. Salvo escasas excepciones, las casa eran pequeñas y pobres y el *suk* tampoco tenía mucho que ofrecer. No obstante, sus jardines compensaban la miseria del conjunto. Algunos de ellos se encontraban cercados por las mismas barreras de cactus que rodeaban la ciudad, de apariencia curiosa, es cierto, pero mucho

más efectivas que cualquier otra valla o muro. Había jardines por todas partes y en ellos crecían todas las variedades posibles de frutas y hortalizas. Higueras y almendros, naranjos y granados hacían oscilar las frondosas ramas.

Paseamos durante algo más de mía hora admirando la exuberante vegetación y aprovechamos para comprar algo de ropa a Ramsés en el bazar. Llegada la hora de volver a casa, estaba más que segura de que la población de Khan Yunus al completo estaría ya al tanto de nuestra presencia en la ciudad. Nefret y yo íbamos vestidas a la europea. Emerson llevaba la cabeza descubierta, aunque se había negado a desprenderse de su cómodo caftán y de su barba. (Ya me ocuparía de ella a su debido momento.) Nuestra presencia despertó una enorme curiosidad, pero no la sorpresa que yo me había esperado. Al atravesar la plaza, un individuo andrajoso se acercó a Emerson y, tras llamarlo por su nombre, le pidió una *bacshish*.

El individuo era demasiado alto para ser un árabe y su complexión era robusta. Por un momento pensé que Emerson estaba a punto de arrancarle la barba, pero justo en ese momento vio, al igual que yo, que uno de los brazos extendidos carecía de mano y que la manga colgaba vacía a partir del codo.

- Es demasiado pronto para saber algo de él, Emerson -dije mientras me alejaba, seguida por las sonoras bendiciones de los mendigos.

- No, no lo es. La verdad es que nos podíamos haber ahorrado el paseo: todos sabían ya que estábamos aquí. De no ser así-añadió Emerson, acariciándose con afecto la barba-, ese tipo no me habría reconocido.

- ¿Pero cómo es posible que se haya descubierto? -preguntó Nefret aligerando el paso.

- De una cualquiera de las mil posibles maneras de hacerlo-le repliqué-. La servidumbre ha estado cotilleando y haciendo especulaciones sobre nosotros desde que llegamos.

Seguramente habrá informadores en Khan Yunus que dieron la noticia a los turcos o a los británicos; o, incluso, que se la vendieron a ambos. El teniente Chetwode… No vayas tan deprisa, querida, Selim está con Ramsés y no permitirá que nadie se le acerque.

Mi hijo se había quedado dormido, encogido como un gato sobre

los almohadones del diván. Apostado junto a la puerta, con el cuchillo en la mano, Selim se mostró claramente decepcionado al ver que los que entrábamos éramos nosotros y no el asesino que estaba esperando.

- No vino nadie-dijo con aire de lamentarlo.

- Pero alguien podía haberlo hecho. -Le di unos golpecitos en el hombro-Gracias por cuidar de él, Selim.

- Es mi deber y también un placer -dijo Selim-. Iré a ver lo que ese idiota del cocinero está preparando para comer.

* * *

Aquella tarde tuvimos varios visitantes. Todos querían vendernos algo.

Nuestra visita al *suk* había despertado los instintos mercenarios de todo *entrepreneur* que se encontrara a treinta kilómetros a la redonda. Los vendedores de mercancías algo escogidas solían llevarlas hasta las casas de los clientes más ricos para mostrárselas, especialmente, a las damas del harén. Normalmente se empleaba a mujeres para que llevaran a cabo este tipo de negocios, pero en este caso, dado que se sabía que éramos un grupo de infieles ingleses, fueron los mismos comerciantes los que se desplazaron hasta la casa para someter sus sedas, joyas, alfombras y diversos utensilios de cobre a nuestra inspección. El más astuto de ellos nos trajo varias antigüedades, entre las que se encontraba un escarabeo de Seti I. Toda la zona había estado bajo la dominación egipcia durante un largo período de tiempo y Gaza era, precisamente, una de las ciudades que aparecían mencionadas en ciertos documentos del siglo XIV a. C. Con los brazos cruzados y una expresión de desprecio en la cara, Emerson se negó a violar su norma de no adquirir nunca nada de los comerciantes, pero yo, que pude leer en sus ojos el deseo que tenía de hacerlo, se lo compré, junto con un singular recipiente fenicio muy bien conservado.

Después de eso, le dije a Selim que no recibiríamos más visitas durante un rato y Emerson sacó el whisky. El *ka'ah* del harén nos servía de sala de estar; yo había conseguido dejarlo en un estado de relativo aseo, lo que no se podía decir del resto de las habitaciones de la casa.

Ramsés acababa de abrir el whisky cuando Selim entró corriendo en la habitación.

- Se trata de un hombre-jadeó-. Un oficial. Pregunta…

- Seré yo el que haga las preguntas. Aparta.

El oficial lo había seguido y yo reconocí la cara cuadrada y sonrojada que se asomaba, intentando ver algo por encima del hombro de Selim. Este no se movió.

Emerson se sacó la pipa de la boca.

- ¡Ah, mayor Cartright, caramba! ¿Me permite recordarle que no es usted el que da las órdenes aquí? Pida las cosas con educación.

Cartright consiguió que le salieran las palabras, aunque casi se atraganta.

- ¡Por favor!

Selim se hizo a un lado y cruzó los brazos, permitiendo que Cartright entrara en la habitación. Emerson le hizo notar, con la misma delicadeza, que había damas presentes, ante lo cual Cartright se quitó el sombrero murmurando una excusa.

- Así está mejor -dijo Emerson, dando un sorbo agradecido a su whisky-. ¿Y bien? No se quede ahí embobado, imagino que tendrá algo que decir.

Emerson estaba esforzándose por resultar insoportable y lo cierto es que nadie lo sabía hacer mejor que él. Cartright se tragó algunas cuantas palabras que sabía de antemano que era mejor no pronunciar e inspiró profundamente.

- Haga salir… eso es, ¿podría hacer salir a ese hombre de la habitación, por favor?

- No -dijo Emerson-. Pero haré lo posible por impedirle que haga uso de su cuchillo contra usted. Una de dos, o están ustedes muy satisfechos de sí mismos o tienen mucho valor para atreverse a venir hasta aquí después de la sucia jugada que nos han hecho.

Todavía de pie -nadie lo había invitado a sentarse-, Cartright sacó un pañuelo y se secó las cejas llenas de sudor.

- Apelo a usted, señora Emerson. ¿Me permite que diga algo?

Me miraba a mí y no a Nefret, cuyos labios apretados y mejillas color carmesí debían de haberle dejado muy claro que no podía esperar ninguna consideración por su parte.

- ¿Va a decirnos que usted no sabía nada de los planes de Chetwode?

- Chetwode es un mald… ¡es un joven estúpido! -exclamó su superior, encendido-. No sabía nada, señora Emerson, debe creerme

porque es la verdad.

Ramsés habló por primera vez.

- ¿Palabra de oficial y caballero?

Cartright no percibió la ironía.

- ¡Sí! Me sentí horrorizado al saber lo que Chetwode había hecho. Ha sido relevado de su cargo y será castigado en el modo que le corresponde. ¿Me cree?

- Puesto que usted nos ha dado su palabra, no tenemos otra opción-dijo Ramsés, arqueando las cejas-. ¿Para qué ha venido usted hasta aquí?, ¿para manifestarnos su pesar?

- ¡Su pesar!-exclamó Nefret-. Eso es algo bastante inadecuado, mayor. ¿Sabe usted lo que le pasó a mi marido después de que…?

- No lo sabe -dijo Ramsés, lanzándole una mirada de advertencia-. E imagino que es esa la razón que le ha traído hasta aquí: descubrirlo. Yo ya hice mi informe al general Chetwode, Cartright.

- Lo sé, me lo envió inmediatamente y yo… -su mirada se posó, sin desviarla durante unos momentos, sobre la botella de whisky-. No puedo expresar con palabras el alivio que sentí, créanme. Pero él me dio unos cuantos detalles… hizo bien en no contarle más de lo necesario.

- Una de las reglas básicas del servicio -dijo Ramsés con ese tono de voz suyo, imperturbable y tan agradable-. Supongo que tiene usted derecho a saber algo más. En ese caso, se lo diré en pocas palabras: no sé si Ismail Pachá es el hombre que buscan o no. Chetwode no me dejó tiempo suficiente para cerciorarme. Tal y como él mismo tuvo la bondad de informar a mi familia, fui hecho prisionero pero me las arreglé para escapar la pasada noche. -Anticipando ciertas preguntas, añadió-: Eso es todo lo que le puedo decir. El vano ataque de Chetwode ha eliminado cualquier posibilidad de aproximarse a Ismail Pachá. A partir de ahora lo protegerán aún más.

Cartright asintió de mala gana.

- Está claro que no podemos intentar de nuevo la misma táctica. Al menos no durante cierto tiempo. Supongo que, en ese caso, querrán salir para El Cairo de inmediato. Tomaré las disposiciones adecuadas.

- Seremos nosotros los que las tomaremos-dijo Emerson-.

Cuando estemos preparados.

El tono resuelto de mi marido y las miradas de hostilidad que todos los presentes le dirigíamos, tendrían que haber convencido a Cartright de que no había nada más que añadir. Nadie le había ofrecido un whisky, ni tan siquiera lo habíamos invitado a sentarse. Seguía plantado, pasando con nerviosismo el peso de su cuerpo de un pie a otro.

- Escucha, muchacho -exclamó-. Entre tú y yo, ya sabes… pero, por Dios, ¡lo hiciste de maravilla! Chetwode fue lo bastante hombre para admitir que fuiste tú el que se arriesgó para ayudarle a escapar… y después escapaste de la prisión turca y atravesaste sus líneas… Fue… maldita sea, lo hiciste de maravilla.

- Oh, bueno, ya sabe cómo son los turcos -dijo Ramsés-. Un hatajo de mendigos desaliñados.

- De todos modos, yo… mmm… -la disciplina militar o un vocabulario insuficiente lo hicieron tartamudear. Enderezándose, se cuadró, resuelto. Ramsés no le devolvió el gesto pero, muy serio, asintió con la cabeza en señal de reconocimiento.

- Qué absurdos son los militares -observé después de que Cartright abandonase envarado la habitación y Selim cerrara la puerta tras él dando un portazo.

- No lo subestimen -dijo Ramsés con suavidad.

- No lo hago -dijo Emerson-. Estaba tratando de averiguar durante cuánto tiempo nos vamos a quedar aquí todavía. Tal vez tenía que haber puesto una excusa para quedarnos, pero no fui capaz de improvisar una. Este no es precisamente el sitio que uno elegiría para pasar sus vacaciones y, por si fuera poco, no hay restos arqueológicos de interés.

- ¡Por Dios!-exclamé indignada-. ¿Crees que todavía sospechan de nosotros? ¡Es insultante!

Ramsés se echó a reír y se levantó, cogiendo el vaso vacío que sostenía en mi mano.

- Debería considerarlo un cumplido, madre. «Sospechoso» es, quizá, una palabra que suena demasiado fuerte, pero un buen oficial del servicio de inteligencia no debería arriesgarse nunca con personas cuyo comportamiento es, por decirlo de algún modo, impredecible. Lo que plantea un pequeño problema: si no nos ponemos a hacer los preparativos para nuestra marcha en uno o dos

días, pensará que estamos planeando algo a escondidas y nos pondrá bajo vigilancia. O al menos eso es lo que yo haría si estuviera en su lugar.

- Estoy de acuerdo-asintió Emerson-. ¡Maldita sea! Eso no nos deja mucho tiempo. Esperemos que mi… mmm… que Sethos no tarde mucho en hacer su jugada. Ya que estás de pie, Ramsés, ponme otro whisky, por favor. ¿Cuánto queda para la cena, Selim? Este pequeño y refrescante episodio me ha abierto el apetito.

- No sé decirle, Emerson. He estado junto a la puerta toda la tarde y el cocinero…

- Sí, sí, muchacho, de acuerdo, pero mira a ver lo que puedes hacer para meterle algo de prisa, ¿eh? No es necesario que sigas montando guardia, no tendremos más visitantes esta noche.

En eso se equivocaba. No mucho después de que Selim se hubiera marchado, nuestro anciano portero entró arrastrando los pies para anunciarnos que había llegado otro comerciante. Quería vendernos una alfombra, una alfombra preciosa, de seda, una…

- Dile que se vaya -dijo Emerson-. No necesitamos ninguna alfombra.

El hombre hizo una reverencia y salió, pero ya era demasiado tarde y carecía además de la autoridad necesaria para interceptar al vendedor de alfombras, quien lo había seguido.

Era un hombre alto, bizco y con una barba gris y llevaba una alfombra enrollada sobre uno de sus hombros. Asiendo la puerta, la cerró en las mismas narices del portero, colocó la alfombra en el suelo, cogió uno de sus extremos y tiró de él.

Se trataba de un rico tapiz de color carmesí, azul celeste y dorado y de él salió rodando una forma humana: el cuerpo de una mujer vestida con una vistosa falda de seda rosa, de dudoso gusto y bastante arrugada.

- ¡Dios omnipotente! -dijo mi hijo con la voz entrecortada.

No había nada que objetar a aquella blasfemia: la sorpresa era demasiado grande y nos había dejado a todos igualmente estupefactos. Naturalmente, yo fui la primera en recuperarme. Mi mirada pasó de la muchacha, a quien solo parecía molestar el hecho de haber estado envuelta en una alfombra que apestaba a camello, al vendedor, quien me miraba fijamente con las manos sobre las caderas.

- De regreso, ¿verdad? -le pregunté innecesariamente.

- Esta vez no de entre los muertos -dijo Sethos-. Os he traído un pequeño regalo.

- ¿En una alfombra?

- Perteneció a Cleopatra -respondió mi cuñado.

La pobre muchacha estornudó violentamente y yo me apresuré a ofrecerle un pañuelo.

- La dejo a vuestro cuidado durante unos días -prosiguió Sethos-. Aseguraos de que nadie pueda llegar hasta ella.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y se dirigió a grandes zancadas hacia la puerta. Emerson saltó hacia él, lo asió por el brazo y lo obligó a volverse, con tanta violencia que lo hizo tambalearse.

- No tan deprisa, tienes que explicarnos muchas cosas.

En lugar de tratar de liberarse de la mano que lo tenía cogido por el hombro, Sethos se quedó mirando la manga izquierda de Emerson, que este había dejado resbalar, quedando el yeso a la vista.

- ¿Qué te ha pasado?

- Un encontronazo con un ladrón de tumbas en Luxor -le respondió Emerson-. ¿Uno de los tuyos?

- En el momento actual no tengo ningún negocio en Luxor. Es muy propio de ti -añadió exasperado- adentrarte en una zona en guerra con un brazo roto. Quedaos tranquilos unos cuantos días todos vosotros, quiero decir. Ahora no os puedo explicar nada más: un humilde comerciante no debería entretenerse charlando con sus clientes.

- Entonces nos reuniremos contigo en otro lugar -le dije con firmeza-. Algo más tarde, esta noche. ¿Dónde y cuándo?

- ¡Sé razonable, Amelia, por Dios! Tengo ya el lazo corredizo alrededor del cuello y no deja de estrecharse a cada minuto que pasa. Si descubren mi ausencia… Oh, está bien. Trataré de reunirme con vosotros mañana por la noche. A medianoche… ¿no es romántico?… en la casa en ruinas en Dir el Balah. Ramsés la conoce.

- ¿Qué? -Ramsés apartó, horrorizado, la mirada del «regalo»-. Sí la conozco. ¿Qué demonios…?

- Más tarde. No tendríais por qué tener ningún problema durante

uno o dos días. Ah… casi lo olvido. Me debéis cuatrocientas veinte piastras, lo que hace cuatro libras turcas y media, añadió amablemente-. Una ganga.

Después de que Sethos se retirara, tuve tiempo de centrar mi atención en la joven. Nefret la había conducido hasta el diván y la estaba ayudando a desenredar su larga melena.

- ¿Le gustaría refrescarse un poco antes de que intercambiemos unas palabras? -le pregunté.

- ¡Por Dios, madre, no estamos en una reunión social! -explotó Ramsés-. Le ha dejado marcharse sin que respondiera a ninguna de nuestras preguntas, escuchemos lo que ella tiene que decir.

La muchacha alzó sus ojos negros y lo miró con reproche.

- ¿Estás enfadado? Pensaba que te alegrarías de verme.

- Y se alegra --dijo Nefret. La muchacha sonrió-. Lo que pasa es que tiene un modo un tanto extraño de demostrarlo. Madre, dele algo de beber.

- Gracias. Me gustaría mucho. Y también algo para que pueda limpiarme la cara y las manos.

En cualquier caso, era evidente que sabía comportarse como una dama. Tras proporcionarle los objetos que nos había pedido, se limpió la cara y dio un largo sorbo a su vaso de té frío. Tuve que insistir para que Ramsés se estuviera quieto: la impaciencia le hacía brincar sin parar, pero no podíamos negar a la muchacha el tiempo que necesitaba para recuperarse de su singular e incómodo viaje.

- Ahora -dije cuando acabó de refrescarse-, tal vez nos pueda decir, señorita… ¿Cómo se llama? Ramsés no nos lo ha dicho.

- Nunca hemos sido debidamente presentados -masculló mi hijo entre dientes.

- Esin.

- Encantada.

- Encantada -repitió la muchacha-. ¿Es usted la madre *de él*?

«Otra más», pensé. Ramsés solía producir ese efecto entre las jóvenes enamoradizas. Me lo temía ya, a pesar de la expurgada versión que nos había dado Ramsés de su encuentro. El modo en el que pronunciaba el pronombre masculino era un claro indicio.

- Sí -dije-. Y éste es su padre, el profesor Emerson. Y *su* mujer.

- Encantada -dijo la muchacha, dedicando un simple gesto a Emerson. Tras examinar cuidadosamente a Nefret, agachó la

cabeza.

- Sea como sea, me siento feliz de poder estar aquí -dijo con un suspiro-. Mi padre se enfadó mucho al saber que habías escapado.

- ¿Té echó la culpa? -le preguntó Ramsés.

- No, piensa que soy demasiado estúpida o que le tengo demasiado miedo -dio un nuevo sorbo a su té-. Le hubiera gustado poder echársela a Ismail Pachá pero no pudo: habían pasado la velada juntos y, cuando Ismail Pachá se retiró a sus habitaciones, mi padre apostó guardias junto a su puerta. Según él, para protegerlo de sus asesinos.

- Entonces, cómo pudo…

Nefret hizo un gesto a Ramsés para que se callara.

- ¿Hasta qué punto conocías bien a Ismail Pacha? -le preguntó.

- Hablaba a menudo con él. Es un inglés, ya saben. Me gustaba charlar con él: me trataba como a una persona y no como a una mujer, me permitía que practicara con él mi inglés y hasta una vez me dijo que era una muchacha inteligente. -Al acabar su té, se dejó caer de nuevo sobre los almohadones.

- Me sorprende que tu padre te dejara hablar con tanta libertad con otro hombre -la azuzó Nefret.

- No lo pudo evitar. -Se produjo un destello en sus ojos-. Debido a la guerra, ahora hay muchas mujeres trabajando en Constantinopla. Yo colaboré con la Media Luna Roja enrollando vendas, ¡Fue maravilloso! Hablábamos de cosas interesantes, como de libros o de lo que decían los periódicos y sobre un montón de nuevas ideas. ¡Y hasta podíamos llevar corsé y falda corta!

- Algo me han contado sobre eso -dijo Nefret-. ¿Es verdad que el gobierno promulgó una orden obligando a las mujeres musulmanas a alargar las faldas, deshacerse de los corsés y llevar velos más tupidos?

- Tuvieron que retirarla -dijo complacida la joven defensora de los derechos de las mujeres-. Les obligamos a hacerlo. Las empleadas de la compañía telefónica y de correos amenazaron con la huelga y las damas dijeron que no volverían a trabajar para la Media Luna Roja. Mi padre empezó a decir entonces que aquella no era una compañía conveniente para mí y me hizo regresar a Gaza con él, pero aquí me aburría terriblemente, Él intentó que me quedara en el harén, pero yo me escapaba cada vez que tenía la

oportunidad de hacerlo. Fue muy divertido: me escondía de los hombres y me dedicaba a explorar sitios en los que no había estado nunca.

- Los sótanos -murmuró Ramsés visiblemente contrito.

Tanto él como el resto de nosotros la habíamos subestimado. En ese momento pasó por mi cabeza la imagen de Esin junto a Emmeline y Christabel Pankhurst*.

* Emily Pankhurst (1858-1928) fue militante y defensora del movimiento sufragista; sus cuarenta años de actividad finalizaron con la obtención por parte de las mujeres inglesas del derecho de voto. Su hija Christabel (1880-1958) fue también un miembro destacado de dicho movimiento. (N. de la T.)

Emerson la había escuchado en silencio, boquiabierto. Carraspeó.

- ¿Y qué hay de tu padre, chiquilla? Debe de estar preocupado por ti. ¿Le dejaste un mensaje? -dijo.

- No, ¿por qué? A él no le importo en lo más mínimo, soy solo una cosa más entre sus pertenencias. He vivido en Inglaterra y no estoy dispuesta a regresar al velo, al harén y a la venta de mujeres. Cuando Ismail Pachá me dijo que mi padre había capturado a un espía inglés quise verlo, de modo que me escondí en la *mandarah*, esperando que lo llevaran allí… ¡y así fue! Mi padre les dijo que te quitaran la ropa para no manchar los almohadones y cuando lo hicieron pude ver lo hermoso que eres.

Nefret soltó una risita.

- Me alegra que lo encuentres tan divertido -dijo Ramsés en tono agrio.

- No es divertido -insistió la muchacha-. Es triste y muy romántico. No sabía quién eras, pero cuando mi padre te dijo que estaba dispuesto a entregarme a ti me sentí muy feliz, ¡eres tan bello y valeroso! Y entonces… entonces tú dijiste que ya estabas casado y sentí cómo se me partía el corazón: sabía que un caballero inglés nunca sería infiel…

- Creo que con eso basta -dijo Ramsés a su mujer, quien se había tapado la boca con las manos en un intento por sofocar la risa.

- Estoy de acuerdo -dije, tratando de controlarme. La conversación había sido extraordinaria-. Nefret, lleva a… esto… a la señorita al cuarto de baño y dale algo de ropa limpia. Esa alfombra

estaba asquerosa.

- No habléis de nada importante hasta que vuelva -nos ordenó Nefret.

La muchacha se puso de pie.

- ¿Todavía estás enfadado conmigo? -preguntó a Ramsés.

- Por Dios, no. Yo… mmm… tengo una gran deuda contigo. Mayor de lo que pensaba.

Ramsés le sonrió y una sonrisa de felicidad atravesó la cara de la muchacha como respuesta.

- No me debes nada. Conservaré para siempre el recuerdo de ese beso, aunque nunca llegues a ser mío.

Una vez que Nefret se llevó a la muchacha, los demás nos sentamos en silencio y nos pusimos a reflexionar sobre las últimas noticias. En mi opinión, todas aquellas jóvenes de carácter resuelto empezaban a resultar una carga demasiado pesada. Lancé una mirada de reproche a mi hijo.

- Tal vez cometiste un error al besarla.

- Me parecía lo mínimo que podía hacer, madre,

Pensé que me estaba tomando el pelo. Una nunca puede fiarse por completo de Ramsés. Confiaba en que los comentarios de Nefret le parecerían igualmente divertidos.

- Bondadoso, pero error en cualquier caso -le concedí-. No volveremos a mencionarlo.

- Extraordinaria muchacha -dijo Emerson y añadió pesimista-: Supongo que ahora nos tendremos que ocupar de ella.

- Por el momento -asentí-. Y, considerando lo que le debemos, no podemos lamentarnos. Nos equivocamos por completo sobre ella. Resolvió sola todo este asunto.

- Siguiendo unas cuantas indicaciones de Ismail Pachá -dijo Ramsés-. No me mire con esa dureza, madre. No estoy poniendo en duda su inteligencia ni su valor, pero apostaría lo que fuera a que, apenas llevaron mí… mi hermoso cuerpo a los calabozos, se echó en brazos de su comprensivo amigo inglés y le abrió su corazón. Eso le dio a él la oportunidad de meterle ciertas ideas en la cabeza, cosa que sabe hacer a la perfección. Casi le puedo oír, ¿ustedes no? La crueldad de la guerra… demasiado joven para morir… su padre forzado contra su voluntad a deshacerse de un enemigo tan valeroso… su corazón se sentiría agradecido al verse liberado de ese

macabro deber…

- Parece una joven muy romántica-dije-. Y lo bastante inteligente como para pensar en los detalles con, tal vez, apenas una o dos sugerencias de Sethos. Lo más probable es que él hubiera explorado previamente la casa, incluyendo las celdas… «por si acaso». Como yo, cree firmemente en la conveniencia de anticiparse a cualquier peligro. No creo que le haya costado mucho convencerla de que se escapara con él para poder unirse a la persona que había causado una impresión semejante en un corazón tan sensible como el suyo.

- Vamos, madre -protestó Ramsés-. Ella estaba aburrida, inquieta, enfadada con su padre por haberla llevado a rastras hasta Gaza y fascinada por Sethos. No creo que fuera necesario mucho más.

- Mmm -dije-. Admitiendo que sus motivos no eran tan importantes como los de él, ¿por qué lo haría? No para rescatar a una damisela en dificultades, desde luego.

- Sethos no -dijo Emerson, quien sí habría sido lo bastante estúpido para hacer una cosa así-. De un modo u otro, está tratando de usarla para ir contra su padre. Para Sahin Bey… bueno, de acuerdo, Pachá, será muy embarazoso reconocer que su hija está en manos del enemigo. ¿Qué es lo que ofrecerá a cambio de su regreso?

- No podemos tomar parte en un plan semejante -afirmé-. No obligaré a ninguna muchacha a hacer algo contra su voluntad, sea lo que sea lo que nos ofrezcan a cambio.

- ¿Y si se tratara de Sethos?

Ramsés no apartaba la vista del cigarrillo apagado con el que jugueteaba entre sus largos dedos.

- ¡Oh, Dios mío! -exclamé.

# Capítulo 11

La noche transcurrió sin incidentes pero con algunas incomodidades. Me sentía responsable de la muchacha y pensé que debía tenerla aquella noche a mi lado. Se había visto repentinamente alejada de su casa y ahora se encontraba en compañía de extraños: una presencia maternal la consolaría… e impediría que escapara en caso de que cambiara de opinión. Emerson intentó convencerme para que yo cambiara la mía, declarando que mi costumbre de anticiparme a problemas que nunca llegaban a producirse había llegado a ser, son sus palabras, un tremendo fastidio. Incapaz de imponerse, se dirigió entonces a los dormitorios más pequeños, enormemente irritado.

Esin resultó ser una compañía muy ruidosa: al dormir, respiraba pesadamente por la nariz y no dejaba de moverse en la cama. Aun así, yo siempre digo que todo tiene su lado bueno y aquella noche el insomnio me dejó mucho tiempo para reflexionar. La situación se había complicado mucho y era imposible prever lo que podía llegar a suceder: Si no llevábamos a cabo los preparativos para el viaje, Cartright podría ponernos bajo arresto domiciliario u obligarnos a partir a la fuerza… por nuestro propio bien, nos diría. No me fiaba en absoluto de él ni tampoco creía en sus palabras. Solo Dios podía saber lo que Sethos haría a continuación. Nunca había creído que se tratara de un traidor ni tampoco lo creía, a pesar de que su verdadero propósito era todavía un misterio. No había exagerado, sin embargo, cuando nos habló del lazo corredizo que llevaba alrededor del cuello: un renegado resulta siempre sospechoso, por lo que era muy probable que Sahin, veterano en el Gran Juego, estuviera al tanto de todos sus movimientos. La hipótesis de Ramsés

según la cual Sethos habría tomado a la muchacha cómo posible moneda de cambio para el caso de que fuera arrestado, se estaba convirtiendo en una teoría terrible, pero muy convincente. Lo cierto es que no alcanzaba a ver qué otra cosa podía haberlo empujado a correr aquel riesgo. Sahin Pachá era otro elemento impredecible. ¿Qué haría cuando descubriera que su hija había desaparecido?

Por la mañana tenía ya trazados mis planes y se los expliqué a los demás mientras desayunábamos.

- Tengo serias dudas sobre la conveniencia de permanecer aquí. Comportémonos al menos como si estuviéramos a punto de marcharnos.

- ¿Eso quiere decir que tenemos que empezar a hacer las maletas? -preguntó Nefret frunciendo el ceño.

- Seguramente no nos hará ningún daño preparar un pequeño fardo con lo más imprescindible. Lo que quiero decir es que deberíamos comprar ya algunas de las cosas que podríamos necesitar durante el viaje, así como revisar el coche para asegurarnos de que se encuentra a punto.

- Está a punto-declaró Selim indignado.

- No lo dudo, Selim. Pero podrías fingir que no lo está, ¿no te parece?… Que, por ejemplo, son necesarias algunas reparaciones. Eso nos daría una excusa para alargar nuestra estancia un día más.

- Sí, claro que puedo hacerlo -asintió Selim. Sus ojos brillaron ante la idea de un reto automovilístico tan interesante. Esa gente no entiende nada sobre coches, podría quitarle…

- No, no, ¡no quites nada! Quiero que esté listo para poder salir inmediatamente si es necesario.

- Espero que no estés teniendo otra de tus famosas premoniciones -me advirtió Emerson entornando los ojos-. Porque de ser así…

- No quieres que te la cuente. Lo único que trato de hacer es prever cualquier posible eventualidad, Emerson. Y eso no es superstición, sino sentido común. Si queremos hablar con Sethos, tenemos que quedarnos hasta mañana por lo menos y no quiero que ningún militar con ganas de echar una mano se deje caer por aquí para preguntarnos por nuestros planes.

- ¿Adonde hay que ir? -preguntó Selim-. Si está a más de ocho kilómetros nos hará falta conseguir gasolina.

- ¿Qué más necesitamos?

Hice una pequeña lista. Nuestra invitada, quien hasta ese momento no había dicho nada excepto dar los buenos días, preguntó:

- ¿Voy a ir con ustedes?

Inclinándome hacia detrás, la observé con detenimiento. Se había bañado y se había puesto uno de los vestidos de seda de «la favorita», lo que, unido a la trenza que yo misma le había hecho, mejoraba notablemente su aspecto. Sus rasgos eran demasiado marcados, por lo que no se podía decir que fuera exactamente hermosa, pero en cualquier caso era una muchacha muy atractiva. Selim no había dejado de lanzarle furtivas miradas.

- Por el momento, no vamos a ninguna parte-le contesté--. Y en cuanto a si te llevaremos o no a El Cairo con nosotros, dependerá de unos cuantos factores que, hasta ahora, desconocemos.

- Tenemos que hacerlo -dijo Emerson-. Se ha puesto en nuestras manos y le debemos nuestra protección.

La mirada de admiración que le dirigió Esin puso de manifiesto la gratitud que despertaba en ella aquel gesto tan noble que, debo añadir, era, además, completamente sincero. Aunque no tan sencillo: los hombres se obsesionan por palabras como honor, decencia y *noblesse oblige* y pierden de vista, en cambio, las cuestiones más importantes. Mi caballeroso marido no consentiría nunca un intercambio, incluso en el caso de que la vida que se encontrase en peligro fuera la de su propio hermano. Yo, sin embargo, todavía no había decidido qué hacer si aquella situación llegaba a producirse. A fin de cuentas, no se trataba de vender a la muchacha como esclava, sino tan solo de devolvérsela a un padre que había sido siempre indulgente con ella.

«No es bueno adelantar acontecimientos», me recordé a mí misma. Tan solo nos quedaba esperar que no llegáramos a tener que tomar nunca una decisión tan dura. Pensaba, de hecho, que las posibilidades de que Sahin accediera a un intercambio de cualquier tipo eran escasas. El orgullo y el deber -otros dos tópicos típicamente masculinos- se lo impedirían, además del hecho de que él sabía que la muchacha se encontraba a salvo entre nosotros.

- Hablando de eso, me refiero a lo que ha dicho mi marido acerca de que te has puesto en nuestras manos -dije-, ¿fue de verdad

así? ¿Sabías que te estaban trayendo hasta aquí?

- Oh, sí -dejó caer su mirada con admiración sobre Ramsés-. ¿No dijiste que estabas en deuda conmigo y que me protegerías de la cólera de mi padre?

- ¿Lo dijiste? -preguntó Nefret con dulzura.

Sintiéndose asediado, la mirada de Ramsés pasó de la muchacha a Nefret y de nuevo a aquella.

- Yo… uf… si he de ser sincero, ¡no recuerdo qué demonios fue lo que dije!

- Si no lo dijiste, lo pensaste -declaró Esin-. Un auténtico caballero inglés no dejaría que una mujer sufriera por el favor que le ha hecho.

- Pero tú dijiste que tu padre no sospechaba de ti -protestó Ramsés.

- Empezaba a hacerlo. O al menos eso fue lo que lo qué me dijo Ismail Pachá.

- Ah-dije-. De modo que él se ofreció a ayudarte.

La muchacha arrugó la frente.

- Creo que sí, aunque fui yo la que hizo la mayor parte del trabajo. Tuve que buscar por mí misma el modo de salir de la casa. La verdad es que no resultó tan difícil, conozco todos los pasajes secretos y los sótanos de la misma, pero después tuve que ir hasta el lugar que él me indicó, la tumba de un santo que se encuentra fuera de los muros de Serai. No estaba demasiado lejos, pero yo estaba muy asustada y tuve que esperar durante un buen rato hasta que el comerciante de alfombras llegó con su carro y entonces él se detuvo en el puesto de guardia y pude oír cómo hablaban y reían y tenía miedo de que registraran el carro… pero no lo hicieron. Fue un paseo largo y accidentado y yo no podía respirar muy bien y…

- Fuiste muy valiente. -Había escuchado ya bastante así que le interrumpí.

Los puntos esenciales de la historia estaban claros y daban a entender que Ramsés podía tener razón sobre los enrevesados métodos de Sethos.

Los diversos planes que había propuesto nos mantuvieron ocupados todo el día. Selim pasó buena parte de él bajo el coche, rodeado de un fascinado auditorio que incluía niños y cabras. De tanto en tanto se dejaba ver, sudoroso y manchado de aceite, para

informar sobre sus progresos y recibir un baño de admiración de su público. Podíamos haber conseguido la gasolina de algún comerciante -en aquel momento había un floreciente mercado negro de artículos militares-, pero Emerson decidió que lo mejor era pedírsela a las autoridades. En cuatro horas nos dieron el visto bueno. Estaba claro que no veían la hora de deshacerse de nosotros.

Al caer la tarde casi habíamos acabado de poner a punto nuestros planes. Yo me había entretenido explorando el resto de la casa. Se parecía mucho a otras que había visitado en el pasado, con la única particularidad de que tenía más pasajes secretos y habitaciones escondidas de lo que solía ser habitual. Por lo visto, Mahmud, o tal vez uno de sus ascendientes, no confiaba excesivamente ni en su gobierno, ni en sus socios ni en sus mujeres.

Según Ramsés, tardaríamos más o menos una hora en llegar hasta el lugar que Sethos nos había indicado. Cuando nos reunimos en el *ka'ah* para disfrutar de una cena frugal, discutimos sobre quién debía acudir a la cita. Naturalmente, yo tenía la firme intención de formar parte del grupo y Emerson, por su parte, estaba decidido a enfrentarse a su exasperante hermano. Todos estuvimos de acuerdo en que alguien debía quedarse con la muchacha -Nefret, con un sarcástico «siempre me toca a mí»-, pero Selim y Ramsés no conseguían decidir cuál de los dos debía marcharse y quién, en cambio, debía quedarse con las dos jóvenes. Faltaba apenas media hora para que nos pusiéramos en marcha y seguíamos discutiendo sobre el asunto cuando un horrible aullido rompió el silencio de aquella tranquila noche.

La *mashrabiyya* estaba entornada, lo que permitió que pudiéramos escuchar sin dificultad las siguientes palabras:

- ¡Oh, infieles, preparaos a morir! ¡Oh, vosotros, malvados que camináis en la oscuridad perseguidos por *afrits* y… -el sermón finalizaba con un grito decepcionante.

Todos a una nos precipitamos hasta la ventana y abrimos de golpe la celosía. A la luz de la luna pude ver una masa oscura acurrucada tras la puerta y a Selim apoyado contra ella. Al darse cuenta de que habían sido descubiertos, los invasores empezaron a aporrearla.

Intenté, demasiado tarde, sujetar a Ramsés, quien había trepado ya al alféizar de la ventana. Saltó fuera y llegó junto a Selim justo

en el momento en el que la puerta se abría, dejándolos entrar. El cuchillo de Selim resplandeció en la oscuridad. Al pasar junto al automóvil, Ramsés había cogido lo que parecía ser una palanca o una llave inglesa y en ese momento movió bruscamente el brazo; el grito de uno de los atacantes flotó en el silencio.

- Rápido! -exclamó Emerson-: Salgamos por el *bab-sirr*, ¡todo el mundo!

- ¡Maldita sea! -grité encolerizada-. Y ahora, ¿quién estará en ambos lados y mantendrá el contacto con…?

- Yo -dijo Emerson-. Maldita sea, Peabody, saca a las muchachas de aquí. Sabes lo que hay que hacer.

Tenía ya casi medio cuerpo fuera de la ventana y se ayudaba con una mano para salir.

El instinto de lucha de los Peabody no es fácil de controlar, pero la confianza que había depositado en mí me ayudó a dominarlo. Esperaba que Nefret pusiera alguna objeción, pero me equivoqué. Tras detenernos unos instantes para recoger los fardos que habíamos preparado anteriormente, nos precipitamos escaleras abajo y a través de las habitaciones de la planta baja en dirección a la pequeña estancia en la que se encontraba la puerta secreta. Esin solo había hablado una vez.

- ¿Es mi padre?

- No lo sé. No hables y date prisa.

La casa estaba desierta. Los sirvientes que vivían en ella debían de haber salido huyendo o tal vez se habían escondido. No se les podía culpar por no querer mezclarse en los asuntos de unos forasteros. Seguramente las autoridades locales, siendo como eran, harían lo mismo. Confiaba en que el alboroto que se estaba produciendo junto a la puerta llamara la atención de la policía militar, pero quizá llegaran demasiado tarde.

Nefret no había abierto la boca. ¡Ambas llevábamos linternas y ella sostuvo con firmeza la suya mientras yo me dedicaba a buscar el cerrojo que Emerson me había mostrado. Estaba algo agarrotado por la falta de uso, pero acabó por ceder. El panel se abrió oscilando y todas lo traspasamos en tropel. El pasadizo corría a través del grueso muro de la casa y tenía tres metros de largo y menos de uno de ancho, lo que nos obligaba a ir en fila india y con nuestros fardos chocando contra las paredes. Al final del pasadizo había una puerta

de madera. No estaba cerrada con llave: bastaba con presionar un tirador para abrir el pestillo, que, presumiblemente, no se podría ver tan bien desde el otro lado.

No sabía lo que nos esperaba al otro lado de la puerta. Emerson y yo no habíamos ido más lejos.

- Vaya delante -susurró Nefret-. ¿A qué está esperando?

Su cara brillaba de sudor. Esin tenía los ojos abiertos como platos a causa del miedo y su respiración era entrecortada. Yo tenía tantas ganas como ellas de salir de aquel lugar tan estrecho; era como estar de pie en un ataúd con el polvo amontonándose en la nariz y teniendo que soportar aquel olor agrio tan extraño. Varias generaciones de roedores debían de haber vivido y muerto entre aquellas paredes: al caminar, sus huesos crujían bajo nuestros pies.

- Estoy esperando a que los hombres nos alcancen -le contesté-. No podemos correr el riesgo de separarnos. Como no sé si nos seguirán a través del *bab-sirr* o vendrán dando un rodeo por detrás, creo que lo mejor es que nos quedemos aquí. Apaga la linterna, Nefret, no pueden tardar mucho en llegar.

Mi confianza era real. Con la ayuda de la fuerza de Emerson deberían ser capaces de cerrar y bloquear la puerta y efectuar una estratégica retirada. No obstante, no es fácil calcular el tiempo en la oscuridad: respirando con dificultad, esperamos un rato que pareció interminable antes de que los goznes rechinaran y un cuadrado de claridad se abriera ante mí.

- No dispares-dijo una voz familiar.

Volví a guardar mi pistola en el bolsillo.

- No estaba segura de que fueras tú -le expliqué-. ¿Están Ramsés y Selim…?

- Todos presentes -dijo Ramsés jadeante-. No podemos quedarnos aquí, nos están buscando. Vamos.

- ¿Dónde?-le pregunté mientras me apretujaba para poder pasar por la estrecha abertura y a través de una cortina de pinchos retorcidos.

- Si no me equivoco, tenemos una cita a medianoche. Ahora sí que estoy ansioso por saber lo que él… lo que nuestro amigo nos tiene que contar. Condenados cactus-añadió Emerson.

Estos se agrupaban formando un seto algunos metros más allá. La pared de la casa se alzaba vertical y sin ventanas detrás de

nosotros. Nefret y Esin salieron después de mí y Emerson cerró el panel, cuya madera habían pintado para que se confundiera con la superficie enlucida de la pared.

- Encabeza tú el grupo-dije.

El estrecho callejón al que habíamos ido a parar nos conducía de nuevo hasta la plaza, pero era obvio que no podíamos ir por aquel camino: hasta nosotros llegaba el ruido del tumulto a gran escala que estaba teniendo lugar en la misma. Vimos alzarse una llamarada; en aquel tipo de situaciones normalmente alguien acaba por prender fuego a algo y este, una vez iniciado, es muy difícil de detener (sobre todo si las partes interesadas se dedican a atizar las llamas). Mientras huíamos en dirección contraria, pude oír de nuevo el grito agudo llamándonos «infieles».

Fue una suerte que hubiéramos explorado antes la ciudad. Las barreras de cactus y los altos muros formaban barricadas que nos veíamos obligados a rodear y en dos ocasiones tuvimos que retroceder a toda prisa al ver a hombres provistos de linternas que hacían ondear en la oscuridad. Era bastante emocionante. A pesar de todo, conseguimos llegar a campo abierto. La luna brillaba con fuerza iluminando los ondulantes campos de trigo y los huertos de naranjos e higueras.

La luz de la luna resulta hermosa para los enamorados, pero cuando uno está tratando de escapar sin ser visto constituye un maldito inconveniente. Procurábamos caminar al amparo de la oscuridad siempre que nos resultaba posible y en una ocasión hasta nos tuvimos que zambullir en un arroyo al oír aproximarse el ruido de unos cascos de caballo. Cuando el pequeño grupo nos dejó atrás al galope le dije a Emerson:

- Era gente amiga, australianos y neozelandeses. Tal vez deberíamos haberlos detenido.

- ¿Te gustaría tener que explicar los acontecimientos de esta noche… y la presencia de la chica al general Chetwode? -preguntó Emerson.

Como se trataba de una pregunta retórica, ni tan siquiera esperó la respuesta.

Nuestro destino se encontraba a algo menos de tres kilómetros, pero nunca lo habríamos encontrado sin la ayuda de un guía. La pequeña aldea llevaba mucho tiempo abandonada y la mayoría de

sus casas estaban derruidas, reducidas a unos cuantos montones informes de piedras. No obstante, una o dos de ellas conservaban todavía algunas de sus paredes y parte del tejado. En el edificio medio en ruinas al que nos condujo Ramsés no había señales de vida.

- Llegamos un poco tarde -susurré-. A lo mejor se ha marchado ya.

- Si no está, soy capaz de ir hasta Gaza y hacerlo salir de allí arrastrándolo por el cuello -refunfuñó Emerson.

No estaba allí. Ramsés, quien había insistido en registrar el lugar antes de que entráramos en él, regresó para comunicárnoslo.

- No es tan tarde -añadió-. Démosle un poco de tiempo.

- Supongo que uno no puede exigir puntualidad en estas circunstancias-admitió Emerson-.Este es un lugar tan bueno como cualquier otro para descansar, así que sugiero que nos pongamos cómodos. ¿Qué llevas en tu hatillo, Peabody?

- Me temo que solo lo indispensable. Agua, por supuesto, y mi botiquín. ¿Alguno de vosotros se ha hecho alguna herida que deba ser atendida?

- Nada digno de mención -dijo Emerson, dejando escapar una risita-. Tu cita era apropiada: esos condenados tipos trataron de entrar todos de golpe. «Allá, en aquel recto sendero, tres pueden muy bien detener a un millar», tal y como *Canciones de la antigua Roma* expresa de un modo tan poético. Conseguimos hacer que volvieran a salir a empujones y después cerramos la puerta y apoyamos un carro contra ella. Entonces, a diferencia de Horatius y sus camaradas, nos retiramos en modo ordenado: Selim quería quedarse para seguir luchando, pero yo conseguí arrastrarlo lejos de allí.

- Fue una buena pelea -dijo Selim soñadoramente.

Cogió la botella de agua, de la que íbamos bebiendo a turnos.

- Está bien, Selim, deja que te vea la mano -dije lanzando un suspiro de exasperación-. ¿Por qué no me dijiste que te habías herido?

- No es nada -dijo Selim-. Se curará solo, no necesito que me ponga nada.

Se refería a los antisépticos. Los hombres son unas extrañas criaturas; se había hecho un corte en la muñeca que había sangrado

copiosamente y que seguramente le habría hecho bastante daño, pero ahora me veía obligada a reñirle severamente para que me dejara lavárselo con alcohol.

Fue un auténtico alivio poder dar una tregua a nuestros extenuados miembros. Esin se había quedado ya casi dormida, tumbada sobre una pequeña extensión de suelo que Selim había tenido la galantería de limpiar de guijarros y con la cabeza apoyada sobre uno de los fardos.

- ¿A alguien le apetece una galleta? -pregunté, en tanto que sacaba el paquete. Emerson rió entre dientes.

- ¿Por qué no un whisky? Mi querida niña, he de reconocer que liar esos hatillos fue una idea brillante, pero, tratándose de ti, es lo mínimo que uno se puede esperar.

Aprovechando que estábamos sentados en una zona algo más oscura que el resto, me demostró rápidamente hasta dónde llegaba su aprobación.

- ¿Cuánto tiempo podremos quedarnos aquí sin que nos descubran?-pregunté.

- Es un sitio bastante seguro -contestó Ramsés-. Los lugareños dicen que está embrujado.

- ¿Por ti? -preguntó Nefret.

- Lo cierto es que fomenté la idea. Me pregunto… -Se dirigió entonces hacia el rincón más oscuro y levantó unas cuantas piedras. Pasado un momento, dijo-: No, no está aquí… la pistola que le quité a Chetwode. Debió de recogerla al regresar.

- Es una lástima -dijo Emerson-. Podríamos necesitar un arma antes de que amanezca. Pero, bueno, hasta ahora nos las hemos arreglado sin ninguna.

- Sí, señor -asintió Ramsés. Regresando junto a Nefret, se sentó. Ella dejó caer entonces la cabeza sobre su hombro y él la rodeó con el brazo-. Querida, ¿por qué no te tumbas y descansas un poco? Empiezo a tener la sensación de que él…

Interrumpiéndose con un silbido, volvió la cabeza alarmado y se llevó un dedo a los labios. El fino oído de Ramsés había dado lugar a uno de los dichos más memorables de Daoud: «Es capaz de oír susurrar al otro lado del Nilo». Nos quedamos inmóviles y contuvimos la respiración. Ramsés se levantó y se dirigió hacia la puerta: su oscura *galabiyya* flotaba como una sombra silenciosa.

Alguien llegaba tratando de no hacer ruido, pero sin conseguirlo. Escuché el chasquido de una rama y una forma apareció en la abertura de la puerta, confusamente iluminada por la luna. La silueta era la de un hombre de cierta estatura, vestido con un turbante y con la túnica larga. Se inclinó hacia delante, tratando de distinguir algo en la oscuridad; llevaba los brazos en alto, no podría decir muy bien si en señal de saludo o de defensa. Una de sus mangas colgaba flácida a partir del codo.

Ramsés lo agarró con fuerza y le puso una mano sobre la boca.

- ¡Maldita sea! -exclamó Emerson incorporándose rápidamente-. Tráelo aquí. No le dejes hablar. Debe de ser el bastardo que gritaba, maldiciendo a los infieles, ¡ya decía yo que esa voz me resultaba familiar! Si se ha traído a ese hatajo de chacales hasta aquí… Necesitamos una mordaza, Peabody. Rompe algún vestido que no te sirva o lo que sea.

- No tengo ningún vestido que no me sirva, Emerson. Golpéale en la cabeza.

El prisionero, que había permanecido tranquilo hasta ese momento, se sacudió con un frenético movimiento y consiguió apartar la mano de Ramsés de su boca.

- ¡Por el amor de Dios, no se precipiten!

Hablaba en inglés y su acento era refinado. La voz, sin embargo, no era la de Sethos.

Ramsés bajó la mano, sin dejar por ello de sujetarlo.

- ¿Quién demonios es usted? -preguntó.

- Un amigo. Creo que esa es la respuesta convencional. Yo lo soy, sin embargo, y de verdad.

Aquel modo de hablar pausado y educado, con un cierto fondo de ironía, me trajo ciertos recuerdos a la memoria.

- Suéltalo, Ramsés -dije-. ¿Te acuerdas de sir Edward Washington, el ayudante de Sethos y su mano derecha en sus conspiraciones?

- Me halaga usted, señora Emerson. -Sir Edward se desasió de Ramsés, quien lo sujetaba ya con menos fuerza, y se inclinó ante mí-. Es maravilloso volverla a ver, y al profesor -una nueva inclinación-. Nefret, perdónenme la osadía, tan bella como siempre… Selim, mi amigo… Y veo que también está con ustedes, sana y salva, la joven damisela. Bien hecho.

Ramsés encendió su linterna y contempló con incredulidad la andrajosa figura. Sir Edward se volvió a inclinar, con aquella gracia burlona que le era tan peculiar.

- Por Dios, es él -murmuró Ramsés-. Cómo demonios…

- Eso no importa ahora, Ramsés-lo interrumpí-. Sir Edward, ¿ha venido usted hasta aquí en nombre de su jefe?

- Directa al grano como siempre, señora Emerson. No obstante, tiene usted razón al recordarnos que no deberíamos perder tiempo. La respuesta a su pregunta es no: yo también le he estado esperando.

- ¡Dios mío! -exclamó Emerson, recuperándose de su más que comprensible sorpresa-. Llegué a pensar que nunca lo volvería a ver, sir Edward. Me dijeron que estaba en… -se interrumpió mirando la manga vacía.

- Francia -dijo sir Edward con calma-. Como pueden ver, he vuelto a la vida civil.

- ¿Nos siguió? -le pregunté.

- Solo hasta que estuvieron a salvo fuera de la ciudad. ¿No me oyeron alentando el tumulto? Me dediqué a tener a todo el mundo ocupado y contento y, sobre todo, alejado de su camino.

- Oh-exclamó Emerson.

- Después de eso, vine directamente hasta aquí -prosiguió sir Edward risueño-Estaba seguro de que ustedes acudirían a su cita.

- Pero *él* no lo hizo -dijo Emerson-. ¿Por qué no? Sir Edward se rascó el costado y murmuró una cortés excusa.

- Tal vez no le haya sido posible venir hasta aquí -dijo-. Sahin lo vigila muy de cerca, sobre todo desde que Ramsés consiguió escapar. No tiene ningún sentido que nos quedemos por más tiempo.

- ¿Y dónde se supone que podemos ir? -inquirí-. Creo que no nos conviene volver a Khan Yunus hasta que sepamos qué sucede allí. Algunos de los hombres de Sahin podrían estar al acecho. ¿O acaso esos individuos tan enérgicos no formaban parte de su banda?

- Supongo que sí. ¡No me digan que tienen aún más enemigos que los persiguen!

- No sería una novedad -dijo Ramsés-. ¿Se le ocurre algún sitio?

Sir Edward parecía dudar; ni el hábil maquillaje ni la arraigada suciedad ni los mechones de su barba conseguían ocultar del todo

las arrugas que la inquietud y la indecisión marcaban en su rostro. Entonces, haciendo gala de su vieja serenidad, se encogió de hombros.

- Conozco un sitio, sí. Pero está a unos quince kilómetros y eso es mucho para que las damas vayan a pie. Necesitamos un medio de transporte.

- Puedo volver y coger el coche -se ofreció Selim.

- Es demasiado arriesgado-dijo Emerson casi al instante.

- Y llamaría excesivamente la atención -añadió sir Edward-. Tendremos que tomar prestados unos cuantos cuadrúpedos. Ramsés, amigo mío, ¿ha robado usted alguna vez un caballo?

- Por supuesto que lo ha hecho -le repliqué.

- La verdad es que no sé para qué me he molestado en preguntar -dijo sir Edward por lo bajo-. Hay una patrulla de vigilancia a casi dos kilómetros de aquí. Ramsés, Selim… no, usted no, profesor, alguien tiene que quedarse con las mujeres.

*DEL MANUSCRITO H*:

Había solamente un centinela. El enemigo no solía hacer incursiones y los ladrones locales habían aprendido a mantenerse alejados de la Columna del Desierto. Los árboles y los cultivos de cereales ofrecían múltiples lugares para esconderse y la luna no estaba alta en el cielo. Arrastrándose, se aproximaron lo suficiente como para poder oír los ronquidos de los hombres que yacían, acurrucados en sus mantas, más allá de la hilera de caballos. Sir Edward acercó sus labios al oído de Ramsés.

- Empiezo a pensar que no ha sido una idea tan buena.

Ramsés lo sabía desde un principio. Algunos de los remilgados oficiales británicos consideraban la ANZAC* como un grupo ingobernable, que no soportaba la disciplina y que ni tan siquiera sabía cómo montar a caballo. Personalmente, habría preferido tener detrás de él a toda una tropa de cazadores ingleses de zorros antes que a unos pocos de esos duros colonos.

Mala idea o no, había que llevarla a cabo. La muchacha no habría aguantado una caminata de más de diez kilómetros y a él le preocupaba su madre, quien preferiría caer fulminada antes que reconocer que aquello la superaba. En cualquier caso, tendrían que ponerse a cubierto antes de que amaneciera y a los miembros más lentos del grupo les llevaría demasiado tiempo recorrer aquella

distancia.

Habían planeado lo que tenían que hacer y Ramsés pensaba que, con un poco de suerte (y la ayuda de Nefret), lo conseguirían. Cuando la joven les anunció que estaba decidida a ir con ellos, él se vio obligado a contrarrestar la oposición de sir Edward y la de su propio instinto: el sentido común le decía que su ayuda sería muy valiosa. Su mujer era una excelente amazona y, además, tenía una extraordinaria habilidad con los animales.

Era a él a quien correspondía ocuparse del centinela. No le resultaría difícil: aquel pobre diablo debía de estar muy cansado y muy lejos de imaginarse que podría haber problemas. Ramsés le sorprendió por detrás y, rodeándole el cuello con un brazo, le golpeó en la boca del estómago y luego, mientras caía hacia delante, en la parte posterior de su cuello. En tanto que arrastraba el flácido cuerpo bajo un árbol, Nefret descendió hasta la hilera de caballos y les susurró algo al oído al mismo tiempo que les acariciaba el cuello. Al llegar al último de ellos, desató la cuerda que pasaba a través de las bridas.

Hasta ese momento no se había producido ningún ruido, excepto unos pocos y amortiguados relinchos de los intrigados equinos. Ahora tenían que moverse deprisa y en silencio. Nefret montó apresuradamente sobre uno de los caballos, mientras que Selim ayudaba a sir Edward a subir y montaba sobre otro. Todos los animales, salvo el de Nefret, se movían inquietos. Uno de los hombres se despertó y se sentó. Con un movimiento brusco, Ramsés pasó las riendas sobre el cuello del caballo que se encontraba a la cabeza y montó de un salto a lomos del mismo. El animal volvió su cabeza y lo miró con asombro.

- Hombre equivocado, lo sé -dijo Ramsés en tono coloquial-. Considéralo un inconveniente pasajero.

No quedaba tiempo para ajustar los estribos: con los talones desnudos, dio un taconazo en las ijadas del animal, poniéndolo al trote. Este respondía a cada toque, a

* En la I Guerra Mundial, soldados al servicio de los ejércitos australiano y neozelandés. (N. de la T.)

las órdenes en inglés o a ambas cosas a la vez. Todos los miembros del campamento habían acabado por despertarse: los gritos y las maldiciones retumbaban en la noche y alguien disparó

un rifle, lo que fue seguido de un torrente de juramentos dirigidos al idiota autor del tiro. Para entonces, todo el grupo de caballos se había puesto ya en marcha siguiendo a su líder y azuzados por Nefret, quien, a la cola del grupo, chillaba y golpeaba a los animales en sus ancas con una rama llena, de hojas. El pañuelo que le sujetaba el pelo se había soltado y ahora ondeaba tras ella, recibiendo los reflejos plateados de la luz de las estrellas. Sir Edward resistía, a pesar de que no parecía muy contento. Selim, en cambio, sí que lo estaba; aquel era, precisamente, el tipo de aventura con el que había soñado durante tanto tiempo: cabalgar salvajemente con el enemigo detrás, pisándole los talones.

En aquella ocasión, sin embargo, el enemigo que los perseguía era un soldado de caballería que corría todo lo deprisa que le permitían sus piernas, agitando los brazos y chillando. Los caballos se pusieron al galope y los lastimosos gritos de «¡Mary! ¡Mary, bonita mía, regresa!» se evaporaron en la noche.

Sin embargo, una auténtica y vengativa persecución no iba a tardar en producirse, de modo que no redujeron la velocidad hasta que no se encontraron cerca de las ruinas donde los esperaban los demás, listos para salir.

Ninguno de ellos cruzó palabra, pero Ramsés pudo notar la resignación que se leía en el rostro de su madre: no era una amazona entusiasta y, además, estaba habituada al paso tranquilo de los caballos árabes.

- Lo siento, madre -le dijo, mientras le ofrecía su mano para ayudarla a montar-. ¿Está segura de que se encontrará bien?

- Claro que sí.

Era precisamente la respuesta que él se esperaba de ella.

Esin, en cambio, tuvo ciertas dificultades. Hasta entonces había montado solo en Inglaterra y con una silla especial para damas. Declinando la entusiasta oferta de ayuda que le hizo Selim, Nefret montó a la muchacha delante a ella.

- Estamos dejando un rastro que hasta un ciego sería capaz de seguir -dijo sir Edward cuando se pusieron de nuevo en marcha de dos en dos-. Y, por si fuera poco, ahora también nos siguen los australianos.

- Fue idea suya -le señaló Ramsés.

- Es cierto y espero poder vivir lo bastante como para poder

lamentarlo.

Resultaba extraño oír hablar a aquel vagabundo de un modo tan cortante. Ramsés todavía no había acabado de asimilar la repentina aparición de sir Edward y ya tenía una infinidad de preguntas que hacerle.

- ¿Qué está haciendo aquí? Tenía la impresión de que se había retirado de la vida criminal.

- No puedo imaginarme qué fue lo que te hizo pensar así-fue la suave respuesta de sir Edward-. Pero mi misión actual no es de naturaleza realmente criminal: hay gente que recibe medallas por hacer este tipo de cosas.

- Las medallas llegan, generalmente, cuando «esa gente» ha muerto.

Sir Edward no pareció darse por aludido y Ramsés probó entonces a cambiar de tema.

- ¿Cuál es la razón de que Sethos se encuentre en Gaza? No es un traidor, de eso estoy seguro, pero ¿qué demonios es lo que anda buscando?

- Tendrás que preguntárselo a él.

* * *

Llegaron a su destino justo antes del amanecer. Ramsés esperaba encontrarse con unas ruinas destartaladas o con una casa pobre e insignificante, pero en lugar de eso sus ojos contemplaron unos altos muros alzándose contra la claridad del cielo, como si se tratara de los de un castillo o los de una fortaleza. El portón estaba cerrado. Sir Edward lanzó un grito y, poco tiempo después, una de sus puertas se abrió y un hombre se asomó por ella. Al verlos, lanzó una exclamación.

- Son amigos -dijo sir Edward-. Amigos del Maestro.

Encabezando el grupo, los condujo hasta un patio abierto con un pozo en el centro y una arcada cubierta a su derecha. Era una fortaleza, de las más inexpugnables. Los muros tenían una altura de unos tres metros y un espesor de algo más de dos. La zona habitable estaría en la pequeña estructura de dos pisos que se encontraba en el interior del recinto.

- Vayan a la casa -les dijo su anfitrión señalando el edificio-. Entren directamente y suban las escaleras hasta el salón. Me temo que no estamos muy preparados para recibir invitados, pero

Mustafá y yo haremos lo posible por procurarles alimento y bebida.

Diciendo esto, hizo un aparte con el otro hombre. Dejando que su padre se ocupara de su madre y Selim de la muchacha, Ramsés trató de acercarse lo más posible a la pareja.

Apenas pudo escuchar tres palabras, «¿No hay mensajes?», y ver como Mustafá negaba con la cabeza.

Mustafá era, exactamente, el tipo de hombre que uno podía esperar que Sethos reclutase: corpulento, con una barba negra como la de un pirata y muy cauto. Lanzó una mirada recelosa a Ramsés y sir Edward se dio la vuelta.

- Este es el célebre… mmm… famoso Hermano de los Demonios, Mustafá -dijo en árabe-. Ya has oído hablar de él.

- Ah -Mustafá le tendió la mano-. Estrechemos nuestras manos como hacen los ingleses, ¿no? Es un honor conocerlo. Entonces, los otros son…

- El aún más célebre Padre de las Maldiciones y su familia -dijo Ramsés-. Espero que me perdonen la descortesía pero, si me lo permiten, me gustaría recordarles que hay unos cuantos importantes asuntos que deberíamos resolver antes de seguir adelante con el intercambio de cumplidos. Los caballos, por poner un ejemplo. Sus dueños querrán que se los devolvamos.

Echando la cabeza hacia detrás, Mustafá soltó una sonora carcajada.

- ¿Los robó? Bien hecho, nos darán por ellos una buena cantidad de dinero.

- Refrena tus instintos comerciales, Mustafá -dijo sir Edward-. Antes o después tendremos que devolverlos. Nosotros… esto… se los pedimos prestados a los australianos.

- Mmm-Mustafá se acarició la barba-. Es una pena, pero tiene razón, los australianos son unos guerreros feroces y adoran sus caballos.

Ramsés acarició el amistoso hocico que descansaba sobre su hombro,

- ¿Se ocupará usted de cuidarlos, Mustafá? Almohácelos y deles agua.

- Si has acabado de disponer las cosas a tu gusto -dijo sir Edward-, ¿podemos irnos ya? Tu madre nos estará esperando en el salón.

- No, no creo dijo Ramsés.

* * *

El salón era una habitación elegantemente amueblada y situada en la parte delantera de la casa. A pesar de que pude reconocer el gusto refinado de Sethos en algunos detalles del mobiliario -los sofás cubiertos de almohadones, las celosías y las mesitas bajas de latón y cobre-, resultaba evidente que se trataba de una habitación de soltero: había un nido de pájaro en el alféizar de una de las ventanas y el polvo cubría todas las superficies lisas de la estancia.

- -Pobre de mí -me lamenté-. Esto es inaceptable. Vamos a ver en qué estado se encuentra el resto de la casa.

- Nos dijo que esperáramos aquí -dijo Nefret mientras sostenía a Esin, quien parecía haber llegado al límite de sus fuerzas.

- No tengo ninguna intención de quedarme aquí esperando a que un hombre tome las disposiciones adecuadas -le repliqué-. Esa muchacha debería estar ya en la cama; intentemos encontrar una.

Dos de las pequeñas habitaciones que se encontraban tras el salón habían sido, sin lugar a dudas, usadas como dormitorios. Había varias prendas de vestir masculinas tiradas sobre sillas y sillones. Las camas eran de latón, al estilo europeo y no muy en sintonía con el resto de los muebles, pero equipadas con cómodos colchones, sábanas y almohadas. Selim y yo estiramos la ropa de una de ellas y colocamos a Esin encima. No me molesté en desvestirla, ya que me dio la impresión de que las sábanas no habían sido cambiadas en varías semanas.

Sir Edward y Ramsés estaban en el salón cuando volvimos de la habitación.

- ¿Encontró lo que estaba buscando? -preguntó el primero cortésmente.

- He encontrado una cama, que me parece que debe de ser la suya, y he acostado a la señorita Sahin en ella. La pobre muchacha estaba exhausta. Y ahora, ¿dónde está la cocina? No nos vendría mal una agradable taza de té.

- Mustafá lo está preparando ya -dijo sir Edward.

- ¿Sabe bien durante cuánto tiempo ha de hervir el agua? Lo mejor será que vaya a ver…

Sir Edward se tomó la libertad de sujetarme por un brazo.

- Lo sabe. ¡Lo sabe! Siéntese, por favor, señora Emerson. Yo no

puedo hacerlo hasta que usted no lo haga y tengo los pies destrozados.

- Oh, está bien -seleccioné entonces uno de los sofás que, a mi entender, no tenía restos de actividad avícola. Sir Edward se derrumbó sobre otro de ellos con un suspiro y Ramsés tomó asiento junto a Nefret.

Emerson, en cambio, seguía paseándose arriba y abajo de la habitación.

- ¡Ja! -exclamó al abrir un armario-. Mi… esto… viejo amigo sabe cómo cuidarse. Clarete, extraordinario, y, por si fuera poco, de una excelente añada. No es whisky, Peabody, pero ¿no te gustaría echar un trago?

- A esta hora del día no -le contesté-. Ah… aquí está Mustafá con la bandeja del té. Déjela aquí, yo lo serviré.

Naturalmente, lo había derramado por toda la bandeja. Cuando se volvió a erguir, dirigiéndome una mirada llena de descaro y curiosidad, tuve uno de esos momentos de total desorientación: la bandeja del té, preparada al más puro estilo inglés -supongo que bajo la influencia de sir Edward-y servida por aquel matón de barba negra; sir Edward mismo convertido en un mendigo sucio y andrajoso; y el resto de nosotros ataviados con un abigarrado conjunto de vestidos que pasaban del elegante pero arrugado traje pantalón de Nefret a la desgarrada túnica de seda de Emerson.

Aunque lo cierto es que, en el pasado, habíamos vivido ya situaciones tan extrañas como aquella.

- ¿Es usted Sitt Hakim? Tengo una inflamación aquí en mí…-dijo Mustafá de repente.

- Más tarde, amigo mío -le dije, mostrando mi clemencia.

Nefret escondió su rostro en el hombro de Ramsés y Emerson se puso a gritar.

- ¡Dios mío! ¡Aquí también! ¡Maldita sea, Peabody!

Mustafá se retiró, visiblemente impresionado por el volumen que podía llegar a alcanzar la voz de Emerson. Traté de persuadir a mi marido para que se sentara y sacara su pipa. Normalmente, eso lo tranquilizaba.

- No sé dónde van a poder dormir todos ustedes -murmuró sir Edward.

- Por el momento mi cerebro se encuentra en plena actividad y

no me sería posible descansar, sir Edward -le informé-. Tenemos que saber cuál es nuestra situación. Antes de nada, ¿dónde está Sethos? ¿Esperaba usted que se encontrara aquí?

- Esperaba que, al menos, me mandara un mensaje. Normalmente encuentra siempre el modo de hacerme saber si se ha producido algún cambio en sus planes. Cuando lo vi ayer por la mañana.

- ¿Estaba en Gaza? Dios mío, da la impresión de que todos ustedes entran y salen de esa ciudad cuando les parece.

No creo que él hubiera confiado en nosotros en otras circunstancias. Debía de ser el agotamiento lo que le aflojaba la lengua.

- Sus fortificaciones son como coladores para un hombre solo, basta saber dónde se encuentran los agujeros. Una vez dentro, yo o cualquiera de nuestros correos, pasamos a formar parte de la multitud de adoradores que se agolpan alrededor del hombre santo pidiéndole su bendición.

- Y de ese modo se pueden pasar mensajes el uno al otro -le apunté.

- Algo así -dijo sir Edward evasivo-. Sabía que planeaba llevarse a la hija de Sahin. De haber podido, habría tratado de quitarle esa idea de la cabeza o al menos de persuadirle de que no regresara a Gaza. Es muy que probable que Sahin haya acabado por sospechar que él andaba metido en ese asunto y que lo haya vigilado más de cerca. Creo que eso ha sido lo que ha sucedido.

- ¿No puede enviar a alguien a averiguarlo? -le pregunté.

Emerson carraspeó.

- Mis papeles…

- ¡No! -dijimos Ramsés y yo al unísono.

- ¿Qué papeles? -preguntó sir Edwards abriendo los ojos como platos.

Orgulloso, Emerson los sacó y se los tendió a sir Edward. El sol estaba ya alto en el cielo; la luz hizo que el dorado que cubría los documentos lanzara impresionantes destellos.

- No soy capaz de leer el turco -dijo sir Edward devolviéndoselos.

- Pero Ramsés sí. -La pipa de Emerson se había apagado. Mi marido encendió una cerilla-. Dice que están perfectamente en

orden.

- Sí, bueno, de acuerdo, pero usted no puede… no puede ir así, por las buenas, hasta las trincheras y…

- No, requerirá algo de preparación -admitió Emerson.

- Estoy de acuerdo con eso -dije, imaginando ya los preparativos que Emerson debía de estar planeando. Camellos, sirvientes, vestidos ribeteados de oro y una enorme cimitarra… Iba a disfrutar con ello y su completo descaro le permitiría salir airoso… Durante cierto tiempo.

- Admirable -murmuró sir Edward. Daba la impresión, sin embargo, de estar más horrorizado que admirado-. Pero, señor, permítame que trate de usar antes los canales habituales.

- Es una idea excelente -dije; antes de que Emerson pudiera objetar nada-. Siento curiosidad por saber cómo lo hará usted, sir Edward.

- Le ruego que me excuse por interrumpirla, señora Emerson, pero ¿podríamos posponer el interrogatorio durante algunas horas? -Sir Edward se restregó los ojos-. Puede que usted no necesite descansar, pero yo sí y, además, hay también algunos asuntos domésticos que debo atender.

- Faltaría más. Muéstreme únicamente dónde guarda las sábanas limpias.

Fue el golpe de gracia para el pobre sir Edward.

- Yo… oh, Señor. Ni tan siquiera sé si hay alguna, señora Emerson.

- En el caso de que las haya, ¿dónde podrían estar? Vamos-le dije con amabilidad-, echemos un vistazo. No nos llevará mucho tiempo.

Los otros declararon que tenían la intención de tumbarse sobre los sofás mientras sir Edward y yo emprendíamos una búsqueda que él, claramente, consideraba infructuosa de antemano. Al final encontramos un armario que contenía ropa blanca de varias clases. Seleccioné unas cuantas piezas y sir Edward, un caballero de los pies a la cabeza, como siempre, tomó el montón de mi mano. Le permití que lo hiciera, aun a pesar de que a él le costara un poco sostenerlo.

- Lo sentí mucho al verlo -dije, rozándole apenas el brazo- Supongo que fue en Francia donde sucedió.

- Ypres* -fue muy escueto y evitó mis ojos al hablar.

No quería compasión; lo único que le debíamos era reconocimiento por lo que había hecho y yo me sentí en la obligación de dárselo.

- Debe de haber sido terrible; lo siento mucho.

- ¿Qué es esto?, ¿comprensión femenina, señora Emerson? No es muy propia de usted, ¿no le parece?

- Pero es sincera.

- Lo sé. -Sus rasgos, hasta ese momento rígidos, se relajaron-. Yo también lamento haber sido tan brusco. No fue tan terrible, no crea. Me sirvió para poder abandonar el ejército, lo que ya de por sí fue toda una bendición: había empezado a sentirme algo decepcionado.

- ¿No puede ponerse una prótesis?

- Oh, sí, ya tengo una bastante buena que me ayuda a ampliar considerablemente mi repertorio de disfraces. Estoy pensando en añadirle una bayoneta o, por qué no, un garfio.

Le di unas palmaditas en el hombro.

- O una sombrilla-añadió sir Edward.

Su sonrisa fue la del encantador y gallardo caballero que había conocido siempre.

La recordaría durante mucho tiempo. Cuando me desperté de una breve pero reparadora siesta, se había marchado, abandonando la casa y sus alrededores y, me temía, de regreso a aquel polvorín que era Gaza.

Me llevó, sin embargo, algo de tiempo descubrirlo. Había decidido echarme a dormir sobre uno de los divanes en lugar de tomarme la molestia de hacer una cama

* Ciudad belga. Durante la I Guerra Mundial, la importancia estratégica de la zona que cubría Calais, principal base británica en Francia, condujo a que los ingleses y los alemanes,se enfrentaran repetidamente en la misma, lo que causó un gran número de víctimas, pero sin que se produjera nunca una victoria definitiva. (N. de la T.).

que, si los acontecimientos seguían desarrollándose de aquel modo, tal vez nunca volvería a ocupar. Al ir a ver a Esin, casi tropecé con Selim, quien se había echado de través en el umbral de la puerta. Lo dejé allí, respetando su elección, y regresé al salón. Ramsés y Nefret estaban tumbados el uno junto al otro: él la

rodeaba con el brazo y ella tenía la cabeza apoyada sobre su hombro. Me quedé allí, contemplándolos unos momentos. Ramsés abrió uno de sus ojos y me miró con aire burlón.

- Todo va bien -le informé y me dirigí de puntillas hacia el diván sobre el que Emerson se había acostado.

No pretendía dormir más de una hora, pero al recostarme estaba oscureciendo y debí de adormecerme con el dulce murmullo de la lluvia. Me desperté al oír unas fuertes pisadas: las de alguien que corría apresurado. Me senté sobresaltada y me llevé la mano al bolsillo más próximo, que resultó ser el equivocado. Mientras hurgaba en otro tratando de encontrar mi pequeña pistola, un hombre irrumpió en la habitación y se detuvo. Jadeaba y su ropa chorreaba, completamente empapada.

Emerson se removía de un lado para otro, como un animal enjaulado y sin cesar de refunfuñar, como solía hacer siempre que lo despertaban de improviso. Ramsés, en cambio, se había incorporado y se encontraba ya alerta y preparado. El recién llegado, demasiado jadeante como para poder hablar, nos mostró sus manos vacías, en un gesto universal de conciliación. La habitación estaba bastante oscura y no lo podía ver muy bien, pero sabía de quién se trataba.

- Ah -dije-. Finalmente has llegado. Todo va bien, Ramsés.

- No, en absoluto. -Sethos consiguió finalmente comenzar a hablar-. ¿Dónde está Edward?

- ¿No está aquí? -pregunté.

- No.

Emerson se recobró finalmente.

- ¿Eres tú, verdad?-le preguntó, tratando de distinguirlo en la oscuridad-Maldita sea, ya era hora.

- Sí, pero es demasiado tarde -dijo Sethos empezando a recuperar el aliento-. ¿Os dijo Edward dónde…?

- Ni tan siquiera sabíamos que se había marchado -le contesté-. Tranquilízate, por favor y así podremos mantener una conversación racional.

- Y quítese toda esa ropa mojada -dijo Nefret.

- ¿Qué?, ¿aquí y ahora?

Ramsés había encendido algunas lámparas. A pesar de que Sethos había sacado pecho para dar a entender que era a él a quien

correspondía asumir el control de la situación, su aspecto seguía siendo lamentable: toda su ropa estaba empapada e incluso su barba goteaba.

- Un resfriado puede causar un ataque de malaria -dijo Nefret con calma-. Quítese esa ropa de inmediato y le diré a Mustafá que prepare algo de té.

- Y algo para comer -le grité mientras salía apresuradamente de la habitación.

- Y también algo para cambiarme -dijo mi cuñado con resignación, despojándose de la masa informe y mojada que eran en ese momento su turbante y el fez alrededor del cual había sido enrollado-. Esto es lo máximo que estoy dispuesto a quitarme mientras tú sigas en la habitación, Amelia.

Aun a pesar de que no veía la hora de mantener aquella conversación tantas veces pospuesta -teniendo en cuenta, además, la urgencia tanto de las preguntas como de las respuestas-, di precedencia a las cuestiones físicas. Sethos había padecido ya la malaria y no era nada conveniente que volviera a recaer de nuevo.

- Ven conmigo -le ordené, conduciéndole fuera de la habitación.

Selim, acostado todavía románticamente en el umbral de la habitación de Esin, se despertó de inmediato al oírnos llegar (aunque dudo mucho que fuera capaz de dormir profundamente sobre un suelo tan duro). Levantándose de un salto, se llevó la mano al cuchillo.

- Es un amigo, Selim -dije-. Me preguntaba si tendrías la amabilidad de ayudarlo a cambiarse de ropa.

- No necesito un condenado ayuda de cámara -gruñó Sethos.

- Selim no es un ayuda de cámara. Necesitas que te echen una mano y eso es lo que él hará. Seguidme, los dos.

El enorme armario que había en la otra habitación contenía un amplio guardarropa que iba desde los *abas* y *galabiyyas* hasta el bonito traje de *tweed* que Sethos había tomado prestado de Ramsés el año anterior. Tras dejarlos solos, volví al salón. Mustafá había conseguido presentar una comida cuando menos fuera de lo común: lengua en lata, pan, fruta y, cómo no, té. Selim y Sethos no tardaron mucho en unirse a nosotros, este último vestido ya con ropa seca aunque su pelo rebelde siguiera mojado.

- Vaya, resulta muy acogedor -comentó Sethos con un tono

decididamente sarcástico-. Una bonita reunión familiar. Os he estado siguiendo por ahí fuera toda la noche.

- ¿Acudiste a la cita? -le pregunté.

- Pero cuando ya os habíais marchado. ¿Queréis saber lo que sucedió?

- Lo estoy deseando -dijo Emerson haciendo rechinar los dientes.

- Tuve que salir corriendo -explicó Sethos-. Yo… esto… cometí un pequeño error de cálculo. No esperaba que Sahin actuara tan rápidamente ni con tanta decisión. Es un hombre muy eficiente y que cuenta con una red de apoyos muy bien organizada a su alrededor. No le llevó mucho tiempo descubrir que estabais en Khan Yunus. He de decir que no os comportasteis de una forma precisamente discreta, ¿no os parece?

- Fue inevitable que se descubriera nuestra verdadera identidad- dije-. Y si me permites que te lo diga, creo que, dadas las circunstancias, es injusto que nos critiques de ese modo.

- Es posible -admitió Sethos-. ¿Qué os parece si continúo con mi relato?

- Hazlo, por favor-dije.

- Tal y como estaba a punto de decir, la desaparición de su hija fue un golpe muy duro para él y reaccionó al instante ordenando que atacaran la casa. Fue una suerte que la muchacha estuviera con vosotros; de no haber sido así, habría tratado de tomar como rehén… a uno de vosotros; o a todos, tal vez.

- ¿Cómo sabes todo eso? -le pregunté.

- Fue él quien, me lo dijo. -Entre una frase y otra, Sethos devoraba la comida. Tras tragar un trozo de fruta, prosiguió-: Mantuvimos una de esas pequeñas y amistosas conversaciones que tú conoces tan bien, Ramsés. Me explicó con todo detalle lo que tenía la intención de hacer añadiendo, con más pena que rabia, que se veía obligado a encerrarme de nuevo, ya que había llegado a la conclusión de que mi conversión no era sincera.

Mordió mi trozo de pan. La pausa iba destinada a dar mayor efecto a sus palabras: a Sethos le resultaba imposible vencer la tentación de teñir de dramatismo su relato.

- ¿Le golpeó entonces? -Ramsés estaba tan intrigado como el resto de nosotros- ¿Con qué?

- Os aseguro que no con mi puño, porque eso era justo lo que él

estaba esperando. En aquel instante estaba mordisqueando con gran delicadeza una nectarina; se la tiré a la cara y mientras trataba de sacarse la pulpa de los ojos y escupía la que le había entrado en la boca le rompí su pipa de agua en la cabeza. El golpe lo ensució todo, dejándolo hecho un asco, e hizo bastante ruido, por lo que no quise perder tiempo atándolo. Calculé que me quedaban unos sesenta segundos antes de que el sirviente adquiriera el valor suficiente para venir a investigar, así que eché a correr… directamente fuera de la casa, y pasando por delante de los guardias. Si uno no tiene tiempo para ser prudente, tan solo le queda valerse de la rapidez y del descaro. Fue un espectáculo lo bastante espantoso como para aterrorizar a más de uno -añadió con una sonrisa-. El santo infiel, agitando los brazos y gritando retazos de frases del Corán. Nadie trató de detenerme. El delirio religioso es peligroso.

Seguí corriendo y, en tanto que lo hacía me iba deshaciendo de mis elegantes adornos y los iba esparciendo aquí y allá por la calle, lo que no hacía sino confundir aún más a aquellos con los que me iba encontrando. Regalé el último de ellos (un precioso broche de esmeraldas del que odiaba tener que desprenderme) a un oficial que se encontraba al mando de uno de los puestos de guardia. Con mi bendición. ¿Puedo servirme algo más de té, por favor?

Ramsés fue el primero en romper el fascinado silencio.

- Soy un maldito aficionado -murmuró-. Perdóneme, madre.

- No lo has hecho tan mal hasta ahora -le concedió su tío-. Pero esta última aventura no estaba muy bien planeada. Tenías que haberte procurado el medio de escapar antes de dispararme.

- ¡No supondrá a Ramsés capaz de algo así! -exclamó Nefret indignada.

- Vamos, vamos, mantengamos la calma. Ni por un momento he pensado que mi afectuoso sobrino quisiera matarme. Imaginé que sería consciente de que un ataque a mi persona, llevado a cabo, presumiblemente, por mis antiguos patrones, me convertía en un auténtico traidor. No pensaba que llegaría hasta el punto de dejarse coger. Esa fue una complicación innecesaria.

- Espero que aceptes mis excusas -dijo Ramsés frunciendo el ceño a su tío.

Sethos tenía realmente el talento de hacer que la gente se

volviera contra él.

- Si no fuiste tú, ¿quién lo hizo entonces?

- Un tipo llamado Chetwode. Es el sobrino del general. Su superior es un tal Cartright.

- Ah, ese grupo. ¿Cómo pudisteis…?

- Eso carece ahora de importancia -le interrumpí-. Si seguimos perdiendo tiempo con los detalles nunca conseguiremos aclarar este asunto. ¿Qué sucedió después de que abandonaras Gaza?

- Pensé que lo mejor era ir hasta Khan Yunus para advertiros.

- Podías haber pensado en eso antes -refunfuñó Emerson.

- Os lo he dicho: no sabía lo que Sahin quería hacer hasta que no me lo dijo. Por un pelo, conseguí escapar de la ciudad antes de que sus hombres salieran detrás de mí en frenética persecución; tuve que agazaparme allá abajo en las colinas hasta que se cansaron de buscarme. -Tomó un cigarrillo de la pitillera que Ramsés le tendía y lo encendió antes de continuar-. Cuando llegué a Khan Yunus, me encontré con aquel tumulto. El ejército estaba ya allí tratando de calmarlo, pero sin tener la más remota idea de quién lo había iniciado ni por qué. Habían entrado en la casa y la gente del lugar aprovechaba la confusión para llevarse todo aquello sobre lo que podían poner la mano encima.

- ¡El coche! -exclamó Selim. ¿Le hicieron algún daño?

- No me permitieron examinarlo a fondo -dijo Sethos irónico. Fui de un lado a otro, tratando de parecer inofensivo, hasta que los militares consiguieron controlar más o menos la situación. No había rastro de vosotros por ninguna parte, así que solo me restaba esperar que Edward os hubiera podido advertir a tiempo de poder escapar. Para entonces era ya casi medianoche. Para poder salir de la ciudad tuve que esquivar tanto a los soldados que iban en busca de los causantes del tumulto como a estos últimos, puesto que podía tratarse de esbirros, de Sahin; por eso no resultó nada fácil.

Toda aquella maldita zona estaba en pie… buscando a los ladrones de caballos, según me explicó el sargento que me detuvo, quien, al ver que yo no tenía ninguno, me dejó marchar. ¡La verdad es que sois únicos causando problemas! Seguí adelante y, como no podía ser de otro modo, encontré la casa en ruinas vacía. Así que vine hasta aquí. Fue el único sitio que se me ocurrió. Vine a pie y por eso me costó un poco llegar.

Cuando apagó el cigarrillo, pude observar cómo le temblaba un poco la mano. No era el único signo de cansancio: su voz era apagada y tenía mala cara.

- Será mejor que duermas un poco -dije-. Luego podemos seguir hablando.

- A sus órdenes, Sitt Hakim. -Lentamente, se puso de pie-. ¿Hay alguien durmiendo en mi cama?

- La señorita Sahin duerme en una de las habitaciones. Prepararé la otra para que puedas acostarte en ella.

- No es necesario.

- Es evidente que se trata de una comodidad a la que no estás acostumbrado, pero lo haré de modos. Ven conmigo.

No creo que al lector le haya costado mucho imaginarse que lo que en realidad pretendía era tener una pequeña conversación privada con él. Incluso a Emerson le pareció oportuno, a pesar de que no le acabara de gustar la idea. Nunca había conseguido superar del todo los celos que sentía hacia su hermano, sentimiento que carecía de fundamento… al menos por mi parte.

- Déjame que te dé un poco de láudano -dije-. No podrás dormir sin él, estás demasiado cansado y nervioso.

- ¿Tienes miedo de que me escape a hurtadillas de la casa? -Al verme desdoblar una de las sábanas la tomó por otro de sus extremos-. Tengo más sentido común qué todo eso. Si Edward no ha regresado cuando se haga de noche tendré que tomar las medidas oportunas, pero para poder funcionar con eficacia antes tengo que dormir un poco.

Había metido la sábana de cualquier manera, por lo que me tocó volver a hacer ese lado de la cama. Nuestras miradas se cruzaron y él esbozó una leve sonrisa; como yo, debía de estar pensando que aquella era una escena doméstica cuando menos extraña.

- No necesito tu láudano -continuó, tomando un recipiente de uno de los estantes.

- ¿Cuánto tiempo hace que las tomas? -le pregunté mientras tragaba una minúscula píldora blanca.

- Semanas, meses -se estiró sobre la cama-. Sus efectos son muy rápidos, de modo que si tienes alguna pregunta, cosa que no dudo, lo mejor será que hables cuanto antes.

- Solo quería preguntarte por Margaret. ¿Has tenido noticias de

ella?

Aquel inocente tema lo pilló por sorpresa.

- ¿Margaret? No, hace varios meses que no. No veo cómo habría podido mantener una correspondencia regular, ¿no te parece?

- ¿Sabe ella lo que estás haciendo?

- Ella sabe todo sobre mí -dijo, cerrando los ojos.

- ¿Incluido…?

- Todo.

- Entonces, es evidente que merece toda tu confianza. ¿Te vas a casar con ella?

Sethos abrió los ojos y se cogió las manos por detrás de la cabeza.

- No me vas a dejar en paz hasta que no te abra mi corazón, ¿no? La pregunta no es si me voy a casar con ella sino, más bien, si ella querrá casarse conmigo. Se lo he pedido ya. No tenía intención de hacerlo, pero… se me ocurrió en un particular… esto… en un momento muy personal. Ella dijo que no.

- ¿Fue un no terminante e incondicional?

- Bueno, puso ciertas condiciones: no creo que te resulte difícil adivinar cuáles. Estaba en su derecho. Le dije, le prometí, que esta sería mi última misión. Y podría ser muy bien así.

- No en el modo que piensas -dije con firmeza-. ¡Ahora estamos aquí, dispuestos a hacer lo que sea! No obstante, podríamos resultar más útiles si me dijeras cuál es el objeto de tu misión. ¿Qué es lo que buscas?

- Sahin -dijo, entornando los ojos. El sedante le había aflojado la lengua-. Es su mejor hombre, el único bueno. Una vez fuera de juego podremos pasar a… Adora a esa muchacha. No me lo imaginaba. Pensé que haría algo por intentar recuperarla, pero no me di cuenta… El afecto paterno no es uno de mis puntos más fuertes. Te he hablado de Maryam, ¿no?

- ¿Quién?

Tuve que repetirle la pregunta: estaba ya medio dormido y divagaba.

- Maryam, Molly. La conocías por ese nombre… Se ha ido.

- ¿Muerta? -dije, sofocando un grito-. ¿Tu hija?

- No… Se ha ido. Se marchó. Escapó. Me odia. A causa de su madre. Es la viva demostración de que las cosas se heredan. Ha

sacado lo peor de los dos padres. Pobre diablillo. Sabes que lo es. Amelia…

- Tranquilo -le dije con dulzura, cogiendo la mano que buscaba a tientas la mía-. Todo se arreglará. Ahora duerme un poco.

Me quedé sentada junto a él hasta que su mano se relajó y las arrugas de su cara se suavizaron. Me había propuesto -está bien, lo admito- sacar partido de su sopor para sonsacarle toda la información que me fuera posible, pero nunca imaginé que llegaría a hacerme unas revelaciones tan íntimas, tan personales y tan dolorosas.

Cuando la conocí, su hija tenía catorce años. Ahora debía de haber cumplido ya los dieciséis. Su madre había sido la compañera de Sethos en sus actividades criminales y también su amante. No obstante, cuando descubrió que el corazón de él pertenecía a otra mujer (a mí, para ser más exactos, o al menos eso era lo que decía él), aquel amor salvaje dio paso a los celos más violentos. Tanto es así que trató de matarme en varias ocasiones y llegó a asesinar a uno de mis más queridos amigos antes de morir a manos de aquellos que no habían llegado a tiempo de salvarlo.

¿Hasta qué punto conocía esa niña aquella terrible historia? Si culpaba a su padre de la muerte de su madre era porque no sabía toda la verdad. Sethos no había presenciado su muerte y ella llevaba ya una vida criminal y depravada antes de conocerlo. Un moralista podría acusarlo de no haber sabido hacerle entrar en el buen camino, pero yo pienso que hasta un santo (y Sethos no lo era) habría tenido cierta dificultad con Bertha.

No creo que el carácter sea tan solo una cuestión de herencia. Al recordar a Molly tal y como la había visto la última vez, aparentando menos edad de la que realmente tenía, la viva imagen de la inocencia infantil y llena de pecas… Aunque no parecía tan inocente el día que la encontré medio desnuda -sin que nadie le hubiera prestado su ayuda, he de añadir-en la habitación de Ramsés. Si no hubiera sido porque pasaba por allí -y también porque Ramsés tuvo el sentido común de llamarme enseguida- o si él hubiera pertenecido a otra clase de hombre, la clase de hombre que ella esperaba que fuera… Ramsés podría haberse encontrado en una situación extremadamente embarazosa.

Pero eso no probaba nada. Molly no se había propuesto

seducirlo o avergonzarlo deliberadamente; era tan sólo una muchacha joven, tonta y caprichosa. Se me partía el corazón al pensar en ella y al contemplar al hombre que dormía tumbado en aquella cama, pálido y con el rostro demacrado por el cansancio. Tuvo que perderla para llegar a entender hasta qué punto la amaba, y se culpaba por ello. ¡Cuánto me habría gustado poder reunirlos de nuevo!

Era un bonito pensamiento aunque poco práctico, al menos en aquel momento. Antes debíamos superar el problema inmediato al que nos enfrentábamos. Con un suspiro, solté su mano y salí de puntillas de la habitación.

- ¿Y bien? -preguntó Emerson-. Habéis estado ahí un buen rato. ¿Has podido sonsacarle muchas cosas?

- No nos equivocamos en absoluto al juzgarlo -dije, mientras me sentaba junto a él respondiendo a la invitación que me hizo con un gesto-. No es un traidor. Su misión era deshacerse de Sahin Bey… Pachá.

- ¿Matarlo, quieres decir? -preguntó Ramsés.

- No lo dijo, pero no creo que Sethos…

- Sahin es un enemigo peligroso en tiempos de guerra -dijo Ramsés pensativo-. No obstante, para conseguir el mismo objetivo bastaría con hacer que cayera en desgracia y se viera privado de su posición actual. En el curso de la última semana, nos ha perdido a mí, a su hija y ahora a Ismail Pachá, cuya huida les acabará por convencer de que se trata de un espía británico. ¡Por lo menos lo acusarán de descuidado!

- ¡De algo más que de descuidado! -exclamó Emerson-. ¡De altamente sospechoso, como mínimo! Todo eso bastaría para ser considerado culpable mientras no demostrara lo contrario. Dios mío, muchacho, creo que tienes razón. Es muy propio de Sethos tramar un plan tan retorcido como ese. Si los turcos llegan a creer, como es posible que lo hagan ya, que Sahin Pachá ha sido hasta ahora un doble agente, se verán obligados a reorganizar todo su servicio de inteligencia y eso podría llevarles meses.

- Y mientras tanto se verían privados del mejor y más inteligente de sus agentes -añadí-. Sethos dijo que, una vez eliminado Sahin, podrían emprender… algo.

- ¿Qué?

- No lo dijo.

- ¿Y quiénes son «ellos»? -preguntó Nefret-. ¿Para quién trabaja? ¿No serán Cartright y «su grupo»? -Él… esto… no lo dijo.

Emerson dio un puñetazo a la mesa, haciendo tintinear la vajilla.

- ¿Qué fue lo que dijo entonces? ¡Dios mío, estuviste con él casi tres cuartos de hora!

- ¿Cómo lo sabes? -le pregunté-. No llevas reloj.

Por una vez, mi intento de distraerlo y ponerlo a la defensiva falló.

- Limítate a contestar mi pregunta, Peabody ¿De qué estuvisteis hablando durante todo ese tiempo?

- Cuestiones personales. Oh, Emerson, por el amor de Dios; no hagas rechinar los dientes. Quería asegurarme de que se quedaba dormido antes de salir. Ese hombre está al borde del colapso nervioso. Ha sufrido durante meses una tensión insoportable. No le podemos permitir que regrese a Gaza:

- No será tan estúpido-refunfuñó Emerson.

- Lo será si cree que sir Edward ha ido hasta allí a buscarlo

- No habrá sido tan estúpido -repitió Emerson.

- Lo habrá sido si creía que su jefe podía estar en peligro. Han sido amigos durante mucho tiempo. Voy a hablar con Mustafá, es posible que sir Edward le dijera algo. Y además le prometí que le curaría esa inflamación… Ah, estás aquí, Esin. Has dormido un buen rato.

- Sí. -Frotándose los ojos, se sentó en el sofá que se encontraba junto a Ramsés-. ¿Qué ha sucedido? ¿Mi padre ha…?

- No ha pasado nada. Estás completamente a salvo. ¿Tienes hambre? Debe de haber quedado algo sobre esa bandeja. Perdona. No tardaré mucho.

Ramsés me acompañó. Me había imaginado que él o su padre lo harían y, por muchas razones, prefería que lo hiciera mi hijo. Sus preguntas no solían ser tan impertinentes.

- Pensé que lo mejor sería venir con usted por si la inflamación de Mustafá se encuentra en un sitio que nuestro padre preferiría que no le examinara -me explicó.

- Lo veo poco probable.

- Era una broma, madre.

- Lo sé, querido.

El cielo seguía cubierto pero había dejado de llover. El agua goteaba con triste cadencia desde los aleros de las arcadas que rodeaban el patio. Dejé que Ramsés me cogiera del brazo.

- Creo que tienes razón sobre las intenciones de Sethos -dije-. Has demostrado ser muy inteligente al llegar a esa conclusión.

- ¿Demasiado inteligente, quizá? Odio pensar que mi mente se puede encontrar en sintonía con la suya.

- Sea cual sea su verdadera intención, es casi seguro que los efectos serán los que tú nos describiste.

¡Dios, qué sitio más triste! No parece haber un alma. ¿Mustafá?

- Lo más probable es que esté con los caballos -dijo Ramsés.

Al oír nuestras voces, Mustafá salió del establo.

- Estaba hablando con los caballos -dijo-. Son unos animales estupendos. ¿Necesita algo, Sitt Hakim?

- Por el momento no. Únicamente quería hablar contigo, Mustafá, y curar la inflamación… ¿Dónde la tienes?

Mustafá se sentó y levantó uno de sus pies: descalzo, lleno de callos y muy sucio.

- Tendrás que lavarlo primero -dije. i

- ¿Lavarlo?-repitió Mustafá sorprendido.

Ramsés, quien parecía estar divirtiéndose mucho, nos trajo un cubo de agua y convencimos a Mustafá para que metiera el pie en él. Sabiendo que ese tipo artículos no suelen ser frecuentes en las casas de la región, había llevado conmigo una pastilla de jabón Pear. Una vez que la frotamos vigorosamente, la inflamación resultó ser… el dedo gordo del pie infectado. Debía de habérselo golpeado y, después, no le había prestado demasiada atención. El alcohol hizo que los ojos de Mustafá casi se le salieran de las órbitas.

- Voy a vendarte el pie -dije, aplicándole la gasa y el esparadrapo con generosidad-. Pero tienes que procurar que se mantenga limpio. Cambia la venda todos los días o lávalo.

- ¿Eso es todo?-preguntó Mustafá.

- Debería serlo…

Ramsés tosió ruidosamente.

- ¿Dice usted las palabras adecuadas, madre, o las digo yo?

- Los conjuros son más cosa tuya que mía -le contesté en inglés-. Procede.

Una vez completada esta parte esencial del tratamiento, Mustafá

se dio por satisfecho y yo pude finalmente entrar en materia.

- ¿Te dijo sir Edward adonde se dirigía?

- No. -Mustafá alzó el pie y estudió el vendaje-. Se llevó el mulo.

- ¿Tenéis un mulo?

- Dos. Se llevó uno.

- ¿Dijo cuándo regresaría?

- No. -Mustafá parecía meditar, con el ceño fruncido-. Dijo… ¿qué era? Algo sobre el whisky. Que se lo traería al Padre de las Maldiciones.

- Ha ido a Khan Yunus -dijo Ramsés cuando salimos, dejando a Mustafá admirando el vendaje.

- ¿Y no a Gaza?

- Mi padre tiene razón, él no se comportaría de manera tan estúpida, a menos que tuviera alguna prueba de que Sethos se encontraba todavía allí. - Cogiéndome por el brazo, me detuvo-. No creo que sea conveniente discutir sobre Sahin Pachá delante de la muchacha, ¿no?

- Creo que es mejor no hacerlo. Ya se sabe que los sentimientos de los jóvenes son muy volubles. Ahora está enfadada con él, pero si lo creyera en peligro…

- Sí, madre, eso es precisamente lo que estaba pensando.

Al entrar de nuevo en el salón, Nefret alzó la vista del papel en el que estaba dibujando.

- Esin quería saber cuál es la última moda -explicó-, ¿Cómo va la inflamación de Mustafá… o lo que sea?

- El dedo gordo del pie -le respondí-. Una infección sin importancia. ¿Dónde está Emerson?

- Dijo que iba a hacerle compañía a Sethos -respondió, riéndose entre dientes-. Creo que anda buscando tabaco: se le ha acabado.

Emerson no pudo encontrar nada de tabaco. AI regresar parecía más inquieto de lo que la mera carencia de esta sustancia podía explicar.

- ¿Duerme todavía? -le pregunté.

- Sí. Él… mmm… no parece encontrarse bien.

- No está bien.

- ¿Hay alguien enfermo? -preguntó Esin.

Me di cuenta entonces de que todavía no sabía nada del recién llegado.

- Un… esto… bueno, un amigo nuestro. Tú lo conoces como Ismail Pachá.

- ¿Está aquí? -Se puso de pie de un salto, llevándose las manos a las mejillas-. ¿Por qué? ¿Lo envió mi padre? ¿Ha venido para hacerme regresar a casa?

- Dios mío, la verdad es que eres de ideas fijas -dije-. Él es también un fugitivo: tu padre empezó a sospechar de él y tuvo que huir.

- Oh. -Tras reflexionar un momento, su rostro se iluminó-. Entonces tengo que estarle agradecida. ¡Se arriesgó por mí!

- Después de todo, se trata de un caballero inglés -dijo Ramsés arrastrando las palabras-. Mucho más valeroso y galante que yo.

- Pero tú eres más joven y atractivo-repuso Esin.

Aquellas palabras bastaron para hacer callar a mi hijo.

El tiempo parecía haberse detenido mientras nos dedicábamos a divagar. No podíamos decir mucho en presencia de Esin y no conseguía encontrar una excusa para deshacernos de ella. Se había pasado el día durmiendo, así que no podía mandarla a la cama.

Con la única excepción de Selim, el resto de nosotros no había pegado ojo. Convencí a Nefret de que se acostara un poco y yo me llevé a Esin a un rincón lo bastante alejado como para que nuestras voces no la molestaran. Descubrimos que los derechos de las mujeres era un tema que nos interesaba a ambas y yo le hablé entonces del movimiento sufragista y de cómo me había manifestado y había sido detenida por un robusto policía. Ella dijo entonces que habría hecho lo mismo y que también le habría dado una patada.

Durante todo ese tiempo, Emerson permaneció sentado, meditabundo y en silencio, fumándose los cigarrillos de Ramsés y deslizándose de vez en cuando fuera de la habitación para ir a ver cómo estaba su hermano. Sentado al lado de su mujer y sin apartar la vista de ella, Ramsés meditaba también, sobre Nefret. Pasado un rato, me llevé a Esin a la cocina y le enseñé a hacer el té. Se mostró tan torpe que pensé que debía de ser la primera vez que llevaba a cabo aquella tarea doméstica. A pesar de todo, conseguimos llegar hasta arriba con la bandeja sin que sucedieran mayores desastres.

A última hora de la tarde el sol hizo su aparición y, poco tiempo después, Sethos hizo la suya. Esperaba que su aspecto fuera terrible

y de hecho lo era, pero, en contra de lo que también me había esperado, se había afeitado la barba. Sus singulares ojos, color verde grisáceo, recorrieron con desdén la habitación, efectuando una inspección general de la misma.

- ¿Seguís todos aquí? -dijo con el tono más ofensivo de que era capaz-. Qué bonito.

Yo sabía qué era lo que le preocupaba, por lo que me apresuré a darle las noticias que podían aliviar un poco su ansiedad.

- Pensamos que sir Edward no ha ido a Gaza, sino a Khan Yunus.

- ¿De verdad?-dijo, frotándose la barbilla-. Esperemos que estéis en lo cierto.

- No me cabe duda alguna -dije-. ¿Té?

- No -contestó, arrojándose sobre el sofá.

- Será mejor que te tomes una taza. Dásela, Esin -dije a la muchacha, tendiéndosela-. Con limón y sin azúcar, ¿verdad?

Nuestras miradas se cruzaron; el recuerdo de la última vez que habíamos tomado el té juntos le hizo sonreír. Por desgracia, Emerson también lo recordaba, ya que yo le había confesado sin olvidar detalle lo que había sucedido en aquel encuentro. Con todo, limitó sus comentarios a unos cuantos gruñidos.

- ¿De verdad es usted Ismail Pachá? -preguntó la muchacha no muy convencida. De pie junto a él, sostenía cuidadosamente la taza de té.

Sethos se levantó y se la quitó de las manos. La sonrisa había transformado su cara ojerosa y su cultivado encanto se deslizó sobre él, cubriéndolo como un manto.

- ¿Te ha confundido el que me afeitara? Soy el mismo hombre, puedes estar segura, y me alegro de encontrarte sana y salva. ¿Te han cuidado bien mis amigos?

Aquel encanto resultaba algo manido, pero para Esin era más que suficiente.

- Oh, sí, pero hubo un momento en que pasé un poco de miedo. Se produjo una pelea y tuvimos que salir huyendo.

- Cuéntamela -murmuró Sethos.

En conjunto, su relato fue bastante correcto, a pesar de que se excediera en los aspectos emocionantes del mismo. Sethos parecía escucharla atentamente mientras su rostro se transformaba, reflejando admiración, asombro y angustia en los momentos que

convenía; aun así, algo me decía que su atención no era total. Escuchaba y esperaba… como todos nosotros.

La luz del sol se fue intensificando hasta teñirlo todo de color ámbar; después se apagó lentamente hacia el gris. Seguíamos sin saber nada de sir Edward. Ramsés encendió las lámparas. Cuando estaba a punto de sugerir que cenáramos, escuchamos por fin el tan esperado ruido de pasos y sir Edward entró en la habitación. En un primer momento, tuvo tan solo ojos para su jefe. En caso de que hubiera dudado del afecto que podía haber entre ellos, las expresiones de alivio que vi en ambas caras tendrían que haber bastado para mostrármelo. Como buenos ingleses, no manifestaron sus sentimientos.

- Es estupendo volver a verte -dijo sir Edward imperturbable-. Mustafá me dijo que estabas aquí.

- Eras tú el que tenía que haber estado aquí -fue la respuesta igualmente imperturbable-. Siéntate y tomate una taza de té.

- Está frío -dije, inspeccionando los tristes posos.

- Tomaré un poco, de todos modos. -Sir Edward se dejó caer pesadamente en el diván junto a Emerson-. Lo siento, profesor, no me fue posible conseguirle nada de whisky. La casa…

- Entonces nos tendremos que conformar con el clarete-dijo Sethos mientras se dirigía al mueble bar donde estaba guardado el vino-. Mis provisiones se han visto algo mermadas. ¿Amelia?

- Sí -dije respondiendo tanto a la pregunta como a la tácita orden-. Esin, te sugiero que… esto… que te vayas a tu habitación a descansar.

- No necesitó descansar -dijo la joven-. No estoy cansada.

- Entonces ayuda a Selim a encontrar algo para que podamos comer.

Hice un guiño a Selim, acompañado de un gesto con la cabeza. Por regla general, ambas expresiones solían bastarle pero en aquella ocasión tuve que añadir un pequeño empujón, ya que no me miraba: sus ojos negros no podían apartarse de Sethos.

- Perdone, Sitt Hakim -dijo con un sobresalto.

Volví a repetir la sugerencia y él asintió con la cabeza, obediente, y se llevó a Esin de allí en tanto que le pedía más detalles sobre la audaz huida de la casa de su padre.

- ¡Qué valor! -oí que le decía mientras abandonaba la

habitación-. ¡Qué inteligencia!

Sethos regresó del mueble bar con una botella en una mano y un sacacorchos en la otra.

- Cuenta -dijo secamente.

- La ciudad está tranquila -dijo sir Edward- y con menos daños de los que me esperaba. Hay varios soldados vigilando la casa y están registrando los alrededores tratando de encontraros. Los respetables ciudadanos de Khan Yunus os consideran unos *djinn* y piensan que simplemente os habéis evaporado en el aire, pero los militares no han aceptado esta versión. -Tras tomar el vaso que Sethos le ofrecía, prosiguió-: Todavía no tienen muy claro si se os llevaron a la fuerza o si os escapasteis por vuestro propio pie y por motivos particulares. Sea como sea, os quieren atrapar.

Ramsés tomó la botella de manos de Sethos, quien, preocupado por su ayudante, se había olvidado del resto, y nos sirvió algo de vino a Nefret y a mí.

- ¿Qué sabes de Gaza? -preguntó Sethos.

- Han cerrado el lugar a cal y canto como si se tratara de una prisión. -Sir Edward bebió con deleite de su copa de vino-. He contactado a uno de nuestros muchachos, Hassan, quien recientemente intentó entrar en ella siguiendo el camino habitual, pero al ver lo que estaba sucediendo tuvo que dar media vuelta. Paran a todo el mundo.

- Cierran la puerta del establo cuando ya se han llevado el caballo -comenté con una sonrisa.

- ¡Ja! -dijo Emerson haciendo una seña a Ramsés para que le llenara el vaso-, ¿Alguna noticia de Sahin Pachá?.

Sir Edward sacudió negativamente la cabeza.

- Les llevará un poco decidir lo que deben hacer con él. Lo más prudente sería ejecutarlo y decir que esos malvados ingleses lo han asesinado.

- Ese era entonces tu plan -dije-. Hacerlo aparecer como un traidor.

- Al principio no tenía ninguno -replicó Sethos con cierta brusquedad-. Solo me habían ordenado que lo quitara de en medio… ¡qué eufemismo tan sutil!, ¿no os parece? Uno aprende a sacar provecho de los acontecimientos inesperados. Fuimos realmente afortunados. Todos nosotros.

- Hizo falta algo más que la mera suerte -dijo Ramsés de mala gana.

Su tío le dedicó una burlona reverencia.

- Selim no podrá entretener a Esin durante mucho más tiempo -dije-. Y no quiero que la muchacha se entere de que su padre podría haber sido arrestado y estar en peligro de muerte. Debemos decidir qué hacer con ella.

- Tienes razón, Amelia -dijo mi cuñado-. Cuanto antes regrese a El Cairo, mejor. Y lo mismo se puede decir de todos vosotros.

- ¿Y tú qué? -pregunté-. ¿Y sir Edward?

- No te preocupes por nosotros. Tan pronto como se haga de día quiero que volváis a Khan Yunus. Eso hará que dejen de registrar ese condenado pueblo y, sobre todo, evitará que acaben por encontrar este lugar, algo que no me conviene en lo más mínimo. Haz los preparativos necesarios y sal lo antes que puedas de ese maldito villorrio. Tendrás que inventar alguna historia que explique la presencia de la muchacha. Los militares no deben saber de quién se trata ni tampoco debéis permitir que caiga en sus manos.

- Como si yo fuera capaz de dejar a una muchacha de dieciocho años en manos de una tropa de soldados? -dije con desdén-. ¿Qué tenemos que hacer con ella una vez en El Cairo?

- Llevarla a la dirección que os indicaré-respondió mirando a Ramsés-. Memorízala, no la escribas.

- Ahí están -dijo Emerson al oír a Selim y Esin que regresaban en ese momento-. ¿No tienes nada más que decirnos?

Sethos se aseguró de que no tuviéramos la oportunidad de preguntarle nada más. Después de una improvisada comida y de habernos ordenado que recogiéramos nuestros bártulos y que nos preparáramos para partir de inmediato, salió con sir Edward y no lo volvimos a ver hasta la mañana siguiente.

Cuando nos reunimos en el patio era todavía de noche y la única luz que guiaba nuestros pasos era la de las linternas. Los caballos estaban ya allí esperándonos.

- Adiós-se despidió Sethos-. Espero que tengáis un viaje sin contratiempos.

Acto seguido, estrechó la mano de Emerson y la mía.

- ¿Cuándo volveremos a vernos? -pregunté.

- Cuando menos te lo esperes, querida Amelia. Es mi sello de

fábrica -me dijo con una sonrisa-. Tendrás noticias de mí muy pronto, te lo prometo. Adiós, Nefret. Intenta que Ramsés no se meta en líos.

- Siempre lo hago. -Poniéndose sobre la punta de los pies, le dio un beso en la mejilla-. Tenga cuidado. Sir Edward, intente que no se meta en líos.

- ¿A mí no se me da ningún beso? -preguntó el caballero.

Ella se echó a reír y le dio la mano. -Buena suerte y gracias.

Llegamos a Khan Yunus a media mañana y nos dirigimos directamente a la casa, seguidos por un tropel de holgazanes. La puerta estaba cerrada y había dos guardias apostados junto a ella. Al vernos se cuadraron y alzaron sus rifles.

- ¡«Es» ellos! -exclamó uno de los soldados.

- Esa gramática, joven -dije-. Pero, sí, somos nosotros. Déjennos pasar, por favor.

Selim fue de inmediato a ver cómo seguía su adorado automóvil.

- ¡Han robado dos de los neumáticos! -gritó angustiado.

- Eso tiene fácil remedio -dijo Emerson mientras me ayudaba a desmontar-. Ven ahora, Selim, podrás jugar con tu coche más tarde.

Una rápida inspección bastó para asegurarnos de que la casa estaba vacía y de que habían desaparecido algunas cosas, entre las que se encontraba buena parte del elegante guardarropa de «las favoritas».

- Era inevitable -dijo Emerson-. Por fortuna, llevamos todo lo necesario con nosotros. Vamos al *mak'ad*. Imagino que no tardaremos en tener visita.

- Sí, deben de saber ya que hemos regresado -asentí-. Esin, quiero que te quedes aquí en el harén.

- ¿Porqué?-preguntó.

- Formas parte del enemigo -dijo Nefret-. Si los soldados descubren que estás aquí, te llevarán con ellos.

No pretendía ser tan franca pero la advertencia surtió el efecto deseado. Sus regordetas mejillas palidecieron.

- No se lo permitiremos -añadió rápidamente Ramsés-. Basta con que no te dejes ver y te quedes tranquila.

- Me gustaría mucho poder darme un baño -dije-. Pero imagino que tendrá que esperar hasta que consigamos reunir unos cuantos sirvientes. Mientras tanto, ¿qué os parece si nos tomamos una taza

de té?

* * *

La ineficacia de los militares era desalentadora. Tardaron alrededor de una hora en reaccionar a la noticia de nuestro regreso. Los arcos abiertos del *mak'ad* constituían un lugar excelente de observación. Ibamos ya por la segunda taza de té, cuando él entró repentinamente en el patio y, tras apartar de una patada a una pobre gallina que se encontraba en su camino, se detuvo y clavó su mirada en algo. Emerson se asomó a la barandilla y lo llamó.

- Aquí arriba, Cartright. Venga a reunirse con nosotros.

- Teníamos que habernos, imaginado que se trataba de él -comenté-. No parece sentirse muy feliz.

Cartright subió las escaleras de dos en dos. Estaba rojo como un tomate y su bigote daba la impresión de haber sido la víctima inocente de sus profundas cavilaciones.

- Están aquí -jadeó-. Todos ustedes.

- Es obvio-le repliqué-. Nefret, ¿queda algo de agua caliente? Creo que al mayor Cartright le vendría bien una taza de té. Siéntese, mayor.

El joven se dejó caer en una silla y se pasó un pañuelo por la cara.

- ¿Dónde han estado? Llevamos días buscándolos.

- No creo que hayan sido tantos -dije-. Bébase el té. Hemos decidido aprovechar su amable oferta de facilitar nuestro regreso a El Cairo. Necesitaremos gasolina, agua, comida y dos neumáticos nuevos. ¿Se te ocurre algo más, Emerson?

Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados y moviendo rápidamente los labios, Emerson hizo un gesto negativo con la cabeza.

- No, que yo sepa. Continúa, Peabody, pareces tener la situación bajo control.

- Nos gustaría salir mañana por la mañana -expliqué-. Por lo visto, ha espantado usted a nuestros sirvientes. Convénzalos, convénzalos, repito, de que regresen. Hay que lavar algo de ropa y preparar un poco de comida.

- Señora Emerson… por favor -con un gesto de la mano, Cartright rechazó la taza que le ofrecía-. ¿Puede dejar de hablar por un momento? Profesor, quisiera saber dónde demonios…

- Ese lenguaje, ese lenguaje -dijo Emerson-. Hay señoras delante. Y en cuanto a sus preguntas, señor, no estoy obligado a obedecer sus órdenes.

- El general Chetwode…

- Ni tampoco las del general. Informaré a las personas adecuadas en el momento adecuado. En El Cairo, para ser más exacto. ¿Nos va a proporcionar lo que le hemos pedido o me veré obligado a dirigirme a sus superiores?

- Yo… sí. Es decir, bueno, lo conseguiré e iré con ustedes.

- No cabe en el coche -dijo Emerson tajante-. Ah… casi lo olvido. Los caballos. Estupendos animales. Están en el establo.

Cartright se irguió en su silla.

- Entonces fueron ustedes los que… Uno de los soldados dijo que había una mujer en el grupo pero…

- Era yo -dijo Nefret con una sonrisa-. Ese pobre muchacho debe de estar deseando que le devuelvan a su *Mary*. Dígale que la he tratado muy bien y que le estoy muy agradecida por el préstamo.

- ¿Eso es todo lo que tiene que decir?

Su rostro ceñudo se volvió de Nefret a Emerson.

- Eso es todo lo que cualquiera de nosotros tiene que decirle -le aseguró Emerson-. ¿Cuándo podremos disponer de las provisiones?

El rostro del mayor Cartright fue víctima de una serie de contracciones. Había sufrido una dura prueba, pero sabía que cualquier intento por detener a Emerson contra su voluntad ocasionaría un escándalo, cuyos ecos alcanzarían todos los niveles de la burocracia británica.

- No estoy seguro de poder obtener todo lo que necesitan en el día de hoy -refunfuñó.

- Oh, sí, yo en cambio creo que sí que podrá -dijo Emerson mostrándole los dientes.

- Sí, señor. Entonces… ¿Nos vemos en El Cairo? - -Al decir esto, miró a Ramsés, quien hasta ese momento había guardado silencio.

- Sin duda-le contestó mi hijo.

- Es a ti a quien le gustaría interrogar -le dije una vez que Cartright nos hubo dejado-. Me imagino que ahora no perderá ni un minuto y le pedirá al general Chetwode que nos retenga aquí.

- Chetwode carece de la autoridad necesaria para detenernos -dijo Emerson mientras se rascaba con irritación por debajo del yeso,

que, por decirlo de algún modo, tenía ya un aspecto un tanto deteriorado-. Nefret, ¿no me puedo quitar ya esta condenada cosa?

- Todavía no, padre. Tan pronto como lleguemos a El Cairo le echaré un vistazo.

Una vez finalizada la inspección del automóvil, Selim regresó junto a nosotros para informarnos de que todo parecía estar en orden, tras lo cual volvió a salir de nuevo a la búsqueda de algo de ayuda doméstica, ya que yo tenía serias dudas de que el mayor Cartright considerara aquel asunto digno de su atención. Había empezado a llover, así que nos refugiamos en la habitación que se encontraba en la parte posterior del *mak'ad*, donde también habíamos dejado nuestro equipaje.

- Podríamos deshacer nuestros hatillos -dije-. Con todas estas idas y venidas he dejado de tener una idea clara de qué es lo que nos queda. Le di a Mustafá mi pastilla de jabón pero aquí están mi botiquín… y mi sombrilla…

- No le hará falta todo eso, señora Emerson. Todavía no ha llegado el momento de abandonar la casa.

Había pasado por alto una de las habitaciones secretas. A diferencia del *makhba* que se encontraba bajo el suelo del harén, ésta era, en cambio, una habitación pequeña y escondida cuya puerta recordaba a la de un armario empotrado en el muro. Su aspecto era prácticamente idéntico al que tenía cuando lo vi la última vez, un hombre alto con una barba gris y unos hombros casi tan impresionantes como los de Emerson. Llevaba una pistola en una mano y un cuchillo en la otra.

- Sahin Pachá, supongo -dije, mientras recuperaba poco a poco el aliento-. Tendríamos que habernos imaginado que un hombre tan inteligente como usted sería capaz de comprender la gravedad de su situación y escaparía antes de que lo detuvieran. Tratando de esconderse, ¿no es eso?

- Digámoslo así y ahora, si no les importa…

- Venir hasta aquí fue muy astuto por su parte -dije, reflexionando en voz alta-Se dice que el sitio más seguro para un delincuente es la comisaría.

- ¿De verdad? No, amigo mío, no se mueva. Los quiero a todos ustedes muy juntos.

Ramsés se detuvo.

- No se atreverá a usar esa pistola-le advirtió-. El ruido del disparo atraería a los sirvientes y a una docena de soldados.

- Si me veo obligado a disparar, lo haré más de una vez y cuando sus criados lleguen hasta aquí podría ser ya muy tarde para algunos de ustedes. Aunque creo que no hará falta llegar á ese punto. Lo único que quiero es recuperar a mi hija.

- Discutámoslo con calma -dije-. ¿Cómo piensa llevársela de aquí, contra su voluntad y sin habernos matado antes a todos nosotros, lo que, como usted sabe, no resultaría nada práctico?

A través de sus labios entreabiertos se oyeron los ecos de una alegre carcajada.

- Es un placer poderla conocer finalmente, señora Emerson. Sé de sobra que está tratando de distraerme con su fascinante conversación y he de decirle que no lo conseguirá, aunque, ya que lo pregunta, le confesaré que ya he solucionado el problema de Esin. En estos momentos se encuentra maniatada y amordazada, tumbada sobre el diván del *ka'ah.* Encontré este escondite ayer por la noche y tan pronto como consiga convencerlos de que entren en él cogeré a la muchacha y me marcharé.

- ¿Adónde? -le pregunté-. ¿De vuelta a la guarida del león? Si piensa que será capaz de convencer a sus antiguos amigos de que todavía pueden confiar en usted es porque ha perdido toda noción de la realidad.

Sahin alzó su poderosa mandíbula…

- Regresando con mi hija demostraré mi buena fe.

Iba a ser necesario algo más y tanto él como yo lo sabíamos. Si consiguiera capturar de nuevo al prisionero que había dejado escapar. Si consiguiera meternos uno a uno en la habitación secreta dejando el último a Ramsés…

- Vamos-dijo Sahin haciendo un gesto con la pistola-. Usted primero, señora Emerson.

- ¡No! -exclamé-. Emerson, ¿puedes ver qué…?

- Está bien, madre -dijo con calma Ramsés-. Creo que está faroleando. Me pregunto cuántas balas le quedan en esa pistola. ¿Las suficientes para detenernos a todos nosotros?

- Esa es una buena cuestión -asintió Emerson-. Le reto a usted a que dispare, señor. Nosotros no somos ovejas que haya que meter en el redil. La muchacha se queda aquí, pero nosotros le

concederemos… oh, bueno, pongamos una hora… para escapar.

Los dos hombres, de aspecto y estatura imponentes, se midieron.

- ¿De verdad lo haría? -dijo el turco lentamente.

- Como mal menor. Su gobierno ha dejado de considerarlo útil y con ello conseguiríamos que nadie resultase herido. Confíe en nosotros, cuidaremos bien de la muchacha y cuando la guerra haya acabado podrá volver a reunirse con ella.

- ¿Palabra de inglés? -murmuró Sahin Pachá.

- No sea estúpido-dijo Ramsés de modo apremiante-. Nosotros… somos dos… cuatro, quiero decir. Deje la pistola.

Sahin sonrió irónicamente.

- ¿Cuatro? Bueno, en ese caso, creo que no tengo alternativa. Tenían razón, la pistola no estaba cargada. Tuve que luchar para poder salir de Gaza.

- Déjela caer entonces -dijo Ramsés a la vez que se adelantaba hacia él y le tendía la mano.- O démela.

Sus ojos no se apartaban del arma. Con un hombre tan artero era imposible estar seguro de que no se tratara de un doble farol. Sahin se la tendió… y entonces el cuchillo lanzó un destello y Ramsés tropezó y cayó hacia atrás mientras la sangre empezaba a manar de su costado. Nefret se arrojó a su lado.

- Nunca aprenderás, ¿verdad? -Sahin sacudió su cabeza con pesar-. Realmente deberías cambiar de métodos, muchacho.

Emerson no se había movido.

- ¿Nefret? -preguntó suavemente.

Sus hábiles manos de cirujana habían conseguido cortar un poco la hemorragia.

- No… no es tan terrible -murmuró.

- Pero, como pueden ver, ahora quedan solo tres -dijo Sahin-. Y, además, mentí cuando dije que la pistola estaba descargada. ¿Les parece bien si sigo por las mujeres?

- Sí -dije blandiendo mi sombrilla.

He de decir que fue una de mis mejores actuaciones. La pistola salió volando de manos de Sahin y cayó ruidosamente sobre el suelo cubierto de azulejos.

- ¡Ah! -Emerson respiró-. Bien hecho, Peabody. Coge la pistola.

- Coge tú mi sombrilla entonces -dije en tanto que sacaba el espadín de la misma y obligaba a Emerson a empuñarlo. Sahin

Pachá soltó una risotada que fue seguida de una maldición de Emerson, quien, no obstante, consiguió agarrar el arma a tiempo, evitando de ese modo hacerse un terrible corte en el único brazo que le quedaba sano.

- Mentí de nuevo -dijo el turco sonriendo-. La pistola está descargada.

- Ya veremos -repliqué y entonces apunté a la ventana y apreté el gatillo. Pero no hubo explosión alguna, apenas un clic-. ¡Maldita sea! -comenté.

- Esto están divertido que casi odio que se acabe -dijo Sahin Pachá-. Yo siento una gran admiración y respeto por usted, profesor, y no quiero causarle ningún daño. De todos modos, mi reputación dejará de ser la misma si derroto a un hombre armado con una sombrilla y que tan solo puede valerse de uno de sus brazos. Acepto su oferta. Baje el… -se le escapó un alegre gorjeo- la sombrilla.

- Oh, vamos, no insultes a mi inteligencia -dijo Emerson exasperado-. No tienes ninguna intención de rendirte y yo tampoco voy a permitir que vuelvas a atrapar como prisionero a mi hijo. No puedo imaginar cómo podrías hacerlo pero tampoco te subestimo. En guardia.

Ramsés se enderezó en su silla.

- Tenga cuidado, padre. Él no…

- ¿Pelea como un caballero? Bueno, y qué, yo tampoco.

Dobló la rodilla y después arremetió contra él. Alarmada, dejé escapar un grito: era, sin lugar a dudas, el movimiento más inútil que podía haber hecho. La hoja del espadín era apenas unos siete centímetros más larga que la del cuchillo de Sahin. El turco ni tan siquiera se molestó en esquivarlo. Le bastó con dar un rápido paso hacia detrás para ponerse fuera de su alcance y mientras Emerson se enderezaba, tambaleándose un poco, el cuchillo del turco se dirigió hacia uno de sus costados.

Con un crujido, se hundió en el antebrazo recubierto de yeso que Emerson había levantado y permaneció allí el tiempo suficiente para que mi marido dejara caer la sombrilla y le golpeara en el estómago. Un poco más abajo del estómago, para ser más exacta.

* * *

La captura del jefe de los servicios secretos turcos puso fin a las

posibles dudas que los militares hubieran podido tener sobre si dejarnos partir o no. El mismísimo general Chetwode, acompañado por algunos miembros de su equipo, vino para felicitarnos. Nos llevó algún tiempo quitárnoslos de encima.

- Otra vez medallas -gruñó Emerson-. Es como si pensaran que es lo único que nos interesa.

- Usted les dio motivos para pensar así -dijo Ramsés. Ante la insistencia de Nefret había accedido, por fin, a tumbarse en uno de los sofás para que ella pudiera coserle la herida, que había sangrado copiosamente-. Fue una mentira muy acertada, padre.

- Al menos sirvió para que nos dieran una botella de whisky-dijo Emerson complacido-. Lo que resulta mucho más útil que las medallas. Aquí tienes, muchacho, esto devolverá el color a tus mejillas.

- A mí también me gustaría beber un poco -pidió Esin.

- No es conveniente que las damiselas beban alcohol -intervine, mientras daba un agradecido sorbo a mi propio vaso.

Entre una cosa y otra, había sido un día muy agitado y estaba algo enfadada con la muchacha. Después de que la liberáramos se había comportado de un modo bastante extravagante y había recibido la noticia de la captura de su padre con indecorosa ecuanimidad.

- ¿No estás preocupada por él? -le pregunté.

- ¿Qué le sucederá?

- Es un prisionero de guerra -le explicó Emerson-. ¿Quieres verlo antes de que nos marchemos? Creo que podría arreglarlo.

- No-dijo estremeciéndose-. El quería llevarme consigo. Dice que me ama pero no me permite hacer lo que quiero. ¿Acaso es eso amor?

- Algunas veces -dijo Nefret.

Un penetrante grito proveniente del exterior de la casa vino a romper el silencio que se había hecho a continuación. La mayor parte de las palabras me resultaban incomprensibles, pero aun así pude distinguir algunas referencias a la voluntad de Alá y a las bendiciones de varios profetas, sin olvidar al más grande de todos ellos, Mahoma. No sabía muy bien cuándo se había producido la entrada de sir Edward en escena, pero estaba casi segura de que este habría visto a los soldados marcharse con el prisionero. Aquel

era su modo de despedirse. Todos sabíamos que su jefe no tardaría en ser puesto al día de lo sucedido.

Emerson sonrió.

- Es un mendigo inteligente, ¿no te parece?

Selim, que se había quedado al margen cavilando sobre todo aquel asunto y sin tomar parte en la agitación general, dijo en voz baja:

- Mendigo. Sí. Es un hombre inteligente. Y también lo es…-se interrumpió para mirarme.

- Hablaremos sobre eso más tarde, Selim -dije con la misma dulzura que había empleado él.

- Como usted diga, Sitt. Entonces… ¿se ha acabado?

- Sí, se ha acabado.

# Tercera Parte

***LA MANO DEL DIOS***

# Capítulo 12

Animados por toda la ayuda que los militares fueron capaces de proporcionarnos, nos las arreglamos para llegar a El Cairo en menos de dos días. Selim nos dejó a la puerta del Shepheard casi a la hora del té y luego se marchó a guardar el coche en un lugar que habíamos dispuesto con anterioridad. Lo que pudiera llegar a ser de él a partir de ese momento era algo que ni sabía ni tampoco quería preguntar; me bastaba con poder quitarme de encima aquel cacharro, que había llegado a temer que Emerson -y Selim- quisieran conservar. La verdad es que les hubiera gustado, ¡y cómo!, pero mi marido tuvo que admitir que no iba a resultar nada fácil explicar su procedencia.

La terraza estaba abarrotada y nuestra aparición despertó una atención un tanto impertinente incluso entre personas que nos conocían y que, a esas alturas, no tendrían que haberse sorprendido con nada de lo que pudiéramos hacer. Pude oír cómo la señora Pettigrews pregonaba, dirigiéndose a su marido: «Mira, Héctor, aquí están de nuevo los Emerson, con un aspecto aún más repugnante de lo que suele ser habitual. Realmente, consiguen que me avergüence de conocerlos». Blandí mi sombrilla ante ella del modo más ostentoso que pude.

No obstante, su descripción se ajustaba algo a la realidad: dos días en coche atravesando carreteras militares no ayudan mucho a mejorar la apariencia de nadie, pero es que además nuestro guardarropa por sí mismo era un tanto defectuoso. A pesar de ello, los miembros del personal del Shepheard, bien aleccionados, no hicieron comentario alguno sobre los vestidos árabes de Emerson y Ramsés ni sobre los trajes europeos, arrugados de un modo

lamentable, que lucíamos Nefret y yo, ni tampoco sobre Esin, cubierta de velos para hacerse pasar por la doncella de Nefret. No me sorprendió saber que nos habían reservado nuestras antiguas habitaciones. Después de traernos el equipaje que habíamos dejado en el hotel antes de marcharnos, pudimos, por primera vez en bastantes días, lavarnos y ponernos ropa adecuada. Habíamos recibido un buen número de mensajes, la mayor parte de Cyrus y Katherine, quienes querían saber cuándo teníamos pensado regresar a Luxor. Aparte de eso, no nos contaban mucho más, excepto que Jumana seguía de mal humor (según la versión de Katherine) o afligida (según la de Cyrus).

- Creo que lo mejor será que cojamos el tren mañana por la noche-dije.

Emerson gruñó. No había recibido el mensaje que esperaba.

- ¿Qué prisa tienes, Peabody? Pensé que querrías hacer algunas compras y visitar a nuestros conocidos.

- La verdad es que sería oportuno reponer algunas cosas -asentí-. Pero puedo hacerlo todo mañana. ¿Tú qué dices, Nefret? ¿Quieres ir al hospital?

Nefret miraba en esos momentos a Ramsés, quien tenía entre sus manos el último ejemplar de la *Egyptian Gazette*.

- Podría pasarme por allí una hora o dos, madre, pero preferiría salir para Luxor enseguida. ¿Ramsés?

- Estoy listo para salir cuando queráis -fue su respuesta.

- ¿Crees que Ramsés nos está ocultando algo? -me preguntó Emerson cuando nos quedamos a solas-. Pensé que no vería la hora de volver al trabajo y, en cambio, antes me pareció que casi le daba igual.

- Me alegra ver que prestas algo más de atención a los sentimientos de tu hijo, Emerson. En este caso, creo que puedo darte una explicación.

- Hazlo, te lo ruego -dijo Emerson fríamente.

- Pues se ha limitado a mostrar de nuevo su habitual respeto hacia la opinión de los demás y, en particular, hacia la de Nefret. De hecho, estoy casi segura de que lo que más querría sería poder dejar atrás todo este asunto. Sabes de sobra -proseguí mientras ponía aparte la ropa que había que lavar- que cuando se encuentra en plena acción casi llega a disfrutar con ella: no le queda tiempo

para pensar en lo que está haciendo. Pero después, cuando llega el momento de la introspección, su exceso de escrúpulos lo lleva a lamentarse por haber empleado e incluso por haber gozado con la violencia. Es…

- Lamento haber preguntado -me interrumpió Emerson con un gruñido-. Debí suponer que empezarías a hablar de psicología. ¿Cuándo vamos a entregar a la muchacha? He de confesar que esa idea no acaba de gustarme. ¿Cómo podemos estar seguros de que esos bastardos no la intimidarán ni la tratarán mal?

- Esa es otra de las cosas que preocupan a Ramsés -dije-. Y no me riñas por hablar de psicología… tú eres tan sentimental como él en lo tocante a esa muchacha. En cuanto a mí, no me importa reconocer que sentiré alivio cuando nos podamos quitar de encima esa responsabilidad. No obstante, puedes quedarte tranquilo: no la dejaré en manos de nadie hasta que no esté completamente segura de que será tratada con afecto. Lo primero que haré mañana por la mañana será llevarla a Ismailiya.

Emerson no nos acompañó: le asustaba la idea de que Esin pudiera ponerse a gritar y a suplicar. Yo también pensaba que lo haría y por eso no traté de convencerlo. No pude, sin embargo, evitar que Ramsés viniera con nosotras. La expresión de su boca indicaba que no daría su brazo a torcer.

Esin llevaba puesto uno de los vestidos de Nefret. A pesar de que era algo más gruesa que ella, el vestido era algo suelto y se podía ajustar con un cinturón. Aun así, no la favorecía. Hasta entonces no le había dicho lo que la esperaba, en parte porque pensaba que no servía de nada anticipar los problemas pero, en parte también, porque yo tampoco lo sabía a ciencia cierta. Todo dependía de lo que encontráramos en Ismailiya y de quién nos recibiera allí.

En cualquier caso, la primera impresión era la de un lugar respetable: una casa con jardín del siglo anterior construida al estilo europeo. Esin salió del taxi con ayuda de Ramsés y se la quedó mirando con admiración.

- Es muy moderna. ¿Vamos a visitar a alguien?

- Sí -dije.

Un criado nos abrió la puerta y nos condujo hasta una sala de estar hermosamente amueblada. Daba la impresión de que nos estaban esperando, ya que el criado no nos preguntó nuestros

nombres y apenas pasaron unos minutos antes de que una dama entrara en la habitación: la misma que Smith nos había presentado como su hermana.

- ¡Señora Bayes! -exclamé-. Entonces usted es…

- Estoy encantada de volver a verla -me interrumpió la dama suavemente-. Señor Emerson, es un placer. Y esta debe ser la señorita Sahin Bienvenida, querida. ¿Te ha dicho ya la señora Emerson que te vas a quedar conmigo durante algún tiempo?

- ¿Yo? ¿Debo? -Esin imploró a Ramsés con la mirada-: ¿Yo también soy una prisionera de guerra?

- En absoluto -dijo la señora Bayes con cordialidad-. Eres una huésped de honor. Ven conmigo y te enseñaré tu habitación, creo que te gustará. Me han dicho que tuviste que huir precipitadamente, así que, si te parece, tal vez podríamos ir a comprarte algo de ropa. En el Muski hay algunas tiendas muy elegantes.

- Las he visto-dijo Esin lentamente mientras su mirada pasaba de la señora Bayes, quien le tendía la mano y le sonreía con dulzura, a mí, que le mostré mis dientes con algo menos de dulzura, y, por último a Ramsés-. ¿Tengo que ir con ella? ¿Volveré a verlos?

Ramsés sabía de antemano que a Esin, y también a mí, nos resultaría mucho más fácil la despedida si él se encontraba allí para tranquilizarla. Vi cómo la abrazaba mientras le dedicaba unas cuantas frases tópicas de consuelo.

- Tenías que haberte imaginado que no podrías quedarte con nosotros, Esin. La señora Bayes te cuidará como se debe y un día… un día… uf…

- ¿Nos volveremos a ver? ¿No te olvidarás de mí?

- Nunca -le aseguró Ramsés.

- Yo nunca te olvidaré -prometió ella y le tendió la mano.

Resignado, Ramsés se la besó.

- Es imposible saber lo que nos depara el futuro, Esin -dijo-. Pensaremos en ti a menudo y si alguna vez necesitas nuestra ayuda, no tienes más que pedirla.

Sus ojos negros lo miraron, soñadores.

- Estoy leyendo un libro inglés en el que se cuenta cómo una dama envió una rosa al hombre que amaba y al que se había visto forzada a renunciar. Si te mando una rosa, ¿vendrás?

Ramsés se preparó para un último y valeroso esfuerzo final.

- Desde el otro extremo del mundo, Esin.

La señora Bayes había presenciado aquella conversación haciendo esfuerzos por aguantar la risa.

- Bien hecho -murmuró mientras rodeaba a Esin con el brazo-. No prolonguemos el dolor de la despedida, querida. Ustedes dos, ¿pueden esperarme aquí, por favor? Hay una persona que quiere hablar con ustedes.

Condujo entonces a la muchacha fuera de la habitación. Al verlas salir, Ramsés lanzó un resoplido.

- Creo que todo ha ido bien, ¿no le parece? La señora Bayes parece muy amable.

- Y tiene sentido del humor, lo que es una buena señal. Lo hiciste de maravilla, Ramsés.

El criado entró con una bandeja y sirvió el café.

- Muy convencional -dije, al tiempo que aceptaba la taza que aquel me ofrecía-. ¿No te apetece adivinar la identidad de la persona que quiere hablar con nosotros?

- No es necesario adivinarlo -dijo Ramsés-. Es él quien ha estado detrás de todo este asunto desde el principio.

Y de hecho fue precisamente el honorable Algernon Bracegirdle-Boisdragon la persona que el criado hizo entrar en la sala. Se dirigió directamente a mí, con la mano extendida y esbozando una sonrisa.

- Señora Emerson. ¿Qué puedo decir?

- Espero que mucho, aunque lo cierto es que no me apetece darle la mano.

- Y yo no puedo culparla por ello. -Se volvió entonces a Ramsés, que se había levantado y su sonrisa se evaporó-. Siéntate, por favor. Me contaron lo de tu herida. Imagino que tú tampoco me querrás estrechar la mano, pero permíteme que te dé las gracias y que te exprese mi admiración. Hiciste todo lo que esperábamos de ti e incluso más.

- Sabe de sobra que no fui yo -dijo Ramsés-. Cuando usted me mandó tras la pista de Ismail Pacha, sabía ya que no era un traidor: usted estaba al corriente de sus actividades y él estaba bajo sus órdenes.

- El peligro que corría era real -dijo el otro hombre muy serio-. El servicio militar de inteligencia no sabía nada de nuestros planes.

Llámenlo, si quieren, rivalidad entre departamentos, pero lo cierto es que no se puede confiar en ellos y ellos, por su parte, desaprueban lo que consideran métodos inadecuados.

- ¿De modo -dije- que su grupo no tiene nada que ver con todos esos despachos llenos de confusas iniciales y números que no quieren decir nada?

- Son confusos, ¿verdad? -asintió Smith con una sonrisa sardónica-. MO, EMSIB, MIa, b, y c… Nosotros no hacemos ese tipo de cosas, señora Emerson. El nuestro es un servicio que cuenta con un honorable pasado que se remonta al siglo XVI. El cardenal Wolsey y Thomas Cromwell…

- Los Tudor, por supuesto -dije con desdén-. Ellos sí que habrían apoyado el espionaje y el subterfugio. Ahórrenos la lección de historia, por favor.

- Como quiera. No se equivoca al pensar que nuestro común amigo seguía nuestras instrucciones. Tenía varios objetivos y deshacerse de Sahin Pachá era uno de ellos. Otro era hacer averiguaciones sobre la red presente en Constantinopla. Habíamos advertido al MI que el hombre que dirigía ese grupo era en realidad un doble agente, pero ellos no nos creyeron. Sethos se lo quitó de en medio convenciendo a los turcos de que él los había traicionado… lo que era cierto. ¡Su problema es que lleva a cabo sus actuaciones hasta las últimas consecuencias! Me enteré entonces de que esas lumbreras que tengo por colegas en el servicio militar de inteligencia estaban planeando asesinarlo. El único modo de evitarlo era convencerte de que fueras a buscarlo. Si les hubiera dicho quién era y lo que estaba haciendo, se habría corrido la voz y el asunto no habría tardado mucho en llegar a oídos del enemigo.

Ramsés sacudió la cabeza con aire dubitativo.

- Su solución era, sin embargo, arriesgada. ¿Y si no me hubieran aceptado?

Smith se inclinó hacia delante, juntando las manos.

- No dejas de sorprenderme. Debes de saber que tu reputación es prácticamente igual a la de tu… a la de Sethos. No hay en todo Egipto un oficial de inteligencia que no esté dispuesto a dar su mano derecha para poder reclutarte. Cartright es un imb… un militar de la cabeza a los pies y te guarda algo de rencor desde que lo engañaste hace unos años, ¡pero sabía que eras el único hombre

capaz de entrar en Gaza sin ser identificado!

- Y de conseguir que el teniente Chetwode lo hiciera también. De hecho, llegué a preguntarme -dijo Ramsés deliberadamente- si el verdadero objetivo de la operación no sería convencer a los turcos de la autenticidad de la conversión de Ismail.

Smith se removió inquieto al sentir la dureza de su mirada.

- No confías en ninguno de nosotros, ¿verdad? El único modo de conseguir que el plan tuviera éxito era que los turcos os identificaran a ti y/o a Chetwode como agentes británicos. Lo creas o no, no somos tan crueles como para arriesgar tan fríamente a nuestra gente.

- Sobre todo cuando se trata de gente tan valiosa como mi hijo -dije.

- *Touché*, señora Emerson. Tiene usted razón, cómo no. El grupo de Cartright no se anda con sutilezas: querían ver a Ismail muerto y estaban dispuestos a poner en peligro a dos hombres con tal de matarlo. Pero no quiero ser injusto: ninguno de ellos era capaz de imaginar las dificultades que conlleva actuar tras las líneas enemigas; todavía siguen pensando que Johnny el Turco es un incompetente y un cobarde.

- Pero usted lo sabía -le espeté-. Y les permitió que enviaran a Ramsés…

- Confiaba plenamente en su habilidad para entrar y salir sin que lo reconocieran.

- Me halaga usted -dijo Ramsés esbozando una sonrisa.

- Demasiado fácil de decir, ¿no es eso? Tienes todo el derecho a sentirte así. Pero lo cierto es que lo último que supe al respecto fue que Cartright había aceptado tu propuesta de llevar a cabo un simple reconocimiento, nada más. Ni por un momento se me ocurrió que pudiera ser tan estúpido como para seguir adelante con su pequeño intento de asesinato. Y, por supuesto, di por sentado que regresarías con información que nos probara que Ismail no era Sethos, aunque tuvieras que inventarla. Lo último que pretendíamos era hacerte caer en manos de los turcos… y menos en las de Sahin. Sospechó de Ismail desde un principio y esperaba que se traicionase al tratar de liberarte.

Los labios de Ramsés se relajaron en una tenue sonrisa.

- Es un hombre inteligente, pero es imposible adelantarse a

Sethos. Valiéndose de la muchacha, demostró lo brillante que es.

- Si eso no hubiera funcionado, te habría sacado de allí de cualquier otro modo -dijo Smith con algo de brusquedad-. Lo que hubiera hecho falta.

- ¿Se lo dijo él? -le pregunté.

- No hizo falta, lo conozco bastante bien. Bueno. ¿Hay algo más que quieran saber?

Lo cierto es que había dicho ya mucho más de lo que pretendía y Ramsés parecía realmente molesto. Me levanté.

- Únicamente quiero que me asegure que tratarán bien a la muchacha.

- Nosotros no peleamos contra las mujeres, señora Emerson. Será interrogada, con gran cortesía pero a fondo, y espero que nos pueda decir muchas cosas; según he podido ver, se trata de una muchacha muy curiosa. Imagino que le encantará ser el centro de la atención. -Tras una breve pausa, añadió-: No puedo impedir que se la mencionen a MI, ni a cualquiera del resto de esos confusos números, pero les aseguro que ella estará mejor con nosotros de lo que estaría con ellos.

- Pero ellos acabarán por descubrirlo, ¿verdad? Su padre sabe que se encuentra con nosotros.

- Si Sahin Pachá es tan inteligente como creo que es, no les dará más información de la estrictamente necesaria para evitar que lo cuelguen. -Con una sonrisa muy atractiva, añadió-: con un poco de suerte, será capaz de mantenerlos alejados hasta que acabe la guerra.

- Espero que ese día no tarde mucho en llegar -dije con un suspiro.

- Amén -dijo el señor Smith.

- Una cosa más -dije mientras me ponía los guantes.

- Sí, por supuesto. Me pidió que los saludara de su parte y que les dijera que no tardará mucho en «hacer su aparición», según sus propias palabras.

- Gracias.

- No hay de qué. -El mismo nos acompañó hasta la puerta-. Si alguna vez hay algo que pueda hacer por ustedes o por algún miembro de su familia…

- Lo mejor que puede hacer por nosotros es dejarnos

absolutamente en paz -le espeté, pasando por delante de él con el mejor de mis estilos-. Con todo-le dije a Ramsés cuando nos encontramos de nuevo en el interior del taxi-, mi opinión sobre él no es tan mala como la que tengo sobre el resto de ellos. Cartright nos mintió. Chetwode no actuó sin su autorización, ¿verdad?

- Chetwode es un militar presuntuoso más y no se atrevería a actuar por sí mismo. Pero ellos no consideran que se trate de una mentira, ya sabe. Conveniencia, necesidad, «lo que sea, con tal de llevar a cabo el trabajo». Chetwode me engañó, sin embargo -añadió Ramsés apenado- ese aire de torpeza inocente era fingido. Si realmente hubiera sido tan incompetente como parecía, no habría podido escapar de Gaza con tanta facilidad.

- Contaba con el apoyo de tu sentido de la decencia y de la lealtad.

- Ingenuidad, más bien. Sahin tenía razón: no aprenderé nunca.

Tomé su mano y se la apreté con dulzura.

- La decencia y la lealtad no te han impedido tener éxito hasta ahora.

Ramsés pasó por alto el comentario.

- De todos modos, se ha acabado, gracias a Dios. No veo la hora de volver a ver a la familia.

- Hay tan solo una cosa que no pregunté -dije.

- ¿Solo una? ¿Y qué es?

- El verdadero nombre de Sethos. Bracegirdle-Boisdragon tiene que saberlo.

Ramsés dejó de fruncir el ceño.

- Supongo que lo sabrá: admitió que había examinado sus antecedentes y presumo que eso incluye un certificado de nacimiento. No he prestado demasiada

atención a ese asunto.

- ¿No te lo has preguntado nunca? Yo sí. No puede ser Thomas, ¿no? Como su padre.

- No le pega mucho.

- Bueno, cuando se pone un nombre a un recién nacido uno no puede saber de antemano qué tipo de persona será.

Ramsés me miró extrañado.

- Como en mi caso -sugirió.

- Walter no te pega -asentí-. Pero, de cualquier; forma, nadie te

llama de ese modo. ¿William? ¿Frederick? ¿Albert?

- Robert-dijo Ramsés, empezando a animarse-. No, tiene que ser algo más distinguido. Tal vez a su madre le gustaba la poesía. ¿Byron? ¿Wordsworth?

El tema nos entretuvo durante el resto del trayecto. Me sentía contenta de haber conseguido distraer a Ramsés de las últimas cosas desagradables que nos habían sucedido. Había cumplido con su deber en lo tocante a Esin: ni tan siquiera aquella horrorosa promesa-«¡desde el otro extremo del mundo!»-había conseguido acobardarlo y ahora estaba menos preocupado por ella. Regresar a Luxor y a las excavaciones acabaría de curarlo por completo.

Cuando volvimos al hotel descubrimos que tanto Emerson como Nefret no se encontraban allí. Ella había dejado un mensaje para Ramsés diciéndole que había ido al hospital y que estaría de regreso a la hora de comer. No había mensaje alguno de Emerson.

- ¿Dónde supones que puede haber ido? -pregunté considerablemente irritada.

- Tal vez a la estación de ferrocarril -sugirió Ramsés-. Creo que quiere coger el tren esta noche.

- Espero que a vosotros dos no os importe, Ramsés. ¿Tuvo al menos la cortesía de preguntároslo?

- En lo que a mí respecta, cuanto antes abandonemos El Cairo mejor.

Fiel a su palabra, Nefret regresó puntual y nos contó que en el hospital todo iba bien y que, por tanto, no tenía ningún inconveniente en salir aquella noche. Sospeché que sus motivos eran los mismos que los míos: evitar más encuentros con el general Murray o con cualquiera de los de su grupo. Habíamos hecho ya mucho más que cumplir con nuestro deber: les habíamos entregado un importante prisionero de guerra y habíamos informado al general Chetwode de nuestras actividades (de algunas, al menos). A pesar de que no podían pretender más de nosotros, era prácticamente seguro que, si nos quedábamos en El Cairo, lo harían.

- ¿Todavía no ha regresado nuestro padre? -preguntó-. Vino conmigo al hospital para que le hiciera una radiografía del brazo y le cambiara el yeso, pero de eso hace ya unas cuantas horas.

Una hora más tarde, seguíamos sin tener noticias de Emerson. Nefret sugirió que pidiéramos café y galletas.

- Desde que estuvimos en Gaza tengo un apetito terrible -añadió con una triste sonrisa-. Supongo que es porque no paramos de comer esas cosas tan raras a deshora.

- Sin duda -dije.

El tiempo parecía haberse detenido. Finalmente llegó a mis oídos el inconfundible ruido sordo que producían las fuertes pisadas de Emerson, poco antes de que la puerta se abriera de repente. Al verlo exploté, lanzando un grito de indignación.

- ¿Cuántas veces tendré que decirte que no uses ese yeso como si fuera un ariete, Emerson? Y, además, ¿por qué no llevas puesto el abrigo? ¿Y la corbata? Y…

Emerson miró su brazo con apacible sorpresa.

- Lo olvidé -dijo mientras arrojaba su arrugado abrigo al suelo-. ¿Café? Estupendo. ¿Cómo os fue?

- ¿Cómo nos ha ido el qué…? Ah, Esin. Todo está arreglado y ella se encuentra ahora en buenas manos. ¿Dónde demonios has estado?

Emerson dio un sorbo a su café. Ramsés se inclinó hacia delante con los antebrazos apoyados sobre sus rodillas.

- ¿Puedo tratar de adivinarlo?

- Si quieres -le retó Emerson, posando sus ojos sobre mí.

- Hilmiya.

- ¡Oh, Emerson, cómo pudiste! -grité.

- Tenía que hacerlo, ¿no te parece? Qué demonios, ese astuto bastardo me hizo un favor… dos, para ser más exacto.

- ¿Cómo pudo entrar en el campo de prisioneros? -preguntó Ramsés con curiosidad.

- Caminando hasta la puerta y anunciándome -dijo su padre, a la vez que me tendía la taza para que se la volviera a llenar-. A el-Gharbi no le sorprendió verme… le habían contado que habíamos regresado. Da la impresión de estar al tanto de todo. Pretendía que le pagara por los daños que le hicimos al automóvil.

- ¿Lo hizo? -preguntó Nefret con una mezcla de regocijo y disgusto.

- No, a fin de cuentas, su gente lo había robado, ¿no? Le aseguré -dijo Emerson volviendo a mirarme-que intercedería por él. Se daría por satisfecho si lo exiliaran a su pueblo en el Alto Egipto y eso bastaría para saldar mi deuda.

- Oh, querido -murmuré-. Bueno, Emerson, imagino que lo hiciste porque pensabas que era lo mejor. Ve a asearte un poco, ya ha pasado la hora del almuerzo.

Lo seguí hasta nuestra habitación, consciente de que si no lo ayudaba en sus abluciones acabaría por mojarse el yeso.

- Confío en que el-Gharbi se mostrara agradecido -le dije mientras lo ayudaba a quitarse la camisa.

- A su manera. Dijo algo bastante extraño.

- ¿Qué? Déjame hacer eso, Emerson -le dije, quitándole de las manos la manopla para evitar que chorreara agua por todas partes.

- La joven serpiente también tiene los colmillos llenos de veneno.

- ¿Cómo dices, Emerson?

- Eso fue exactamente lo que dijo, Peabody. No tengo la más remota idea de lo que quiso decir pero sonaba a algo así como una advertencia, ¿no te parece?

- Mmm, tal vez se refería a Jamil.

Tras colocar la manopla en el suelo, cogí una toalla.

- Como advertencia llega un poco tarde -dijo Emerson-, pero es así como los adivinos y los videntes consiguen su fama: prediciendo lo que ya ha sucedido. Al diablo con los dos. Pasé por la estación e hice las reservas. Salimos en el tren de esta noche.

* * *

No les mandé ningún telegrama para avisarlos: aunque lo hubiera hecho, habríamos llegado antes y, además, Fátima mantenía siempre la casa en perfecto estado. No obstante, la red de habladurías que circula siempre por Luxor, se encargó de arruinar la alegre sorpresa que esperaba darles. Al llegar a casa, la familia al completo se encontraba ya en la galería esperándonos. Sennia salió corriendo al encuentro de Ramsés, chillando:

- -¿Has visto cómo me he hecho mucho más alta y más fuerte?

Antes de que ninguno de nosotros pudiera detenerla se abalanzó sobre él y le dio uno de sus enormes abrazos. Normalmente, todos nosotros respondíamos a los mismos fingiendo que su «gran» fuerza nos dejaba sin poder respirar, pero en aquella ocasión Sennia se dio cuenta enseguida de que el grito ahogado de dolor que lanzó Ramsés era auténtico y empezó a excusarse, mostrando su preocupación. Tras ayudarlo a sentarse, le puso ambos pies sobre un

escabel.

- Se han vuelto a meter en líos -dijo Gargery severo-. ¿Se trata de nuevo de ese tipo, el Maestro del Crimen? Confío, señores, en que no se deje ver por aquí. Tenemos ya bastantes problemas sin necesidad de que eso suceda.

- ¿Qué problemas?-pregunté.

- Ninguno, Sitt -intervino Fátima dedicando a Gargery una mirada de reproche-. Descansen ahora, yo traeré el té.

Pero Gargery no estaba dispuesto a que lo hicieran callar.

- Se trata de esas jóvenes, señora. Una de las muchachas que trabajaba para Nefret ha ido por ahí diciendo que usted le prometió encontrarle un marido. Se le ha metido un tipo en la cabeza y pretende que usted lo obligue a decidirse antes de que se le escape.

Todos nos echamos a reír excepto Sennia, quien seguía moviéndose alrededor de Ramsés con gran agitación.

- Dudo mucho que lo dijera así -dijo Nefret.

- No deja de venir por aquí -dijo Gargery, lúgubre-. Y luego está Jumana. Se niega a comer, a hablar o a trabajar. Uno acaba por perder la paciencia al verla todo el tiempo con esa cara tan triste. Y la señora Vandergelt…

- Es suficiente, Gargery -refunfuñó Emerson-. ¿Acaso no podemos estar tranquilos y en paz ni tan siquiera un solo día? ¿No hay nadie irremediablemente enfermo, muerto o desaparecido? Bien. La señora Emerson se ocupará de esas menudencias a su debido tiempo.

- Gracias, querido -dije.

El sarcasmo no hacía mella en Emerson.

- Es estupendo estar de regreso -manifestó satisfecho-. Es inútil preguntar a Gargery cómo van las cosas en Deir el Medina pero supongo que Vandergelt no tardará mucho en llegar con su propia lista de lamentaciones. No se puede decir que nos aburramos, ¿eh? Sennia, todavía no me has dado un beso. Mi brazo me molesta bastante.

Cyrus tuvo la cortesía de dejarnos tranquilos durante la mayor parte del día. Mientras admirábamos, sentados en la galería, los maravillosos colores de la puesta de sol y escuchábamos el canto de los muecines llamando a la oración que llegaba hasta nosotros a través del desierto, nuestro amigo hizo finalmente su aparición,

montado a lomos de *Queenie*.

- Me imaginé que llegaría a tiempo de beber algo -comentó mientras que tendía las riendas al mozo de cuadra-. No hace falta que os diga lo contento que me siento devolveros a ver. Oí que Ramsés había tenido otro pequeño… esto… accidente. Supongo que no debo preguntar dónde habéis estado ni qué habéis hecho.

- No -dijo Emerson a la vez que le ofrecía una copa.

Era justo la respuesta que Cyrus se esperaba. La aceptó sonriente junto con el vaso de whisky.

- Os hemos echado de menos. Tal vez podríais hacer algo por Jumana; esa pobre muchacha se está consumiendo viva.

- No, en absoluto --le aseguré-. Nefret y yo le hicimos un reconocimiento esta tarde. Lleva varios días, encerrada en casa y por eso le falta algo de color, pero

por lo demás no ha perdido ni un gramo.

- Pero Fátima dijo…

- Que apenas toca la comida. Eso quiere decir que come a escondidas. Le he prescrito un tónico con un gusto particularmente desagradable.

- ¿Ha estado fingiendo? -preguntó Cyrus.

- No es tan sencillo como todo eso, Cyrus -dijo Nefret muy seria. Su tristeza es auténtica. No nos está engañando deliberadamente, pero yo creo, y Dios sabe que no soy una experta, que sufre un conflicto interno entre el optimismo propio de su juventud y su sentido de culpa. La verdad, no sé qué es mejor, si tratarla con dureza o mimarla.

- Ponla a trabajar -dijo Emerson-. Siempre ha sido la mejor medicina. ¿Cómo van las cosas en Deir el Medina, Vandergelt?

- Más o menos igual que siempre. Hemos encontrado dos tumbas más. Vacías.

- Espero que hayas mantenido la promesa que me hiciste -dije.

- No he estado en los *wadis* del suroeste, si es eso lo que quieres decir. Pero si crees que he olvidado lo que dijo ese joven canalla te equivocas. No he dejado de

preguntarme por el significado de sus palabras: «La mano del dios». Hasta he llegado a perder el sueño. ¿Qué dios? ¿Dónde?

Cyrus tendió su vaso vacío. Con callada comprensión, Emerson se lo volvió a llenar. Las cuestiones psicológicas le hacían perderla

paciencia, pero en aquel caso podía entender la aflicción de su amigo.

Cyrus continuó con creciente pasión.

- Incluso regresé a esa maldita tumba… la misma en la que encontramos la estatua de Amón el año pasado. Porque bueno, es un dios, ¿verdad? Bertie y yo examinamos cada milímetro de esa condenada cámara. Tanto los muros como el suelo son muy sólidos.

- ¡Bah! -le soltó Emerson-. Deja de perder tiempo con fantasías, Vandergelt.

- No seas hipócrita, Emerson -dije-. Todos nosotros hemos estado especulando y teorizando, tratando de adivinar lo que quería decir. No es una cuestión tan sencilla. Incluso en el caso de que Jamil no tratara de engañarnos con pistas falsas, en Tebas hay un buen número de dioses representados en numerosas paredes: Deir el Bahri, Medinet Habu, todas las tumbas de la orilla oeste… ¿Qué pasa, Cyrus?

- Perdóname, Amelia, no quería interrumpirte pero me has hecho recordar una cosa. Esta pequeña noticia debería interesarte, Emerson -añadió haciendo una mueca a mi marido-. A ver si adivinas quién ha empezado a excavar en el Valle de los Reyes; te doy tres oportunidades.

Emerson abandonó su aire de superior indiferencia y frunció el ceño.

- ¿Sin permiso oficial? Maldita sea, Vandergelt…

- ¡Espero que no se trate de los Albion! -exclamé.

- Debería haberme imaginado que lo adivinaríais a la primera -dijo Cyrus-. Los dos tenéis razón. Se trata de Joe y su familia y lo están haciendo sin permiso.

- ¿Y tú se lo has permitido? -preguntó Emerson.

- Lo he notificado a El Cairo. Era lo único que podía hacer, tal y como Joe me dijo lleno de regocijo. No tengo autoridad para detenerlos.

- ¿En qué parte del Valle se encuentran? -preguntó Ramsés.

- En la zona sur del *wadi* cerca del número 20… la tumba de Hatshepsut.

- Me pregunto por qué habrán ido precisamente allí -dijo Ramsés.

- Ni idea. Está fuera de los recorridos turísticos habituales, así

que tal vez hayan pensado que, de este modo, podrían pasar inadvertidos. Es la única razón que se me ocurre.

- ¡Maldita sea! -refunfuñó Emerson-. Quería empezar a trabajar mañana por la mañana y ahora resulta que tendré que desperdiciar algunas horas para expulsar a los Albion de allí.

- ¿Cómo te propones hacerlo? -inquirí-. Tú tampoco tienes ninguna autoridad para hacerlo y si los golpeas… especialmente a la señora Albion…

- Por Dios, Peabody, ¿acaso me has visto alguna vez golpear a una mujer? Hay otros medios -dijo Emerson acariciándose la barbilla-. Hay otros medios…

- Bueno, os aseguro que no me lo perdería por nada del mundo- declaró Cyrus-. Os espero mañana por la mañana. Y confío en que mañana por la noche vengáis a cenar a casa. Katherine está deseando volver a veros.

Ramsés y Nefret tampoco se lo querían perder. Yo, por mi parte, los acompañé para asegurarme de que Emerson se comportaba como debía e insistí para que Jumana viniera también con nosotros. El diagnóstico de Nefret podía ser correcto, al menos estaba de acuerdo con mis principios psicológicos preferidos, pero ni ella misma estaba muy segura sobre el tratamiento a seguir. Yo tenía mis propias ideas al respecto. Si mis métodos no resultaban, al menos tampoco le harían ningún daño.

Jumana apenas comió durante el desayuno pero yo había controlado la despensa antes de irme a dormir y al levantarme, y gracias a ello descubrí, sin que ello me causara sorpresa ninguna, que durante la noche había desaparecido media barra de pan y una pechuga de pollo. No era extraño que Fátima no se hubiera dado cuenta. La despensa estaba siempre a disposición de todos los habitantes de la casa y el apetito de Sennia no guardaba proporción con su menudo cuerpo.

Cyrus y Bertie nos habían estado esperando y se reunieron con nosotros al final del sendero que conducía hasta el Castillo. Era una mañana luminosa y espléndida: el cielo estaba completamente despejado y ello, después de la niebla de El Cairo y la lluvia que habíamos encontrado en Palestina, contribuía a que el regreso a Luxor resultara aún más agradable.

- -Tienes un aspecto estupendo, Bertie -dije-. ¿Se te ha curado el

pie?

- Sí, señora, gracias. No hace falta que le pregunte por su salud, está usted esplendorosa, como siempre. Nos han contado que Ramsés…

- Como puedes ver, las noticias eran un tanto exageradas-dijo mi hijo con una sonrisa.

- ¿Y su brazo, profesor? -preguntó Bertie.

- Una condenada molestia -contestó Emerson-. ¿Podemos seguir ahora? Quiero empezar a trabajar, así que me gustaría acabar cuanto antes con este pequeño asunto.

Bertie no tuvo oportunidad de preguntar por la persona que más le interesaba. Jumana no le había dirigido la palabra ni a él ni a Cyrus. Se había quedado sentada, hundida en su silla de montar, con la cabeza gacha y los labios fruncidos. Debía de tener todavía en la boca el gusto de la medicina que le había obligado a tomar.

Dejamos los caballos en el apeadero de los burros y seguimos a pie, por senderos que a todos nos resultaban muy conocidos. Tal vez debería explicar que el Valle de los Reyes no es simplemente un largo cañón. Visto desde lo alto, recuerda una hoja lobulada, como la de un arce o la de un roble, con *wadis* que se ramifican a derecha e izquierda del mismo. La tumba de Hatshepsut se encontraba en el extremo de una de aquellas ramas. Conocíamos bien la zona, porque habíamos trabajado en ella en el pasado.

Los turistas habían llegado a primera hora al Valle con el fin de evitar el calor de mediodía. Si nosotros no llegamos tan pronto como a Emerson le hubiera gustado había sido, en parte, culpa suya. Ramsés y Nefret habían traído al desayuno al Gran *Gato de Ra* y Emerson había perdido algo de tiempo jugando con él. El animal se había puesto muy gordo a causa del exceso de alimentación (culpa de Sennia, a pesar de que ella asegurara que lo había estado adiestrando, lo que a mí me resultaba difícil de creer). La niña también lo había peinado y cepillado a diario, gracias a lo cual su pelaje era ahora liso y sedoso. A Emerson parecían divertirle mucho sus gracias. Cuando se lanzó sobre el pollo se quedó colgado sobre él y parecía una saltarina bola de pelusa. (La mirada de desdén que le dedicó *Horus* al contemplar aquella degradante actuación era igualmente divertida.) Sin embargo, cuando abandonamos la casa se negó a subir sobre el hombro de Emerson y lo hizo sobre el de

Ramsés.

- ¿Tenemos que llevarlo con nosotros? -preguntó -. Te has excedido con el cepillado, Sennia. El pelo de esa cosa me cubre toda la cara.

- El pelo de Él -dijo Sennia-. Sí, claro que tienes que llevártelo. ¿Y si os atacara una serpiente? Yo también voy con vosotros.

Así que sufrimos un nuevo retraso. Yo no quería que la niña viera -ni que escuchara- a Emerson mientras «desahuciaba» a los Albion: lo más probable era que mi marido acabara por perder los estribos y se pusiera a soltar palabrotas. Para calmarla tuvimos que prometerle que, de regreso, pasaríamos por casa y nos la llevaríamos con nosotros a Deir el Medina. Le pedimos que ayudara a Fátima a preparar una completísima cesta para el almuerzo y con eso conseguimos distraerla.

Enroscado sobre el hombro de Ramsés y con la cola balanceándose por su espalda, el *Gran Gato de Ra* parecía una lujosa prenda de piel. Algunas señoras quisieron acariciarlo pero los caballeros, por lo general, se lo quedaban mirando y se echaban a reír Uno de ellos fue el señor Lubancic, a quien había conocido en la velada en casa de Cyrus.

- ¿Todavía por aquí? -le dije cuando pasamos junto a él.

- Sí, señora, ¿qué demonios…?

- En otra ocasión -le dije, saludándolo con la mano. Emerson no había aflojado el paso.

Era posible distinguir las señales de frenética actividad a cierta distancia: una nube de polvo enturbiaba el azul resplandeciente del cielo y las voces se elevaban entonando uno de los cantos con los que los egipcios solían aliviar el trabajo. La escena que contemplamos al llegar era tan singular que no pudimos por menos que detenernos.

Al fondo, un grupo de hombres cavaban y sacaban de allí, arrastrándolos, los escombros. Por delante de ellos y a cierta distancia de la nube de polvo y la barahúnda, había un pequeño quiosco: una robusta estructura de madera con el techo y los laterales de lona. Dos de los laterales habían sido enrollados y bajo el dosel estaban los Albion, cómodamente instalados en unos sillones. El suelo estaba cubierto de alfombras orientales y por encima de la mesa se podían ver esparcidos algunos alimentos y

bebidas, custodiados por un sirviente con turbante armado con un matamoscas. Otro sirviente abanicaba a la señora Albion, quien llevaba puesto un vestido que hubiera sido adecuado para tomar el té en Buckingham Palace y un sombrero rodeado por un velo de gasa. El señor Albion se había vestido de la forma que creía más adecuada para un arqueólogo: pantalones de montar, botas, una chaqueta de *tweed* y un enorme salacot. Su hijo iba vestido de modo similar pero, gracias a su mayor altura, no recordaba tanto a un champiñón como su padre.

Uno de los trabajadores se dirigió corriendo hasta el señor Albion con un trozo de piedra en las manos. Tras cogerlo y echarle un vistazo, Albion lo arrojó lejos de sí. Solo entonces se dignó a prestarnos atención.

- Buenos días, amigos. Son ustedes muy madrugadores.

- No tanto como tú -dijo Emerson, mientras caminaba hacia él con el ceño fruncido y sacando pecho-. Sabes de sobra, o al menos eso creo, que estás violando la concesión de lord Carnavon. Cierra estas excavaciones inmediatamente.

- ¿Y quién se supone que nos va a obligar a hacerlo? -inquirió el señor Albion. Los ojos resplandecientes y los labios fruncidos le daban un aspecto aún más angelical-. ¿Tú?

- Sí -dijo Emerson-. Oh, sí.

- Padre, ¿me permite? -Sebastián Albion se había puesto de pie-. No todo el mundo aprecia su sentido del humor. Señoras, señores, ¿por qué no nos sentamos y discutimos sobre el asunto? Coja mi silla, por favor, señora Emerson. Me temo que el resto de ustedes tendrán que… esto…

- Sentarse en el suelo -dijo Nefret haciendo lo propio-. Escuchemos lo que tienen que; decir, padre. No nos retrasará mucho y podría ser divertido.

- Estoy de acuerdo -convino Ramsés y se dejó caer sobre la alfombra junto a Nefret corno si careciera de huesos, cruzando las piernas al sentarse.

- Divertido -repitió el señor Albion-. Sí, señorrr, ese es, precisamente, nuestro objetivo en la vida, divertir a los demás y comportamos como se debe. Por aquí, joven, tome mi silla. He oído que ha estado enferma.

Jumana se sobresaltó y lo mismo nos sucedió, creo, a todos los

demás. Toda aquella galantería no solo era inesperada, sino que resultaba, además, altamente sospechosa.

- No, gracias-tartamudeó-. Señor…

- Insisto. -Se había puesto de pie y le estaba dedicando la mejor de sus sonrisas-. Sebastián, convéncela.

- Con mucho gusto.

El joven le ofreció la mano. Jumana se sonrojó y agachó la cabeza.

- Siéntate, Jumana -le ordené-. Aprovecha que el señor Albion tiene la amabilidad de cederte su silla.

La señora Albion había ignorado este pequeño aparte. Inclinada hacia delante, mostraba el primer gesto de afable interés que le había visto hasta entonces.

- ¡Qué gato tan bonito! ¿Cómo se llama?

- El *Gran Gato de Ra* -le contesté-. Supongo que usted lo llamaría *Pelusilla*.

El señor Albion soltó una risita.

- No, ella pone a los gatos nombres como la *Gran Duquesa Olga de Albion*. Le gustan mucho esos animales, por eso no me queda otro remedio que soportarlos.

- ¡Escuchen! -dijo Emerson-. Prefiero que caiga sobre mí una maldición antes que pasar la mañana hablando de gatos. ¿Qué es lo qué creen que están haciendo?

Sebastián Albion se quitó las gafas, las limpió con un pañuelo y se las volvió a poner.

- Tal y como, sin duda alguna, habrá notado ya, estamos limpiando la tumba del príncipe Mentuherkhepshef, que fue descubierta por Belzoni y examinada en 1905 por…

- No me cuentes cosas que conozco mejor que tú -lo interrumpió Emerson.

No obstante, la curiosidad lo había calmado: en su monstruosidad, los Albion seguían resultando ridículos y por ello era muy difícil estar enfadado con ellos durante mucho tiempo. Y, por si fuera poco, Sebastián había pronunciado el nombre del príncipe correctamente: debía de saber más sobre egiptología de lo que había supuesto.

- ¿Qué es lo que esperas encontrar? -prosiguió Emerson-. La tumba está vacía. Ayrton estuvo aquí en 1905 y apenas encontró

unas cuantas inscripciones. Las pinturas… ¡oh, Dios mío!

Volviéndose de repente, salió corriendo hacia los trabajadores. Un estentóreo bramido detuvo a los excavadores y a los portadores de cestos y, cuando la nube de polvo descendió, Emerson desapareció en la oscura entrada de la tumba. Diez segundos más tarde volvió a salir de ella agitando los puños.

- Alguien ha estado golpeando y haciendo pedazos las paredes. Había una pintura del príncipe haciendo una ofrenda a Khonsu*.

- ¿Ha sido deteriorada o ha desaparecido? -preguntó Ramsés.

- Desaparecido. La han cortado, por completo, dejando un gran agujero en el muro. Lo más probable es que la hayan reducido a unos cuantos trozos. ¡Maldita sea!

* Dios lunar muy antiguo, incluido desde muy pronto en la teología tebana y considerado desde entonces cómo el hijo del dios Amón y de la diosa Mut. Se le representaba como a un niño o como a un hombre con cabeza de halcón, con el disco lunar sobre él. (N. de la T.)

- Nosotros no hemos sido -se apresuró a decir Sebastián-. No hemos tocado las pinturas para nada.

- En cualquier caso, todo el polvo y los fragmentos de roca que se están levantando no les están haciendo ningún bien -replicó Emerson furioso-. Mi paciencia se ha agotado. Detengan los trabajos inmediatamente.

- ¿Y qué es lo que vas a hacer?, ¿sacarnos de aquí a la fuerza? -inquirió el señor Albion-. No hay nada que nos impida regresar.

- Pero tus trabajadores no lo harán. Voy a maldecir este lugar y ni ellos ni ningún otro hombre de la orilla occidental se atreverán a volver a poner los pies en él.

- Será mejor que le hagas caso, Joe -le aconsejó Cyrus-. Emerson es muy famoso en esta zona por sus maldiciones.

- ¿Es eso cierto? -Los ojos del señor Albion se entrecerraron hasta casi desaparecer pero apenas por unos instantes, ya que casi de inmediato recuperaron su aspecto habitual a la vez que una sonrisa redondeaba sus mejillas-. Bueno, creo que sabremos retirarnos con elegancia, ¿eh, Sebastián? Es una pena por esos muchachos: realmente necesitan el trabajo.

A Emerson se le había pasado por alto ese aspecto de la cuestión.

Su decisión no cambió por ello, pero estaba claro que no le dejaba indiferente. Reflexionó durante unos momentos, tocándose con el dedo el hoyuelo de la barbilla.

- Supongo que lo que os interesa es una tumba nueva. Al menos eso es lo que quiere cualquier aficionado. Hay una o dos áreas que llevo algo de tiempo queriendo explorar, muy prometedoras…

La señora Albion había estado acariciando al *Gran Gato de Ra*, el cual había tenido la amabilidad de concederle esa libertad. (Yo, por mi parte, hubiera preferido que le lanzara un bufido o un arañazo.) Alzó la vista y miró a Emerson.

- ¿Dónde se encuentran esos emplazamientos, profesor?

Nos quedamos allí el tiempo suficiente para ver cómo los trabajadores desmontaban la confortable tienda y alzaban a la señora Albion, con sillón y todo, a hombros de unos cuantos sirvientes. Se mostró muy condescendiente con todos, aunque no conmigo: agradeció a Emerson su consejo, no privó a Jumana de una gélida sonrisa y ofreció a Ramsés un dedo juguetón cuando éste se levantó y colocó al *Gran Gato de Ra* en un puesto más seguro sobre su hombro.

- Verdaderamente, debería elegir usted un nombre más apropiado para esa encantadora criatura, señora Emerson. ¿Por qué no el de una de esas adorables diosas egipcias? Hathor o Isis.

- Me temo que no resultaría demasiado apropiado, señora -le replicó Ramsés-. Ese gato no es del sexo… uf… del género femenino.

- Puede que me haya equivocado con la señora Albion -admití mientras nos alejábamos-. Los gatos suelen ser buenos jueces del carácter de las personas pero, aun así, no me parece que ella le pegue andar jugueteando. Emerson, ¿en qué demonios estabas pensando cuando les ofreciste dos emplazamientos? No tienes ningún derecho a hacer algo así.

- Por Dios, Peabody, esperaba que aprobaras mis métodos pacíficos. -Mientras caminaba a grandes zancadas con las manos en los bolsillos, Emerson se me quedó mirando con fingida sorpresa-. Conozco a los hombres como el señor Albion: si no les hubiera ofrecido una alternativa, se habrían limitado a trasladarse a otra zona prohibida. No puedo maldecir toda la orilla oeste.

- ¿Pero por qué los *wadis* del suroeste, el Valle de las Reinas?

- La entrada al Valle de las Reinas-me corrigió Emerson-. Es una zona sin interés. Seré el primer sorprendido si organizan una expedición en ese punto: está demasiado lejos y resulta muy incómodo. Además, tú también pudiste oír la condición que les puse: contratar a Solimán Hassan como *reis*. Me aseguraré de que me informe apenas encuentren algo… lo que, en mi opinión, es bastante improbable. ¿Por qué tienes ese aspecto tan abatido, Vandergelt?

- Esperaba que se organizara mucho más lío -reconoció Cyrus-. No cuentes con que Joe haga lo que te ha dicho, Emerson. Es rencoroso con los que le dicen lo que tiene que hacer.

- ¡Bah! -dijo Emerson.

- Fueron muy educados -murmuró Jumana.

- Sí -dije pensativa.

Recogimos a Sennia y la cesta para el almuerzo -y a un Gargery que vino de mala gana, movido únicamente por su obstinación- y nos encaminamos hacia Deir el Medina, donde nos vimos obligados a escuchar otro sermón, esta vez a cargo de Daoud. Selim le había obsequiado, junto a una selecta audiencia, con la versión autorizada de nuestras recientes aventuras y Daoud temblaba de indignación.

Tuvimos que excusarnos con él por haberlo dejado al margen y le prometimos que no volveríamos a hacerlo.

- De modo que Daoud lo sabe todo -comentó Cyrus.

Su expresión era severa, aunque la suavidad de su tono pareciera dar a entender lo contrario. En el rostro de Bertie se podía leer también el reproche.

- Me lo prometió, señora…-empezó a decir.

- Mi querido muchacho no te lo tomes como una cuestión personal. Nadie planea estas cosas, ¿sabes? La mayor parte de ellas tan solo… bueno, tan solo ocurren.

- Pero esto fue algo distinto -dijo Cyrus-. No estabais en zona de guerra o por lo menos eso fue lo que pude deducir de las palabras de Daoud. Por lo visto confiáis más en él que en mí.

- Comparto los sentimientos de mi padre, señora-dijo Bertie.

- Por supuesto que no… -me defendí con vehemencia-. Te lo contaremos esta noche, ¿te parece bien?

- En concreto, ¿qué es lo que les vamos a contar? -me preguntó Emerson en cuanto consiguió que hiciéramos un aparte.

Yo había mantenido una pequeña conversación con Selim antes de abandonar El Cairo. Sabía que Ramsés le había referido solo parte de la historia y estaba casi segura de que él se había inventado el resto. Conocía a sir Edward, sabía mucho sobre Sethos y había estado presente en algunas de nuestras discusiones, suficiente todo ello para que un hombre inteligente como Selim pudiera componer el rompecabezas. Por eso se lo conté todo, sin ocultarle nada. Si alguien era merecedor de aquella confianza era precisamente él.

- Ah -dijo Selim sin mostrarse sorprendido en lo más mínimo-. Apenas lo vi sin barba comprendí que se trataba de un pariente del Padre de las Maldiciones. Se parecen mucho. No debemos hablar de esto con los demás, ¿verdad?

- Exceptuando a Ramsés y a Nefret; tú eres el único que lo sabe. No hay que decírselo a nadie, ni tan siquiera a *effendi* Vandergelt.

La satisfacción que sintió con esa muestra de confianza hizo resplandecer su rostro.

- Puede confiar en mí, Sitt Hakim.

- Estoy completamente segura, pero ahora debemos pensar en lo que vamos a decirles a los demás, Daoud incluido.

Repetí a Emerson esta conversación.

- Puedes estar seguro de que Selim les hizo un emocionante relato de lo sucedido sin que se le escapase nada importante. En cualquier caso, empiezo a cansarme de tanto secreto. Cuanto más reservados y misteriosos nos mostremos, más sospechas levantaremos. Una verdad a medias conseguirá despistarlos mucho mejor que el silencio.

- Podrías tener razón -asintió Emerson-. Lo dejo en tus manos, querida. ¿Qué has hecho con mis notas de campo?

Tras encontrar su cuaderno entre el montón de papeles que había traído con él, me dispuse a montar mi pequeño refugio.

- Tengo que reconocer que resulta algo patético comparado con el de los Albion-le hice notar a Nefret mientras ésta me echaba una mano.

Nefret dejó escapar una risita.

- ¿Ha visto algo más ridículo que la señora Albion sentada en su sillón y a hombros de esos dos pobres tipos? Si cualquiera de ellos tropieza y la hace caer, que Dios lo ayude, porque lo más probable

es que el señor Albion quiera cortarle la cabeza.

- ¿Qué piensas de todo ese exceso de cortesía hacia Jumana? No creo que ese joven siga pensando que tiene posibilidades de… bueno… de conquistarla.

- Yo tampoco lo creo -dijo Nefret-. Únicamente trataban de congraciarse con nosotros, madre. Y lo consiguieron. Como Cyrus, yo también esperaba que nuestro padre los redujera a mil pedazos y pronunciara una de sus famosas maldiciones.

- Oh, ¿de verdad? -Emerson apareció en escena-. No puedo entender por qué todos los miembros de esta familia se engañan pensando que soy un hombre violento e irracional. Trae la cámara, Nefret, estamos a punto de empezar una nueva sección.

*DEL MANUSCRITO H:*

De pie y haciéndose sombra con las manos, Emerson miraba fijamente la ladera de la colina. Como de costumbre, iba sin sombrero.

- ¿Puedo robarle un momento de su tiempo, padre?-le preguntó Ramsés.

- ¿Qué demonios está haciendo Bertie allí arriba?

- Supongo que continuando con su inspección. Podría…

- Por supuesto, muchacho, por supuesto. ¿Se trata de algo sobre la nueva sección?

- No, mi señor. Tiene que ver con los Albion. Me gustaría ayudarle en lo que esté planeando, siempre y cuando le parezca bien.

Emerson miró con cautela a su alrededor.

- ¿Me prometes que no se lo dirás a tu madre?

- Procuraré no hacerlo, pero ya sabe cómo ella…

- Sí, sí, lo sé de sobra, aunque, gracias a Dios, creo que esta vez le llevo la delantera. Ven aquí donde ella no pueda oírnos.

A pesar de que su madre se encontraba a unos seis metros, Ramsés se hizo a un lado junto a su padre.

- ¿Y bien, señor?

Emerson sacó su pipa.

- Me llamó mucho la atención que los Albion eligieran precisamente justo esa parte del valle. No hay ninguna razón que les pueda hacer pensar que ahí tienen más posibilidades de descubrir algo que en cualquier otra zona. A menos que alguien les

hubiera dado algún indicio.

Tras encender una cerilla, dio unas cuantas chupadas a su pipa.

- ¿Se refiere a un fragmento de la pintura del muro? -preguntó Ramsés-. Khonsu. Es un dios con manos humanas.

- Al igual que muchos otros dioses -dijo Emerson-. Pero los Albion, por mucho que Sebastián haya aprendido en sus libros, no tienen demasiada experiencia y por el momento no saben muy bien por dónde empezar a buscar.

- ¿La tumba de Jamil?

- Veo que la idea no te sorprende. ¿Qué fue lo que te hizo pensar en ello?

- No me gustan los Albion -dijo Ramsés-. Ninguno de ellos.

- Me alegra ver que empiezas a hacer caso de tu instinto-dijo su padre con aprobación.

- Como diría mi madre… -el ceño de Emerson le obligó a interrumpir la frase a la mitad-. No me gusta cómo se comportan con Jumana -le explicó Ramsés-. Su actitud hacia los egipcios es típica de su clase y de su nacionalidad: intolerante y llena de prejuicios, en pocas palabras. Después del patinazo inicial, Sebastián hace lo que puede por mostrarse educado con ella. Nefret cree que lo que intenta es congraciarse con nosotros, pero podría haber otro motivo.

Su padre asintió con la cabeza.

- Continúa.

- Considerémoslo desde otro punto de vista: Jamil recibía apoyo financiero de alguien. En su momento dimos por sentado que se trataba de Yusuf, pero luego encontramos esos interesantes objetos de procedencia europea entre sus provisiones. Los Albion le pidieron a usted que les presentara unos cuantos ladrones de tumbas y no creo que se tratara de una broma. Anteriormente habían estado haciendo preguntas en Gurna y Albion mencionó que «Mohammed» les había presentado a alguien. ¿Y si ese alguien fuera Jamil?

- El primer nombre de Mohassib es Mohammed -dijo Emerson.

- Podría tratarse de Mohassib, de Mohammed Hassan… o de cualquiera de los otros Mohammed, aunque esos dos primeros son los más probables. Ambos habían hablado con Jamil y ambos le tenían miedo. ¿Qué mejor modo de congraciarse con él que

presentándole a un patrón acaudalado? Luego, Jamil tuvo la falta de consideración de morir antes de revelar el lugar donde se encontraba la tumba. Los Albion deben de creer que es posible que Jamil se lo contara a su hermana. Una posibilidad remota, pero es lo único que les queda.

- Y Jamil les prometió que, a cambio de su ayuda, él se ocuparía de vender los objetos que hallaran en la tumba una vez que los hubieran sacado de ella. Eso es exactamente lo que pienso.

- Si conozco bien a Albion, imagino que habrá querido algo más que simples promesas -dijo Ramsés.

- Vaya, todo eso encaja -dijo Emerson mostrando su aprobación-. Sí, él habrá querido una pequeña prueba del descubrimiento y… ¿algo a cuenta? ¿Algo tan delicado como el tarro de cosmética?

- Es muy probable, aunque no deja de ser una hipótesis y nosotros no podemos… ¡padre, no!

- ¿Qué es lo que no podemos hacer? -preguntó Emerson, jugueteando con la pipa.

Demasiado tarde: su rostro lo había traicionado.

- Registrar sus habitaciones. No niegue que eso era lo que estaba pensando, padre.

- Tú también lo hiciste o, de otro modo, no me habrías leído el pensamiento con tanta rapidez.

La acusación era exacta y fue acompañada por una sonrisa de complicidad pero, aun así, Ramsés hizo lo posible por mantener su aire severo.

- Ese tipo de cosas son más propias de mi madre.

- No podemos permitir que ella haga algo como eso -dijo Emerson-. Va contra la ley.

Ramsés no pudo evitar la sonrisa. Se echó a reír.

- Es una idea tentadora, aunque no muy práctica. Incluso en el caso de que encontráramos antigüedades ilegales, no podríamos ni confiscarlas ni demostrar su origen. Puede que Jamil haya ofrecido algunas pruebas tentadoras a los Albion pero, de todos modos, no me parece que ellos sepan mucho más que nosotros.

La expresión ausente de su padre le hizo comprender que no había sido lo bastante claro.

- Todo esto es pura conjetura -insistió-. Lógica y consistente, pero sin pruebas que la apoyen. Ni tan siquiera podemos estar

seguros de que Jamil les hablara a los Albion sobre la mano del dios. Puede que estuvieran excavando en aquel punto por pura coincidencia.

- Bueno, sea como sea, no tardaremos en descubrirlo.

- Ah. ¿Y qué hay de esos dos emplazamientos que les propuso?

- Mmm -Emerson dio una chupada a la pipa-. Ninguno de ellos guarda relación con ninguna imagen divina. Si a los Albion les interesan únicamente las excavaciones…

- ¡Ramsés!

La voz de su madre tenía un considerable poder de persuasión. El sentimiento de culpa hizo que Emerson se crispara mientras el joven se daba la vuelta. Estaba de pie y agitaba un objeto en sus manos para mostrárselo. Aparentemente se trataba de un gran trozo de cerámica… el fragmento de un vaso. Ramsés agitó a su vez los brazos en señal de respuesta.

- Podríamos parar a comer -dijo-. Sennia me ha dicho ya dos veces que se está muriendo de hambre.

- ¿Dónde está?

Emerson se dio la vuelta, inspeccionando el terreno.

- Probablemente en el refugio, investigando en el cesto, lo que explicaría que el *Gran Gato de Ra* nos haya abandonado también. Tengo que hablar con ella sobre ese animal, lo está sobrealimentando y se está poniendo muy gordo.

- Sobre Él -corrigió Emerson.

Sennia y el gato estaban justo donde nos habíamos imaginado. Los demás llegaron a tiempo de salvar la mayor parte del pollo. El sermón de Ramsés fue menos duro de lo que a él le hubiera gustado; las miradas de lástima que le dirigieron los dos pares de ojos, unos grandes y negros y otros redondos y de color verde claro como el peridoto, tuvieron la virtud de apaciguarlo. Para excusarse, le ofreció al gato un trozo de pollo.

Sennia también había recogido algunos fragmentos de vasos de cerámica, pero el que había encontrado su madre era excepcional: era mucho más grande que la mayoría y los restos de escritura hierática que aparecían sobre él estaban muy bien conservados… Ramsés se sintió conmovido al comprobar cómo se le iluminaba la cara a su madre al oír sus palabras de elogio.

- ¿Estaba entre los escombros? -preguntó, a la vez que lo cogía

con gran cuidado por los bordes-. Me sorprende que a nuestros colegas se les haya pasado por alto algo tan grande.

- Maldita sea, Peabody -refunfuñó Emerson mientras masticaba un trozo de queso -, ¿has estado excavando ilegalmente?

- ¿Cómo me puedes suponer capaz de una cosa así? Alí me lo trajo. Ha sido registrado como es debido.

- Oh. En ese caso está bien.

- ¿Qué es lo que pone? -preguntó Nefret, inclinándose sobre el hombro de Ramsés.

Uno de sus mechones acarició la mejilla de su marido; quien, tras enrollarlo en un dedo, le sonrió.

- Parece una oración… a Hathor, madre divina, señora de la fragancia.

- La puedes traducir más tarde -declaró Emerson limpiándose los dedos en sus pantalones-. Quiero acabar hoy con esta sección.

- Espero que no hayas olvidado que esta noche cenamos con Cyrus -le recordó su mujer.

Emerson gruñó. Cyrus sonrió.

- Le dije a Selim que viniera también -dijo de un modo significativo.

- Mmm -dijo la madre de Ramsés.

- Mmm -dijo Emerson-. Bertie, todavía no me has contado cómo te va, aunque supongo que no tengo derecho a preguntártelo.

- No pretendas estar al repique ya la procesión -le advirtió su mujer.

- Tiene usted todo el derecho del mundo a hacerlo, señor -dijo Bertie con la mayor seriedad-. Creo que bastante bien. He localizado ya la mayor parte de las tumbas. Esta es una copia, por supuesto; el original lo tengo en casa y cada noche le añado los datos de lo que hemos realizado durante el día.

- Bien hecho -le felicitó Emerson dándole unas palmaditas en la espalda-. Ahora… manos a la obra, ¿no?

Hasta pasado un rato no le fue posible a Ramsés mantener una conversación privada con su madre.

- ¿De verdad pretende contarle a Cyrus lo sucedido en Khan Yunus? Ya sabe, madre, que la ley sobre secretos oficiales…

- No me considero en absoluto ligada por ningún documento qué no haya firmado de antemano -dijo su madre alzando la barbilla-.

Tenemos que decirle algo a Cyrus, no es justo que lo dejemos en la más total ignorancia. Ramsés… querido…-añadió, poniendo una mano sobre su hombro-, sé de sobra que preferirías no tener que hablar ni pensar en todo eso de nuevo, pero si lo puedes resistir, tan solo una vez más… ¡Te prometo que el relato de Selim no me creará dificultades con el Ministerio de la Guerra!

- Está bien, madre. Querida -añadió con una sonrisa que sacó los colores a sus mejillas.

A Katherine Vandergelt le había costado un poco sentirse a gusto con sus amigos egipcios. Para hacerlo, tuvo que superar sus prejuicios o, al menos, intentar disimularlos… ¡su madre no le había dejado otra elección! Tan solo un patán podía comportarse con Selim con menos cortesía de la que la buena educación y la innata dignidad de aquel merecían. Katherine le saludó cálida y afectuosamente. Con Jumana se mostró aún más amable: la palidez y la expresión taciturna de la muchacha no pudieron por menos que impresionarla, y no dejó de insistir para que aceptara las golosinas que le ofrecía. Jumana, que no había querido ir pero que había sido obligada a hacerlo, apartaba la comida que tenía en el plato con aire melancólico. El mayordomo de Cyrus había hecho todo lo que estaba en sus manos… «para celebrar su regreso a casa». La cristalería y la vajilla de plata resplandecían sobre la mesa.

Después de la cena todo el grupo se dirigió a la sala de estar para tomar un café. Selim, que estaba al corriente de lo que se iba a hablar, se había mostrado hasta entonces perfectamente tranquilo, pero llegado el momento empezó a agitarse con nerviosismo ya tirarse de la barba. ¿Pánico escénico? ¿Temor a olvidar las indicaciones de la gran Sitt Hakim?

- Bueno, Amelia, estamos listos -dijo Cyrus arrellanándose en un profundo sillón-. Llevo todo el día esperando que llegue este momento.

Ella sonrió complacida y dio un sorbo a su café.

- Selim os lo contará. Adelante, Selim.

Todos los ojos se posaron sobre él, aumentando con ello su desasosiego. Luego confesaría a Ramsés que habría preferido tenérselas que ver con una horda de agresores antes que con todas aquellas miradas fijas sobre él. Carraspeó.

- No tengo mucha experiencia contando historias -comenzó con

una voz varias tonalidades más altas que su tono habitual de barítono-. No soy como Daoud.

- Tanto mejor -dijo Cyrus con una sonrisa-. Todos sabemos cuánto le gusta a Daoud… mmm… adornar las cosas.

- Empieza por el coche -le sugirió Emerson, al darse cuenta de que Selim necesitaba algo de apoyo-. Era magnífico y tú lo conducías estupendamente.

Una vez lanzado, Selim describió los encantos del automóvil con amorosa precisión y se explayó con excesivo aunque comprensible entusiasmo sobre los peligros de aquel largo viaje y sobre sus habilidades como conductor.

- A diferencia de Luxor, Khan Yunus es una ciudad muy fea -afirmó-. Había muchos soldados. Nos quedamos en casa del amigo del Padre de las Maldiciones, que estaba muy sucia. ¡Pero ahí fue donde empezó la verdadera aventura!

- ¡Ya era hora! -murmuró Cyrus-. Khan Yunus, ¿eh? ¿Para qué fuisteis allí?

Selim miró a la madre de Ramsés, quien le dirigió una alentadora señal de ánimo con la cabeza. Había perdido su timidez y se estaba divirtiendo de lo lindo… «Y con razón», pensó Ramsés. Ni tan siquiera su madre o Daoud habrían sido capaces de contar una historia tan disparatada.

Se habían visto obligados a acudir a Khan Yunus para rescatar a una hermosa doncella -la hija de un jeque beduino, amigo y aliado- de las manos de un malvado anciano que la había raptado, movido por su fortuna y su virtud. Ramsés salió en busca de la muchacha y, después de superar numerosos peligros, consiguió finalmente rescatarla. Selim describió algunos de aquellos peligros, entre los que se encontraba un duelo con cimitarras. Al oír aquello, Ramsés escondió la cara entre las manos.

- No le gusta que lo elogien por su valor-explicó Selim-. Pero la cosa no acabó ahí. Ese viejo canalla mandó a sus hombres para que trataran de recuperarla y nosotros nos vimos obligados a enfrentarnos a ellos y a escapar durante la noche, perseguidos por el enemigo y dejando atrás la ciudad en llamas. ¡Robamos unos caballos en las mismas narices de los australianos! Pero todavía no les he contado nada sobre el mendigo harapiento, que era en realidad un policía disfrazado… He de reconocer que se trataba de

un buen disfraz: las moscas lo rodeaban y olía muy mal. El malvado anciano era en realidad un ladrón, ¿saben?, que había robado las joyas a muchas damas acaudaladas y también importantes antigüedades del Museo de El Cairo. El mendigo intentaba capturarlo para llevarlo ante la justicia, pero al final fue Ramsés quien lo apresó.

- ¡No fui yo! -exclamó Ramsés sin poder soportarlo más-. Fue nuestro padre con…

- Mmm- dijo Emerson elevando el tono-. Lo has contado muy bien, Selim. ¿Has visto, Vandergelt? Únicamente tratábamos de cumplir con nuestro deber de ciudadanos, ayudando a la policía.

- ¿Y qué fue de la doncella? -inquirió Cyrus-. ¿No la trajisteis a casa con vosotros?

Selim suspiró conmovido.

- El… esto… el policía se la llevó con él -apuntó Ramsés a punto de explotar.

- Creo que era su amante -añadió Selim.

- Oh, ya veo. ¿Te molesta si te hago unas cuantas preguntas, Selim?

Una vez metido en faena, Selim hasta se había divertido pero no por eso iba arriesgarse ahora a que Cyrus Vandergelt lo interrogara. Se apresuró a ponerse de pie.

- Se ha hecho muy tarde y tengo que marcharme. Gracias por su amable hospitalidad.

- ¡Pero, Amelia! -exclamó Cyrus.

- No podemos detenerlo, Cyrus, tiene otras responsabilidades que atender. Jumana, tú también te puedes ir, Selim te acompañará a casa.

- Pero quiero…

- Has estado enferma y necesitas descansar.

- ¡Me siento mucho mejor ahora!

Su aspecto era casi como el de antes: sus ojos brillaban y tenía las mejillas sonrosadas. No apartaba la mirada de Ramsés, con una expresión que hizo que éste sintiera ganas de esconderse.

- Haz lo que te he dicho -le ordenó entonces su madre con brusquedad.

Ramsés fue con Selim hasta la puerta mientras Jumana cogía su manto.

- Estoy en deuda contigo, Selim -murmuró.

- Me limité a decir lo que Sitt Hakim me pidió que dijera. ¿Por qué está tan enfadado? Sé lo que hizo usted. En su lugar, yo se lo contaría a todo el mundo. Pero -a Selim se le ocurrió una nueva idea- nosotros lo hacemos para que los hombres nos teman y las mujeres nos admiren, ¿verdad? Todos los hombres temen al Hermano de los Demonios y, además, usted ha conquistado el corazón de la mujer que amaba. Cuando Nur Misur lo mira, a uno le parece ver brillar el sol en el interior de sus ojos.

- No estoy enfadado, Selim. -Ramsés lo abrazó al modo egipcio-. Eres un buen amigo… y un romántico algo desvergonzado.

- ¿Y qué hay de malo en ello?

Selim dejó de sonreír y frunció el ceño cuando Jumana salió de la casa. Tras montar sobre su caballo, la alzó, colocándola delante de él con la misma delicadeza que habría empleado con un saco de trigo. Ramsés los oyó intercambiar insultos mientras se alejaban. «Ambos se los merecen», pensó.

Al volver a la sala, su madre se había hecho ya cargo de la situación.

- Creíble o no, ésa es la historia que Selim contó a Daoud y cuando éste acabe de adornarla apenas quedará algo de real en ella.

- Y yo pareceré aún más un imbécil -se quejó Ramsés con amargura.

- Deja ya de lamentarte -dijo su madre-. ¡Dios mío, hice lo que pude! Era necesario justificar nuestra ausencia de algún modo. Nuestros amigos de Atiyeh vieron el automóvil y se dieron cuenta de que nos estábamos preparando para un largo viaje a través del desierto. En el momento de abandonar Khan Yunus, todos sabían ya quiénes éramos. Nuestra historia correrá de boca en boca y tarde o temprano nuestras actividades serán el tema principal de cotilleo en todo Egipto y Palestina.

- Como cuento no estuvo nada mal -admitió Cyrus mientras se encendía uno de sus puros y se inclinaba hacia detrás-. Y no mucho más disparatado que cualquiera de vuestras aventuras. Lo lamento, pero no puedo creerme lo de la hermosa doncella. Khan Yunus se encuentra a apenas unos quince kilómetros de Gaza. ¿Hace falta añadir algo más?

A Amelia le centellearon los ojos en respuesta a la sonrisa de

complicidad de él.

- Es curioso, Cyrus, pero precisamente la hermosa muchacha es uno de los pocos detalles verdaderos en esta historia. No obstante, es inútil negar que nuestra misión tenía que ver con cuestiones algo más serias. Hace tiempo que sabes que estamos relacionados con los servicios secretos, ¿no?

- Haría falta ser muy estúpido para no sospecharlo, Amelia. La guerra en curso, el modo en el que aparecéis y desaparecéis sin dar mayores explicaciones, vuestra experiencia en ciertos campos… - Sus ojos se posaron sobre Ramsés-: Vaya, no quiero saber más detalles. Tan solo espero que este sucio asunto acabe lo antes posible. Si seguís tentando a la fortuna acabará por suceder algo malo y nosotros no podríamos pasarnos sin vosotros. Sin ninguno de vosotros.

- Amén-dijo Katherine.

- Esto… es cierto-añadió Bertie.

- Se acabó -declaró Emerson, algo incómodo ante aquella cálida y desbordante manifestación de sentimiento amistoso-. Una con… perdona, Katherine… una condenada molestia también. Y ahora podemos…

- Tan solo una última pregunta -lo interrumpió Cyrus-. No hace falta que me contestéis pero lo cierto es que me muero de curiosidad. Ese mendigo, ¿es alguien que conozco?

Cogido por sorpresa y sin saber muy bien qué contestar, Emerson se volvió hacia su mujer en busca de ayuda.

- Has conocido a ese caballero -respondió ella suavemente.

- ¿Y ahora está de nuestra parte?

- Oh, sí. Cyrus, ¿pensarías que soy una maleducada si te pido un whisky con soda?

Parecía tan satisfecha de sí misma que su hijo tuvo que hacer esfuerzos para no echarse a reír. Confiaba en su madre -ella nunca mentía a menos que fuera estrictamente necesario- y en aquella ocasión, además, había contado literalmente la verdad. Cyrus conocía bien a sir Edward, aunque no fuera este el caballero al que él se refería.

* * *

Por descontado, Emerson se sintió en la obligación de regañarme por animar a Selim a contar una sarta de mentiras y, con su típica

incoherencia, por contarle a Cyrus más de lo que él consideraba aconsejable. Camino de casa mantuvimos una pequeña y refrescante discusión al respecto. Dejar a Cyrus en la ignorancia hacía que me sintiera culpable… si es que Cyrus estaba de verdad en la ignorancia. Era demasiado inteligente y nos conocía demasiado bien como para pasar por alto ciertos sucesos. Lo cierto es que no le había contado mucho más de lo que ya sabía y, por otra parte, a él le gustó que le demostráramos nuestra confianza.

Al día siguiente se sintió mucho más feliz gracias al descubrimiento de una tumba, aunque de ella quedara ya bien poco: la capilla de las ofrendas había sido destrozada por completo y, exceptuando algunos desperdicios, la cámara funeraria estaba completamente vacía. Tenía, sin embargo, algunas pinturas bastante bien conservadas.

- Eso lo tendrá tranquilo durante algún tiempo -me comentó Emerson-. Le llevará algunos días realizar una excavación meticulosa del lugar y preparar los planos del mismo. Jumana puede ayudarlo,

- Qué amabilidad la tuya -dije-. La chica te saca de quicio, ¿verdad?

- Habla demasiado. Casi prefería sus lloriqueos. ¿Qué fue lo que conseguiste sonsacarle?

- Nada… a menos que fuera esa asquerosa medicina. Espero que no haya nada perjudicial…

- Siniestro, ¡bah! Ya estás preocupándote otra vez innecesariamente.

- Tienes razón, Emerson -admití-. Estoy tan acostumbrada a hacerlo que casi me resulta imposible darme cuenta de que nuestros enemigos han desaparecido y de que nuestros problemas se han resuelto.

- Todos excepto uno -refunfuñó Emerson-. La mano del dios. ¿Qué dios? ¿Y dónde está?

Aquella tarde, Sennia tomó el té con nosotros. Estaba tan excitada con las novedades que apenas tocó las galletas.

- ¡El *Gran Gato de Ra* ha cazado una serpiente!

Miramos al gato. Para poder limpiarse sus extremidades inferiores había adoptado una de esas posiciones más propias del yoga, con una pata en el aire y la otra por detrás de la oreja.

Resultaba tan cómico que no pudimos evitar echamos a reír.

- ¿Es una serpiente muy grande?-inquirió Emerson.

- No mucho más grande que esto -respondió Fátima, indicando con el pulgar y el índice unos doce centímetros-. Pero estaba todavía viva, Padre de las Maldiciones, y no sé si esta noche podremos cenar. Sigue en la cocina y Maaman dice que…

- Lo más probable es que se haya escapado ya -dijo Emerson tranquilo.

- En ese caso dígale usted algo a Maaman -le rogó Fátima dejando caer con gran estrépito la tetera sobre la mesa-. Dice que se niega a cocinar.

- Oh, maldita sea -dijo Emerson-. Supongo que tendré que intervenir o de otro modo no cenaremos nada.

- Llévate al *Gran Gato de Ra* -le sugirió Sennia.

- Buena idea -dijo Emerson cogiendo el animal. Sennia se llenó la boca con dos galletas y salió tras ellos.

- Vamos con ellos -propuso Nefret-. Jumana, ¿has visto alguna vez al Padre de las Maldiciones llevar a cabo un exorcismo? Si hace intervenir al gato será aún más divertido.

Jumana se estremeció.

- Las serpientes me dan mucho miedo, espero que no entre en mi habitación.

Yo también decliné la propuesta. No es que las serpientes me asusten, pero no veo qué razón puede haber para frecuentarlas.

Uno de nuestros hombres había ido a la oficina de correos aquella mañana, regresando con toda una pila de cartas, mensajes y periódicos. Mientras los otros estuvieron en la cocina pasé un rato delicioso clasificando el correo y leyendo las misivas más interesantes,

- ¿La encontrasteis? -inquirí.

- Lo cierto es-que sí -dijo Emerson depositando el gato sobre el suelo, donde este reanudó el aseo que había interrumpido-. No pensé que nos resultara posible y estaba ya preparado para llevar a cabo un exorcismo especial para serpientes, cuando el gato la hizo salir casi de inmediato de detrás de una de las vasijas de agua. Una serpiente Clifford completamente inofensiva. Ramsés la sacó de la cocina y la dejó en libertad.

- Os dije que había adiestrado al *Gran Gato de Ra* -declaró

Sennia con aire triunfal-. Algún día atrapará a una más grande y salvará la vida de Ramsés en el último momento.

- Pura cuestión de suerte -dijo Emerson, añadiendo por lo bajo-: ¿Alguna novedad en el correo, Peabody?

- Una carta muy larga de Evelyn, una de Lía para Nefret y una de David para Ramsés… -anuncié, repartiéndolas.

- ¿Y para mí?-preguntó Sennia.

- Hay tres para ti. -Eran de la familia. Todos sabían que la niña adoraba recibirlas.

- ¿Nada más?

Le tendí a Emerson el resto de las cartas, que iban dirigidas a él.

- Dos telegramas de El Cairo. Me he tomado la libertad de…

- Lo contrario me habría sorprendido -refunfuñó Emerson-. Vaya, no sé lo que pensaréis de esto: Wingate y el general Murray quieren que vaya a verlos tan pronto como me resulte posible.

- Imagino que, ya sea tarde o temprano, en cualquier caso no te parecerá oportuno.

Emerson soltó una perversa risita.

- ¿Crees de verdad que voy a salir corriendo en dirección a El Cairo? El general Chetwode ha recibido ya nuestros informes, le hemos entregado nuestro prisionero y les hemos asegurado, tanto a él como a su personal del servicio de inteligencia, que no volverán a saber nada de Ismail Pachá… lo que no deja de ser cierto, ya que Sethos no volverá a usar ese disfraz. Si, a pesar de todo, tienen todavía alguna pregunta que hacernos, siempre pueden venir a vernos, pero no sacarán mucho en claro. Nada sobre Carter ni… mmm…

Sacudí la cabeza.

- No obstante, se trata de una invitación interesante. Los Albion están organizando una cena con baile el viernes y nos piden que les concedamos el honor de asistir. La señora Albion ha añadido incluso una pequeña nota de su puño y letra diciendo que le gustaría mucho que Jumana asistiera también.

- ¿Yo?

Los ojos de la muchacha se abrieron como platos.

- ¿Ella? -preguntó Emerson sorprendido-. ¿Para qué demonios?

- Forma parte de la familia-dijo Nefret-. Espero que estén tratando de remediar… cualquier grosería involuntaria que hayan

podido cometer, en el pasado.

- Ellos no han sido groseros conmigo -dijo Jumana-. Me mandaron flores cuando estuve enferma.

- ¿Lo hicieron? No me lo habías dicho.

- Mucha gente me manda regalos -dijo Jumana con orgullo-. Bertie, el señor Vandergelt, Daoud y hasta un señor americano que conocí en la fiesta del señor Vandergelt. ¿Vamos a ir? Habrá un baile y a mí me gusta bailar.

- Creo que no -dije.

- ¿Por qué no? -inquirió Emerson- Podría ser una… esto… una salida muy divertida.

- ¡Emerson! -exclamé-. ¿Qué es lo que estás tramando ahora?

Emerson me dedicó una de sus zafíreas miradas, con un candor muy poco convincente.

- Únicamente quería que estuvieras contenta, querida. Sé que te gustan ese tipo de cosas. Es lo menos que un compañero como yo puede hacer por ti.

*DEL MANUSCRITO H:*

Ramsés sabía perfectamente lo que «estaba tramando» su padre. Aunque pretendiera negarlo, la tumba de Jamil le obsesionaba tanto como a Cyrus. Ramsés no podía culparlo por ello. Aquellas palabras pasaban también por su cabeza sin cesar, como si se tratase de una letanía. La mano del dios. Pero ¿qué dios? ¿Y dónde? Todo aquel asunto estaba llegando a interferir incluso en su vida personal. Aquella noche, Nefret tuvo que sacudirlo para despertarlo, quejándose de que estaba hablando en sueños.

- Ya que lo haces, ¡podrías mencionarme al menos!

El se excusó, repitiendo los epítetos de Hathor -diosa dorada, dama de la fragancia, señora de todos los dioses- y actuó en consecuencia, apoyando la cabeza sobre su hombro; ella le reconoció que tampoco podía olvidar aquellas enigmáticas palabras.

- He estado pensando que tal vez deberíamos volver a interrogar a Jumana -dijo-. Tiene una memoria fantástica y es capaz de recordar prácticamente todo, incluso el tono de voz de las personas. ¿No te pareció encantadora su imitación de Cyrus?

- Me resultó extraño oírla imitar a Jamil el día que encontramos a nuestros padres -dijo Ramsés-. ¿Piensas que, si le hacemos las preguntas adecuadas, podría recordar algo que Jamil hubiera dicho

sobre la tumba?

- Su memoria parece funcionar de ese modo.

- Supongo que vale la pena intentarlo. También deberíamos tratar de quitarle a nuestro padre de la cabeza la idea de entrar a escondidas en la suite de los Albion.

- Estás bromeando. ¡Maldita sea, no, no lo estás!

Ramsés le había contado la conversación que ambos habían mantenido. Entonces se había burlado, pero en ese momento…

- ¡Por eso aceptó ir a la fiesta! -dijo ella lanzando un gemido-. ¿Qué vamos a hacer?

- Procurar que no lo pillen in fraganti. Está decido a hacerlo y no dará su brazo a torcer, Nefret. He pensado sobre el asunto y no creo que pueda causar ningún daño.

Apoyándose en él, Nefret se relajó y dejó escapar una risa.

- Bueno, tal vez no, e incluso en el caso de que lo peor llegara a suceder, si alguien lo encontrara en las habitaciones, estoy segura de que sabría encontrar las palabras adecuadas para que le dejaran salir de ellas.

- Palabras no, gritos -la corrigió Ramsés-. A fin de cuentas, ¿qué le pueden hacer? Nadie en Luxor se atrevería a meterse en sus asuntos.

Sin embargo, la noche de la fiesta Ramsés tenía los nervios de punta. Su padre había admitido enseguida que tenía la intención de registrar la habitación de los Albion. Él mismo había sacado el tema, haciendo oídos sordos a las débiles protestas de Ramsés y pidiéndole su ayuda.

- Cuando esté listo para entrar en acción, te haré una seña. No pierdas de vista a los Albion. Si uno de ellos abandona el salón de baile… bueno, imagino que sabrás lo que hay que hacer.

- ¿Provocar una pelea con Sebastián, por ejemplo? Está bien, padre, ya se me ocurrirá algo. Espero. Supongo que irá disfrazado.

Su padre le sonrió con regocijo.

- Lo habitual, muchacho, lo habitual. A propósito… ¿puedes prestarme una barba? Tu madre debe de haber hecho algo con la mía, porque no consigo encontrarla. Ah, en el caso de que quiera saber dónde estoy, trata de distraerla.

Vigilar a tres personas y tratar de mantener entretenida a su madre no iba a ser tarea fácil, pero Ramsés confiaba en poder

arreglárselas con la ayuda de Nefret. Tan solo esperaba que su madre no tuviera también sus propios planes. Aquella noche estaba muy elegante, ataviada con un vestido carmesí, su color preferido, y luciendo unos pendientes de brillantes que centelleaban en los lóbulos de sus orejas. Nefret estaba asimismo radiante, vestida de satén color ámbar, y Jumana tenía los ojos relucientes y las mejillas sonrosadas, como cualquier otra joven de su edad a punto de asistir a un baile.

Los Albion habían ocupado todo el hotel o al menos, los salones, incluyendo el comedor, pero ello no parecía suponer un problema para la dirección, ya que todos los oficiales convalecientes que ocupaban parte del establecimiento estaban invitados a la fiesta. Todo Luxor había acudido a la cita. Los Vandergelt también. El dinero del señor Albion y el buen gusto de su mujer habían contribuido a que todo resultara espléndido: había vino en abundancia y la comida resultó excelente. Después de la cena, cuando él baile estaba a punto de empezar, Ramsés llevó aparte a su padre.

- ¿Hay algún modo de convencerlo para que no lo haga?

- Vamos, vamos, muchacho, ya verás que todo va a ir bien. - Emerson se aflojó irritado el nudo de la corbata. Parecía algo apagado-. Ahora bailaré un poco con tu madre y Katherine, después daré una cuantas vueltas con la señora Albion y, cuando acabe, trataré de salir sin ser visto.

- ¿Se lo ha pedido ya a la señora Albion? Todas las señoras llevan su carnet de baile. Si usted desea bailar con ella alguna pieza, tiene que escribir su nombre en él.

- Absurdo. El baile debería ser algo espontáneo. *Joie de vivre* y ese tipo de cosas.

Entonces se alejó con las manos metidas en los bolsillos.

Ramsés estaba de acuerdo con la *joie de vivre*, pero tanto su madre como su mujer le habían dado toda una conferencia sobre el procedimiento a seguir. Nunca había entendido para qué servían aquellos carnets -papelitos para citas, se les podría llamar-, a menos que no fuera para dar a las mujeres más populares cierto sentimiento de poder y hacer que las menos solicitadas se sintieran humilladas ante todos aquellos espacios en blanco.

Jumana disfrutaba de cada momento; las flores, los trajes de

baile, el pequeño carné de baile y el lápiz sujetos a su delgada muñeca por una cadena de oro. Cuando Ramsés la invitó a bailar, le mostró el carnet dándose aires y sin poder contener la risa. Había temido sin fundamento que la dejaran de lado: Bertie, Cyrus y los dos Albion habían firmado en él. Había también otros nombres desconocidos para Ramsés. Su apariencia exótica y su figura exquisita y menuda habían llamado mucho la atención.

Se había dado el gusto de pedirle a su mujer el segundo baile: mientras trazaban círculos sobre la pista, le advirtió sobre las intenciones de su padre. Emerson bailaba con Katherine con aire de mosquita muerta.

- ¿Cómo se supone que podemos vigilar a tres personas al mismo tiempo? -protestó Nefret-. Tenemos que ocuparnos también de todo lo demás. Le prometí a nuestra madre que procuraría que Jumana se divirtiera.

- Es evidente que lo está haciendo.

La falda blanca que vestía la muchacha se acampanaba mientras Jumana se movía, ligera como un molinillo, abrazada respetuosamente por un alto americano que Ramsés recordaba haber conocido en la velada en casa de Cyrus.

- El señor Lubancic-dijo Nefret, siguiendo su mirada-. Es muy agradable. He prometido al señor Albion el tercer baile y a ti el cuarto; te propongo que, en lugar de eso, se lo pidas a la señora Albion mientras yo acorralo a Sebastián.

- Supongo que no estaría muy bien visto que yo bailara con el señor Albion. Lo que tenemos que hacer es estar preparados para cualquier emergencia. Cuando te haga una señal de ayuda, deberás desmayarte o fingir que has visto un ratón.

Nefret se echó a reír y se apretó junto a él.

El tercer baile finalizó demasiado pronto. Cumpliendo con su promesa, Emerson había tomado en brazos a su anfitriona: los fríos rasgos de ésta se retorcían de dolor mientras él le hacía dar vueltas con energía a ritmo de vals. (La melodía era un Fox Trot.) Cuando la música terminó la condujo, cojeando, hasta una silla y después se volvió para dirigir a Ramsés un guiño exagerado y un gesto con la cabeza.

La señora Albion rechazó la invitación de Ramsés para que bailara con él: su aspecto daba a entender que no tenía la intención

de moverse durante algún tiempo. Nefret se había ocupado de Sebastián, de modo que Ramsés fue en busca del señor Albion.

Lo encontró en una de las estancias que rodeaban la pista, conversando con Jumana.

- Espero que no pretendas sacarla a bailar, porque es toda mía -dijo Albion con una de sus alegres risotadas-. Ya no puedo dedicarme a hacer cabriolas con las más jóvenes, pero lo estamos pasando muy bien hablando de egiptología. Es una muchacha muy inteligente.

- Es cierto -asintió Ramsés mirando la copa que ella sostenía- Imagino que no se trata de champán.

- Es gaseosa -dijo Albion-. No me creerás capaz de emborrachar a una joven dama como ella, ¿o sí?

La respuesta a su pregunta era un sonoro: «Sí, si con ello pudiera ganar algo». Pero visto que no podía ser sincero y cortés al mismo tiempo, Ramsés dijo:

- Si no le importa, me uniré a ustedes. ¿De qué estaban hablando?

- De los emplazamientos que me indicó tu papi -fue la rápida respuesta-. Acabamos de decidir no realizar más excavaciones. Esta señorita está de acuerdo conmigo en que es una pérdida de tiempo.

- Los *wadis* occidentales están demasiado lejos y son muy peligrosos -explicó Jumana-. Y, además, en esa parte del Valle de las Reinas no hay nada.

- Mi padre se alegrará cuando lo sepa -dijo Ramsés.

La música finalizó de nuevo. Jumana echó un vistazo a su carnet de baile.

- El siguiente es Bertie -anunció, dándose importancia-. ¿Me disculpa, señor?

- Caramba, por supuesto. Adelante.

Ramsés estuvo muy ocupado durante un rato tratando de controlar a los tres Albion y cumpliendo al mismo tiempo con sus obligaciones sociales. El señor Albion no se estaba quieto un momento: iba de un lado a otro de la pista hablando con su mujer y con el resto de los invitados. Al ver la cabeza de la señora Albion dirigirse resuelta hacia la puerta, Ramsés miró a Nefret, le hizo un gesto y acabó dándole un pisotón a Katherine. Abandonando a su acompañante, su esposa salió tras los pasos de la señora Albion.

- Perdone, Katherine-dijo Ramsés.

- No te preocupes, querido. ¿Te molesta la herida? Tal vez deberías sentarte.

- ¿Qué? Ah, eso. Bueno, sí, un poco. No mucho. Va bien.

Acababa de perder también de vista a Sebastián. ¿Por qué estaría tardando tanto su padre?

La señora Albion regresó, seguida de Nefret. El gesto afirmativo que su mujer le hizo con la cabeza y su sonrisa lo tranquilizaron: debían de haber ido únicamente al tocador de señoras.

Mientras recorría la habitación con los ojos tratando de localizar a Sebastián, vio a su padre. El suspiro que lanzó entonces deshizo el peinado de Katherine.

- Sentémonos, Ramsés -dijo ella.

- ¿La he vuelto a pisar?

- No, querido, pero la música ha terminado.

Su marido le pidió el siguiente baile y Ramsés aprovechó entonces, para irse directo hacia su padre. Su aspecto habría levantado las peores sospechas de su mujer. Tenía el pelo erizado, la corbata le colgaba, con el nudo deshecho, alrededor del cuello y su sonrisa recordaba a la del *Gran Gato de Ra* después de una suculenta comida. Ramsés lo llevó a un rincón discreto.

- Deje que le arregle la corbata antes de que nuestra madre lo vea.

- ¿Qué le pasa? Oh -dijo Emerson al bajar la mirada-. Gracias, muchacho.

- ¿Y bien? -preguntó Ramsés.

- Ha ido todo a pedir de boca. ¿Qué esperabas?

- ¿Encontró algo?

- Oh, bueno, sí.

- No me haga esto, padre -Ramsés dio un tirón para apretar el nudo.

- Ahora no te puedo contar nada -le reprochó Emerson-. Pero, en pocas palabras… Oh, maldita sea. Hola, Bertie. ¿Me estabas buscando? Salí un momento al jardín para…

- No, señor. Lo cierto es que… ¿ha visto a Jumana?

- ¿En el jardín? Esto… no.

- ¿Sucede algo, Bertie? -preguntó Ramsés.

El joven se atusó el pelo.

- No, solo que me concedió este baile y no consigo encontrarla. Estaba con Sebastián y él tampoco parece encontrarse en la habitación.

- Deben de estar en cualquier lado -dijo Emerson distraído-. ¡Maldita sea! Aquí está tu madre. La tuya, quiero decir, Ramsés. ¿Se supone que tengo que bailar con ella?

- No tengo ni idea -dijo su hijo. Su madre avanzaba hacia ellos con decisión, a grandes zancadas y con una mirada en los ojos que no barruntaba nada bueno para Emerson-. Será mejor que se lo cuente, lo más probable es que haya notado su ausencia.

- Jumana…-empezó a decir Bertie.

- Sí, es cierto. Supongo que habrá ido al tocador de señoras. Preguntemos a Nefret.

Nefret regresaba en ese momento de allí.

- ¡La señora Albion ha ido ya tres veces! No hace más que quitarse los guantes y lavarse las manos. Me repugna pensar en sus razones para tanta higiene. ¿Está nuestro padre…?.

- Bailando con nuestra madre -dijo Ramsés.

- ¡A Dios gracias!

- Sí, pero no sabemos dónde está Jumana -dijo Ramsés-. ¿No estaba en el tocador de señoras?

- Sebastián también ha desaparecido -añadió Bertie.

- Oh, querido, lo siento, la perdí de vista… entre una cosa y otra. Tal vez haya salido un momento al jardín para tomar un poco el aire.

- El profesor acaba de llegar de allí y dijo que no la había visto. Aunque si se encuentran en algún rincón oscuro, es difícil que los haya podido ver.

- No hay ninguna razón para pensar que están juntos, Bertie -dijo Nefret-. Pero de todos modos echaremos un vistazo.

Los jardines, con sus árboles y arbustos exóticos, constituían uno de los lugares más bonitos de Luxor. También estos habían sido decorados para la ocasión; linternas de colores colgaban de las ramas de los árboles y habían colocado bancos y sillas por todas partes. Un buen número de invitados se encontraban allí disfrutando del aire fresco y del perfume de las flores nocturnas. Los senderos serpenteaban por entre los arbustos.

- Ve por ese camino -dijo Bertie-. Yo iré por este otro.

A Nefret no le importaba reconocer que había sido algo descuidada, pero lo cierto es que tampoco pensaba que Jumana se pudiera encontrar en verdadero peligro.

Al menos no allí, en los jardines públicos y con tanta gente a su alrededor. Si la muchacha había permitido que Sebastián la condujera hasta ellos, solo se la podía culpar de indiscreción. Sin embargo, Nefret se temía que no iba a poder convencer a Bertie de ello. La mandíbula mostraba su determinación.

- Te acompaño-dijo-. Espérame.

De hecho, él se había adentrado ya en el sendero más cercano. Nefret se arremangó la falda y salió corriendo tras él.

Cuando casi había llegado al final del mismo, al punto en el que el camino torcía tomando de nuevo la dirección del hotel, Nefret oyó la voz de un hombre que hablaba en un tono grave e íntimo, aunque no pudo distinguir lo que decía, y la aguda y temblorosa contestación de Jumana a sus palabras.

- No, no tengo miedo, pero ahora quiero volver.

Sebastián rió con suavidad.

- Todavía no.

Nefret llenó sus pulmones de aire y gritó: -¡Jumana!

La chica salió casi volando de la oscuridad a la vez que Bertie se adentraba en ella con idéntica velocidad, sacaba a Sebastián a rastras y alzaba el puño.

- ¡Detenlos! -exclamó Nefret-. ¡Van a pelear!

- Eso parece -dijo Ramsés detrás de ella-. Adelante, Bertie, dale una buena.

Bertie soltó la solapa de Sebastián y retrocedió.

- Lleva gafas. No puedo pegar a un tipo que…

El puño de Sebastián entró en contacto, limpia y cuidadosamente, con la mandíbula de Bertie, golpeándola y haciéndole caer hacia detrás.

# Capítulo 13

La verdad -dije exasperada- es que no sé a cuál de las extravagantes actividades de esta noche referirme primero.

- Yo sí -dijo Emerson-. Por Dios, Bertie, ¿será posible que solo sepas luchar como un caballero?

Habíamos abandonado la fiesta con algo de precipitación. Apenas vi a Emerson supe que había sucedido algo, pero antes de que pudiera interrogarlo Nefret entró corriendo y me dijo que Jumana era víctima de un ataque de histeria, que Bertie tenía una magulladura en la mandíbula y un chichón en la cabeza, que Ramsés estaba persiguiendo a Sebastián Albion por el jardín y que… en pocas palabras, que lo mejor era que nos marcháramos cuanto antes. Recogimos a los demás, incluido Ramsés, quien se había calmado ya lo suficiente como para atender a razones, y nos los llevamos de allí. Dado que nuestra casa estaba más cerca que el Castillo, nos habíamos dirigido a ella. Después de quitarse la chaqueta, el chaleco y la corbata y con un vaso de whisky en la manó, Emerson se sintió en disposición de lanzar una perorata.

- No olvides, muchacho -prosiguió-, que es inútil luchar a menos que tengas la intención de ganar. No hagas caso de todas esas tonterías sobre el juego limpio.

- Lo recordaré la próxima vez, señor-dijo Bertie.

- Espero sinceramente que no haya una próxima ocasión -exclamó Katherine-. Nefret, ¿estás segura de que no tiene una contusión cerebral ni una fractura de cráneo ni…?

- El golpe que recibió al caer no fue muy fuerte -dijo Jumana.

Todos nos volvimos para mirarla. Había llorado sobre el hombro de Nefret -Ramsés se había negado a ofrecerle el suyo- durante todo

el camino de vuelta a casa, pero la verdad es que no sabría decir a ciencia cierta si lo que la movió a hacerlo fue la tristeza o la excitación.

- Lo siento -tartamudeó Jumana-. No era mi intención… pero ¿por qué está todo el mundo tan enfadado conmigo? ¿Por qué quería Bertie pelear con Sebastián? Fue muy educado, solamente quería…

- Retenerte después de que le dijiste que querías marcharte -la interrumpió Nefret-. ¿Crees de verdad que si no hubiéramos llegado en aquel momento se habría seguido comportando con la misma educación?

A Jumana le temblaron los labios.

- No fue culpa suya -murmuró Bertie-. Ella no lo entendió.

- Bueno, tal vez fuera así -le concedí-. Supongo… Por eso renuncié a echarle mi pequeño sermón. ¿Lo recuerdas, Nefret?

- Perfectamente -dijo Nefret relajando los labios-. Yo misma se lo eché hace menos de una hora. Está claro que no le causó ninguna impresión.

Tras acercarse a Jumana, la levantó de la silla cogiéndola por los hombros.

- ¿Me vas a escuchar atentamente ahora, Jumana? Esta noche Bertie se ha comportado como cualquier hombre decente lo haría, acudiendo en ayuda de una joven muchacha sin experiencia que está a punto de… -se detuvo un instante para mirarme y prosiguió- …de que un canalla sin escrúpulos se aproveche de ella. ¡Lo hubiera hecho con cualquiera, Jumana, así que no hay nada de lo que pavonearse! El único error que cometió fue seguir las reglas pensando que Sebastián se atendría también a ellas. Y ahora ve a tu habitación y piensa en lo que te he dicho, a menos que quieras excusarte con Bertie y darle las gracias.

Rojo como un tomate y tartamudeando, Bertie exclamó:

- Oh, bueno, no tiene por qué excusarse conmigo. Fue… bueno, fue… lo que uno hace, ya sabe. Solo que no lo hice demasiado bien. Quiero decir…

Jumana se deshizo en lágrimas y salió corriendo de la habitación. Bertie sonrió para excusarse.

- Me parece que, como de costumbre, lo he estropeado todo. No debería haberme enfadado.

- No fuiste el único -dijo Ramsés. Él también se había quitado toda la ropa que no era estrictamente indispensable y se había sentado en el suelo junto a la silla de Nefret-. Yo me comporté de un modo aún más estúpido, destrozando los arbustos al pasar a través de ellos mientras lo perseguía. Lo más probable es que mañana el hotel me mande una factura por el daño que causé a las plantas.

- Al menos hay algo bueno en todo esto -afirmé-. Ahora tenemos clara la razón que movía a los Albion a comportarse tan educadamente con Jumana. Ese repugnante joven todavía tenía… esto… sus planes sobre ella. Cuando lo recriminaste, lo único que conseguiste fue alentarlo aún más, Ramsés. Creo que para algunos hombres, una niña inocente puede llegar a ser todo un reto.

- Y resulta más seguro que los burdeles -murmuró mi hijo.

- Por favor, Ramsés.

- Perdone, madre. No niego que uno de los motivos de Sebastián pudiera ser seducirla, pero ¿no es extraño que sus padres conspiraran con él? Especialmente su madre.

- ¡Bah! -declaró Emerson-. Ella piensa que los Albion, tanto el padre como el hijo, tienen derecho a usar cualquier medio a su alcance para obtener sus objetivos. Lo que quieren es encontrar la tumba de Jamil y creen que Jumana puede ayudarles a hacerlo. Su entusiasmo es comprensible: Jamil les dio lo suficiente como para despertar su apetito.

Mi marido me sonrió entonces de un modo provocador.

- De modo que ahí es donde estabas anoche -dije-. Lo sospechaba.

- No, Peabody, no sospechaste nada, ya que de otro modo habrías insistido en venir conmigo y te habrían pillado infraganti, como casi me sucedió a mí.

- Cuéntenoslo -dijo Nefret, mostrando sus hoyuelos.

- Eso es precisamente lo que pretendo hacer si habéis acabado con vuestro cotorreo. Casi me pillan, pero no fue por culpa mía -prosiguió Emerson-. Uno de esos malditos *sufrayis* llegó justo en el momento en el que estaba probando mi llave maestra en la cerradura. Me reconoció, por supuesto, de modo que para que se marchara tuve que darle un puñado de dinero y pronunciar unas cuantas maldiciones sin importancia. Una vez dentro, me puse mi

disfraz.

Se detuvo… aparentemente para dar un sorbo a su whisky. No le pregunté por qué se había molestado en disfrazarse. Tratándose de Emerson, el disfraz es en sí mismo la excusa.

- Puede que os preguntéis -continuó Emerson sonriéndome con satisfacción- por qué me molesté en ponerme un disfraz. Era una precaución necesaria. Si uno de los Albion o de los sirvientes me hubiera encontrado en la habitación, apenas le habría dado tiempo a vislumbrar a un egipcio con barba antes de que yo escapara a través de la ventana o por la puerta. Aunque lo cierto es que nadie me molestó. Tuve todo el tiempo necesario para registrar las habitaciones, que están comunicadas. El botín, si me permitís la expresión, se encontraba en la habitación de Albion. Él y su mujer duermen separados.

- Eso es extraño, Emerson -dije-, pero no de nuestra incumbencia.

- Uno nunca sabe lo que podría resultar relevante, Peabody. Es posible, aunque no probable, que ella no esté al tanto de los tratos que Albion tenía con Jamil. Tenía una caja llena de piezas, incluyendo algunos fragmentos de la pintura de Khonsu. Jamil se los vendería y le insinuaría que se trataba de un indicio significativo. El muchacho no carecía de sentido del humor. En cuanto al resto… os enumeraré todo lo que pueda recordar. En primer lugar, otro tarro de cosméticos como el que compraste, pero con el cartucho intacto. Perteneció, tal y como dedujo Ramsés, a Shepenwepet, una de las esposas del dios. En segundo y tercer lugar, dos *ushabtis* con inscripciones de la misma mujer de unos diez centímetros de altura y realizados en fayenza azul verdosa. En cuarto lugar lo más extraordinario, un sistro de bronce con incrustaciones de oro -tomó una hoja de papel de la mesa que se encontraba junto a él-. Hice esto mientras todos os dedicabais a mimar a Bertie -explicó-. Mis habilidades artísticas no son tan buenas como las de David, pero no quería que se me olvidara ningún detalle.

Hicimos corro junto a él para inspeccionar el dibujo. El sistro era un instrumento musical, parecido a una matraca, que se hacía sonar ante los dioses. Aquel estaba dedicado a Hathor, diosa de la música, que aparecía representada con la cabeza de una mujer con largos

mechones rizados y las características orejas de vaca. De la cabeza esculpida se elevaba una larga presilla de alambre de cobre en la que habían enfilado unas barras con abalorios ensartados, de modo que cuando se sostenía el sistro por el mango -una columna en forma de loto- y se agitaba estos producían un agradable sonido, algo monótono. Emerson había representado todos los elementos que acabo de describir en su esbozo, lo que significaba que aquel objeto era verdaderamente raro y, además, se encontraba intacto.

- La cara no está muy conseguida -admitió Emerson-. Es precioso y, sin duda alguna, fue realizado en un taller real.

- Y para una mujer de la realeza-dijo Ramsés-. Admiro su dominio de sí mismo, padre. Yo habría sentido la tentación de cogerlo. Debería estar en un museo.

- Lo estará -le aseguró Emerson haciendo rechinar sus dientes-. Daremos a los Albion toda la cuerda posible antes de tirar del nudo. No hay duda: la tumba de Jamil es una de las de las divinas esposas de Amón y, si estos pequeños objetos son una muestra de su contenido, solo Dios sabe lo que puede haber dentro. Cyrus dejó escapar por lo bajo un gemido.

- Vendería mi alma por un descubrimiento como ese. Si Joe Albion lo consigue antes, lo estrangularé con mis propias manos.

Al día siguiente escribí una cortés nota a la señora Albion dándole las gracias por la maravillosa fiesta. Emerson se apresuró a decirme que le parecía algo hipócrita, pero es que yo pienso que para poder disfrutar de una agradable vida social es necesario un cierto grado de hipocresía. Si todos dijéramos lo que de verdad pensamos de los demás, sería el fin de la misma.

- De todos modos -añadí mientras doblaba la nota-, hasta que no consigamos los objetos que se encuentran en su poder sería un grave error romper nuestras relaciones con los Albion.

Fuimos a trabajar tal y como teníamos por costumbre, pero no hicimos gran cosa. El descubrimiento de aquellas piezas había despertado el apetito de mi marido y estimulado su imaginación. A pesar de que trataba de concentrarse en el trabajo que tenía entre manos, de vez en cuando se detenía, con la mirada perdida en el horizonte, y hablaba solo. ¡Qué bien lo podía entender! Los derruidos muros de adobe de Deir el Medina resultaban lamentables comparados con el sueño dorado de una tumba real.

Jumana llegó tarde a desayunar. Al ver sus ojos rojos y el aire de desconsuelo que traía, Sennia le preguntó de inmediato dónde le dolía y qué era lo que podía hacer para que se le pasara. Nefret distrajo a la niña describiéndole los adornos del salón de baile y el abundante menú. El *Gran Gato de Ra* proporcionó, por su parte, una diversión adicional al aparecer con un agitado ratón en la boca. Con la colaboración de Sennia, Ramsés forzó al gato a abrir la mandíbula, le sacó el roedor de ella y después se lo llevó fuera para liberarlo, provocando con ello el absoluto disgusto de *Horus*. Recé para que a ese maldito gato no le diera por presentarse con sus presas ilesas y aún vivas. Al menos *Horus* tenía la decencia de disponer de ellas en privado.

Decidí no decirle nada más a Jumana. Había recibido ya bastante castigo al tener que sufrir nuestra total desaprobación y la reprimenda de Nefret y, después de todo, tampoco había cometido ningún crimen; lo sucedido no dejaba de ser un error de juicio muy comprensible en una muchacha de su edad. Después de haber crecido en un determinado entorno social, se había visto obligada a aprender los modos de otro y, como hasta entonces tan solo se había relacionado con hombres de moralidad irreprochable, no era de extrañar que hubiera interpretado incorrectamente las despreciables intenciones de Sebastián Albion.

La muchacha aceptó sin queja la aburrida tarea de cribar el relleno y trabajó sin parar toda la mañana. Cuando nos detuvimos para almorzar, se sentó a un lado con los ojos entornados; Cyrus, comportándose como la persona de buen corazón que era, intentó animarla.

- ¿Quieres ayudarme esta tarde? -preguntó-. Te has pasado la mañana en ese vertedero. ¿Estás de acuerdo, Emerson?

- Claro que sí, claro que sí -accedió mi igualmente bondadoso marido.

- El otro día me preguntaste por el teodolito -dijo Bertie-. Si quieres, te puedo enseñar cómo se usa.

Era la primera frase que Bertie dirigía a la muchacha, ya que ésta había procurado mantenerse alejada de él. Su expresivo rostro se iluminó.

- Gracias, es muy amable.

Al finalizar el día, Jumana había recuperado su buen humor. No

sé si tuvo la decencia de disculparse con Bertie, pero lo cierto es que se esmeraba por ser educada y él le respondía como el buen muchacho que era, sin sombra de rencor.

Pasaron varios días sin que supiéramos nada de los Albion. Emerson se sentía decepcionado, ya que esperaba que se hubiesen dado cuenta de que alguien había estado revolviendo entre los objetos robados. Les hubiera bastado con preguntar al sufrayi que lo había sorprendido tratando de abrir la puerta para conocer la identidad del intruso.

- El *sufrayi* no traicionará al Padre de las Maldiciones -dijo Ramsés-. Tendría que haber dejado su tarjeta de visita.

Emerson curvó los labios en señal de reconocimiento por aquella pequeña broma.

- ¿Para qué provocarlos? -preguntó Nefret-. Han abandonado sus planes de excavar. Tal vez también hayan renunciado a encontrar la tumba.

- No, no lo han hecho -refunfuñó Emerson-. Selim dice que han contratado a ese pillo de Mohammed Hammad como intérprete; por lo visto regresó de dondequiera que estuviese apenas se enteró de que Jamil había muerto. Si él es intérprete, yo soy entonces una cantante de ópera.

- Es un ladrón -asentí-. Pero puedes estar seguro de que no sabe nada sobre la tumba de Jamil que nosotros no sepamos o, de otro modo, la habría saqueado ya.

El tiempo se había vuelto inusualmente caluroso para aquella época del año. Incluso las noches eran tranquilas y cálidas. A todos nos afectaba; a todos menos a Emerson, quien nunca siente calor y es capaz de seguir durmiendo en medio de un terremoto. Jamás renunciaría al placer que me proporciona la presencia de mi marido, pero he de decir que permanecer tumbada junto a él era como hacerlo en las proximidades de un horno. Había conseguido quedarme finalmente dormida -o al menos así me lo pareció-, después de pasar varias noches en vela, cuando Emerson empezó a refunfuñar con fuerza en mi oído. Se trataba del tan conocido estribillo: «La mano del dios… ¿qué…?, ¿dónde?».

Le di un codazo bastante fuerte. Él se dio entonces la vuelta y, al hacerlo, me empujó hasta el borde la cama.

Completamente despierta y bastante molesta, dejé a un lado

cualquier esperanza de reposo. Fui hasta la ventana y me asomé a ella. A pesar de que la habitación estaba todavía a oscuras, la frescura del aire, que anunciaba la llegada de la aurora, apagó mis mejillas encendidas, y mi enfado. Llevaba allí algunos minutos cuando oí el chirrido de una puerta que se abría. Se trataba de la que se encontraba al otro extremo del patio. Lo cierto es que había tenido la intención de decirle a Alí que echara aceite a las bisagras.

Para entonces, la luz me permitía ya distinguir confusamente algunas figuras. Dos de ellas estaban en la puerta, muy apretadas la una junto a la otra. Un susurro llegó a mis oídos; una de las formas desapareció a la vez que la otra se movía de modo furtivo y silencioso hacia la casa.

No me pareció que fuera necesario despertar a Emerson: aun en el mejor de los casos, se trata de un proceso algo laborioso y, además, prefería resolver aquel asunto por mí misma. Esperé hasta que hubiera llegado casi hasta su ventana antes de salir trepando por la mía. Ella dejó escapar un grito ahogado y se volvió para tratar de escapar, pero no fue lo bastante rápida.

- ¿Dónde has estado? -le pregunté mientras la asía con fuerza.

- Yo… yo… -No sabía qué inventar y dijo, entonces, con voz entrecortada-: ¡Oh, Sitt Hakim, me asusta usted!

- ¿Dónde has estado, Jumana?

- Solo fui a dar un paseo. Hacía calor y no podía dormir.

- Estabas con un hombre. No mientas, lo vi.

- No he hecho nada malo. ¡Créame, por favor!

- Eso ya lo has dicho antes. Exactamente, ¿qué fue lo que hiciste?

- Yo… yo he prometido que no lo diría. ¡He dado mi palabra!

La exasperación me había llevado a elevar la voz y la insolencia, tal y como yo lo interpretaba, a que Jumana hiciera lo propio con la suya. Al oír un gruñido y el ruido que produjeron las sábanas al ser sacudidas supe que habíamos despertado a Emerson. Todos esos sonidos fueron seguidos de un bramido: «¡Peabody!». Mi marido siempre grita cuando descubre que no me encuentro a su lado.

- Estoy aquí-le respondí.

Tras tropezar con la ventana, Emerson se asomó a ella. -Es ese… ¡Oh, Dios mío!

A pesar de que tan solo se podía ver la parte superior de su

cuerpo, Emerson es un hombre pudoroso; maldiciendo, se retiró de nuestra vista y empezó a buscar su ropa. Consciente de que ello le llevaría algo de tiempo, empujé a Jumana hacia la ventana.

- Entra y quédate en tu habitación. Si te atreves a salir de casa sin mi permiso, será mejor que no vuelvas más.

La muchacha obedeció sin oponer resistencia ni de palabra ni de obra. Me pareció oír un pequeño sollozo, pero mi corazón no se reblandeció por ello.

Emerson seguía buscando sus pantalones cuando regresé, trepando, hasta mi propia ventana.

- Deja eso ahora, Emerson -dije-. La verdad es que podrías bañarte y vestirte adecuadamente, ya casi se ha hecho de día. Tenemos un serio problema entre manos. Jumana ha salido sin decir nada esta noche, posiblemente lo haya hecho también algunas noches más, y estaba con un hombre. Temo que se trate de Sebastián Albion.

- ¡Maldita sea! -murmuró mi marido, mientras se pasaba los dedos por el pelo, completamente despeinado, apartándolo de la cara-. ¿Estás segura?

- ¿Cuál otro, si no? A menos -añadí con amargura- que tenga toda una ristra de pretendientes. ¿Cómo puedo haberme equivocado tanto con ella? Estoy tristemente desilusionada, Emerson.

- Vamos, Peabody, no saques conclusiones precipitadas. -Sentándose en el borde de la cama, me atrajo hacia él-. Puede que haya una explicación inocente. ¿Le has dado la ocasión de contártela?

- Se negó a contestar a mis preguntas: dijo que había dado su palabra. ¡Su palabra! ¡A un embustero como ese!

- Dale otra oportunidad. -En ese momento, una terrible idea pasó por su cabeza. Con voz temblorosa dijo-: No pretenderás que sea *yo* quien la interrogue, ¿verdad?

- No, Emerson, no sirves para esas cosas. Le daré otra oportunidad para que confiese, por supuesto. La dejaré encerrada en su habitación durante todo el día e intentaré volver a hablar con ella de nuevo esta noche. Eso le dejará tiempo para arrepentirse.

- Y tú lo tendrás también para calmarte -dijo Emerson, rodeando mis hombros con su brazo-. No te culpo por sentirte herida y desilusionada, querida, pero… esto… espero que no la quieras

matar de hambre.

- Claro que no. Le llevaré personalmente el desayuno. Más tarde.

- Después de tomar un largo baño estaba más tranquila, pero aun así seguía sin sentirme preparada para enfrentarme con Jumana. Soy la primera en reconocer que no tengo un gran instinto maternal -pienso que el hecho de tener que criar a Ramsés impidió que este se desarrollara con normalidad-, pero la verdad es que había llegado a sentirme bastante unida a Jumana. ¡Había puesto tantas esperanzas en ella! Descubrir que era una víbora y una mentirosa y, quizá, hasta algo peor, no solo me había decepcionado: me había herido. Sí, Emerson tenía razón. Había llegado a creer que ella sentía el mismo afecto por nosotros.

Al bajar a desayunar me encontré con el *Gran Gato de Ra* sentado sobre mi silla, con su barbilla apoyada sobre la mesa y sus grandes ojos verdes fijos en la bandeja de beicon.

- Esto está empezando a recordarme el cuento de los tres osos -dije-. Se sienta en nuestras sillas, duerme en nuestras camas y ahora está a punto de comerse mi sopa.

Sennia encontró aquello muy divertido, pero fue la única -ni tan siquiera al gato le hizo gracia-. La mirada penetrante de Ramsés captó mi turbación, que yo trataba de ocultar bajo una apariencia de normalidad. Frunció el ceño y pareció estar a punto de decir algo, pero, tras mirarme, se quedó callado. Fue Sennia quien preguntó por Jumana. Le conté que no se encontraba bien y que pasaría el día en la cama.

- No debes ir a su habitación -añadí-. Necesita descansar. ¿Lo entiendes?

- ¿Puedo llevarle una bandeja? -preguntó Fátima.

- Yo me ocuparé de eso -le contesté-. Más tarde. Gracias, Fátima. ¿Dónde está Gargery? Es hora de que Sennia salga para ir a clase.

Gargery entraba en ese momento para anunciarnos que teníamos visita.

- Son el señor Bertie y el señor Cyrus. No me dijo que los esperaban para desayunar, señora.

- Deja de tratar de pillarme en falta todo el tiempo, Gargery -le dije con cierta rudeza-. No los esperábamos.

- Pero estamos siempre encantados de verlos -dijo Fátima mientras añadía platos, vasos y cubiertos de plata a la mesa y salía,

muy atareada, en busca de algo

de comida.

- Siento molestaros, amigos -empezó Cyrus aunque su aspecto diera a entender lo contrario.

Éxtasis, gozo, felicidad… Palabras carentes de la fuerza suficiente para expresar la emoción que transformaba su cara. Solamente en otra ocasión lo había visto con una expresión de placer semejante: el día de su boda con Katherine.

- ¿Qué pasa, Cyrus? -grité, a la vez que me ponía de pie de un salto.

- Corresponde a Bertie hacer el anuncio-respondió Cyrus, henchido de orgullo.

Bertie echó un vistazo alrededor de la mesa.

- ¿Dónde está Jumana? Debería estar aquí.

- Oh, Dios mío -dije ahogando un grito-. No os habréis… vosotros dos, no os habréis comprometido, ¿no?

La risa juvenil de Bertie resonó por la habitación.

- Mejor que eso, señora Emerson. La encontramos, Jumana y yo. La tumba de Jamil.

* * *

Lo que vino a continuación fue un auténtico pandemónium. Gargery, cuya noción de lo que Bertie quería decir era realmente vaga, aplaudió y se unió a los gritos de excitación y felicitación. Aproveché que los otros se reunían alrededor de Bertie, hablando todos a la vez, para deslizarme fuera de la habitación.

Jumana estaba sentada sobre su cama con las manos juntas y el rostro manchado por las lágrimas ya secas. Al contemplarla con más detenimiento, tuve que reconocer que su ropa no era la más apropiada para una cita romántica. Su camisa y sus pantalones estaban arrugados y sucios, las botas estaban llenas de raspaduras y el pelo le caía en desorden sobre la cara.

- Bertie está aquí -anuncié.

Ella dio un brinco, poniéndose de pie.

- Entonces, ¿ha ido todo bien? ¿Se lo dijo? Le prometí que no lo haría, tenía que ser una sorpresa, su sorpresa. ¿Puedo ir ahora? - Dejó escapar una carcajada-. ¡Estoy hambrienta!

¡Ah, los jóvenes, qué facilidad para recuperarse! ¡De la desesperación a la felicidad en un abrir y cerrar de ojos! Podría

haberla dejado ir sin entretenerla más tiempo y estuve tentada de hacerlo, pero la justicia me obligaba a remediar aquello que estuviera en mi mano.

- Antes de nada, tengo que excusarme contigo -dije.

- ¿Excusarse? ¿Conmigo? ¿Por qué?

- Por juzgarte mal. Estaba equivocada y tú tenías razón al querer mantener la promesa que le habías hecho a Bertie. Lamento profundamente lo injusta que fui contigo y espero que me perdones por ello.

Me limité a extenderle la mano: si hubiera tratado de abrazarla se habría desmayado a causa de la sorpresa y, en cualquier caso, estaba realmente mugrienta.

- ¿Perdonarla? ¿A usted?

Miró con ojos abiertos como platos la mano que yo le tendía.

- Fui injusta contigo -le repetí-. Si quieres, estréchame la mano y volvamos después con los demás.

Jumana no se limitó a estrechármela: la besó, humedeciéndola con fervor, acompañando su gesto con una radiante sonrisa, tras lo cual salió de la habitación.

Si hubiera tratado de sacar partido de su papel de heroína no se lo habría podido echar en cara… ¡una víctima de acusaciones falsas y de un juicio erróneo! En lugar de eso, insistió en conceder todo el mérito a Bertie. Fue él y solo él quien dedujo dónde tenía que encontrarse la tumba.

- Pero ¿dónde está?-gritó Emerson, tirándose del pelo-. Bertie no nos lo dirá. Jumana, ¿dónde…?

- Queremos mostrárselo -explicó Bertie- o, de otro modo, no nos creerán nunca.

- Están en su derecho -dijo Ramsés, mientras sonreía comprensivo-. Abre el paso, Bertie.

Nos condujo hasta Deir el Medina.

Nuestros hombres estaban ya allí, esperándonos para iniciar un día más de trabajo. Ramsés los llamó para que se reunieran a nuestro alrededor y les explicó que Bertie tenía algo importante que comunicarles. Para entonces Emerson había empezado ya a intuir la verdad.

- No puede ser -refunfuñó-. No puedo creerlo. ¡Maldita sea!

- Padre, por favor -dijo Ramsés-. Tienes la palabra, Bertie.

Aprovéchala -añadió con una sonrisa.

- Oh, bueno -empezó Bertie sonrojándose-. La verdad es que fue un accidente, ya saben. Estuve sentado durante varios días con el pie en alto y sin nada más que hacer que no fuera contemplar el paisaje, de manera que llegué a conocerlo bastante bien. Miren ahí arriba.

Les señaló entonces un punto con el dedo.

En aquella dirección se encontraba la abertura del valle, ocupada por los muros del templo, con los cultivos y el río extendiéndose hacia el norte y los precipicios erigiéndose a ambos lados del mismo. Las tumbas en ruinas de los trabajadores aparecían desperdigadas por la pendiente occidental. Contemplamos aquel panorama durante un rato con muda perplejidad. Todos buscábamos una escultura… la figura de un dios, desgastada por el tiempo, modelada por la mano del hombre.

Una divinidad, la misma naturaleza, se había ocupado de hacerlo. He tenido ya ocasión de mencionar que las formaciones rocosas de las montañas occidentales presentan en ocasiones apariencias extrañas. Algo parecido al puño de un gigante parecía asir la cresta de la colina: cuatro formas regulares, redondeadas y paralelas, con un espolón junto a ellas que podría ser muy bien el extremo de un pulgar. Constituía un punto destacado del terreno que se alzaba por encima de la parte inferior y menos escarpada de la colina y, una vez que el ojo lo había reconocido, el parecido no dejaba lugar a dudas.

- ¡Allí! -exclamé maravillada-. ¿Lo puedes ver, Emerson?

Mi esposo se quitó el salacot y lo arrojó al suelo. Fruncí el ceño y le di un leve codazo en señal de advertencia. Fue suficiente: la mejor parte de su carácter consiguió vencer la envidia.

- Vaya, vaya -dijo con voz ronca-. Mmm. Eso es… Felicidades, Vandergelt.

Cyrus le dio unas palmaditas en la espalda.

- Nos pertenece a los dos, viejo amigo. A todos nosotros, debería decir.

- No, no-Emerson sacó pecho-. Hicimos un pacto, Vandergelt. Las tumbas de Deir el Medina son tuyas y fue Bertie el que descubrió esta. Felicidades.

Nunca me había sentido tan orgullosa de mi querido Emerson.

La pose erguida y la sonrisa forzada que lucía sobre su rostro tostado le daban un aire verdaderamente noble. Tuve que hacer esfuerzos para no abrazarlo. Cyrus se sentía también conmovido: sacando su pañuelo, se sonó la nariz.

- Eso es condenadamente decente por tu parte, Emerson. Aunque no podía esperar menos de ti.

- Ni tampoco es menos de lo que tú mereces -dijo Emerson con brusquedad-. Pero, bueno, ¿dónde está esa maldita tumba?

- En la grieta que se encuentra entre el primer y el segundo dedo -dijo Bertie-. Nos llevó varios días, noches debería decir, encontrarla. Afortunadamente, ha habido luna llena. Todavía no hemos entrado. Pensamos que el privilegio le correspondía a Cyrus -añadió con una mueca de dolor cuando su padrastro le tomó la mano y se la retorció enérgicamente.

- ¿Estás seguro de que el pasadizo está abierto? -pregunté-. Sé que Jamil entraba y salía de ella pero él es, era, de complexión fina, ágil y, además, temerario.

Naturalmente, los hombres ignoraron este prudente comentario. Los ojos de Emerson brillaban como zafiros.

- ¿Qué es lo que estamos esperando? ¡Vamos!

Tuvimos que contener a Emerson mientras discutíamos sobre el mejor modo de proceder. Bertie nos explicó cómo lo habían hecho Jumana y él: escalando el precipicio y descendiendo desde lo alto con la ayuda de una cuerda. Emerson se mostró encantado con el plan a pesar de que, si no hubiera sido porque lo mantuve bien sujeto, habría empezado a subir por la parte más escarpada del despeñadero de inmediato.

Ni que decir tiene que fuimos todos, Selim y Daoud incluidos. Su ayuda nos resultó muy valiosa, ya que la subida era algo complicada. Llegados a lo más alto del «dedo» me dirigí a Jumana, quien se había pegado a mí como una lapa.

- ¿Hicisteis esto de noche? La verdad, querida, ¿crees que fue sensato? Deberías haber contado al profesor o a Cyrus tu teoría.

Bertie nos oyó sin querer.

- Fue culpa mía, señora Emerson. Quería estar seguro antes de decírselo a nadie. Ni tan siquiera se lo quería decir a Jumana, pero le hice tantas preguntas sobre el terreno y sobre si Jamil había explorado en esta zona que tuve que acabar por contarle la verdad.

Cuando Bertie se volvió para responder a Emerson, Jumana me dijo en voz baja:

- Habría salido a buscarla solo: era demasiado peligroso.

- Claro que lo habría sido -asentí-. Me sorprende que te dejara que lo acompañaras.

- Dijo que no podía hacerlo, así que -dijo Jumana imperturbable- le dije que usted y Nefret no permiten que ni el profesor ni Ramsés las detengan cuando quieren hacer algo y que yo estaba tratando de ser como ustedes. Ahora entenderá por qué no pude hablar antes. El confió en mí y yo había… había sido tan poco amable y tan injusta con él…

- Ah -dije algo turbada-. De modo que tienes una buena opinión sobre él, ¿me equivoco?

Me miró, directamente a los ojos sin dar muestras de la menor timidez.

- Es una buena persona y somos amigos, espero.

Yo también lo esperaba.

* * *

Al ver cómo Daoud anudaba la cuerda en torno a la cintura de Cyrus, di una última orden.

- Cyrus, detente enseguida y regresa si el pasaje se estrecha demasiado o si el techo parece inestable o…

- Así lo haré, Amelia. Empieza a bajarme, Daoud.

- No deberías haber dejado que bajara el primero, Emerson -le regañé apenas el cuerpo de Cyrus desapareció en la hendidura.

- Mi querida Peabody, ¿cómo podía privarlo de un momento que ha estado esperando durante toda su vida? Si muere en el intento, al menos lo hará feliz. Esto… -se apresuró añadir-, no era más que una figura retórica. No sucederá nada. Pero… esto… bueno, tal vez debería ir tras él.

- Con un solo brazo no, Emerson.

- Solo me tendrán que bajar, eso es todo -dijo Emerson, alzando la barbilla de un modo que daba a entender que cualquier protesta sería inútil-. Tenemos otra cuerda… ¿verdad?

- Estarán un poco apretados -le advirtió Bertie-. Hay una plataforma escabrosa de un metro y medio cuadrado de superficie y el pasadizo se adentra perpendicularmente en el despeñadero. Está parcialmente lleno de…

- No necesito más espacio -dijo Emerson, mientras tiraba con brusquedad uno de los extremos de la cuerda a Selim y trataba de anudar el otro alrededor de su cintura.

- ¡Oh, maldita sea! -dije e hice el nudo yo misma.

Después me tendí en el suelo y miré atentamente en el interior de la grieta mientras Emerson descendía por ella.

Puesto que iba atado y que tanto Selim como Ramsés lo sujetaban, no tenía miedo de que pudiera caerse. Lo que sí me daba miedo era de que tratara de arrastrarse por el estrecho pasadizo y quedara atrapado en él como el tapón de una botella. Exceptuando la escasa luz que producía la linterna de Emerson, el interior de la sima estaba bastante oscuro. Apenas podía ver nada y el sentido del oído tampoco servía de mucho, ya que el eco distorsionaba cualquier sonido. La cuerda se aflojó, Emerson chilló algo y yo dejé escapar una pequeña exclamación.

- Todo va bien, madre -me tranquilizó Ramsés-. Ha llegado a la plataforma.

- No podrá atravesar el pasadizo -mascullé entre dientes-. Es dos veces más grande que Jamil.

- Lo hará -dijo Ramsés pasándose la manga por la cara llena de sudor-. Aunque tenga que sacar el relleno con sus propias manos. Con *una* mano…

Podía oír cómo lo estaba haciendo. Una vez sueltas, las rocas empezaron salir desde el fondo de la grieta, cayendo y rodando por la pendiente de la colina. La actividad se fue haciendo poco a poco más lenta y, al final, se detuvo. Después, se hizo el silencio hasta que un grito de Cyrus nos hizo ponernos a todos de pie. Daoud cogió la cuerda y tiró de ella con todas sus fuerzas. Tan pronto como Cyrus hizo su aparición nos abalanzamos sobre él y lo sacamos a rastras de allí.

- ¿Y bien? -le grité.

Cyrus sacudió la cabeza. Sus labios se movieron pero no pronunció palabra. Las lágrimas descendían por sus mejillas. Tenía los ojos enrojecidos.

- Es el polvo -dijo mi hijo, siempre tan práctico. Tendió a Cyrus la botella de agua y al ver que se producía un tirón en la otra cuerda saltó hacia ella. Con la ayuda de Daoud, Emerson no tardó mucho en subir; ni tan siquiera se había molestado en atar la cuerda

alrededor de su cuerpo y la llevaba cogida de una mano. Lo arrastramos hasta el borde y él se puso de pie, tambaleándose y parpadeando, con los ojos inyectados en sangre.

- Hay cuatro sarcófagos -dijo jadeante-. Cuatro. Cuatro de todo, llenando por completo la cámara, desde el techo hasta el suelo, de un lado a otro. Cuatro grupos de vasos canopes, cuatro cajas con incrustaciones doradas, cuatro papiros funerarios, cuatrocientos *ushabtis*, cuatro mil…

Cyrus se puso a saltar arriba y abajo agitando los brazos.

- Las esposas del dios -rugió-. ¡Cuatro! ¡Pensé que no viviría lo suficiente para ver este día! Aunque muriera esta noche, seguiría siendo el hombre más feliz de este mundo.

- No, no lo serías -dije mientras que lo sujetaba-, porque estarías muerto. Y si te caes en esa grieta, acabarás por estarlo.

Quería llevarme a Emerson a casa: en su paso por aquel lugar tan angosto había echado a perder otra camisa, se había dado un golpe en la cabeza, se había arañado la mayor parte de la piel de ambas manos y se había roto la escayola. El estado de Cyrus era algo mejor, pero ninguno de los dos escuchaba mis palabras: no dejaban de gritarse el uno al otro, llenos de entusiasmo, y de estrecharse las manos. Tras mandarlos al infierno (tampoco oyeron esto) llegué a la conclusión de que tenía derecho a satisfacer mi propia curiosidad.

Descendimos por turnos y de dos en dos, por motivos de seguridad: Jumana y Bertie, Ramsés y yo. Emerson se ofreció a acompañar a Nefret pero ella le dijo que prefería esperar. El procedimiento resultaba bastante incómodo: había que arrastrarse a cuatro patas sobre ásperos fragmentos de piedra, tragando polvo por la boca y soportando que, de vez en cuando, algún murciélago pasase chillando por encima de nuestras cabezas. A pesar de todo, lo que pudimos ver después era tan increíble que no me lo hubiera perdido por nada del mundo.

La entrada de la cámara había sido obstruida por bloques de piedra unidos con mortero. Jamil había quitado las hileras superiores, arrojando las piedras en el pasaje, lo que nos obligó a apretarnos aún más durante los últimos metros. Al mirar dentro, en mi principio solo pude ver un destello dorado. Era el extremo de uno de los sarcófagos antropomorfos, incrustado con piezas de

cristal y piedras semipreciosas. Había también objetos más pequeños amontonados por todas partes: cestos trenzados, estuches de ébano y cedro, fragmentos de papiro y de lino hechos jirones. Jamil había revuelto las cajas más pequeñas, llevándose todo lo que estuviera a su alcance.

Finalmente, la enorme paciencia de Cyrus recibía su recompensa. Se trataba de un escondite similar al de las momias reales: los leales seguidores de las adoradoras del dios las habían rescatado de los ladrones de tumbas, junto con el resto del ajuar funerario, y las habían escondido en aquel remoto lugar. El tiempo y un cierto descuido al manejarlos habían destruido algunos de los objetos, pero aun así se trataba de uno de los mayores descubrimientos que jamás se habían hecho en Egipto.

Ni siquiera pudimos empezar a excavar en la cámara aquel día. Primero había que limpiar por completo el pasadizo y la plataforma y determinar el medio para estabilizar y sacar los objetos de allí. Creo que está de más decir que hicimos un alto en el trabajo: los hombres bailaban, cantaban y aplaudían mientras Daoud les contaba toda una serie de extravagantes mentiras sobre los tesoros que había en la cámara. Iba a ser necesario apostar algunos guardias en ella para que la vigilaran noche y día, ya que, de seguro, la noticia correría como la pólvora.

- Deberíamos detenernos en Gurna y hablar con Mohammed Hassan -sugerí-. ¿Una o dos maldiciones, quizá?

Emerson soltó una risita.

- Probablemente, se echará a llorar como un niño. Sí, le insistiré sobre las ventajas morales de la honestidad. Si no hubiera engañado a Jamil, habría tenido alguna oportunidad en esta tumba.

- Hubiera resultado algo complicado -dijo Ramsés-. Incluso en el caso de que hubieran trabajado de noche, habrían dejado rastro de sus actividades y alguien podría haberla encontrado. Por eso Jamil trataba de atraernos hacia el *wadi* occidental: nos quería a todos lejos de Deir el Medina.

Dado que no podíamos dejar a la tumba sin vigilancia ni tan siquiera un instante, Daoud, acompañado de unos cuantos hombres, se ofreció a quedarse en ella hasta que alguien acudiera a relevarlos a última hora de la tarde.

- Supongo que tenéis la intención de que alguien se quede a

dormir aquí todas las noches -dije a Cyrus.

- Todas las noches y todos los días hasta que podamos poner-una puerta de acero. Por Júpiter, Amelia, ¡no sabes lo que esto significa para mí! Se lo tengo que contar a Katherine. ¡Estará tan orgullosa de su muchacho! Y después -prosiguió Cyrus, sonriendo abierta y cordialmente- puede que me dé una vuelta por Luxor para darle la noticia a Joe Albion. Quiero ver la cara que pone cuando se entere.

Mandamos a Selim con una lista del equipo que iba a resultar necesario y dimos el día libre a los hombres. Se imponía una celebración y Cyrus prometió que organizaría la mayor fantasía que jamás se había visto en Luxor, pero tendría que esperar. La excitación y el esfuerzo nos habían fatigado a todos y Bertie y Jumana mostraban los efectos de haber pasado unas cuantas noches sin dormir. Mandé al chico a casa a descansar.

Nosotros también nos retiramos pronto aquella noche. El té y las galletas, unidos a las entusiastas preguntas de Sennia, consiguieron hacer revivir a Jumana durante un rato, pero aun así la mandé a dormir apenas acabamos la cena. Sennia se negó a irse a la cama hasta que Emerson le prometió que la llevaría a la tumba.

- ¡Te lo prohíbo tajantemente, Emerson! -exclamé, después de verla salir bailando por la puerta con *Horus* en brazos.

- Oh, vamos, Peabody, no seas aguafiestas. Ramsés entraba y salía de sitios peores que ese cuando tenía su edad. No la llevaré allí hasta que no me asegure de que no corre peligro. -Arrojó su servilleta sobre la mesa y se levantó-. Se me ha hecho tarde. Vandergelt estará ya allí.

- Emerson -dije-. Es la tumba de Cyrus. Es a él a quien corresponde ocuparse de ella, no a ti.

Emerson pareció avergonzado.

- Supongo que puedo ofrecerle mi consejo de experto.

- No, a menos que te lo pida. Ha sido muy generoso al dejarte participar, ¡que ya es mucho más de lo que tú has hecho nunca por él!

- Mmm -masculló Emerson frotándose la barbilla.

- Lo correcto sería ofrecerle la ayuda de tu equipo -le sugirió Ramsés.

- Ah. Mmm. Claro. ¿Yo incluido? -dijo dirigiéndome una mirada interrogativa.

Fingí que reflexionaba sobre ello. Tratándose de mi marido, se había comportado realmente bien.

- Si te lo pide -le concedí.

- Me pidió que hiciera la guardia con él esta noche.

- Entonces, supongo que puedes ir.

Emerson soltó una carcajada y me dio un fuerte abrazo.

- Gracias por darme tu permiso, querida. ¿Vienes, Ramsés?

*DEL MANUSCRITO H:*

Nefret también había notado que su marido parecía ausente. Sin decirle nada, se dedicó a observarlo, pero no pudo descubrir la causa de su preocupación. La herida se estaba curando sin complicaciones.

- Es agradable poder disponer de una velada para nosotros solos -dijo.

- Sí.

Ramsés se movía nervioso de un lado a otro de la sala de estar, cogía un libro para dejarlo de nuevo o revolvía un montón de papeles. Con las manos en el regazo, Nefret lo estuvo contemplando durante un rato y después respiró profundamente. Su corazón latía con fuerza.

- Tengo qué decirte algo -le dijo. Él se acercó a ella de inmediato, arrodillándose frente a su silla y cogiéndole la mano que le tendía.

- Me lo imaginaba -su otra mano se apoyó con delicadeza sobre el pecho de ella-, pero no te quise preguntar nada.

- ¿Por qué no? Estabas en tu derecho.

- No, no lo estaba. ¿Cuándo lo supiste? Mírame, Nefret. ¿Antes de Gaza?

Habría podido esquivar la pregunta, mencionando los diversos factores que hacían que resultara difícil poder dar una respuesta cierta, pero en lugar de eso se enfrentó abiertamente a su inquieta mirada.

- Sí.

- ¿Y te arriesgaste? Ese terrible viaje, el peligro, el…

Ella tomó el rostro de él entre sus manos.

- Sabía que todo saldría bien. No te puedo decir cómo, pero lo sabía y, aunque no hubiera sido así, me habría arriesgado de todos modos. No sabes cuánto deseo esto, pero tú eres la cosa que más

quiero en este mundo. Habría dejado que te marcharas… que te arriesgaras… pero el suspense me habría matado si me hubiera quedado en El Cairo. Oh, querido, ¿no estás contento?

- ¿Crees que no siento lo mismo por ti? Empiezo a entender todo lo que has tenido que sufrir cuando me ausentaba, dejándote sola, para realizar alguno de esos condenados trabajos. ¿Contento? Supongo que lo estoy; que lo estaré. En este momento yo… creo que tengo miedo. En esta ocasión no puedo asumir el riesgo por ti, ni tan siquiera lo puedo compartir.

Era la primera vez que Nefret veía lágrimas en sus ojos. El corazón le dio un vuelco. Ramsés escondió su rostro contra su cuerpo y ella lo sostuvo, abrazando con fuerza sus hombros inclinados.

- Ya es demasiado tarde para cambiar de opinión -murmuró ella.

Él expiró profundamente y, al alzarse, ella volvió a ver al muchacho que había amado durante tanto tiempo sin saberlo. La risa y la creciente alegría hacían brillar sus ojos.

- ¿Estás segura de estar preparada para esto, Nefret? Ya has oído las historias que cuenta nuestra madre. ¿Qué pasará si sale como yo?

* * *

La casa estaba muy tranquila. Yo me encontraba a solas, sin que ni tan siquiera un gato me hiciera compañía. Tenía muchas cosas que hacer, pero por alguna razón no tenía ganas de emprender ninguna de ellas. Al sentarme en el sofá, encontré mi costurero y saqué el retal arrugado de lino.

La puerta de la sala de estar se abrió. Me bastó con verles la cara. Cogidos de la mano, se acercaron y se detuvieron junto a mí.

- Queremos que sea la primera en saberlo, madre -dijo Nefret.

Tuve que carraspear para poder hablar. Conseguí pronunciar cuatro palabras antes de que me fallara la voz.

- ¡Caramba! Naturalmente, yo soy…

- Oh, madre, no llore. -Nefret se sentó junto a mí y me rodeó con su brazo-. Usted no llora nunca.

- Es cierto pero, aunque lo haga, no creo que consiga arruinar la felicidad de este momento -le aseguré, con la voz un tanto ronca.

Tendí mi mano a Ramsés, quien se sentó a mi lado, dio un grito y se puso de pie de un salto. Se había sentado sobre mi bordado.

Nos reímos hasta que se nos saltaron las lágrimas, que, de todos modos, no hubieran tardado tampoco mucho en llegar. Volviendo a su asiento, Ramsés sostuvo el miserable objeto.

- Ahora dirá que lo sabía hace semanas. ¿Qué es esto, madre?

Me sequé las lágrimas.

- Ah… esto… un babero. Esas cositas de color azul son violetas y esas… Está un tanto sucio, ¿verdad? Creo que las manchas de sangre se irán al lavarlo.

- Es el babero más bonito que he visto en mi vida -dijo Nefret enjugando sus lágrimas-. Y espero que las manchas de sangre no se vayan nunca. ¡Usted lo sabía!

- Hasta ahora no -le aseguré. Estropear una sorpresa tan maravillosa como aquella hubiera sido una gran crueldad por mi parte-. Lo estaba haciendo para la hija pequeña de Lía.

- ¿Hija? Ramsés enarcó las cejas.

- Supongo que fue Abdullah el que se lo dijo -dijo Nefret con una risita-. ¿Le dijo también algo de los nuestros?

- Nunca me cuenta nada importante -dije.

Nefret se echó a reír y vi cómo los labios de Ramsés trataban de dar forma a la palabra: «Nuestros». No acababa de hacerse a la idea.

Hacía tiempo que lo sabía, por supuesto. A un ojo experto como el mío no se le podían escapar ciertos síntomas.

- ¿Cuándo?-inquirí.

- Septiembre-dijo Nefret.

- Ah, entonces lo peor ha pasado y es evidente que gozas de una salud excelente. Si dar tumbos por el desierto en ese coche y robar caballos no te hizo abortar, nada lo hará.

Hablé con toda la autoridad de la que soy capaz, que es, si se me permite decirlo, considerable, y la leve sombra de ansiedad que reflejaba el rostro de Ramsés se desvaneció.

- Si usted lo dice, madre.

- Lo digo y -añadí-, la próxima vez que lo vea, Abdullah me lo confirmará.

*DEL MANUSCRITO H:*

A la mañana siguiente se lo contaron a Emerson. Conseguir que les hiciera caso no fue tarea fácil: cuando llegaron a Deir el Medina, Cyrus y él, acompañados del resto de los hombres, se encontraban organizando ya las actividades de la jornada. Su mujer tuvo que

golpearlo una o dos veces con la sombrilla para que consintiera, afable pero también algo perplejo, unirse a ellos para una breve conversación en privado en una de las esquinas del vestíbulo. Ellos habían discutido con anterioridad los diversos modos de darle la noticia.

- Si le digo que tenemos algo que decirle me mirará sorprendido y me preguntará de qué se trata -dijo Nefret riendo entre dientes-. Pero anunciarle que está a punto de convertirse en abuelo me parece demasiado ñoño.

Así que al final se lo dijo a bocajarro.

- Voy a tener un hijo, padre.

A Emerson se le descolgó la mandíbula.

- Un… ¿un qué?

- No lo sabemos todavía -dijo Ramsés- Pero lo que es casi seguro es que se tratará de un niño o de una niña.

Emerson se atragantó.

- ¿Un niño? ¿Una niña? ¿Un bebé? ¡Dios… Dios mío!

- Toma mi pañuelo -dijo su mujer.

Emerson lo rechazó indignado; si había lágrimas en sus ojos, se las secó en el pelo de Nefret cuando le dio un fuerte abrazo. Volviéndose hacia Ramsés, le cogió la mano y después, ante el asombro de aquel, lo abrazó también.

Con no poca dificultad consiguieron impedirle que se precipitara fuera y gritara la noticia a pleno pulmón a todos los presentes.

- No quiero tanta publicidad -le suplicó Nefret-. Todavía no se lo he dicho a Fátima, ni a Kadija, ni a Sennia, a Gargery, a…

- Oh, por supuesto, los sentimientos de Gargery son de la mayor importancia -dijo Emerson con gran sarcasmo y con una sonrisa que le llegaba de oreja a oreja-. Me inclino ante vuestros deseos. ¡Dios mío!

Emerson se dirigió de inmediato a Cyrus y le susurró algo al oído. En cinco minutos todo el mundo estaba al corriente. Hasta era posible ver circular la noticia por las sonrisas que dulcificaban los rostros de los hombres cuando se volvían para mirar a Nefret.

Cyrus expresó calurosamente a Nefret sus mejores deseos y le prometió celebrarlo por todo lo alto. Luego, todos volvieron a concentrarse en el trabajo.

- ¿Sucedió algo ayer por la noche?

- Por Dios-dijo Emerson todavía sonriente-. ¡Por Dios! Esto… ¿qué es lo que has dicho? Oh. Bueno, vimos algunas sombras revolotear por aquí y por allá, pero desaparecieron cuando yo anuncié mi, nuestra, presencia.

- ¿No reconociste a nadie? -preguntó Ramsés.

- No era necesario verlos para saber de quién se trataba -le contestó Emerson secamente-. Miembros de nuestras distinguidas familias de ladrones de tumbas dándose una vuelta por aquí, por si acaso.

- Puede que lo vuelvan a intentar -dijo Ramsés.

- ¡Bah! -dijo Emerson-. La última vez que los habitantes de Gurna atacaron a un arqueólogo fue hace cincuenta años. -Preocupado, añadió-: Lo peor serán los turistas. Apenas se sepa la noticia empezarán a pulular por aquí.

En eso tenía razón. De acuerdo con las normas, Cyrus informó inmediatamente al Service des Antiquités del descubrimiento. El entusiasta telegrama de felicitación de Daressy fue seguido, en dos días, de la visita del caballero en cuestión. Su deber era inspeccionar el lugar y asegurarse de que se estaban respetando las reglas; un descubrimiento de tal magnitud no sucedía todos los días. Tras colocar vigas y erigir un complejo dispositivo de andamios y escaleras, fue posible llegar hasta la tumba desde abajo. Tuvieron que subir a Daressy por medio de una red. A pesar de que no disfrutó mucho con el proceso, más tarde confesaría que habría estado dispuesto a sufrir cosas peores con tal de poder contemplar un espectáculo tan sorprendente.

- Felicidades -dijo, secándose la cara llena de sudor-. ¡Por una vez, hemos llegado antes que nuestros enérgicos amigos de Gurna! Es un placer poder confiar la limpieza del lugar a sus habilidosas manos, *mes amis*.

Tras aceptar una taza de té, se volvió a secar la cara.

- Por cierto, quería preguntarles cómo es que el señor Vandergelt se encuentra involucrado en todo esto. Creía que había recibido la concesión de Medinet Habu.

- Ya conoce cómo son estas cosas, señor -dijo Emerson con una elocuencia sospechosa y faltando a la gramática-. «Gracias» a esa condenada guerra nos hemos quedado todos cortos de personal. Como buenos profesionales, nos ayudamos los unos a los otros. De

hecho, fue el joven señor Vandergelt quien descubrió el escondite.

- *Ah, je comprends bien* -dijo Daressy divertido-. *C'est admirable, messieurs*. En ese caso, adelante. Si me lo permiten, me pasaré por aquí de vez en cuando. No quiero interferir en su trabajo, pero me gustaría poder admirar las maravillas que saldrán a la luz.

- Te dije que no pondría inconveniente -le dijo Emerson a su mujer después de que Daressy se marchara.

- No le dejaste otra opción-replicó la señora.

Todos los turistas de Luxor querían ver la tumba. La mayor parte se marchaban casi de inmediato, espantados por las maldiciones de Emerson, aunque también por el hecho de que todavía no había mucho que ver. Cyrus había decidido que no se sacara nada de la cámara antes de haberla iluminado correctamente y de haberse asegurado de que los sarcófagos podían ser desplazados sin que hubiera peligro de causarles ningún daño.

Un grupo de visitantes se mostró, sin embargo, más tenaz. Los Albion llegaron, en tropel, un día después del descubrimiento. Jumana se retiró apenas los vio llegar arrastrando a Bertie con ella, y nadie se molestó en ofrecerles una silla ni una taza de té. Un recibimiento tan frío habría desconcertado a cualquier persona discreta, pero ese no era precisamente un adjetivo que se pudiera aplicar a ningún miembro de aquella familia.

- De modo que así es como pretendéis entrar y salir de ese sitio -dijo el señor Albion mientras observaba el andamio-. Demasiado para mí, pero a Sebastián le gustaría echar un vistazo.

- Sebastián tendrá que pasarse sin él -dijo Emerson-. Dios mío, no tengo tiempo para estas cosas.

Con paso airado, se encaminó hacia donde se encontraban Jumana y Bertie, al pie del andamio. Ramsés se detuvo aún un poco, maravillado por el aguante de los Albion. Cyrus no pudo resistir la tentación de alardear, jactándose extravagantemente de Bertie y describiendo el contenido de la tumba con todo lujo de detalles. Al señor Albion se le heló la sonrisa.

- Parece un gran trabajo -dijo-. ¿Cuánto tiempo crees que os llevará?

- Es difícil de decir -respondió Cyrus-. Tendremos que ver lo que hay dentro y lo que hay que hacer.

- Es fascinante -afirmó Sebastián, mirando a su alrededor con

una sonrisa de complacencia-. Nunca he visto unas excavaciones en marcha. Espero que no os moleste si vengo de vez en cuando para veros.

Ramsés no lo pudo soportar más.

- Por lo visto no te has dado cuenta de que no eres bienvenido aquí-dijo-. Después de lo que sucedió la otra noche…

- Oh, eso. Un desgraciado malentendido.

- Así es -dijo la señor Albion, hablando por primera vez-. Creo, señor Emerson, que debería excusarse ante mi hijo.

Ramsés percibió la mirada de su madre e inspiró profundamente.

- Lo siento de verdad, siento que se me escapara.

- ¡Vaya, desde luego! -La señora Albion asió el brazo de su marido-. El mal está en la mente del que mira*, ¿no es así, señora Emerson? Vamos, señor Albion.

Cyrus no pudo resistirse a una última indirecta,

- Es inútil que te dirijas a los comerciantes, Joe. Cuando acabemos de investigar la tumba, la mayor parte de los objetos irán al Museo de El Cairo y el resto, suponiendo que sean lo bastante generosos como para dejarnos un porcentaje de los mismos, no saldrá a la venta.

Los Albion se marcharon.

- No les ha pasado una, Cyrus -dijo Ramsés.

- He disfrutado de cada instante -afirmó Vandergelt, tirando de su barba de chivo-. Esperaba que Joe se descuidara e hiciera alguna estúpida observación sobre la parte que él ya ha pagado, pero es demasiado inteligente. Me pregunto quién más se dejará caer por aquí ahora.

El siguiente en hacerlo fue Howard Carter, quien tuvo que escuchar la invectiva de Emerson sobre su modo de explorar el *wadi* occidental.

- Te he estado buscando durante semanas -afirmó Emerson indignado-. ¿Dónde has estado? ¿Qué estabas haciendo en Gabbanat el-Quirud? ¿Por qué demonios no has permitido que pudiéramos acceder a tus anotaciones?

El gran respeto que sentía por mi marido le impidió a Carter protestar por sus injustas quejas.

- Mis anotaciones están siempre a su disposición, señor -dijo

sumiso-. Siento haberlo ofendido.

- ¡Bah! -dijo Emerson- Ahora escucha, Carter…

- Padre, estoy segura de que el señor Carter preferiría que usted le contara algo sobre la nueva tumba -lo interrumpió Nefret-. Siéntese, señor Carter, y tómese una taza de té.

- Gracias, señora -dijo Carter mirándola con agradecimiento-. Lo cierto es que nada me gustaría más. Estaré en Luxor durante algún tiempo, mi próximo proyecto es copiar los relieves de las procesiones en el templo de Luxor, pero, por supuesto, si puedo ayudarlos de algún modo…

- Puedes venir de vez en cuando -accedió Emerson de mala gana-. Te enseñaré cómo proceder para vaciar una tumba de la manera adecuada.

Sin embargo, las noticias más inesperadas llegaron con un telegrama.

«Estoy deseando veros lo antes posible. Con todo afecto, primo Ismail.»

* Variación del proverbio: «Beauty is in the mind of the beholder». (N. del T.)

- Tendría que haberme imaginado que las noticias sobre la tumba lo harían venir hasta aquí -refunfuñó Emerson-. No dice cuándo lo hará. Maldito desconsiderado.

- Esa firma infernal es aún más desconsiderada -dije irritada-. ¿Cómo vamos a presentarlo? Seguramente los Vandergelt lo reconocerán como Sethos, pero no podemos llamarlo así. ¿Cuál es su verdadero nombre?

- Que me aspen si lo sé -admitió Emerson-. Nunca le di mucha importancia.

- Bueno, querido, se dejará caer por aquí donde, cuando y como decida y nosotros no podemos hacer nada al respecto.

Su aparición se produjo dos días más tarde, en Deir el Medina. Aquella mañana teníamos otros visitantes, entre los cuales estaban también los condenados Albion: venían todos los días, a pesar de que no tenían el coraje de volverá acercarse a nosotros. Emerson se ponía furioso pero la verdad es que no había medio de decirles que se fueran, ya que se limitaban a quedarse sentados en su carruaje a una cierta distancia y a observarnos. Finalizado el andamio y encargada la puerta, no podíamos seguir adelante hasta que no

tuviéramos un generador y luz eléctrica. Emerson nos había vuelto a mandar a trabajar en nuestro aburrido pueblo. Al levantar la vista de mi montón de escombros, vi acercarse un hombre a caballo.

Vino directo a mí y se quitó el sombrero.

- Buenos días, Amelia. Veo que has regresado a tu vertedero.

Tenía buen aspecto. Fue lo primero que me llamó la atención: el saludable color de su rostro, su figura erguida y la naturalidad de su porte. Un turbante primorosamente enrollado le ocultaba el pelo y una magnífica barba, negra como el carbón, escondía la parte inferior de su rostro. El traje de *tweed* que vestía no era el mismo que había tomado prestado de Ramsés, este era nuevo y estaba muy bien cortado. En pocas palabras: era la viva imagen de un distinguido caballero oriental, posiblemente un oficial de alto rango educado en una universidad inglesa, tal y como delataba su acento. Cyrus sería capaz de identificarlo como el hosco y taciturno individuo que había sido su huésped el año anterior, pero dudaba mucho que el resto de los que lo habían visto tan brevemente pudieran hacerlo.

- El gusto por las barbas debe de ser cosa de familia -observé.

- No creo que esperaras que me dejara ver por Luxor sin una, querida. Cualquier persona con algo de perspicacia en la mirada podría darse cuenta de que guardo un cierto parecido con un famoso egiptólogo.

- ¿Cómo se supone que debo presentarte?

- El primo Ismail, por supuesto. Casi me gusta el nombre.

Se dio la vuelta para tenderle la mano a Emerson, quien se acercaba a toda prisa hacia nosotros:

La cordial bienvenida que le dedicamos pareció sorprenderle un poco. Nefret le dio un beso y Cyrus le estrechó con afecto la mano, le sonrió con complicidad, y le invitó a visitar la tumba. Sethos tuvo que escuchar antes todos los detalles sobre el descubrimiento; felicitó a Bertie y a Jumana, que no sabían muy bien cómo comportarse con él pero que se sintieron halagados por su interés. Después de comer subimos a la plataforma que se encontraba en el exterior de la tumba. Sethos entró y salió arrastrándose del pasadizo.

- Tienes bastante trabajo que hacer, Vandergelt -dijo tras quitarse el polvo-. Me gustaría recomendarte un buen restaurador.

Sospecho que vas a necesitar uno, parte del material orgánico parece encontrarse en condiciones bastante delicadas.

- ¿Es usted arqueólogo, señor? -preguntó Jumana.

- Tengo mucha experiencia en la materia -contestó Sethos con afabilidad.

Con aire distraído, se quedó mirando la pared de roca que se encontraba sobre la entrada. Era la primera vez que reparaba en aquel símbolo: un círculo toscamente esculpido y dividido en dos por una línea curva.

Ramsés esperó a que Bertie, Jumana y Cyrus empezaran a descender por la escala antes de empezar a hablar.

- Espero que no le importe, señor. Me tomé la libertad.

Sethos sonrió abiertamente.

- Estaba a punto de sugerirlo yo mismo. Puede que la marca del Maestro no consiga disuadir a todos los ladrones de Gurna, pero todavía tiene algún peso. Por cierto, ¿tienes algo que ver con ese grupo?

Desde aquella altura, podíamos ver el carruaje de los Albion con toda claridad. Llevaba allí varias horas.

- Apenas los conocemos -dije-. ¿Y tú?

- Albion era uno de mis mejores clientes. Dejé de tratar con él hace algunos años, después de que tratara de estafarme.

- ¿Estafarte? -repitió Emerson-. Pensé que nadie sería capaz de intentarlo.

- Por Dios, Radcliffe, ¿tratabas de ser sarcástico? No lo consiguió, pero ten cuidado con él; no te diré más.

Cuando nos separamos por aquel día, Cyrus se excusó por no invitar al «primo Ismail» a cenar.

- Tengo que hacer guardia esta noche -explicó-. Pero la puerta debería llegar en uno o dos días; una vez montada y asegurada, espero que podamos tener el placer de su compañía, señor. Me gustaría mucho tener una pequeña charla privada con usted.

- Gracias -dijo mi cuñado.

Había pensado que se quedaría en casa, pero en lugar de eso nos dijo que había dispuesto las cosas de otro modo. No obstante, se mostró encantado de poder compartir con nosotros el té y una temprana cena. La presencia de Jumana impidió cualquier tipo de conversación privada y, cuando llegamos a casa, Sennia nos

esperaba ya en la galería.

- De modo que esta es Sennia -dijo Sethos ofreciéndole la mano-. He oído hablar mucho de ti… solo cosas buenas, y merecidas, según veo.

Sabía tratar a las mujeres de cualquier edad y Sennia no fue una excepción. Al dirigirse a ella como si fuera una persona adulta, la niña se sintió inmensamente adulada y le estrechó la mano con gran seriedad.

- Gracias, señor. Sin embargo, yo no he oído hablar de usted. ¿Es usted amigo nuestro?

- Un viejo amigo-fue la sonriente respuesta-. ¿No es cierto, Radcliffe?

- ¿Lo llama Radcliffe? -Sennia extendió su falda con modos propios de una dama y cogió la silla que él le ofrecía-. No le gusta que le llamen así, ¿sabe?

- No tenía ni idea-exclamó Sethos-. ¿Cómo debería llamarlo entonces?

- Bueno, yo lo llamo «profesor» -le explicó Sennia-. La tía Amelia lo llama Emerson o «querido», Nefret «padre», porque lo es, Ramsés «señor» y algunos «Padre de las Maldiciones».

- Tal vez «señor» será lo mejor-dijo Sethos frunciendo el ceño-. ¿Qué piensas tú, Sennia?

Decidí que había llegado la hora de intervenir. Emerson no dejaba de morderse los labios y de refunfuñar.

- Hablando de nombres -dije-, quizá nos permitas, a tus viejos amigos, que te llamemos por el tuyo.

- Puedes llamarme como quieras, mi querida Amelia -fue la sonriente y poco aclaradora respuesta.

Al menos pudimos dejar a un lado el tema de los nombres, a pesar de que Sethos continuó tratando con deferencia a su hermano llamándolo «señor», lo que provocó que Emerson continuara jurando por lo bajo.

- ¿Conoce también al señor Vandergelt? -preguntó Sennia.

- Oh, sí. Se podría decir que lo conozco tan bien como él se conoce a sí mismo. -El comentario, que el resto de nosotros entendíamos bastante bien, dejó a Sennia algo desconcertada-. No obstante, todavía no he conocido a la señora Vandergelt ni a su hijo.

- ¿Podemos hacer una fiesta? -preguntó Sennia entusiasmada.

- Sin duda alguna, habrá que organizar algo -observé-. Pero tendremos que esperar a que la tumba esté cerrada.

- Una sabia precaución -asintió Sethos con gravedad-. Nunca se sabe, ¿verdad?

- Nos alegra que esté usted aquí, Señor -dijo Nefret-. Espero que se quede para la fiesta de Cyrus.

- Tiene una buena razón para celebrarla -dijo Sethos-. Y creo que tanto tú como tu marido tenéis otra buena causa de regocijo.

- ¿Cómo pudo…?, ¿cómo puede…? -exclamó Nefret, casi sin aliento.

- Tengo mis fuentes -dijo Sethos. Tendiéndole la mano, empezó a hablar sin que en su rostro ni en su voz quedara ningún rastro de burla-: Te deseo que seas feliz, Nefret. Y tú también, Ramsés. Supongo que no tardaréis mucho en regresar a Inglaterra.

- Nuestro hijo nacerá en Egipto, como debe ser -dijo Nefret-. ¿Supone que voy a permitir que un pomposo médico del sexo masculino se ocupe de mí, cuando en el personal de mi hospital hay dos expertas obstetras?

- ¿Y tú qué harás?-le preguntó Emerson a Sethos.

- No tengo prisa por marcharme: Inglaterra no tiene mucho que ofrecerme -dijo sonriendo con perversidad a su hermano.

Emerson enrojeció.

- Tampoco Luxor.

- Mi querido amigo, no se me ocurriría interferir en vuestras actividades. Aunque lo cierto es que estaría encantado de poderos ayudar de alguna forma.

- ¡Ja! -dijo Emerson.

La risa de Nefret se transformó en tos.

Después de cenar, los hombres salieron a montar la guardia. Emerson declinó, agradeciéndosela, la oferta de Sethos de acompañarlos.

- ¿Crees que dejará de sospechar alguna vez de mis intenciones? -inquirió mi cuñado después de que nos retiráramos a la sala de estar.

- A lo mejor -le sugirió Nefret-, si usted dejara de tomarle el pelo…

- No lo puedo resistir, Nefret: es un blanco demasiado fácil.

Bromeaba, sin embargo, cuando di a entender que me quedaría aquí. Tengo que irme mañana.

- ¿Tan pronto? -exclamó Nefret. Sin pensar, le puso la mano sobre el hombro-. Se perderá la fiesta de Cyrus. Queríamos que se quedara con nosotros un poco más.

- Lo dices en serio, ¿verdad? -sus extraños ojos, color verde grisáceo, se mostraron, por una vez, bondadosos-. Me gustaría, Nefret, pero no puedo.

- Vuelves a la guerra, ¿no? -le pregunté sosegadamente-. Creí que le habías prometido a Margaret que esta sería tu última misión.

- Todavía me queda algo pendiente, querida Amelia. Hice un pequeño viaje hasta aquí porque… bueno, por dos razones. Debo de estar haciéndome viejo; quería veros a todos. La otra razón es más… difícil.

- ¿Quiere que me vaya?-preguntó Nefret.

- No. Quédate, por favor. ¿Te contó Amelia la conversación que tuvimos no hace mucho sobre mi hija?

Nefret abrió los ojos sorprendida.

- Consideré que se trataba de una confidencia y ni tan siquiera se lo he dicho a Emerson -dije.

- Gracias, Amelia. En ese momento no tenía la mente muy despejada, ¿qué fue exactamente lo que dije?

- Que ella te culpaba de la muerte de su madre y que había escapado de casa. Supongo que intentaste dar con ella. Una muchacha de tan solo quince o dieciséis años no debería ser capaz de eludir tu búsqueda.

- Tenía dieciséis años, pero en muchos aspectos era muy precoz. Como su madre. La busqué durante mucho tiempo y a conciencia, pero no conseguí nada. Pienso que la ayudó alguien, una de las antiguas amigas de Bertha… la misma que le dijo a Maryam… Molly… que su madre había muerto. No hace mucho me dijeron que había encontrado un… protector y que estaba en Egipto. Desde entonces he estado algo ocupado con los turcos y no he tenido tiempo de buscarla por aquí.

- Lo siento mucho -dijo Nefret con dulzura-. ¿No se puede hacer nada para salvarla?

- Ella no quiere que la salven, especialmente si soy yo el que lo hago.

No se había rendido ni lo haría, pero yo estaba segura de que se preocupaba mucho más por la muchacha de lo que quería reconocer y de que la buscaba movido no solo por un sentimiento de culpa, sino también por afecto.

- Hay una posibilidad de que nosotros podamos… -empecé a decir.

- Puede que coincidáis con ella; en cierto sentido, nuestro Egipto es pequeño. Por eso he sacado el tema. Pero, Amelia, querida, no creas que porque te las arreglaste para convertirme… solo hasta un cierto punto, podrás redimir el universo entero. Si Maryam me culpa de la muerte de su madre, ¿cómo crees que se siente respecto a ti?

Se levantó, con dificultad.

- Os deseo buenas noches y me despido ya también. Saludad de mi parte a Ramsés y… esto… a Emerson.

- ¿No lo volveremos a ver? -preguntó Nefret.

- Esta vez no. Tengo cosas que hacer en Luxor antes de salir mañana. Si os enteráis de algo sobre Molly, un mensaje dirigido al amigo de nombre ridículo que tenemos en común me llegará tarde o temprano. Él os comunicará cualquier cambio en mi situación.

- ¿Te refieres a tu muerte? -le pregunté resuelta.

- Vamos, Amelia, no es propio de ti ver las cosas tan negras. Quién sabe, ¡puede que se trate de una invitación de boda! -Su sonrisa burlona se desvaneció y dijo, dudoso-: Si te enteraras de algo sobre Margaret…

- Le escribiré mañana -le prometí-. Alguien debe saber su dirección actual.

- Gracias -me cogió la mano-. Date la vuelta, Nefret.

Nefret sofocó un grito y lo mismo hice yo. Riéndose, Sethos me tomó en sus brazos y me besó… en la frente.

- Siempre serás la mujer que amo -dijo-. Eso no me impide amar también a Margaret. Imagino que lo entiendes.

- Sí-dije-. Puedes darte la vuelta, Nefret.

* * *

Cyrus sufrió una amarga desilusión cuando supo que Sethos se había marchado. No obstante, la llegada de la puerta, un día antes de lo previsto, consiguió distraerlo momentáneamente. Selim le aseguró que los hombres harían todo lo que estuviera en sus manos

para tenerla colocada al día siguiente.

- En ese caso, puedo mandar mis invitaciones para la fantasía -dijo Cyrus-. Es una pena que Ismail se haya ido tan pronto, me hubiera gustado conocerlo un poco mejor.

- Típico -rezongó Emerson-. Va y viene cuando le parece.

- Tiene otras obligaciones -le reprendí-. Y tú lo sabes muy bien.

Sin embargo, aún volvimos a tener noticias suyas una vez más. Cuando regresamos a casa aquella tarde, nos encontramos con una carta que había sido entregada en mano. Apenas había dos frases en ella: «Hay forasteros en Luxor. Y mi antiguo cliente sigue en el mercado».

- Me imagino quién la manda, pero ¿qué demonios significa? -preguntó Cyrus, quien había regresado a la casa con nosotros para tomar el té.

Emerson miró a su alrededor para asegurarse de que Sennia no estaba escuchando. Bajó la voz.

- Esto no hace sino confirmar mis sospechas, Vandergelt. Esta es la última noche que la tumba permanecerá abierta. Tenía el presentimiento de que Albion no renunciaría a hacer un último intento. Los habitantes de Gurna no lo ayudarán, pero una recompensa lo suficientemente alta empujaría a cualquier forastero o criminal a sueldo a hacerlo.

- ¡Dios mío! -exclamó Cyrus-. Será mejor que vayamos a Luxor cuanto antes. Tenemos que acorralar a esos tipos e infundir el temor de Dios en Joe Albion.

- Me sorprendes, Vandergelt. No se puede arrestar a la gente sin pruebas. -Emerson sonrió de un modo que no resultaba particularmente agradable-. Estoy harto del señor Albion y de su familia. Organizaremos una pequeña emboscada y los pillaremos con las manos en la masa.

- Mmm. -Cyrus tiró de su barba de chivo-. Me gusta la idea, Emerson. Con tal de que nadie resulte herido.

- ¿Y cómo vas a garantizarlo? -pregunté-. ¿Y si van armados?

- Tenemos tu pistola, Peabody -dijo Emerson con una amplia sonrisa.

- Tenemos algo mejor que eso -añadió Cyrus-. Conseguí un par de rifles y una pistola, Mauser último modelo. Espero poder sacarlos de casa sin que Katherine los vea-continuó con inquietud.

Antes de ultimar los preparativos, tuvimos que esperar a que Sennia se fuera a la cama. Emerson había mandado una nota a Selim informándole de nuestras sospechas y dándole instrucciones. Cyrus, por su parte, consiguió sacar a hurtadillas las armas del Castillo, sin que Katherine llegara a enterarse. Si hubiera sabido lo que estábamos tramando, se habría preocupado muchísimo.

Hubo un contratiempo de última hora cuando los hombres se enteraron de que Nefret, Jumana y yo teníamos la intención de acompañarlos. Puse fin a sus protestas sin perder un minuto.

- Con la condición de que no traigas esa maldita sombrilla -fue el modo de Emerson de darse por vencido.

A pesar de que la luna era menguante, el brillo de las estrellas nos proporcionaba suficiente luz para que pudiéramos seguir el antiguo sendero que atravesaba el *gebel*. Cuando llegamos a Deir el Medina, todo estaba tranquilo. Las ascuas de una hoguera ardían cerca del lugar donde estaban apostados nuestros hombres; solo eran cuatro, incluyendo a Selim. Les habíamos ordenado que fingieran que habían bajado la guardia y que, bajo ningún concepto, se resistieran ante un posible ataque. Uno a uno, fuimos descendiendo por la pendiente y nos ocultamos en las sombras que formaban las tumbas en ruinas.

Esperamos poco más o menos una hora antes de verlos llegar por el sur, deslizándose por los pies de la colina. Conté aquellas formas confusas: doce en total. Los dos últimos llevaban rifles. Al igual que el resto, iban enmascarados, pero a pesar de ello no tuve ninguna dificultad en reconocer la silueta redondeada del señor Albion y la figura más esbelta de su hijo. ¡Era de esperar que lideraran sus tropas desde la retaguardia! Selim se puso de pie de un salto y Sebastián avanzó hacia él, apuntándolo con su arma, mientras uno de sus mercenarios gritaba en árabe:

- ¡No te muevas o disparo!

Por un momento temí que Daoud olvidara las órdenes: no es propio de él someterse dócilmente a las amenazas. No obstante, permaneció sentado y en pocos minutos nuestros amigos se encontraron atados, amordazados y con los ojos vendados.

- ¿Ahora? -susurró Cyrus.

Emerson sacudió la cabeza.

Sebastián dejó el rifle en el suelo y empezó a subir por la escala.

Imitando su gesto, cinco de sus hombres lo siguieron. Ni él ni su padre habían hablado; aunque nuestra gente no los pudiera ver, podía oírlos y usar el inglés hubiera sido darles una pista. El señor Albion se sentó con un gruñido y el resto de los hombres permaneció de pie junto a él.

Emerson esperó a que Sebastián alcanzara la plataforma que se encontraba fuera de la tumba. Su estentórea voz retumbó en los despeñaderos.

- ¡Que no se mueva nadie! Estáis rodeados de hombres armados -añadió en inglés-. Tira el rifle, Albion.

- Es mejor que hagas un tiro de advertencia -le aconsejó Cyrus-. Por si no hubieran visto nuestras armas.

Todos, salvo Nefret, quien me había dado su palabra de que no se expondría a las balas, estábamos de pie, Emerson apuntó su rifle hacia el templo y apretó el gatillo.

Los hombres que se encontraban junto a Albion se dispersaron como una gota de mercurio, escapando en todas direcciones.

- Dejad que se vayan -dijo Emerson, mientras bajaba precipitadamente la ladera-. A quien quiero es a Albion.

No obstante, llegó demasiado tarde. Nunca me habría imaginado que un hombre de sus dimensiones y de su edad pudiera moverse tan deprisa. La bala que Emerson disparó a sus talones tan solo sirvió para ayudarlo a correr más deprisa.

- Emerson -dije, tirando de su brazo-. Tenemos que hacer algo con Sebastián, ¿no te parece?

Emerson miró hacia arriba y lanzó una exclamación.

Los hombres que habían empezado a subir a la plataforma con Sebastián iban cayendo poco a poco a tierra, pero Sebastián seguía allí… colgado de sus manos del borde de la plataforma y chillando a pleno pulmón. Como no era el único que gritaba, sus chillidos se habían perdido en el tumulto. Debía de haber perdido el equilibrio cuando se produjo el disparo.

- Lo cogeré -dijo Ramsés.

- Échale una mano, Bertie -le ordenó Emerson-. Tendréis que asegurar a ese maldito idiota con una cuerda. Hay muchas en el cobertizo de las provisiones. Me pregunto cuánto tiempo más podrá resistir ahí colgado -añadió con moderada preocupación.

Nefret y yo nos dispusimos a ayudar a nuestros hombres,

quienes, a su vez, se habían dispuesto a auxiliar a los ladrones de tumbas que se habían caído. Dado que algunos lo habían hecho desde una cierta altura, nos encontramos con alguna torcedura y uno o dos huesos rotos, que Nefret trató con su habitual eficacia.

- ¿Lo han cogido? -preguntó, refiriéndose a Sebastián, quien todavía seguía chillando-. No puedo verlo desde aquí.

- Bertie ha puesto una cuerda alrededor de su cuerpo-dijo Cyrus-. Pero no parecen tener mucha prisa por izarlo.

* * *

Tras dejar a los ladrones a cargo de Selim, nos pusimos en marcha para devolver a un silencioso y tembloroso Sebastián a sus papis. Emerson aseguró que todavía no había acabado con el señor Albion, en absoluto. Todos fuimos con él, por supuesto. Nadie quería perderse el desenlace.

Emerson golpeó con énfasis la puerta de la sala de estar de los Albion, pero no hubo respuesta. Temiendo que despertara a los pobres oficiales que se encontraban convalecientes en el hotel, les comuniqué en voz baja, pero en tono penetrante:

- Tenemos a su hijo, si quieren que se lo devolvamos tienen que dejarnos entrar.

La señora Albion abrió la puerta de golpe. A pesar de lo tarde que era, iba completamente vestida y cubierta de joyas.

- ¿Qué le han hecho?-chilló, cogiendo al joven para sostenerlo.

- Fue él el causante -repliqué, haciendo a un lado a madre e hijo. El señor Albion estaba sentado en el sofá. Debía de haber llegado apenas unos instantes antes de que lo hiciéramos nosotros, porque jadeaba todavía y estaba despeinado y con la cara congestionada.

- Ahora que nos lo han devuelto, salgan de aquí -masculló.

- Esto no es una presentación, sino más bien un intercambio -dijo Emerson-. Peabody, querida, ¿puedo invitarte a tomar asiento, ya que nadie ha tenido la cortesía de ofrecértelo? Quiero los objetos que Jamil te dio, Albion.

- ¡Maldito seas! -gruñó Albion.

Tras comprobar qué su hijo se encontraba ileso, la señora Albion se volvió indignada hacia Emerson.

- El señor Albion pagó por esos objetos. ¿Acaso es usted un vulgar ladrón?

- Tengo muy poco de vulgar, señora -replicó Emerson con una

sonrisa que me recordó a la de su hermano-. Mi propuesta es la siguiente: no los denunciaré por asalto a mano armada y adquisición ilegal de antigüedades si, a cambio, ustedes me devuelven los objetos robados… y me prometen que abandonaran Luxor inmediatamente. Su esposo y su hijo no valen nada como delincuentes, pero aun así no puedo permitir este tipo de contratiempos: interfieren en mi trabajo. Vamos, Albion, eres un hombre con sentido práctico. Admite que has perdido.

- ¿Perdido? -La señora Albion sofocó un grito-. El señor Albion no pierde. El señor Albion…

- Es un hombre con sentido práctico -dijo su marido con cierta dificultad-. Está bien, iré a por ellos.

- Y yo iré contigo -afirmó Emerson- Quiero asegurarme de que no te dejas nada.

Volvieron con una pesada caja que Emerson pasó a Cyrus.

- Está todo aquí. Todos tuyos. ¿Podemos irnos, queridos?

La señora Albion parecía trastornada. Sus ojos nos miraban aturdidos y no dejaba de murmurar:

- El señor Albion no pierde. El señor Albion…

Mi experiencia me decía que lo más probable era que, a continuación, se produjera un pequeño disgusto familiar. Lo deseaba sinceramente.

- Solo una cosa más -dijo Bertie con su voz reposada-. Sebastián, quítate las gafas y ponte en guardia.

- No cambiará, no hay esperanza, es demasiado educado -dijo Emerson sacudiendo la cabeza mientras Bertie derribaba a Sebastián de un golpe.

* * *

La fantasía de Cyrus fue recordada durante años como el espectáculo más hermoso y extravagante que Luxor había visto jamás. Las puertas del patio y del Castillo se abrieron a todos, y turistas, oficiales convalecientes, trabajadores egipcios y residentes en Luxor se mezclaron amistosamente para comer y beber, bailar y cantar. Era tal la aglomeración que yo renuncié casi de inmediato a cumplir con mis deberes sociales. Mientras disfrutaba contemplando a Selim y a Nefret intentando bailar el vals al ritmo de un tambor egipcio, alguien me dio unos golpecitos en el hombro; se trataba de Marjorie Fisher, una vieja amiga que vivía en Luxor.

- Hace siglos que no te veo, Amelia -dijo-. ¿Qué has estado haciendo?

- Lo de siempre -le contesté-. Y tú, ¿qué es lo que has estado haciendo?

Se echó a reír.

- Lo de siempre: tés, visitas… Eso me recuerda ahora que hace tiempo me encontré con alguien que me pidió que te diera recuerdos. Una criatura muy dulce con la nariz llena de pecas. Se llamaba Molly Throgmorton.

Me atraganté.

- ¿Molly qué?

- Se acaba de casar -dijo Marjorie-. Su marido estaba con ella, un americano muy agradable aunque bastante ordinario que parece, al menos, cincuenta años mayor que ella, y llevaba puesto un diamante del tamaño de una habichuela, así que él tiene que ser extremadamente rico. Ella me dijo que tú la conocías por su nombre de soltera, pero me temo que lo olvidé. ¿Sabes a quién me refiero?

- Sí, sé a quién te refieres. ¿Dónde está ella…?, ¿dónde se alojan?

- Se marcharon de Luxor el martes. ¿Sucede algo, Amelia?

- No, es solo que yo estoy… que lamento no haberla visto. Supongo que no te mencionaría adónde iban, ¿no?

Marjorie negó con la cabeza.

- Dijo que esperaba poder verte en otra ocasión. Sus palabras exactas fueron: «Dígale que todavía no lo ha visto todo sobre mí». La verdad es que fue un modo un tanto extraño de expresarlo, pero supongo que lo hizo para darle un toque de humor.

- Sin duda-dije.

- Voy a romper todas las reglas del decoro y le voy a pedir a Selim que baile conmigo -me anunció Marjorie con una sonrisa-. ¡Baila el vals de maravilla! ¿Vienes a tomar el té conmigo el viernes, Amelia?

- Gracias. Será un placer.

La fiesta continuaba cuando nos marchamos, dejando a Jumana «seguir la juerga con los jóvenes», tal y como dijo Emerson. El ruido del jolgorio se perdió en el silencio mientras el carruaje avanzaba por el camino lleno de curvas y nos envolvía la noche silenciosa y cuajada de estrellas de Egipto.

- Vandergelt me ha dicho que los Albion abandonaron Luxor ayer -me comentó Emerson. Pensativo, añadió-: Tengo que decir que la calidad media de los delincuentes se ha deteriorado. No es que me preocupe… especialmente en este momento. ¿Cómo te sientes, querida?

Rodeó con su brazo a Nefret y ella apoyó la cabeza sobre su hombro.

- A lo mejor un poco cansada, pero ha sido una noche maravillosa.

- La vida -afirmó Emerson tan feliz que incluso era capaz de incurrir en un aforismo-, la vida no podría ser mejor. ¿Eh, Peabody?

- Claro que sí, Emerson.

Por nada del mundo habría ensombrecido su buen humor. No es que hubiera una causa para ello; mis temores no pasaban de ser eso, pensamientos ociosos de una mente errabunda. Pero las palabras no dejaban de dar vueltas en mi cabeza, como un disco rayado:

«Si me culpa por la muerte de su madre, ¿cómo crees que se siente respecto ti?»… «Dígale que todavía no lo ha visto todo sobre mí.»

«La joven serpiente tiene también colmillos llenos de veneno.»

Fin

# Glosario

*Abas*: manto
*Afrit*: demonio.
*Bab-sirr*: puerta secreta.
*Bacshish*: propina.
*Banshee*: espíritu femenino del folclore céltico que acompaña a las antiguas familias y emite lamentos en víspera de una muerte.
*Dahabiyya*: barca de recreo o vivienda.
*Deir*: monasterio o convento.
*Djinn*: geniecillo.
*Effendi*: señor.
*Falúa*: barco de vela del Nilo.
*Fellah* (pl. fellahin): campesino.
*Galabiyya*: túnica suelta que usan los hombres.
*Gebel*: montaña.
*Gibbeh*: especie de túnica.
*Guarnawis*: habitantes de Gurna.
*Habarab*: especie de sobretodo de seda.
*Hakim*: doctor.
*Jaffiya*: tocado que luce la gente del desierto.
*Ka'ah*: salón.
*Mak'ad*: sala de recepción.
*Mamur*: oficial egipcio que gobierna un distrito.
*Mandarah*: habitación principal de invitados.
*Mashrabiyya*: celosía.
*Misur*: nombre popular de Egipto y El Cairo.
*Mudir*: gobernador de una provincia.
*Nur*: luz.

*Reis*: capitán, capataz.
*Sitt*: señora.
*Sufrayi*: camarero.
*Suk*: mercado.
*Tarbush*: fez o gorro similar.
*Tob*: vestido amplio y suelto.
*Ushabti*: estatuilla.
*Wadi*: Valle o paso de agua, cañón.
*Yelek*: chaqueta larga.

***This file was created***
***with BookDesigner program***
***bookdesigner@the-ebook.org***
***15/04/2010***